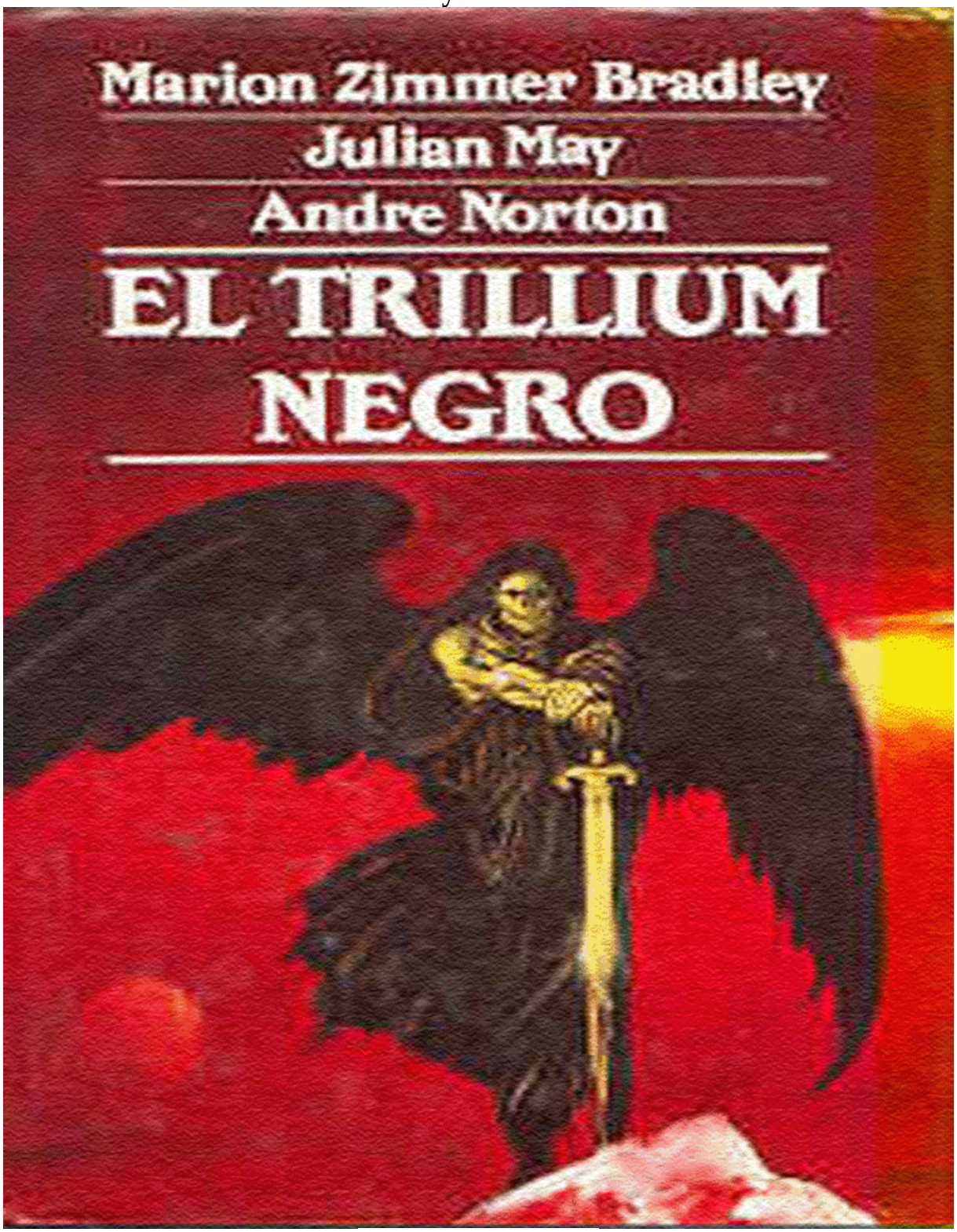
El trillium negro

Marión Zimmer Bradley

Julian Mary / Andre Norton



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

El TRILLIUM NEGRO *es una novela única y, casi con toda seguridad, irrepetible. Resultado de la colaboración de tres autoras, se trata sin embargo, como ya veremos, de un caso muy excepcional.*

En realidad, las colaboraciones suelen ser casi una costumbre en el ámbito de la ciencia ficción y de la fantasía modernas. En los últimos años parece haberse incrementado el número de obras firmadas por vanos autores. Pero, en la mayoría de los casos, suele ocurrir que un autor o autora relativamente novel trabaja en cierto modo «a las órdenes» o bajo los auspicios de otro autor(a) de gran fama. En demasiadas ocasiones parece como si el autor(a) famoso se hubiera prestado a ofrecer su nombre y un posible esquema argumental que, en definitiva, acaba siempre siendo escrito prácticamente en su totalidad por el autor novel o, para ser justos, menos famoso.

Desgraciadamente, en los últimos años se han publicado libros que a primera vista parecen escritos por algunos de los más famosos autores del género (Asimov, Clarke, Leiber, Zelazny, etc.) y que, tras una lectura atenta del copyright, *revelan claramente que el autor de nombre famoso tan sólo se ha ocupado de la introducción o presentación de la novela y, eso sí, ha prestado su nombre para acrecentar el éxito en ventas de la obra. Byron Preiss es el editor norteamericano que más claramente se ha caracterizado por dicha estrategia de ventas, la cual, cabe observar, parecen haber seguido con gran fidelidad y con la misma falta de escrúpulos los editores españoles que han adquirido los derechos de tales obras.*

Ni que decir tiene que, con independencia de la calidad intrínseca de las novelas, no me parece honesta tal actitud editorial. De hecho se trata de una estrategia que pretende engañar al lector con el único objetivo de estimular las ventas de un libro que, sin el respaldo del autor famoso (y de nuevo con independencia de los valores propios del libro), estaría llamado a tener menor éxito comercial en el difícil mercado editorial de hoy.

Viene todo ello a cuento porque EL TRILLIUM NEGRO *es, asimismo, una colaboración', pero por fortuna se trata de un caso francamente excepcional. Por primera vez en la historia, las tres autoras más famosas de la fantasía moderna han aceptado colaborar para escribir una misma novela. Porque nadie puede negar que Marión Zimmer Bradley, Julián May y Andre Norton, las tres autoras que coescnben esta novela, han obtenido con su obra individual el reconocimiento de millones de lectores. Por ello sorprende que se hayan prestado a esta colaboración que, estoy seguro, les tiene que haber supuesto mayor esfuerzo que escribir un libro en solitario.*

Que este trabajo conjunto haya sido posible debe agradecerse a Uve Luserke (a quien está, justamente, dedicado el libro), que se atrevió a tener la idea de que Bradley, May y Norton colaborasen para escribir esta irrepetible novela que es ya EL TRILLIUM NEGRO. *Y hay que agradecerle no sólo la idea, sino también la energía y la persistencia suficientes para lograr que, finalmente, este libro haya visto la luz.*

Según mis informaciones, Luserke es el agente alemán de las tres autoras y, a través de su profesión, sabe perfectamente que las tres disfrutan de gran éxito editorial no sólo en Alemania, sino en todo el mundo. Series como la del planeta Darkover *(Marión Zimmer Bradley), la de la* Saga del exilio en el Plioceno *(Julián May) o la del* Mundo de brujas *(Andre Norton) son ya hitos indiscutibles de la moderna narrativa fantástica. Por ello, cuando tres de las mejores autoras de la fantasía moderna unen sus talentos, el resultado es a la fuerza una novela única que merece el calificativo de mágica. Y, como no podía ser menos, en* EL TRILLIUM NEGRO *la combinación de esa tríada de talentos y maestrías narrativas ha logrado una interesantísima novela de fantasía épica, donde se dan cita el drama, la aventura, la magia, el humor y unos personajes arquetípicos.*

Es cierto que cabe pensar que también ésta sea una estrategia comercial para estimular la venta de un libro; pero esta vez se trata de un proceder que me parece honesto, pues lo que se promete (la obra conjunta de tres famosas autoras) es precisamente lo que se ofrece. En esta novela centrada en el concepto de tríada, cada una de las autoras ha intervenido de forma concreta, como podemos atestiguar quienes hemos tenido la suerte de seguir todo el complejo proceso de elaboración de EL TRILLIUM NEGRO. *Las tres autoras han participado por igual en la elaboración del libro en todas sus etapas: la primera idea, el primer esquema argumental y el esbozo de un mapa; los sucesivos retoques, la detallada elaboración del trasfondo y la historia del planeta en el que transcurre la acción, etc., hasta llegar a la forma final que hoy ofrecemos a nuestros lectores.*

Cuando en enero de 1990 recibí el que sería ya el manuscrito definitivo, Montse Yáñez, la agente literaria para España, me comunicaba que los derechos de traducción de la novela ya habían sido adquiridos en

Francia, Italia, Japón y Alemania. Tal adquisición se había realizado incluso antes de la existencia del libro en sí, según un procedimiento que en el mundillo editorial se suele denominar, con el anglicismo correspondiente, «sight unseen», *bastante habitual. No ha sido éste mi caso y, aun conociendo con detalle la historia del proyecto, esperé a leer la novela antes de decidir incorporarla a esta colección, tal y como ha sido siempre mi proceder: nunca contrato en esas condiciones* sight unseen, *tal vez porque, aunque hoy actúe como editor, esencialmente me confieso «lector» y necesito conocer el sentimiento de un lector frente a una novela antes de decidirme a incorporarla a una de mis colecciones.*

La trama de EL TRILLIUM NEGRO *es sencilla y, tal vez, excesivamente clásica: Ruwenda ha sido invadida por las violentas tropas de Labornok, gobernado por el cruel rey Voltrik. Para su victoria ha contribuido de forma decisiva la magia negra del hechicero Orogastus. Tras una azarosa huida, las tres princesas de Ruwenda deberán encontrar la mágica flor del trillium negro y unos misteriosos objetos del pasado dotados de un poder inimaginable. Las tres deberán realizar, por separado, un largo viaje iniciático para descubrir sus propias fuerzas y debilidades, hasta encontrar, en la unión de sus esfuerzos, el camino a la salvación de su mundo. Para ello cuentan sólo con la ayuda de unos extraños sirvientes de raza no humana y con los escasos consejos de su madrina moribunda, la archimaga Binah,*

Las aventuras de estas tres princesas son narradas con detalle por cada una de las tres autoras, que parecen haber elegido muy acertadamente a sus personajes. Marión Zimmer Bradley se encarga de la historia de la princesa Haramis. que se nos presenta como una inte-

lectual, tentada por el poder y la mística. Julián May profundiza en el personaje de la princesa Anigel, caracterizada al principio como una tímida romántica. Finalmente, Andre Norton nos narra las aventuras de la princesa Kadiya, que representa el tipo de la mujer activa y enérgica.

EL TRILLIUM NEGRO *aborda, pues, un tema clásico al que otorga un tratamiento renovado gracias a la colaboración de tres grandes autoras que, en esta excepcional novela de aventuras fantásticas, nos describen la evolución psicológica de tres personajes femeninos casi arquetípicos.*

El libro consta de un prólogo en forma de crónica, redactado según parece por André Norton; de una segunda parte en la que se intercalan las aventuras de las tres princesas escritas separadamente por las señoras, con el «reparto» ya indicado; mientras que las partes primera y tercera son fruto de la colaboración de las tres autoras, que también han trabajado conjuntamente en él repaso final del libro para garantizar la necesaria unidad estilística.

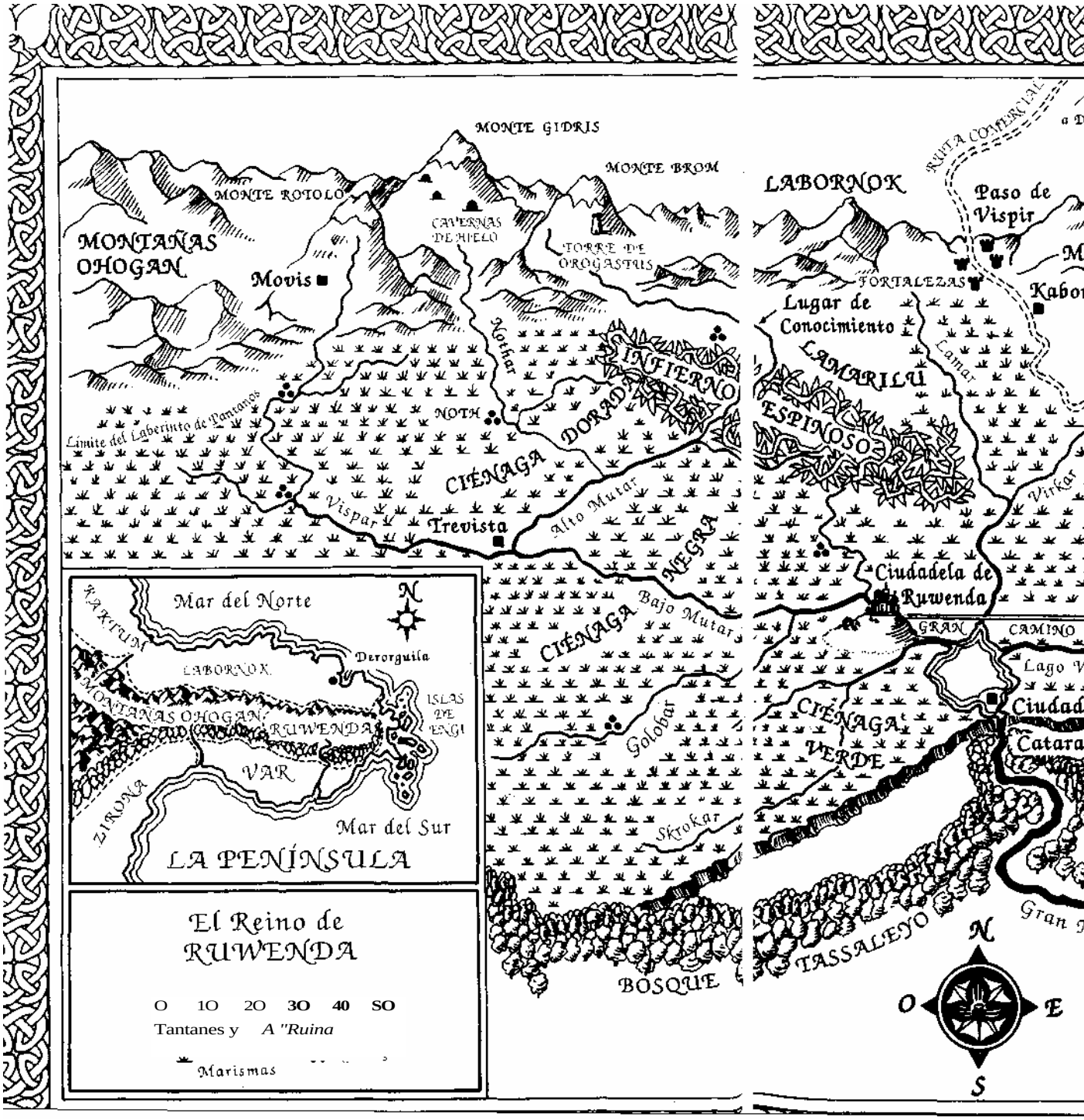
Como decía antes, un proyecto de colaboración como el llevado a cabo en El TRILLIUM NEGRO *supone para las autoras un mayor esfuerzo que el requerido por una obra realizada individualmente. Antes de redactar la obra en sí, las autoras mantuvieron diversas reuniones para confeccionar el mapa de la tierra donde transcurren los acontecimientos, y todo el trasfondo histórico y ambiental previo a los hechos que se narran en la novela, eso que los anglosajones llaman* «background».

Según ese background, *la acción transcurre en un planeta fantástico, presumiblemente colonizado por los humanos mucho tiempo atrás. Las razas de humanoides que habitaban originalmente en el planeta, a las que los humanos llaman raros, han desarrollado una civilización basada en la caza y la recolección, y se mantienen en general hostiles a los humanos o, cuando menos, apartados de ellos. Mucho tiempo atrás, los raros habían disfrutado de una gran y poderosas civilización, algunos de cuyos misteriosos artefactos aún pueden encontrarse entre las ruinas de sus antiguas ciudades.*

No es éste el momento para detenernos en el largo trasfondo histórico y ambiental a partir del cual se ha construido la novela. Ese trabajo previo llevado a cabo por las autoras incluye un esquema histórico (del cual se comentan sólo algunos retazos en el prólogo de la novela) y también las condiciones económicas y geopolíticas de los dos reinos que intervienen en la narración: Labornok y Ruwenda. También incluye una descripción detallada de los nyssomu, los uisgu, los vispi, los wyvilo y otras especies de raros que pueblan esas tierras al margen de los humanos y, como era de esperar, tampoco falta una minuciosa narración de la historia de la magia de Orogastus y de la Archimaga Binah y de su enfrentamiento, todo ello representa material imaginativo más que suficiente para que pueda volverse con segundad a ese mundo fantástico y narrar nuevas historias. Cuando ello ocurra, hablaremos de nuevo al respecto.

De momento, les dejo con la historia de las princesas Haramis, Kadiya y Anigel y su lucha por salvar su mundo del poder de la magia negra de Orogastus. La aventura, el tono épico y la evolución psicológica de sus tres personajes principales hacen que EL TRILLIUM NEGRO *pueda presentarse como uno de los mejores exponentes de la nueva literatura fantástica, en este caso avalado por el nombre (y también el trabajo) de tres de las grandes autoras que ha dado el género.*

MIQUEL BARCELÓ



A Uwe Luserke, quien plantó la semilla del Trillium Negro

PRÓLOGO

De la Crónica Peninsular de Lampiar, antiguo sabio de Labornok

En el ochocientos, después de que los de Ruwenda empezaran a regir la jungla cenagosa llamada el Laberinto de Pantanos (aunque no completamente, pues nunca dominaron a los intratables raros), la leyenda y la historia despertaron para registrar uno de esos grandes cambios que de vez en cuando alteran el equilibrio mismo del mundo.

Las naciones civilizadas de la Península —y en especial nosotros, los de la vecina Labornok—, considerábamos la húmeda llanura de Ruwenda como una frustrante y ultrajante contracorriente, que sólo parecía existir como una espina clavada en la carne de los pueblos más enérgicos y progresistas. En realidad, Ruwenda no era en absoluto un reino bien organizado, debido a su incapacidad de establecer una soberanía sobre los peculiares aborígenes que vivían dentro de sus supuestos límites. En cambio, los reyes ruwendianos autorizaban complacientes la continuidad de los ilegales enclaves de los llamados raros, a menudo en detrimento de sus súbditos legales, de la paz general y del buen orden del reino.

De estas tribus aborígenes, los pequeños nyssomu, trotadores del pantano, y sus parientes cercanos aunque más distantes, los uisgu (claramente no-humanos y, por lo tanto, sin duda destinados por la naturaleza a servir a sus superiores), eran tratados por la corona y las clases mercantiles de Ruwenda como iguales putativos, aunque jamás se les había exigido voto de fidelidad. En efecto, algunos grupos de nyssomu visitaban con frecuencia la afamada Ciudadela de Ruwenda, y algunos de esos extraños seres eran incluso aceptados como servidores jerárquicos de la corte real.

Otras dos tribus de raros, los vispi, que amaban las montañas, y los semicivilizados wyvilo, de los bosques lluviosos del sur, no se mostraban hospitalarios con la raza humana, pero se dignaban a comerciar regularmente con los mercaderes ruwendianos. Por otra parte, los sombríos glismak, cuyas selváticas madrigueras limitaban con las de los wyvilo, pocas veces se encontraban en esa época con humanos. Eran salvajes perversos que se complacían en masacrar a sus vecinos raros. La última y mayor tribu de raros, los abominables skritek, también llamados los ahogadores, vivían en casi toda la zona de los pantanos, pero eran peculiarmente numerosos en las vastas y ruidosas ciénagas situadas al sur de la Ciudadela de Ruwenda, así como en el Infierno Espinoso de la región central del norte. Estos monstruos del Laberinto de Pantanos eran notorios asaltantes de caravanas *y* depredadores de viviendas y propiedades humanas aisladas, y solían ahogar a sus víctimas o torturarlas con indecible brutalidad antes de condenarlas a morir en las arenas movedizas. Sin embargo, los reyes se sucedían en el trono de Ruwenda, sin que se esforzaran por eliminar esta amenaza de sus tierras.

A menudo se rumoreaba que la putrefacción de las tierras húmedas había debilitado tanto la mente como el cuerpo de los ruwendianos humanos. Sus gobernantes eran un grupo despreocupado, ajeno a la correcta disciplina feudal. Cuando el erudito aunque obstinado Krain III accedió al trono, su evidente falta de previsión para tratar a las naciones vecinas puso de manifiesto que se aproximaba el momento en que habría que aplicar métodos más directos y progresistas a una situación cada vez más grave, sobre la cual nuestro gran reino de Labornok se había estado cociendo a fuego lento durante años.

Pero, por desgracia, Labornok necesitaba lo que estos vecinos descuidados e ineficientes les ofrecían comercialmente. Como nuestras tierras boscosas habían sido taladas y convertidas en granjas mucho tiempo atrás, dependíamos de los lluviosos bosques ruwendianos no sólo para la madera necesaria para construir barcos que sostuvieran nuestro floreciente comercio marítimo, sino también para conseguir las maderas finas destinadas a reparar y equipar los soberbios edificios de Derorguila. Además, por un despiadado capricho de la naturaleza, las laderas labornokianas de las impenetrables montañas Ohogan estaban virtualmente despojadas de minerales útiles, mientras que la parte ruwendiana de la cordillera contenía cantidades de oro y de platino, así como muchas clases de gemas valiosas, barridas por los torrentes y depositadas en las montañas. Los metales y piedras preciosas eran desordenadamente recogidos por los raros vispi, quienes los comerciaban con los uisgu, y al final llegaban a manos de los ruwendianos humanos. Otros productos de intercambio de este perverso y pequeño reino eran las valiosas hierbas medicinales de las ciénagas y las especias de cocina, los cueros de worram y las pieles de fedok, y ciertos antiguos artefactos que los raros conseguían en las ciudades en ruinas situadas en los

más inaccesibles rincones de los Pantanos.

Incluso en los mejores momentos, el comercio entre Labornok y Ruwenda era un asunto frustrante y ocasionalmente peligroso. Más de uno de nuestros gloriosos reyes, tirándose de los bigotes por la furia experimentada ante alguna insolencia ruwendiana, había ordenado que nuestros generales idearan un plan para conquistar la nación más pequeña. Pero es difícil invadir un país que sólo tiene una puerta de acceso —el empinado y alto Paso de Vispir en las montañas Ohogan, custodiado por bien situados fuertes ruwendianos—. Esos reyes de Labornok de melancólica memoria que hicieron el intento nunca regresaron con vida.

Los miembros supervivientes de sus ejércitos derrotados contaban relatos de heladas nieblas infernales, vientos arremolinados desde los cuales parecían observar ojos maléficos, espantosas tormentas de nieve en las montañas, cierzo y granizo, monstruosos aludes de rocas, fulminantes morrenas que se desmoronaban súbitamente sobre los caballos de batalla, y otras calamidades que les habían acaecido. Pero aunque hubieran podido tomar los puestos de guardia del paso, las inundadas marismas que se extendían más allá presentaban un obstáculo aún más formidable para una fuerza invasora. Todo esto lo sabían muy bien todos los maestros comerciantes de Labornok.

Este audaz e independiente gremio de mercaderes, quienes pasaban de padre a hijos la franquicia y determinados hechizos de protección, incluía a los únicos ciudadanos de nuestro reino que conocían la ruta secreta para llegar al corazón de Ruwenda. Más de un general de Labornok, furioso y frustrado por los vanos intentos de conseguir directivas coherentes o al menos un mapa útil de estos poco cooperativos maestros, sospechaba que se había utilizado la magia negra para sellar los labios del mercader durante el interrogatorio. Finalmente, sin embargo, la ruta se reveló gracias al arte del poderoso hechicero Orogastus, de quien ya hablaremos. Pero antes, los maestros habían guardado muy bien sus secretos, y no sólo gozaban de un próspero monopolio sino también de una considerable cantidad de poder político.

Una típica caravana conducida por cuatro maestros comerciantes era pequeña, ya que consistía en no más de veinte carros tirados por volumniales y tal vez cincuenta hombres. Después de dar a los comandantes de los fuertes de montaña determinadas contraseñas, los maestros conducían sus carros por los pantanos, siguiendo un camino traicionero y no marcado, elevado. Sólo unos pocos lugares aislados entre las montañosas tierras fronterizas y la Ciudadela de Ruwenda, situada a doscientas leguas de distancia, tenían la bendición de poseer tierra sólida y resistente. La mayor región seca, que se encontraba al este de la Ruta Comercial, era el país de Dylex, donde diques o tierras de drenaje contenían granjas bien cultivadas, pasturas y algunas poblaciones dispersas. Virk, la mayor de estas últimas, se ocupaba de la refinación simple de los minerales que llevaban los raros uisgu o nyssomu, y era un centro secundario del comercio de gemas y metales preciosos de Ruwenda. Sin embargo, la parte más importante de este comercio se realizaba en la Ciudadela, capital de Ruwenda, que se asentaba en las alturas de una enorme cúpula de piedra en medio del Laberinto de Pantanos.

Una vez en la Ciudadela, los maestros comerciantes pagaban el peaje real. (Al partir también pagaban un impuesto por las mercancías, cuyo monto era caprichosamente variable, lo que era uno de los mayores puntos de fricción en las relaciones entre Ruwenda y Labornok.) Después, eran libres de vender sus mercaderías en el gran mercado de la Ciudadela, tras lo cual podían dedicarse a intercambiar artículos por minerales o madera. Los agentes ruwendianos obtenían la madera de los raros wyvilo, quienes vivían en los bosques. Los maestros que buscaban productos comerciales más exóticos viajaban cien leguas más, en las bateas o balsas ruwendianas de fondo plano, por el tortuoso río Bajo Mutar hasta su confluencia con el Vispar, donde se encuentran las ruinas de la ciudad de Trevista... y en sus plazas, las fabulosas ferias comerciales de los raros del pantano. Estas ferias se realizaban sólo durante las estaciones secas, ya que los monzones que llegaban rugiendo desde el mar del Sur imposibilitaban el tránsito por los canales del pantano en otras épocas. Solamente los raros se aventuraban en el Laberinto de Pantanos entonces, por medio de métodos perfeccionados muchas centurias atrás.

Trevista sigue siendo uno de los grandes misterios de nuestra Península. Es de una antigüedad inimaginable, y su belleza resulta deslumbrante incluso en su ruinoso estado actual. Los canales laberínticos, los derruidos puentes y los imponentes edificios deteriorados están cubiertos de malezas y de exquisitas flores de la jungla. Persiste todavía lo suficiente del diseño urbano original para demostrar que los constructores de Trevista poseían una sofisticación y un grado técnico mucho mayores que los de la civilización peninsular más avanzada.

Los interesados en estas cuestiones han especulado que alguna vez la mayor parte de Ruwenda pudo haber sido un enorme lago alimentado por glaciares y lleno de islas que son ahora meras elevaciones en la ciénaga. Se sabe que muchas de ellas están coronadas por ruinas similares. Incluso los raros son incapaces de dar cuenta de las ciudades antiguas, dicen tan sólo que fueron construidas por los desaparecidos y que existían cuando sus antecesores llegaron al país de las ciénagas. La Ciudadela de

Ruwenda, una verdadera montaña de intrincados muros de piedra, bastiones, fortalezas, torres y edificios interconectados, también data de la antigüedad más remota, y se dice que fue asiento de los gobernantes primigenios que la Península acataba en aquella época.

Las ruinas más aisladas, que sólo son accesibles para los aborígenes, eran el origen de los productos de intercambio más codiciados: antiguos objetos artísticos y misteriosas maquinarias pequeñas que se vendían a precios exorbitantes, no sólo a los coleccionistas de Labornok, sino también a los potenciales estudiosos de las ciencias ocultas procedentes de los puntos más lejanos del mundo conocido. Este comercio, por razones que se explicarán, languideció después de que el príncipe heredero Voltrik accediera al trono de Labornok y pusiera en marcha una serie de acontecimientos que conducirían a la largamente esperada conquista de nuestro pestilente y pequeño vecino del sur. Voltrik se vio obligado a esperar largo tiempo su corona, ya que su tío, el rey Sporikar, vivió bastante más de sus cien años permitidos. Durante esta época de espera, Voltrik se entretuvo planificando la obtención de otra corona más, y también viajó mucho. De una de sus expediciones a las tierras situadas al norte de Raktum regresó con un nuevo compañero, quien le proporcionaría la llave de Ruwenda: el hechicero Orogastus.

Voltrik tenía entonces treinta y ocho años, v era un hombre de formidable presencia física, de barba negra y graníticamente apuesto, con un temperamento tan impredecible y retumbante como el trueno. Su primera esposa, la amada princesa Janeel, murió al dar a luz al único hijo de Voltrik, Antar. Su segunda esposa, Shonda, pereció en sospechosas circunstancias durante una cacería de lothek, sin haber sido capaz de concebir un hijo en diez años de matrimonio. La frívola princesa Narice, su tercera esposa, sufrió el castigo merecido por alta traición tras haber intentado fugarse con un caballerizo. Ella y su amante fueron encerrados juntos en un enorme saco de lana espinosa, y luego quemados vivos.

El hechicero Orogastus se convirtió en el principal consejero de Voltrik, y al poco tiempo logró inspirar respeto y miedo a todo Labornok. Él instó al príncipe heredero a que se tomara un poco de tiempo antes de elegir una cuarta esposa, y que infundiera paciencia a su alma si quería ver cumplidas sus grandes ambiciones.

(Prudentemente, el mago no reveló al impetuoso príncipe que debería esperar otros diecisiete años antes de que muriera el decrépito rey Sporikar.)

En el ínterin, Orogastus se estableció en una fortaleza en lo alto de la ladera norte de las montañas Ohogan, en el flanco del monte Brem, donde se dedicó a perfeccionar el dominio de las artes mágicas. Entonces, todos los inusuales artefactos antiguos que los maestros comerciantes de Labornok conseguían de los raros de los pantanos empezaron a llegar a su manos, pues una visión le había advertido que de esos curiosos objetos podría extraerse un enorme poder. Más tarde, Orogastus tomó como ayudantes a tres siniestros individuos, conocidos como sus Voces. Cumplían la función de acólitos y agentes del hechicero, y se los temía casi tanto como a su amo.

En la ladera opuesta de las montañas Ohogan, coronadas de nieve, en la zona ruwendiana donde se hacía menos abrupta la caída del río Nothar y donde su cauce se ensanchaba, se hallaba el hogar de otra practicante de lo oculto. Era la archimaga Binah, también llamada la Dama Blanca, que había vivido durante incontables años en las ruinas de Noth, una de las antiguas ciudades de los desaparecidos. Era apenas más que una leyenda para la población humana de Ruwenda, y la gente común jamás la había visto. Sin embargo, repetidamente invocaban su nombre en momentos de desdicha y la veneraban como guardián de su tierra desde épocas inmemoriales.

Sólo los raros y la realeza ruwendiana conocían la verdad que se ocultaba tras la leyenda: era la benigna magia de Binah, y no el terreno accidentado, las fortificaciones humanas, el clima inclemente ni los desastres naturales, lo que había mantenido al Laberinto de Pantanos a salvo de potenciales invasores. Pero el peso de los años vence a los magos tanto como a aquellos que no ejercen los poderes. Durante el reinado de Krain III, a Binah le resultó cada vez más difícil conservar la protección que había mantenido en torno a Ruwenda. Y a medida que sus facultades se marchitaban, las del perverso Orogastus se fortalecían más y más.

Llegó el momento en que la reina Kalanthe de Ruwenda iba a dar a luz por fin, tras muchos años de esterilidad, y no todo marchaba bien. El rey Krain se arrodilló junto a su doliente esposa e invocó poderes casi olvidados, que no había nombrado desde su infancia.

De la brumosa oscuridad que pendía densa y estancada sobre la gran ciénaga surgió un pájaro tan inmenso que, con las alas desplegadas, podría haber cubierto gran parte del techo de la Alta Torre de la Ciudadela. Sin duda se trataba de uno de los pavorosos quebrantahuesos que moraban en los desfiladeros más inaccesibles de la cordillera Ohogan. De su lomo desmontó la archimaga Binah, y los que se hallaban de guardia y de servicio en los salones sintieron pavor y cayeron de rodillas al verla. En apariencia, sólo era una mujer anciana, vestida con un manto blanco orlado de plata, que cambiaba con el movimiento a ese azul pálido que a veces se ve en las sombras de la nieve; pero había algo en ella que acallaba todas las

preguntas y resultaba inconcebible que alguien tratara de detenerla o de obstaculizarla mientras la anciana se apresuraba hacia el lecho de la reina.

Los que se hallaban próximos a la sufriente dama ya sollozaban y suspiraban y rezaban en voz alta, pues era evidente que Kalanthe era incapaz de dar a luz la nueva vida que se debatía por la existencia dentro de ella; todos veían que se hallaba al borde de la muerte. Su bello cabello rojizo estaba oscurecido y pegado a la cabeza debido al sudor, y aferraba la mano del rey Krain como alguien a punto de ahogarse se aferraría a una tabla de salvación.

Acercándose, la archimaga dijo:

—Quédate tranquila. Todo saldrá bien. Kalanthe, hija querida, mírame.

Los ojos de la reina se abrieron, muy grandes, y sus gemidos cesaron. El pobre Krain no quería abandonar a su esposa, pero un simple gesto de la archimaga lo colmó de súbita esperanza y se apartó a un lado, indicando a sus cortesanos y a las damas de compañía de la reina que dejaran lugar a la recién llegada.

La partera real, que era una rara llamada Immu, permaneció allí sosteniendo una copa que contenía una poción de hierbas que hasta el momento no había logrado administrar a la reina. La archimaga Binah indicó a la mujercita no-humana que se acercara y alzara la copa, y entonces se reveló una gran maravilla. Todos los que se encontraban en la habitación, incluyendo a la reina agonizante, soltaron exclamaciones de asombro, pues Binah sostenía sobre la copa una planta de Trillium Negro, una fabulosa hierba de la ciénaga tan poco frecuente que ni siquiera los raros del palacio sabían si aún existía, o dónde. Sin embargo, esa misma planta era la divisa de la casa real de Ruwenda, y entre las más preciadas joyas de la corona figuraban unas piezas de ámbar en las que se habían engastado diminutos especimenes fósiles del capullo, no mayor que la cabeza de un alfiler.

Pero esta flor no era pequeña. Era tan grande como la palma de la mano de la archimaga, y de un negro intenso, más profundo que el terciopelo de seda. Binah cortó el capullo de trillium y lo dejó caer en la copa, pero ocultó la planta bajo su manto. Esperó a contar hasta diez mientras la flor se disolvía, después tomó la copa con la tisana de las manos de la partera rara y dirigió un gesto al rey.

Krain se adelantó corriendo, alzó a su amada esposa y la sostuvo mientras ella probaba primero un sorbo y bebía hasta terminar el contenido de la copa. Entonces la reina se recostó en las almohadas. De repente lanzó un poderoso grito —no de dolor sino más bien de triunfo— y la partera Immu exclamó:

— ¡Está dando a luz!

Aparecieron tres princesas, una tras otra, rápidamente. Y esto fue un gran prodigio, ya que los nacimientos múltiples son poco comunes en la aristocracia humana.

Los bebés lloraron con vigor y, aunque pequeñas, eran perfectas y cada una de ellas de coloración ligeramente distinta. A medida que cada princesa era recibida, la archimaga pronunciaba un nombre y ponía sobre el pequeño pecho un pendiente de oro extrañamente tallado, engastado con ámbar miel que contenía un capullo de la flor del Trillium Negro.

—Haramis —dijo a la primera niña, en el tono de alguien que recibe a una amiga o pariente amada.

—Kadiya —dijo para saludar a la segunda, y a la tercera—: Anigel.

Después, por encima de las criaturas, contempló al rey y a la reina, que la miraban a su vez atónitos y maravillados, y dijo con voz perentoria, como si quisiera que sus palabras quedaran grabadas en la memoria de todos los que la escuchaban:

—Los años van y vienen veloces. Lo encumbrado puede caer, lo que es amado puede perderse, lo que está oculto debe, a su tiempo, revelarse. Sin embargo, os digo que todo saldrá bien. Mi día se desliza ahora hacia la noche, aunque cumpliré mi cometido hasta que llegue la noche completa. Estos tres pétalos del Trillium Viviente, hijas de vuestra casa, Krain y Kalanthe, tienen un terrible destino que las aguarda e ingentes tareas, pero aún no ha llegado el momento de eso.

Antes de que el rey y la reina pudieran preguntarle el significado de su advertencia, la archimaga Binah se volvió y abandonó rápidamente la habitación. Las criaturas, que lloraban a gritos, y las tareas de atención necesarias tras el parto de la reina ocuparon a las mujeres y a la partera Immu, en tanto el rey fue a anunciar la dichosa noticia y a proclamar una época de celebración. Los mágicos amuletos de trillium se colgaron de cadenas de oro, y las princesas las llevaron puestas día y noche.

Como había dicho la archimaga, el tiempo pasa, y con él se entrelaza también cierto grado de olvido. Las tres princesas crecieron hasta ser bellas muchachas que a menudo escuchaban de boca de sus institutrices y progenitores la extraña escena de sus nacimientos. Sin embargo, para las jóvenes el relato empezó a ser cada vez más un cuento fantástico, sobre todo la parte de la siniestra advertencia, pues nada perturbaba la paz de sus días mientras maduraban, y al igual que muchas personas jóvenes, estaban más

interesadas en el presente que en el pasado.

La princesa Haramis era la favorita de su erudito padre. Cuando era todavía una niña, anhelaba todos los conocimientos que podían encontrarse en los libros, molestando a los escribas reales con preguntas inconvenientes para las mujeres nobles. También hallaba magia en la música, especialmente la que producía la flauta y las cuerdas del arpa de madera de ladu. Pasaba gran parte del tiempo con el raro Uzun, que era un famoso cantante y narrador de historias. El era capaz de cambiar el estado de ánimo más melancólico por otro alegre por medio de sus cuentos y sus sabios consejos.

La princesa Kadiya demostró muy pronto ser amante de pájaros y animales, en especial de las extrañas criaturas que poblaban el interior de la ciénaga. Su pasión era vivir al aire libre y explorar los rincones más salvajes del reino, y como guía y maestro de cuestiones de historia natural recurrió al raro Jagun, que era el maestro de animales real y el mejor cazador de toda la Ciudadela.

La princesa Anigel, tan frágil y delicada como una de las flores que tanto amaba, era una joven tímida, aunque muy dada a la risa, y tenía un corazón tierno que se conmovía con cualquier ser enfermo o doliente. La reina Kalanthe la amaba en especial, ya que la joven demostraba predilección por los deberes domésticos y ceremoniales que sus hermanas despreciaban. Su amiga más íntima era la misma Immu, que había sido la partera real y su niñera, y que ahora cumplía las funciones de boticaria de la Ciudadela, y que no sólo preparaba pociones y pócimas, sino también perfumes dulces, esencias culinarias y muy buena cerveza.

Llegó el momento en que las tres princesas llegaron a edad de casarse, y Ruwenda había prosperado durante diecisiete años a expensas de Labornok. A instancias del hechicero Orogastus, el príncipe heredero Voltrik pidió la mano de Haramis, la primogénita. Para su furia, fue rechazado, ya que el rey Krain decidió que, al no tener heredero varón, en la próxima Fiesta de las Tres Lunas prometería a su hija mayor al segundo hijo del rey Fiodelon de Var. Este príncipe, llamado Fiemakai, compartiría entonces el trono de Ruwenda con Haramis. La nación de Var, que se extendía al sur del bosque de Tassaleyo, en la fértil llanura del Gran Mutar, tenía muy poco intercambio comercial o diplomático con Ruwenda. (Sin embargo, ¡era un notable rival de Labornok en el comercio marítimo!) Pero si los salvajes raros clismak lograban ser sometidos alguna vez, con lo cual se abriría el Gran Mutar a los navios mercantiles de Var, era muy posible que Labornok descubriera que el lucrativo comercio con Ruwenda ya no existía.

En esta crítica coyuntura de la historia de la Península, el viejo rey Sporikar cerró finalmente sus ojos al mundo y Voltrik se convirtió en rey de Labornok. A instancias de Orogastus, recién nombrado gran ministro, Voltrik convocó a su hijo adulto, el príncipe heredero Antar, y al comandante en jefe de Labornok, el general Hamil. Les dijo que debían prepararse para la inmediata invasión de Ruwenda.

Una vez más, desde abajo de la sitiada Ciudadela, surgió una deslumbrante luz blancoazulada que encandiló los ojos de la familia real, de los cortesanos y de los Compañeros Juramentados reunidos en un balcón en el nivel medio de la gran fortaleza. Un sonido atronador golpeó sus oídos un instante más tarde.

El rey Krain soltó un gruñido de desesperación.

—Por la Dama Blanca, ¡esta vez no cabe ninguna duda! ¡El hechicero Orogastus ha logrado un relámpago con cielo despejado, y este golpe ha abierto una brecha en la muralla interior!

La infantería de Labornok emergió por centenares a través de la brecha recientemente abierta, seguidos de cerca por caballeros montados comandados por el brutal general Hamil. Los atacantes barrieron a los valientes defensores de la Ciudadela con tanta facilidad como el huracán arrasa los pastizales del pantano. Momentos más tarde hubo un tercer relámpago mágico, deslumbrante, y luego un cuarto, y después de cada uno las hordas enemigas brotaron de nuevas brechas abiertas en las fortificaciones.

—Es el fin —se lamentó el rey—. Si los pavorosos golpes de Orogastus logran atravesar esa antigua muralla, con sus muchos bastiones, entonces no hay manera de salvar la gran fortaleza.

Se volvió hacia uno de los Compañeros Juramentados.

—Lord Sotolain, trae mi armadura. Y a ti, lord Manoparo, te encargo la seguridad de nuestra querida reina y de las princesas. Llévalas al último bastión de la fortaleza, donde tú y tus caballeros deberéis defenderlas hasta derramar la última gota de sangre. El resto, preparaos para combatir al enemigo a mi lado.

La reina Kalanthe se limitó a asentir, pero la princesa Anigel rompió en lastimero llanto, y lo mismo hicieron las damas de compañía. La princesa Haramis permaneció con el ceño fruncido, tan inmóvil como una estatua de mármol; únicamente sus grandes ojos azules y sus relucientes trenzas negras

interrumpían la palidez de su rostro y la blancura del vestido y el manto que llevaba. La princesa Kadisha, ataviada con un varonil traje de caza de color verde, desenvainó su daga, esgrimiéndola.

—Señor... ¡querido padre! ¡Déjame luchar a tu lado! ¡Prefiero eso antes de acurrucarme con las llorosas mujeres mientras esos bastardos de las tierras llanas conquistan Ruwenda!

La reina y los nobles soltaron una exclamación, y la princesa Anigel y las damas, atónitas, interrumpieron sus gemidos.

La princesa Haramis simplemente esbozó una fría sonrisa.

—Creo, hermana, que sobreestimas tus capacidades guerreras. Estos no son larvales que escapan de tu lanza de juguete en una cacería, sino esbirros armados del rey Voltrik, protegidos por el hechizo de un brujo de negro corazón.

—Los raros dicen —replicó Kadiya— que una mujer de la real casa de Ruwenda causará la caída de Labornok y matará a su perverso rey.

—¿Y tú te has autodesignado como nuestra salvadora?

Haramis soltó una amarga carcajada, y luego sus ojos se inundaron de lágrimas, como una crecida que bañara el hielo azul de los glaciares. Exclamó:

— ¡Quédate quieta, estúpida muchacha! Ahórranos tus necios gestos. ¿No ves cómo apenas a nuestra madre?

La reina se irguió, altiva. Ella, al igual que Anigel, lucía el tradicional vestido diurno de la corte de Ruwenda, de satén sin adornos, con el corpiño y las mangas de encaje. El vestido de la muchacha era de un suave color rosado, pero aquella mañana la reina les había pedido a sus doncellas que la ataviaran con un vestido y una capa de color rojo sangre.

—Mi corazón está colmado de pesar y de temor por todos nosotros —dijo Kalanthe—, pero sé cuál es mi deber. Kadiya, no deposites tu fe en las profecías de los raros. Nuestros sirvientes hyssomu han huido de la Ciudadela buscando la seguridad del Laberinto de Pantanos, y nos han dejado solos para enfrentarnos al enemigo. En cuanto a tus pretensiones guerreras... —Empezó a toser, pues por el muro subían nubes de humo producidas por otros recursos mágicos que permitían a los invasores arrojar bolas de fuego que incendiaban los edificios de madera de la guardia interior—. Debes permanecer con nosotras, como corresponde a tu rango y situación.

—Entonces seré vuestra defensora —gritó la princesa Kadiya—, y la de mis hermanas. Pues si el rey Voltrik conoce la profecía de los raros, no se atreverá a dejar con vida a ninguna de las mujeres de la familia real. Me propongo vender cara mi vida, y me uniré a lord Manoparo y a los Compañeros Juramentados para protegeros, y moriré con ellos si el destino así lo quiere.

—¡Oh, Kadi, no puedes hacerlo! —sollozó la princesa Anigel—. ¡Debemos ocultarnos y orar para que la Dama Blanca nos rescate!

—¡La Dama Blanca es un mito! —replicó Kadiya—. Sólo nosotras mismas podemos salvarnos.

—No es ningún mito —murmuró Anigel tan suavemente que su voz resultó casi ahogada por el fragor de la batalla que se libraba veinte anas más abajo.

—Tal vez no —concedió Haramis—, pero parece que ha dejado de ser guardiana de este desdichado país. Si no, ¿cómo podrían los labornokianos haber cruzado el paso y atravesado el pantano para atacar impunemente la Ciudadela?

—¡Callaos, hijas mías! —ordenó el rey—. El enemigo atacará la fortaleza en cualquier momento, y muy pronto deberé dejaros.

Con un gesto, les indicó que se retiraran del balcón abierto y pasaran a la cámara, que había sido amueblada como solar para las mujeres reales. Los brillantes almohadones de seda y las sillas doradas habían sido arrojados a un lado por los pies cubiertos del metal de las armaduras, y un bastidor de bordado yacía tristemente cerca de la chimenea apagada, junto con libros abandonados y un dúlcemele con el teclado agrietado. El rey se dirigió ahora a su segunda hija y habló con gran severidad.

—Kadiya, haces mal en preocupar a tu madre y a tus hermanas con tu necia conducta y tu cháchara inspirada en los raros. ¿Acaso el rey Voltrik hubiera pedido la mano de Haramis si diera crédito a ese cuento de hadas acerca de mujeres guerreras? Como señor de este reino, mi deber es defenderlo o perecer en el intento. Pero tu deber es vivir y consolar a tu madre y hermanas. Puedes estar segura de que tu carga es más liviana que la de nuestra pobre Haramis, que sin duda terminará por someterse a Voltrik después de todo.

Ante esas palabras, todas las damas volvieron a romper en sollozos y gemidos, y los caballeros empezaron a gritar, y hubo tal tumulto de llantos y exclamaciones de «¡No, jamás!», que apenas si oyeron la nueva

descarga de las explosiones en el exterior, ni el entrechocar de los aceros ni los gritos de los heridos y los agonizantes.

— ¡Silencio! ¡Silencios todos! —exclamó el rey Krain.

Pero no se callaron, pues Krain no era un monarca que gobernara despóticamente, por la fuerza de su carácter, sino más bien un rey que alentaba a sus súbditos a que lo consideraran un padre o un consejero.

Durante cuatro centurias, desde la fracasada invasión de Pribi-nik el Temerario, rey de Labornok, en la nación había reinado la paz. El crimen y las luchas domésticas prácticamente no habían existido en Ruwenda, salvo por algún ladrón ocasional o algún loco homicida, y por los ataques intempestivos de los abominables skri-tek, que daban excusa a las proezas caballerescas. Durante el prolongado período de paz, las artes militares habían languidecido y los Compañeros Juramentados habían olvidado cuanto sabían de estrategia y tácticas. Los reyes de Ruwenda permitían que sus súbditos hicieran prácticamente lo que se les antojara, siempre que prevalecieran la justicia y la tranquilidad general y que los impuestos usuales llegaran al tesoro del reino. Tradicionalmente, Ruwenda carecía de un ejército permanente. Los Compañeros Juramentados eran el brazo armado del trono y las fortalezas de las montañas estaban atendidas por escuadras rotativas de ciudadanos libres del país de Dylex, quienes a cambio no estaban obligados a pagar impuestos. Los señores y damas ruwendianos gobernaban sus diminutos feudos con mano suave, siguiendo el ejemplo de la corona, y todos habían prosperado salvo los ociosos, que no se lo merecían.

La aislada y pequeña nación de Ruwenda parecía haber sido la tierra más dichosa de toda la Península, si no lo era de todo el mundo conocido, hasta que los hechizos mágicos de Orogastus habían abierto el Paso de Vispir a la codicia de Labornok, trazando luego la ruta secreta que el ejército del rey Voltrik había seguido para atravesar el Laberinto de Pantanos hasta las puertas de la Ciudadela.

Sólo había llevado diez días. Ninguna de las tormentas mágicas, o de los fantasmas de niebla, o de los otros desastres que habían derrotado al rey Pribinik azotaron a Voltrik. En realidad, se decía que hasta los mismísimos abominables skritek se habían aliado con él. Bajo la égida del hechicero Orogastus, las fuerzas de Labornok habían reducido a ruinas los fuertes de las montañas, habían saqueado las cercanas poblaciones de Dylex y habían hecho huir a sus habitantes a las remotas provincias orientales, para llegar luego sin obstáculos a la fortaleza exterior de la Ciudadela misma.

Pronto la Ciudadela caería en manos de Voltrik, y con ella todo el reino.

Mientras la acongojada nobleza ruwendiana y sus cortesanos gemían y se agitaban, se produjo otro tremendo relámpago y otra detonación fortísima. Los gruesos muros de la fortaleza se estremecieron como si se tratara de una cabaña que sufriera el embate de los monzones invernales. Por un instante, un silencio consternado flotó dentro y fuera de la Ciudadela. Luego, desde abajo surgió el rugido de diez mil gargantas y el bramido triunfante de los cuernos. Era evidente que la puerta de la enorme estructura central se había abierto y que los invasores penetraban en tropel.

Lord Sotelain se acercó con la armadura del rey y rápidamente le ayudó a vestirla, y Krain suspiró mientras se calzaba la pesada espada de su tatarabuelo Karaborlo, aunque tanto él como sus compañeros sabían que la blandiría con valor pero inexpertamente. Ni el magnífico traje de reluciente acero con zafiros engarzados, ni el coronado yelmo de batalla con la efigie de un quebrantahuesos de platino podían lograr que el rey Krain fuera más de lo que era: un hombre maduro de temperamento apacible, de corazón y mente generosos pero lamentablemente inepto como guerrero.

Cuando le sujetaron el yelmo, pronunció la última despedida a su familia.

—He preferido esgrimir la pluma antes que la espada, y no lo lamento. Durante muchas generaciones nuestra tierra sólo ha conocido la paz. Hemos sido protegidos, o al menos, eso nos enseñaron a creer, por la archimaga Binah, a quien llaman la Dama Blanca, la Dama de la Flor, la Guardiana, la Custodia del Trillium Negro. Muchos de los que aquí estamos, en este desdichado día, la vimos y la escuchamos cuando actuó maravillosamente en el momento del nacimiento de nuestras princesas trillizas. La archimaga nos dijo que todo saldría bien, pero también habló misteriosamente de un destino peculiar y de terribles trabajos que esperaban a las hijas reales. No comprendimos sus palabras, y casi todos, incluso yo mismo, nos olvidamos de ellas. Pero reflexionemos ahora, pues tal vez sus palabras nos ofrezcan alguna esperanza. Francamente, no sé dónde más buscarla.

Abrió los brazos cubiertos de metal y con suavidad abrazó y besó a la reina. Después vino Haramis, cuyo rostro era el único seco de lágrimas, y Kadiya, finalmente dócil, y la rubia Anigel, que no había dejado de sollozar.

Tras despedirse de sus amigos, el rey volvió a encomendar solemnemente al venerable lord Manoparo y a los cuatro caballeros que lo acompañaban la seguridad de su familia; éstos se golpearon los pechos

acorazados en un gesto de lealtad y desenvainaron las espadas. Después el rey se marchó. Con su noble escudero Barnipo, que llevaba el escudo real delante, traspuso la puerta del recinto con casi todos los Compañeros Juramentados siguiéndole los pasos. Era para él el momento de cumplir su propio destino, y ninguna de las personas que permanecieron en el recinto dudaban de cuál sería.

Cuando cayó la noche de ese día de conquista, los fuegos de la Ciudadela ya se extinguían, y su humo se mezclaba con las miasmas que subían del pantano. La loma donde se asentaba la capital ruwendiana parecía una isla en medio de un turbulento mar de nubes. Bajo las órdenes del general Hamil, los caballeros de Labornok, que habían salido victoriosos del último combate contra los Compañeros Juramentados, llevaron al vencido rey Krain y a su escudero Barnipo ante la presencia del rey Voltrik, el príncipe heredero Antar y el hechicero Orogastus. Unas pocas docenas de nobles ruwendianos cautivos se encontraban también en el salón del trono, pesadamente engrillados y bien custodiados, para que pudieran presenciar la capitulación de su propia nación. El estandarte de Labornok, escarlata con tres espadas doradas cruzadas, pendía en el muro situado detrás del trono, donde se sentaba ahora Voltrik.

Krain estaba ya al borde de la muerte y sangraba profusamente de las profundas heridas recibidas en el brazo derecho y en la ingle, por lo que tuvo que ser sostenido por dos de los caballeros de Hamil cuando lo obligaron a adelantarse y a arrodillarse ante el rey Voltrik. Uno de sus captores arrojó el maltrecho escudo azul de Krain, con su adorno de Trillium Negro prácticamente borrado, y el otro caballero lanzó sobre él la quebrada espada del rey. El mismo Hamil arrebató el yelmo de Krain, arrancando la real corona de platino engarzada con ámbar y zafiros, y la sostuvo en alto para que todos la vieran. El escudero Barnipo, sano y salvo y sin grilletes, temblaba detrás de su señor, asido por las manos de lord Osorkon, el segundo de Hamil, un corpulento caballero que llevaba una armadura negra ensangrentada.

—Te saludo, mi real hermano —dijo Voltrik a Krain.

Tenía abierto su visor orlado de colmillos y parecía sonreír al derrotado monarca ruwendiano desde el interior de las abiertas mandíbulas de algún fantástico saurio enjoyado. La elaborada y adornada armadura de acero bañado en oro de Voltrik centelleaba a la luz de las antorchas, y estaba recostado en el trono de Ruwenda con aire desenvuelto con las piernas cruzadas.

—Y ahora, ¿te sometes a mí? —preguntó.

—Aparentemente no tengo otra opción —respondió Krain, y su voz fue apenas un ronco susurro.

—¿Te sometes sin condiciones —continuó Voltrik, pasando la corona de Ruwenda ante el rostro del derrotado monarca—, sabiendo que sólo en el caso de que así lo jures se les ahorrará la muerte a los nobles y a los ciudadanos comunes de tu vencida Ciudadela?

—Me rendiré si también conservas las vidas de mi reina y de mis tres hijas.

—Eso será imposible —intervino el hechicero Orogastus, con un tono tan implacable como el sonido de un gong mortal—. Ellas deben morir, al igual que tú. Y como parte de tu sometimiento, deberás decirnos en qué parte de esta enorme fortaleza de derruida mampostería se han ocultado las damas.

—Nunca —replicó Krain.

En ese momento el príncipe Antar osó adelantarse y enfrentarse a su real padre.

—Pero, Señor, ¡sin duda no luchamos contra inofensivas mujeres!

—Deben morir —repitió Orogastus secamente.

El rey Voltrik asintió.

— ¡Tu hechicero las teme debido a esa ridicula profecía de los raros! —exclamó Krain—. ¡Pero es una necedad flagrante, Voltrik, un cuento para niños! Sólo unos pocos meses atrás, hubieras tomado como esposa a mi hija mayor Haramis...

—Pero tú despreciaste una alianza con Labornok —dijo Voltrik con suavidad, haciendo girar la corona con un dedo como si se tratara de un lazo—. Además, respondiste a mi graciosa petición con palabras altivas y desdeñosas.

—El tacto nunca ha sido una virtud de los desdeñosos ruwendianos —intercaló el general Hamil, sonriendo—. Y ahora será mejor que se ahoguen en ese insolente fruto que han cultivado tanto tiempo.

El grupo de caballeros y nobles labornokianos rugió de risa hasta que el rey Voltrik alzó una mano.

—Confío en el poderoso Orogastus, que es mi gran ministro de Estado y también el hechicero de la Corte. Y es él quien ha predicho un desastre para mi casa a manos de una real mujer de Ruwenda, no ningún narrador de historias raro de piel resbaladiza. De modo que tu esposa y tus hijas deben morir, hermano Krain, al igual que tú. Pero si te sometes humildemente y me las entregas, tu muerte y la de tus mujeres será piadosa, con un certero golpe de espada, y tus subditos que juren fidelidad a Labornok salvarán sus vidas.

Krain alzó su lastimado mentón.

—No me someteré ni te entregaré a mis mujeres.

Voltrik alzó la corona, después la aplastó hasta convertirla en una masa retorcida entre sus manos con guanteletes de metal y la dejó caer delante del arrodillado Krain.

—¿Sabes cuál será el destino de tu familia si no te sometes a mí? *¿Y* el de tus caballeros aquí encadenados?

El rey Krain no respondió.

La alta frente de Voltrik se oscureció de furia y sus dedos tamborilearon con impaciencia sobre una reluciente plancha de oro. Al ver que el rey de Ruwenda se encerraba en un silencio obstinado, Voltrik ordenó:

—¡Traed cuatro corceles de batalla!

Uno de los capitanes de Labornok obedeció apresuradamente.

Un murmullo de consternación circuló entre los prisioneros; el escudero Barnipo palideció, presa de súbito temor, y se retorció en manos de su captor.

—¡Ved eso! —rió el general Hamil—. Este jovenzuelo conoce muy bien la clase de muerte que les espera a los que se burlan de Labornok. Ved la limpieza de su armadura, sin una mancha: es un cobarde, sin duda. Sería conveniente que él fuera el primero en participar en esta pequeña demostración de los justos castigos que imparte Su Majestad.

—¡No, no! —gritó Barnipo—. ¡Que Dios y los Señores del Aire tengan piedad de mí!

Se debatió frenéticamente hasta que lord Osorkon, enorme y negro, lo golpeó en el rostro con el puño cerrado, tras lo cual el muchacho se sometió, sollozando y gimiendo.

En ese momento, el capitán labornokiano regresó al espacioso salón del trono, acompañado de cuatro hombres que conducían a cuatro enormes froniales de batalla, todavía enjaezados y con armadura. Los animales revolvían los ojos furiosamente enrojecidos, y movían sus cuernos dorados, bufaban y se encabritaban, mientras los herrados cascos hendidos resonaban sobre el suelo de mármol.

—¡No! —gritó Barnipo.

—Sí —dijo suavemente el rey Voltrik. Sus ojos buscaron los de Krain—. Te mostraré, real hermano, qué destino os espera a ti y a los tuyos, si insistes en desafiarme. —Y al capitán—: Toma al cobarde y átale los miembros, uno a cada montura, y después espolea a las bestias para que se separen hasta descuartizarlo.

Barnipo soltó un aullido de desesperación y se debatió entre los brazos de Osorkon, mientras los caballeros ruwendianos cubrían de maldiciones a Voltrik, hasta que fueron silenciados a punta de dagas apoyadas contra sus gargantas.

—Deja en paz al pobre muchacho, e inflígeme esa muerte a mí —exhortó el rey Krain.

—Dejaremos en libertad al muchacho, y te daremos una muerte honrosa en vez de la ignominia del descuartizamiento, si aceptas revelarnos el escondite de tus mujeres —repitió el hechicero Orogastus.

—No —insistió Krain.

—¿Señor? —preguntó el general Hamil a Voltrik.

El rey de Labornok se puso en pie. Su manto rojo violáceo onduló en torno a él y se reflejó con vivos colores en su armadura de oro.

—Krain de Ruwenda, has elegido tu propia muerte. Atadle a las bestias.

—¡Señor! ¡Señor! —sollozó el muchacho—. ¡Permite que sea yo! ¡Perdona mi cobardía!

—Te perdono con todo mi corazón, Barni —dijo Krain.

Los lacayos aferraron al rey, le quitaron la armadura y lo pusieron en posición supina en el centro del amplio salón del trono. Cuando empezaron a atarlo con cintas de cuero crudo, la sangre manó de sus heridas, que volvieron a abrirse y muy pronto yació en medio de un charco de sangre. Durante todo este proceso, a pesar de los furiosos gritos de los prisioneros ruwendianos y del penitente murmullo del escudero Barnipo, el rostro de Krain permaneció inexpresivo. Cuando todo estuvo preparado, con los grandes corceles antilopines coceando y resoplando de excitación al punto de que se precisaban tres hombres para contenerles, el capitán se puso en posición de firmes y esperó la orden de Voltrik.

Pero, en ese momento, Orogastus susurró algo a su rey, quien asintió y luego indicó con un gesto a lord Osorkon que condujera al casi desvanecido escudero junto al trono.

—Muchacho —interpeló el hechicero, recorriendo al aterrado Barnipo con su penetrante mirada—, en tus manos está salvar a tu señor de esta horrible muerte y salvar también tu propio pellejo y el de los otros prisioneros.

Barnipo a duras penas consiguió modular una respuesta:

—¿Yo, mi señor?

—Tú —repitió Orogastus.

Entre todos los invasores, sólo el hechicero no llevaba armadura, sino tan sólo una simple túnica blanca y un manto negro con capucha. Lucía una cadena de platino en torno a su cuello, y de ella pendía un pesado medallón grabado con una estrella de muchas puntas. Ahora se quitó la capucha para revelar un rostro agradable y sin arrugas, a pesar de que su largo cabello era tan blanco como la nieve. Su rostro parecía bondadoso mientras se dirigía al escudero.

—Escúchame con atención, muchacho. Haz lo que digo y tal vez puedas salvar todavía la vida de la reina y de las tres princesas. Confieso que estoy muy sorprendido por el coraje que demuestra el rey Krain, y estimo conveniente que mi gracioso soberano se case, después de todo, con la princesa Haramis, ya que la hija debe haber heredado la virtud de su padre y posiblemente se la transmita a sus hijos.

—¿De verdad, mi señor?

Una loca esperanza iluminó el rostro del escudero.

—De verdad. Además, si la princesa Haramis acepta el compromiso de buen grado, he aconsejado a su majestad que salve las vidas de todas las reales mujeres ruwendianas. Lo único que debes hacer para que se concrete esta afortunada resolución es decirnos dónde se ocultan.

Los ojos del muchacho pasaron del rostro del hechicero al del rey, vacilante.

—¿Tampoco tomarás mi vida?

—Lo juro por mi corona —respondió Voltrik, rozando la corona que llevaba sobre su pavoroso yelmo—, tú vivirás. Pero no te demores, pues los froniales se inquietan.

—¿Y nuestro rey?

—El debe morir —le dijo Orogastus—, pues ésa es nuestra ley.

Pero puedes lograr que su muerte sea rápida e indolora. Sólo tienes que hablar.

Las lágrimas corrieron por las mejillas del muchacho.

—¿Lo juras por tu honor?

—Lo juro por los Señores del Aire —dijo Orogastus.

Barnipo respiró hondo.

—Entonces, están ocultas en una fortaleza secreta bajo el suelo de la capilla de la gran fortaleza, a la que se llega por un pasaje que está en el balcón del coro y que se abre presionando el clavo central del gran trillium tallado en la pared. Las custodian lord Manoparo y cuatro Compañeros Juramentados.

Los ojos del hechicero centellearon.

—¡Ah! —exclamó.

—¡Ah! —repitieron el rey Voltrik y el general Hamil.

—Juraste no hacerles daño! —El rostro lacrimoso del muchacho enrojeció y los labios le temblaron—. Por los Señores del Aire...

—Formidable juramento —comentó con alegría Orogastus—, para aquellos que creen en estas fantasías.

—¡Pero tú juraste también! —protestó Barnipo, dirigiéndose al rey.

—Juré salvar tu despreciable vida —puntualizó Voltrik—, y eso haré, para que puedas ganarte la vida limpiando letrinas durante el resto de tus miserables días.

Entonces azotó al horrorizado muchacho con su guantelete. Barnipo cayó del estrado y quedó tendido como muerto.

—Mi rey —intervino el general Hamil—, tomaré algunos hombres e iré a buscar a la perra real y sus tres cachorras.

—No —decidió Voltrik—. Mi hijo y yo conduciremos el escuadrón de búsqueda. Tú te ocuparás de la basura ruwendiana reunida aquí y también de su indigno gobernante.

Después de dirigir un gesto al príncipe Antar, Voltrik se incorporó y bajó del estrado. Llamó a un grupo de veinte caballeros y todos juntos se marcharon por la gran escalera en espiral que conducía hasta la

capilla.

Hamil, con los puños acorazados apoyados sobre sus acorazadas caderas recorrió con la mirada el salón del trono, a la turba de Labornok que custodiaba a sus desdichados prisioneros manteniéndolos contra los muros.

En el centro del salón, el rey Krain seguía atado aún a los cuatro caballos de batalla.

—Dar cuenta de prisioneros encadenados es un asunto aburrido —comentó Hamil a Osorkon—, y ha sido un día fatigoso. Será mejor que nos divirtamos un poco primero. —Después gritó—: ¡Lacayos! ¡Usad los látigos!

En el horror que siguió, Barnipo se recuperó fácilmente de su fingido desmayo y corrió por una escalera trasera a advertir a la reina y a las princesas del peligro que corrían.

Barni había corrido con tanta rapidez que se quedó sin aliento. En el costado sentía un dolor tan agudo como el de una herida de cuchillo, y la cabeza le dolía tanto por culpa del golpe que le había dado el rey Voltrik que lo veía todo doble. Ahora, mientras subía tambaleante la pequeña escalera que conducía al balcón del coro, oyó a lo lejos el rítmico repique de pies acorazados y una voz enemiga que gritaba:

—¡Por aquí!

La capilla estaba casi a oscuras, sólo iluminada por unas pocas lámparas votivas; la escalera aparecía completamente negra. Esta situación cambió en un instante cuando el rey Voltrik y sus caballeros, que portaban antorchas, entraron apresuradamente por el portal central y se apiñaron en el vestíbulo.

Invadido por el pánico, el escudero tropezó y casi cayó cerca del final de la escalera, de forma que se golpeó la maltratada cabeza. Toda su fuerza pareció esfumarse y creyó que otra vez fracasaría, que no llegaría a cumplir con su deber.

—¡Dama Blanca! —sollozó en voz alta—. Ayúdame. Ayuda a nuestra pobre reina y a las princesas.

Un aire dulce colmó sus pulmones congestionados y su visión se aclaró. Todavía le dolía mucho la cabeza, pero podía moverse. Más como un worram de muchas patas que como un hombre, subió a rastras el resto de la escalera y siguió gateando hasta atravesar los listones llenos de astillas hasta la pared que se hallaba detrás de las graderías del coro. Esta pared era de piedra tallada, con un panel pintado que representaba el sello real de Ruwenda, un campo de azur con el enorme Trillium Negro con un clavo dorado en el centro.

Barni se arrastró hasta allí y oprimió el clavo con ambas manos. De inmediato el bloque de piedra se desplazó hacia dentro y reveló una pequeña entrada por donde un hombre podía deslizarse con dificultad. En cuanto hubo entrado y cerrado de nuevo el panel, lord Manoparo, con su barba cana, y dos caballeros ruwendianos, Korban y Wederal, aparecieron con las armas prontas por el pasadizo secreto, emergiendo desde un recinto interior iluminado.

—¡Tranquilos, tranquilos, sólo soy yo! —graznó el escudero, arrodillándose.

—¡Por la Flor! ¡Es el joven Barni!

Manoparo envainó la espada y ayudó al muchacho a levantarse.

—Bien, muchacho...

—¡Rápido! ¡Si quieres salvar a las damas, debes atrancar la puerta exterior y romper la cerradura para que no pueda entrar ningún enemigo!

Soltando maldiciones, Korbal y Wederal se apresuraron a poner cuatro grandes cerrojos y a romper el mecanismo secreto del panel con sus espadas. En cuanto lo hubieron hecho, empezaron a oírse poderosos golpes en el exterior, acompañados de gritos marciales. Después, más amenazante aún, se hizo silencio y los golpes cesaron.

—Han ido a buscar un ariete —observó Wederal.

—¡Más probablemente al hechicero! —le espetó Manoparo—. Retrocedamos hasta la habitación fortificada.

Arrastraron al escudero hasta la cámara secreta, que tenía alrededor de siete anas cuadradas y estaba equipada para un asedio, ya que contaba con una pesada puerta de madera de gonda reforzada con hierro, cerrada con tres fuertes troncos. Las paredes estaban cubiertas con antiguos tapices y el suelo con mullidas alfombras y jergones para dormir. No tenía ventanas, solamente dos rendijas en lo alto, tan estrechas que apenas si dejaban pasar un dedo de luz. Había en la habitación una mesa pequeña y un banco, donde se había sentado la reina Kalanthe, protegida por un cuarto caballero, lord Jalindo. Una diminuta chimenea, apenas mayor que un brasero, estaba flanqueada por cajas de alimentos y barriles de vino y de agua. Un candelabro de gastada plata y otras velas colocadas en candelabros sobre la pared

proporcionaban una luz vacilante.

Lord Manoparo hizo una reverencia a la reina, quien estaba sentada pálida y tranquila, con sus tres hijas reunidas en torno a su falda. Se había puesto su gran corona de estado de platino, que centelleaba con el brillo de esmeraldas y rubíes, coronada por un enorme y reluciente diamante, que tenía en el centro una gota de ámbar del tamaño de un huevo. En el corazón de la gema había un Trillium Negro fosilizado del tamaño de una uña.

—Mi reina, el enemigo nos ha descubierto —anunció Manoparo, señalando al desfalleciente Barnipo—. Este escudero nos advirtió y logramos bloquear la puerta de la mejor manera posible. Pero sin duda traerán al hechicero para que abra la puerta con su magia negra y pondrán fin a nuestras vidas.

La pequeña princesa Anigel soltó un conmovedor gemido de terror y se hubiera puesto histérica si su hermana Kadiya no la hubiera abofeteado rápidamente y ordenado que permaneciera en silencio. Haramis tomó a la sollozante muchacha entre sus brazos mientras la reina interrogaba a Barnipo.

—*¿Qué* ha sido de mi real esposo?

El escudero cayó de rodillas mientras las lágrimas corrían por sus sucias mejillas.

—Oh, mi señora, está muerto, y nuestra pobre Ruwenda se ha perdido.

Los cuatro caballeros gimieron y las hijas reales soltaron exclamaciones de horror. La reina Kalanthe tan sólo agachó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo murió mi señor?

—¡Oh! —exclamó el muchacho—. Que Dios y los Señores del Aire me perdonen, pues fue culpa mía.

De esta manera continuó injuriándose a sí mismo hasta que lord Jalindo se acercó a él y le posó una mano sobre el hombro.

—Vamos. Todavía no has cumplido quince años y ninguno de nosotros puede creer que alguien tan joven sea el responsable de la muerte de un rey. Cuéntanos simplemente qué ocurrió.

Barni obedeció, y cuando relató la vergonzosa muerte que había sufrido el rey Krain, la princesa Anigel se desmayó y cayó en los brazos de su hermana Haramis.

— ¡Lo pagarán! —exclamó la princesa Kadiya con voz quebrada.

Sin embargo la reina permaneció en silencio, mirando fijamente la puerta cerrada y acunando en su regazo la cabeza sudorosa y ensangrentada del escudero del rey, quien sollozaba como si se le fuera a destrozar el corazón.

—No es culpa tuya, pobre Barni —lo tranquilizó—. El horrible Orogastus te engañó. Nadie te inculparía. La responsabilidad es del hechicero, del rey Voltrik y del monstruoso Hamil, quien dio la orden de descuartizar a mi amado.

—Lo pagarán —susurró Kadiya, pero nadie la oyó salvo Haramis.

De repente se alzó un gran estrépito. Los caballeros desenvainaron las espadas y se colocaron alineados entre las mujeres y la puerta. La reina se levantó de un salto, mientras el escudero caía sobre la alfombra.

—Una mujer de nuestra casa —dijo Kalanthe, con los ojos encendidos de determinación—. ¡Eso es lo que teme el diabólico Voltrik! ¡Así que, después de todo, la profecía no es tan sólo un cuento de raros, ya que hasta el mismo hechicero de Labornok la confirma!

Miró a sus hijas. Anigel se había recobrado y los tres pares de ojos se clavaban en la madre.

—La caída de Labornok será provocada por una mujer de nuestra casa. *Vosotras viviréis, hijas,* para demostrar que la profecía es verdad.

Ahora los enemigos atacaban con mazas y hachas la puerta interior del refugio, ya que Orogastus no podía utilizar sus destructivos golpes mágicos en un espacio tan reducido, por temor a derrumbar los muros. La reina Kalanthe corrió uno de los tapices colgantes tejidos en una antigua tela. Esta mercancía todavía podía hallarse de vez en cuando en la Ciudadela, lugar que había sobrevivido a los constructores de la enorme edificación y que habían ganado el respeto reverencial de los humanos que habían llamado hogar a aquel sitio durante ocho centurias. La tela era gris, pero cuando la reina la apartó se volvió azul, y encima o dentro de ella se movieron sombras, aunque nadie había podido ver nunca qué eran esas sombras.

Detrás de esas colgaduras maravillosas había un objeto doméstico, el guardarropa del recinto, un armario que apenas daba cabida a un único ocupante. Kalanthe abrió la pequeña puerta y ordenó:

— ¡Adentro, hijas!

Haramis se movió rápidamente, arrastrando a Anigel, cuyo cuerpo frágil volvió a estremecerse por los sollozos.

El lugar ya era demasiado pequeño para las dos, y Kadiya desenvainó la daga y dijo:

—No importa; yo me quedaré contigo, madre,.,

—¡Adentro! —ordenó la reina, con una voz terrible que ninguna de las muchachas había oído antes.

Kadiya se la quedó mirando con la boca abierta; después se apresuró a empujar a sus hermanas y se apretujó contra ellas hasta que apenas cupieron las tres, de forma que la puerta del armario no llegaba a cerrar del todo.

—Una última cosa —instó la reina, y se quitó la gran corona y la entregó a Haramis, que esperaba—. Ahora rezad, queridas, y ojalá volvamos a encontrarnos en un mundo más feliz.

Dejó caer el polvoriento tapiz. Quedó una pequeña brecha por donde las princesas pudieron atisbar lo que ocurrió a continuación.

La puerta de madera de gonda ya estaba astillada por los golpes de las hachas de combate de los labornokianos. Se dedicaron a golpear el marco hasta que las bisagras que sostenían la puerta cedieron y los tablones cayeron, para dar inicio a la confrontación final.

El príncipe Antar, ataviado con una armadura azul empavonada y un yelmo alado, se contó entre los primeros que penetraron a través de la brecha abierta en la puerta. Combatió con lord Manoparo, y los dos descargaron golpes sosteniendo las espadas con ambas manos, y sus armas sonaron como campanas debido a la fuerza de los golpes. Otros caballeros de Labornok entraron corriendo y se ocuparon de los otros cuatro Compañeros Juramentados, mientras el rey Voltrik y Orogastus permanecían a un lado. La reina se había retirado hasta la chimenea, lo más lejos posible del lugar donde se ocultaban sus hijas, y las muchachas pudieron verla claramente, así como podían observar también la encarnizada batalla que se libraba dentro de la habitación.

Lord Manoparo descargó un fuerte golpe sobre el yelmo alado del príncipe Antar. Sus ataduras se rompieron y el yelmo cayó de la cabeza del príncipe. Su rostro, extrañamente, no estaba contorsionado por el ansia de matar, sino que en él se dibujaba una expresión de angustia. No obstante, Antar combatía con gran fuerza y habilidad, y en un momento fortuito pilló a lord Manoparo con la guardia baja y alzó la enorme espada para descargarla, con tal fuerza que la cabeza del ruwendiano se abrió en dos, con yelmo y todo.

Luego Korban y Wederal fueron heridos de muerte y desarmados, y sólo lord Jalindo siguió luchando hasta que también él fue arrasado por la presión labornokiana. Cuando el último Compañero Juramentado cayó, los triunfadores empezaron a descuartizarlo a él y a sus compañeros caídos.

¡Oh, qué horror! Los ojos de la princesa Kadiya ardían y la joven se consumía en una furia silenciosa e impotente, como un cachorro de lothek al que llevaran a domesticar arrancándolo del pecho de su madre sacrificada. Los desdichados bárbaros se divertían de lo lindo mientras desmembraban a los ruwendianos caídos, y se burlaban de sus gritos de agonía. Kadiya estaba dominada por la necesidad de salir de su escondite y vengarse. Aferraba su daga, aplastada entre sus hermanas, con todos los músculos tensos y dispuestos.

—Quieta —siseó Haramis—. ¡Por la Flor, quieta donde estás! ¿Quieres matarnos a todas?

Anigel había extraído su amuleto de trillium y se lo llevaba a los labios.

—Oremos a la Dama Blanca, la guardiana de nuestra tierra.

—Ruega por que esos brutos demoníacos no nos encuentren —masculló Haramis, aferrando su propio amuleto.

—Ruega que alguien venga a salvarnos —la instó Anigel.

Temblando de temor y de furia, no obstante Kadiya sintió que su mano ya no se cerraba compulsivamente sobre la empuñadura de la daga. Casi involuntariamente, su mano se deslizó hacia el cuello del vestido. El amuleto estaba allí, debajo de la seda de la blusa, cálido contra su corazón que latía con rapidez.

—Ruego que yo sea ésa —susurró—, la que haga que Voltrik, Antar, el general Hamil y el hechicero paguen con su sangre lo que han hecho hoy.

—Pide también la capacidad de controlarte —aconsejó Haramis—, pues en otro caso tu temeridad nos condenará a todas. ¡Y deja de temblar, que la plaga te azote, para que no caigamos las tres a los pies de Voltrik!

— ¡Shhh, shh! Nos oirán —les suplicó Anigel.

El descuartizamiento había terminado y cesaron también las risas de los malignos caballeros. El mismo rey Voltrik hablaba.

De mala gana, Kadiya pronunció una silenciosa plegaria para poder controlarse. La furia todavía ardía

dentro de ella, pero lentamente la emoción empezó a cubrirse, tal como se protegen las ascuas del fuego en un campamento para volver a encender las llamas cuando llegue el momento adecuado.

—¡Mirad! —susurró Anigel, con voz casi inaudible debido al terror—. ¡Nuestra madre!

El rey Voltrik se había estado dirigiendo a la reina, evidentemente interrogándola acerca del paradero de las princesas. El recinto estaba cerrado y lleno de humo, ya que las velas de la pared goteaban y algunos jergones todavía ardían, pues se habían encendido al caerse el gran candelabro. El rey se había quitado el yelmo y los guanteletes, y por el feroz ceño que oscurecía su expresión era evidente que la reina Kalanthe lo había desafiado.

Ella permanecía erguida, con el desfalleciente escudero Barnipo a sus pies como atontado.

—No te diré nunca dónde están mis hijas —declaró.

—¡Orogastus, oblígala! —bramó Voltrik—. ¡O localiza a las reales mocosas con tus ojos penetrantes!

—No puedo forzar su voluntad, mi rey —replicó el hechicero—. Está más allá del miedo. Tampoco puedo espiar a las ocultas, así como no pude hacerlo desde el salón del trono. Esta antigua Ciudadela debe de estar sujeta a un hechizo ardano que bloquea mi vista escrutadora. Poseo un aparato mágico que podría lograrlo a pesar de todos los obstáculos que se interpusieran, pero es voluminoso y de gran peso, y no puede ser trasladado de mi refugio del monte Brom.

—Entonces, tendremos que usar otros medios para desatar la lengua de la dama.

Lentamente, el rey Voltrik se aproximó a la reina con la espada desenvainada y le aferró la muñeca derecha.

—¡Basta de esto, perra real! Me dirás de inmediato dónde están las muchachas o te corto la mano. Y si aun así no hablas, te cortaré la otra mano y seguiré con los pies, y después con los miembros, poco a poco hasta que me respondas, pues así castiga Labornok la insolencia de sus enemigos.

—¡Señor! —exclamó el príncipe Antar, con expresión atónita—. Es una reina, y nosotros castigamos así a los esclavos rebeldes...

—¡Silencio! —tronó Voltrik.

Hubo un murmullo entre los hombres, pero se extinguió cuando el rey alzó la espada.

—¿Hablarás, mujer?

Entonces ocurrió algo con tanta rapidez que los caballeros y el príncipe, que observaban, no alcanzaron a comprender, pero las princesas lo advirtieron claramente. El desfalleciente escudero Barnipo cobró súbita energía y saltó sobre el rey Voltrik como lo haría un fedok acechante sobre su presa de la granja. Como no tenía espada, clavó los dientes sobre la mano izquierda del rey, la que aferraba a la reina.

Voltrik soltó un rugido de dolor y retrocedió, con el muchacho aún prendido a él. El rey esgrimió a un lado y otro su gran espada y por accidente cortó la garganta de la reina, que cayó mientras su sangre inundaba la chimenea. Todos los caballeros labornokianos empezaron a chillar, tratando de herir al joven, que no soltaba su presa, pero lo hicieron con gran cuidado, para que la espada del confuso monarca no los alcanzara por azar. El escudero Barnipo fue herido por una docena de espadas y cayó finalmente, riendo en medio de su dolor, hasta que el rey mismo degolló al bravo muchacho.

Entonces Voltrik dio rienda suelta a su negra furia, soltando tales maldiciones que incluso sus esbirros se asustaron, porque la reina Kalanthe estaba muerta y ya no podría interrogarla, mientras que las tres princesas seguían libres.

—¿Qué haremos? —preguntó el príncipe Antar.

—No pueden haber ido muy lejos. Seguramente estuvieron con su madre hasta el momento en que este cachorro mal nacido vino por algún atajo desde el salón del trono y las advirtió —dijo Orogastus, pateando el cuerpo del escudero—. Debemos montar una búsqueda que abarque toda la fortaleza.

—Orogastus habla sabiamente —resolvió Voltrik después de haberse calmado un poco—. Tú, Milotis, te pondrás al frente de estos caballeros y empezarás a revisar la capilla y sus alrededores de inmediato. ¡Busca pasajes secretos y escaleras entre los muros! Después de eso, registra la Torre Alta. Antar y Orogastus, venid conmigo. Reuniremos al resto de los nuestros y arrasaremos este edificio desde el parapeto más alto hasta el último calabozo.

Después el rey empezó a pronunciar maldiciones contra el alma de Barnipo, que le había desgarrado todo un pedazo de la palma de la mano, una herida que ahora le resultaba extremadamente dolorosa. Orogastus se encargó de vendarla y dijo que Voltrik tendría que dispensarle muchos cuidados, ya que las mordeduras humanas solían provocar peligrosas infecciones.

—Ojalá se le pudra la mano... —susurró Kadiya con ferocidad—, ¡y que la sangre emponzoñada suba hasta

el corazón ya podrido de Voltrik!

—Y que los Señores del Aire lleven al pobre Barni a los cielos más altos —susurró Haramis—, pues con su valiente gesto evitó a nuestra madre la tortura y nos dio tiempo para salvar nuestras vidas.

El rey, su hijo y el hechicero se marcharon, y al cabo de una corta exploración del pasadizo sin salida, sir Milotis y sus hombres también se retiraron para iniciar el escrutinio del balcón del coro. Hicieron ruidos, gritaron y volcaron los muebles durante algunos minutos, y después bajaron en tropel la escalera para registrar la capilla.

—Creo que ya podemos salir —calculó Kadiya.

Así lo hicieron, entumecidas y temblorosas, saliendo del guardarropa a la ruinosa habitación. La terrible realidad de su situación las golpeó entonces como un cubo de agua fría. Anigel se aferró a la mano de Haramis y se mordió el labio inferior hasta que un hilito de sangre resbaló sobre su mentón. Kadiya pasó por encima de los cuerpos entremezclados hasta llegar al cadáver de la reina.

—Parece en paz —observó la muchacha, maravillada—. Tiene los ojos cerrados y expresión tranquila.

Levantó una capa de seda que alguien había dejado caer y hubiera cubierto el cuerpo de su madre de no haber intervenido Haramis.

— ¡Tonta! ¿Y si alguno de ellos regresa y lo descubre?

—Eres más astuta que yo, hermana —admitió Kadiya, preocupada.

—Dame la capa —dijo Haramis—, para que pueda envolver la corona. La llevaré conmigo, aunque hay pocas posibilidades de que llegue a usarla alguna vez.

Anigel profirió una ahogada exclamación de miedo. Sus ojos de color zafiro eran enormes cuando señaló sin palabras un rincón de la habitación, cercano a la puerta.

No había cadáveres allí, y sin embargo una pila de almohadones se movía.

—Atrás —ordenó Kadiya, desenvainando su daga y avanzando. Con la punta de su arma levantó los cojines uno a uno, haciéndolos a un lado, hasta que quedó al descubierto la alfombra, que se alzaba como una carpa cada vez más alta.

—¡Por la Flor, una trampilla! —dijo Haramis—. Rápido, Kadi, quita la alfombra.

—¡Oh, cuidado! —exclamó Anigel—. ¡Tal vez sea un enemigo!

—¡Enemigo, enemigo, enemigo, claro! —dijo una vocecita cascada—. Con rapidez, muchachas, o interceptarán nuestra huida.

Las tres princesas soltaron una exclamación, y cuando Kadiya consiguió levantar la madera, descubrieron que en la entrada se erguía una criatura femenina de escasa estatura, cuidadosamente ataviada con un vestido de pana, un chal a cuadros verde y un delantal de cuero. Su rostro lívido era ancho, al igual que la boca, y los bellos ojos dorados sobresalían de manera inhumana por encima de los diminutos orificios horizontales de su nariz. Unas orejas estrechas y puntiagudas con aros plateados en la punta emergían de los pliegues de su cofia de linón. Las manos tenían dos dedos anchos con un pulgar en oposición y estaban manchadas y marcadas por haber mezclado extrañas pócimas durante mucho tiempo.

¡Immu! —exclamó Anigel, en un rapto de alegría y alivio—.Mi queridísima Immu, has venido a salvarnos después de todo. Pensamos que habías huido con el resto de los raros...

—¡Huir, huir, huir! ¡Qué basura! —Immu entró a la habitación y después señaló dramáticamente el agujero—. Bajad por la escalera, porque yo tengo que idear alguna manera de cubrir la trampilla detrás de nosotras.

Haramis y Anigel se enrollaron las largas faldas y empezaron a bajar con torpeza, mientras que Kadiya descendió tan ágilmente como un van arbóreo. En el rústico pasadizo abovedado de abajo les esperaba otra sorpresa.

—¡Uzun! —exclamó Haramis—. ¡Y también Jagun!

Otras dos pequeñas figuras les esperaban, portando unas lámparas de luz verde donde habían encerrado gusanos luminosos del pantano. Los que esperaban eran varones de la misma raza nyssomu que Immu. Jagun llevaba una gorra de cazador de piel de fedok y pantalones de cuero marrón con un corte similar a los de Kadiya, en cambio el músico Uzun llevaba su usual chaqueta bordada de terciopelo pardo. Su birrete de brocado dorado estaba manchado con las negras y pegajosas telas de lingit del pasadizo secreto.

Kadiya abrazó a su pequeño mentor.

—¡No nos has abandonado, Jagun!

—¿Abandonar? ¿Abandonar? —El maestro de animales estaba indignado—. Sólo nos escondimos, que era lo que recomendaba la prudencia. ¡Solamente vosotros, los humanos, sois tan estúpidos como para quedaros quietos como tontos tohars hipnotizados por la luz de la luna, viendo pasar la muerte por la calle delante de vuestra casa!

—El honor exigía que defendiéramos la Ciudadela —replicó Kadiya con calor.

—Bien, mira qué te ha causado tu honor —observó Uzun, el músico—. Si al menos hubierais ido al Laberinto de Pantanos, si hubierais recurrido a los nuestros, en Trevista, podríamos haberos protegido.

—Y después, ¿qué? —preguntó Kadiya.

—Después... —respondió el maestro de animales, con un encogimiento de hombros—. Podrías haber vivido con nosotros.

—Pero éste es nuestro hogar —protestó suavemente Anigel.

—Ahora es el de ellos —dijo Immu con voz brusca.

Había acabado con su camuflaje y bajó rápidamente la escalera, recogiendo su propia lámpara.

—Están decididos a mataros. Y también a nosotros, si nos atrapan.

—Pero de todos modos habéis venido a salvarnos —agradeció Anigel con suavidad. Había aferrado su amuleto de trillium—. La Dama Blanca respondió a nuestros ruegos.

—Así es. —Uzun dibujó un signo místico de tres pétalos sobre .su cabeza, con actitud reverente—. Mi conocimiento de la magia doméstica es mínimo, como bien lo sabéis, mis queridas princesas. ¡Soy mucho más experto con el arpa y la flauta! Pero ayer hice la lectura del agua para descubrir si el destino de nosotros tres, nyssomu, se hallaba con la raza humana a la que hemos servido durante tanto tiempo o con nuestro pueblo. Y la archimaga habló.

— ¡La archimaga! ¡Ese es uno de los nombres de la Dama Blanca! —exclamó Haramis.

—]Dama, dama, dama! —la reprendió Immu—. Calla, niña, y deja que Uzun hable, pues debemos partir de inmediato.

Haramis bajó la cabeza.

—Prosigue, amigo Uzun.

—En la actualidad, la Dama Blanca se llama Binah. Archimaga es su título, pues es una hechicera, la más poderosa de toda nuestra Península.

—O lo era —rezongó Jagun sombríamente—. Está agonizando, ya que es viejísima, y sus debilitados poderes no pueden contrarrestar a los del terrible Orogastus.

—Nos ordenó que os lleváramos ante ella —prosiguió Uzun.

—¿Por qué? —preguntó Kadiya, con cierta suspicacia—. Si está agonizando, no creo que sea de gran ayuda, y no me parece un momento adecuado para hacer visitas a los enfermos.

—A mí me parece que haríamos mejor en ir a Trevista —agregó Haramis—. Allí podemos esperar las lluvias invernales, que llega-

rán dentro de pocas semanas. Tal vez más tarde podamos disfrazarnos y unirnos a alguna caravana, para llegar así a la costa y embarcamos con destino a Var. Allí sin duda el rey Fiodolon nos dará refugio.

Uzun habló con sencilla dignidad:

—En cuanto a ese curso de acción, nada sé. La archimaga nos ordenó llevaros hasta ella, del mismo modo que nos encargó a los tres, hace ya muchos años, que sirviéramos en este castillo para estar presentes en un momento de gran necesidad para toda la gente que mora en el Laberinto de Pantanos.

—Y ese momento es hoy —declaró Immu—, ¡o yo soy un volumnial de cola anillada! —Cerró apretadamente la boca, irguió la cabeza y escuchó con atención, mientras sus largas y sensibles orejas se estremecían haciendo titilar sus adornos a la viviente luz de la lámpara—. Se han ido de la capilla —agregó al rato—, pero otros muchos se apiñarán para colaborar en la búsqueda por todo el castillo cuando el rey Voltrik lo ordene. ¡Incluso esos tres lacayos del hechicero, a quienes llaman sus voces, y que se aparean con los skri-tek! Es hora de irse.

—Haramis, hija mayor del rey, tú vendrás conmigo —le dijo Uzun—. Jagun e Immu llevarán a tus hermanas por otro camino. Eso fue lo que ordenó la archimaga.

Por un momento pareció que Haramis se negaría. ¿Abandonar a su hermanas? Deslizó la mano hasta el pecho y sus dedos se cerraron sobre el amuleto que nunca la había abandonado desde la hora de su nacimiento.

—¡Pero no puedo dejarlas! Soy la mayor, la heredera del trono, y responsable de ellas. Cuando las circunstancias lo han exigido, siempre he sido yo quien ha decidido por las tres.

—Kara, haz lo que él dice —la instó Anigel—. Confía en la Dama Blanca.

—Esto no me gusta, hermanas —refunfuñó Kadiya.

Su bronceada frente estaba ceñuda, y su cabello rojizo como el de la reina caía desordenado, escapándose de lo que habían sido prolijas trenzas.

—Si permanecemos juntas —agregó—, mi daga podrá ofrecernos cierta protección. Con gusto ofrecería mi vida...

—¡Vida, vida, vida! —Immu estaba absolutamente exasperada—. ¿Por qué te precipitas siempre? ¿Y por qué debe tomar las decisiones Haramis? ¡Anigel no es tan obstinada como vosotras dos, y sin embargo es la que demuestra mayor sabiduría! ¡Cuéntaselo, Uzun! ¡Cuéntales qué más dijo la archimaga!

—No había terminado —admitió dócilmente el músico—, porque no quería preocuparos. La archimaga Binah os pide que acudáis a ella porque aún no estáis preparadas para hacer frente a vuestro gran destino. Es cierto, ni siquiera lo reconocéis todavía.

Haramis y Kadiya se indignaron ante estas últimas palabras, pero Uzun prosiguió:

—Vosotras tres, Pétalos del Trillium Viviente, tenéis la capacidad de salvar a esta tierra del opresivo dominio del rey Voltrik y Orogastus, pero sólo tendréis éxito si vuestras faltas y debilidades se corrigen. La archimaga os dirá cómo hacerlo cuando acudáis ante ella.

Anigel tomó las manos de sus dos hermanas.

—Hará, Kadi, por favor.

Kadiya cerró sus feroces ojos pardos y asintió con lentitud. Un momento más tarde, Haramis dijo:

—Muy bien.

—¡Por la Flor, ya era hora! —exclamó Immu—. Haramis, debes seguir a Uzun. Anigel y Kadiya, venid con Jagun y conmigo.

Diciendo esto, la mujer rara empujó a Anigel por el estrecho pasadizo polvoriento, y el cazador las siguió, instando a Kadiya para que marchara delante de él del mismo modo que una granjera que lleva a apacentar su rebaño de togars. En un momento, la luz de sus antorchas vivientes se perdió en una densa oscuridad.

—Nosotros dos debemos marchar juntos —indicó Haramis al músico—. Viejo amigo, espero que la Dama Blanca haya fortalecido tu escasísima magia, pues los trémolos de tu flauta, bellos como son, ya no nos protegerán de los guerreros de Labornok ni de su hechicero capaz de invocar a las tormentas.

—También yo tengo miedo, princesa —admitió Uzun—. Pero pongo toda mi confianza en la archimaga; tú deberías hacer lo mismo. Ella ha ordenado que te lleve a la Torre Alta de la gran fortaleza.

La muchacha palideció de preocupación. Con el marco de su cabello negroazulado, parecía espectral en la penumbra.

—¡Nos atraparán allí! ¡Los soldados seguramente nos descubrirán! Oh, ¿por qué no habré escuchado a Kadi?

—Ven —insistió Uzun, que se apresuró con la linterna, y Haramis no tuvo más remedio que seguirlo.

Kadiya, Anigel y los dos raros huyeron a través de los oscuros y estrechos espacios que se abrían entre los muros de piedra de la fortaleza de la Ciudadela, pasando a veces ante otras puertas secretas cuyos engranajes estaban cubiertos por el polvo de los años. Por fin, tras descender por una empinada escalera, llegaron a un pasillo, donde había un atisbadero que daba al salón del trono.

Jagun miró por allí la cámara ahora silenciosa y sin vida. Después ocupó el lugar Immu y luego le tocó el turno a la princesa Kadiya, quien lanzó un sordo grito de dolor y golpeó con sus pequeños puños el muro de piedra mientras rompía a llorar, aunque en silencio.

Pidieron a la princesa Anigel que no mirara, temiendo que el espantoso espectáculo le provocara un desmayo, pero ella se negó a apartarse y finalmente Jagun le cedió el sitio. La joven espió por el atisbadero y vio desde arriba los restos mutilados de los cautivos Compañeros Juramentados y los del rey Krain y, para asombro de sus acompañantes, ni se desmayó ni lloró, sino que se limitó a cerrar los ojos y a aferrar con fuerza su amuleto de trillium.

Al cabo de un momento exhaló un quebrado suspiro y preguntó:

—Immu, tú eres sabia y vieja. ¿Podrás decirme por qué los la-bornokianos han hecho esto, cuando nuestro

padre y sus caballeros ya se habían rendido y estaban en su poder?

—Es algo difícil de entender para personas como tú, niña. Eres gentil y amable, y sólo has conocido gentileza y amabilidad y amor durante toda tu vida. Pero hay otros a quienes la crueldad proporciona un estremecimiento de placer, un avasallador sentimiento de poder. Al ser temerosos y de alma pequeña, y por estar rodeados de otros que los tratan con crueldad, hallan poca dicha en esta vida y son presa de las más bajas pasiones, de forma que encuentran placer en la destrucción y el dolor de los demás. El cruel se siente exaltado y por encima de todos gracias a sus acciones. Se siente más vivo con la muerte de los demás. Desafía al Creador destruyendo su obra. Desprecia el amor y se inclina por el odio, porque sólo el odio da calor a su alma fría y pestilente. En el perverso no hay compasión, ni tampoco conciencia ni remordimiento. Sólo hay ansia de más y más crueldad, porque estas personas nunca llegan a colmarse. La gente amable no puede responderles con suavidad, porque los malignos no saben qué es el amor y lo confunden con la debilidad. Por esta razón tú, que eres una princesa gentil y amable, debes encontrar una manera más severa de enfrentarte con esta clase de gente.

—Oh, no podría hacerlo —protestó Anigel, temblando—. No podría, ¡ni siquiera después de ver este espantoso espectáculo!

La princesa Kadiya abrazó a su hermana.

—No importa, querida Ani. Yo me ocuparé de que estos brutos tengan su merecido.

Entonces Jagun las instó a seguir, y caminaron y caminaron, internándose profundamente en los niveles más bajos de la Ciudadela, hasta que por fin el pasadizo terminó en un muro de ladrillos modernos que lo cegaba.

Anigel empezó a gemir, presa del pánico, pero Immu la hizo callar mientras Jagun acercaba la lámpara y hacía algunos movimientos sobre el muro con un dedo, primero en una dirección y luego en otra. De repente, todo un sector de ladrillos se deslizó y a través de la brecha brilló la luz de las antorchas; las jóvenes percibieron un familiar olor a malta, que les reveló dónde se encontraban. Se apresuraron entre hileras de barriles y grandes vasijas de cobre con cerveza almacenada, pues aquel lugar era la cervecería de la Ciudadela que Immu supervisaba, aunque todos los operarios habían huido y se habían apagado los fuegos, y nadie atendía el enorme tanque de cerveza sin fermentar.

Immu los guió y entraron en el depósito de cereal, donde los dos raros y las muchachas tuvieron que desplazar un enorme montón de sacos. Detrás había una puerta de madera enmohecida que se abrió con agudos crujidos de resistencia cuando Jagun la forzó con un atizador. La puerta conducía a una empinada escalera tallada en la roca viva, húmeda y resbaladiza debido al agua que se filtraba por las grietas. Bajaron y las paredes brillaron cuando la débil luz de la linterna se reflejaba en algunos arroyuelos de lodo aceitoso.

—Este camino conduce a las profundidades de la Ciudadela —explicó Jagun—, a celdas, mazmorras, cisternas y desagües que los ojos ruwendianos nunca han visto, y que fueron construidos por los desaparecidos.

En los pasillos superiores habían observado las telas de unos pocos lingits, diminutas criaturas inofensivas que se alimentaban de insectos domésticos. Pero al pie de la escalera llegaron a una cámara de techo bajo sembrado de goteantes estalactitas de lodo, y entre ellas había lingits mucho mayores, del tamaño de un fruto de ladu y con dientes horribles. Las criaturas habían hilado tramas torpes y pegajosas, del tamaño de sábanas de color negro, y Jagun y Kadiya extrajeron sus armas y cortaron las que obstaculizaban el paso. Anigel retrocedió horrorizada cuando Immu dio patadas a las indignadas tejedoras desplazadas, que chillaban y trataban de morder a los intrusos a través de los zapatos y las botas.

Una vez salvado este obstáculo, bajaron otro tramo de peldaños rudamente tallados, y el olor del agua estancada se hizo ofensivamente intenso. Llegaron a una puerta oxidada, entreabierta. Más allá había otro portal completamente abierto, y se veían en la pared posaantorchas y ganchos que ostentaban manojos de llaves tan atacadas por el moho que se deshicieron en un polvillo verdoso cuando Kadiya se aventuró a tocarlas. El suelo estaba cubierto de charcos, y cuando prosiguieron por el corredor, que se hacía cada vez más fangoso, la penumbra se iluminó con un brillo amarillento.

Entraron a un gran salón con arcos y las muchachas soltaron grandes exclamaciones, pues se trataba de una especie de guardia de las celdas, que se apiñaban a su alrededor, y el suelo y el techo y las paredes aparecían cubiertos de una resbaladiza sustancia brillante. Unas criaturas informes se deslizaban lánguidamente por allí, dejando tras ellas huellas brillantes.

—Son gandules del cieno —apuntó Jagun—. Como los que viven en los más remotos rincones del Pantano Brumoso.

—¡Uf! —exclamó Anigel.

Luego señaló con horror una celda cuya puerta se había caído del ruinoso marco, y adentro yacía un esqueleto todavía encadenado a la pared con oxidados grillos. Las cuencas de los ojos relucían, pues los gandules del cieno habían construido allí su morada.

—¡Qué lugar tan nauseabundo! ¡Mirad! Hay instrumentos de tortura oxidados en aquel rincón. Y mirad esas horribles cosas pegajosas. Viven en todos los rincones. Ese viejo balde está repleto de ellas. ¡Oh! ¡Una está trepando a mi zapato!

En vano intentó liberarse de la criatura frotándose contra un plinto de piedra, temblando de asco, y acabó por romper en sollozos de impotencia.

Immu fue al rescate de su protegida y quitó expertamente la alimaña con la daga que llevaba debajo de su delantal, para arrojarla lejos más tarde. Extrajo un pañuelo seco y enjugó con el el rostro lacrimoso y lleno de barro de Anigel, murmurando palabras de consuelo.

—¿Cuánto falta? —preguntó Kadiya a Jagun—. Las pantuflas cortesanas de mi hermana no la protegen de la humedad, y tiene el vestido y la capa empapados. Puede caer enferma y morir.

—Tendrá ropas limpias y secas esperándola —aseguró Jagun—, pero deberemos mojarnos aún más antes de salir de este lugar... ¡Silencio!

Todos quedaron inmóviles. Jagun se quitó la gorra de cazador para liberarse las orejas. Su rostro se convirtió en una máscara, con la piel muy tensa sobre los huesos, los ojos como refulgentes globos de ámbar, los anchos labios un poco entreabiertos, dejando ver esos dientes delanteros semejantes a colmillos que los humanos habitualmente no advertían, y que recordaban que hasta los pacíficos nyssomu en el pasado habían sido cazadores equipados con algo más que cerbatanas y lanzas.

Las muchachas sólo oyeron el golpeteo del agua que goteaba, pero Jagun dijo:

— ¡Nos han seguido! Sin duda descubrieron nuestras huellas en la cervecería. ¡Rápido!

Corrió hacia un agujero que se abría casi al nivel del suelo, en el otro extremo de la mazmorra, que resultó ser la entrada de otra escalera empinada. Tenía una especie de barandilla hasta la altura de la cintura de un raro, algo muy conveniente, ya que los peldaños eran terriblemente resbaladizos. Las muchachas se aferraron a la barandilla como si en ello les fuera la vida, mientras todos descendían como centellas, sin advertir que dejaban tras ellos leves pisadas luminosas que fueron perdiendo su brillo a medida que ellos bajaban.

Las linternas de los raros, que oscilaban salvajemente, no revela-

ron nada de lo que había más allá hasta que llegaron abajo. Se encontraron entonces en una oscura cámara cavernosa, enterrados hasta las rodillas en lodo y agua. El lugar estaba atestado de maquinarias extrañas y oxidadas y de cañerías rotas y anchas como troncos, que albergaban más de esos brillantes gandules del cieno junto con unas criaturas aladas más grandes, que se asustaron ante la intrusión y se agitaron y chillaron en la oscuridad. Jagun los condujo hasta una plataforma circular empedrada que se hallaba en el centro de la cámara. Allí se abría un agujero redondo y negro de unas dos anas de diámetro, rodeado por un bajo parapeto de piedra.

Desde arriba empezaron a llegar débiles sonidos de armaduras que entrechocaban y voces humanas. Anigel soltó una exclamación de terror. Jagun escrutó el agujero que parecía la boca de un pozo y recogió una piedra cercana para arrojarla allí. Un largo momento pasó antes de que se oyera un distante sonido de agua.

—¡Bien! —dijo el raro—. Temía que, como todavía estamos en la estación seca, la gran cisterna se hubiera vaciado. Pero no hay ningún problema y tenemos disponible esta ruta de escape.

Hizo un gesto a Kadiya.

—¡Ven, mi valerosa cachorra! La cisterna es el antiguo depósito de agua de la Ciudadela, construida mucho tiempo antes de que el edificio alcanzara sus dimensiones actuales. Está alimentada por un conducto que llega al río Mutar, al norte del promontorio de la Ciudadela. La archimaga ha ordenado a mi hermano Rapahun que lleve una balsa hasta la boca del canal secreto. Lo único que debemos hacer es saltar.

—¿Saltar? —repitió Kadiya con incredulidad.

Jagun se guardó la linterna en una bolsa que llevaba en el cinturón. Un poco de agua no le haría ningún daño.

—Yo saltaré primero —dijo— y os ayudaré a medida que os zambulláis.

—¡Pero yo no sé nadar! —gimió Anigel.

—Pero los demás sí sabemos, preciosa —la tranquilizó Immu—. Te sostendremos.

El ruido producido por la fuerza labornokiana al acercarse crecía por minutos.

—No hay tiempo que perder —urgió Jagun—. ¡Voy a saltar!

Con un alegre saludo, saltó por encima del borde y desapareció. Hubo una remota zambullida, y una voz con ecos:

—¡Saltad! ¡El camino está libre!

Kadiya respiró hondo. —¡Que los Señores del Aire me den valor! Aferró su amuleto de trillium, se acercó a la boca del pozo y saltó antes de que el pánico le paralizara los músculos. Cayó. *¡Por piedad de la Dama*[1]*. Oh, que me permita zambullirme con*

Empezó a flotar.

¿Qué es esto?

El miedo de Kadiya se transformó en estupor. Todavía aferraba su amuleto. Una leve brisa, que parecía soplar hacia arriba en la oscuridad, le reveló que caía muy lentamente hacia las profundidades. Abajo, abajo, abajo... y luego se deslizó en el agua fría con tanta facilidad como un cuchillo en su vaina engrasada. Descubrió que flotaba en la superficie. La mano no humana de Jagun la remolcó hasta que tropezó con unas piedras cuadradas.

—Hay una superficie estrecha —dijo el raro—. Sube y yo te pasaré la linterna.

Pero ella no lo hizo. Asombrada, asiéndose al borde en la oscuridad, mientras el agua goteaba sobre sus ojos, susurró:

—Jagun, viejo amigo, ¡no he caído, sino que he flotado en el aire como una alada semilla de salith!

—¿Qué dices, muchacha? —La voz del raro, habitualmente amable y cariñosa, se hizo aguda.

—Aferré mi amuleto de trillium y rogué tener una zambullida suave, y ocurrió. Los mismos Señores del Aire me sostuvieron en la caída.

—Dios Triúnico! ¡No puede ser!

—¡He flotado, en serio! Y he caído en el agua con suavidad.

Súbitamente reinó la luz, ya que Jagun alzó su linterna y la colocó sobre el borde de la cisterna. Kadiya distinguió al pequeño ser en las negras aguas, a su lado, con sus grandes ojos sobresalientes, el rostro contorsionado, desgarrado entre la consternación y la ansiedad.

—La profecía... ¡pero no hay tiempo para esto! —gruñó—. El misterio debe esperar hasta que estemos a salvo.

Alzó la cabeza y gritó a la princesa Anigel que saltara, mientras sus palabras despertaban caos en la vacía oscuridad.

Arriba, en la cámara del pozo, Anigel lo oyó y se acercó a la boca del pozo, mientras Immu la alentaba.

—¡Salta! —la instó la voz lejana—. Salta, hija del rey. ¡Nada temas!

Después llegó la voz de Kadiya, extrañamente exultante.

—¡Salta, Ani! ¡Aferrare a tu amuleto, ruega caer lentamente y ocurrirá! ¡El amuleto de trillium es mágico y nosotras podemos gobernarlo!

—¿Qué dices? —exclamó Immu, inclinándose sobre el borde—. ¡Princesa Kadiya! ¿Es cierto eso?

—¡Lo es, lo es, querida Immu! ¡Y pensar que nunca lo sospechamos siquiera! ¡Salta, Ani, y confía en el regalo de la Dama Blanca!

Anigel apretó con fuerza los dientes, se aferró el amuleto y empezó a temblar tan violentamente que Immu temió que padeciera una convulsión.

—¡No puedo saltar! ¡Tengo miedo! ¿Y si la magia no funciona para mí?

Por el hueco de la escalera se vislumbró ahora un resplandor anaranjado, de antorchas. El entrechocar de armas y armaduras se mezclaba con las maldiciones que los hombres lanzaban contra los gandules del cieno.

—¡Príncipe Antar! ¡Por aquí! ¡Hay que seguir las huellas luminosas sobre la escalera! —gritó alguien.

—Debes saltar —suplicó Immu—. Queridísima Ani, muy pronto estarán aquí. Aquí tienes, toma mi mano; sostén el amuleto con la otra y saltaremos juntas.

Pero la muchacha dio un paso atrás, con los ojos desorbitados.

—¡No! ¡No!

La voz de Jagun llegó desde las profundidades.

—¿A qué esperáis, tontas mujeres? ¡Rápido! Los caballeros no se atreverán a seguirnos, pues se hundirían debido al peso de las armaduras. ¡Saltad! ¡Saltad!

—La princesa tiene miedo y no puedo abandonarla —respondió Immu.

—¡Entonces empújala, imbécil! —aulló Jagun.

Immu se volvió hacia la temerosa princesa, con la linterna en alto, pero la muchacha retrocedió, sacudiendo salvajemente la cabeza, con los ojos desorbitados y la boca abierta en una mueca de pánico y locura. La pequeña mujer rara tomó a Anigel de la muñeca y tiró de ella, pero la joven se resistió. Las dos resbalaron y cayeron de la plataforma al lodo, donde se revolcaron y aullaron como skritek que sitiaran a su presa.

Así fue como el príncipe Antar y sus hombres las encontraron y las apresaron.

Empapadas y sollozantes, Anigel e Immu fueron obligadas a levantarse. Permanecieron con la cabeza gacha entre los doce hombres armados que sostenían en alto sus antorchas humeantes y hacían bromas groseras. Pero el príncipe Antar, con el rostro tenso, dijo:

—¿Dónde están las otras?

Immu le sacó su larga lengua prensil. Uno de los caballeros desenvainó la espada y la hubiera matado en el acto si el príncipe no hubiera gritado:

—¡Quieto, Rinutar!

El hombre retrocedió, mascullando por lo bajo.

Con suavidad, el príncipe se acercó a la desarreglada Anigel y la observó. Su rostro era inexpresivo y los ojos parecían opacos y sin vida.

—Señora —dijo el príncipe—, ¿se han ido por el pozo?

Anigel respondió lentamente.

—Sí, han escapado. Mátanos, pero recuerda que mi hermana Kadiya posee ahora una gran magia, y algún día se vengará por las malas acciones que habéis cometido hoy.

Los caballeros reunidos prorrumpieron en exclamaciones ante esas palabras, e interrogantes a la muchacha, pero ésta se negó a decir más.

—¿Debo matarlas, príncipe? —preguntó Sir Rinutar.

—No. Deben ser interrogadas, para que sepamos qué modalidad de hechicería, si sus palabras son ciertas, se opone a nuestro dominio en Ruwenda.

—Al menos deja que mate a esa perra rara —rogó ansiosamente Rinutar, al tiempo que envainaba la espada, y extraía un cuchillo centelleante—. Si juego un poco con ella ante los ojos de la princesa, nos dirá rápidamente lo que deseamos saber.

—Oh, no, por favor, no. —La voz de Anigel se transformó en un gemido y cayó desvanecida en el agua embarrada.

El príncipe Antar se agachó para levantarla y cuando alzó en sus brazos el cuerpo frágil y contempló el rostro de la joven, pálido bajo la vacilante luz de las antorchas, pensó que nunca había visto una mujer tan bella a pesar de su desdichada situación y su desarreglo. Le aliviaba saber que ahora ya no tendría que ordenar que torturaran a la vieja rara, y mucho menos a esta adorable e indefensa criatura cuya cabeza anidaba contra su acorazado pecho.

—Ya no podemos hacer nada aquí —decidió el príncipe—. Es evidente que las demás se han escapado y que no podemos seguirlas. Debemos abandonar la búsqueda y llevar a las prisioneras ante la presencia de mi real padre. Él dispondrá qué hacer con ellas.

Los caballeros accedieron con entusiasmo, porque la extrañeza de las profundidades de la Ciudadela había debilitado su valor. Antar ordenó a su mariscal, sir Owanon, que atara a Immu y la llevara cargada sobre su hombro, y él mismo hizo algo semejante con la princesa Anigel. Así iniciaron el lento ascenso hacia los niveles superiores.

Haramis corrió, siguiendo los desacompasados pasos del músico raro de la corte, y su precipitada huida le reveló cosas acerca de su valor —o de la ausencia de él— que nunca hubiera sospechado.

Subieron a través de pasadizos y escaleras secretas que se hicieron cada vez más polvorientas y llenas de telarañas, lugares por donde, según le aseguró Uzun, nadie había transitado desde que los primeros ruwendianos tomaron la Ciudadela. Por fin, el pasaje secreto terminó y se vieron obligados a salir al descubierto ante la ancha escalera de piedra en espiral de la Alta Torre de la fortaleza, construida por los

ruwendianos. Los canastos de hierro forjado fijados a los muros, que contenían tubos de aceite con mechas, habían sido encendidos, lo cual demostraba que los perseguidores labornokianos ya se encontraban en la torre.

Haramis y Uzun ascendieron piso tras piso, más allá de la biblioteca real donde Haramis había pasado muchos días estudiando, su mayor placer. La planta de la biblioteca estaba desierta, pero Haramis soltó una exclamación de indignación al ver los anaqueles caídos y los preciosos volúmenes apilados descuidadamente sobre el suelo. Sin embargo, no parecían haber destruido nada.

Sin duda Orogastus ha dado la orden de preservar esto, pensó la joven. *Eso es lo que yo hubiera hecho en su lugar*.

A su pesar, la joven sentía una reticente admiración por el hechicero enemigo, un hombre que había aprendido a dominar el trueno, que había rastreado el tortuoso camino a través del Laberinto de Pantanos con su ojo clarividente. Ruwenda había caído solamente por el poder de Orogastus, y Haramis respetaba la eficiencia, aun cuando actuara en contra de sí misma y de los suyos. Sentía curiosidad por el hombre; incluso mientras seguía a Uzun en el ascenso, continuaba intrigada por el enemigo. *¿Qué clase de hombre será, si puede considerarse un hombre?*

Con cautela, Haramis y Uzun cruzaron la abierta puerta de hierro que daba acceso a la antecámara del piso decimoquinto de la torre, donde se guardaban las joyas de la corona. La princesa se alarmó al oír los ruidos producidos por los invasores dentro del depósito, cuya puerta estaba cerrada; pero nadie apareció para atacarlos. Siguieron ascendiendo más allá del siguiente nivel, cuyas puertas estaban cerradas a cal y canto, donde se guardaban gomas sin pulir y especias. Así llegaron al piso decimoséptimo, una especie de taller fortificado donde se reparaban o se fundían los objetos preciosos dañados. Haramis sabía que sólo les faltaban dos pisos para llegar al techo: primero una pequeña armería, después el dormitorio de los guardias y otros empleados de la torre.

Uzun hizo una pausa para descansar. Se quitó el birrete para secarse la frente transpirada y arrugada, y se debatió por recuperar el aliento, mientras Haramis lo observaba preocupada. El músico raro había sido su amigo desde la más tierna infancia, y ella lo quería y confiaba en él, aunque no fuera humano. Entre todos los aborígenes, los nyssomu eran los de aspecto más humano, pero su sangre era de un extraño rojo opaco, sus huesos tenían formas insólitas y tenían el corazón en el otro lado del pecho. Todos ellos afirmaban poseer Vista, y era cierto que en algunos momentos podían hablar entre sí a distancia, comunicándose por medio del lenguaje sin palabras. Pero la mayoría de los ruwendianos los consideraban seres inferiores a pesar de todo, carentes de cultura y apenas civilizados, aunque habían aprendido con rapidez las costumbres humanas y en muchas ocasiones superaban incluso a los humanos en sus propias artes y artesanías. Cuando era pequeña, durante un tiempo Haramis pensó que los raros nyssomu pertenecían a su padre el rey, como los animales. Pero su padre le había explicado que los pequeños aborígenes eran libres, que tenían almas y que debía tratarlos como personas verdaderas.

Cuando Uzun hubo descansado, continuaron su empinado ascenso. Al aproximarse al último tramo de escaleras, Uzun obligó a Haramis a quedarse atrás mientras él iba a asegurarse de que nada obstruía el camino. La joven estaba cada vez más ansiosa con respecto a lo que ocurriría cuando llegaran a lo alto de la torre. Cuando Uzun asomó la cabeza para espiar más arriba del rellano, hacia la plataforma de la torre, Haramis frunció el ceño y se arropó en su manto. Un viento frío se colaba por las ventanas sin cristal y achicaba las llamas de las lámparas empotradas.

Haramis se angustió al ver que Uzun no le indicaba con un gesto que podía avanzar. Bajó, en cambio, llevándose una mano a los labios. La alarma centelleaba en sus enormes ojos amarillos.

—Hay un solo caballero de guardia, princesa. Sin duda, los demás están registrando el resto de la planta —susurró cuando llegó junto a la joven.

—¡Lo sabía! —murmuró Haramis—. ¡Estamos atrapados aquí , con soldados enemigos arriba y abajo de nosotros! El plan de tu Dama Blanca ha fracasado.

—¡Shh, shh! —le rogó el raro—. Creo que puede haber un modo de pasar, pero requiere valor por tu parte y que te muevas con rapidez. ¿Puedes recogerte la falda?

Ella asintió sombríamente, dejó caer su manto y con cuidado colocó la corona sobre él. Después se recogió la falda enrollándosela en su enjoyado cinturón hasta que le llegó, abolsada, hasta las rodillas. Envolvió la corona en su manto, ató las puntas y se cargó el bulto a la espalda. Miró a Uzun.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Se llega al parapeto por una escala próxima a la escalera, situada más o menos a cuatro anas del lugar donde se encuentra el guardia. Está herido en un brazo, y lo lleva vendado, pero el brazo que maneja la espada está sano. Probablemente esté cansado y harto de su búsqueda inútil, que lo ha privado de los

placeres del saqueo, la comida y la bebida.

—Y de violar a las mujeres de la Ciudadela —agregó Haramis—. Sin duda ése será ahora mi destino, antes de que me corten el cuello y arrojen mí cuerpo a la zanja.

Uzun la miró con reprobación.

—Princesa, sólo te harán daño por encima de mi cadáver. Confía en la Dama Blanca y escucha mi plan, te lo suplico.

Haramis jugueteó nerviosamente con su amuleto de trillium, pasando una y otra vez el dedo sobre el pulido ámbar que encerraba al pequeño capullo negro.

No *dudo de tu fidelidad,* pensó, *pero «por encima de tu cadáver» tal vez no sea un obstáculo demasiado grave para los soldados.*

Pero como no quería herir los sentimientos del pequeño raro, se limitó a decir:

—Te escucho, Uzun.

—Saltaré repentinamente por el hueco de la escalera y correré hacia el caballero, fingiendo estar enloquecido de temor.

—Si estás tan asustado como yo, eso no te resultará demasiado difícil.

—Gritaré y saltaré y desorbitaré los ojos.

Ella sabía que el plan del raro implicaba un enorme sacrificio; no lo había visto desorbitar los ojos desde que era muy pequeño, cuando Uzun lo había hecho para divertirla a ella y a sus hermanas. Sin embargo, había aprendido antes de los seis años que ningún nyssomu adulto manifestaría semejante descontrol a menos que estuviera verdaderamente fuera de sí.

—Distraeré al villano —continuó Uzun—. Mientras tanto, debes subir la escala y abrir la trampilla. Yo te seguiré, y los dos derribaremos la escala y cerraremos la portezuela para que él no pueda seguirnos.

—¿Y entonces? Aunque podamos impedir la entrada de los soldados, suponiendo que el hechicero no nos ataque con uno de esos condenados rayos, la parte más alta de la torre no es buen lugar para resistir un sitio. Por supuesto, podríamos morir heroicamente de inanición y de sed, pero no creo que eso ayude demasiado a Ruwenda.

—¡No sé qué ocurrirá entonces! —le espetó Uzun—. ¡Sólo cumplo las órdenes de la Dama Blanca! Oh, princesa, ¿no puedes dejar de interrogarme constantemente? ¡En cualquier momento pueden aparecer más caballeros! Sólo dame un momento para distraer al guardia y luego sígueme con rapidez.

Subió saltando los peldaños hasta la sala de guardia.

Haramis oyó la maldición del soldado y después el sonido siseante de una espada al desenvainarse. Pero Uzun aullaba como un demente, mientras sus pies describían una danza sobre los tablones, y el lenguaje grosero del guardia se trocó en un bufido de alarma. Tensándose, Haramis espió desde el último escalón y vio al usual -mente grave músico bailoteando como un salvaje, con sus largas orejas puntiagudas batiendo cómicamente como las alas de un pájaro nocturno que se hubiera emborrachado con fruta fermentada. Los ojos le entraban y salían de las órbitas, y su larga lengua serpeante se plegaba y desplegaba mientras su dueño entonaba ridículamente la escala musical de extremo a extremo.

El caballero se partía de risa; bajó la espada y rápidamente Haramis subió la escalera y abrió de golpe la trampilla.

—¡Uzun! ¡Ven! ¡Date prisa!

Se arrodilló en el suelo y asió la pesada escala mientras el raro ascendía por ella. El confundido caballero soltó un grito de alarma y se tambaleó en dirección a la escala blandiendo la espada. Haramis asió la muñeca de Uzun y lo izó hasta ella. La espada, que apuntaba al tobillo del raro, se incrustó en un peldaño de la escala. Los dos juntos le dieron un poderoso empujón y la escala cayó, mientras el caballero todavía intentaba torpemente desencajar su espada del peldaño de madera.

Desequilibrado y confuso, la figura con armadura cayó con un estrépito ensordecedor. Desde el dormitorio llegaron unos gritos, y mientras Uzun cerraba y aseguraba la trampilla, otros caballeros de Labornok llegaron corriendo para investigar qué ocurría.

En el techo de la Alta Torre soplaba un vendaval; traía el aroma de los pantanos y asestaba sus golpes contra la niebla baja que ocultaba el Laberinto de Pantanos y las más bajas estribaciones de la Ciudadela. El estandarte de Labornok, de color rojo sangre, ondeaba en el elevado mástil situado junto a la torre, frente al río. Justo debajo, algunos fuegos todavía ardían entre los edificios del patio interior, centelleando macabramente bajo la niebla. El profundo cielo azul refulgía de estrellas y en el oeste las

Lunas Triples se acercaban al punto de conjunción, que se produciría cuando las tres estuvieran llenas, al cabo de cuatro semanas.

El miedo y la indignación causados por su situación invadieron ahora a la princesa y la embargaron de una llameante furia. Estaban en un callejón sin salida. Los caballeros embestían la trampilla con sus espadas y hachas de combate, y pronto la derribarían. ¡Pero ella no permitiría que los de Labornok la apresaran con vida! Mejor saltar desde el parapeto de la torre.

La portezuela cedió y un caballero, cuyo yelmo era una grotesca máscara de hierro, se izó emitiendo un aullido triunfal.

Haramis permaneció con Uzun al borde mismo del parapeto, aferrando su amuleto tal como había hecho en la infancia cuando las pesadillas la aterrorizaban. Pero esta vez la pesadilla era real.

—¡Protegednos, Señores del Aire!

—¡Dama Blanca, asístenos! —exclamó Uzun.

Tres hombres con armadura se dirigieron hacia ellos con las espadas en alto. Pero en ese momento sopló una gran ráfaga de viento y dos formas oscuras que descendían del cielo borraron las estrellas. Soltaban chillidos semejantes a monstruosas trompetas, y una de ellas cayó directamente en picado sobre el trío de soldados con armadura.

—¡Quebrantahuesos! —aulló uno de los caballeros—. ¡Cuidado!

Pero un instante más tarde, un ala gigantesca alzó a los tres hombres como si fueran muñecos y los arrojó por encima del parapeto. Sus voces se fundieron en un único grito, que duró varios segundos antes de interrumpirse bruscamente. Sus compañeros, que acababan de emerger de la trampilla, retrocedieron con rapidez buscando un lugar más seguro. Hubo ruidos metálicos, gritos y choques cuando varios de ellos cayeron de la escala. Otros labornokianos permanecieron observando, pero ninguno de ellos se atrevió a salir.

Más tarde contarían al rey Voltrik y al hechicero Orogastus lo que habían visto: dos gigantescas criaturas de cuerpo blanco y alas con bandas blancas y negras que se elevaban para aterrizar sobre el techo de la Alta Torre, mientras sus garras hacían brotar chispas de las piedras, y sus ojos y picos dentados centelleaban bajo la lechosa luz lunar. La princesa Haramis montó en uno de ellos y el músico raro Uzun trepó sobre el lomo del otro.

Luego, los enormes quebrantahuesos extendieron las alas y levantaron su vuelo, llevando a los fugitivos hacia el noroeste, hacia el distante farallón de las montañas Ohogan.

La ignominiosa retirada acicateo la furia de Kadiya. Se le ocurrió la posibilidad de que los descubrieran avanzando en cuatro patas a lo largo del estrecho y resbaladizo borde del conducto. Como había estado en desuso durante tiempo incontable, ya que los ruwendianos habían construido un nuevo sistema de suministro de agua cuando ocuparon la antigua ciudadela, éste no sólo se caía en pedazos, sino que además estaba casi obstruido con desechos podridos y ruidosos. Jagun se había colgado la linterna del cuello, pero de vez en cuando se veía obligado a detenerse y alcanzársela a Kadiya para poder apartar un amasijo de hojas muertas o para sacar del paso un montón de pastos del pantano. En algunos sitios, la mampostería estaba prácticamente en ruinas, de modo que tenían que vadear o nadar para salvar los obstáculos. Muy pronto los pantalones de Kadiya estuvieron rotos en las rodillas, y su piel magullada. Por lo bajo, la muchacha mascullaba palabras que había oído en los establos pero que nunca antes había pronunciado.

—¿Está lejos el río? —preguntó al fin, acariciándose las manos doloridas por las espinas que se había tomado el trabajo de extraer de ellas.

—No mucho. Si fuera de día podríamos ver la luz, pues estos condenados helechos no podrían crecer en la oscuridad. Ten mucho cuidado ahora, pues éste es un excelente lugar para las emboscadas de los gradoliks o los gusanos de agua.

Kadiya escupió un terrón de lodo de gusto asqueroso y sintió que en su interior crecía esa furia que la había embargado al principio.

—¡Que el cieno eterno los ahogue a todos! ¡Que las víboras de Viborn se les enrosquen en cuellos y muñecas...!

—Ahorra las energías, hija del rey. Sin duda cuando llegue el momento, los espíritus concederán a tus enemigos una suerte que hasta tú encontrarás adecuada.

— ¡Ninguna suerte salvo la que yo les dé! —replicó Kadiya con cólera.

El raro la tomó de la muñeca en un gesto que Kadiya conocía muy bien y que era una advertencia. Tragó

saliva y permaneció en silencio.

Ahora vadeaban, resbalando, sobre un suelo poco firme, atravesado por una red de arroyuelos, hasta que finalmente hallaron una reja oxidada por el tiempo y la rodearon para pasar por un lugar donde se había derrumbado parte de la piedra que la sostenía. Sobre sus cabezas se abría, por fin, el cielo. Una vez más, extendiendo la mano, Jagun le indicó que debía ser cautelosa.

Se alejó un poco de ella, con la cabeza erguida. Por lo visto, escuchaba con gran atención, utilizando también su sentido del olfato de cazador para calcular el grado de seguridad que ofrecía aquel pequeño tramo de páramo olvidado.

—Los labornokianos deben de haber establecido un puesto de guardia no muy lejos de aquí.

Kadiya miró por encima del hombro y tuvo que forzar el cuello para tener un mejor ángulo visual. Había fuego arriba, llamas danzantes. Dentro de la Ciudadela no había suficiente combustible para alimentar esas llamas, a menos que los invasores hubieran arrancado los tapices de los muros y destrozado el mobiliario. Escuchó gritos lejanos, estridentes chillidos, y Kadiya trató de endurecerse, se esforzó por eliminar de su mente cualquier pensamiento con respecto a lo que podría estar ocurriendo.

—¡Ojalá viva para daros bocas nuevas para reíros, bocas abiertas en mitad de vuestras gargantas!

Dirigió las manos laceradas al pecho para buscar el cuchillo que pendía del cinturón, pero rozaron el amuleto que se había deslizado a través de su blusa desgarrada.

Si el poder del trillium había podido detener su caída en la cisterna, bien, entonces tal vez pudiera ayudarla aún más. Aferró tan fuertemente el ámbar que parecía que se hundiría en su carne magullada.

Voluntad, voluntad y fuerza... y las palabras que logró pronunciar:

—Señores del Aire, vosotros que sostenéis al Dios Triúnico,

prestadme vuestros poderes, vuestra voluntad, para que aquéllos mueran tal como han asesinado a los que os veneran. ¡Que paguen con sangre, concedédmelo, vosotros en vuestros superiores caminos!

Con el amuleto aferrado como si fuera una espada, Kadiya señaló la luz del holocausto que ardía a sus espaldas.

Su respuesta fue un torturado grito que se alzó en la noche, pidiendo otro barril de cerveza.

Kadiya apretó los labios con fuerza.

—¡No funciona!

Intentó arrojar lejos el amuleto, pero sus dedos lo asían con tanta fuerza que no logró aflojarlos.

—No —respondió Jagun con suavidad, como si intentara calmar a una criatura impaciente.

—¡Pero usé mi voluntad! Y lo hice con más intensidad que cuando me zambullí en el pozo.

Lentamente abrió los dedos para examinar lo que estaba sosteniendo.

—¿*O* sólo funciona respecto a mí? ¿Me llevará con la Dama Blanca? ¿*O* nos llevará a los dos?

Jagun la observó con expresión paciente.

—Inténtalo, hija del rey.

Una vez más, los dedos de Kadiya se cerraron sobre el amuleto.

—¡Por el poder que vive en tu interior, llévanos ahora hasta quien te creó, la archimaga!

Sólo la noche flotó en torno a ellos.

—Llévame a mí sola, entonces, si es que tienes alguna virtud, regalo de la hechicera.

Ninguna respuesta.

—Entonces, ¿lo habré soñado todo? —preguntó Kadiya a la noche—. ¿Estaba tan fuera de mí, Jagun?

—Pequeña, no puedo responderte con certeza, allá adentro estaba demasiado oscuro. Tal vez calculé mal el tiempo de tu salto. No soy especialista en la antigua sabiduría.

La joven soltó el colgante para que pendiera libremente de su cadena.

—La magia parece habernos abandonado, Jagun, si es que alguna vez la tuvimos. Bien, al menos ese bribón de las tierras bajas no podrá rastrearnos a través del Laberinto de Pantanos.

Kadiya había estado muchas veces en las ciénagas, pero sólo por las rutas bien delimitadas de los raros. Había otras, secretas, cuyo conocimiento era celosamente guardado por los clanes familiares. Si no se era pariente, el honor exigía que no se recordaran esos caminos. Ahora la joven se acercó a la sombra agobiada de Jagun para preguntarle con tono sombrío:

—Esos gusanos de las llanuras no se atreverán a seguirnos aquí, ¿verdad?

Casi oculto entre las zarzas, el raro estaba explorando el agua cerca de un montículo de guijarros.

—Su hechicero ha llamado a los skritek. Y Pellan se ha unido a ellos.

—¡Pellan!

Era uno de los guías comerciales, entrenado casi desde la infancia en el recorrido de los caminos ocultos. Que él los traicionara parecía inimaginable. Pero hasta hacía un día la muchacha hubiera jurado que era imposible que Kadiya, de la Casa de Krain, pudiera arrastrarse como un gusano a través del cieno.

—Voltrik tiene armas a las que algunos no pueden resistirse —señaló Jagun, con voz dura y fría.

Se incorporó, extrayendo del lodo una gruesa cuerda cuyo extremo se perdía en las aguas. Tiró de ella con cuidado.

—El rey de Labornok tiene un poder que descansa en la riqueza. Y la riqueza procede del esfuerzo de los hombres. ¿Qué rey excava en las montañas en busca de metales preciosos, empuña un hacha para talar árboles o busca los extraños y curiosos hallazgos del pueblo de las ciénagas? Son aquellos como Pellan quienes reúnen esas riquezas. Voltrik se lleva una gran parte, sí. Pero puede conceder el resto a los que lo sirven, y esos dones también harán rico a un hombre. Vamos, Previsora. —Usó el título que ella había ganado con tanto orgullo medio año antes, título de la ciénaga que implicaba respeto—. Previsora, todavía hay mucho camino que recorrer.

En realidad ella no le escuchaba, aturdida todavía por la noticia de la traición de Pellan. ¡Si ella lo conocía!, tenía un aspecto sonriente, amable, incluso la había guiado hasta una de las extrañas ruinas.

—¿De veras Pellan actuó así por provecho, Jagun? ¿O por temor? Tiene parientes en las tierras llanas. Ya hemos visto lo que este rey asesino puede hacer con los que se oponen a él. Tal vez el temor sea más poderoso que la magia. ¿Acaso Anigel no se rindió al temor?

—No juzgues con tanta rapidez, hija del rey. Tu hermana no se rindió voluntariamente. El temor puede ser tan grande como para dar lugar a la locura. Pero en eso no hay culpa.

—Sólo debilidad —masculló Kadiya.

—Tú también puedes conocer la debilidad y también puedes enfrentarte a un temor mayor. No hables en contra de nadie cuya carga no hayas llevado tú misma.

Jagun dio un tirón a la cuerda y de la niebla del pantano emergió una robusta balsa equipada con pértigas y un timón, así como un bulto bien envuelto para protegerlo de la humedad.

— ¡Bendito sea mi hermano! —suspiró Jagun—. Ha seguido perfectamente las instrucciones de la archimaga. Ahora tenemos un medio de transporte, vestidos y también alimentos.

La balsa tenía tamaño suficiente para albergar a cuatro pasajeros, y Kadiya advirtió con súbita preocupación que se suponía que Anigel e Immu viajarían con ellos. Pero seguramente ahora estaban indefensas en poder del enemigo. ¿Y Haramis? Kadiya no podía saberlo. A partir de esta noche estaba sola, y sin duda caería sobre ella la responsabilidad de resistirse a los invasores.

Embarcaron y Jagun montó el timón a popa. La embarcación empezó a remontar la perezosa corriente que flanqueaba la parte noreste de la Ciudadela. Por un momento la niebla se abrió y Kadiya tuvo una fugaz visión del imponente promontorio rocoso coronado por el castillo y de una o dos estrellas en el cielo.

Su hogar... ¡en manos del enemigo! ¿*Y* dónde estaban sus hermanas? Tal vez ya estaban muertas o algo peor. No debía pensar en eso, ¡no debía hacerlo!

—¿Adonde vamos?

Había muchas maneras de resistirse. Aunque, sin duda, la venganza sería suya, no podría destituir al rey Voltrik sin ayuda. ¿Acaso Haramis y Anigel, si vivían, se unirían a ella?

No había pronunciado sus nombres en voz alta, sin embargo Jagun le respondió, sobresaltándola, aunque no por primera vez:

—Otros caminos esperan a tus hermanas. Ahora sólo debemos ocuparnos de nuestro propio destino.

—¿Adonde vamos? —volvió a preguntar la joven.

—Tú debes responder a eso, Previsora.

—¿Cómo?

Se había acomodado en la balsa, y miró hacia atrás de nuevo, hacia la Ciudadela. Los fuegos se extinguían. Sin embargo, sentía que la ciénaga estaba extrañamente cálida. Miró hacia abajo. Debajo de su blusa enlodada y desgarrada había un pálido globo de luz. Lo asió: ¡el amuleto!

Kadiya lo extrajo. Pareció moverse sobre la sucia palma de su mano. Un punto de luz señalaba hacia el cielo como surgido de una extraña vela. La joven empezó a respirar con agitación. ¡Tal vez tuviera magia

después de todo! Pero una magia que sin duda no funcionaba de acuerdo con su voluntad, y eso ya lo había comprobado. El acero era más seguro en su mano.

El hechicero de Voltrik, Orogastus, tenía una magia que le obedecía. Incluso tenía poder sobre su propio rey, y lo trataba como si fuera su juguete o su instrumento.

¡Juguete e instrumento! ¡Tal vez ésa era la historia de su propio nacimiento, del regalo de la archimaga! Tal vez la magia fuera como todo lo demás, tal vez envejecía, se ajaba, se marchitaba y se destruía si se la utilizaba demasiado tarde.

Bajo el gobierno de Jagun, la balsa describió un brusco giro para llevarlos en otra dirección. Ella vio que la chispa se movía como si fuera la aguja de una brújula.

—¡Jagun, tenemos guía!

—¿Qué es? —dijo el raro, con voz fatigada.

Se había acercado a la orilla y había anclado la balsa con una cuerda atada a una piedra. Ahora estaba desenvolviendo el bulto.

Kadiya extendió la mano y le contó con excitación el desplazamiento de la chispa luminosa.

—Entonces señala en dirección a la morada de la archimaga en Noth. Eso es bueno, porque conozco pocos senderos hacia allá. Los nyssomu no cazan en esa zona. La región de la Ciénaga Dorada es territorio uisgu.

Del bulto había extraído túnicas y pantalones hilados por su pueblo con aromáticas fibras vegetales. También había capuchas de piel de fedek, que impedirían el paso de un torrente, y sandalias con suela de madera. Después de la ropa, extrajo dos frascos con tapa, los abrió y de ellos manó un aroma a hierbas preparadas y cremosas que combatió con los olores de la ciénaga.

—Más tarde tal vez tendrás oportunidad de reparar y lavar tus ropas, pero ahora debes vestirte para la ciénaga.

Ella se quitó las ropas, que por cierto estaban hechas jirones, y tomó un poco de crema de los frascos para untarse con ella generosamente la piel e incluso la enredada cabellera. Los insectos de la ciénaga podían convertir en una tortura la vida de cualquiera que careciera de esta protección.

Jagun tomó una precaución más, y en esta ocasión extrajo algo de una bolsa que pendía de su cinturón. Era un ardid de cazador que Kadiya nunca había presenciado. Entre los dedos el raro sostenía un silbato de diámetro no mayor que una caña. Se lo llevó a los labios. El sonido que produjo era muy débil y sin ninguna melodía, pero obtuvo respuesta.

La navegación por cualquier canal de los pantanos podía producir un traicionero silencio que alertaría a cualquier explorador. Kadiya en realidad no había advertido la quietud que los rodeaba hasta que el silbato de Jagun provocó los sonidos habituales de la vida. Ahora la joven oyó el zumbido de los insectos, ruiditos de salpicaduras y movimientos, y el profundo canto de un gulbard al acecho, tan próximo que pudo ver su suave cuerpo entre verdoso y grisáceo asomarse apenas en la musgosa superficie del agua. Al frente, todo estaba en sombras.

Navegaron lentamente por el ancho Mutar, manteniéndose lejos de la costa sur, que estaba habitada. Jagun se mostró especialmente cauteloso mientras pasaban frente a los muelles del mercado de Ruwenda, en el límite occidental del promontorio, donde el río se alejaba finalmente de las tierras altas y se internaba en el Pantano Negro. Esta región, densamente boscosa, se extendía a lo largo de muchas leguas cuadradas entre Ciudadela y las ruinas de Trevista, y recibía ese nombre debido al sombrío aspecto de las tierras pantanosas, donde árboles altos y entrelazados se enmarañaban con carnosas enredaderas y otros arbustos que formaban un grueso techo, de modo que la superficie se encontraba casi permanentemente en sombras.

Al cabo de un trecho, el río se dividió en muchos brazos que no tenían una corriente principal definida. Había miles de islas encharcadas e incontables bancos de lodo en esta parte del Pantano Negro, de modo que un viajero normal, un humano, se hubiera perdido sin esperanzas si hubiese intentado encontrar su camino bajo la luz diurna, por no hablar de lo que ocurriría de noche, en medio de las intermitentes ráfagas de bruma. Pero Jagun avanzaba confiadamente.

Kadiya estaba acurrucada en la proa, mascando de vez en cuan-

do un pedazo de raíz de adop, el tubérculo que constituía gran parte de sus reservas de alimentos. Estas raíces parecían secar toda la humedad de la boca y dejaban un regusto amargo, pero ella sabía que eran las raciones de viaje preferidas de los raros. El sabor le recordaba sus primeras exploraciones de las ciénagas en compañía de Jagun.

Se había deleitado tanto con los extraños animales y plantas que él le había mostrado, que lo había atosigado pidiéndole que le dejara visitar con él el Laberinto de Pantanos. Su padre le había dado permiso

de mala gana, y durante todo un día había viajado a través de un verdor vivo de misteriosas criaturas y plantas. La aventura había transformado su vida. Entonces Kadiya había jurado que aprendería las costumbres y caminos de la ciénaga, y de los que vivían en ella.

Sin embargo, nunca había ido hacia el sitio que señalaba la luz del amuleto, hacia las tierras más remotas y secretas. Más adelante, la región de los amistosos nyssomu y de los más tímidos uisgu se mezclaba con la de los abominables skritek.

¡Skritek! Su aspecto mismo era un horror que parecía extraído de una pesadilla. Aunque caminaban erguidos, con el cráneo en el extremo superior de sus cuerpos tendinosos y veteados, no se parecían en absoluto a humanos o raros. Tenían la cabeza achatada, y la parte delantera se alargaba en un hocico que se abría para revelar verdosos colmillos, aguzados como dagas. La cabeza de un skritek parecía diseñada por la naturaleza para atacar y matar.

Tenían ojos bulbosos, como los de la gente de la ciénaga, incrustados en lo alto de la cabeza y un poco a los lados, para proporcionarles un gran ángulo de visión. A diferencia que en los raros, no obstante, esos ojos no eran dorados sino de un anaranjado vivido y veteado de rojo. El azul verdoso de sus cuerpos se confundía fácilmente con la vegetación del pantano, salvo por los ojos, y por eso habitualmente esperaban a sus presas casi sumergidos, camuflados con helechos de agua, y tiraban de sus víctimas para ahogarlas. Eso les había ganado en los pantanos el apodo de Ahogadores.

La mayoría los conocía solamente a través del relato de los viajeros, que ya era bastante aterrador. En su propia región, que bordeaba los más lejanos territorios conocidos de los raros, los skritek, según se decía, vivían audazmente, portando en ocasiones cuchillos y lanzas, aunque las armas más habituales y peligrosas eran sus propios colmillos y las garras de sus manos de tres dedos. Se deslizaban en silencio, pero los traicionaba el intensísimo olor a almizcle que despedían sus cuerpos. Se sabía que se revolcaban en charcos de lodo donde arrojaban hierbas malolientes para disimular su propio hedor. En su territorio, atacaban sin ninguna advertencia, enloquecidos por el ansia de sangre, y a veces despedazaban y engullían a sus víctimas —algunas todavía con vida—, y otras veces las llevaban para torturarlas hasta darles muerte.

—Has mencionado a los skritek —dijo Kadiya, abrazándose ahora pues estaba helada—. ¿Qué clase de poder puede obligar a esos monstruos a obedecer otra voluntad que no sea la suya?

—El poder de aquel cuya sombra es mayor incluso que la del rey a quien supuestamente sirve: el de Orogastus —respondió Jagun—. No lo consideres un charlatán, alguien que domina trucos baratos. No es persona que se conforme con leer el futuro en las arenas de colores. Hay muchos hombres que nacen con talentos inusuales, hija del rey, y pocos dan mal uso a sus dones. Sin embargo, algunos adeptos transitan un camino más sombrío en busca de extraños conocimientos, y ésos se pasarán la vida persiguiendo aquello que les dé poder, un poder que no es de la mano ni de la espada, sino más bien del pensamiento o la voluntad, poder sobre los demás. Muchas historias de Orogastus han llegado a oídos de la gente del pantano. Tal vez la mitad o la tercera parte sean meros rumores, ¡pero lo que queda ya es bastante horrible! Los semejantes se atraen, y es posible que los skritek reconozcan en el hechicero del rey una fuerza similar a la que les da vida a ellos. Tal vez todavía no sean criaturas de Orogastus, pero la actual alianza se basa en una ley muy antigua: si tu enemigo es también mi enemigo, entonces hasta que muera ambos transitaremos la misma senda.

Kadiya exhaló un suspiro.

—Jagun, has sido mi maestro durante mucho tiempo, sin embargo, sabes muchas cosas que yo aún debo aprender. A veces sólo soy la niña a la que complaciste la primera vez que me trajiste a esta región. Tu gente me llamó Previsora, pero eso es pura adulación. Sí, tal vez sepa discernir algunas cosas, ¡pero en otros sentidos estoy ciega!

—Saber que se es ciego es empezar a ver —replicó Jagun con suavidad.

Había encaminado la balsa hacia uno de los bosquecillos más tupidos. Los retazos de cielo visibles se hacían cada vez más grises. Pronto amanecería.

—El peligro no sólo amenaza al cuerpo —comentó el hombrecillo—, también ataca al espíritu.

—No comprendo.

—Las personas, incluso aquellas en las que alguna vez confiaste y a las que amaste, pueden desear utilizarte como instrumento, así como yo uso este remo para avanzar.

—¿Utilizarme a mí? —Kadiya parecía asombrada—. ¡Si lo intentaran tendrían que vérselas con mi espada!

—Pelear, siempre pelear —masculló el raro, y en su voz había un deje burlón—. Mi pequeña Previsora, tal vez hayas avistado un vart arbóreo sobre una rama a cien anas de distancia, pero ¿alguna vez has tratado de ver lo interior y no lo exterior? Examinarse a sí mismo es lo más difícil de todo. Bien, ya amanece, y tenemos que acampar. Aparta esas hojas.

Mientras ella obedecía, el raro dirigió limpiamente la balsa a una entrada del bosquecillo adonde la había conducido. Pero cuando llegaron a la costa, aunque la fatiga la vencía, Kadiya no cejó en su intento de obtener algunas respuestas.

—Tendrás que enseñarme a ser sabia —afirmó, con una nota de autoridad.

—Yo no —replicó él con voz sombría.

—¿Se lo dejarás a la archimaga? —espetó Kadiya con voz desafiante.

—Tampoco a ella. Debes comprender una cosa: sólo la experiencia proporciona sabiduría. Cada uno de nosotros debe aprender a su manera y a su debido tiempo.

Antes de que ella pudiera pensar una respuesta, él miró a su alrededor.

—Estamos en tierra firme —prosiguió, y dio una patada en el suelo—. Podemos acampar tranquilos aquí hasta que oscurezca. Incluso podemos encender fuego. Un pelrik asado o un karuwek... ¿no sería mejor eso que las raíces de adop?

—¿Viajaremos de noche?

Lo que Kadiya más deseaba en aquellos instantes era un lecho de hierba cinteada, y por cierto se veían algunos pastizales en las cercanías, donde podría dormir.

—Eso será lo más seguro hasta que pasemos el Alto Mutar. Tal vez, si Voltrik es lo bastante listo, se acercará amistosamente a los nyssomu, o al menos fingirá amistad. La mayoría de nuestra gente sabe muy poco de los de tu sangre. Previsora. Para algunos, los hu-

manos constituyen una sola familia, y como hace mucho que confiamos en los ruwendianos, es posible que las dulces palabras de los de Labornok los engañen, y que sólo adviertan la mentira demasiado tarde.

—Puedes advertir a tu gente —observó Kadiya, interrumpiendo por un momento su tarea de arrancar la hierba—. Tal vez otros ruwendianos derrotados logren huir por el río, seguramente los nyssomu de Trevista ayudarán a los fugitivos.

Jagun había extraído de su bolsa sus dardos afilados, y los inspeccionaba con detenimiento.

—Previsora, nadie debe vernos en el Mutar. Tenemos poco tiempo hasta las lluvias invernales, cuando nadie podrá viajar.

Levantó la vista, y sus ojos dorados estaban llenos de venas oscuras, producto de la fatiga. Unos hilitos de pegajoso sudor habían abierto un surco en la crema repelente esparcida sobre su rostro y sus manos.

—Debes llegar a Noth. Está exactamente al pie de las montañas Ohogan, a más de cien millas hacia el norte. Cuando hayamos atravesado el país skritek, nos internaremos en los páramos de la Ciénaga Dorada. Allí necesitaremos la ayuda de los uisgu.

Con la mano, Jagun alisó un pequeño espacio de terreno y empezó a dibujar allí.

—Nosotros estamos aquí —dijo haciendo una marca con la uña—. Aquí —y desplazó la uña hacia el norte— está Noth, adonde debemos llegar.

Kadiya había oído hablar de Noth. A través de todo el pantano había muchas ruinas sobre zonas de tierra firme idénticas al pequeño promontorio donde se encontraban ahora. Algunos de esos restos de otras épocas no estaban en tan mal estado como la ruinosa Trevista, y se decía que algunos eran tan sólidos como la misma Ciudadela. Se rumoreaba que en las ruinas de algunas ciudades había grandes tesoros ocultos. De vez en cuando aparecían en el mercado de Trevista chucherías peculiares y misteriosos artefactos que suscitaban el inmediato entusiasmo de los comerciantes. Muchos de ellos eran traídos por los tímidos clanes uisgu, que permitían a sus parientes más audaces, los nyssomu, que los vendieran en su lugar. Kadiya había oído hablar de los aventureros humanos que se habían atrevido a internarse hacia el norte y el oeste en busca de islas olvidadas y de los tesoros que pudieran contener. Habían regresado a la Ciudadela algunos hombres casi enloquecidos por las penurias.

y uno de ellos había hablado de una ciudad mayor que la ruinosa Trevista, cerrada y silenciosa, los muros abandonados, y que no ofrecía ningún acceso. Y ésa era Noth, había dicho el hombre.

Tal vez sólo los fantasmas custodiaban la ciudad perdida, pero toda Ruwenda sabía que Noth era morada de la archimaga. Algunos afirmaban que ella pertenecía a una antigua raza, una raza del pasado en el que las islas coronadas de ciudades se multiplicaban sobre un gran lago. Según la historia del pueblo de Kadiya, la archimaga había existido siempre. Aunque no fuera siempre la misma mujer, otra que era su

gemela, y otra gemela, y otra gemela...

Jagun desapareció y regresó antes de que ella hubiera terminado un segundo jergón de hierba para él. El raro traía un pelrik cogido por su ancha cola chata, y Kadiya tuvo que demostrar su capacidad de viajera recogiendo ramitas secas y astillas para construir una cuidadosa pila y disponerla para que Jagun la encendiera con su yesca. El limpió y desolló su presa y la troceó con su largo cuchillo de cazador, atravesó la carne con palos y la colocó cerca del fuego para que se asara.

Kadiya se descubrió cabeceando, aunque el olor de la carne que se asaba le hacía la boca agua. No alcanzaba a recordar otra oportunidad en que hubiera estado tan cansada, aunque no se daba cuenta de que los horrores que acababa de dejar atrás habían contribuido a su agotamiento.

La princesa Anigel no recobró el sentido hasta que sus captores llegaron a la cervecería. Allí los caballeros de Labornok descansaron, ya que estaban agotados por el largo ascenso desde los niveles inferiores de la Ciudadela, trayecto que habían debido afrontar tras un prolongado día de combate. Sir Rinutar propuso al príncipe Antar que recuperaran el aliento y que probaran el licor ruwendiano, del que había allí muchos barriles.

—Buena idea, Rin —dijo sir Owanon—, pues esta vieja rara pesa bastante más de lo que parece, y prácticamente me ha destrozado la espalda.

Dejó caer a Immu sobre una pila de sacos de grano. La rara gruñó, pero sus ojos siguieron bien cerrados.

El príncipe Antar advirtió a sus hombres:

—Un breve descanso, entonces. El rey Voltrik y el hechicero se enfurecerán si nos demoramos mucho en llevar a estas prisioneras para que las interroguen. Y si alguno de vosotros bebe en exceso, yo mismo me ocuparé de que el borracho reciba su merecido castigo.

Bajó a la princesa con gran suavidad y le acomodó el cabello antes de unirse a sus compañeros, que acababan de abrir un barril. La cerveza fluyó alegremente por la abierta espita hasta los jarros, para derramarse luego en el suelo.

—Los cobardes de Ruwenda tienen una cerveza más rubia —observó sir Rinutar, enjugándose los bigotes tras un largo trago—. En realidad, es mucho mejor que la nuestra.

Volvió a beber, vaciando el jarro, y fue a llenarlo otra vez antes de que sus compañeros dieran cuenta del barril.

—No es de extrañar —susurró Immu—, porque nuestra cerveza es añeja y con un ocho por ciento de alcohol, en cambio la de Labornok es tan sólo pis de niño.

—Desde luego, esta bebida es excelente —comentó otro caballero, sir Penapat—. ¿Por qué no podemos conseguir una así allá en Derorguila?

—Los cerveceros de Derorguila se quejan siempre de los hechizos de las brujas cerveceras —respondió sir Owanon—, y culpan a esas perversas señoras de agriar la cerveza, o de darle un gusto muy extraño. Oí decir que quemaron a una bruja cervecera antes de que partiera el ejército. La habían encontrado merodeando por la cervecería, evidentemente con malignas intenciones. Las mujeres no saben nada de cerveza.

— ¡Mierda de lothok! —espetó Immu.

Habló con voz ahogada, pues la habían puesto boca abajo, pero esta vez sus captores la oyeron.

—¡Bien, que me aspen y me claven a la pared! —se rió sir Owanon—. ¡Mi carga habla! Y además suelta palabrotas.

—Dale un buen puntapié —sugirió Rinutar.

La princesa Anigel logró incorporarse con esfuerzo, ya que tenía las manos atadas a la espalda, al igual que Immu.

—¡Calla rufián, y avergüénzate! —gritó—. Si crees que la cerveza es buena, debes agradecérselo a Immu, ya que ella es la encargada de la cervecería de esta Ciudadela.

—Miente —gruñó sir Rinutar—. ¿Desde cuándo una vieja arpía rara sabe algo de esos misterios?

Con un gesto indicó los grandes calderos de cobre, los laberintos de tubos, el complejo sistema de cribas que llevaba la malta a las muelas y que luego trasladaba la cerveza sin fermentar al gran caldero. Había pasadizos junto al borde de estos recipientes, desde donde los obreros podían revolver y también revisar los licores.

—Sé perfectamente cómo hacer cerveza —espetó Immu, quien, al igual que la princesa, se había incorporado. Su voz era fría y confiada—. Y sólo un tunante sin cerebro podría acusar a imaginarias brujas por la amargura de su cerveza. En general, eso ocurre cuando las vasijas de fermentación y las calderas y los tubos no están bien limpios, dando lugar a mohos fétidos que arruinan la bebida.

—¿Lo dices en serio? —El príncipe Antar demostró verdadero interés—. Tal vez deberíamos dejarte con vida, para ver si puedes enseñarles a los cerveceros de Labornok a fabricar una bebida de mejor calidad.

—Buena idea —dijo sir Owanon, pero los otros lo acallaron, y todos empezaron a pelearse, abriendo las espitas de otros barriles y llenando sus jarros en cuanto los vaciaban.

Pero fueron interrumpidos por los pasos ruidosos del general Hamil, quien llegó al frente de otro grupo de caballeros. Éstos también estaban extenuados, y celebraron con gran entusiasmo el descubrimiento de sus compañeros.

Hamil se acercó a Antar, quien sólo había probado la cerveza, y lo felicitó por haber capturado a la princesa Anigel. Luego el general llevó a su señor a un lado y le habló en voz baja, pero Anigel e Immu oyeron sus palabras con toda claridad.

—Se ha producido un horrendo y portentoso acontecimiento, mi príncipe. Milotis y sus hombres estaban registrando los niveles superiores de la Alta Torre cuando se tropezaron con la princesa Haramis y su acompañante raro. Los persiguieron hasta el parapeto, en cuyo borde se alzó Haramis, asiendo con fuerza el amuleto que rodea su cuello e invocando a los Señores del Aire.

—Lo mismo habría hecho yo —dijo cómicamente el príncipe—, si hubiera estado en su lugar.

—Pero aparecieron dos monstruosos quebrantahuesos —continuó Hamil—, ¡y se llevaron sobre sus lomos a los dos!

El príncipe soltó un juramento.

—¿Milotis vio el prodigio con sus propios ojos?

—Así es. Yo comuniqué la novedad al poderoso Orogastus, quien se enfureció. Milotis y todos sus hombres fueron condenados a muerte por orden del rey.

—Una locura —masculló el príncipe—. Milotis era un digno capitán, *¿y* cómo podría haberse resistido a la magia? Eso es asunto de Orogastus. Me pregunto si no ordenará también mi muerte, ya que sólo atrapé a una princesa y la otra consiguió huir.

Describió entonces la huida de Kadiya a través de la cisterna, y la declaración de Anigel con respecto a la gran magia que poseía ahora su hermana.

El general Hamil se aproximó a las dos cautivas, una figura terrible con su armadura rojo sangre ornamentada de oro. En su yelmo esmaltado de rojo se habían montado cuernos de oro, y el visor tenía la forma del cráneo de un volumnial.

—Princesa Anigel —preguntó—, *¿es* verdad que tus hermanas tienen magia?

Pero la aterrada muchacha sólo rompió a llorar, temblando lastimosamente en tanto Immu decía:

—¡Mira lo que has hecho, grandísimo lummox! Por la Flor, no sé por qué vinieron los quebrantahuesos, pero sin duda hay magia de por medio. ¿Acaso las princesas no son trillizas? ¿Acaso las tres no tendrían magia, si la poseen dos de ellas? Sin embargo, aquí está la pobre Anigel, en vuestras manos.

Empezó a hablar a la muchacha con suavidad, pero de manera urgente.

—La abuela rara tiene razón —acotó el príncipe, frunciendo el ceño—. Pero será mejor que dejemos toda esta cuestión a Orogastus. —Luego alzó la voz—: Compañeros, ahora debemos marcharnos de este sido y regresar al salón del trono con nuestras prisioneras.

Immu dejó de susurrarle a la perturbada princesa y se dirigió al príncipe Antar con tono lastimero.

—Mi señor, ten piedad de esta desdichada doncella. Antes de llevarla, desátala un momento y permíteme que la lleve a aliviarse detrás de esa pila de sacos para que no se humille a sí misma y no te ensucie.

Anigel bajó la cabeza, avergonzada, y el general Hamil soltó una risotada, haciendo un comentario grosero. Pero el príncipe se arrodilló y desató las ligaduras de Anigel. Ella se lo agradeció con expresión de pena y le suplicó que también desatara a su criada, para que pudiera ayudarle.

—Lo haré, pero daos prisa —dijo Antar.

Se aseguró de que no había ninguna salida en el rincón que se hallaba detrás de los sacos, y luego les permitió marcharse.

—Tengo que contarte otra cosa —prosiguió Hamil—. La mano del rey está muy inflamada debido a la mordedura de ese escudero bribón. Está muy malhumorado debido al dolor, y tanto el médico real como la Voz Verde del hechicero dicen que debe permanecer en cama con la mano cubierta de un emplasto de hierbas, bebiendo infusiones calientes y descansando, para que la herida no se infecte y se produzca envenenamiento de la sangre.

—¿El hechicero no puede hacer nada?

—Evidentemente, no, aunque pronunció un hechizo sobre el bote de ungüento. Coincide con el diagnóstico de su esbirro, y dice que el rey debe descansar, de modo que la búsqueda de las dos princesas fugitivas recaerá sin duda sobre nosotros.

—Los hombres están exhaustos. Deben descansar varios días para recobrarse antes de emprender una búsqueda intensiva. Ese tiempo puede utilizarse para reunir información, en especial de los raros. Los aborígenes de la ciénaga deben de saber adonde han ido las princesas mejor que nadie.

Hamil asintió.

—Todos los raros han abandonado la Ciudadela, pero podemos ir a Trevista, la ciudad en ruinas donde tienen su feria. El guía Pellan, que tiene una flota de balsas que transportan a los mercaderes a Trevista, cooperará plenamente. Y entre los maestros comerciantes de Labornok hay algunos que pueden decirnos cómo podemos presionar a los trotadores del pantano para que nos ayuden.

—Hablaré con mi real padre y me ocuparé de que todo eso se arregle. Tal *vez* tú y yo y ese Pellan podamos ir de día a Trevista, acompañados por una pequeña fuerza, mientras el resto del ejército se toma un breve descanso. Y también nosotros podemos descansar un poco en el río.

—Espléndida sugerencia, mi príncipe.

Antar entonces frunció el ceño, y echó una mirada a su alrededor.

—Las mujeres... ¿dónde están?

De inmediato Hamil se dirigió a mirar detrás de la pila de sacos.

— ¡Han desaparecido! ¡Por las Sagradas Visceras de Zoto, han desaparecido! Pero, ¿adonde?

Empezó a aullar órdenes a los otros, y los caballeros corrieron por todos los rincones, registrando hasta el último rincón de la cervecería, aunque no encontraron ningún lugar por donde Anigel e Immu pudieran pasar sin ser vistas por Antar y el general Hamil.

Entonces, cuando causaban tanto estrépito que nadie podía oír lo que decían los demás, el príncipe Antar vio al ruidoso caballero Rinutar que recorría a grandes zancadas una de las pasarelas que bordeaban un enorme tanque de fermentación. De pronto Rinutar empezó a tambalearse, dando manotazos en el aire, aullando palabras que nadie pudo comprender, y luego perdió el equilibrio y cayó en el licor lleno de espuma y de fuerte olor, con una gran zambullida.

Todos quedaron en silencio por el asombro y luego rompieron a rugir de risa. Algunos fueron a sacar al furibundo Rinutar, quien tenía el rostro negro de furia y la armadura blanca de espuma.

—¿Quién me ha empujado? —gritó cuando lo sacaron.

—Tonto borracho —le dijo el príncipe, asqueado—. Nadie te ha empujado. Simplemente, perdiste pie.

—No —lo contradijo Rinutar con obstinación—. Alguien me empujó... y lo que es más, oí una voz que me decía: «Tómate un buen trago», mientras caía.

Muchos caballeros recibieron su declaración con carcajadas escépticas pero el general Hamil frunció el ceño.

—¡Silencio, todos! —aulló.

Todas las bocas se cerraron. En el súbito silencio que se produjo a continuación, se oía el goteo de la cerveza, la agitada respiración de los hombres exhaustos, y los rítmicos pasos que recorrían la pasarela y bajaban luego por la escalera que conducía a la habitación donde se llenaban los barriles.

— ¡Magia! —aulló Hamil—. ¡Aquí hay magia! ¡Se han vuelto invisibles! ¡Todos al nivel inferior, rápido! ¡En silencio, prestad oídos, malditos seáis!

—Nos encontrarán. ¡Estamos dejando huellas húmedas! —dijo Anigel a Immu, aferrando ansiosamente el amuleto.

—Por aquí —siseó su invisible acompañante—. Al montacargas que lleva los barriles al nivel de la cocina.

Corrieron hacia el montacargas, que tenía un contrapeso y que las conduciría arriba simplemente moviendo una palanca. Anigel subió, pero Immu le dijo:

—Espera un minuto, princesa.

Sus húmedas huellas retrocedieron y se aproximaron a una gran pila de barriles que esperaban ser llenados, fila sobre fila.

Cuando los caballeros conducidos por el general de Labornok bajaron corriendo la escalera, la pila de barriles empezó a oscilar desde el extremo más cercano al montacargas. Un barril golpeó a otro, y antes de que los caballeros supieran qué ocurría, todas las hileras cayeron con un ruido atronador. Barriles

grandes y pequeños salieron rodando, aplastando a los hombres y destrozándose, mientras los caballeros los pateaban inútilmente con sus pies acorazados. Pero el camino hacia el montacargas había quedado completamente bloqueado. La princesa Anigel soltó el amuleto por un instante para reírse, y así los labornokianos pudieron ver con toda claridad a las dos fugitivas que subían hasta perderse de vista.

—Rogué que tu idea funcionara —dijo Anigel—, pero sin embargo seguía aterrorizada.

Immu sonrió en la penumbra del Portal de la Ciudadela, donde se habían detenido a descansar, ocultas en un puesto de vigilancia abandonado.

—Pero no dudaste, y eso fue lo importante. Al enterarte de que tu hermana Haramis también había escapado con ayuda de su amuleto, por fin tuviste confianza en que también el tuyo respondería a tu dominio y nos volvería invisibles. Y así fue. ¡De modo que lo único que tenemos que hacer ahora es caminar!

Anigel se reclinó contra la delgada y transparente pared.

—Buena amiga, ten piedad de mí y déjame quedarme un momento aquí, pues si continuamos ahora seguramente me desmayaré.

—Descansa, cariño.

Immu se quitó el chal y lo echó sobre la espalda de la joven.

—Aquí estamos a salvo por un rato. No hay agitación ni gritos por aquí.

Los labornokianos creían que la princesa e Immu estaban todavía en el interior de la fortaleza central, por lo que el general Hamil había hecho cerrar todas las puertas.

Pero Immu conocía una salida secreta desde las cocinas, donde los perezosos ayudantes con frecuencia habían deseado eludir sus deberes. Esta salida conducía a la guardia exterior de la fortaleza, y las dos mujeres la atravesaron rápidamente, invisibles, esquivando grupos de soldados labornokianos que dormitaban en tomo a sus fuegos.

Aunque Anigel estaba exhausta, no se atrevía a cerrar los ojos por miedo a que el sueño destruyera la magia benéfica que las había conducido hasta el puesto de guardia sanas y salvas.

—Apenas puedo creer todavía que en efecto nos volviéramos invisibles —susurró—. El talismán no quiso salvarme cuando estaba al borde de la cisterna... ¿por qué funcionó más tarde?

—En la cisterna no tenías esperanza, sólo estabas enloquecida de miedo. En la cervecería, unas emociones más útiles te llevaron a seguir mi consejo.

—Es cierto que entonces estaba furiosa —admitió lentamente la princesa—. Me despreciaba a mí misma por mi cobardía, que hizo que nos capturaran a las dos. Y me sentía mortificada por la indigna estratagema que utilizaste para que esos villanos nos desataran.

Immu soltó una risita.

—La furia te aclaró la mente y desterró el miedo que paralizaba tu voluntad. Finalmente me creíste cuando te pedí que recurrieras a la magia de tu amuleto. La furia es una emoción mucho más útil que el miedo. Debes aprender a utilizarla con mayor frecuencia, cariño. En la situación en que te encuentras, los modales dóciles y tímidos de poco te servirán.

—¿Y la magia sí me servirá? —preguntó Anigel con fatiga.

—Eso está por verse.

Durante varios minutos, la princesa se perdió en sus propios pensamientos.

—Así, ¿tu gente suele utilizar la magia? —preguntó luego.

—Oh, no. Es algo especial que no debe invocarse con ligereza. A veces está allí y a veces no, por desesperadamente que necesitemos esa ayuda. Para tu pobre padre y para tu pobre madre no hubo ninguna clase de ayuda mágica.

— ¡Y fue algo cruel! ¡No tiene sentido que el rey y la reina de Ruwenda perezcan y que el país sea conquistado mientras la magia nos protege, a mí y a mis hermanas!

—Tranquila, niña, tranquila. La magia es un misterio, como tantas otras cosas de la vida. Puede ser utilizada para el bien o para el mal, y no siempre sabemos con certeza cuál es cuál, así como en realidad tampoco sabemos qué es verdaderamente la magia.

Anigel exhaló un suspiro.

—Tal vez la archimaga nos lo dirá.

Se acurrucó contra su vieja niñera y finalmente sus ojos se cerraron; pero siguió aferrando con fuerza el amuleto de trillium, incluso cuando estaba profundamente dormida.

No habían descansado más de dos horas cuando oyeron el sonido de los cuernos, y los soldados que dormían cerca del Portal empezaron a despertarse gruñendo y jurando. Casi amanecía. Los hombres estaban de mal humor porque les habían prohibido saquear la Ciudadela. Encendieron fuegos para protegerse del frío, prepararon un modesto desayuno con sus raciones y aliviaron sus necesidades de la manera más ofensiva en cualquier sitio.

—No mires al exterior, princesa —aconsejó Immu—. ¡Esos brutos patanes!

—Oh, Immu, eso no me importa. Lo que me preocupa es qué haremos ahora. ¿Cómo conseguiremos llegar hasta la morada de la archimaga?

—Jagun había planificado nuestra huida, y su hermano había traído una balsa. Pero sin duda Jagun y Kadiya ya se han embarcado, dándonos por perdidas.

Immu frunció el ceño, inmersa en sus reflexiones.

—Tendremos que encontrar otra manera de remontar el Mutar. Si podemos llegar a Trevista, mi pueblo nos ayudará a ponernos en contacto con los uisgu, en cuyas tierras se hallan las ruinas de Noth.

—¡Pero Trevista está todavía muy lejos, al otro lado de la Ciénaga Negra!

Afuera se oyó un toque de trompetas. Immu espió por una rendija de la puerta para ver qué ocurría. Un caballero comandante y su escolta entraron en el patio de la guardia interior y se detuvieron apenas a doce anas del puesto de guardia. Allí, un sargento supervisaba la distribución de las provisiones de un tren de vagones cubiertos.

—La compañía saldrá dentro de una hora —dijo el caballero—. Marcharemos a través del Promontorio hasta el Mercado de Ruwenda, en el extremo oeste, y allí abordaremos las balsas con destino a Trevista. Aseguraos de cargar alimentos y materiales adecuados, así como pienso para los animales.

El sargento saludó; el caballero hizo girar su montura y se marchó con su escolta, traspuso el Portal y salió a la guardia exterior.

Immu rió con suavidad.

—Nuestro problema está resuelto. Ellos mismos nos llevarán a Trevista, sin darse cuenta. ¿Tienes hambre, niña?

—Sí, Immu. Y estoy muy cansada.

—No puedes volvernos invisibles mientras duermes, pero creo que encontraremos algún lugar adecuado para ocultarnos después de haber desayunado.

Le explicó su plan, los ojos de la princesa Anigel empezaron a brillar y abrazó a la mujer rara.

Luego Anigel asió su amuleto y las hizo desaparecer, y fueron a buscar un vagón adecuado.

Los quebrantahuesos volaron muy alto por encima de la niebla del Laberinto de Pantanos, llevando a Haramis y a Uzun en dirección a las ruinas de Noth.

Cuando los latidos del corazón de la joven se normalizaron y sus sentidos le confirmaron que aquella experiencia era real y no un sueño fantástico, Haramis reparó en su situación. Estaba indemne y la aparición de las poderosas criaturas la habían salvado de una muerte casi segura. ¿Era esto el producto de la magia de la archimaga? ¿Acaso la Dama Blanca conservaba cierto poder, aunque no suficiente como para enfrentar a Orogastus e impedir la invasión de Ruwenda?

Las enormes alas del quebrantahuesos batían con fuerza y regularmente, levantando un leve ruido de tambores cuando hendían el aire. Su lomo de blanco plumaje era tan amplio y suave como una cama rellena de plumón. Haramis se hundió tan profundamente en el hueco que *había* tras el pescuezo rayado de negro del pájaro que ni siquiera tuvo que asirse de las plumas. Cuando habían volado durante casi una hora, la cabeza con cresta del quebrantahuesos se volvió para observar su extraña carga, pero los ojos oscuros eran débiles y el pico dentado no parecía amenazante.

—Mi agradecimiento por haberme rescatado, a mí y a mi compañero —le dijo, sin saber si el pájaro la comprendía.

Tal vez hubo un minúsculo gesto de asentimiento, tal vez no. La criatura no volvió a mirarla, sino que siguió volando con regularidad. Haramis saludó con la mano a Uzun, pero no pudieron conversar, ya que los dos quebrantahuesos volaban muy separados.

Abajo, el mundo era una pálida nube y en el claro cielo azul centelleaban constelaciones familiares: la Frente Gacha, la Pava, el Árbol de Ladu, el Gran Gusano, la Corona del Norte.

La corona...

Todavía llevaba sobre el hombro, anudado, el negro manto que conservaba en sus pliegues la sangre de

su madre. Se lo quitó, lo desanudó y observó la corona estatal de la reina, con su cúspide de ámbar con trillium, hasta que el dolor borró su visión.

Al menos Voltrik no tiene esto, pensó sombríamente, *¡ni lo tendrá mientras yo viva! ¡Él mató a mis padres, pero yo todavía estoy con vida, y Ruwenda es mía!*

Se resistió a las lágrimas, temiendo que si empezaba a llorar no podría detenerse.

Yo soy ahora reina de Ruwenda, y es mi deber proteger a mi país y a mi pueblo; casarme y tener hijos que continúen mi tarea cuando yo desaparezca.

Tenía un nudo en la garganta y le resultaba difícil respirar, pero estaba decidida. Sin embargo, también tenía miedo.

Siempre supe que algún día sería reina, pero nunca esperé que fuera tan pronto y mucho menos en estas circunstancias. Espero que la Dama Blanca me ayude,.. ¡sin duda voy a necesitar ayuda de alguna parte!

¿Verdaderamente había magia en los extraños capullos fosilizados incrustados en la corona y en su amuleto, o sólo había sido buena suerte lo que había llevado a los quebrantahuesos de la archimaga a rescatarla justo a tiempo?

Experimentaré, pensé. Entonces asió el amuleto que pendía de su cuello y cerró los ojos.

— ¡Transpórtame instantáneamente a la morada de la Dama Blanca!

Pero nada ocurrió, y el quebrantahuesos siguió volando tranquilamente.

Probó con una orden más simple.

—Quiero un pastel sabroso, pues me estoy muriendo de hambre.

Tampoco ocurrió nada y su estómago se contrajo dolorosamente.

De eso servía la magia. Bien, ¿qué importaba?

Una profunda depresión la embargó. Para ella, no había reino que gobernar ni tampoco real esposo que se sentara a su lado. Haramis trató de alegrarse, de buscar las compensaciones de su situación actual. Siempre había odiado la pompa y la ceremonia de la vida de la corte, las interminables reuniones con los ministros que su padre siempre había soportado con paciencia, los aburridos banquetes y espectáculos que su madre había supervisado, siempre rodeada de sus charlatanas damas. La reina Kalanthe también había tenido una faceta más profunda, pues había escrito poesía y se había encargado de los asuntos de los ruwendianos menos afortunados, tratando de mejorar su destino sin ahogar la iniciativa que pudieran tener. Pero reinar era un trabajo que Haramis había temido. Dócilmente, lo había aceptado como su destino natural. Pero al menos sus obligaciones, ahora, se habían alterado un poco...

Se acurrucó en el mullido hueco, dejando que el viento pasara cantando sobre su cabeza, y esperó la liberación que le traería el sueño. Ató la capa que envolvía la corona a su enjoyado cinturón, para que no se perdiera. La archimaga seguramente sabría qué hacer con ella.

Y también qué hacer con la propia Haramis.

¿Quién era en realidad esa mujer? Haramis ya no dudaba de que fuera real, no una leyenda. Los fabulosos acontecimientos que habían rodeado su nacimiento también debían considerarse reales, al igual que el siniestro discurso de la archimaga. Si esta Dama Blanca se hallaba en efecto a las puertas de la muerte, ¿cómo podría entonces ayudarla y aconsejarla? ¿Y por qué había asegurado tanto tiempo atrás que «todo saldría bien»?

Estas ideas giraban vertiginosamente en su cabeza y reflexionó acerca de más de veinte maneras de salvar a Ruwenda mientras ella cabalgaba triunfante a la cabeza del pueblo, ya que la victoria había sido suya. Pero sólo eran necias fantasías. Tenía diecisiete años, era inteligente y sin duda bastante educada en los libros, pero ni mucho menos una líder militar. Si la archimaga la había elegido como un instrumento del destino sin duda debía de estar senil...

Tengo que mantenerme alerta, pensó Haramis. *¿Quién sabe qué temerarios planes me tendrá reservados esa mujer? Pero estaré atenta y tomaré mis propias decisiones. No debo someterme dócilmente a la voluntad de otros.*

Con trillium o sin trillium.

Cuando despertó, ya amanecía y los dos quebrantahuesos seguían volando. La cordillera Ohogan llenaba ahora la mitad del cielo, imponentes dientes de basalto y granito, completamente cubiertos de nieve por encima de la línea de crecimiento de los árboles. La rosada luz del sol proporcionaba a los glaciares y a los campos helados una falsa suavidad. Haramis los observó con el corazón en un puño. ¿Y si la archimaga

le decía que allí se encontraba su destino?

La niebla se abría en los pantanos, abajo, a medida que el sol cobraba intensidad y el terreno abandonaba la apariencia de jungla para convertirse en un vasto mar ondulante de altas hierbas amarillentas, diferente de cualquier otra parte del Laberinto de Pantanos que ella conocía. De vez cuando, un ocasional sector de tierra seca interrumpía la monotonía de la húmeda llanura. Esas leves elevaciones tenían árboles de madera dura, arbustos y otras formas de vegetación... y era, supuso ella, la morada secreta de los uisgu, esos diminutos parientes de los nyssomu que moraban en el extremo norte del Laberinto de Pantanos.

En las montañas, ella lo sabía, había también aborígenes llamados vispi, pero los humanos no se relacionaban con ellos. Más al este, donde la cordillera estaba atravesada por el Paso de Vispir, los hombres que cumplían la guardia aseguraban que los elusivos vispi salían en las noches de luna para danzar sobre la nieve recién caída. Y había también horrorosas historias acerca de los raros de las montañas. Los llamaban los demonios de la niebla helada y sus ojos centelleaban en el arremolinado viento helado; se decía que su mirada mataba. No obstante, nadie dudaba de que los vispi eran gente real, no sobrenatural, pues intercambiaban gemas y metales preciosos con los uisgu. Éstos finalmente lograban llegar a los mercados humanos a través de los nyssomu, y los vispi exigían a cambio determinados alimentos, animales domésticos grandes como froniales y volumniales, telas y algunos otros productos. Pero ningún humano sabía exactamente cuál era su aspecto... excepto tal vez algunos de los soldados de los desafortunados ejércitos de Labornok que se habían atrevido a cruzar el Paso de Vispir mucho tiempo atrás (si es que se podría creer en esas antiguas historias) y que perecieron a manos de estos lacayos de la guardiana Dama Blanca.

La luz del sol se reflejaba como en un espejo en los estanques y riachuelos de la Ciénaga Dorada a medida que avanzaba el día. Haramis observó ocasionalmente las estrechas corrientes de agua que, según se decía, eran las rutas de los uisgu. Después, al cabo de varias horas de seguir el curso de un río un poco más ancho, siempre hacia el norte, el terreno se encrespó y la Ciénaga Dorada terminó al pie de unas montañas verdecidas por árboles extraños, mezclados con marjales llenos de flores, típicos de las tierras altas. Los quebrantahuesos empezaron a volar en círculos mientras descendían.

Había ruinas abajo, junto al río, cubiertas de enredaderas y con árboles que crecían audazmente sobre los muros caídos y que asomaban por las cúpulas rotas. A diferencia de su hermana Kadiya, Haramis no sentía ningún deseo de explorar esos lugares. Sólo le interesaban los peculiares artefactos que contenían. Había conseguido algunos: una pequeña caja lisa que emitía una melodía etérea y diferente según la cara sobre la que se asentara, un instrumento para escribir que en apariencia nunca se quedaba sin tinta, y un extraño brazalete de un material duro y desconocido, blanco, que no era hueso ni madera ni ninguno de los minerales conocidos por los sabios de Ruwenda. Sin duda los desaparecidos habían tenido poder, pero sus secretos se habían perdido mucho tiempo atrás. Sin embargo, si la archimaga en efecto compartía esa antigua sabiduría, era posible que Haramis tuviera todavía alguna oportunidad de cumplir la profecía pronunciada en el momento de su nacimiento.

Aferró automáticamente el amuleto.

— ¡Dios y Señores del Aire, no permitáis que me engañe! —suplicó—. ¡Sobre todo, no permitáis que tenga una conducta apresurada y fracase! ¡No toleraría fracasar!

Planeaban lentamente, deslizándose hacia una estructura de piedra, pequeña y en forma de torre, casi oculta entre el verdor. Las criaturas aladas tocaron tierra con suavidad en una especie de prado natural sembrado de brillantes flores silvestres que se erguían ante un puente levadizo, ahora expedito. También había flores acuáticas de vivido color azul en el foso, y una dulce fragancia flotaba en el aire.

Haramis bajó del lomo del quebrantahuesos y le hizo una reverencia.

—Te agradezco fervientemente, amo del cielo, por habernos traído a mí y a mi buen criado hasta este seguro refugio.

Cuando volvió a levantar la cabeza, los dos quebrantahuesos ya habían emprendido el vuelo. Los dos lanzaron gritos como clarinadas antes de desaparecer al otro lado de los árboles.

Uzun estaba junto a ella. Era una imagen cómica: había perdido su birrete, tenía el largo y sedoso cabello todo alborotado por el viento, y su ornamentada chaqueta de terciopelo pardo estaba ahora manchada y arrugada. Pero lucía una sonrisa indomable.

—Aquí estamos —gorjeó—. Entremos, pues nuestra llegada ha sido anunciada por los quebrantahuesos.

Lentamente, cruzaron el prado en dirección al puente levadizo.

El edificio estaba envuelto en musgo y enredaderas y ornamentado con diminutos helechos que formaban un encaje. Cada piedra estaba suavizada por las flores que crecían entre la ruinosa argamasa. También entre los listones del puente crecían las plantas.

La princesa pisó con cuidado por temor de que la madera estuviera podrida, pero el puente parecía bastante sólido. No había criados que los recibieran, ni tampoco ningún indicio de que el edificio estuviera habitado. Pero Uzun se adelantó con resolución, y Haramis lo siguió, asombrándose ante las columnas extrañamente talladas, los grises murales y los ornados mosaicos del suelo, que apenas se veían por estar cubiertos de musgo y líquenes.

Pasaron junto a una fuente murmurante y a través de arcadas cubiertas de guías de enredaderas, hasta llegar a unos jardines enmarañados y cómodos de flores de muchos colores.

Se detuvieron finalmente ante una puerta de madera pulida y negra que no estaba cubierta de musgo, sino que tenía bisagras y cerrojos y un gran picaporte anillado que parecía de oro puro. En el centro se destacaba un adorno tallado en la misma madera, con reluciente platino incrustado, y tenía la imagen del Trillium Negro.

—Ésta es la cámara de la archimaga Binah —anunció Uzun—. Pero sólo tú puedes entrar.

Ella vaciló.

—¡Pero tú tienes que acompañarme!

—No, princesa. Yo te esperaré.

Haramis se tranquilizó.

—Muy bien —aceptó.

Obligándose a dejar de temblar, tomó el anillo de oro y tiró de él. La enorme puerta se abrió con facilidad y la joven entró.

El cuarto estaba cálido y en penumbra, y carecía de ventanas. Se veían muchos muebles: armarios, prensas y anaqueles; mesas colmadas de extraños objetos, bancos y asientos tapizados; una enorme cama con oscuros doseles. En una pared había una chimenea donde ardía el fuego, y ante él se veía una bella mesa preparada para un comensal, con vajilla de cristal y cubiertos de oro. Unos platos protegidos y humeantes dejaban escapar un aroma delicioso. Había también una jarra de vino con miel, y una bella lámpara con pantalla opalescente iluminaba la mesa. Había dos sillas talladas, una ante la comida y otra frente a ella. Ante esta última se veía, sobre la mesa, un pequeño cofre de platino, muy maltrecho y deslucido debido al largo uso.

—Bienvenida, hija mía —dijo una voz suave pero resonante—. Te esperaba.

Haramis se sobresaltó y miró a su alrededor. Distinguió una pálida forma que se movía en la enorme cama.

—¿Señora? —dijo, haciendo una reverencia de manera casi automática.

—Ven, ayúdame para que pueda sentarme contigo mientras comes.

—¿Tú eres la archimaga Binah? —preguntó Haramis, maravillada.

—Lo soy. No tengas miedo. Soy la que asistió a tu nacimiento y la que te ha convocado aquí. Hace mucho que espero tu llegada y la de tus hermanas, y agradezco que hayas podido arribar sana y salva.

Haramis se quedó inmóvil como una roca.

—Kadiya y Anigel... ¿están con vida?

—Lo están. No te preocupes por ellas ahora, pues ellas deben seguir sus propios caminos, y tú el tuyo. Ven. Ayúdame a levantarme.

Haramis no podía moverse. La había embargado un gran temor. Ahora sabía que, le gustara o no, iba a embarcarse en una terrible aventura.

En la cama yacía una mujer con una hermosa y larga cabellera blanca, que se incorporó lentamente y dirigió a la muchacha un gesto para indicarle que se acercara. Tenía el rostro terso y sin arrugas, y sólo sus ojos, con oscuras ojeras y tan hundidos en el cráneo que resultaba imposible adivinar su color, delataban su edad. Su mirada atrapó a Haramis y la atrajo con irresistible poder. La joven dejó en el suelo la corona envuelta en el manto y, aterrada, se dirigió hacia la cama. Pero al hacerlo experimentó una súbita liberación y ya no sintió pánico; le pareció que la persona allí sentada era tan sólo una pobre anciana enferma que necesitaba sus atenciones.

Haramis ayudó a la archimaga a ponerse una larga bata blanca cuyos pliegues azulados centelleaban, y calzó pantuflas de piel en sus pies largos y delgados.

Cuando la mujer se levantó, Haramis advirtió que era muy alta. Su figura no era encorvada, sino erguida y flexible, y se desplazó lentamente hasta la mesa que se hallaba ante el fuego, donde se sentó.

—Por favor, siéntate tú también, hija mía, y come. Debes de estar hambrienta después de tu odisea en

la Ciudadela y tu viaje hasta aquí.

—Mi compañero, el músico Uzun... —empezó a decir Haramis.

—Mi propio mayordomo, Damatole, lo está atendiendo, y no carecerá de comida, bebida ni descanso.

—Te lo agradezco —dijo Haramis—, pues le debo la vida y no permitiría que su devoción por mí le causara sufrimientos.

Después se dedicó a la comida con el feroz apetito de los jóvenes y sanos, pues no había tomado alimento desde la mañana anterior. Había un ave asada, una sopa cremosa con especias, un plato de tubérculos de dorun asados con dorado queso de algas, una ensalada de berro y una tarta rellena con una fruta redonda que no conocía y grata a su paladar después de la copiosa comida. Haramis lo devoró todo hasta la última migaja.

Después suspiró y se reclinó en la silla, sorbiendo el exquisito vino. La archimaga se rió, al igual que Haramis.

—Ni siquiera se me ocurrió lavarme las manos antes de comer —comentó la joven—. He engullido tu deliciosa comida como si fuera una sirvienta maleducada. Te pido perdón por mis malos modales, señora Binah. Para compensarlo, limpiaría la mesa y lavaría los platos, pero confieso no saber cómo manejar esa cuestión.

—Afortunadamente aquí, en Noth —dijo la Archimaga—, no hace falta preocuparse por esas trivialidades.

Hizo un gesto y la mesa quedó libre de todo salvo la jarra de vino, la copa de Haramis y el misterioso cofrecito de platino.

—Así que de verdad eres una hechicera —murmuró la muchacha.

—Estos trucos no requieren gran habilidad —admitió Binah—. Son los encantamientos mayores los que exceden ahora mis debilitados poderes.

—Como tus quebrantahuesos me trajeron hasta aquí, supongo que sabes lo que ha ocurrido.

—Los grandes voladores no son míos —la corrigió la hechicera—. Son criaturas libres, dueñas de sí mismas. Es cierto que les pedí que te trajeran, pues pueden elegir obedecer a algunos amigos. En cuanto a tu pregunta... sí, sé lo ocurrido. Lo he visto todo, y he llorado por mi impotencia.

Haramis se mantuvo inexpresiva.

—Entonces, *¿tu* dominio de la magia es insuficiente para liberar a Ruwenda de Voltrik y de su hechicero Orogastus?

—En efecto. Te advierto que no debes subestimar a Orogastus, hija mía. No es un farsante cualquiera como los magos que conoces. Es un hombre profundamente dotado que no sólo gobierna las tormentas, sino que tiene además la clave de muchos otros hechizos terribles. Busca el poder por doquier y lo usa a su antojo para sus propios propósitos. Ahora me supera en todos los poderes salvo en el de la vista a distancia, pues para eso necesita el espejo de hielo que tiene oculto en las profundidades de su madriguera, en las montañas.

—Entonces, ¿no puedes ayudarme a derrotar a los enemigos de Ruwenda?

—No he dicho eso. Pero la recuperación de Ruwenda es una tarea triple que requiere la cooperación de los Tres Pétalos del Trillium...

—¿Te refieres a mis hermanas? —preguntó Haramis con voz horrorizada e incrédula—. No creo que podamos esperar de ellas gran ayuda. ¡Tuve que impedir que Kadiya atacara con su cuchillo a los asesinos de nuestra madre! Y Anigel no ha hecho más que acurrucarse a sollozar en los rincones.

—No obstante, mi Vista asegura que las tres debéis cumplir vuestros deberes previstos, aprendiendo a dominar en primer lugar al propio yo, antes de que Ruwenda consiga librarse del yugo labornokiano. Si una de vosotras fracasa, fracasaréis las tres.

—¡Pero eso no es justo! —protestó Haramis.

—No —respondió con suavidad la archimaga—. Pero así están las cosas.

Descorazonada, Haramis asió su amuleto de trillium.

—Había creído que estos amuletos que nos diste eran mágicos. Pero cuando intenté probar con éste, falló.

—Sólo puede ayudarte en momentos de peligro mortal, y sus poderes son limitados.

—Eso descubrí —asintió Haramis, exhalando su suspiro—. Bien, mi primer ruego obtuvo respuesta, y el segundo y el tercero no eran tan urgentes como entonces creí. Este amuleto, ¿desempeñará alguna función en las tareas que me asignarás?

—Lo ignoro. Debes descubrir sus secretos, tanto como averiguar las incógnitas de tu interior y las debilidades y los defectos que podrían llegar a desviarte de tu destino. Pero sí sé que cuando hayas acabado tu trabajo preliminar recibirás una señal. Un nuevo talismán, el Círculo Tríalado, llegará a tus manos. Entonces sabrás que la lucha final por Ruwenda y por tu propia alma se aproxima.

—¿Y mis hermanas?

—Ellas tendrán sus propias tareas. Si tienen éxito, conseguirán sus propios talismanes. Entonces los Tres Pétalos del Trillium se reunirán, y de ello provendrá la solución, la recuperación del perdido equilibrio del mundo.

Haramis se desmoronó aún más en su asiento.

—Mi tarea —suspiró—. ¿Debo emprenderla de inmediato? Estoy muy cansada. No quisiera ser irrespetuosa, pero lo que dices resulta difícil de creer. Ni siquiera creía en tu existencia...

—Lo que creas, incluso en este momento, carece de importancia, pues estás exhausta de preocupación y de miedo. Debes orar pidiendo fuerza, valor y por encima de todo debes aprender a confiar en ti misma y en el Poder Triúnico que nos ama y nos guía a todos.

Haramis soltó una irónica carcajada.

—En realidad necesitaría una ayuda más concreta.

—Los aborígenes te ayudarán en tu búsqueda en la medida de lo posible. Los pueblos de la ciénaga, del bosque y de las montañas reverencian al Trillium Negro, al igual que los habitantes humanos de Ruwenda.

—¿Debo llevar conmigo a Uzun? Es anciano...

—Él te acompañará parte del camino durante el largo viaje que ahora debes emprender. Su destino es ayudarte a cumplir el tuyo. Sin embargo, deberás enfrentar sola las mayores pruebas.

Haramis se enfrascó en sus pensamientos mientras contemplaba las llamas que ardían bajas en la chimenea y acariciaba su amuleto.

—¿Puedes decirme cuál es la naturaleza de este viaje destinado a perfeccionar mi alma? —preguntó.

—No. Pero tú lo sabrás.

—¿Puedes hacer *algo* para ayudarme, aparte de darme esta cena, tus consejos y tus buenos deseos? —exclamó la joven.

—Algo puedo hacer.

La archimaga abrió el cofrecito de platino y buscó en su interior con ambas manos. Se levantó y, de alguna manera milagrosa, extrajo una gran planta verde, de tamaño mucho mayor que el cofrecito, y que en circunstancias normales no hubiera podido caber allí. Era un trillium casi tan alto como la misma Haramis, con la raíz al des-

cubierto, y con brillantes hojas, vainas y una minada de capullos negros como la noche, tan grandes como una mano extendida. La archimaga colocó la planta sobre la mesa.

Haramis exclamó maravillada:

— ¡Qué belleza! ¡Y está viva, no es un fósil diminuto encerrado en ámbar!

—Es la última planta de Trillium Negro viva de todo el mundo conocido.

— ¡Y con ella conquistaremos al rey Voltrik y a Orogastus! ¡Sé que es así, Binah! ¡Lo sé!

Haramis se incorporó de un salto, desaparecida ya su fatiga, absorbiendo el espectáculo de la planta maravillosa cuyas flores eran del color de sus cabellos.

La hechicera extendió la mano y tomó algo que estaba debajo de una de las grandes hojas. Luego lo depositó en la palma de la mano de Haramis y cerró los dedos de la joven. Después alzó la planta, de alguna manera logró introducirla dentro del pequeño cofre de platino, y cerró la tapa.

Haramis parpadeó como si se hubiera apagado ante ella una luz brillante, extinguida como la seguridad que por un momento había sentido.

—Pero... ¿esto es todo?

La archimaga la tomó del brazo y la condujo hasta la puerta.

—Lo que te he dado te indicará el camino. Yo conservaré aquí la corona de Ruwenda y la custodiaré para ti. Ningún enemigo la tocará jamás. Sólo debes recordar que Orogastus, y no el rey Voltrik, es tu verdadero enemigo. Pero él vive según las leyes de la magia, que afirman que para cada fuerza hay una debilidad o vulnerabilidad correspondiente. Si consigues descubrir su debilidad y vencer la tuya, triunfarás.

No puedo decirte nada más. Ahora debes marcharte. Cuando hayas logrado tu meta y tengas el Círculo Trialado, vuelve a mí.

—Pero... ¿qué es el Círculo Trialado? —preguntó Haramis con ansiedad.

—Lo sabrás cuando lo encuentres —le aseguró Binah—. Buena suerte.

De pronto Haramis se encontró de nuevo en el prado sembrado de flores, ante la musgosa torre, y Uzun estaba a su lado, vestido con ropas limpias. Ella se miró y vio que su vestido y su manto sucios y desgarrados habían desaparecido, y que ahora llevaba puesto un traje blanco de lana orlado con piel de fedek albino, y sobre él destacaba el amuleto pendiente de su cadena, y estaba cubierta con un manto orlado de piel y fuertes botas de cuero blanco. En el suelo había dos bolsas y dos fuertes cayados con punta metálica.

—Estoy listo, princesa —anunció Uzun. Le sonrió y sus redondeadas mejillas se veían tan rosadas como camenoros maduros—. La Dama Blanca me dio incluso una nueva flauta, de modo que puedo alegrar nuestro camino con un poco de música.

—Pero ¿en qué dirección iremos?

Haramis cerró los puños, indignada. Entonces recordó que la archimaga le había puesto algo en la mano. Abrió los dedos y vio que en su palma había una vaina de Trillium Negro, seca y brillante. Sin pensar, la abrió. En el interior había varias filas de semillas aladas. Una vez más sin pensarlo, extrajo una semilla y la lanzó al aire. Para su sorpresa, la semilla, en vez de volar con el viento, flotó hacia el norte, en dirección a las montañas.

El camino parecía una ciénaga de altura, sin senderos. Pero entonces Haramis escudriñó con mayor atención, siguiendo la semilla flotante, y distinguió un desdibujado sendero, que podría haber sido trazado por un animal pequeño que se desplazara entre los arbustos y las hierbas altas.

—Muy bien —resolvió la joven—. Supongo que es una guía suficientemente buena. ¿Partimos?

Con los ojos fijos en la diminuta mota blanca que flotaba, levantó la bolsa, tomó el cayado y abrió la marcha hacia la ciénaga, con Uzun pisándole los talones.

Era media tarde cuando el vigía de la balsa guía exclamó:

— ¡Allí está Trevista!

Pellan, el guía comercial, que era el piloto responsable de la improvisada flotilla labornokiana, se llevó un pequeño cuerno dorado a los labios y sopló una llamada de tres notas. De inmediato, los remeros de las catorce balsas alzaron los remos y los tripulantes situados a proa y popa de cada embarcación echaron anclas en el agua turbia. Pellan hizo sonar una llamada más compleja y dio la orden de que los agotados barqueros descansaran.

Un aullido de furia se elevó de la cubierta, y una voz grave bramó el nombre de Pellan, adornado de coloridas obscenidades. A pesar de que el viaje río arriba desde la Ciudadela se había realizado en un tiempo récord, el general Hamil había descubierto alguna otra cosa para quejarse.

Suspirando, el piloto se abrió paso desde el timón a través de la cubierta posterior. A diferencia de las otras balsas, ésta no llevaba vagones de aprovisionamiento ni animales de carga. Pero sí cargaban los corceles de los caballeros y de la alta nobleza (sólo Dios sabía qué uso esperaban darles los conquistadores en los pantanos que circundaban Trevista), junto con sus monturas y alimenros, bolsas de cuero repletas de armas y armaduras, y un grupo de veinte o treinta lacayos, soldados y criados sin fin que andaban por allí apostando, holgazaneando o intercambiando groseras bromas con los remeros.

Pellan se detuvo a mitad de la cubierta, en la cabina que albergaba la cocina y su propio pequeño camarote, utilizado ahora por el hechicero Orogastus y sus dos malévolos ayudantes, para ordenar a los cocineros que sirvieran una buena ración de vino a los agotados remeros y una copa a los plebeyos labornokianos, para evitar las protestas.

Después pasó junto a un grupo de sargentos, que se quejaron porque al detener la flotilla los había privado de la brisa fresca, y llegó por fin a la cubierta de proa. Allí se había levantado una tienda para proteger a los pasajeros privilegiados, que incluían al príncipe Antar y a sus caballeros, al general Hamil y a un puñado de oficiales de rango que habían llevado para la expedición de reconocimiento, junto con el maestro mercader Edzar, recientemente nombrado portavoz oficial para entablar diálogo con los aborígenes de Trevista en nombre de las fuerzas de ocupación de Labornok.

Casi todos los caballeros más jóvenes estaban en cubierta, oteando a lo lejos en un vano intento de echar un vistazo a la fabulosa ciudad de los raros. Sin sus pomposas armaduras esmaltadas, eran un grupo rústico y de aspecto descuidado, vestido con ajadas y sudorosas chaquetas y pantalones. Los nobles y los oficiales superiores estaban ataviados de manera similar, con ropas muy sencillas, y sólo se distinguían de los

caballeros por estar un poco más limpios. El robusto maestro mercader, por otra parte, llevaba ropas tan elaboradas como un cortesano que asistiera a una audiencia real, ya que lucía un manto verde bordado en oro encima de una túnica leve de color anaranjado cadmio. Su atavío estaba coronado por un extraordinario sombrero de ala ancha tejido con una fibra verde y suave, decorado con una cinta de flores vivas.

— ¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó ásperamente a Pellan el general Hamil—. ¡Si lo que se ve allá es Trevista, mueve tu perezoso trasero y avanza! Te dijimos que queríamos llegar allí tan rápido como fuera posible.

La flotilla se había detenido en el centro del Bajo Murar, que en ese punto era tan ancho que las orillas de la Ciénaga Negra estaban a casi una legua de distancia a ambos lados. Pellan concedió un saludo negligente al furioso oficial.

—Debemos respetar el protocolo de los maestros mercaderes, mi general, y esperar que nuestra escolta nyssomu nos conduzca a Trevista.

— ¿Mercaderes? —aulló el comandante en jefe de Labornok—. ¡No somos una banda de mercachifles, somos conquistadores; no respetamos ningún protocolo que no sea el nuestro! ¡Leva anclas, tarado, y muévete!

—Señor, eso sería extremadamente imprudente. No me responsabilizo de lo que pueda ocurrir.

El ruwendiano renegado tenía el rostro tan rudo y bronceado como las viejas prendas de cuero que lucía. Tenía el mentón sembrado de vello blanco como resultado de los tres días de viaje río arriba, durante los que no se había afeitado, y su expresión resultaba casi insolente.

—Estos raros salvajes son un pueblo susceptible. No hay manera de saber qué podrían hacer si entráramos a Trevista por nuestra cuenta...

— ¡Ruwenda es nuestra y haremos lo que se nos antoje! —rugió Hamil, desenvainando la espada—. ¡Ahora muévete, o te ventilaré las visceras!

Pellan, sin alterarse por la amenaza, se dirigió hacia el maestro mercader de Labornok, quien había estado relatando al general y sus compinches algunas historias acerca de las fabulosas ciudades ocultas de los desaparecidos.

—Díselo tú, maestro Edzar. Al parecer, no comprende la situación...

La voz del guía se convirtió en un gemido cuando Hamil le aferró un mechón del pelo y alzó su espada.

— ¡General! ¡No lo haga, es una orden!

El príncipe Antar, que se había mostrado melancólico durante todo el viaje, y había permanecido sentado en soledad en la proa, se abrió pasó entre los caballeros, que aguardaban esperanzados un poco de sangre, y se enfrentó con el robusto militar. De mala gana, Hamil soltó al piloto. Pellan se escabulló fuera de su alcance y el maestro mercader se adelantó para saludar al príncipe con una reverencia.

—Permíteme una explicación, noble señor. Te aseguro que nuestro nuevo aliado Pellan ha puesto su corazón del lado de Labornok.

—Mejor que así sea —masculló Hamil—, de lo contrario se encontrará en el fondo del Mutar mientras los gusanos de la ciénaga le mastican sus joyas de familia.

La mayoría de los caballeros soltó la carcajada, pero el príncipe dijo:

—Habla, maestro Edzar.

—Allá está Trevista. —El maestro Edzar señaló una masa de cerros bajos, distantes burbujas verdes con sombras de color púrpura que centelleaban en medio de la bruma del calor y que colmaban el canal principal del Mutar de una orilla a otra—. Está sobre aquel grupo de islas, en la confluencia del Vispar y el Alto Mutar. Pero no es la clase de ciudad que los de Labornok conocen, ni siquiera los ruwendianos, y la llamada Feria de Trevista no siempre se celebra en el mismo sitio. Más bien se desplaza por Trevista al antojo de los nyssomu locales, de modo que ni siquiera guías comerciales tan buenos como nuestro amigo Pellan pueden estar seguros de dónde se encontrará cada día.

Osorkon, el gargantuesco delegado de Hamil, soltó una carcajada despectiva.

—Una ciudad situada en una isla... ¡y me dicen que no es posible encontrar un miserable mercado raro, aunque brinque como un pescado saltarín en el barro caliente!

—Trevista no está situada en una isla, lord Osorkon —rebatió Edzar, y su mano barrió el horizonte—, sino en todas ellas.

El grupo soltó una exclamación de asombro.

—Es, o era, la mayor gloria arquitectónica de los desaparecidos. Comparada con ella, la inmensidad de la Ciudadela de Ruwenda no es más que una grosera fortaleza, un refugio destinado a proteger a la antigua taza del desastre que en última instancia la diezmó. Cada una de esas centenas de islas está colmada de ruinas, y entre ellas se extiende un intrincado laberinto de canales con muros profundamente hundidos en el lecho del río. Hay diques, puentes enormes, muelles en ruinas; todo tipo de estructuras ribereñas, por no mencionar los ruinosos edificios públicos, las gloriosas viviendas en decadencia y las grandes plazas y arcadas ahogadas por la densa vegetación selvática en lugares donde los nyssomu nos vedan la entrada.

—¿Qué parte de la ciudad habitan los aborígenes? —preguntó el príncipe.

—Nadie lo sabe, gran señor. Los salvajes nyssomu desdeñan el contacto social con la humanidad. Nosotros, los comerciantes, somos conducidos hasta el lugar donde se realiza la feria, y allí los raros llevan los productos que a su entender pueden interesarnos. —Eludiendo la mirada de Hamil, agregó—: Si esta flotilla entrara a Trevista sin autorización —y advertirán que no he dicho «sin anunciarse», porque ellos siempre saben cuándo hemos llegado—, sin autorización, pues, lo más probable es que ni un solo nyssomu se dignara a dejarse ver. Encontraríamos todo el lugar desierto. En cuanto a invadir Trevista con el propósito de conquistarla, la empresa sería inútil. El valor de esa enorme cantidad de ruinas estriba solamente en los productos de intercambio que pueden albergar, y para conseguirlos debemos cultivar la buena voluntad de los raros.

—Bien dicho, maestro Edzar —asintió el príncipe, dirigiendo al general una mirada significativa—. Y si ganamos su confianza, asegurándoles que el comercio continuará tal como hasta ahora mientras Labornok domine a Ruwenda, ¿crees que cooperarán?

—Es posible, gran señor.

— ¡Sin duda vamos a establecer una guarnición en Trevista! —declaró Hamil—. Ésa fue la orden del rey Voltrik. ¡Y si esos trotadores de las ciénagas saben lo que les conviene, será mejor que no nos traicionen ayudando a las princesas fugitivas!

—No cabe duda —dijo el príncipe con suavidad— de que la lealtad que sienten los nyssomu hacia las princesas es mucho más fuerte que la que nosotros podemos despertar en ellos. Tendremos que localizar a las muchachas con astucia y no por medio de una demostración de fuerza.

Su mirada recorrió a los caballeros allí reunidos, para detenerse finalmente sobre el rostro del general Hamil.

—¿Está claro? —preguntó.

—Perfectamente... —gruñó Hamil, añadiendo un tardío— príncipe.

Los caballeros volvieron corriendo a la barandilla para contemplar la pequeña y extraña embarcación que se acercaba. No estaba impulsada por remos ni velas, y sin embargo se aproximaba a las balsas a alta velocidad, dejando en el agua turbia una estela en forma de V. Parecía albergar a un único ocupante, y estaba generosamente decorada con flores de proa a popa.

—¿Qué demonios la hace avanzar? —preguntó el asombrado sir Owanon.

Pellan, fuera del alcance del general Hamil y con su dignidad nuevamente recobrada, replicó:

—Está tirada por un par de rimoriks, criaturas acuáticas parecidas a grandes pelriks. Por desgracia, esas bestias se resisten a ser domesticadas por los humanos. Incluso entre los nyssomu hay pocos que tengan el talento necesario para conducirlos, pues deben aprender a hacerlo de sus poco sociables primos, los uisgu. Los miembros de esta última tribu acuden con regularidad a Trevista, trayendo productos de intercambio desde el extremo norte del pantano.

El príncipe tomó del hombro a Edzar y lo apartó de los demás para conducirlo hasta la cabina que estaba en el centro de la cubierta.

—Explícame a qué aludiste al decir que nuestra flotilla no había llegado sin anunciarse. ¿Significa que los raros de Trevista han podido vigilar nuestra travesía, a pesar de la rapidez con que viajamos río arriba?

El maestro comerciante se encogió de hombros.

—Gran señor, se hablan entre sí a distancia, usando el habla sin palabras, al igual que lord Orogastus habla con sus Voces.

La puerta de la cabina de Pellan se abrió tan repentinamente que tanto el príncipe como el maestro se sobresaltaron. El alto hechicero en persona, vestido de blanco y negro, apareció en el dintel, encapuchado, de modo que la parte superior de su rostro quedaba en sombras. Junto a él se encontraban otras dos figuras encapuchadas, sus acólitos, conocidos como Voces, uno robusto, vestido de rojo y otro muy alto vestido de azul.

—Es verdad —entonó Orogastus—. Los no-humanos emplean una forma burda de telepatía, y a veces incluso son capaces de percibir acontecimientos a distancia por medio de la Vista, aunque el dominio que poseen de ambos poderes es muy inferior al mío.

El príncipe ordenó al maestro mercader que se retirara, y cuando el hombre se marchó, el joven se dirigió con frialdad a Orogastus.

—Gran ministro, nunca me habías hablado de esto antes.

—No era necesario. Era un asunto que carecía de importancia para el resultado de la invasión, y nunca pretendimos declarar la guerra contra los aborígenes. Todo lo contrario, daremos un buen uso a esas criaturas.

—Entonces, ¿pretendes aliarte con estos pequeños raros, así como lo hicimos con los skritek? Mi real padre me dio a entender algo semejante durante la marcha hacia la Ciudadela.

Antar habló con voz tensa, que combinaba la deferencia y el resentimiento. Aunque tenía veintiséis años, ni el rey ni su misterioso gran ministro de Estado habían considerado conveniente confiarle ninguno de sus planes a largo plazo.

—Cuando llegue el momento, estableceremos una alianza política con algunas de las tribus. —Orogastus hizo un gesto despectivo—. Sin embargo, eso no ocurrirá en el caso de estos miserables nyssomu. Sólo pueden resultarnos útiles por las hierbas, especias y otros productos de las ciénagas que venden. Hace mucho ya que han agotado todos los antiguos artefactos más interesantes de Trevista y de las ciudades abandonadas más próximas, y debido a sus estrechas relaciones con los derrotados ruwendianos no creo que se esfuercen en proporcionarnos nuevos artefactos. No obstante, de alguna manera pretendo tener raros leales a nosotros que se dediquen a explorar las partes más remotas del Laberinto de Pantanos, donde sé que hay algunas máquinas mágicas extraordinarias de los desaparecidos, todavía ocultas. Estas máquinas, adecuadamente utilizadas, darán a Labornok no sólo el poder de extender su dominio a toda la Península, sino también a todo el mundo conocido.

El príncipe sintió que se le encogía el corazón. ¡Por eso el rey Voltrik había nombrado gran ministro a este advenedizo, en contra de la opinión de sus consejeros más conservadores! ¿Estaría especulando el hechicero con la credulidad de Voltrik, o tal vez su plan tenía fundamentos verdaderos?

El rostro de Antar mostró una expresión de tolerante escepticismo.

—¿Eso crees? ¿Que Labornok llegará a dominar el mundo? ¡No me extraña que hayas estado tan decidido a que declaráramos la guerra contra Ruwenda! Pero también todo esto es nuevo para mí. ¿De qué naturaleza son las portentosas máquinas que buscas, y cómo tienes conocimiento de ellas?

—Lo discutiremos en otra oportunidad, príncipe. El bote de Trevista está a punto de llegar y tu pregunta involucra asuntos de alta política real, que el rey mismo debe enunciar.

El esbirro vestido de rojo dijo algo en un susurro sibilante, desde atrás del hechicero, y Orogastus asintió.

—La Voz Roja me recuerda que debo informarte de que el estado de tu real padre ha empeorado. Mi Voz Verde, que lo asiste, nos dio la noticia hace un rato. El rey Voltrik padece fiebre, y su mano herida ha sido afectada por humores perniciosos. He ordenado a mi Voz Verde que le administre el remedio más potente de que dispone, la Pastilla Dorada. Eso debería aliviar al rey en un plazo de dos o tres días.

El príncipe frunció el ceño.

—¿Por qué no se le administró antes esa píldora milagrosa?

—Es una medicación de los desaparecidos, príncipe, muy escasa y que sólo sirve para el tratamiento de enfermedades que pongan en peligro la vida. Yo esperaba que la herida del rey Voltrik respondiera al tratamiento más común del médico real. Como no ha ocurrido así, debo indicar la terapia más drástica que implica la administración de la Pastilla Dorada.

— ¿Y eso lo curará con seguridad?

El hechicero vaciló.

—Por lo que yo sé, nunca ha fallado. Pero sólo me he atrevido a usarla cinco veces antes... tres veces para mí mismo, una vez para la Voz Azul y una vez para la difunta princesa Shonda, la segunda esposa de tu padre, cuando se infectó una herida que una espina le había causado en el pie. Por desgracia, la herida de tu real padre es de un tipo peculiarmente peligroso. Por eso me comunico a distancia con mi acólito que lo atiende, a intervalos frecuentes, y también vigilo al rey por medio de la Vista.

El rostro del príncipe Antar se había ensombrecido y el joven estaba ensimismado.

—Recordaré a mi real padre en mis oraciones. También tú deberías encomendar fervientemente la vida de

nuestro rey a los exóticos dioses que veneras, hechicero. Si Voltrik muriera, el pesar de Labornok sería profundo. Quién sabe qué valerosos planes se arruinarían...

Antar se volvió bruscamente y se marchó.

—Este será menos dócil que su padre, amo todopoderoso —susurró la Voz Roja.

La descarnada Voz Azul, que se hallaba próxima al hombro derecho del hechicero, murmuró:

—Será un placer ocuparnos de su sumisión...

—No —decidió Orogastus con firmeza—. Todavía no. Pero tu celo me complace. Cuando llegue el momento, se te asignará la tarea de modificar la actitud del príncipe, y serás generosamente recompensado si tus esfuerzos tienen éxito.

El esquife nyssomu, cubierto de flores, navegando a una velocidad más lenta, condujo a la flotilla hasta la isla más exterior de Trevista, que era sin duda el lugar de destino elegido. Lord Orsorkon sostenía ahora en alto el estandarte rojo sangre de Labornok, en la proa de la primera embarcación, y los caballeros y las tropas a bordo de las otras trece embarcaciones que transportaban las provisiones se habían ataviado con sus armaduras y capas para ofrecer un aspecto imponente cuando entraran a la ciudad.

—Es una lástima que esta vez no lleguemos a las islas interiores —comentó alegremente el maestro mercader Edzar—. Hay allí algunos puentes espectaculares y las nobles ruinas de un observatorio astronómico, donde se conservan algunos pedestales muy curiosos como resto de unos equipos bastante misteriosos. Sin embargo, creo que esta isla os resultará interesante, y, después de todo, disfrutar del paisaje no es lo más importante, sino el encuentro inicial con la discernidora Frolotu y sus asesores.

— ¿La discernidora es la gobernante de Trevista de la que hablabas antes? —inquinó el príncipe Antar.

También él y los hombres de su escolta habían vestido sus armaduras, y Antar lucía una corona pequeña sobre su yelmo alado azul.

—La discernidora no gobierna, príncipe, sino que simplemente habla en nombre de su pueblo y actúa como enlace entre los maestros comerciantes y los nyssomus. Pero es lo más parecido a una autoridad central que tiene la ciudad, y resulta casi imposible engañarla. Se dice que puede leer los pensamientos.

— ¿Y es cierto? —preguntó Orogastus, adelantándose con sus dos ayudantes para unirse al resto en la cubierta de p*

El maestro carraspeó nerviosamente para aclararse la voz.

—No lo sé con certeza, señor. Por mi experiencia, la mujer ha demostrado tener un pavoroso discernimiento con respecto a la *disposición* de los demás, no sé si me comprendes.

—Quieres decir —lo interrumpió Antar, adelantándose al hechicero—, que la discernidora distingue a los mentirosos y a los que le dicen la verdad.

—Casi con certeza. Y bueno, esto dificultará nuestras negociaciones. Sobre todo en lo concerniente a la búsqueda de las princesas. Habrá que andar con mucho tacto.

— ¡Al demonio tu tacto! —estalló el general Hamil—. Si los raros se niegan a ayudarnos en la búsqueda, tomaremos rehenes y los obligaremos a hacerlo. ¡Tal vez a la misma discernidora le agrade probar la famosa hospitalidad de lord Osorkon!

El ayudante de Hamil, una vez más ataviado con su espantosa armadura esmaltada de negro, soltó una carcajada sardónica.

—Será un placer.

Edzar se encogió de hombros.

—Si tomáis prisionera a la discernidora Frolotu, los nyssomu se limitarán a nombrar a otra. Y es muy probable que toda la tribu se esfume como la bruma al mediodía, y que nuestro intercambio comercial con ellos se termine. Como he tratado de explicaros, mi general, nuestras opciones para tratar con estas criaturas son limitadas.

Hamil se dirigió al hechicero.

— ¡Entonces debes utilizar tu magia para obligarles!

—Ya veremos —replicó Orogastus con tranquilidad.

—Como estoy al mando de esta expedición —adujo el príncipe Antar—, será mejor que comprendas que yo seré quien negociará con esta discernidora. La invasión de Ruwenda se emprendió por un motivo concreto: dar más vida a nuestro decaído comercio y asegurar un suministro constante de productos de primera necesidad como minerales y maderas. Hablo en nombre de mi real padre cuando digo que

nada debe poner en peligro este comercio. Ni la codicia del gran ministro de Estado, que ansia poseer antiguos artefactos, ni sobre todo la obstinada persecución emprendida por nuestro general para atrapar a las tres desafortunadas muchachas. ¡Y me obedeceréis!

—Desde luego, mi príncipe —accedió Orogastus, sonriendo.

La mirada de Hamil fue desde Antar, cuya escuadra de veinte caballeros armados se había desplazado hasta colocarse detrás del joven, hasta el hechicero asistido por sus enigmáticas Voces.

—Soy un soldado que cumple las órdenes de su rey —dijo finalmente el hechicero—, y es cierto que él mismo, mi príncipe, te ha puesto al mando de esta expedición. Por lo tanto, haré lo que ordenes... a menos que el mismo rey Voltrik decrete lo contrario.

—Eso bastará —suspiró Antar.

Se calmó visiblemente, al igual que todos sus caballeros, y luego todos volvieron apresuradamente hasta la barandilla para no perderse la primera visión cercana de Trevista.

El esquife, con su único piloto, había conducido la procesión de balsas por un canal que sólo parecía un claro en medio de la densa jungla. Árboles gigantescos de una especie desconocida, con troncos subsidiarios como pilares flotantes, se elevaban a varios cientos de anas de altura. Formaban un techo esmeralda por encima de las enmarañadas malezas que parecían más impenetrables que en cualquier otra parte de los pantanos que los invasores hubieran hollado antes. Al borde del canal había masas de extrañas plantas con abigarradas hojas verdes y rojas del tamaño de puertas, y con las nervaduras colmadas de espinas doradas. Enredaderas gruesas como cables, que ostentaban ramilletes de flores púrpuras, blancas y rosadas, colgaban de los árboles y se arrastraban lánguidamente sobre las oscuras aguas. El aire quieto estaba colmado de intensas fragancias, mezcladas con el olor menos agradable de la putrefacción. Pájaros, insectos y otras criaturas de la jungla rompieron en cacofónicos gritos en cuanto las balsas entraron al canal, y el estrépito duró hasta que el aborigen del esquife se incorporó y lanzó un grito estridente, parecido a un gorjeo.

De pronto reinó el silencio, sólo quebrado por el lento goteo de los remos. Sin palabras, el maestro Edzar señaló hacia delante cuando la flotilla dobló un recodo.

Al principio los hombres de Labornok no lograron distinguir nada salvo una interrumpida extensión verde. Pero luego, cuando sus ojos se habituaron, advirtieron a ambos lados unas formas monumentales que se erguían semiocultas por la rampante vegetación. Eran viviendas —más bien palacios— que en comparación hacían que las mansiones de Derorguila parecieran cabañas campesinas. Se alzaban una junta a otra siguiendo la ribera, espléndidas incluso en su abandono, y sus cimientos formaban un canal de cincuenta anas de ancho. Los soldados y los caballeros soltaron exclamaciones y chillidos como niños excitados a medida que pasaban una maravilla tras otra.

Por todas partes se veían ejemplos de magníficas tallas de piedra. Muchos de esos antiguos edificios estaban ornamentados con fachadas de mosaicos de tan brillante colorido como los de las abigarradas flores tropicales. Algunos tenían jardines en relieve. Otros mostraban todavía los rostros de pórticos exquisitamente diseñados, o de galerías abiertas con pilastras parcialmente derruidas, o ruinosas explanadas protegidas por balaustradas talladas. El verdor ocultaba parcialmente los restos de misteriosas estatuas y enormes urnas rotas. Los árboles y las matas habían ocupado las multicolores extensiones empedradas que en el pasado fueron plazas abiertas. Pero nadie se atrevería a decir que la jungla había ahogado Trevista: la antigua metrópoli todavía irradiaba un aura de poder y de sofisticada belleza que el paso del tiempo no había logrado atenuar.

El esquife guía condujo las balsas hacia un canal lateral, y casi de inmediato la vegetación que adornaba las ruinas empezó a cambiar de carácter. Prácticamente todas las estructuras edilicias seguían cubiertas de plantas, pero se habían limpiado algunas de las calles y callejas que las separaban. La flotilla se aproximó a una plaza pública en cuyo centro se asentaba una fuente en funcionamiento. Esta plaza se encontraba sobre la ribera derecha. Un gran tramo de escalera, flanqueado por pilares con fanales, bajaba de la plaza hasta la orilla del agua. En lo alto de la escalera esperaba un denso grupo de unas dos docenas de nyssomu. No había más nativos a la vista.

—Pero, ¿dónde está la feria? —preguntó el general Hamil—. ¡Por las Sagradas Visceras de Zoto, los raros se han ocultado después de todo!

El maestro mercader hizo un gesto de disgusto y siseó:

—En voz baja, por favor, general. La discernidora Frolotu y su delegación tribal podrían ofenderse.

— ¡Espíales, hechicero! —insistió Hamil—. ¿Están emboscados esos amantes del lodo, de piel resbaladiza?

— ¡Cállate, estúpido! —le replicó Orogastus.

Con un gesto brusco convocó a sus dos Voces, quienes cayeron de rodillas sobre la cubierta de la balsa que se hallaba frente a la plaza. Tanto Hamil como el príncipe Antar habían visto al hechicero usar a sus esbirros para la Vista, pero los caballeros, los oficiales y el maestro mercader observaron con curiosidad mientras Drogas-

tus ocupaba su lugar junto al par de hombres, bajaba sin ninguna ceremonia las capuchas roja y azul y posaba las manos sobre las dos cabezas afeitadas.

También la cabeza del hechicero estaba descubierta *y su* cabello níveo parecía brillar en el verde resplandor de la tarde tropical. Lentamente, Orogastus cerró los ojos. Los que observaban de cerca vieron con claridad que las órbitas de las sumisas Voces parecieron convertirse repentinamente en pozos negros *y vuelos. Se* oyeron maldiciones en voz baja y exclamaciones de asombro de los caballeros, pero estas manifestaciones se transformaron en un silencio atónito cuando los párpados de Orogastus se abrieron para revelar dos pequeñas estrellas que centelleaban debajo de las oscuras cejas. Elevó las manos en el aire hizo girar lentamente el cuerpo, en apariencia para examinar toda la región que rodeaba la plaza así como el racimo de edificios cubiertos de maleza que se hallaban en la otra orilla del canal.

Después sus ojos se cerraron. Los dos rígidos acólitos experimentaron un par de convulsiones y gruñeron, y sus ojos volvieron a la normalidad antes de que los dos cayeran al suelo, inconscientes. También el rostro del hechicero había recobrado su aspecto habitual cuando el hombre volvió a cubrirse con la capucha.

—Hay alrededor de cuatrocientos nyssomu ocultos en los edificios situados al otro lado del canal —anunció Orogastus con tranquilidad—. Nos observan, pero no abrigan intenciones hostiles ni muestran temor. Aconsejo que desembarquemos y llevemos a cabo la reunión. No hay peligro.

Con displicencia, se agachó y tomó a sus dos acólitos por las narices. Los dos se pusieron en pie como si estuvieran sumergidos en el agua, y permanecieron con la cabeza laxa, la boca entreabierta y los ojos todavía cerrados. Orogastus se volvió y se encaminó hacia la cabina de Pellan, hizo un gesto, y la Voz Roja y la Voz Azul lo siguieron en estado semicomatoso.

—Los dos esbirros del hechicero se recuperarán cuando descansen —dijo el príncipe Antar a sus hombres que observaban con reverencia—. Ahora recuperaos vosotros, y en nombre de Dios, sostened vuestros escudos bien altos y formad una digna guardia de honor cuando tomemos tierra.

El esquife ya estaba en el desembarcadero, que era suficientemente grande para albergar a las catorce grandes balsas al mismo tiempo. Algunos nyssomu bajaron la escalera para atar las amarras,

y Pellan condujo la balsa insignia hasta el centro mismo de la escalera, ordenó que alzaran los remos y los desembarcó con limpieza.

Precedido por el maestro mercader, por lord Osorkon que portaba el estandarte de Labornok y por el general Hamil y sus cuatro ayudantes, el príncipe Antar descendió por la pasarela hasta el muelle y esperó, seguido de veinte caballeros armados con escudos y lanzas empenachadas. Los soldados rasos y sus sargentos, con las armas, se alinearon junto a las barandillas de las balsas.

— ¡Saludos al pueblo nyssomu de Trevista! —exclamó con solemnidad el maestro Edzar, usando la lengua que hablaban todos los pueblos de la Península. Repitió luego el saludo en lengua nyssomu, y siguió traduciendo todo el resto de su discurso—. La gran nación de Labornok, que ha comerciado pacíficamente con el pueblo nyssomu de Trevista durante más de cuatro centurias a través de intermediarios ruwendianos, declara ahora que este comercio se realizará de manera libre y directa, sin emplear más intermediarios innecesarios. Tanto los nyssomu como Labornok se beneficiarán con este cambio. Después de soportar muchos insultos graves infligidos por los arrogantes y codiciosos funcionarios ruwendianos, la paciencia de nuestro gran rey Voltrik se agotó. Condujo entonces un poderoso ejército hacia el sur y consiguió vengarse justamente de los cobardes ruwendianos, que se rindieron sin condiciones hace tres días. Ahora Ruwenda y Labornok se unirán para formar una única y gran nación. Las caravanas comerciales seguirán viniendo a Trevista, como siempre. Los nyssomu deben alegrarse junto con Labornok, ya que la supresión de los injustos impuestos con que los ruwendianos habían gravado el intercambio comercial permitirá a ambos pueblos desarrollarse y crecer, y la paz y la prosperidad reinarán entre todas las personas de buena voluntad.

El maestro Mercader abrió los brazos. Desde las balsas llegó una fanfarria de trompas. Los nyssomu parpadearon, entornando sus enormes ojos amarillos, pero por lo demás no hicieron ningún movimiento.

Edzar carraspeó y resumió:

—El buen rey Voltrik os envía a su amado príncipe heredero Antar, delegado de la autoridad del trono de Labornok. Durante los próximos días el príncipe discutirá con vosotros la nueva relación que se

establece entre nuestros pueblos, que será ahora más estrecha y amistosa que antes. Ahora el príncipe Antar desea expresar sus congratulaciones a la digna discernidora de Trevista.

El maestro mercader se apartó a un lado, inclinándose en una profunda reverencia ante el príncipe. Por un momento, el pequeño grupo de aborígenes apiñado en lo alto de la escalera permaneció inmóvil. Luego una descendió y se aproximó a Antar. Llevaba una túnica de hierbas secas tejidas, con un gran cuello y puños de flores azules naturales. Una guirnalda de flores similares la coronaba, y esgrimía una simple caña verde con la que señaló sin ceremonia al desconcertado príncipe.

—Antar de Labornok —dijo, usando la lengua humana. Su voz era musical y resonante—. Ésta que te habla es Frolotu, discernidora electa por nuestro pueblo. Es nuestra costumbre ser directos con los humanos, y quien te habla te hará el honor de hacerlo sin artificios. Hemos escuchado el hermoso discurso de tu mercader y hemos analizado su contenido, separando la verdad de la falsedad. Ahora te pedimos permiso para interrogarte.

La caña apuntó directamente al corazón del príncipe, y éste descubrió que sudaba profusamente dentro de su armadura esmaltada.

—Puedes preguntar —respondió el joven en voz baja.

— ¿Labornok tiene intenciones de perjudicar a los nyssomu?

—Declaro que no os haremos daño.

— ¿Tus comerciantes seguirán pagando precios justos por nuestros productos?

—Declaro que lo harán.

— ¿Qué otra cosa pides de los nyssomu de Trevista, además de la reanudación del comercio?

—Deseamos... deseamos tener un pequeño puesto aquí, como base para explorar el interior del Laberinto de Pantanos.

—Deseas acuartelar tropas armadas aquí.

—Sí. Esa es la orden de mi real padre, para evitar que los ruwendianos fugitivos, enemigos del nuevo régimen, perturben el comercio.

Los enormes ojos de la discernidora brillaron con triste expresión, pero siguió hablando sin emoción y su vara de caña no tembló.

—Esos a los que llaman tus enemigos han sido nuestros amigos desde hace mucho tiempo. Los habéis conquistado utilizando la magia negra y la avasalladora fuerza de las armas. Habéis ejecutado cruelmente al rey y a la reina de Ruwenda y a sus nobles amigos, cuya única falta fue defender el país de vuestra invasión. Ahora perseguís a los Tres Pétalos del Trillium Viviente, a las princesas de Ruwenda, a quienes también deseáis matar.

—Sí —admitió el príncipe—, pero esos asuntos humanos nada tienen que ver con vosotros. No pretendemos que nos ayudéis a encontrar a las princesas. Si nos obstaculizáis, desataréis nuestra furia. Si no lo hacéis, te aseguro que ningún ciudadano de Labornok os infligirá daño o insulto alguno. Pagaremos por el establecimiento y el aprovisionamiento de nuestro cuartel aquí, y reanudaremos el comercio normal tan pronto como sea posible.

La discernidora dibujó en el aire una figura de tres lóbulos por encima del príncipe. Después permaneció en silencio un momento antes de agregar:

—Antar de Labornok, has dicho la verdad. Los nyssomu de Trevista acceden a reabrir la feria y a tratar con vuestros maestros mercaderes con normalidad. La feria se celebrará en otra isla, cuya posición se os notificará a su debido tiempo.

—Gracias —dijo el príncipe.

—Permitiremos que establezcáis una guarnición aquí, en el área de esta plaza, que se llama Lusagira. Podéis usar los edificios que la circundan a vuestro antojo, y un mercado funcionará a diario en torno a la fuente, donde podréis comprar alimentos y otros productos a precios justos.

—Otra vez te doy las gracias.

La pequeña criatura enumeró las restricciones que se impondrían a la guarnición: los soldados podrían recorrer libremente los canales de Trevista, pero no desembarcarían si los nyssomu no los invitaban a hacerlo. La zona directamente situada frente a la plaza Lusagira, al otro lado del canal, donde muchos nyssomu habían establecido sus hogares, estaba absolutamente prohibida para los humanos a menos que la misma discernidora dispusiera lo contrario. Por otra parte, los aborígenes locales tendrían libre acceso a la plaza durante el día, aunque los humanos podrían impedir que entraran a los edificios.

—Todo eso nos parece correcto —concedió Antar—. Y ahora, ya que el sol se está poniendo, te pedimos

autorización para que desembarquen nuestros hombres y podamos establecer un campamento provisional antes de la noche.

—Todos pueden desembarcar —accedió Frolotu. Describió un arco en el aire con su caña, a la derecha del príncipe, y señaló a tres figuras que se hallaban aún a bordo de la balsa insignia—, menos *él.*

Antar y sus compañeros se volvieron para ver a Orogastus, que se hallaba de pie junto con sus Voces cerca de la cabina. El hechicero hizo una burlona reverencia a la discernidora.

—Debe marcharse mañana de este lugar, para no volver, pues de lo contrario todo lo que habéis acordado con los nyssomu carecerá de validez —prosiguió ella.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, a pesar de que su expresión siguió siendo pétrea.

Antar suspiró. La bruma se alzaba del canal y él se sentía desdichadamente incómodo dentro de la pegajosa armadura, y además estaba muerto de hambre.

—También accedo a eso, discernidora Frolotu. ¿Algo más?

La caña verde descendió y el aura de poder y de irresistible fuerza que rodeaba a la figura coronada de flores pareció desaparecer de forma palpable, para dejar solamente a una pequeña hembra no humana que sollozaba y cuya fuerza había llegado al límite.

—No tenemos nada más que decirnos, príncipe —suspiró la mujer—. Es un momento de duelo, y todos los corazones nyssomu se lamentan. No obstante, mi gente traerá fruta y carne fresca para que tu expedición se alimente. Es un regalo, junto con el uso de los edificios. Tal vez volvamos a encontrarnos en la Fiesta de las Tres Lunas, si los Señores del Aire permiten que ambos vivamos hasta entonces.

Volvió a ascender la escalera como una persona agotada tras correr una larga carrera. Después ella y los otros nyssomu atravesaron lentamente la plaza, entraron en un pasaje lleno de malezas que se abría entre dos edificios derruidos, y desaparecieron en las sombras crecientes.

Mucho más tarde, esa misma noche, cuando los hombres acamparon en sus tiendas y ya las llamas de los fuegos eran muy bajas, Antar salió de su pabellón para caminar inquietamente por el muelle. Los ruidos nocturnos resultaban audibles e irritantes, y no corría ni una brizna de aire en el aire húmedo. Al otro lado del canal, brillaban titilantes lucecitas de muchos colores en las moradas de los raros. Una enfermiza luminosidad verdosa brillaba en la ventana de la cabina de la balsa donde Orogastus y sus esbirros permanecían recluidos, y el príncipe Antar percibió una letanía procedente de allí, apenas audible en medio de los ruidos de las criaturas nocturnas de la jungla. Con un gesto de disgusto, Antar se alejó de aquella zona del embarcadero y fue siguiendo la hilera de balsas deshabitadas hasta la última, donde un único soldado estaba de guardia en la cubierta de proa, con una lámpara a sus pies.

Tras identificarse, el príncipe Antar subió a bordo.

— ¿Todo en calma en el canal, soldado?

—Sí, señor. —El hombre cabeceó en dirección a las débiles luces que brillaban del otro lado—. Los raros se mueven un poco allá. De vez en cuando alguna sombra pasa delante de esas lámparas. Además, una enorme criatura con ojos luminosos se acercó nadando hace un rato y atrapó algo que chilló lastimeramente. Aparte de eso, todo tranquilo.

Antar se acercó a la barandilla y miró hacia el otro lado del agua.

— ¿Qué piensas de esos raros? ¿Crees que son alguna clase de animal inteligente, como siempre han dicho nuestros sabios, o te parece que son verdaderas personas?

El soldado carraspeó y escupió.

—Por su aspecto extraño, diría que son animales. Pero la escurridiza de hoy, la que habló contigo, señor, se salió con la suya de manera bastante astuta.

—Es cierto —admitió el príncipe, soltando una risita.

—Y nunca vi que un animal pudiera llorar por sus amigos muertos.

Antar prefirió no comentar nada al respecto.

— ¿Te eligieron para permanecer aquí, en la guarnición?

—No, debo regresar mañana a la Ciudadela con el hechicero.

— ¿Y estás contento por eso?

—Más me alegraría encontrarme de camino hacia Derorguila, señor. Soy de la llanura y no me gusta demasiado la región de las ciénagas, además, estos restos de enormes edificios abandonados me dan escalofríos.

Antar se rió con ganas.

—También a mí.

Luego se dirigió hacia uno de los vagones de abastecimiento, ahora vacíos. No habría necesidad de vehículos con ruedas en la guarnición. Los caminos que rodeaban la plaza Lusagira terminaban en la jungla a menos de un cuarto de legua de distancia. Con displicencia, el príncipe pateó una de las ruedas, y después se agachó a recoger un pedazo de tela que había quedado enganchado en la puerta. La tela centelleó extrañamente bajo la luz de la lámpara.

Era un pedazo desgarrado de una cara seda de color rosado, llena de barro seco. Mientras la examinaba, sintió que en su interior crecía una extraña convicción; él había visto y tocado esa tela con anterioridad.

Había llevado en brazos a un ser humano vestido con ella.

Era de ella, de su vestido.

¿Aquí? ¡Increíble! No era posible que la princesa Anigel hubiera podido ocultarse a bordo de la balsa y se hubiera atrevido a acompañar a los mismos que habían jurado matarla. No podría haber eludido el penetrante ojo de Orogastus.

Pero el hechicero había admitido que su magia no servía para localizar los escondites de las princesas. La joven podría haber permanecido oculta, ya que no habían acabado de descargar los vagones hasta la noche. Y después, durante gran parte de la noche, las balsas de los raros locales habían ido y venido a través del canal, trayendo alimentos y bebidas para sus huéspedes no invitados.

De modo que ella podía estar suelta en Trevista, esa bella joven de cabello dorado cuya existencia misma amenazaba al trono de su padre. En aquel mismo instante tal vez estuviera en la población nyssomu, al otro lado del canal.

En nombre de Dios, ¿qué debía hacer?

Antar se incorporó. Se guardó el retazo de satén en el cinturón, dio las buenas noches al soldado y regresó al muelle. La extraña luz verdosa seguía brillando en la cabina del hechicero, latiendo rítmicamente al compás de la letanía. El príncipe se detuvo y acarició el retazo de tela.

Se agachó, recogió una piedrecita y ató el satén alrededor de ella. Después arrojó el pequeño misil en medio de la corriente con toda su fuerza, y se fue a la cama.

Kadiya se incorporó, con la piel y el pelo pegajosos y llenos de briznas. Jadeaba como alguien que hubiera corrido una agotadora carrera para caer al finalizarla. Miró alrededor, inquiera y perturbada, incapaz por un momento de comprender quién era o qué había ocurrido. Estaba rodeada del calor humeante de la ciénaga, vislumbraba pequeños fragmentos de luz solar sobre los tramos de agua que lograba avistar a través de la espesa vegetación. A pesar del calor, se estremeció. Todavía estaba *allí...*

Se obligó a respirar con mayor lentitud, para liberarse de la perturbación que la embargaba. ¿Qué *era?* Nada que pudiera nombrar. Sin embargo, sentía como si estuviera sometida por un enorme ojo, atrapada e impotente. Tuve que intentarlo dos veces antes de poder gritar:

—¡Jagun!

Hubo un movimiento cerca de ella. El cazador raro se había enterrado tanto en la hierba de su nido que al emerger pareció surgir de las profundidades mismas de la Tierra.

Tenía los ojos entornados por la luz, pero en su mano centelleaba un cuchillo desenvainado.

—Alguien... —murmuró ella, y su voz tembló, por lo que la joven se avergonzó e hizo un esfuerzo para controlarse— alguien nos está espiando.

Jagun se levantó, liberándose de la hierba de su nido. Sus narinas alargadas se estremecieron cuando alzó la cabeza para olfatear como podría haberlo hecho un animal acosado. Con lentitud giró, husmeando en todas direcciones. También ella giró sobre sí.

La llamaban «Previsora» por su aguda vista, pero ahora sólo distinguió la ciénaga con su aspecto habitual. Sin embargo (y eso le alarmaba más que cualquier enemigo visible), estaba segura de que la persona que los vigilaba ya no estaba cerca...

¿Magia? ¿De qué clase? ¿Y quién la utilizaba?

—Aquí no hay nada que no sea natural —dijo Jagun despacio, mientras la observaba fijamente—. Has estado soñando, hija del rey. Descansa: tenemos toda la protección con que podemos contar en la ciénaga. Nada puede caer sobre nosotros sin que yo lo sepa.

Bostezó.

Ella volvió a tenderse en el jergón de hierba, aferrando su amuleto. Escuchó con suma atención. A su alrededor proliferaba la vida de la ciénaga, que no parecía temerosa en absoluto. Trató de identificar cada sonido. Los cazadores diurnos daban paso a los nocturnos.

Pero el que la había buscado a ella había pasado de largo, frustrado.

—Jagun, ya no me parece que alguien nos busque —dijo con suavidad. Desplazó la mano para que el raro pudiera ver su amuleto—. Mi trillium ámbar nos ha protegido posiblemente de la Vista mágica de Orogastus.

Jagun se incorporó, apartando la hierba.

—Previsora, no lo entiendo —dijo, indicando el amuleto—. Pero siento que no debemos esperar que caiga la noche para continuar.

—¿Skritek?

Kadiya observó las áreas de la ciénaga que alcanzaba a ver desde donde estaba. Dejó que el amuleto pendiera de su cadena y desenvainó la daga.

Jagun sacudió negativamente la cabeza.

—Si fueran skritek, yo lo sabría. Esto... sólo puedo hacer suposiciones.

La vehemencia del raro la impresionó y sintió que volvía la sensación de impotencia.

—Orogastus tiene sus propios esbirros —prosiguió Jagun, ocupado en cubrir con tierra lo que quedaba del fuego—. Los llaman «Voces», ya que han entregado a su amo toda su voluntad y se han convertido en meras prolongaciones del hechicero. Es posible que los haya enviado a recorrer los pantanos acompañados por los soldados que han mandado a tomar Trevista...

— ¡Y a seguirme! Pero, ¿qué hacen esas Voces, Jagun? ¿Pueden disfrazarse tan bien como para que tú, con todo tu conocimiento de los pantanos, no logres discernirlos?

—Previsora, ¿recuerdas que en la última feria había alguien llamado Ustrel, a quien la gente le formulaba preguntas referentes a cosas que les preocupaban?

Sí, en efecto recordaba a la vieja tan inválida que necesitaba dos bastones para poder caminar. Kadiya la había visto arrodillarse ante una ancha hoja de drogo, con los bordes curvados, donde había arrojado algunas gotas de agua. Al otro lado de la hoja, había otra rara que esperaba nerviosamente para escuchar los balbuceos de la anciana vidente, pero ésta había hablado en un dialecto que Kadiya desconocía.

—Me dijiste que podía leer el destino en las gotas de agua —respondió Kadiya—, pero seguramente era un engaño. Eso es imposible...

—No es así, Previsora. Cada uno de nosotros es diferente de los demás, no sólo en el cuerpo sino también en la mente, en lo que aprendemos fácilmente y en lo que apenas llegamos a comprender, si es que lo logramos. ¿Acaso tú eres igual a tus hermanas, hija del rey? Yo soy un cazador de animales, en ocasiones un domador. Ése es mi talento. No sé montar hábilmente las piezas de madera tallada, ni sé preparar mixturas de hierbas, ni trabajar con los restos de las ruinas. Ésas son otras artes.

»Lo mismo ocurre con las artes de la mente. Sí, existen los que pueden ver a distancia, y pueden leer, aunque sea fugaz y defectuosamente, lo que ocurre muy lejos. Ustrel no siempre lo consigue, en realidad rara vez lo ve con claridad. Pero en ocasiones ha anunciado cosas ciertas y ha demostrado su poder. Orogastus es un hombre de gran conocimiento, un conocimiento que nadie puede medir. Si sus Voces están bien entrenadas y tienen algún talento, es posible que las utilice para prolongar sus propios sentidos.

— ¡Entonces nos están buscando, y seguirán haciéndolo! ¿De qué sirve tu habilidad para enfrentarte a eso?

Kadiya se estremeció. Entendía el combate con armas, e incluso la crueldad de los invasores, pero la existencia de esos poderes le resultaba aterradora.

Jagun meneó la cabeza con lentitud.

—No es algo fácil de hacer, y requiere tiempo y preparación. Además, es agotador para el que lo realiza. Es posible que su Voz esté con un grupo de exploración detrás de nosotros. Pero cuanto más nos alejemos de la Ciudadela, tanto más difícil les resultará encontrarnos.

Kadiya acunó su amuleto en la palma de la mano.

— ¿Será que la magia llama a la magia?

La joven estaba prácticamente dispuesta a arrojar el amuleto al agua, si es que era así.

—Previsora, tu amuleto es de la Luz, el regalo de la propia archimaga. No creo que actúe contra ti. Sin embargo, yo preferiría que nos marcháramos de aquí. Debemos tomar alguna ruta que rodee Trevista. Los labornokianos se mantendrán cerca del río. Ni Pellan ni los skritek, si es que están con ellos ahora, conocen la región de la Ciénaga Negra más allá de las rutas principales.

Aunque Kadiya había ido varias veces a Trevista y se enorgullecía de poseer una excelente memoria para los accidentes del camino, quedó totalmente perpleja cuando Jagun condujo la balsa a través de tortuosos canales, mientras la tarde agonizaba. Rodearon una isleta donde las ruinas emergían de la maleza, y que a todas luces era un lugar poco conocido. La vegetación del pantano consistía, en este sitio, en cañas y pastizales, enredaderas de tallos carnosos y árboles inmensos. Había algunas motas de color, flores de pétalos esponjosos de aspecto desagradable, que Kadiya reconoció como señuelos de las plantas que se alimentaban de desprevenidos insectos.

El amuleto seguía brillando y les servía de guía. No se detuvieron para comer, sino que se alimentaron con algunas raíces y a veces con frutas recogidas por Jagun. De la noche emergieron más islas coronadas de ruinas, alrededor de las cuales danzaban los puntos de sedosa luz que brotaban de la tierra pantanosa.

El gris del alba ya reinaba cuando se deslizaron por una entrada que Kadiya hubiera creído demasiado estrecha para la balsa, para llegar a un espacio abierto que parecía un estanque más que un río. Kadiya tenía las piernas acalambradas y no sabía si lograría ponerse en pie. Jagun también estaba cansado. Condujo la balsa por el borde del estanque hasta donde un árbol, cuyas raíces habían quedado expuestas después de las inundaciones, emergía en la ribera. Al otro lado había piedras alineadas que conducían a la enmarañada jungla que se extendía más allá.

Cuando desembarcaron, Jagun empujó la balsa más cerca de los árboles y la ocultó con ramas y cañas. A Kadiya le dolía la espalda y también las piernas, pero se agachó para cargar la mayor de las bolsas. Si ella estaba tan cansada, ¿cómo se sentiría Jagun?

El raro no hizo ningún intento de abrir camino en la maleza con su cuchillo, sino que se dedicó a rodear los arbustos más enmarañados. Los insectos los rodearon formando una nube, y entonces sí que Jagun decidió atacar ferozmente las zarzas. Entre él y Kadiya había algo grueso que podría haber sido una enredadera, pero tenía hojas y se retorcía, mientras de su extremo amputado brotaba un líquido amarillento que tenía el mismo aspecto enfermizo que la descarga de una herida infectada. En el aire flotó un dulzón olor a putrefacción. ¡Un atrapapié! El otro extremo se había replegado a una sombría caverna de vegetación y Kadiya dio un paso largo para evitar a la planta carnívora que los había atacado.

A pesar de que los arbustos eran altos, los árboles no abundaban. Kadiya y Jagun salieron a un claro iluminado, donde se alzaban las ruinas de muchas columnas que formaban un círculo sobre una explanada de piedra gris oscura. Kadiya soltó una exclamación. El claro estaba desierto, pero en el centro ardía un fuego, y una brisa pasajera les trajo un horrible hedor, acompañado de humo grasiento. Entre la leña había caído una pértiga más larga y ahora calcinada hasta la mitad. Sin embargo, fue lo que había en el extremo de ella, y que apuntaba hacia los recién venidos, lo que suscitó la exclamación de Kadiya.

Atravesado por la madera calcinada y renegrida se destacaba un cráneo.

— ¡Jagun!

La mano del raro se elevó en un gesto dominante mientras se acercaba para inspeccionar más de cerca. Los huesos estaban amarillentos y llenos de barro, quebrados como si lo hubieran arrastrado a través de los lodosos canales del pantano.

— ¡Skritek! —susurró el cazador.

La ciénaga estaba húmeda y calurosa a pesar de que el sol todavía permanecía oculto, pero en ese momento Kadiya experimentó un escalofrío, como si estuviera en medio del viento de una tormenta.

—Una advertencia —declaró Jagun, quien caminaba alrededor del fuego como lo haría en torno a una trampa—. Pero, ¿aquí?

Kadiya miró a su alrededor con inquietud.

—Entonces, los skritek vienen tan cerca de Trevista... —suspiró profundamente—, tal vez están guerreando por aquí.

Jagun no pareció oírla. De pronto se agachó y recogió algo que parecía una cuerda de fibras trenzadas como las que se usaban para atar los deslizadores acuáticos. Asiendo con fuerza ambos extremos, Jagun puso tensa la cuerda.

— ¡Uisgu! —dijo.

Alzó la cabeza y de lo profundo de su garganta emergió el grito de busca de los acorazados horiks que moraban en esas islas. Tres veces repitió la llamada y, al cabo de un momento de silencio, agregó otro trémolo, agudo y alto, que Kadiya no había oído antes.

Con lentitud giró en su sitio, con el cuerpo tenso, como si cada una de sus células escuchara con intensidad, esperando una respuesta.

Se produjo un único grito de horik. Entonces, de la enmarañada espesura que rodeaba al círculo de columnas emergió otro raro. A diferencia de Jagun, no vestía las ropas finamente tejidas de los nyssomu, sino tan sólo una prenda corta parecida a una falda de color amarillo dorado, con un borde de hierbas. La empuñadura de un cuchillo, envuelta en cuerdas de color rojo, aparecía en el cinturón que sostenía su falda. Llevaba una cerbatana en la mano.

Alrededor de los ojos prominentes había círculos de pintura marrón rojiza que los agrandaba aún más, y en su pecho peludo se veían tres círculos pintados que se entrelazaban en el punto central.

Miró a Kadiya y se alejó de ella, dirigiéndose hacia el cazador. Cuando habló, sus palabras sonaron extrañamente acentuadas, de modo que ella, acostumbrada tan sólo a las charlas comerciales de los nyssomu y a dos o tres frases ceremoniales que le había enseñado Jagun, sólo logró captar alguna que otra palabra suelta.

—... vinieron... pica... mataron unvis... matar.

Al pronunciar esta última palabra alzó la cerbatana y la agitó con ferocidad.

—Esos otros...

Y se lanzó a un discurso apasionado que a Kadiya le resultó incomprensible. Cuando concluyó se quedó jadeante, con un poco de saliva en las comisuras de la boca.

Jagun miró a Kadiya.

—Ayer estuvieron aquí los skritek. Capturaron a una del clan de Usos, y la trajeron aquí. Montaron una de sus picas y la mataron para sellar con sangre lo que deseaban.

Jagun se dirigió al uisgu y volvió a hablarle. El otro respondió con pocas palabras.

—Siguieron... hacia Trevista —tradujo Jagun—. Le he contado a Usos el problema que todos debemos enfrentar. El y los otros comerciantes de su clan se dirigían a Trevista con algunos hallazgos. Ellos difundirán la advertencia cuando regresen.

El uisgu desapareció tan rápidamente que Kadiya se quedó parpadeando.

— ¿No podríamos ir con ellos? —preguntó.

Jagun soltó un pequeño ruido sombrío que podría haber sido una carcajada.

—Los uisgu sólo viajan con los suyos, Previsora. Siempre ha sido así. Desde luego, somos de la misma sangre —agregó, asintiendo—. Pero para ellos somos parientes muy lejanos. Nunca hemos luchado contra ellos, ni ellos con nosotros. Mucho tiempo atrás, en el principio, cuando gobernaban los desaparecidos, se estableció que así sería. Nosotros somos nyssomu y ellos son uisgu, y así ha sido siempre. Usos difundirá mi advertencia, pero no viajará con nosotros.

—Sin embargo no sois enemigos —reflexionó Kadiya.

—Hija del rey, en las viejas épocas, nosotros los nyssomu, según cuentan nuestras leyendas, éramos portavoces de los desaparecidos. Ahora somos siervos de la Dama de Noth, quien nos ordenó hacernos amigos de los humanos que vinieron a vivir en el Laberinto de Pantanos. Pero los uisgu siempre han temido a tu pueblo. Solamente los más audaces aceptan comerciar con nosotros, para que a nuestra vez comerciemos con vosotros.

—Ya descubrirán que los labornokianos no son de los nuestros —le interrumpió Kadiya—. Jagun, creo que Voltrik tratará de hacer valer su dominio en los Pantanos con tanta firmeza como lo ha hecho en la Ciudadela. ¿Los uisgu podrán esconderse tan bien como para que los skritek no los encuentren?

Jagun se encogió de hombros.

—Previsora, ¿quién puede saberlo? Pero nosotros debemos descansar, y como este lugar está impuro, debemos buscar otro para levantar el campamento.

Eso hizo, recorriendo la costa del estanque. No había allí ruinas de los desaparecidos, y Jagun le indicó que debían turnarse para montar guardia. Kadiya insistió en hacer el primer turno, ya que el cazador había realizado la agotadora tarea de conducir la balsa hasta aquel refugio oculto.

De inmediato Jagun se tendió sobre un pequeño montículo de hojas que había reunido y se quedó dormido. Kadiya permaneció sentada, con las piernas cruzadas, seriamente dedicada a su tarea de vigilancia.

Aunque la joven carecía de la agudeza sensorial de los raros, ya que no percibía en el aire los olores que no fueran los usuales de la ciénaga, y tampoco distinguía muy bien los sonidos, de todos modos

poseía cierto conocimiento del pantano.

Varias veces se incorporó para recorrer los alrededores del campamento. Se rascó el cuero cabelludo, untado de grasa repelente de insectos, y trató de peinarse con los dedos los enredados cabellos. En este momento envidiaba a los nyssomu, que por lo general eran lampiños, y a los uisgu, su peluda protección.

En la segunda ronda alrededor del campamento, avistó un matiz de verde más brillante debajo de un matorral, y en un momento había arrancado una planta que conocía, de robustas raíces, dejando la mitad para Jagun. Después empezó a comer.

A diferencia de los tubérculos correosos que constituían sus raciones, estas raíces eran jugosas y tenían un sabor fresco. Se llamaban mafun, y solían aparecer en la Ciudadela, donde se las consideraba una golosina, a pesar de que sólo vivían en estado silvestre.

Mientras comía, Kadiya pensaba en los desaparecidos. Hasta donde alcanzaba su memoria había escuchado discusiones y suposiciones con respecto a ellos. Se creía que habían gobernado estas tierras en tiempos inmemoriales. Todos los hombres cultos admitían que tuvieron enormes poderes. ¿Poderes? Comió su última raíz jugosa. ¡La magia era poder! ¿La archimaga sería verdaderamente una de los desaparecidos? ¿Habría vivido durante muchas centurias, mientras veía cambiar su tierra contemplando la lenta destrucción de Noth? ¿Y quién era Orogastus? ¿También él estaría relacionado de alguna manera con los desaparecidos?

Kadiya empezó a preguntarse por el tamaño que tendría su mundo. ¿Qué había más allá de la Península?

Al norte, las llanuras de Labornok conducían al mar, y al sur se encontraban las enormes tierras boscosas de Var, pero había estudiado muy pocos países más, y ahora envidiaba a Haramis, que se había pasado mucho tiempo en la biblioteca de la Ciudadela, mientras ella, Kadiya, desdeñaba los libros y favorecía una vida al aire libre más activa.

¿Acaso los desaparecidos se habrían retirado simplemente de Ruwenda para establecer su dominio en alguna otra parte? Se decía que Orogastus procedía de una tierra distante, y que el rey Voltrik lo había enviado a buscar durante sus años de espera. ¿También el hechicero sería un desaparecido? Sin embargo, ni en las leyendas ni en la información que le habían dado los raros había indicios de que los desaparecidos fueran enviados malignos. Desde luego, la archimaga nunca había tratado de dominar a los raros ni tampoco a los ruwendianos.

Kadiya aferró su amuleto de trillium ámbar. Su brillo era constante, tranquilizador, tal vez incluso protector. La luz todavía señalaba fielmente en dirección a Noth, donde tal vez sus preguntas recibirían respuesta.

Las semillas del Trillium Negro condujeron a Haramis y al músico Uzun a través de los altos marjales que se hallaban al pie de las montañas Ohogan. Si alguno de los dos tropezaba, o resbalaba, o debía detenerse por algún motivo, la semilla del día esperaba, en apariencia detenida por la quietud del aire sin brisa, o atrapada en algún obstáculo, y volvía a volar cuando ellos estaban en condiciones de seguirla de nuevo. La semilla decidía también cuándo y dónde debían detenerse por la noche, dejándose caer a tierra cada atardecer en el sitio que Haramis suponía era considerado como adecuado para acampar.

O *tal vez,* pensó la joven, *las semillas están buscando un lugar donde puedan crecer. Si sobrevivo, y vuelvo aquí el año próximo... ¿encontraré acaso plantas de trillium, a un día de marcha una de otra, a lo largo de esta ruta'?*

Pero las semillas no le permitían demasiado descanso, y al cabo de varios días de marcha hacia el oeste, en medio del calor, Haramis casi empezó a detestar aquellas plumosas cosas voladoras. Había veces en que una planta extraña o una criatura intrigante y poco familiar captaba su atención, y le hubiera gustado detenerse a examinarlas, pero la semilla de turno seguía su camino, de modo que Haramis y Uzun se veían obligados a continuar en pos de ella.

En una oportunidad, a dos días de Noth, Haramis se había atrevido a desafiar a su guía mágica. El camino que seguían a través de los páramos pasaba por una zona colmada de los más grandes, jugosos y dulces camemoros que Haramis hubiera visto en su vida, y la joven insistió en ignorar a la semilla guía, deteniéndose para darse un banquete de las dulces frutas. La semilla había seguido volando hasta perderse de vista. Pero cuando Haramis extrajo otra de la vaina y la lanzó al aire para que los guiara, la semilla cayó al suelo y se negó a volar incluso cuando la soplaron.

En un ataque de pánico, la joven lo intentó con otra. Ésta despegó con tanta celeridad que tuvieron que correr para no quedarse atrás, y el pobre y viejo Uzun tropezó y se tambaleó y gimió por el esfuerzo que implicaba seguirla. Aunque el raro no pronunció una sola palabra de reproche, Haramis comprendió

que ella era la culpable de la desdicha de su amigo.

Entonces aferró su amuleto y dijo sin aliento, con aspereza:

—¡Me he equivocado! ¡No debería haber ignorado la semilla! ¡Aunque no te importe yo, ten compasión de Uzun! ¡Ve con mayor lentitud! ¡Por favor!

La semilla obedeció y adecuó su vuelo a una marcha más cómoda.

Pero Haramis quedó resentida. ¿No podría haberle dado la archimaga una manera más adecuada de proseguir su empeño? ¿Acaso era una niña o un animal semiconsciente que necesitaba ser espoleado de esta manera tan inflexible? Las búsquedas que había leído en las leyendas se llevaban a cabo en una atmósfera de nobleza y dignidad. Pero al parecer ella tendría que cumplir con su gran destino subiendo y bajando montañas detrás de un estúpido peda-cito plumoso, llagándose los pies empapados, con picaduras de mosquitos en el cuello, sintiendo cada vez más asco por las nutritivas pero horribles raciones que la archimaga había creído conveniente incluir en sus bolsas. Por otra parte, los alimentos tampoco eran demasiado abundantes.

Al quinto día de viaje, al llegar a un río importante que Uzun supuso sería el Alto Vispar, a Haramis se le ocurrió por primera vez que muy pronto se quedarían sin provisiones si seguían comiéndoselas despreocupadamente. La región parecía completamente desierta, y Uzun no creía que ni su tribu nyssomu ni los uisgu vivieran tan al norte, más allá de las fronteras del Laberinto de Pantanos. La región no era más que una especie de tierra de nadie que separaba las ciénagas del territorio montañoso de los vispi.

Haramis se sentó en un peñasco que dominaba el caudaloso río. Atardecía, y la semilla que habían seguido esa jornada había caído a tierra, indicando que podían acampar. Uzun estaba recogiendo leña y se disponía a preparar la comida, tarea a la que se dedicaba cada noche y cada mañana, insistiendo en servir a la princesa con tanta deferencia como si estuvieran todavía en la Ciudadela,

—Uzun —lo llamó ella, y el pequeño músico se acercó rápidamente, sonriendo—. ¿Crees que habrá peces en este río?

—Casi seguro, princesa. Sin duda, garsu y también otras clases cuyos nombres desconozco.

—En mi bolsa he encontrado cuerda y tres anzuelos. ¿Querrías tomarlos y pescar un hermoso pez para comer? Estoy harta de las galletas y la carne seca. Además, nos estamos quedando sin provisiones, y dudo que encontremos gente que pueda ayudarnos en esta región olvidada de Dios.

El rostro de Uzun se ensombreció.

—Pero apenas si falta una hora para que anochezca, princesa. Si me dedico a pescar ahora, ¿cómo podré buscar leña o cocinar? —Esbozó una sonrisa de disculpa—. Y no me gusta confesarlo, pero nunca en mi vida he pescado, y probablemente sea pésimo haciéndolo.

Haramis se rió.

— ¿Hasta qué punto puede ser difícil, si hasta los hijos de los artesanos de la Ciudadela saben hacerlo? Tengo una gran idea, yo pescaré, y en vez de preparar nuestras horribles raciones, tú recogerás bayas, y un poco de ese hermoso berro que vimos al pasar junto a aquel estanque un poco más atrás. Si echas un vistazo, seguramente encontrarás setas. ¡Esta noche nos daremos un banquete!

Como siempre, Uzun accedió a su ruego. Después de reunir una buena pila de leña, se dedicó a buscar otros comestibles, dejando sola a Haramis.

Pescar era fácil, se dijo la princesa. Había que buscar una vara, atarle una cuerda, poner un anzuelo en la punta, y en el anzuelo alguna carnada.

Oooh. Había que ensartar la carnada. Y de todos modos, ¿de dónde se sacaba la carnada?

Buscó entre las ramas de la orilla y encontró una vara muy satisfactoria; debajo de un tronco podrido dio con unos gusanos que se retorcían y brillaban tenuemente en el crepúsculo. Haciendo de tripas corazón (sintió náuseas una vez, pero afortunadamente Uzun estaba lejos y no la oyó), consiguió ensartar una de aquellas horribles criaturas en el anzuelo, después de aplastar a dos entre sus dedos.

Después se lavó las manos, buscó un lugar donde el río fuera profundo y arrojó el sedal. La cuerda y el anzuelo se desplazaron rápidamente río abajo hasta un sitio de aguas tranquilas entre las rocas, y Haramis lo recogió hasta el estanque, pero sólo para que volviera a flotar hasta el mismo lugar.

Muy bien. Era un problema que cualquier persona inteligente podía resolver. Ahora que lo pensaba, recordaba que los rapaces de la Ciudadela usaban boyas y pesos para controlar la situación de la carnada.

Recogió el sedal. Por supuesto, el desdichado gusano había desaparecido, y debía ensartar otro. Justo encima del anzuelo ató un pequeño guijarro, y en el sedal, una ana más arriba, ató un pedazo de madera seca como boya. Cuando se desplazó a una posición mejor y volvió a arrojar el sedal, éste cayó de la

manera más satisfactoria en el estanque y permaneció allí. Haramis suspiró, se sentó en la orilla y esperó.

A. partir de ahora me encargaré de esto, pensó. *He sido una perfecta zángana al permitir que el pobre Uzun lo hiciera todo por mí, como si estuviéramos de excursión en los prados que rodean a la Ciudadela. Es evidente que tendremos que sobrevivir de lo que nos ofrezca la tierra y guardar el resto de las raciones para emergencias. Sólo los Señores del Aire saben cuánto durará esta búsqueda, y adonde nos llevará.*

Haramis miró río arriba, hacia los marjales con sus escasos árboles y la densa maleza. El diminuto sendero viraba y continuaba hacia el norte, siguiendo la ribera. Sin duda, la implacable semilla seguiría por allí, en dirección a las montañas...

Se alzaban más allá de las colinas, terribles y coronadas de nieve, la tierra de los misteriosos vispi. ¿Su talismán estaría oculto allí? En ese caso, ¿cómo era posible esperar que dos inocentes e ignorantes como ella y Uzun tuvieran la suerte de encontrarlo? Por no hablar de regresar a Noth, tal como le había ordenado la Dama Blanca.

La Dama Blanca, que estaba enferma, agonizante, posiblemente mentalmente perturbada.

No tenían más remedio que seguir a las semillas, esas diminutas cositas pardas, con un penacho de sedosas hebras blancas, que no parecían poseer nada mágico salvo la determinación con que seguían su curso a través del aire.

Ella les da impulso, pensó Haramis. *Ella sabe dónde estamos, y adonde debemos ir, y es ella quien empuja las semillas que nosotros seguimos. No me dijo adonde debo ir, porque sabía que eso me descorazonaría y asustaría, ni siquiera me atrevería a iniciar el viaje…*

— ¡Princesa! He traído bayas y berro y una cantidad de setas de aspecto delicioso...

Haramis se sobresaltó. Perdida en sus propios pensamientos, ni siquiera había oído acercarse a Uzun. Entonces su rama de pescar dio un tirón y casi le cayó de las manos. Ella la asió con fuerza y algo tiró con tanta fuerza que la joven fue arrastrada casi hasta el río.

— ¡Uzun! ¡Ayúdame! ¡Un pez! —gritó.

Entonces algo verde y plateado saltó del agua y volvió a caer con una gran zambullida. El músico raro dejó caer su cosecha y acudió corriendo a ayudarle, parloteando con excitación. Los dos lucharon y chillaron y casi perdieron la improvisada caña, mientras el pez se debatía con tanta fuerza que estuvieron a punto de abandonar.

— ¡No! ¡No te escaparás! ¡Eres nuestra cena! —gritó Haramis.

Ante esas palabras, la lucha del pez cesó, y consiguieron sacarlo a la orilla. Era un brillante garsu, tan largo como la pierna de Haramis.

—Tal vez no necesites el anzuelo, princesa —se mofó Uzun—, si puedes ordenarle a tu cena que salga del agua.

—Espero que haya sido tan sólo una coincidencia —se rió Haramis—. No me gustaría pensar que nuestra cena era una criatura inteligente capaz de comprender la lengua humana... ¡o peor aún, un príncipe hechizado!

— ¿Cómo en las antiguas baladas? —preguntó Uzun—. No lo creo. Es un garsu común, y será delicioso. Nos sobrará mucho para el desayuno, y también para el almuerzo. Bien hecho, princesa. ¡Bien hecho!

Ambos se sonrieron. Luego Haramis observó el gran pez y su *alegría,* se convirtió en inquietud.

—Uzun, ¿sabes qué debemos hacer ahora? ¿Sabes prepararlo?

Atónito, con la boca abierta, Uzun meneó la cabeza.

Haramis suspiró.

—No importa. Se supone que el ensayo y el error es un método de aprendizaje efectivo.

Uzun parecía dubitativo.

—Tampoco estaría de más rogar por un poco de inspiración divina.

Anigel tuvo un sueño extraordinario, y en él sucedía algo que no había ocurrido nunca en toda la historia de la humanidad peninsular: las lluvias no llegaban.

En vez de las familiares tormentas que llegaban desde el mar del Sur y que empapaban Zinora, Var, Ruwenda, Labornok, Raktum y las islas de Engi durante dos estaciones al año, había meses interminables en que el sol brillaba desde un cielo sin nubes y un viento caliente soplaba noche y día, calcinando las

pequeñas naciones con sus ráfagas despiadadas y mortales. Toda la Península fue devastada, pero Ruwenda, al no tener costa, fue la que más sufrió.

Desde la ventana de su dormitorio de la Ciudadela, ella contemplaba al poderoso Mutar convertirse en un hilito de agua, al igual que el río Skrokar, el Virkar y el Bonorar. Esto hacía que el lago Wum, al que esos ríos alimentaban, se secara por completo, de modo que no había manera de hacer flotar los grandes troncos del bosque de Tassaleyo hasta las madereras. El comercio fluvial se tornó imposible, las granjas de Dylex fueron azotadas por la sequía, y monstruosos skritek muertos de hambre hacían incursiones por toda Ruwenda.

Sus padres, el rey Krain y la reina Kalanthe acudían a ella en su sueño, junto con los gobernantes de las otras cinco naciones, y le suplicaban que hiciera algo para que las lluvias volvieran. Ella les decía que no sabía cómo, y todos se marchaban sumidos en la mayor desesperación.

En el sueño, su hermana Kadiya venía a decirle que el suelo fangoso de las tierras húmedas de Ruwenda se había secado completamente. Las plantas y los pastos se habían convertido en cera y no daban flores ni frutos. Las jugosas setas se marchitaban, y los nutritivos líquenes desaparecían, y los árboles de la jungla perdían sus hojas.

— ¡Te lo ruego! —le decía Kadiya.

Y ella lo hacía, aferrando el amuleto de Trillium Negro entre sus manos febriles. Pero el viento caliente se limitó a soplar con mayor fuerza alrededor de la Ciudadela y Kadiya se marchó enfurecida. En el sueño veía los cadáveres de patéticas criaturas tendidos por todas partes, pilas de carne y huesos. Y toda era por culpa suya.

Su hermana Haramis venía a advertirle de que la gente empezaría a morir: todos los humanos que vivían en la Península y los aborígenes de los pantanos y también los de las montañas. En el sueño, su hermana le mostraba el norte a través de la ventana, donde se decía que vivían tanto la Dama Blanca como el Hechicero Negro. Sólo ellos dos sobrevivirían, le advirtió Haramis, si ella no hacía volver las lluvias.

La muerte vendría de ese lado, no bajo la forma de un viento caliente y seco, sino como una gran tormenta de fuego originada por el conflicto final entre la archimaga Binah y Orogastus. El fuego consumiría todo el mundo conocido a menos que ella, la pequeña e indefensa Anigel, lo detuviera.

— ¡Pero no puedo! —gemía, aterrada hasta lo más profundo de su alma—. Lo he intentado, ¡pero no sé cómo hacerlo! Me duele el corazón, y estoy terriblemente aterrada. ¡Simplemente, no puedo!

En el sueño, los reyes y reinas peninsulares y su madre. Kalanthe y su padre Krain y la valerosa Kadiya y la inteligente Haramis la miraban con despectiva lástima. Después la dejaron sola, encerrada en su habitación, muy desdichada. Ella golpeó la puerta con los puños, sollozando, pero nadie acudió. Entonces volvió a mirar por la ventana y vio una muralla de llamas que se extendía de horizonte a horizonte, más alta que la Alta Torre de la Ciudadela.

Se acercaba rugiendo directamente hacia ella, que gritaba y gritaba...

— ¡Despierta! ¡No llores, preciosa, todo está bien!

Las llamas se convirtieron en lirios de color bermellón, estriados de negro, que danzaban mientras ella se agitaba frenéticamente, acostada en una hamaca de red que pendía de los tallos de una enredadera. Se hallaba en el rincón de una habitación construida con piedras talladas y cuyo techo estaba colmado de plantas en flor. Immu la abrazaba, impidiéndole al menos que cayera de su hamaca.

—Un sueño, era solamente un sueño —la arrullaba la anciana aborigen—. Estás segura, segura, segura, mi querida. Aquí en Trevista, entre amigos.

Los gritos frenéticos de Anigel cesaron por fin y se incorporó de la hamaca, temblando todavía, para sentarse sobre un bloque de piedra mientras Immu le lavaba la cara con una esponja y la peinaba y la vestía con el vestido de satén rosado.

—Me gustaría contarte mi sueño. En realidad, *debo* contártelo —dijo la princesa en voz baja.

Immu insistió en traerle primero algo de comer, aunque Anigel no tenía apetito.

—Traeré también a mi mejor amiga, a quien pertenece esta casa —agregó la rara—. Si tu sueño es importante, ella es la que puede interpretarlo, no yo.

Immu desapareció por una puerta cubierta de líquenes filamentosos que hacían las veces de una cortina opaca.

Anigel respiró hondo, tomó su amuleto y se dijo que debía tranquilizarse. De inmediato se sintió mejor. Miró a su alrededor. Aunque la habitación estaba abierta al cielo, tenía suficientes enredaderas

entrelazadas como para dar sombras y también ofrecer punto de apoyo para las dos hamacas. Casi toda la pared que estaba al fondo relucía de lirios naturales, y cuando los miró con mayor detenimiento, la joven descubrió que los capullos eran insectívoros. ¡Qué manera tan inteligente de asegurar un sueño libre de insectos!

La noche anterior, inseguras de que el amuleto de trillium pudiera seguir haciéndolas invisibles, ella e Immu salieron de su escondite, debajo de una cama dentro de un vagón, cuando todos los soldados ya habían desembarcado. Las dos fugitivas se habían deslizado por el borde del canal, debajo de los peldaños del muelle, y allí Immu había empleado el habla sin palabras para anunciar a sus parientes, que se hallaban del otro lado del canal, que ambas estaban allí y necesitaban ayuda.

En determinado momento, una flota de embarcaciones nyssomu había cruzado hasta el campamento labornokiano para llevar las provisiones prometidas por la discernidora. Dos de los barqueros nativos eran primos de Immu: Sithun y Trezilun. Hallaron a Anigel y a Immu sin dificultad e insistieron jovialmente en que las mujeres desde luego no eran invisibles. Este hecho había confirmado las sospechas de Anigel. Mientras ambas viajaban por el río, la joven había llegado a la conclusión de que el amuleto sólo proporcionaba protección cuando la princesa que lo llevaba se encontraba en peligro de muerte. El ámbar se había negado a proporcionarles alguna comodidad cuando Anigel se lo pidió durante el aterrador viaje de tres días desde la Ciudadela hasta Trevista.

—Bien, ahora estáis a salvo —las había tranquilizado Trezilun, mientras las ayudaba a subir a su balsa.

Estaba ahuecada, tenía una longitud de alrededor de siete anas, sus extremos estaban curvados hacia arriba, y de ellos pendían lámparas colmadas de gusanos de luz. Las bordas estaban orladas de flores, y ambos primos llevaban guirnaldas alrededor del cuello y enredados en los duros pelos entre sus orejas prominentes.

Durante la breve travesía a través del canal, Anigel se acurrucó en el húmedo fondo de la balsa, por temor de que algún enemigo la viera y diera la alarma. Era consciente de que Orogastus, acompañado de sus taumatúrgicos esbirros, estaba en la primera balsa. ¿Qué pasaría si el hechicero salía a cubierta y la veía con sus propios ojos?

Pero no ocurrió nada de eso. Llegaron sanas y salvas a la población nyssomu, que se llamaba Karonagira, y los primos las guiaron por calles empedradas parcialmente limpias de vegetación, de manera que les pareció que estaban caminando por un enorme invernadero tropical.

Había otras pequeñas figuras que se desplazaban llevando las mismas lámparas, pero nadie se atrevió a acercarse a las recién llegadas. Ninguna iluminación salía de los antiguos edificios que se erguían espectrales bajo la luz de la luna, tan bellamente adornados con capullos de plantas nocturnas que al principio Anigel creyó que eran artificiales.

¡Los nyssomu de Trevista estaban inundados de flores! Las usaban, adornaban sus balsas con ellas, vivían entre ellas.

Sithun y Trezilun dejaron a sus pasajeros en una morada de piedra de modestas dimensiones, con un jardín que dominaba el canal. Al parecer no había nadie en casa, pero ese hecho no pareció inquietar a Immu. Aunque ella podía ver bastante bien bajo la luz de la luna que se filtraba entre las enredaderas, había pedido una lámpara a Sithun para que la princesa no se asustara en el interior de la casa desconocida. Después de localizar el dormitorio de invitados, había llevado a la cama a la agotada joven.

—Ahora comienza tu verdadera aventura —susurró una voz suave detrás de Anigel.

La princesa dio un salto y soltó una exclamación.

Luego se rió, al volverse y descubrir que se trataba de otra mujer nyssomu, más venerable incluso que Immu, con una túnica de hierbas tejidas llena de capullos blancos del tamaño de platitos, con los tallos fijos por medio de espinas. Llevaba dos grandes ramos de las mismas flores blancas a los lados de la cabeza. Pero en torno a su cuello no lucía una guirnalda, sino una cadena de platino, de cuyo extremo colgaba un objeto que parecía una pequeña lupa de mano, muy ornada.

La mujer rara alzó la lupa y miró a través de ella a Anigel, quien sólo vio un ojo amarillo grotescamente aumentado.

—Así que tú eres la muchacha que tiene sueños importantes.

La voz le resultaba familiar. Anigel la había oído el día anterior, cuando todavía estaba oculta en la balsa.

— ¡Y tú eres la discernidora Frolotu! No te reconocí porque llevas ropas diferentes...

—Para los humanos —dijo la mujer con amabilidad—, todos los nyssomu parecemos iguales.

—Te pido disculpas si te he ofendido, discernidora. Y te agradezco tu hospitalidad.

—Sin embargo, no dormiste tranquila.

—Tuve un sueño espantoso —se lamentó la princesa—. La peor pesadilla de toda mi vida. ¿Querrás escuchar mientras te lo cuento, y tal vez serás tan amable de explicármelo luego?

Los dos dientes delanteros inferiores de Frolotu, semejantes a colmillos, centellearon cuando la mujer sonrió.

—Veremos si es posible. Salgamos a la terraza, donde Immu te está preparando la comida.

Anigel vaciló.

—Te lo agradezco, pero en realidad no tengo mucho apetito. Si salimos y me expongo a la vista de cualquiera que pase por el canal, ¿qué ocurriría si el hechicero Orogastus o alguno de sus esbirros me vieran?

—Estamos en lo profundo de las islas —la tranquilizó la discernidora—. Por un tiempo estás a salvo. Siéntate, come y cuéntame tu sueño.

Cuando la princesa vio la comida que Immu le había preparado y dispuesto sobre una hermosa mesa de piedra tallada, casi rompió a llorar. Durante los tres días de viaje por el río desde la Ciudadela, la joven había subsistido con las raciones que Immu había llevado: horribles raíces secas, asquerosa pulpa de camemoros dulces, y sólo agua para beber. El amuleto había ignorado sus súplicas de algo más apetitoso. Aquí en Trevista, había esperado que le sirvieran desconocidas comidas nyssomu que entorpecerían aún más su delicada digestión pero tuvo una sorpresa.

— ¡Oh, Immu! ¡Comida de verdad!

La vajilla y los cubiertos eran extraños, pero la comida era el desayuno habitual de la Ciudadela: tortitas de arroz untadas con miel de abeja de agua, una tortilla de setas frescas, especiadas salchichas asadas y una jarra humeante de té de darci. Había grandes cantidades de todo, y la princesa devoró los alimentos como si estuviera muerta de hambre, cosa que era cierta, mientras balbuceaba su gratitud con la boca llena e Immu fingía estar indignada.

— ¡Comida de verdad, claro! Tonta niña malcriada. ¡Y me imagino que crees que los nyssomu subsisten con raíces y bayas y agua del pantano cada día!

Anigel estaba avergonzada.

—Me temo que nunca me había detenido a pensar qué comían los raros salvajes. Immu, lo siento. Tendría que haberme interesado, como lo hizo Kadiya.

—No tiene importancia, cariño —dijo la discernidora Frolotu, que la miraba otra vez a través de su lupa, y sonreía—. Tanto Immu como yo sabemos que no hay maldad en tu corazón, sino tan sólo la distracción propia de la juventud.

—Pero, ¿dónde conseguiste esta comida? —preguntó Anigel.

— ¡Preguntas, preguntas, preguntas! —le espetó Immu—. De las provisiones de los nobles, allá en la plaza de Lusagira, si quieres saberlo. Pedí a Sithun y Trezilun que robaran una buena cantidad, sabiendo cuánto habías sufrido comiendo las raciones durante la travesía. Durará durante una parte del viaje a Noth. Pero en su momento deberás dominar las preferencias de tu estómago delicado y tendrás que aceptar los alimentos que proporciona la tierra.

—Espero hacerlo —acató la princesa, entre varios sorbos de té—. ¡Cuando esté suficientemente hambrienta! Pero, dime, ¿de verdad has encontrado la manera de que viajemos hasta la morada de la archimaga?

—Gracias a Frolotu. Ella tiene amigos entre los uisgu que han accedido a llevarte en una embarcación tirada por rimoriks.

La princesa se incorporó de un salto y se arrodilló a los pies de la discernidora, para besar sus manos arrugadas.

— ¡Gracias, querida señora! Te lo agradezco con todo mi corazón, y encontraré la manera de recompensarte.

La anciana mujer la silenció mientras se desprendía de la joven.

—Niña, mi recompensa será que cumplas tu destino.

— ¿Sabes algo de eso?

—Quien te habla conoce las profecías referidas a los Tres Pétalos del Trillium Viviente, que liberarán a nuestro amado Laberinto de Pantanos del peligro. Y parece que tú eres una de las designadas para ello.

Anigel se sonrojó y volvió el rostro.

—Me gustaría que no fuera así. Tengo mucho miedo y no soy valiente ni inteligente como mis hermanas. Además, soñé que fracasaría.

Frolotu se rió.

—Ah, sí, ¿verdad? Será mejor que termines tu té y nos cuentes ese sueño.

Las tres se sentaron a la mesa, y Anigel relató su pesadilla con detalles mientras la discernidora jugueteaba con su lupa y de vez en cuando examinaba a la joven a través de ella. Anigel era demasiado tímida como para preguntarle qué ocultaba el aparato, o por qué lo utilizaba en lugar de la caña que había ayudado a Frolotu a leer el corazón del príncipe Antar.

—Quien te habla te lo dirá —intervino la sorprendente anciana—. Esta lupa es un aparato de los desaparecidos. Sirve para concentrar pensamientos en la mente de otro. Pero también enseña a quien lo usa, y al cabo de un tiempo ya no es necesario usarlo siempre. Si el malvado hechicero lo hubiera visto ayer, lo habría tomado a pesar de los intentos que hubiese hecho el príncipe Antar por evitarlo. Y por eso quien te habla usó la caña, que a ningún humano le parecería valiosa.

—Sin embargo, ahora usas la lupa —observó Anigel.

—Sí, niña. Por la mañana, las facultades de los viejos están disminuidas y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Pero termina de contar tu sueño...

Anigel relató hasta el menor detalle, y revivir su pesadilla le resultó tan terrible que palideció tanto como el empedrado de la terraza y apenas si pudo terminar la narración. Al final, la discernidora se reclinó en su asiento y cerró los grandes ojos, mientras sus labios formaban palabras inaudibles.

Anigel esperó con temor. Alrededor de la terraza cubierta de flores cantaban los pájaros y los insectos, y los peces plateados saltaban de las aguas del canal. Luego los párpados de Frolotu se abrieron con un audible *pop*,

— ¿Sabes qué significa el sueño? —preguntó tímidamente Anigel.

— ¡Por supuesto! Ahora bien, por lo general, cuando se le piden a un sabio estas cosas, él anima al soñador para que analice él mismo el sueño. O si no, el sabio puede pronunciar alguna frase hecha para que tú misma comprendas el significado llegado el momento. Pero no jugaré contigo, muchacha. Tu camino ya será bastante difícil, y lo mejor será decírtelo en pocas palabras: tu sueño significa que eres una cobarde y que te gustaría eludir tu difícil tarea.

— ¡Pero eso ya lo sabía! —gimió la princesa.

—Calla, ahora, calla. Escucha la explicación. A veces los Señores del Aire te envían un sueño, pero eso es muy poco frecuente. La mayoría de los sueños procede de las profundidades de nuestro yo secreto. Un sueño importante y perturbador como éste significa que tu yo secreto, la parte más importante de ti, la que está más cerca de reflejar la imagen de Dios, está lleno de ansiedad por la manera en que te estás comportando. Te advierte y al mismo tiempo te insta a que te esfuerces más: a que seas fiel a los instintos nobles que te mueven, superando así el egoísmo y la cobardía.

— ¡Pero no sé cómo!

—Te lo dirán —aseguró la discernidora con suavidad—. Ya has iniciado tu camino. Quien te habla lo ha visto a través del cristal. Es necesario que sigas en él, un día tras otro, resuelta y confiada.

La princesa parecía insegura.

—Eso suena demasiado sencillo.

Tanto Frolotu como Immu rieron alegremente. Al principio Anigel se sintió herida, luego furiosa, pero al final tuvo que reírse con ellas.

—Has escapado a la muerte por medio de muchos milagros y con la ayuda de buenos amigos —le dijo Frolotu, cuyo rostro se había tornado grave—. Tus próximos pasos están claramente dibujados. Debemos proseguir con determinación, sientas o no miedo. No hay de qué avergonzarse por sentir miedo, princesa. No podemos evitarlo. Pero a veces nos vemos solemnemente obligados a seguir adelante a pesar del miedo.

La princesa se miró el regazo, donde sus manos se entrelazaban apretadamente.

—Bueno, lo intentaré.

—Bien —asintió Frolotu mientras se incorporaba—. El bote uisgu que hemos pedido llegará esta noche. Hasta entonces, debes permanecer recluida. Ese sucio hechicero ha dejado aquí en la guarnición a uno de sus esbirros, suponemos que para iniciar tu búsqueda y la de tus hermanas las princesas. Pero te marcharás hacia Noth antes de que salga la Luna. Si todo va bien, llegarás a la morada de la Dama Blanca dentro de cuatro días.

Anigel se apenó por tener que reanudar su viaje tan pronto. Pero cuando habló, su voz tenía un tono de saludable ironía.

—Me consolaría mucho llorar un rato ahora, lamentándome por mis muertos y llena de autocompasión. No podía llorar en la balsa porque el ruido nos hubiera delatado. Y ahora parece que no hay tiempo para hacerlo. Bien, tal vez ése haya sido otro propósito del sueño. En esa tierra de sombras puedo llorar hasta que se me caigan los ojos, y gemir y negarme a mi destino noche tras noche, y eso no será pecado ni debilidad. Pero cuando esté despierta, haré todo lo que pueda para seguir adelante.

—Esta es mi muchacha —graznó Immu.

La discernidora sonrió en señal de aprobación.

—Tu yo secreto desea ayudarte. Si logras enfrentarte a tus pesadillas, seguramente aprenderás a temerlas menos.

Un resto del antiguo pánico volvió a emerger en la expresión de Anigel. Apeló a su vieja amiga.

—Pero tú estarás a mi lado todo el camino, ¿verdad, Immu? Si estuviera sola, no creo que...

—Te amaré y te serviré hasta el último de mis días —prometió Immu.

Extendió la mano hacia la muchacha y la abrazó, dándole un beso en la mejilla.

—Iré contigo a Noth, por supuesto, y te acompañaré adonde la Dama Blanca te envíe. Pero llegará un momento, un momento que llega para todos nosotros, en que deberás sostenerte sola.

Anigel sepultó su rostro en el hombro de su vieja niñera.

—No demasiado pronto. Por favor, que no sea demasiado pronto.

Kadiya se despertó en la penumbra y el olor del pescado que se asaba animó en ella un hambre que era casi un dolor. Por lo visto, Jagun había logrado encender un pequeño fuego y estaba asando allí unos cuantos garsus, el mayor tan largo como su mano.

Kadiya gateó a través de la espesa maleza que rodeaba el campamento y se acercó al agua. Usó unas hojas para frotarse el rostro y las manos. Echaba de menos la cálida piscina de la Ciudadela, donde ella y sus hermanas habían aprendido a nadar, el puñado de dulces cristales del sur que arrojaban en el agua para que el cuerpo descansara rodeado de espuma perfumada. A pesar de que los hilados de los raros eran muy fuertes, llevaba la ropa desgarrada, y la grasa con la que estaba obligada a untarse se había puesto rancia. Su pelo sucio sólo podía ser recogido con una fuerte fibra de caña.

Regresó al campamento y Jagun le entregó rápidamente un garsu asado que ella comió con la mano, chupándose los dedos cuando el calor y la grasa los quemaban.

Jagun quedó en silencio mientras ella comía. Tampoco se mostró muy comunicativo mientras ambos hacían desaparecer lo mejor que podían los rastros de su campamento para volver a la balsa y empujarla aguas adentro. Kadiya lo convenció de que ella debía colaborar durante la travesía, de manera que el raro dejó a un lado la pala, tomó una pértiga, y le tendió otra a la joven.

Este ejercicio no era nuevo para la joven, pero descubrió que le llevaría tiempo adquirir el ritmo adecuado para complementar los esfuerzos de Jagun.

Una vez que halló el ritmo conveniente, advirtió que había algo hipnótico en el ejercicio. Hundir la pértiga, hacer fuerza, volver a sumergirla. Estaba en la proa y con frecuencia observaba la chispa contenida en su amuleto.

Descansaban de vez en cuando. En una ocasión se detuvieron para arrancar del agua las raíces de ciertos lirios. Los enormes capullos estaban en brote, de modo que las raíces podían comerse sin peligro. Esas raíces, junto con los restos de garsu, constituyeron su comida de medianoche.

Había sido una noche silenciosa. Kadiya experimentaba una constante inquietud. Hasta el hipnótico balanceo de las pértigas contribuía a hacerle temer algún ataque invisible e inaudible.

Entre los suyos, Jagun era considerado un gran explorador, y ella podía estar segura de que el raro reaccionaría instantáneamente ante cualquier amenaza natural. Pero ésos eran ataques externos, y lo que la princesa temía procedía de lo interior, cuya existencia ni siquiera había advertido hasta que se manifestó por primera vez.

—Jagun —dijo en voz baja, apenas más intensa que el zumbido de los insectos que los rodeaban—. ¿Qué debemos recorrer ahora?

La joven deseaba ahora haber prestado mayor atención al enorme mapa mural que cubría, con sus colores desteñidos, los muros de la Cámara del Concejo de la Ciudadela.

—Estamos entrando en la Ciénaga Dorada —explicó él—. Pero antes nos detendremos en Vurenha...

— ¡El lugar de tu propio clan!

—Sí. Pertenezco a los clanes exteriores. Más allá se extiende lo que pocos ancestros han visto alguna vez. No sé qué encontraremos allí. Dependeremos completamente de tu amuleto.

— ¿La región uisgu? —lo presionó la joven.

—Una parte, sí, pero también los lugares oscuros donde los ahogadores yerguen sus picas. Hay muchas leyendas al respecto, y no sé hasta qué punto son ciertas. Pero debemos cruzar esa región para llegar a Noth, pues si vamos por el camino más largo podrían sorprendernos nuestros perseguidores.

— ¿Has estado en Noth, Jagun?

—Una vez. Fue cuando tú eras una criatura. Nosotros los cazadores, cuando creemos que ya somos diestros en nuestro oficio, debemos presentarnos ante la Dama para que ella nos conceda la plena libertad de los Pantanos. Fue entonces cuando ella me ordenó que me dirigiera a la corte de tu padre a servir como cazador y esperar el día de la profecía, el día que ya ha llegado. También se nos ordena que le informemos a la Dama de cualquier nuevo descubrimiento referido a los desconocidos.

— ¿Nuevos descubrimientos? —preguntó Kadiya, intrigada—. ¿Todavía hay nuevos descubrimientos por hacer, Jagun? Han pasado muchas centurias desde que tu pueblo empezó a viajar por los pantanos. ¿Que puede quedar por descubrir?

Por un momento Jagun no le respondió. Cuando lo hizo, su voz tenía una nota de reticencia.

—Previsora, los desaparecidos tenían secretos que nadie puede imaginar. También es cierto que cualquier antiguo artefacto que no se parezca a los ya descubiertos debe ser llevado ante la Dama Blanca de Noth. Guarda algunos, y nosotros sabemos que son cosas peligrosas y que sus secretos forman parte de su tarea de guardiana.

A Kadiya le resultó evidente que el raro no deseaba hablar más del asunto. Pero si Jagun había visto a la archimaga, seguramente podría proporcionarle alguna información que la prepararía para su propio encuentro.

— ¿Cómo es ella, Jagun? Sé que su magia es poderosa, pero ¿en qué la diferencia eso de los demás? Dicen que Orogastus tiene un cuerpo igual al de cualquier hombre, pero es de noble apariencia y capaz de mirar de tal modo a las personas que nadie puede negarle nada. Pero los rumores siempre engrandecen al enemigo. Si Orogastus es verdaderamente más que un hombre, ¿cómo es la archimaga?

—Hija del rey, ella es la Dama, el Guardián. Conoce la vida y la muerte, pero no se preocupa por ellas, pues la vida y la muerte es el destino común de todas las cosas. Siempre ha sido igual, desde la primera vez que mi pueblo la vio. No levanta una mano para detener la muerte ni invoca nueva vida. En cambio, mantiene el equilibrio tal como debe ser y nosotros nos enfrentamos al paso del tiempo según las reglas de nuestra propia naturaleza. Sólo protege a los Pantanos de las invasiones, pero ahora el equilibrio ha sido alterado y debe ser compensado otra vez. Para eso, hija del rey, naciste tú...

Kadiya había enterrado profundamente su pértiga. No la extrajo, sino que se volvió para mirar a Jagun.

— ¿Yo nací para eso? —exclamó con voz aguda.

—Vosotras tres, Previsora. El tiempo pasa, y hasta la piedra más dura debe rendirse finalmente durante los años de inundación. La que está en Noth puede ver el futuro. Así, cuando comprueba que las nubes se reúnen, su deber es prepararse para la llegada de las lluvias invernales. Antes del día de tu nacimiento, hija del rey, algunos de mi pueblo y ciertos uisgu fueron convocados a Noth. Se les advirtió que la Oscuridad crecía, y que ella, que se había interpuesto entre nosotros y esas manifestaciones en el pasado, en esta ocasión no sería capaz de alzar una muralla de fuerza. Sin embargo, nos prometió una cosa: que habría otras que seguirían sus pasos y restablecerían el equilibrio.

Kadiya se mordió los labios. Una vez más su furia interior se alzó de las ascuas que ella alimentaba con tanto cuidado.

—Una advertencia —protestó—, ¡ella podría habernos hecho una advertencia!

—Previsora, ésta es la primera vez, según cuentan todas las canciones históricas de mi pueblo, que la Dama Blanca de Noth debe enfrentarse con alguien de poderes semejantes a los suyos. Él puede ser incluso

mayor de lo que se sabe hasta ahora. Tú deseas vengarte de la muerte de tu familia, deseas vengarte de Voltrik... tal vez eso sea algo insignificante comparado con lo que tendrás que hacer antes de que todo termine.

—Yo no tengo magia... —empezó a decir la joven.

—Mira esas cañas —la interrumpió Jagun, señalando hacia la derecha—. Puedes arrancar una, y sin gran esfuerzo, la quebrarás. Pero si arrancas tres y las trenzas, tendrás una cuerda que retendrá a un harfut. Eres una, tres sois...

Kadiya, con impaciencia, imprimió un empujón a la pértiga.

— ¿Haramis, Anigel y yo seremos vuestra cuerda? —se rió—. ¡No creo que nadie pueda cazar gran cosa con ella!

Magia. Ella carecía de magia, y desde luego, en su corta vida Anigel no había demostrado ningún deseo de dedicarse a ese arte olvidado. ¡Magia! No quería considerarla un arma. Prefería enfrentarse a Voltrik con un verdadero acero. No sabía cómo ni cuándo ocurriría, pero sabía que ocurriría. ¡Y entonces no dependería de ninguna magia dudosa para realizar su cometido!

A veces, durante la larga noche de viaje, no podía contener esos pensamientos. Pero siempre obligaba a su atención a centrarse en lo que los rodeaba. Dos veces se detuvieron al abrigo de algún islote para descansar y comer. La joven se frotó los hombros y los brazos doloridos, pero se negó a pronunciar siquiera una queja: en realidad ella y Jagun intercambiaban escasísimas palabras.

En una ocasión se alzó un grito agudo que interrumpió la calma de la noche. Kadiya se mantuvo firme, a pesar de que nunca había oído nada parecido. Estaban descansando bajo las caídas ramas de un árbol acuático, en la sombra y protegidos. Arriba centelleaba la Triple Luna, y por el cielo cruzó una sombra de alas negras que hizo contener el aliento a la muchacha. Era evidente que esa cosa era mayor que la balsa, y sus alas desplegadas borraron por un momento las estrellas. La joven no tenía ni idea de qué podría ser, nunca había oído hablar de nada semejante.

Volvió a gritar y desapareció. Sin embargo, Jagun no hizo ningún gesto de salir de su escondite. La muchacha oyó que soltaba un siseo.

—El vur. ¡Está cazando! —susurró el raro. Su tono reflejaba la inquietud de alguien que debía enfrentarse con un enemigo mucho más poderoso.

— ¿El vur?

—No puede haber volado hasta aquí por su propia elección, ya que es una criatura del corazón de lo desconocido —explicó él, como si hablara consigo mismo—. ¿Qué lo trae hasta esta región? Sin duda el mundo debe estar muy perturbado.

Por fin reanudaron su avance, esta vez a menos velocidad. Kadiya intentó hacer el menor ruido posible. Una vez más oyeron el grito torturante, pero sonó más al norte, en la dirección hacia donde viajaban.

Acamparon al amanecer. Kadiya se hubiera alejado de la tierra más alta hacia donde los conducía Jagun, pues era evidente que contenía ruinas y la joven no podía olvidar lo que habían encontrado antes en un lugar así. Pero Jagun insistió.

El raro señaló algunos remolinos en el agua.

—Sucbri. Seguramente hay un nido. No suelen reunirse en lugares cercanos a los campamentos.

Desembarcaron en la isla y Jagun desapareció, cerbatana en mano. La joven reunió leños arrastrados por el río durante la estación lluviosa y con cuidado los dispuso para un fuego, listo para ser encendido sin ser demasiado visible. Mientras esperaba sentada, abrió todos sus sentidos a lo que la rodeaba. Los olores de la ciénaga se mezclaban. Percibió el aroma de las flores, un hálito de putrefacción, e incluso rastros de almizcle animal. Aunque ella no poseía el don de Jagun y de otros cazadores, Kadiya intentó individualizar ahora cada uno de esos olores, clasificándolos lo mejor posible.

También escuchó. A su alrededor bullía la vida, y sus manifestaciones se hicieron más estridentes a medida que subió el sol. La joven reconoció el clic-clan del grillo-niñas, y más distante el gorjeo somnoliento de los pájaros. En la ciénaga había tanta abundancia de vida que la raza humana era una intrusa allí. Llevaría más tiempo que el concedido a los de su especie lograr clasificar y conocer siquiera superficialmente la vida del pantano.

Kadiya tomó el amuleto y lo sostuvo bajo el primer rayo de sol que llegó al campamento. El pequeño capullo albergado en su interior estaba completamente cerrado, aunque en una punta brillaba la chispa de luz. Negra, la flor era verdaderamente negra, diferente a todas las demás. Era el emblema de su casa,

a pesar de que ni siquiera las más viejas leyendas explicaban por qué.

Aunque la joven no lo había oído llegar, Jagun estuvo repentinamente a su lado. Traía un par de karawoks, con las bocas todavía goteando agua. El raro empuñaba su cerbatana y no miró a la joven, sino que volvió la vista hacia el camino que estaba a su espalda.

Kadiya podría haber contado hasta diez. Después, la tensa línea de los hombros de Jagun se distendió un poco. Una vez más su mirada se dirigió hacia el lugar por donde había venido. Por fin se dejó caer con un suspiro. Su piel se había agrisado por las terribles penurias de la huida. Había dejado caer sus karawoks sin dedicarles siquiera una mirada, como si el hecho de que le hubiera ido tan bien en la cacería no significara ya nada.

En cambio, después de apoyarse la cerbatana sobre una rodilla, Jagun soltó de su cinturón un bulto deforme envuelto en una hoja, que desenrolló rápidamente. Con una exclamación, Kadiya se apartó. El hedor era tan intenso como si el agente hubiera sido arrojado sobre ella. La cosa era un terrón de algo que parecía una gelatina solidificada de color amarillo verdoso.

—Un retoño de skritek —informó Jagun, quien soltó esa cosa y se frotó vigorosamente la mano sobre la hierba—. Es muy pequeño, pero suficientemente mortífero.

Kadiya se quedó mirando. Era impensable que los skritek hubieran llegado tan al sur a plantar una pica de advertencia. Que tuvieran un criadero cerca de aquel lugar sin duda era imposible.

—Había un lugar de alimentación de buró —continuó Jagun—. Se había alimentado de esto.

— ¿*A* qué distancia puede volar uno de ellos? —preguntó la joven.

— ¿Cargando un retoño grande? No muy lejos de la más cercana población skritek.

Kadiya consideró la amenaza que eso implicaba.

—Entonces, ¿los skritek se están desplazando hacia el sur?

Jagun recogió la hoja, con cuidado de no tocar su contenido. Se alejó del campamento, cavó un pozo con un palo y enterró el maloliente resto dentro de él, para cubrirlo después con tierra.

Cuando volvió, había en su voz una nota sombría.

—Tenemos muchas rutas en los Pantanos, y en general las conocemos bien. Pero nadie puede conocer toda esta región. Hay lugares de arenas movedizas que succionan a los invasores, por los que no podemos pasar. Lo que se extiende más allá...

El raro se encogió de hombros.

Comieron, y luego Kadiya hizo el primer turno de guardia mientras Jagun descansaba. Le resultó más difícil que nunca mantenerse despierta, aunque se dedicó a pensar cuál podría ser el resultado del deliberado cambio de territorio de los skritek. Cuando Jagun se levantó para reemplazarla, la joven cayó inmediatamente en un sueño profundo, el de alguien que ha llevado su cuerpo hasta el límite de sus fuerzas.

Era entrada la tarde cuando él la despertó. Jagun había estado cazando otra vez y esta vez no sólo había traído algunas raíces dulces de lirio, sino también pescado, garsu. A Kadiya se le hizo la boca agua. Comieron lentamente, saboreando cada bocado, y luego abandonaron su refugio, siempre siguiendo la promesa de la luz del amuleto.

Esa noche no vieron al vur, ni tampoco rastros de que hubiera algún otro en el camino, en medio de la vegetación y de los habituales habitantes de los pantanos. Pero ahora se hallaban finalmente muy cerca de la Ciénaga Dorada, tan cerca como para avistar ya los cañaverales con coloridas flores que daban nombre a la región.

Cuando el amanecer les indicó la necesidad de hallar un refugio, pudieron acampar en un sitio muy diferente de los que habían tenido que aceptar antes, ya que resonó un grito de saludo, al que Jagun dio pronta respuesta.

La ribera del gran río estaba ahora hendida por la boca de una corriente más pequeña. Jagun condujo la embarcación directamente hacia aquel lugar. En cada orilla de la corriente aparecieron raros que a Kadiya le parecieron nyssomu por sus vestimentas tejidas. Pero cuando se dirigieron a Jagun no lo hicieron en la lengua comercial, y la joven sólo logró comprender un par de palabras. Jagun impulsó la balsa más cerca de la ribera izquierda. Uno de los nativos subió con cuidado a la embarcación, tomó la pértiga de manos de Kadiya y con un gesto indicó a la joven que se sentara, mientras que con potentes movimientos impulsaba la pequeña embarcación hacia delante.

Así llegaron a Vurenha, la única aldea nyssomu verdadera que la joven había visto en su vida. Los que tenían ocupaciones comerciales en Trevista vivían allí, en las ruinas. Pero no había indicios de ninguna

otra historia salvo la de su propio pueblo. Sus casas estaban construidas sobre columnas en una vasta extensión de agua. Cada una de ellas se elevaba sobre el centro de una plataforma situada a unas cinco anas de la superficie, rodeada a ambos lados por gran número de balsas similares a la que los había conducido hasta allí.

Enredaderas cuyas raíces se hundían en macetas se veían espaciadas a intervalos regulares flanqueando las casas, y los tallos habían subido por las paredes de los edificios, lo que daba la apariencia de que las hojas brotaban de la estructura misma. Las enredaderas exhibían unas pesadas vainas entre amarillas y escarlatas, cuyo peso inclinaba toda la planta. Kadiya las reconoció como la materia prima de una bebida sabrosa. Junto a las costas del pequeño lago sobre el que se había edificado la aldea se extendían algunos campos de cultivo, así como corrales para los dos tipos de animales que criaban los nyssomu para su alimentación —woth y qubar—, ambos de mayor tamaño que sus primos salvajes de los Pantanos.

La balsa fue impulsada hacia el costado de una de las casas. Fuera de las viviendas se veían ahora muchas figuras, pero las cuatro que esperaban su llegada eran más viejas, dos de ellas mujeres con el rostro pintado con dibujos iridiscentes y las ropas de fibras orladas de conchas pequeñas o de pedacitos de materiales brillantes que tal vez procedían de las ruinas. La mujer más alta y de aspecto más imponente se adelantó para darles la bienvenida.

—Te saludo, Primera de la Casa —Jagun habló con lentitud y esta vez Kadiya comprendió cada palabra—. Que aquellos que no nombramos concedan honor y buena vida a este clan y esta aldea.

La nyssomu inclinó la cabeza con la misma gracia que Kadiya había observado en su madre siempre que recibían una embajada oficial.

—Esta que habla te concede albergue, cazador —ofreció ella.

Entonces Jagun presentó a Kadiya:

—Pero primero, ésta es la hija del rey del Gran Lugar. Un enorme mal ha azotado nuestra tierra. Ella ha sido convocada por la Dama Blanca de Noth para que reciba su consejo.

El hombre nyssomu que había impulsado la balsa con la pértiga extendió la mano para ayudar a Kadiya a saltar a la plataforma, de forma que se situara ante la mujer a quien Jagun había saludado con tanto respeto. La joven había sido instruida en todas las cortesías acostumbradas, pero era necesario llevar un vestido de etiqueta para hacer una reverencia adecuada. Así pues, Kadiya improvisó un saludo con el gesto que había observado en las mujeres raras de Trevista. Unió las palmas de las manos e inclinó la cabeza hacia delante.

—Yo, Kadiya, hija del rey Krain, deseo el bien a esta aldea.

Para su alivio, la mujer respondió con un gesto que Kadiya conocía: extendió la mano con la palma hacia arriba. Con rapidez, la joven puso su palma sobre la de la mujer.

—Descansa, hija del rey —dijo la mujer, con ese estiramiento de los labios que era una sonrisa de los raros. Luego rápidamente recompuso su expresión—. Es cierto que hay mucha muerte y todos agradecemos a aquellos que no nombramos que hayas llegado aquí sana y salva. Los que ahogan caminan sobre nuestra tierra. —Vaciló un momento antes de continuar—: Muchos seres de oscuro nacimiento andan sueltos. Pero en esta aldea estás libre, hija del rey, y permítenos darte el tratamiento de huésped.

El interior de la casa nyssomu estaba dividido en una serie de habitaciones que daban a un vestíbulo, y a Kadiya le pareció que cada una de ellas había sido asignada a alguna familia o grupo concreto. No se veía ningún hombre, pero junto a cada puerta había una o varias mujeres, y todas inclinaron la cabeza cuando Kadiya y su anfitriona pasaron junto a ellas. Luego llegaron a una puerta situada al final del vestíbulo y la joven descubrió que el lujo, aunque no fuera de la clase a la que estaba habituada, no era algo desconocido en aquel lugar.

Encontró una tina tallada (que por su aspecto parecía haber sido extraída de alguna ruina) que la esperaba, colmada de agua clara donde flotaban pétalos de color añil, que la joven reconoció como uno de los productos de intercambio de Trevista. Al aplastarlos y frotarlos sobre la piel, no sólo producían una fragancia duradera, sino también una espuma limpiadora. Con felicidad, Kadiya se quitó la ropa y se metió en la tina. Se frotó con los perfumados pétalos y se lavó el cabello enmarañado y grasiento. ¡Oh, qué dicha estar limpia otra vez!

Su anfitriona se había sentado en un banco de la misma habitación, y una a una otras seis mujeres nyssomu, de aspecto y vestimenta igualmente imponentes, se reunieron con ella. Por algún motivo, esta presencia no desconcertó a Kadiya. Había en el lugar un ambiente de serena tranquilidad que venía a actuar como un emplasto calmante de hierbas sobre la abierta herida de su pasado reciente.

Una mujer más joven trajo un largo vestido de fibras bellamente trenzadas para ataviar a Kadiya. Su anfitriona se irguió y le indicó con un gesto una banqueta acolchada. Cuando Kadiya se sentó, otra joven trajo una bandeja donde destacaban unos recipientes hechos con vainas secas de corfer, artísticamente talladas.

Cuando todas se sirvieron, su anfitriona inclinó un poco su recipiente, para que un par de gotas cayeran al suelo. Las otras siguieron su ejemplo, al igual que Kadiya, que intentaba permanecer atenta a cualquier detalle de etiqueta que pudiera ganarle la aprobación de esta gente. En la Ciudadela, muchas veces se había impacientado con el ceremonial, y en ocasiones se había mostrado tan distraída que había recibido un regaño de su madre; sin embargo, ahora comprendía que debía imitar cualquier gesto que complaciera a las nyssomu.

Su anfitriona tomó un sorbo de su taza y luego la sostuvo en alto. Kadiya imitó su ejemplo con rapidez e intercambiaron las tazas que Kadiya, siguiendo una vez más el ejemplo de la otra mujer, vació con la misma rapidez. Una cálida sensación de relajación inundó todo su cuerpo.

—Hay mal —dijo su anfitriona, interrumpiendo el silencio—. Los bebedores de sangre andan sueltos, y con ellos otro que no es de nuestra tierra y que puede confundir los pensamientos. Nos han llegado mensajes desde río abajo. Muchos miembros de nuestro pueblo se han marchado de Trevista, pues ese sitio está ahora en poder de los mercaderes de muerte. Hemos enviado un mensaje a la Dama Blanca de Noth, pero por ahora no ha habido respuesta...

Hizo una pausa.

—Primera de la Casa —dijo Kadiya, y se inclinó hacia delante—, los que han invadido Trevista tienen poco conocimiento de los Pantanos. Pero los manda un maligno versado en artes extrañas,

y uno de sus sirvientes viaja con los skritek. Sin embargo, no creo que soldados habituados a los llanos de Labornok puedan luchar en el país cenagoso. Tu pueblo, que conoce cada recodo y cada rincón, sin duda puede alzarse contra ellos y liberar esta parte de la tierra.

Pero su anfitriona meneaba lentamente la cabeza.

—Hija del rey, no es nuestra costumbre entablar batallas contra los que entran en nuestra tierra. Tenemos nuestras defensas, pero no infligimos la muerte a otros.

Kadiya se mordió un labio. ¡Qué clara había visto la posibilidad de hostigar a la fuerza enemiga utilizando a estos nyssomu, que podrían volver cada treta y cada terror del terreno en contra del enemigo con sólo desearlo! Pero, ¿qué podría hacer? La impaciencia la había conducido a cometer insensateces con tanta frecuencia en el pasado. Esta vez no debía cometer errores si podía evitarlo.

Palpó su amuleto.

—La Dama de Noth me ha convocado —dijo cuidadosamente—. Desde hace mucho ha sido la Guardiana de esta tierra. Tal vez ella tenga una respuesta.

La mujer nyssomu asintió en un gesto de aprobación.

—Así es, hija del rey. Ella es más grande que cualquier ser viviente y dueña de muchos poderes extraños. Te daremos toda la ayuda posible para que llegues hasta ella.

Kadiya tuvo que contentarse con eso.

La melodía que desgranaba la flauta era *El rosado estanque del crepúsculo,* una de las favoritas de Haramis, una balada triste y sentimental de un solitario hombre del río que se hallaba lejos de su hogar y de sus seres queridos. Cuando se extinguió la última nota argentada entre los ecos de los escarchados riscos, la princesa dijo:

— ¡Qué hermoso ha sido, viejo amigo!

—Me gustaría haber seguido tocando —dijo Uzun con tono de disculpa—, pero me resulta difícil mover los dedos con rapidez.

Se arrebujó más en su capa forrada de piel y extendió sus botas mojadas más cerca del pequeño fuego de ramitas quebradas que caldeaba el campamento. La noche se acercaba con rapidez, trayendo con ella un viento frío desde los glaciares, un viento que cortaba como un cuchillo la piel expuesta.

—No importa, Uzun. Creo que si hubieras seguido tocando, yo hubiera llorado de melancolía. El hombre del río del que habla la canción al menos tenía la esperanza de regresar a su familia y a su hogar, pero para mí no hay hogar, y los que amaba están muertos.

—Tus hermanas tal vez no, princesa.

Ella dirigió la mirada hacia la sombría pendiente rocosa, más allá del torrente del río Vispar, que habían seguido cada vez más arriba hasta la cordillera Ohogan. Por encima de los sombríos desfiladeros,

la majestuosa masa del monte Rotólo estaba matizada de rojo por los últimos destellos del sol, contra el cielo nocturno cruzado de nubes.

—Ojalá que Kadiya y Anigel sigan todavía con vida —suspiró Haramis—, pero sabes tan bien como yo que Kadiya estaba dispuesta a morir valerosamente enfrentando una desventaja avasalladora cuando nos separamos. En cuanto a Anigel, no me sorprende-

ría enterarme de que se murió de miedo. —Parpadeó para librarse de unas lágrimas repentinas—. ¡Pobres pequeñas idiotas! —Apresuradamente concentró una vez más sus pensamientos en los problemas que la acuciaban—. Y tal vez muy pronto nos unamos a ellas, si estas desdichadas semillas de trillium nos hacen seguir ascendiendo las montañas. Ya casi no hay leña para el fuego, ni raíces ni bayas comestibles. No hay peces en el río desde que empezó a blanquear, y el agua tiene sabor raro. ¿Qué es esa sustancia que hay en el agua? ¿Lo sabes tú?

—A mí me sabe a roca —respondió Uzun—. En cualquier caso, si fuera venenosa...

—… ya estaríamos muertos —convino Haramis—. Pero sigue sin gustarme. Y tú me preocupas, Uzun, no deberías estar aquí arriba con este frío. No puede hacerte ningún bien, tu cuerpo no está hecho para vivir aquí.

— ¡Estoy perfectamente bien! —protestó Uzun—. Sólo necesito calentarme un poco y conseguir que se me sequen las botas.

—Pero volverán a empaparse mañana, en cuanto tengamos que atravesar zonas de nieve húmeda —señaló Haramis—. Mi sangre es más caliente que la tuya, Uzun, y yo puedo soportarlo. Pero tú eres un nyssomu, nacido para morar en el calor del Pantano. Durante todo el día he visto que tu rostro se volvía cada vez más gris de dolor, y tu paso es más lento.

—Te estoy retrasando —murmuró él con tristeza.

—Eso no importa, ¡Dios sabe que no tengo prisa alguna por morir congelada! Pero no me parece probable que mejores: lo más fácil es que empeores a medida que el frío aumente.

La joven se incorporó de su lugar junto al fuego, se quitó los mitones forrados en piel y empezó a sacarle las botas mojadas.

—Debemos quitarte estas botas, nunca se te secarán puestas.

— ¡No, no, yo debo servirte a ti! ¡Nunca tú a mí!

—Cállate la boca —ordenó ella con fingida severidad.

Cuando le hubo quitado las botas y los empapados calcetines de fieltro y la capa de hierbas interior —que era aislante, pero reducida ahora a un bulto inútil que pendía de los pies con garras del hombrecito—, cubrió los pies del raro con sus mitones, a manera de pantuflas. Después colocó el calzado del nyssomu de forma que recibiera el escaso calor del fuego, y le dio un trago del pequeño recipiente enhollinado que usaban para preparar el té de darci.

El anciano raro exhaló un profundo suspiro.

—Ahora estoy mucho mejor. Pero no tendrías que haberte rebajado...

Ella le colocó un dedo sobre los labios para silenciarlo.

—Ahora escúchame, Uzun. He sopesado cuidadosamente esta cuestión, y ya me he decidido. Deseo que regreses ahora, tras haberme acompañado todo lo que podías; yo seguiré sola.

— ¡No! ¡No! —exclamó él, derramando el té en su agitación.

— ¿No acabo de decir que ya lo he decidido? —rezongó la joven—. Sabemos que casi hemos llegado a esa parte de las montañas donde ningún ser vivo puede durar mucho tiempo, salvo tal vez los fabulosos Ojos de los Remolinos. Nuestros alimentos casi se han agotado y no hay posibilidad de conseguir más. Muy pronto ni siquiera habrá árboles enanos, y tampoco madera para encender el fuego. Si soy una persona con un alto destino, tal como dijo la Dama Blanca, podemos suponer que los Señores del Aire me protegerán y me alimentarán de algún modo mientras sigo las semillas de trillium. Pero tú, mi querido amigo, debes regresar. Esta misión me corresponde y debo cumplirla sola. La archimaga me lo dijo. ¿Acaso no te anunció que debías abandonarme antes de la finalización de mi viaje?

Uzun bajó la cabeza sin responder. Se enjugó los ojos con la manga y después tomó un pequeño sorbo de té de su cuenco común.

—Si regresas ahora —continuó Haramis—, puedes salir de la zona nevada en medio día. La siguiente jornada te llevará a la parte fértil del río Vispar, donde abundan los garsus y otros peces, y donde hay cantidad de bayas maduras y nutritivas, y noches sin escarcha. Puedes seguir el río hacia el sur hasta encontrar a los amistosos uisgu y ellos te llevarán en sus botes hasta Trevista, hasta los tuyos.

— ¿Pero cómo puedo dejarte sola? El Triúnico sabe que soy un pésimo explorador, pero tú, ¡perdóname princesa!, ¡tú eres todavía menos capaz que yo para sobrevivir en este estado salvaje!

—Ahora no necesito ninguna capacidad especial de supervivencia. No hay más peces para destripar, ni varts de la ciénaga para tenderles trampas, ni plantas alimenticias silvestres que buscar o preparar. Las provisiones que tengo en mi morral impedirán que muera de inanición por ahora, y sé que debo dejar que el sedimento del agua del río se asiente antes de bebería. Puedo escalar rocas con bastante agilidad, sin duda últimamente he practicado bastante, y es evidente que las semillas me guiarán a sitios secos donde dormir,

al menos por algunos días más, hasta que todo el paisaje esté cubierto de una gruesa capa de nieve. Si para entonces no he llegado a mi destino... —Se encogió de hombros—. Bien, tal vez los Ojos del Viento tenga piedad de mí y me conduzcan hasta uno de esos fabulosos valles verdes de las alturas Ohogan, donde, según se dice, viven los vispi entre fuentes cálidas, y las plantas florecen mientras las celliscas pasan inocuas sobre su cabeza.

—Es verdad, yo mismo me pregunto si la Dama Blanca no nos ha enviado hacia algún lugar así —dijo Uzun en tono reflexivo.

— ¿Qué sabes de los vispi?

—Nunca salen de las montañas. Venden metales preciosos y gemas a los visgu, que se las pasan a los nyssomu, y luego llegan a los humanos en la Feria de Trevista o en los mercados más pequeños de las aldeas Dylex. A cambio, se llevan animales domésticos, sobre todo la clase más rústica de volumniales, logares y nunchiks peludos. También codician la sal y toda clase de dulces: la miel de abeja de agua es el principal producto que los uisgu intercambian con ellos, además de algunas otras mercancías.

— ¿Qué aspecto tienen?

—Ningún nyssomu ha visto a uno de ellos y ha sobrevivido, pues sus tierras están prohibidas para los pueblos del Pantano.

—Como es evidente que se morirían congelados antes de llegar hasta ellos —masculló Haramis—, eso es muy lógico.

—El pueblo de las tierras herbosas —continuó Uzun—, los uisgu, aseguran que los vispi son más altos que los hombres, pero más delgados. Ellos pertenecen al Pueblo, porque sus retoños nacen con el cuerpo completo, no como las larvas hambrientas de los skritek. Se dice que los Ojos de los Remolinos del Viento, esos guardianes de los pasos montañosos que una vez ayudaron a impedir las invasiones de nuestra tierra, pertenecen a los vispi, y que sirven a la Dama Blanca.

—Algunos de los guardias de nuestras fortalezas de montaña contaban historias de los vispi danzando sobre la nieve recién caída —recordó Haramis—. Decían que eran bellos.

—También se comenta que son los más antiguos del Pueblo. Pero nadie lo sabe a ciencia cierta. Nuestros narradores de leyendas dicen que viven en profundos valles de los flancos del monte Rotólo, el monte Gidris y el monte Brom. Allí las fuentes calientes y los ríos humeantes fluyen, según se dice, moderando el terrible frío y la esterilidad, de modo de que las plantas puedan crecer. Y alrededor de las tierras de los vispi hay cavernas de hielo que se descongelan lentamente, produciendo joyas y barras de oro y de platino así como piedras más bajas, que los torrentes de montaña llevan hacia abajo. Se dice que algunas de esas cavernas de hielo pertenecieron a los desaparecidos, y muy de vez en cuando los vispi ofrecen a la venta algunos de sus antiguos aparatos.

—Qué fascinante —murmuró Haramis.

Atizó el fuego con la punta de hierro de su bastón y colocó algunas ramitas sin quemar sobre la escasa pila de ardientes ascuas. Durante varios minutos permaneció en silencio.

—Uzun, ¿querrías escrutar para mí? —dijo después repentinamente.

— ¿Buscando a tus hermanas?

—No, no a ellas. A los vispi.

Él soltó una exclamación.

—Yo... bueno, lo intentaré. Si verdaderamente pertenecen al Pueblo, deberían tener auras, como los otros seres naturales.

Sin una palabra, ella señaló el recipiente del té, donde quedaba un dedo del oscuro líquido. Uzun asintió y lo levantó. Agitó el resto de té, haciéndolo girar más y más rápido mientras observaba fijamente el pequeño vórtice. Después su cuerpo se tensó y su mirada se hizo fija y desenfocada, mientras unas gotas

de aceitoso sudor le brillaban en la frente.

Haramis esperó. El rosado resplandor que había bañado las nevadas cumbres se destiñó hasta volverse gris. El cielo, que había estado sin nubes durante los días de viaje, mostraba ahora unas largas franjas perladas de cirros procedentes del sur, que presagiaban el monzón invernal. Algunos años las tormentas llegaban temprano. Si por mala suerte ocurría eso, ella estaría perdida.

—Movis —susurró Uzun.

Sobresaltada, Haramis lo cogió del hombro.

— ¿Has visto algo?

—Movis —repitió él. Sus grandes ojos dorados la miraron mientras recuperaba el control y apoyaba lentamente el cuenco de té—. El nombre de su mayor población es Movis y se encuentra por encima de nosotros, hacia el oeste.

— ¿Lo has visto con claridad? —preguntó ella, con el rostro encendido de excitación—. ¿A qué distancia queda?

—Eso no puedo decirlo, sólo sé que está por allí, en algún sitio en esa dirección. Los vispi pueden ocultarlo completamente de la vista si lo desean, pero yo pronuncié tú nombre y me concedieron una visión momentánea de Movis. También me dijeron que te esperaban.

Haramis sintió que el corazón le latía con violencia. Su mano desnuda fue al interior de la túnica y asió el cálido amuleto de ámbar que descansaba contra su piel. ¡Movis! ¡Un sitio real, no un sueño febril de la agonizante archimaga! Después de todo, las semillas aladas no la conducían en un viaje insensato, sino en una verdadera búsqueda. Al menos, eso esperaba.

—Me has servido bien —le dijo a Uzun—. Lo que has visto hace surgir renovada confianza donde antes sólo había incertidumbre. Te confieso, Uzun, que había empezado a temer que la Dama Blanca fuera tan sólo una bruja enferma y perturbada, que me enviaba a una muerte segura.

—Movis no está cerca —objetó el pequeño músico, con la frente surcada de arrugas de preocupación—. Sin duda queda a varios días de viaje, en un terreno muy escarpado.

—Mis semillas me guiarán —le dijo ella, sonriendo—. Encontraré el lugar, no temas, y los vispi que allí viven seguramente me ayudarán en mi búsqueda del Círculo Trialado.

—Parecía que me hablaban con buena voluntad —admitió Uzun.

Movió los dedos de los pies, todavía envueltos en los mitones de piel de Haramis, y lentamente la expresión de preocupación desapareció de su rostro.

—Tal vez después de todo las cosas saldrán bien —murmuró.

Luego bostezó y rápidamente pidió disculpas a la princesa.

Ella se echó a reír.

—Tienes razón, sin duda. Aunque echaré de menos tu querido rostro y tu música, me servirás mejor si regresas. Puedes empezar a convertir este viaje en una balada, que se cantará cuando yo sea reina de Ruwenda. Sin duda, a juzgar por las cosas que dices a veces, ya has empezado a trabajar en ella.

—Muy bien —suspiró Uzun—. Regresaré. Sin duda viajarás mucho más rápido sin mí. Ahora puedo dejarte con el corazón más liviano, con la esperanza de que los vispi hayan recibido de la archimaga la orden de ayudarte. Mientras viaje hacia el sur, trataré de vigilarte de vez en cuando, para asegurarme de que estás sana y salva.

—Por supuesto que sí —accedió Haramis.

Tomó las botas y los calcetines de fieltro del hombrecito, que ya estaban casi secos.

—Colócalos en el fondo de tu saco de dormir, y terminarán de secarse mientras duermes.

Lo ayudó a meterse en el abrigado saco y él se acurrucó con la espalda apoyada contra una gran roca que se encontraba al otro lado del fuego. Antes de que Haramis hubiera extendido su propio saco de dormir y hubiera tomado el último resto de té, el hombrecito ya estaba dormido y roncando.

Ella ordenó el campamento; después, lentamente, se dirigió hasta el río. La escarcha ya se formaba sobre las rocas desnudas y entre los agudos riscos centelleaban cúmulos de nieve en la penumbra. La joven llenó a medias su cantimplora más grande, haciendo un gesto de rechazo ante el contacto con el agua helada. Al amanecer, tras la escarcha y el deshielo, el lodo gris suspendido en el agua se sedimentaría, de forma que ya sería apta para el consumo.

A sus pies algo centelleó, y vio que era un diminuto charco que reflejaba una única estrella. Un recipiente perfecto para ver...

¿Podría llevar a cabo esa magia yo misma? En ese aspecto, ¿la visión es verdaderamente magia o una simple habilidad mental, como el habla sin palabras, que usan los raros? Me pregunto si podré ver a mis hermanas. Sé que bien pueden estar muertas, pero la intuición me dice lo contrario. Por supuesto, el hecho de que no pueda verlas tampoco prueba nada. ¿Y si la archimaga nos hubiera rodeado a las tres con alguna clase de barrera, una especie de hechizo protector para impedir que los labornokianos como Orogastus nos localicen y nos maten? Sin embargo, tal vez si yo buscara a mis hermanas, cuyos destinos según dice están ligados al mío, esa barrera no me detendría. No me hará ningún daño si lo intento.

Se arrodilló junto al pequeño estanque, con cuidado de no interrumpir la luz de la estrella, y pronunció una breve plegaria. Después eliminó todo pensamiento de su mente para que su única realidad fuera el plateado centelleo sobre el agua. Entonces evocó el rostro de su hermana Kadiya.

Kadi, Kadi. ¿Estás viva? ¡Déjame verte!

Una sonrisa. Un agradable aroma de agua perfumada, burbujas, una cabellera rojiza que flotaba...

Después nada.

Haramis se sentó en cuclillas. Durante un momento, durante una brevísima fracción de segundo, le había parecido captar algunas imágenes huidizas. Pero no había conseguido una verdadera visión de Kadi, sólo unos fragmentos de sensación que seguramente no tenían ninguna base, salvo su propia imaginación, excesivamente agudizada por la fatiga.

Suspiró. Bien, no había esperado tener éxito. Ver era un talento de los raros, no una capacidad que poseyeran los humanos. Era una perfecta idiota al permanecer allí arrodillada en el frío, casi congelada junto a un río de montaña, cuando podía estar arrebujada en su saco de dormir, que era el lugar más adecuado para esas fantasías. Suspirando, subió lentamente la cuesta para acostarse.

La embarcación uisgu se deslizaba rápidamente bajo la luz de las Lunas Triples, y Anigel despertó con un jadeo ahogado. Había vuelto a soñar con fuego y destrucción, por cuarta noche consecutiva, y tenía el cuerpo rígido y acalambrado de terror dentro del grueso saco de dormir con el que Immu la había arropado. ¡Maldito sueño! Era tan estúpido vivir una y otra vez esa penosa irrealidad. Aferró el amuleto de trillium que pendía de la cadena en torno a su cuello. Lo notaba cálido contra su palma helada mientras la joven preguntaba por qué su yo secreto habría vuelto a enviarle esa desdichada pesadilla de nuevo. ¡Sabía lo que eso significaba! Había enfrentado sus deficiencias y había prometido ser valerosa, ¿verdad? ¿Por qué los fantasmas no dejaban de atormentarla? ¡No era justo!

Firme en su determinación, abandonó los horribles recuerdos y se concentró en cuanto la rodeaba.

Se desplazaba en una embarcación acabada en pico en ambos extremos y que tenía más o menos el mismo tamaño que las balsas nyssomu, pero en vez de estar construida con un tronco de kala vacío, ésta estaba formada de haces de cañas, estrechamente trenzados como si fuera una gran canasta, revestida en el interior con alguna sustancia dura. Los dos rimoriks que tiraban de la embarcación uisgu eran criaturas alargadas y peludas, mayores que un hombre, con cabezas bruñidas, enormes ojos negros y zarpas con garras formidables. Tenían los cuerpos de un color verde moteado, y la única voz que proferían era un siseo. Rechazaban a los humanos y habían mostrado los colmillos cuando Anigel había intentado ser amistosa con ellos. Las criaturas estaban atadas al bote por medio de un doble arnés, y los conductores uisgu, que se llamaban Lebb y Tirebb, gobernaban a sus corceles acuáticos mediante riendas que pasaban por unos anillos a cada lado de la proa. Anigel estaba obligada a viajar y dormir en un jergón situado en la estrecha popa de la embarcación, para no perturbar a los rimoriks con su aura humana. Se detenían más o menos cada seis horas para reemplazar a sus fatigadas bestias por otras en alguna aldea uisgu y para que los dos conductores se turnaran.

El extraño terreno de la Ciénaga Dorada, por donde habían viajado durante los tres últimos días, era ardientemente caluroso durante el día. Se veían pocos animales nativos, con excepción de densas bandadas de pájaros, insectos de alas translúcidas, algunos con una envergadura de media ana, y miríadas de peces. Las hierbas aguzadas solían elevarse hasta el doble de la altura de Anigel, y estaban coronadas por panículos florales dorados y plumosos.

Al principio la embarcación siguió un tortuoso y estrecho canal a través de la densa región de la ciénaga situada al norte de Trevista. La pequeña corriente giraba y se retorcía en tantas direcciones que Anigel acabó por perder el sentido de la orientación. .El segundo día de viaje atravesaron un terreno donde la hierba era más corta y los canales menos discernibles. Los rimoriks se limitaban a nadar hacia delante a través de la pradera sumergida y sin caminos, y el bote ondulaba sobre la hierba como si se tratara de un camino aceitado, casi sin rozar el agua.

Los lugares donde se detenían eran siempre pequeñas islas elevadas con árboles de madera dura y arbustos colmados de toda clase de frutos y flores. Allí los tímidos uisgu tenían sus pequeñas aldeas, donde subsistían gracias a pescado crudo, los abundantes frutos silvestres y una parda bebida «sagrada» llamada

mitón, cuya naturaleza Immu se negó a explicar, aunque prohibió a Anigel que la probara. A diferencia de los nyssomu, los uisgu no utilizaban el fuego. Vivían en chozas de hierbas tejidas al mismo estilo de cestería enorme con el que fabricaban sus botes, y las viviendas estaban montadas sobre soportes para mayor seguridad durante las épocas de inundaciones producidas por los monzones. Este pueblo era mucho más pequeño que sus primos nyssomu, y sólo se ponían joyas de oro con gemas engarzadas, que obtenían del trueque con los vispi de las montañas del norte, y una breve prenda que recordaba una falda. Sus ojos protuberantes estaban rodeados de círculos de colores, y los pechos desnudos de los varones estaban adornados con un diseño pintado que representaba tres círculos entrelazados en un punto central. En general, sus cuerpos estaban cubiertos de vello corto,

lubricado con un denso aceite de poderoso olor almizclado. Anigel ya no percibía el olor, pero la primera vez que se había encontrado con los barqueros Lebb y Tirebb en el hogar de la discernidora, había tenido que controlar su repugnancia al recibir el resbaladizo apretón de manos de los hombrecitos. ¡No era raro que algunos ruwendianos ignorantes se refirieran a los pequeños raros como los Diablos Resbaladizos! Los barqueros e Immu apenas si comprendían mutuamente sus respectivos dialectos, pero no había gran necesidad de charla. Los dos uisgu sabían perfectamente dónde se hallaba la ruinosa ciudad de Noth, y habían prometido a Frolotu que conducirían allí a la princesa y a Immu con la mayor rapidez posible.

Después del anochecer, cuando las estrellas que coronaban la pradera no estaban veladas por la niebla y parecían dos veces más brillantes, la Ciénaga Dorada tenía una orquesta de sonidos nocturnos completamente diferentes de los del Mutar o Trevista. Ningún gran animal aullaba o rugía en estas vastas regiones sin árboles; en cambio, los ruidos de la ciénaga eran percusivos y sincopados, como cientos de diminutos tambores, todos de diferente timbre, que ejecutaran un cambiante ritmo como acompañamiento del siseo producido por la embarcación al desplazarse a través del mar de hierbas. El sonido resultaba hipnótico, y Anigel sintió que otra vez empezaba a dar cabezadas.

Nada de sueños, nada de sueños, suplicó débilmente, dejando que el olvido la reclamara. Cuando despertó, la embarcación se había detenido y ella se sentía muy descansada; ya amanecía.

Tres caritas peculiares la observaban por encima de la borda, con expresión fascinada y horrorizada a la vez. Guardaban un parecido familiar con los nyssomu, pero las orejas erguidas eran proporcional -mente más largas, al igual que sus afilados dientes, y cabezas, cuellos y mejillas estaban cubiertos por un pelaje aceitoso y brillante. Los ojos de uno tenían círculos pintados de amarillo, los otros llevaban pintura rosada y ocre.

La princesa soltó una exclamación de sorpresa y las tres caras se escondieron.

—Oh, lo siento —dijo la joven suavemente—. No temáis, pequeños uisgu. Sé que os parezco fea y gigantesca, pero no os haré daño.

Primero reapareció uno de ellos, luego los otros dos. Sus cabezas tenían el mismo tamaño que las de los bebés humanos. Los niños uisgu entablaron una conversación entre ellos con agitados gorjeos, obviamente discutiendo acerca de la naturaleza del monstruo que habían encontrado durmiendo en un bote en la playa.

—No pasa nada malo —los tranquilizó Anigel.

Sostuvo en alto el amuleto de trillium que pendía de su cadena y todo pareció aclararse repentinamente.

Los tres jóvenes uisgu soltaron una exclamación gozosa y exhibieron sus colmillos diminutos en una sonrisa. Empezaron a trepar por la borda y hubieran llegado al bote, pero la joven se rió y les dijo:

—No, no. Por favor, sentaos allí mientras me visto. Después podréis llevarme a la aldea. Supongo que Immu y Lebb y Tirebb ya han ido allí para conseguir rimoriks descansados. A mí me dejaron remoloneando en la cama.

Apartó el saco de dormir, se incorporó, y se echó encima una suave túnica tejida. Al principio había usado con reticencia la ropa nativa que Frolotu le había regalado, pero la túnica de color verde pálido había demostrado ser mucho más fresca que su sucio y desgarrado vestido cortesano; además, las largas mangas acampanadas y la amplia capucha la protegían del intenso sol de las expuestas tierras herbosas. También había arrinconado sus maltrechas pantuflas y optó por los borceguíes hasta el tobillo con unas fuertes sandalias atadas sobre ellos. Su atuendo de viaje se completaba con un cinturón de fibras tejidas que tenía una gran bolsa de cuero, donde la princesa guardaba su pañuelo, el peine, el cuchillo y otros pocos utensilios.

Uno de los jóvenes uisgu había desaparecido de su atalaya. Ahora reapareció soltando una risita y le

entregó una guirnalda de flores blancas que exhalaban un perfume intenso. Anigel dio las gracias a la pequeña criatura, recompuso la guirnalda y se colocó el regalo sobre el cabello. Después salió de la embarcación y siguió al trío por un sendero estrecho.

La aldea estaba a poca distancia y consistía en cinco chozas sobre soportes y el habitual lugar de reunión al aire libre, construido a nivel del suelo, donde usualmente los uisgu se reunían a conversar, conferenciar y preparar y comer sus comidas durante la estación seca. Immu y los barqueros Lebb y Tirebb iban a ser obsequiados con un desayuno procedente de la olla comunitaria. El jefe de la aldea dio la bienvenida a Anigel con un discurso amable pero incomprensible y ordenó que también sirvieran comida a la joven.

Para entonces ella ya estaba acostumbrada al pescado crudo cortado y marinado en jugo de fruta ácida hasta que cobraba un color blanco, y adquiría una textura similar a la del pescado cocido. También le sirvieron tajadas de melón y un puñado de ricas nueces de blok, pero Anigel siguió las instrucciones de Immu y rechazó cortésmente el mitón, la bebida sagrada.

—Según esta gente, Noth se encuentra a pocas horas de aquí —dijo Immu a la princesa—. La parte sumergida de la Ciénaga Dorada, que los rimoriks pueden atravesar nadando, termina pocas leguas después de la aldea, donde la corriente se hace superficial. Tendremos que tomar por el río Nothar, un poco hacia el este, y seguirlo por un trecho para llegar al hogar de la archimaga. Usual-mente, los uisgu no se atreven a acercarse a su morada sin previa invitación, pero les he explicado quién eres y por qué te ha convocado la Dama Blanca.

El jefe, que se distinguía de todos los demás varones adultos de la aldea por el ornato de sus collares y brazaletes de oro, la falda de centelleantes escamas de pescado y los tres círculos de pintura blanca alrededor de los ojos, se acercó a la princesa cuando ésta terminó de comer y le dirigió una arenga bastante extensa en su propia lengua. Anigel trató de no echarse atrás cuando los dedos con garras del jefe alzaron el amuleto de trillium que le pendía del cuello, para mostrárselo a su pueblo.

La pequeña banda de uisgu soltó una exclamación baja y maravillada, interrumpida por el parloteo de los tres niños, que sin duda deseaban informar a sus mayores que ellos ya habían reconocido a Anigel.

—Estos uisgu que viven en la parte occidental del Laberinto de Pantanos se mantienen en estrecho contacto mental con sus semejantes —explicó Immu a la princesa en voz baja—. El jefe dice que tú no eres el único Pétalo del Trillium en camino hacia Noth. Hay otro, sin duda tu hermana Kadiya, que ha sobrevivido a los peligros de la Ciénaga Negra. Ella y su acompañante, que debe ser Jagun, han llegado a una aldea nyssomu cerca de la confluencia del río Nothar y el Alto Mutar.

— ¡Qué maravilloso! —exclamó Anigel—. ¡Podemos esperarla en Noth!

Immu se mostró insegura.

—Eso lo decidirá la archimaga.

El jefe volvió a hablar, señalando esta vez hacia el norte y frunciendo el ceño. Después se frotó las palmas de las manos sobre sus peludos flancos en señal de extrema desaprobación.

— ¡Por la Flor! —masculló Immu—. Dice que una *tercera* persona que posee el amuleto de trillium partió de Noth hace más de una semana, y que se dirigió al norte hasta el pie de las montañas, para ascender después a las regiones nevadas de las altas montañas Ohogan. Dice que esta persona es... es muy imprudente al entrar en ese territorio, que los vispi han declarado prohibidos para todas las demás razas, so pena de muerte.

— ¡Sólo puede referirse a Haramis! —exclamó Anigel—. ¡Y ella sólo iría donde la enviara la Dama Blanca! Pero, ¿cómo pudo...?

—Calla —le advirtió Immu—. No digas nada más.

Pronunció un pequeño discurso de agradecimiento a los aldeanos, y luego indicó a Lebb y Tirebb que era hora de partir. Ya habían enganchado un par de rimoriks de refresco.

Con cortesía, el jefe les cortó el paso. Dio una orden concisa y recibió de manos de una de las mujeres uisgu una pequeña calabaza con tapadera que contenía algún líquido, pintada de color rojo brillante y cubierta por una red tejida para llevarla. Con solemnidad, la entregó a Anigel.

— ¿*Es* mitón? —preguntó Anigel a Immu en un susurro.

—Sí. Y esta vez tendrás que aceptarlo, pues es un regalo especial que rara vez se le ofrece a alguien que no sea uisgu, y mucho menos a un humano. Agradece a los Señores del Aire que no exijan que te lo bebas.

Anigel agachó la cabeza y dio las gracias al pueblo en su propia lengua. Ellos parecieron comprender. Una sabia abuela rara trotó tras ellas mientras se dirigían hacia el bote y palmeó el hombro de Anigel mientras

señalaba una y otra vez la calabaza de mitón con una sonrisa estimulante.

— ¡Mitón! —dijo—. ¡Mitón! ¡Mitón ka poru ti!

Subieron al bote. Los conductores uisgu fueron a proa, Immu y Anigel ocuparon su lugar habitual a popa. Cuando se alejaron de la isla, los aldeanos, desde la costa, alzaron las manos en un saludo.

—¡Mitón ka poru ti! —gritó por última vez la voz temblorosa de la abuela.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó Anigel a Immu.

La joven tenía la calabaza en el regazo y examinaba los curiosos nudos de la red que la envolvía.

—«El mitón da fuerza y valor» —tradujo Immu de mala gana—. Por eso lo llaman bebida sagrada.

— ¡Pero eso es maravilloso! —exclamó la princesa con alivio—. Beberé un poco ahora ya que debo confesar que la perspectiva de conocer a la Dama Blanca me llena de pánico.

Immu se volvió.

—Entre los rimoriks y los uisgu existe una extraña simbiosis por la que cada uno ayuda y ama al otro —dijo, como hablando para sí—. La gente y las bestias son amigos del alma, no amos y animales domésticos. Los rimoriks son fuertes y valerosos, y los uisgu, aunque más débiles, poseen mayor inteligencia. Su vínculo es constantemente reforzado por medio del mitón, que ambos beben. En él hay mezclada la sangre de ambas especies.

La princesa quedó inmóvil, como si se hubiera quedado petrificada. Una de sus manos había volado instintivamente hasta su amuleto.

—No sabría decir —concluyó Immu— si esta bebida da valor o no. Mi pueblo, los nyssomu, generalmente la considera con temor. Los pocos que se han atrevido a bebería, los conductores de rimoriks que hay entre nosotros, se convierten en un grupo aparte. Sin duda hay en ella alguna magia poderosa, pero sería prudente que entregaras este obsequio a la archimaga, o al menos que la consultaras con respecto a su potencial.

—Yo... así lo haré —aseguró la muchacha.

Durante largo rato permaneció en silencio, mientras sus ojos iban de la calabaza escarlata al paisaje que se abría frente a ella, donde algunas montañas habían aparecido en el horizonte, hacia el norte.

Después de una hora, más o menos, Anigel se volvió hacia Immu y sonrió.

—Sólo los Señores del Aire saben si esta bebida mitón verdaderamente yergue la espalda de quien la bebe. Pero ha ocurrido algo extraño. Simplemente por sentarme aquí sosteniéndola, he superado mi temor de enfrentarme con la Dama Blanca. Y eso es magia suficiente por ahora.

Las ruinas de Noth, aunque extensas, eran mucho menos grandiosas que las de Trevista, y Anigel se sintió un poco decepcionada. La embarcación uisgu las condujo a través de una zona de edificios de piedra ruinosos y cubiertos de vegetación, hasta una laguna atestada de flores-bolsa amarillas y malolientes, llenas hasta los estambres de sus presas, insectos ya putrefactos. Desembarcaron en un pequeño muelle sorprendentemente conservado. La pendiente de la costa, detrás, era una extensión de césped bien cortado y civilizados jardines de flores que habían sido sembrados en terrenos arrebatados a la lujuriosa vegetación de la jungla. Unos togares domesticados, de largo cuello, andaban por allí, tal como lo hubieran hecho por el terreno de un granjero de la Loma, mascando de vez en cuando un poco de hierba o brotes escogidos. Colina arriba, a un par de docenas de anas, en la cima de unos rústicos peldaños de piedra, se erguía una casa que no se parecía a nada que Anigel hubiera visto antes.

Tenía un denso montículo de hierbas secas por techo, y los muros eran de yeso pintado de blanco, con oscuras vigas de madera a la vista. Tenía una chimenea de piedra de donde surgía una leve columna de humo. Las ventanas tenían vidrios reforzados cortados en losange, con macetas con flores en los alféizares, y también postigos de madera que podían cerrarse para proteger los cristales cuando había tormenta. La puerta principal se abría en el centro y sólo la parte inferior aparecía cerrada. Junto a ella había un asiento de mimbre donde dormitaba un pequeño animal peludo a rayas; también se veía una rueca, un cesto de lana y un recipiente lleno de ovillos de hilo. El efecto general era tan encantador y poco amenazante después del espectáculo de las sombrías ruinas de la ciudad perdida, que Anigel se preguntó en voz alta si se encontrarían en el lugar indicado.

Immu interrogó a los uisgu Lebb y Tirebb, que parecían extrañamente ansiosos por dejar a sus pasajeras y marcharse. Los dos pequeños seres asintieron vigorosamente y señalaron la casa. Uno de ellos arrojó las bolsas de viaje de Immu y de la princesa, y el otro emitió el silbido siseante que indicaba a los rimoriks que ya podían partir.

—¡Bueno! —suspiró Immu mientras observaba el bote que se alejaba velozmente, presa de la mayor

consternación—. ¿Qué te parece esto?

Anigel ya estaba ascendiendo los peldaños del jardín.

—¡Ven rápido! —dijo en voz alta—. ¡No podrás creer lo que he encontrado aquí!

—Ven, ven, ven —rezongó Immu, mientras la seguía con sus cortas piernas.

Entre el agua y la casa había varios árboles pequeños cargados de unos frutos esféricos y anaranjados. Tras ellos se ocultaba otra planta que Anigel contemplaba ahora con reverente admiración.

Era una planta de Trillium Negro, de dos anas de altura, cubierta de enormes capullos.

Immu cayó de rodillas y estalló en sollozos.

—¡Es verdad! ¡La hemos encontrado! ¡Oh, gracias sean dadas a los Señores del Aire!

La princesa se arrodilló también para consolar a su amiga, pero un momento más tarde ambas jadearon ante la sorpresa, y se abrazaron cuando apareció repentinamente una figura sombría, de pie entre ellas y el brillante sol del mediodía.

—¿Señora? —aventuró Immu con voz temblorosa.

La figura se movió y la luz cayó sobre el rostro de una mujer anciana, un rostro tan marcado, arrugado y demacrado que las facciones estaban prácticamente borradas, salvo por los velados ojos azules en lo profundo de las órbitas oscuras. Llevaba sencillas ropas de tejido oscuro, y un velo bordado cubría su alborotado cabello blanco. Extendió una mano enflaquecida, con nudillos hinchados y venas prominentes, donde lucía un único anillo, grande, con un ámbar engarzado en platino filigraneado, y en la piedra centelleante se veía un trillium fósil.

—Soy la archimaga Binah —se presentó—. Bienvenidas.

Anigel se levantó con torpeza, dejando a Immu paralizada en tierra. Algo le ardía sobre el pecho y la joven extrajo su amuleto. El ámbar resplandecía, pulsando al unísono con su corazón, y el capullo que había en su interior había cambiado: estaba parcialmente abierto.

La anciana sonrió y se volvió, indicando a Anigel con un gesto que la siguiera. La archimaga caminaba con penosa dificultad, arrastrando los pies, apoyándose en un báculo de plata. La princesa la siguió sin rastros de temor. ¿Quién podía sentir miedo de aquella pobre y agonizante Dama Blanca?

—Oh, te sorprendería saberlo —respondió la archimaga, soltando una risita entre dientes que sonaba como las hojas secas al frotarse contra las piedras—. Pero tú no debes temerme, querida niña. Soy tu madrina y. te quiero. Debes confiar en mí.

—Confío —dijo Anigel.

La archimaga se detuvo junto a la alta planta de trillium.

—Es la última de su clase que crece todavía en nuestra tierra, y aunque parece fuerte, agoniza como yo.

Anigel soltó una exclamación de pena. Pero la anciana le pasó un dedo sobre los labios.

—Otra clase de trilliun ocupará su lugar, si Dios quiere. ¿Sabes de qué hablo, hija?

—Sí —admitió la muchacha—. Pero soy débil y tal vez eche a perder tus grandes planes si...

—No hables —le advirtió Binah—. ¡Una especulación tan fatua puede invocar el mismo fracaso contra el que te rebelas! Debes cultivar la serenidad, pequeña, pues ella es el ropaje de la verdadera realeza. Mira cuan serenas son estas flores, que aceptan su alimento de las hojas y de las raíces, que vuelven sus rostros hacia el sol, cuidando las semillas guardadas en lo más profundo de su corazón. También morirán serenamente, ya que de otro modo no liberarían sus semillas.

Anigel agitó la cabeza con perplejidad.

—Por favor, señora. Lamento parecer tonta. ¿Es entonces mi destino morir por mi tierra?

—No lo sé —declaró la archimaga—. Sólo sé que debes cumplir una importante misión que te será revelada. También recibirás un signo: un talismán te indicará que la batalla final de Ruwenda, y la de tu propia alma, está a punto de iniciarse. Tu hermana Haramis ya ha partido en su búsqueda. Tu hermana Kadiya irá dentro de muy poco en busca de su propio destino. Cada una encontrará su propio talismán y en su momento los Tres Pétalos del Trillium Viviente volverán a reunirse. Fuera de esto, más allá, cerca del final, ya no alcanzo a ver.

Anigel se había puesto tan blanca como el papel, pero permaneció en calma, aferrando aún su amuleto de trillium.

—Entonces, ¿este obsequio que me hiciste cuando nací me guiará en mi búsqueda?

—Lo hará, y también esto.

La archimaga cortó una de las largas hojas de la gran planta de trillium y la sostuvo en alto, al tiempo que señalaba la superficie con la otra mano.

—Esta hoja contiene el mapa de nuestra tierra. ¡Mira con atención! Sus venas y nervaduras reproducen un mapa de Ruwenda. Aquí en la punta está Noth, y la nervadura dorada que se retuerce desde allí es el curso de agua que debes seguir para localizar tu talismán. Primero por el Nothar, luego debes bajar por el Alto Mutar hasta el Bajo Mutar.

Anigel examinaba la hoja con perplejidad e interés.

— ¡Pero la nervadura dorada continúa hasta el tallo mismo de la hoja! ¡Mira! Aquí es donde el Mutar describe una curva alrededor de la Ciudadela, y esta marca debe de ser el lago Wum. Más allá, el Gran Mutar fluye a través de la tierra de los wyvilo y de los salvajes glismak. —En los ojos de la joven se reflejó el temor—. ¿Debo ir allí? ¿Al oscuro bosque Tassaleyo?

—Eso parece —asintió la archimaga—. Ni yo misma lo sabía antes de arrancar la hoja. —Meneó la cabeza—. ¡Un camino tan largo! Mi pobre querida... Pero es todo río abajo, de modo que viajarás con mayor rapidez que hasta ahora.

—Y el trabajo que debo hacer...

—Ya te será revelado.

El rostro de la anciana se contrajo momentáneamente de dolor, y se tambaleó un poco. Immu, que había permanecido sentada más atrás con actitud respetuosa, saltó hacia delante y asió uno de los brazos de la Dama Blanca. Anigel la tomó del otro brazo y juntas ayudaron a la archimaga a entrar en la casa, la sentaron en su gran silla acojinada, y le acercaron un vaso de agua.

—No os preocupéis, mis queridas —las tranquilizó la anciana—. No moriré todavía. No he terminado mi trabajo. Es sólo este cansancio abrumador.

Anigel vaciló, después abrió la bolsa que colgaba de su cinturón y extrajo la pequeña calabaza escarlata que contenía el mitón.

—Los uisgu me dieron esto. Se dice que da fuerza y valor.

—El obsequio era para ti —observó Binah con fatiga—. Consérvalo, pero úsalo solamente cuando sea necesario.

— ¿Cuándo será el momento? —preguntó Anigel.

Pero Binah ya había cerrado los ojos; tenía la cabeza caída sobre el pecho y respiraba lenta y ruidosamente.

— ¿Al menos puedes decirme dónde encontraré mi talismán? —le suplicó Anigel.

—En el extremo... del tallo —respondió la anciana, con voz apenas audible.

—i Pero ni siquiera me has dicho qué es el talismán! —exclamó Anigel, desesperada.

La archimaga suspiró.

— ¡Por favor! —La muchacha casi lloraba—. ¡Dime solamente qué debo buscar!

—El Monstruo de Tres Cabezas —susurró Binah.

Entonces cayó en un sueño profundo.

La Voz Verde se detuvo ante la puerta del dormitorio real y con una mueca de disculpa abrió la bolsa que pendía de su cinturón. Extrajo tres máscaras de curioso diseño destinadas a cubrir la mitad inferior del rostro: dos de color verde y azul para él mismo y su colega, y otra más ornamentada y de color plata y negro para su amo.

—Debemos colocarnos estas máscaras antes de presentarnos al rey Voltrik —explicó la Voz Verde—. La necrosis de la carne real ha avanzado hasta tal punto que el hedor supera al del más maloliente vertedero, y es tan intenso que los hombres fuertes sienten náuseas, y los más débiles llegan a desmayarse. Dentro de las máscaras he puesto hierbas aromáticas, que nos permitirán resistir las nocivas exhalaciones durante alrededor de media hora. ¿Ese lapso bastará para tus propósitos, Gran Señor?

Orogastus asintió. Por encima de la máscara, sus ojos parecían de acero, y si temía la tarea crucial que lo esperaba, no revelaba de su temor ningún indicio que sus telepáticos esbirros pudieran percibir.

El médico real —borracho, sollozante y temeroso de perder su cabeza— había revelado de mala gana su diagnóstico a la Voz Verde cuando el hechicero y su grupo se encontraban todavía a un día de distancia de la Ciudadela, río arriba: a pesar de haber administrado al rey la mágica pastilla dorada, la

infección de la mano de Voltrik había avanzado hasta tal punto que sin duda el paciente corría peligro de muerte. El médico había carecido de valor para emprender el único tratamiento que podría salvarlo.

Cuando estas sombrías noticias fueron transmitidas a Orogastus, éste había hecho azotar a los remeros, obligándolos a cubrir el trayecto en cinco horas, al precio de media docena de vidas humanas.

Ahora el hechicero mismo debía intentar salvar al rey, cuya muerte significaría para él el final de todas sus ambiciones.

—Abre la puerta —ordenó Orogastus.

La Voz Verde hizo una reverencia y acató la orden.

El dormitorio, que había sido ocupado antes por el rey Krain, había sido apresuradamente tapizado en el carmesí de Labornok para su nuevo ocupante. Ahora estaba muy oscuro, ya que la única iluminación procedía de las ardientes ascuas de la chimenea y de una única vela colocada sobre la mesa, donde también había una jofaina, vendajes y otros utensilios sanitarios y pociones con las que el médico real había intentado en vano sanar la mano infectada del rey. El enorme lecho se alzaba en el centro de la habitación, sobre una plataforma, rodeada de sillas vacías. Tenía los doseles abiertos.

Rápidamente, Orogastus impartió órdenes en voz baja:

—Voz Verde, trae los dos candelabros de pie cerca de la cama y enciéndelos, después limpia la mesa y colócala junto a la cama, lo más cerca que puedas del lado enfermo del rey. Voz Azul, prepara el aparato mágico. Creo que hemos llegado apenas a tiempo.

Una figura se agitó bajo las sábanas, gruñendo.

— ¿Quién está ahí? ¿Eres tú otra vez, condenado matasanos, que has venido a atormentarme con tus manoseos incompetentes? ¡Vete de aquí! ¡Déjame al menos morir en paz!

—Soy yo, mi rey —susurró Orogastus—. Te aseguro que no morirás.

Levantó el brazo del rey con gran cuidado, pero aun así el monarca soltó una exclamación agónica.

— ¡Hijo de una ramera! ¡Déjame tranquilo! Tu píldora milagrosa me alivió durante un día, y luego mis sufrimientos aún empeoraron. ¡Ah, por piedad de Zoto, ellas lo han hecho! ¡Las princesas! ¡Me han maldecido desde lejos! Es su venganza la que me tortura y me condena.

—Delira —comentó Orogastus.

De un profundo bolsillo de su túnica extrajo una pequeña caja tallada de malaquita verde y la abrió. Contenía seis diminutas esferas que centellearon, doradas y transparentes, bajo la luz de las velas.

—Sólo queda la mitad del número original —musitó el hechicero.

Extrajo una y guardó el resto con cuidado. Después tomó una copa de agua y obligó al rey a ingerir la pastilla dorada. Tras hacerlo, el monarca exhaló un poderoso suspiro y pareció tranquilizarse.

Entonces Orogastus cortó los voluminosos vendajes que envolvían la mano del rey con un pequeño cuchillo afilado. Colocando el brazo extendido sobre la mesa, lo desenvolvió y expuso la herida. El brazo entero estaba caliente al tacto, y unas franjas rojas se extendían desde la muñeca hasta la axila. La mano aparecía horriblemente hinchada, con las yemas de los dedos de color negro azulado, en tanto la piel que rodeaba la mordedura estaba desgarrada y desprendía un espantoso hedor que ni siquiera las hierbas de la máscara conseguían atenuar. El hechicero dio a la Voz Azul los vendajes para que los quemara, y pronunció rápidas instrucciones para su otro ayudante, quien abrió un saco de cuero y dispuso su contenido sobre la mesa. Orogastus entonces confió el brazo a la Voz Verde y se acercó a la cabeza del rey. Voltrik estaba demacrado y sudoroso, su mirada era vaga, en tanto su barba, antes inmaculada, se veía enmarañada y sucia.

— ¿Qué estás haciendo? —gritó el monarca, incorporándose de sus almohadas húmedas—. ¡Suelta mi brazo, traicionero worram! ¡Sé quién eres! ¡Has sido enviado por las tres brujas ruwendianas a dar cuenta de mí!

—Mírame a los ojos —exclamó Orogastus—. Mira y encuentra alivio para tu sufrimiento.

El hechicero enmascarado tomó la cabeza empapada de sudor del rey con ambas manos para mirarlo a los ojos. Voltrik gimió, luego exhaló un profundo suspiro y cayó sobre las almohadas, inconsciente.

Orogastus regresó a la mesa y levantó un aparato singular. Era cúbico con excepción de un saliente con forma de trompa a un lado, de un centelleante color azul plateado. En la parte superior tenía una hilera de excrecencias rojas y negras con misteriosos símbolos debajo de ellas, y un marco en miniatura incrustado que mostraba un vacío gris en vez de un cuadro. Cuando los dedos del hechicero se movieron sobre las excrecencias, oprimiendo una y otra, el vacío del pequeño marco se tornó brillante y aparecieron en ella líneas móviles de jeroglíficos coloridos. La Voz que lo asistía soltó una exclamación

reverente. Una de las excrecencias rojas brilló y luego se tornó dorada.

—Sostén el brazo perfectamente inmóvil, así —ordenó Orogastus—. Entona el Canto de Curación pero desvía la mirada, pues esta máquina de los desaparecidos puede cegar a un hombre que observe su funcionamiento sin protección.

El hechicero situó el aparato a una cuarta por debajo del codo del brazo herido mientras las Voces empezaban a cantar al unísono. Después extrajo y se colocó un extraño visor; una vez todo a punto, oprimió el botón más grande de la máquina. Un cegador rayo de luz blanquiazulada, no más ancho que una hebra de lino, surgió de la trompa saliente, y Orogastus manipuló lentamente la máquina de modo que el rayo atravesara el miembro real, moviéndose en forma de V.

Hubo un sonido siseante y agudo, y una gran bocanada de humo. Cuando el haz desapareció, la parte inferior del brazo de Voltrik había sido cercenada, y en la mesa había una muesca quemada en forma de V. El Canto de Curación tocó a su fin.

—Ya está —anunció Orogastus, al tiempo que se despojaba del visor para inspeccionar el muñón. Los vasos sanguíneos más grandes estaban cauterizados, pero la piel que rodeaba los dos huesos blancos estaba roja y reluciente—. Bien. La putrefacción mortal no había llegado al interior del brazo. Ahora la pastilla dorada podrá seguir su tarea curativa sin tener que luchar contra una reserva de mortal veneno en la mano condenada.

Oprimió un botón y todas las zonas brillantes de la máquina se oscurecieron.

—Voz Azul, envuelve el miembro muerto y quémalo, con cuidado de que no te infecte. Luego vuelve a guardar mi aparato con el máximo cuidado. Voz Verde, limpia bien la mesa y la piel no dañada del brazo con un licor fuerte. Pasa una esponja por la frente y las sienes del rey, y trae ropa de cama limpia y una camisa de dormir para él. Pasa unos vendajes limpios por el fuego y vuelve a vendar flojamente el muñón. Todavía debe purgarse de ciertos fluidos nocivos antes de coserlo. Más tarde os daré, a ti y a ese médico cretino, más instrucciones con respecto al cuidado del muñón, que deberéis seguir al pie de la letra.

— ¿El médico no morirá, Gran Señor? —preguntó la Voz Verde, un tanto sorprendido.

— ¡Por supuesto que no, a menos que quieras dar de comer, cambiar vendajes y vaciar la bacinilla real tú mismo, estúpido! Ahora atiende al rey.

Mientras las dos Voces atendían a Voltrik, Orogastus se dirigió hacia la ventana doble del dormitorio real, corrió las pesadas cortinas rojas y abrió las hojas. En el exterior el sol brillaba y soplaba una leve brisa del norte. Ahora que la carne putrefacta había sido confiada a las llamas, y el hedor disminuía, Orogastus se quitó la máscara. Sus apuestas facciones se veían demacradas y pálidas, y tenía los labios apretados en una mueca sombría. Casi había ocurrido, pero ahora el rey se recuperaría rápidamente con los cuidados apropiados y si se le daban las atenciones necesarias. Una vez más, el hechicero se acercó a la cama real.

— ¡Voltrik... escúchame! —dijo Orogastus con tono urgente y en voz baja.

—Te escucho —murmuró el rey.

—Has estado a las puertas de la muerte, mi señor, pero yo te he salvado cuando los demás desesperaban. Vivirás. Todavía deberás soportar algunos sufrimientos, pero dentro de pocas semanas te habrás recuperado. Yo, Orogastus, te lo juro solemnemente.

—Gracias —susurró el rey. Tenía los ojos cerrados y se había atenuado el rubor de la fiebre—. ¿Me has amputado la mano?

—Sí, señor.

El rey suspiró.

—Que así sea. Al menos no he perdido la mano de la espada, gracias a Zoto el Compasivo y a ti.

Gruñó un poco mientras las Voces lo vistieron con una prenda limpia y colocaron almohadas frescas bajo su cabeza y bajo el brazo recién vendado. El hechicero en persona arropó al rey, y Voltrik abrió los ojos y habló con voz débil pero de timbre prácticamente normal.

—Haz salir a tus acólitos. Deseo hablarte de cuestiones vitales.

Orogastus se dirigió a sus esbirros:

—Dentro de una hora partiré hacia mi torre del monte Brom. Ocupaos de que mi escolta esté bien armada y que monten las monturas más rápidas y potentes.

—Sí, amo todopoderoso.

Las Voces se marcharon y cerraron la puerta.

— ¿Te marchas...? —preguntó el rey, decepcionado.

—Mis Voces se ocuparán de que recibas todos los cuidados. Debo regresar a Labornok para consultar el espejo de hielo en mi fortaleza de la montaña. Sólo gracias a este poderoso instrumento podré espiar el paradero de tus enemigos.

El rey suspiró profundamente.

—Sobre eso quería hablarte. ¿No ha habido noticias de las tres muchachas fugitivas en Trevista?

—Ninguna. La hembra que lideraba a los aborígenes se negó de plano a cooperar con la búsqueda. Ella dice que si pretendemos coaccionar al pueblo de la ciénaga con respecto a esto, se eliminará todo comercio entre ambas comunidades.

El rey maldijo con dolor.

— ¡Debemos encontrar a esas princesas!

—Mis acólitos y yo ejercimos nuestros poderes hasta el límite, escrutando no sólo la ciudad de los raros, sino también los más lejanos rincones de Ruwenda. Nuestros esfuerzos fueron en vano. Algún poderoso hechizo interfiere mi Vista, aun cuando ésta está amplificada por la conjunción mental. Se dice que las tres princesas usan amuletos que contienen capullos del Trillium Negro. Tal vez ellos las protegen. Esa planta está ligada a Binah, la bruja guardiana de Ruwenda, y es probable que la arpía haya canalizado todo el escaso poder que le resta a través de la planta, para defender a sus protegidas.

— ¿Tu espejo logrará disipar esta... esta ofuscación?

—Sin duda. Tiene el poder de la magia de los desaparecidos. Ningún hechizo del mundo conocido puede nublar su ojo certero. Alcanza a ver a cinco mil leguas, hasta la frontera oeste del continente, donde viven los bárbaros emplumados. No temas, mi rey. Localizaré a las princesas, no importa dónde se hayan ocultado.

—De modo que rastrearás a las diablesas. ¿Y entonces qué? Podrán huir mucho antes de que regreses a Ruwenda a darles caza.

Orogastus rió.

—Mi rey, déjalo en mis manos. La Voz Roja ha permanecido en Trevista, junto con las tropas, a la espera de órdenes. Cuando haya encontrado a las muchachas, transmitiré su escondite a cada uno de mis acólitos y enviaremos de inmediato grupos de persecución. Las Voces los guiarán y yo les transmitiré noticias constantes de los movimientos de las princesas, hasta que tus enemigas hayan sido capturadas y reciban el tratamiento que se merecen.

—Bien. Bien.

El rey guardó silencio durante un momento.

—Las muchachas verdaderamente fueron la causa de la complicación de mi herida, ¿verdad? —preguntó luego.

—Esas cosas pueden ocurrir por arte de magia, pero también debido al curso normal de los acontecimientos. En cualquier caso, señor, pronto estarás bien. Por desgracia, el padecimiento que sufriste no podía curarse salvo por medio de la más drástica intervención.

El rey había vuelto a cerrar los ojos. Una sonrisa astuta jugueteaba en sus pálidos labios.

—Pero interviniste a tiempo, de manera que mi querido hijo Antar tendrá que contentarse sin la corona que estuvo tan cerca de sus manos.

El hechicero respondió con voz inexpresiva:

—El príncipe heredero se comportó con dignidad y honra en Trevista, y envía sus votos de pronta recuperación a su padre.

—Tu Voz Verde transmitió a su hermano la visión del encuentro de Antar con la discernidora rara. ¡El condenado muchacho se retrajo ante ella como un pastel nupcial en medio de un monzón!

Los párpados reales se abrieron.

— ¿Qué piensas, hechicero? ¿Te parece que mi hijo es leal?

—Ya lo averiguaremos, mi rey, ya que el príncipe Antar sin duda capitaneará uno de los grupos de búsqueda que enviaremos en persecución de las tres princesas.

A la mañana siguiente, Haramis se despertó sintiendo el sol en los ojos, con la intuición de que algo andaba mal. Le llevó un momento recobrar la lucidez lo suficiente como para advertir que el motivo de su perturbación era el silencio. Uzun siempre se levantaba antes que ella, de modo que por lo general la

joven se despertaba por los ruidos que él hacía al moverse en el campamento, tarareando una melodía. Pero ahora era completamente de día, no soplaba el viento, los pájaros estaban en silencio y no se oía ningún ruido procedente de Uzun, ni siquiera un ronquido.

Haramis volvió la cabeza para mirar el saco de dormir de su amigo, todavía acurrucado contra la roca, en el mismo lugar donde ella lo había acomodado la noche anterior. A juzgar por la forma, Uzun aún estaba allí. Con aprensión, Haramis salió de su propio saco de dormir y advirtió que la temperatura era mucho más baja que la noche anterior, a pesar del sol brillante. Escrutó el cielo despejado y demasiado tarde comprendió que las nubes que había avistado el día anterior indicaban la inminencia de una racha de frío.

Gateó hasta donde se encontraba Uzun y abrió la parte superior del saco de dormir para examinar el rostro de su amigo. Estaba perfectamente inmóvil y sin expresión, y a Haramis le pareció estar mirando a un cadáver.

—Señores del Aire —susurró horrorizada—. Tendría que haberle obligado a regresar ayer. ¡No, hace varios días!

Tomó de los hombros al pequeño raro y lo sacudió con violencia.

— ¡Por favor, Uzun, despierta! ¡No te mueras! ¡Por favor!

El cuerpo del hombrecito cayó flojamente entre sus manos, y lo que quedaba de racional en ella recordó que los cuerpos se ponían rígidos con la muerte. Tal vez después de todo aún estuviera con vida...

Lo acostó con suavidad, se quitó el mitón izquierdo y le puso la palma de la mano sobre la boca de Uzun. Le pareció que transcurría una eternidad antes de sentir la respiración de él como un soplo sobre su mano, y más rato aún hasta la próxima exhalación. Estaba vivo, pero debía llevarlo a algún sitio más cálido a toda prisa.

Volvió a arroparlo en el saco de dormir, volvió al suyo y se calzó las botas. Después colocó su mochila y su bastón contra la roca que se hallaba junto a Uzun, y lanzó otra mirada ansiosa al cielo. Estaba segura de que no nevaría, y con suerte estaría de regreso esa misma noche. La mochila no sufriría, ya que en la zona no había animales que pudieran sentirse atraídos por él.

Cargó la mochila de Uzun y luego alzó al hombrecito, todavía envuelto. Después de sacudir toda la nieve que pudo del saco de Uzun, lo envolvió también en su saco. La capa extra de aislante podía ayudar, aunque era muy incómodo cargar con un bulto tan voluminoso. Por suerte, Uzun no pesaba mucho y el camino era cuesta abajo.

Haramis partió al mejor paso que pudo mantener, que era bastante rápido, sobre todo en los sitios donde patinaba y se deslizaba, estrechando a Uzun contra su pecho hasta que lograba afirmarse para detenerse. A media mañana ya habían salido de la zona nevada y a mediodía estaban de regreso en el sitio donde habían acampado la noche anterior.

Era un recodo entre rocas, seco, protegido del viento, y en ese momento inundado por el sol del mediodía. Hasta los muros de la roca estaban cálidos al tacto. Haramis acomodó a Uzun contra la pared rocosa y fue a buscar leña para el fuego. Él había sido quien había juntado madera cuando habían estado allí antes, pero la joven recordaba en qué dirección había ido Uzun y también que al hombrecito no le había llevado demasiado tiempo la tarea.

Cuando regresó, volvió a comprobar una vez más el estado de Uzun. Todavía estaba inconsciente, pero parecía respirar más rápido, lo que le pareció una buena señal. Encendió un fuego tan cerca de él como se atrevió, calentó un poco de agua y preparó té. Uzun todavía dormía cuando el té estuvo listo, pero el aroma recordó a la joven que ese día todavía no había comido ni bebido nada, de modo que tomó un poco de la infusión y comió un poco del alimento de la mochila de su amigo.

El no necesitará demasiado alimento durante su viaje hacia el sur. Estará en las zonas donde podrá obtener comida.

Después, sintiéndose mejor, llevó un cuenco de té a Uzun, y con cuidado dejó caer un poco de líquido entre sus labios.

Para su inmenso alivio, el hombrecito se incorporó un poco al probar el líquido caliente.

—Despacio, Uzun —murmuró la joven—. Traga.

El obedeció, y Haramis le instó a beber un poco más, hasta que Uzun apartó la infusión con gesto débil.

—Demasiado cansado —murmuró.

—También yo estoy cansada —convino Haramis, advirtiendo que era verdad.

Estaba exhausta. Bebió el resto del té, se recostó contra el muro de piedra y acunó a Uzun en su regazo.

Tal vez sería conveniente que lo mantuviera abrazado; ella tenía sangre caliente y seguramente irradiaba un poco de calor. El sol que caía sobre ella resultaba muy placentero. Cerró los ojos y alzó el rostro hacia la luz...

— ¡Princesa!

El bulto que tenía en el regazo se agitaba frenéticamente.

— ¿Qué estamos haciendo sentados aquí? Sin duda la semilla no se habrá detenido tan temprano...

La cabeza de Uzun giraba de un lado al otro como si su dueño tratara de orientarse.

— ¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido?

Haramis meneó la cabeza en un esfuerzo por aclarar sus ideas. Casi nunca dormía durante el día si no estaba enferma, y se sentía atontada, como si estuviera drogada o intoxicada.

—Té —masculló—. Necesito té.

Tanteó a su lado con una mano y encontró el cuenco, y empezó a incorporarse.

Uzun salió con dificultad del interior de ambos sacos de dormir.

—Yo lo prepararé.

Tomó el cuenco de manos de la joven, agregó leña al fuego y puso agua a hervir. Para los ojos somnolientos de Haramis, Uzun estaba completamente recuperado. Entonces, ¿los raros podían congelarse y volver a la normalidad sin consecuencias perniciosas? Parecía increíble. Pero al menos Uzun estaría ahora en condiciones de regresar solo.

El hombrecito le trajo té, que la joven sorbió lentamente, sintiendo que sus caóticas ideas empezaban a ordenarse. Bebió la mitad, después entregó el resto a Uzun para que lo terminara.

—Uzun —empezó a decir, ansiosa por compartir con él la idea que había tenido durante su cargada marcha por la montaña—, verdaderamente creo que hemos pasado demasiado tiempo en la biblioteca y en la sala de música. Hemos actuado como un par de héroes idiotas, como si estuviéramos destinados a tener éxito y por lo tanto no tuviéramos ninguna necesidad de usar nuestros cerebros y nuestro sentido común. La Dama Blanca dijo que debería separarme de ti antes de finalizar mi búsqueda, pero sin duda no me ordenó que te arrastrara conmigo al clima frío que tu cuerpo no puede resistir, ni que permitiera que murieras congelado.

El raro observó los alrededores minuciosamente.

—Conozco este lugar. Pero no es aquí donde nos detuvimos anoche, ¿verdad?

—No, no es aquí —respondió Haramis—. Aquí acampamos dos noches atrás. Cuando desperté esta mañana, te encontré prácticamente muerto por congelación. En realidad, al principio pensé que ya estabas muerto. Tu piel estaba tan fría como el aire, y respirabas tan despacio que me llevó un buen rato cerciorarme de que todavía estabas con vida. —Se estremeció por el recuerdo—. De modo que te envolví en los dos sacos de dormir y te traje de regreso hasta aquí con la esperanza de que te descongelaras y sobrevivieras. —Exhaló un suspiro—. Y gracias al Dios Triúnico, así fue. Estás bien ahora, ¿no es cierto? —agregó ansiosamente.

Uzun parecía bastante conmovido por el relato de la joven.

—Me siento bastante bien —asintió al cabo de un momento—. Todavía tiemblo un poco, pero no es nada serio. Dentro de un rato estaré lo bastante recuperado como para seguir adelante.

—Bien —dijo Haramis—. Ahora que has salido de las zonas nevadas, podrás volver solo a Trevista, mientras yo continúo mi viaje.

La joven escarbó en la mochila de él en busca del equipo de pesca.

—Por ahora, vuelve a meterte en el saco de dormir y espera. Voy a ver si atrapo un par de peces para comer. Si consigo bastante, ambos tendremos también comida para mañana.

—Pero, princesa —protestó Uzun—, perderás al menos dos días de viaje. Además, puedes quedarte sin semillas que te guíen.

—Esos dos días ya se han perdido, viejo amigo —suspiró Hará-

mis—. Aunque regresara inmediatamente, no llegaría al campamento de anoche antes del amanecer, suponiendo que pudiera avanzar al mismo ritmo de noche que de día, cosa que dudo bastante. Pero no necesitaré otra semilla para mañana. Tuve la precaución de fijarme en algunos accidentes del terreno cuando bajé la montaña, de modo que puedo volver sobre mis pasos sin ayuda. No hay signos de que vaya a nevar esta noche, de manera que podré seguir mis propias huellas. Así que no te preocupes

por mí, tan sólo quédate junto al fuego y descansa. ¡Por el Dios Triúnico, Uzun, has estado a punto de morir!

— ¿Crees que no me alegraría morir a tu servicio? —preguntó Uzun con tono de ofensa.

—Estoy segura de que te alegraría —le espetó Haramis de mal humor—. Eso es precisamente lo que intenté decirte cuando dije que teníamos la cabeza llena de viejas baladas. Te aseguro que cuando se anda resbalando por la nieve, cargando a un amigo de la infancia que posiblemente muera porque una ha sido tan estúpida que no ha advertido que el frío lo perjudicaba, no se piensa en escribir dísticos pareados para componer una canción con el tema de su heroica muerte. Yo fui una estúpida al no advertir hasta qué punto estabas enfermo, y tú fuiste un estúpido al no decírmelo. Si hubieras muerto congelado, no habrías ayudado a Ruwenda en nada, y tu muerte me hubiera dejado perturbada de dolor y de culpa. La pérdida de dos días de viaje es un precio insignificante por tu vida. Tal vez —continuó con tono pensativo—, tal vez una reina se vea obligada a sacrificar algunas veces la vida de uno de sus subditos, ¡pero por los Señores del Aire que si tengo que hacerlo, deberé tener una buena razón!

— ¿Me negarías la oportunidad de ser fiel hasta la muerte? —preguntó Uzun con expresión dolorida.

—En absoluto —le aseguró Haramis—. Simplemente, creo que éste no es el momento adecuado para que mueras a mi servicio. Después de todo, si falleces ahora, ¿quién será mi músico principal cuando recupere mi trono, y quién enseñará a mis hijos a tocar la flauta?

El rostro de Uzun se iluminó considerablemente ante eso.

—Muy bien, princesa, será como lo deseas. Regresaré a mi tierra y esperaré tu regreso al trono y mi reincorporación a tu servicio.

—También yo espero ansiosamente ese día —admitió Haramis sonriendo, mientras lo envolvía más estrechamente en su saco de dormir—. Duerme ahora, amigo mío.

Los párpados de Uzun se cerraron, y Haramis posó una mano sobre la frente de él. Tenía la piel sin duda más cálida, seguramente seguiría bien. Conteniendo unas lágrimas de alivio, se dirigió al río en busca de peces.

— ¡Princesa, despierta!

Uzun sacudía su hombro con premura.

—Hoy nevará, de modo que debes ponerte en marcha tan pronto como sea posible.

Haramis abrió los ojos. Sin duda, el cielo estaba oscurecido por densas nubes gris peltre que a todas luces esperaban el momento de empezar a arrojar nieve sobre el paisaje. La joven gimió, obligándose a sentarse. Todavía estaba cansada por sus esfuerzos del día anterior. Cargar a Uzun había requerido músculos que antes no había utilizado nunca. Ahora le dolían los brazos de punta a punta.

Uzun se afanaba en torno al fuego, preparando té, que luego trajo a la muchacha.

—Princesa —dijo mirando a su alrededor—, ¿dónde está tu mochila?

Haramis se tomó apresuradamente su té.

—La dejé en el campamento ayer... ¡será mejor que vuelva rápidamente antes de que quede sepultada!

Se levantó, enrolló el saco de dormir a toda prisa y se lo ató alrededor de la cintura.

—Será mejor que tú también salgas rápidamente de aquí. ¡No querrás que te sorprenda la nieve!

—Muy cierto —convino Uzun, y depositó en la mano de la joven un gran trozo de pan para el viaje—. Come esto en el camino, y que los Señores del Aire te acompañen.

—Y también a ti, amigo mío.

Haramis abrazó con fuerza a su viejo amigo, resistiéndose a separarse de él; luego lo soltó y emprendió el camino.

Al menos no tengo que seguir a una semilla flotante y puedo prestar atención a dónde pongo los pies, pensó. *Si al menos no nevara todavía...*

Ascendió la montaña a buena velocidad, ya que andaba menos cargada que la última vez que había realizado el ascenso, y ahora sabía exactamente adonde se dirigía. Cuando empezó a nevar, ya había recorrido la mitad del trayecto, y cuando llegó a la roca junto a la que Uzun y ella habían acampado dos noches atrás, descubrió que su mochila estaba enterrada bajo unos pocos dedos de nieve.

La desenterró, comió un poco más de pan, y limpió un espacio para dormir al abrigo de la roca. Estaba oscureciendo muy rápidamente, pero como nevaba, la joven supuso que no podría mantener el fuego encendido, de modo que se metió en el saco de dormir, guardó también su mochila, y esperó que

llegara el sueño.

Pero sus nervios, que la habían estado apresurando durante todo el día, no se aquietaron con facilidad. Haramis nunca se había sentido tan despojada y sola en toda su vida, y de pronto advirtió que era la primera vez en su vida que en efecto estaba sola. Antes de la invasión, siempre había tenido a sus padres, a sus hermanas, a Uzun y al resto de los habitantes de la Ciudadela. Desde entonces, Uzun había permanecido con ella, salvo durante las horas que ella había pasado en compañía de la archimaga. Y aunque algunas veces en su vida había anhelado una mayor intimidad, ahora que disponía de toda la soledad que podía desear no estaba en absoluto segura de que le gustara.

Además de su soledad, había otras cosas que la perturbaban. La principal era Uzun. Rogó a los Señores del Aire que su amigo lograra salir sano y salvo de las montañas, pero ahora que disponía de tiempo para pensar en la situación, y que no tenía otra cosa que hacer salvo reflexionar, se le ocurrieron varias preguntas. ¿Por qué Uzun no le había dicho que no podía seguir adelante antes de estar a punto de morir congelado? ¿Por qué la archimaga no le advirtió que debía separarse de Uzun antes de entrar en las zonas nevadas, en vez de decirle simplemente que el anciano músico se separaría de ella antes de que encontrara el talismán? ¡Por la ayuda que ambos habían proporcionado, Uzun podría estar muerto!

Por supuesto, la culpa era tanto de ella misma como de los otros, ya que su juicio había sido igualmente erróneo, pero ellos eran más viejos. ¿No deberían haber sido más prudentes que ella misma?

Soy reina de Ruwenda, pensó con gravedad, *y la responsabilidad es mía, pero todavía necesito consejos sabios. ¿Hasta qué punto puedo confiar en ellos dos? Uzun no parece más consciente de sus limitaciones que Kadiya, y si lo es, no las admitirá sin luchar. En cuanto a la archimaga, ¿acaso no advirtió hasta qué punto Uzun sufriría con el frío, o simplemente pensó que el hombrecito no era lo bastante importante como para preocuparse por él?*

Hasta sus amados padres, advirtió demasiado tarde la muchacha, no habían sido precisamente modelos de sabiduría y diplomacia mundana. El codicioso interés que Labornok había sentido por Ruwenda había sido bien conocido en la corte ruwendiana, y aunque Haramis sin duda no había querido casarse con Voltrik, al menos sus padres podrían haber fingido negociar, o haber expresado preocupación por la gran diferencia de edad existente entre Haramis y Voltrik, sugiriendo en cambio un enlace con el hijo de Voltrik. ¿Cómo se llamaba? Oh, sí, el príncipe Antar. Y si Ruwenda deseaba una alianza con Var, idea que sin duda poseía méritos, Haramis no era la única hija de la casa real. Haramis tenía problemas para ver a Kadiya como esposa de alguien, pero Anigel hubiera sido una espléndida novia para una alianza diplomática. Era tan amable y dócil que podría llevarse bien con cualquiera.

Y si yo puedo pensar todo esto con mi propia cabeza, pensó Haramis, *¿qué estaban haciendo mis padres y sus consejeros? ¿Confiando en la Dama Blanca?*

Obviamente, decidió, *es necesario considerar las capacidades de las personas junto a sus intenciones cuando se les pide consejo o cuando se depende de su ayuda.*

Entonces, ¿quién quedaba, si es que quedaba alguien, para ayudarla ahora? Todavía reflexionando sobre esa pregunta, Haramis se quedó dormida.

La princesa Anigel casi se había desmayado cuando la Dama Blanca le reveló la naturaleza del talismán que debía buscar. ¡Un Monstruo de Tres Cabezas! Esta perspectiva hubiera atemorizado incluso a la audaz Kadiya o a la confiada Haramis. Que se esperaba que ella encontrara y sometiera una cosa semejante era ridículo. ¡No, imposible!

Eso le dijo a Immu, hablando a través de una tormenta de furiosos sollozos (pues la archimaga se había quedado dormida y no podían despertarla), pero la mujer nyssomu se limitó a recomendarle paciencia.

—Hay muchas clases de monstruos —adujo Immu—, y no todos son como los skritek, con ojos centelleantes y mortales garras y colmillos, pues la palabra tiene muchos significados. Será mejor que hasta el momento en que veas tu monstruoso talismán con tus propios ojos, te reserves el juicio acerca de si tendrás miedo o no.

La sensatez de Immu ofreció a la princesa cierto sombrío consuelo. Como la Dama Blanca seguía durmiendo, los dos huéspedes se instalaron a gusto en la casa, para refrescarse y cocinarse una buena cena con lo que encontraron en la bien provista despensa. Finalmente se echaron a dormir en el suelo frente al fuego, una a cada lado del sillón de la Dama, por si ésta necesitaba algún auxilio durante la noche.

Por la mañana, la archimaga había desaparecido.

Y también la casa, el cuidado jardín con los togares que pastaban, la planta de Trillium Negro y la pequeña huerta, incluso el tramo de peldaños de piedra y el muelle donde habían desembarcado.

Anigel e Immu yacían en sus sacos de dormir sobre una pendiente de la jungla bajo las enormes hojas de su bruddock, la planta que los nyssomu llamaban «amiga del viajero» debido a su follaje protector y sus frutos dulces y jugosos. El único indicio de que no se encontraban en medio del páramo eran algunas ruinas de Noth, visibles más allá de los árboles, al otro lado del río y de la pequeña laguna en cuya costa se había erguido antes la casa.

Anigel prorrumpió en exclamaciones de aflicción y lloró consternada ante el descubrimiento. Durante un momento se preguntó incluso si su encuentro el día anterior con la archimaga no habría sido todo un sueño. Pero entonces encontró junto a su bolsa de dormir una gran hoja verde con una nervadura dorada que la atravesaba de punta a punta, e Immu, al investigar cerca del borde del agua, llamó la atención de la joven con su exclamación:

— ¡Mira! ¡La Dama Blanca nos dejó un obsequio!

Todavía sollozando, Anigel salió de su lecho y se acercó a la orilla de la laguna. Allí, entre altas cañas y pútridas flores acuáticas amarillas, había una embarcación. No era un bote uisgu hecho de cañas como el que las había transportado hasta Noth, sino el modelo más grande de los nyssomu, construido con un tronco de kala, que comúnmente poblaba las aguas que rodeaban la Ciudadela. Esta embarcación sólo tenía un detalle diferente: además de los remos y soportes habituales (que estaban desmontados y fijados al interior del casco), tenía en la popa un soporte al que se habían añadido un par de aros, y en la proa se veían otras dos anillas gemelas, por donde pasaban dos cintas de cuero que descansaban delante. Las riendas de cuero se perdían al frente del bote, en el agua oscura.

Anigel estudió todo por un momento, perpleja.

— ¿No creerás...?

Y soltó un chillido cuando dos grandes cabezas cubiertas de pelaje verde moteado se elevaron del agua, bruñidas y feroces, con grandes ojos negros, duros bigotes y bocas con colmillos abiertas en un siseo hostil.

— ¡Rimoriks! —exclamó—. Oh, querida...

—Pero... pero no hay uisgu para conducirlos —tartamudeó la princesa—. Sin embargo parece que la archimaga pretende que utilicemos este eficiente medio de transporte.

Anigel se mordió los labios. No podía mirar a Immu a los ojos.

— ¿Crees que tú podrías arreglártelas? —le preguntó.

—No, princesa Anigel —respondió la mujer rara con tono solemne—. Estas bestias sólo trabajan por amistad con aquellos con quienes beben el mitón sagrado.

Temblando, Anigel se volvió hacia las dos criaturas acuáticas.

— ¿La archimaga os envió a ayudarnos? —les preguntó.

La única respuesta fue un siseo maligno. Los rimoriks se agitaron en el agua con impaciencia, revelando el arnés que los unía a la embarcación, que se balanceaba salvajemente sobre las olas que ambos animales producían, tironeando del cabo de amarre que la unía a una roca de la costa.

Anigel cerró los ojos.

—Immu, ¿tú no puedes beber el mitón?

—No, niña —replicó con voz suave la vieja niñera—. Fue un presente que los uisgu te hicieron a ti, y ahora sabemos por qué.

Dejando a la muchacha de pie allí, Immu volvió a subir la pendiente y reunió sus cosas, junto con algunos frutos del bruddock para enriquecer las raciones de viaje que constituirían su desayuno. Cuando volvió, puso los sacos en la embarcación y tendió a la princesa la calabaza de mitón.

Anigel la cogió. Tenía los ojos brillantes y las mejillas todavía húmedas por las lágrimas. Quitó el tapón y sostuvo en alto la pequeña vasija con su red, para que los rimoriks la vieran.

—Yo debo beber, ¿no es así?

Las grandes bestias acuáticas cerraron las bocas y volvieron a hundirse en la laguna, de modo que sólo sus hocicos y sus ojos oscuros y suspicaces permanecieron por encima de las olas. Inmóviles observaron a Anigel.

Una de las manos de la joven buscó el amuleto de trillium. La otra llevó a sus labios pálidos la bebida de sangre. Tomó un sorbo...

Ves, hermano, la mujer humana nos teme.

Teme aún más al mitón, y sin embargo ha bebido de él. ¡Hermana! ¿Nos oyes? ¿Quieres ser nuestra amiga?

—Sí —susurró Anigel.

Entonces sumerge dos dedos en el mitón, introdúcelos en el agua y comparte la bebida con nosotros.

Como atontada, la joven obedeció, recogiéndose la túnica de hierbas en el cinturón. El lodo cálido del fondo de la laguna envolvió los desnudos dedos de sus pies mientras caminaba, hasta que el agua le llegó a las rodillas. Extendió la mano de la que goteaba el líquido parduzco.

Los dos grandes animales de color verde moteado se elevaron hacia ella, descansando sus miembros traseros en el agua tranquila,

y separando mucho sus relucientes mandíbulas. Se desplegaron unas lenguas como látigos, de extremo puntiagudo, unos órganos que podían atravesar el cuerpo escamado de un pez con tanta facilidad como si fuera una jabalina. A Anigel le parecía observar la escena desde muy lejos, como si fuera la espectadora de un drama fantástico, y la muchacha y los rimoriks que estaban en el agua fueran simplemente actores. Primero un dedo, luego otro, rozó las lenguas terribles. Y cuando los rimorks tragaron, sus rostros parecieron cambiar, irradiando bondad en vez de salvajismo, y ella dejó de temerles.

Anigel volvió a tapar la calabaza y la guardó en la bolsa de cinturón, donde también se encontraba a salvo la hoja del Trillium Negro. Estaba mareada. Los colores del follaje de la ciénaga, del agua de la laguna cubierta de algas hasta la superficie de madera tallada del bote, parecían más definidos y vividos. Percibía sutiles aromas que antes no había advertido, y oía tal cantidad de sonidos extraños y muy amplificados que por un momento sintió que le dolían los oídos. Hasta su piel parecía resentirse por el leve roce de la brisa y por la sensación repentinamente opresiva y áspera de su vestimenta. Por otra parte, sus piernas sumergidas recibían la caricia de las corrientes de agua y el lodo era suave y aterciopelado contra sus pies.

El mitón te cambiará.

El mitón te producirá aprensión primero, ya que sobrecargará tus débiles sentidos humanos. Pero el malestar pasará. Te sentirás fuerte y valerosa, como nosotros.

—Sí, ya me siento mejor.

Muy bien. Eso significa que sin duda podemos ser amigos de los humanos. Compartirás con nosotros tu inteligencia y participarás de nuestra audacia y nuestra fuerza.

—Me llamáis inteligente. Nunca he pensado eso de mí misma. Pero haré todo lo posible por ayudaros si vosotros me prestáis coraje, pues sin él ninguna cantidad de inteligencia me permitirá cumplir con mi misión.

La Dama Blanca nos ordenó que te ayudáramos. Haremos todo lo posible.

— ¿Tenéis nombres?

No podrías pronunciarlos. Llámanos amigos.

— ¿Qué hacemos ahora?

Dentro de su mente, Anigel oyó que los dos rimoriks se reían. Pero fue la vieja rezongona de Immu quien respondió.

— ¡Hacer, hacer, hacer! Se supone que tú eres la inteligente. ¡Vamos! El bosque Tassaleyo está a más de trescientas leguas de aquí, y ni siquiera puedes empezar la búsqueda hasta que llegues allí. ¡Supongamos que abordas la embarcación, niña tonta, y tomas las riendas y haces que emprendamos el camino!

Los rimoriks parecían saber exactamente qué ruta debían tomar guiados por el estudio que Anigel hacía de la hoja de Trillium Negro. Bajaron velozmente y con temeridad por el río Nothar, ya que no había ningún peligro de que los enemigos labornokianos recorrieran sus aguas. De la princesa Kadiya, hermana de Anigel, no había ni rastro, y los rimoriks tampoco sabían decir qué había sido de ella. Cuando la embarcación entró en la corriente más ancha del Alto Mutar, Anigel ordenó a las bestias que disminuyeran su paso y avanzaran con más sigilo, manteniéndose cerca de las orillas para evitar la posibilidad de que los exploradores enemigos los localizaran. En efecto, descubrieron media docena de embarcaciones con exploradores labornokianos que acechaban en las aguas cercanas a Trevista. Pero los enemigos siguieron con su tarea sin reparar en ellos, a pesar de que una de las embarcaciones de Labornok pasó a menos de veinte anas de distancia.

Cada noche buscaban un lugar donde detenerse. Anigel quitaba el arnés a las bestias, de pie en aguas poco profundas, y los rimoriks se alejaban para cazar y luego llevaban al campamento algunos peces y otras criaturas que hubieran cazado. Por la mañana, las mujeres solían encontrar una presa para el desayuno

cerca del campamento. Pero antes de volver a enganchar los rimoriks al bote, Anigel debía beber el mitón y luego compartirlo con los animales.

En la cuarta mañana de viaje río abajo, la princesa despertó en medio de la silenciosa oscuridad que antecede al amanecer, cuando las criaturas nocturnas quedan en calma y las diurnas todavía no han empezado a agitarse. Una densa niebla envolvía el diminuto campamento establecido en un islote de los alrededores de Trevista, y todo el follaje goteaba. Había sido el constante goteo de agua que caía del bote invertido que les servía de refugio improvisado lo que había despertado a Anigel.

Una vez más había dormido sin pesadillas.

Permaneció tendida dentro del saco de dormir, escuchando tan sólo el irregular goteo del rocío y los suaves ronquidos de Immu,

aferrada a su cálido amuleto. Nada de sueños de sequía y fuego. Ninguno desde la noche en que ella e Immu habían dormido en el suelo de la casa encantada de la Dama Blanca. ¡Qué extraño que no lo hubiera advertido antes!

¿De verdad me habré curado de la cobardía?, se preguntó. No, no podía ser. Sabía que todavía experimentaba un desesperado miedo: temía que la atraparan los soldados labornokianos, que la matarían; temía la maraña del bosque Tassaleyo y a los feroces y poco familiares aborígenes que lo habitaban; temía más que nada al pavoroso talismán que buscaba, al Monstruo de Tres Cabezas.

Sin embargo las pesadillas habían desaparecido, esa advertencia de su yo concreto. ¿Qué significaba? Se le ocurrió preguntárselo a Immu, pero la mujer rara dormía profundamente, murmurando a veces algo en su propia lengua, y la princesa no tuvo corazón para despertarla.

Todavía indecisa, Anigel volvió a quedarse dormida.

En el Bajo Mutar había muchas balsas cargadas de soldados y suministros que transitaban río abajo y río arriba. Parecía que los conquistadores se habían apoderado de toda la flota comercial ruwendiana, pero ni Anigel ni Immu pudieron determinar con qué objeto. Se habían escapado por poco una tarde cuando, al salir velozmente de un recodo, se encontraron frente a frente con una balsa labornokiana que se acercaba a ellos directamente. Anigel aferró su muleto e intentó volverlos invisibles, pero el hechizo no funcionó. Sin embargo, antes de que el pánico dominara a la joven, los rimoriks cambiaron repentinamente de rumbo, virando en ángulo recto y ocultando la embarcación detrás de una enorme rama flotante. Los hombres de Labornok, cegados por el sol que les llegaba de frente, siguieron adelante sin reparar en ellos.

A medida que el bote se aproximaba a las regiones más habitadas alrededor de la Ciudadela, la princesa los instruyó para que nadaran a través de los canales laterales más oscuros que pudieran encontrar, para mantenerlos así fuera de la vista del enemigo. Su buena suerte empezó a parecer casi sobrenatural. No viajaban con tanta rapidez como lo habían hecho entre Trevista y Noth, ya que no podían cambiar de animales como los conductores uisgu Lebb y Tirebb, pero no obstante consiguieron desplazarse con bastante velocidad, y además estaban protegidos de muchos peligros naturales que asediaban a los navegantes, tal como el gigantesco pez milingal, un carnívoro que infestaba el sector de la Ciénaga Negra del Bajo Mutar, gracias a la formidable naturaleza de los rimoriks. Casi todas las criaturas acuáticas se ponían a buen resguardo de los grandes carnívoros de pelaje verde.

El primer desastre verdadero los amenazó un día en que habían acampado unas pocas leguas más arriba de la Ciudadela, esperando el anochecer para pasar junto a la Loma con mayor segundad envueltos por las sombras. Anigel descubrió que la roja calabaza de mitón estaba vacía. Se le había salido el tapón, y el precioso líquido se había derramado.

— ¡Esto es espantoso! —exclamó la princesa—. ¡Que esto nos ocurra aquí, en la parte más peligrosa del río, con soldados enemigos por todas partes! Sin el mitón, los rimoriks ni siquiera nos permitirán abordar el bote. Recuerda aquella mañana en que olvidé el ritual: ¡me mostraron los dientes como si yo fuera una perfecta desconocida! Oh, Immu, ¿qué haremos ahora? Si los rimoriks no nos ayudan, nunca podremos llegar al bosque Tassaleyo.

—Hay una solución posible —dijo Immu—. Debes preparar más mitón.

—Pero, ¿cómo? —se preocupó la joven.

Después abrió exageradamente sus ojos azules al comprender lo que debía hacer.

— ¡No puedo hacerlo! —gimió—. Ni siquiera a mí misma, y mucho menos a ellos.

—Yo puedo ayudarte a extraer un poco de tu propia sangre —dijo Immu—. El proceso ni siquiera es doloroso, más allá del primer pinchazo. Pero tendrás que arreglártelas tú sola con tus amigos de dientes

afilados. Me comerían de un solo bocado sí me acercara a ellos con mi cuchillo.

Tras un intervalo de vacilación y gemidos, la princesa finalmente se sometió. Immu recogió determinadas hojas y extrajo de ellas un jugo, después pinchó una vena de la muñeca de la joven con su afilada daga. Anigel no profirió ni una queja. La savia de las hojas, derramada sobre la pequeña herida, impidió que la sangre se coagulara, y una hoja cóncava de drogo muy pronto estuvo llena. Tras haber hecho esto, y cuando la sangre de la princesa fue vertida en la calabaza, Immu lavó la herida con pura agua de rocío y la vendó apretadamente tras haberle administrado un emplasto con una flor medicinal azul.

— ¡Ya está! —anunció la mujer rara, quien ató apretadamente el vendaje de hierbas—. Pero tú tendrás que sangrar a los rimoriks, ya que yo no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Se lo preguntaré —resolvió Anigel.

Trae al bote una hoja-plato, dijeron las criaturas.

Los grandes animales estaban sueltos, nadando en torno a la popa del bote, parcialmente encallado en la playa. Cuando Anigel gateó hasta el extremo del bote que se encontraba en el agua, ambos se aproximaron. Uno tras otro se irguieron y con las garras de sus aletas frontales se abrieron una heridita que produjo un flujo de sangre sobre la hoja de drogo. Cuando se llenó, uno de los rimoriks se alejó a nado y volvió con una planta de la ciénaga, de flor roja, que había cortado con raíz y todo.

Muele una raíz de esta planta y mézclala con la sangre. Así se hace el mitón. La gente de la ciénaga suele exprimir el líquido, pero en realidad no es imprescindible.

—Gracias, amigos —dijo Anigel.

Ella siguió las instrucciones, y cuando terminó, la calabaza estaba llena de la parda bebida sagrada, de sabor agridulce. Ahora la princesa estaba tan acostumbrada a ella que no recelaba del hecho de bebería, y la agudización de los sentidos que seguía a la ingestión había empezado a parecerle tan normal que por las mañanas no se sentía verdaderamente despierta hasta que los rimoriks y ella habían comulgado.

Mucho más tarde, durante las primeras horas oscuras del día siguiente, cuando habían completado el peligroso rodeo de la Ciudadela y se desplazaban a toda velocidad por un canal lateral de la Ciénaga Verde, Anigel pensó en preguntarle a Immu si el mitón había cambiado o no su personalidad, tal como se decía que cambiaba a los nyssomu que lo bebían.

—Eres la misma persona adorable que siempre he amado —respondió Immu—, aunque tal vez hayas madurado y adquirido sabiduría debido a nuestros viajes. También eres mucho menos exigente con respecto a la comida y mucho menos remilgada acerca del lugar donde descansas de noche o donde alivias tus necesidades corporales. Además, te has convertido en una conductora de botes condenadamente hábil. Ignoro si tu propia gente considerará estas cosas como un progreso.

—Desde que partimos de Noth, no he tenido más pesadillas, —comentó Anigel por encima del hombro—. ¿Crees que eso significa que me he vuelto valiente, Immu?

—O valiente o loca —masculló la anciana con ironía.

Estaba aferrada a la borda para no caer al río mientras la embarcación describía zigzag a toda velocidad a través de un denso bosquecillo de kalas al norte del Gran Arrecife. Para variar, no había niebla nocturna y la Triple Luna brillaba a través de las ramas cubiertas de musgo.

— ¡Mírate un poco, princesa, aferrando las riendas como un jinete de volumniales veterano mientras avanzamos en las sombras más rápido que los skriteks de cacería! Estás muy lejos de la época en que te resultaba temerario intentar un paso nuevo en el salón de danza o un punto de bordado desconocido.

—Sin embargo todavía tengo miedo, Immu.

—Por supuesto que sí. También yo, ¡y con razón! Si no haces que esas criaturas naden un poco más despacio, podemos terminar estrelladas contra un árbol, mientras todos los animales nocturnos se ríen de nuestros huesos rotos.

Anigel disminuyó un poco el paso de los rimoriks.

—Ellos ven en la oscuridad. Aquí no hay verdadero peligro. Aunque sí lo hay un poco más adelante. Lo intuyo.

—Puede ser cierto.

— ¿Crees que mis hermanas también están buscando sus espantosos talismanes?

—Probablemente.

— ¡La Dama Blanca es cruel al separarnos! —exclamó repentinamente Anigel—. Nacimos juntas. Hemos vivido toda nuestra vida junta. Habría sido mucho más simple si nos hubiera dejado compartir nuestras búsquedas. ¡Si hubiera dejado que nos ayudáramos mutuamente!

—Sin duda —admitió la mujer nyssomu con fatiga. Tenía la cabeza gacha y sus largas orejas estaban aplanadas por el viento contra la sucia cofia de su vieja vestimenta cortesana, que ella insistía en seguir usando—. Pero no te han faltado fíeles servidores.

La princesa reprimió la nueva queja que flotaba sobre sus labios. La habían ayudado muchos aborígenes, por no hablar de los rimoriks. Pero su acompañante y auxilio más constante había sido la propia Immu, ¿y qué aprecio verdadero había demostrado Anigel a su querida y vieja niñera desde que habían emprendido este terrible viaje? Había aceptado naturalmente a Immu, sin pensar en lo atemorizada y cansada que podía estar la vieja mujer. Y ahora las dos habían estado despiertas casi todo el día y gran parte de la no-

che, ya que Immu había rechazado la sugerencia de la princesa de que durmiera un poco durante el viaje nocturno. Anigel todavía estaba cargada de energía y nerviosismo, ansiosa por seguir adelante, y los rimoriks, percibiendo la urgencia de la joven, se mostraban bien dispuestos. Pero Immu estaba literalmente exhausta.

Buscad un lugar seguro para detenernos, indicó la muchacha a los animales.

Sí, amiga, respondieron ellos.

La embarcación aminoró la velocidad, viró y se deslizó hacia una densa cortina de enredaderas que florecían de noche. Al frente crecía un bosquecillo alto y seco. Cuando el bote tocó fondo, Immu roncaba. Irguió bruscamente la cabeza y sus ojos se abrieron.

—Despierta, Immu —dijo Anigel suavemente—. Es hora de acostarse.

Kadiya sabía que los estaban tratando como huéspedes de honor, y la parte de ella arraigada en la paciencia, por pequeña que fuera, le indicaba que tal vez eso fuera todo lo que debía esperar. Sin embargo, al segundo día después de su llegada a la aldea nyssomu, hizo un último intento de conseguir ayuda combativa de aquellos que la albergaban. Después de todo, no era sólo su necesidad de reunir aliados lo que importaba; estos aldeanos también debían prepararse para lo peor: la probable llegada de los invasores labornokianos.

Pidió otra entrevista con la Primera de la Casa, esforzándose por mitigar su usual exigencia directa de lo que creía era necesario.

—Señora —dijo, obligándose a hablar con voz baja y neutra—, estos humanos que ahora han entrado en vuestras tierras no son como nosotros, los ruwendianos. Permita que le cuente directamente lo que han hecho.

Sus manos, que habían yacido flojamente sobre su regazo, se entrecruzaron repentinamente en un gesto angustiado. Tuvo que tragar saliva dos veces antes de lanzarse al terrible relato de la muerte de su padre. Ante la imagen que sus palabras invocaron, la joven logró que su náusea se transformara en furia.

Era difícil interpretar las sutiles expresiones de cualquier rostro raro. Kadiya observaba cuidadosamente en busca de algún signo de que la Primera estuviera conmovida por lo que ella le relataba descarnadamente, con todo su horror.

—Así trataron a los nuestros que cayeron prisioneros después de una honesta batalla —concluyó—. Señora, desprecian aún más a los tuyos. ¿Qué crees que harán aquí, si logran tomar esta aldea? Los Pantanos guardan tus secretos y han sido tus muros defensivos.

Pero estos labornokianos traen con ellos a un hechicero contra quien la protección de la archimaga no pudo resistir. Luchar con el acero desnudo, espada contra espada, es una cosa. Luchar contra la magia negra sin armas adecuadas es enfrentar la derrota antes de que suenen los cuernos. Ésta es tu tierra, una zona completamente desconocida para los invasores. Parecen haberse aliado ya con los skritek, cuya naturaleza maligna sin duda comparten. Pero eso puede contrarrestarse con el conocimiento que vosotros tenéis de la ciénaga. Te lo ruego: ¡aunque tus costumbres no permitan que os unáis a nuestra causa, debes pensar en vuestra seguridad!

La Primera permaneció un momento en silencio antes de responder, y durante ese momento Kadiya concibió un rescoldo de esperanza. Tal vez el buen sentido de lo que le había dicho a esta nyssomu prevalecería, después de todo. Que Hamil tomara Trevista, que convocara a los skritek, pero si los nyssomu se rebelaban y utilizaban la tierra misma como arma, sin duda habría alguna posibilidad...

Pero cuando la Primera de la Casa habló, lo hizo con palabras protocolarias, despojadas de calor.

—Hija del rey, es verdad que tu pueblo y nosotros, los de los Pantanos, hemos tenido buen trato durante muchos años. Entre nosotros no hay recuerdos de horrores tales como los que me has contado. Como los asesinados son tu familia, es sin duda cierto que buscarás toda la ayuda que puedas reunir para vengarlos. Pero por amigos que seamos, hay para nosotros un servicio más antiguo, una vieja lealtad debida a la Dama de Noth. Ella te ha llamado, a ti y a tus hermanas. Es muy probable que ella tenga un plan de acción. Sin embargo, puedes estar segura de que estamos sobre aviso. Antes de que tu pueblo viniera aquí, los Pantanos conocieron la guerra...

Miraba más allá de la espalda de Kadiya, como si encontrara allí algo importante.

—Hace mucho tiempo se segaron tantas vidas que es imposible llevar la cuenta. Cómo crees si no que esta tierra se convirtió en lo que es: desgarrada, desolada en muchas zonas y llena de peligros tales que durante muchas centurias no nos hemos aventurado por algunos caminos. Esa guerra no fue nuestra, pero de ella nacimos... y cuando aquellos que combatieron dejaron de existir, nosotros éramos recién nacidos con un mundo nuevo ante nosotros, del que debíamos adueñarnos. Entonces juramos que una guerra así no ocurriría jamás por nosotros los nyssomu. Debemos nuestra vida a la Dama de Noth. Con ella hemos mantenido una prolongada paz. Si nos atacan, luchamos, pero no declaramos la guerra a nadie. Encontrarás tus respuestas en Noth, hija del rey.

Así fue que sólo Kadiya y Jagun emprendieron la travesía. Y cuanto más se alejaban, tanto más extraño y amenazante se hacía el terreno. Casi toda la zona pantanosa del bosque de la Ciénaga Negra había sido de diversos matices de verde, salvo las flores. Aquí en la Ciénaga Dorada crecían las altas cañas con panículos amarillos que daban su nombre a ese sector de los pantanos. Aquí también había islotes que se alzaban del agua verde y turbia, con matorrales de plantas grandes y carnosas, diferentes a las de cualquier otra región. Eran de color blanco amarillento, con franjas rojas. Con el aspecto de heridas infectadas, sin cicatrizar, exudaban un hedor que parecía atraer a los insectos. Cuanto más se internaban Jagun y la princesa, tanto más malignos se hacían esos macizos de vegetación.

Kadiya percibió el siseo de la respiración de Jagun y se equilibró en el bote mientras el cazador se movía con cuidado. Acercándose a ellos desde la costa de un islote se veía una de esas plantas malignas. En la aldea, Jagun había añadido a su equipo una lanza corta. Ahora su brazo se balanceó y el arma dio bajo el borde de la hoja vagabunda, la lanzó al aire y la devolvió a la fangosa tierra de donde había salido. Mientras estaba en el aire, la muchacha alcanzó ver unos pies como pelos que se movían, buscando en vano asidero. Después la criatura volvió a caer sobre una musgosa rama e instantáneamente se enrolló sobre ella.

—Snafi —dijo Jagun con tono tenso—. Debemos cuidarnos de eso aquí. Sus pies con garras inyectan veneno en la piel, y una vez que se prenden es difícil deshacerse de ellas.

Kadiya se alegró de que al partir de la aldea nyssomu, Jagun hubiera decidido que ya se hallaban suficientemente lejos de los caminos conocidos para poder viajar durante el día. Esta parte de los Pantanos parecía ocultar una trampa maligna tras otra.

Contra su pecho, el amuleto balanceaba cálido y era una guía sólida. Según la chispa, estaban siguiendo la dirección adecuada. Kadiya mantenía el ritmo de las pértigas, adecuando su empuje al de Jagun hora tras hora, aunque de tanto en tanto se detenían a descansar.

Si ella había tenido que enfrentar peligros, pensó Kadiya, ¿contra qué tendría que haber luchado Haramis? Y Anigel... ¿Habrían apresado a su hermana? Por algún motivo, sentía cada vez con mayor intensidad que sus dos hermanas habían escapado de la Ciudadela, que no eran impotentes prisioneras del rey Voltrik.

El cielo se había nublado durante la tarde y ya anochecía cuando Jagun rodeó un gran matorral de hierbas para anclar su embarcación. Ya eran visibles esas extrañas luces que procedían de los gases del pantano. Esa noche no intentaron desembarcar, sino que comieron sus raciones a bordo del bote.

—Duerme —dijo más tarde Jagun.

¡Dormir! ¿Cómo podía dormir alguien aquí, en la oscuridad, sin saber qué amenaza vendría de cualquiera de las dos costas? Pero a pesar de sí misma descubrió que se le cerraban los ojos.

Lo que siguió parecía más una visión que un sueño. Kadiya vio una ciudad, no Trevista, sino una ciudad mucho más joven, de una arquitectura de espíritu más leve. Sin embargo, no había ningún centinela custodiando sus mares ni el portal abierto que apareció justo delante de ella. ¿Era Noth? La joven anhelaba entrar, la ciudad le hacía señas, la llamaba. Era una promesa.

Luego la visión se perdió en un sueño más profundo del que no recordaba nada al despertar. Se

levantó al alba, para descubrir que Jagun ya estaba despierto, buscando en una de las bolsas de alimentos. Poco después reanudaron su viaje hacia el hogar de la archimaga, y a primera hora de la tarde divisaron el sitio por primera vez.

Ante ellos no se alzaba una ciudad como la que Kadiya había soñado. Sólo distinguieron una única torre monolítica, que se alzaba muy por encima de la hierba plumosa y amarilla. Kadiya la observó fijamente mientras Jagun recorría los últimos recodos de la corriente y por fin el bote atracó, no contra un banco de lodo, sino en el borde de un área pavimentada con bloques de piedra...

—Esto es Noth —anunció Jagun—. A partir de aquí, sólo tú, que has sido llamada, puedes seguir adelante. Yo te esperaré.

La calzada no era más ancha que la embarcación que los había llevado hasta allí. Más allá se alzaba la torre. Podía haber sido tallada de un único bloque de granito, del tamaño de una montaña, tan alto como uno de los grandes árboles reales de los bosques del sur. La enorme puerta estaba abierta.

Aunque la luz no llegaba mucho más allá del sombrío umbral, no había nada en el aspecto de la torre que resultara amenazante.

No obstante, Kadiya se sentía como una criatura que debía expiar algún acto de desobediencia mientras entraba con resolución, negándose a revelar su incomodidad.

—*Bienvenida, Kadiya.*

La voz no reverberó en el estrecho vestíbulo, ni tampoco sonó como algo diferente de una bienvenida usual. Sin embargo, la joven caminaba con una mano sobre la empuñadura de su daga y con la otra oprimía el amuleto, que latía cálidamente contra su pecho siguiendo los palpitos de su corazón. Entonces entró en una cámara que se hallaba al final del vestíbulo.

Allí encontró un sillón de alto respaldo, similar a los que su padre y su madre habían utilizado durante las ceremonias. Allí se sentaba la Dama que gobernaba en Noth (y tal vez también en todas partes), con sus manos de largos dedos frotando contra sus rodillas los bordes de un manto del color negro de una noche de tormenta, de muchos pliegues. Pero ese manto estaba recorrido por runas de plata que iban y venían como las ondas de un estanque donde se hubiesen arrojado uno o dos guijarros.

A juzgar por su estatura, la mujer no era de sangre rara. En realidad, de pie habría sobrepasado a Kadiya por varios dedos. Su rostro no era joven ni viejo, sino ajeno al paso de la edad, pero sus ojos revelaban fatiga y también una poderosa voluntad.

— ¡Kadiya!

Inclinó la cabeza, pero no con la calidez de una bienvenida.

La furia que Kadiya guardaba en su interior rompió sus ligaduras. Deseó lanzar su ira y su dolor contra aquella extraña intocada, exigir de su propia boca una respuesta por el fracaso de su magia. ¿No podría haber reprimido de algún modo a los enemigos de Ruwenda? ¿Esta orgullosa Dama de Noth era tan inferior a Orogastus? ¡Sin duda su magia había fallado cuando era más necesaria! Sólo con esfuerzo consiguió la muchacha no expresar estos duros pensamientos. En cambio, inclinó su cabeza, sucia como estaba por la grasa de la ciénaga.

—Señora.

Percibía que no tenía posibilidad de acusar ni reprochar. Aquí había algo que la tenía emocionalmente prisionera, como si le hubieran encadenado las muñecas a la entrada de la torre.

—Todo llega a su fin —dijo la voz neutra. Las manos casi translúcidas habían dejado de aplastar el manto—. El tiempo es nuestra obra, de modo que varía. ¿Qué es el transcurso de un año para alguien de las montañas? ¿Qué es el intervalo entre amanecer y atardecer para la mosca, que vive solamente uno de nuestros días contados? Para cada uno de nosotros, planta, ave, insecto, piedra, orgullosos hombres y mujeres, el tiempo trae un fin. Por eso, para aquellos de nosotros que aún prevemos un propósito, hay mucho que hacer en lo que parece un tiempo muy escaso.

Por primera vez, sus ojos se desviaron de los de Kadiya, moviéndose como si observara sorprendida a su alrededor y encontrara que faltaba algo que debía estar allí, o como si hubiera visto algo que no tenía un lugar.

—He guardado este sitio. Sí, he custodiado aquello que pertenece a la luz. Hubo una vez una gran masa de agua, agraciada por islas, y cada uno de ellas era una gema de belleza. También estaban los que allí vivían. Ellos... —sus manos se juntaron como para sugerir un techo protector— me llamaron para realizar una gran tarea, y yo trabajé para construir fuertes defensas. —Suspiró—. Esa época de

problemas y pesares quedó atrás. Después esos a los que tú llamas raros se aventuraron a salir, y seguí siendo Guardiana de ellos, aunque no pertenecían a mi pueblo. El tiempo se hizo más y más pesado, robado a lo que había sido. En último término llegaron los de tu sangre. Exploré sus mentes y sus corazones y descubrí que eran dignos del Camino de la Luz, y mi tiempo aún no se había cumplido.

— ¡Y después llegó Voltrik, que es del linaje de los skritek! —estalló Kadiya—. ¿Dónde estaba entonces tu Protección?

—Una vez más surgieron los Poderes Oscuros —le corrigió la archimaga—. Los de mi clase siempre deben luchar contra ellos. Con estos invasores venía uno bien entrenado en el Antiquísimo Saber. —Agachó un poco la cabeza—. Tal vez éste sea su tiempo. Sólo pude alzar una defensa cuando previ este designio. Tú eres una de las tres, y cada una de vosotras tiene un talento en bruto, un don no identificable. Vosotras venceréis a los Poderes Oscuros finalmente, si podéis pagar el precio del tiempo.

— ¿Y qué precio es ése? —preguntó Kadiya con la cabeza alta. Todavía se esforzaba por no revelar ningún indicio que hiciera creer a la archimaga que la joven estaba colmada de respeto.

—Que encuentres tu talismán y que lo uses a tiempo.

— ¿Talismán? —Kadiya sostuvo en alto su amuleto, aunque no se quitó la cadena que le rodeaba el cuello—. Pero si ya tengo éste, cedido por tu propia mano, señora, si la historia es verdadera.

—No, éste ha sido tan sólo tu guía hasta aquí. Debes usar tu propia fuerza e inteligencia para encontrar el talismán que te dará poder. El acero ha sido tu elección: es directo y rápido, pero muchas veces es también el camino más peligroso hacia el éxito. Hay otras maneras de ganar las batallas.

La archimaga se incorporó de su trono, erguida y alta. Sus movimientos no estaban entorpecidos por la vejez, sino que eran las acciones decididas de una persona a quien le espera una tarea que llevará a cabo. Kadiya descubrió que se quedaba un paso más atrás y apresuró su marcha para que ambas salieran juntas de la torre de Noth.

La archimaga echó hacia atrás los pliegues de su manto. Bajo la luz diurna, la plata diseñó ondas sobre los faldones. Tenía una planta en la mano, aunque Kadiya no sabía de dónde la había arrancado. Por la flor que tenía en la punta, advirtió que se trataba del fabuloso Trillium Negro. Con rapidez, la archimaga quebró el tallo, unos tres dedos por encima de los filamentos de las raíces, que parecían cabellos.

—Ésta será ahora tu guía y con ella buscarás al Ojo Ardiente Trilobulado.

Arrojó el tallo hacia el agua, donde flotaba el bote y donde Jagun parecía dormir. Kadiya observó que caía muy recto y que cortaba el agua como una flecha bien apuntada. Pero, ¿qué era un Ojo Ardiente Trilobulado? ¡La archimaga debía explicarle! Kadiya estaba cansada de vagar por los pantanos, siguiendo un resplandor hasta el hogar de una hechicera inútil. Necesitaba más información si debía cumplir su misión de búsqueda. De pronto Kadiya se encontró sola en la calzada. Ya no había nadie a su lado y tenía la intensa sensación de que si regresaba rápidamente a la torre y la registraba de arriba abajo, no encontraría allí a su dueña.

De mala gana, enfurecida, se dirigió hacia el bote. Jagun se había incorporado, pero Kadiya miró hacia el agua, más allá. Entonces vio, entre las turbias ondas que había producido el balanceo de la embarcación, un filamento de luz. Era verde, pero no de un matiz que ella hubiera visto en la ciénaga: era más claro, más brillante, reluciente como una gema, y su extremo era negro y sólo se veía por la luz reflejada en su trayectoria. Cuando subió al bote y tomó la pértiga, la vara verdinegra se movió. No con la rapidez sigilosa de un ser vivo, sino lentamente, adecuándose a los impulsos de la pértiga.

Kadiya exhaló un profundo suspiro.

—Tenemos una nueva guía, Jagun, y una nueva misión. Pongámonos en marcha.

El viento de la montaña rugía por el desfiladero, llevando algunos duros copos de cierzo. El cielo del atardecer tenía todavía algunas zonas azules, aunque las nubes se habían acumulado durante todo el día en el sur, sobre las cumbres más altas de los Ohogan: el monte Brom, el monte Gidris y el monte Rotólo. Sin duda se desataría una tormenta antes de la noche, un preludio de los monzones invernales que se esperaban al cabo de dos semanas.

Orogastus estaba indeciblemente cansado después de su viaje de ocho días desde la Ciudadela de Ruwenda. Había dejado su escolta armada en las tierras bajas de Labornok y ahora, completamente solo, se acercaba a su santuario situado en las alturas del monte Brom. Arropado con su manto de piel, habló a su montura y a los dos froniales de carga que lo seguían.

¡Adelante! Os espera un establo caliente, rico grano para comer y agua para beber. Mirad. Os mostraré... ¡Seguid el camino! ¡Trepad con fuerza! Veremos nuestro destino al doblar aquel recodo,

¡Así! ¡Así! ¡Rápido!

Los tres froniales alzaron las cabezas, y los extremos dorados de sus astas centellearon bajo el sol agonizante. Olfatearon, porque gracias a las artes del hechicero ya olían la comida que los esperaba en la fortaleza situada en lo alto del empinado sendero.

Se veía ahora una reluciente torre blanca con almenas negras y ornados marcos en las ventanas, acurrucada contra un flanco del monte Brom. Los revitalizados animales empezaron a trotar y luego aceleraron hasta un medio galope. Con los tendones de las patas tensas y con las colas levantadas por la ansiedad, corrieron los escasos cientos de anas que faltaban y se detuvieron resbalando, bufando, ante el precipicio donde acababa el sendero. Allí se abría una grieta en la montaña, de casi una legua de profundidad y de unas cincuenta anas de ancho, en cuyo fondo fluía una rugiente corriente alimentada por los glaciares. La fortaleza del hechicero se encontraba al otro lado del abismo y parecía completamente inaccesible. El cielo estaba ahora cubierto en su totalidad y hacía mucho frío.

Orogastus extrajo un pequeño silbato de plata de su cinturón y sopló una nota intensa y aguda, que casi se perdió en el aullido del viento. De inmediato las oscuras ventanas de la torre se iluminaron y también brilló una luz en la puerta de entrada de la distante morada. Hubo un sonido rugiente. Directamente debajo de la puerta, sobre la muralla de piedra, apareció una abertura cuadrada, de donde emergió un estrecho puente, con una extraña cara inferior, y el rugido continuó hasta que el puente atravesó el abismo que se abría entre el sendero y la torre.

Orogastus desmontó y cubrió los ojos a los tres froniales. Después les condujo a pie a través del estrecho puente, que sólo tenía una barandilla baja y apenas un pie de ancho, mientras el viento creciente mordía su capa y hacía que la estructura temblara bajo sus pies con violencia. Un paso en falso del hombre los arrojaría a todos a la muerte. Pero Orogastus ejerció sus poderes mágicos para aquietar el puente y habló a los froniales para tranquilizarles. Los animales lo siguieron con rapidez incluso cuando empezaron a caer los primeros copos de nieve, y por fin todos llegaron sanos y salvos ante las puertas. Entonces el hechicero cerró la puerta con una barra y oprimió un botón que hizo desaparecer el puente mágico en el interior de la montaña.

¡En casa!

Arrojó las pesadas pieles con una exclamación de alivio. Los froniales bufaron un poco, y él se rió y les quitó las vendas que los cegaban, desensilló su cabalgadura y desató las cargas de los otros dos animales. Después condujo a las fieles bestias por un pasillo iluminado con lámparas peculiares, que ardían sin llamas, hasta un establo excavado en la roca viva, que era no obstante seco y estaba equipado con todos los aperos necesarios para la comida de los froniales. Los rezongos del hombre mientras alimentaba y preparaba a los animales para el descanso no eran malhumorados. Normalmente sus tres acólitos hacían ese trabajo, pero ahora se hallaban en la Ciudadela de Ruwenda, atendiendo al rey Voltrik y esperando sus órdenes, por lo que su amo tendría que ocuparse por sí mismo de él y de las bestias. Sabía perfectamente cómo llevar a cabo las tareas hogareñas, pues sólo hacía diez años que había reclutado a sus tres Voces. Antes Orogastus había gobernado en completa soledad su complicada fortaleza, construida según sus órdenes por los artesanos de Voltrik.

Ahora, mientras ascendía la tortuosa escalera de piedra que conducía a sus habitaciones, situadas a media altura de la torre, se alegró de estar solo. Las últimas diez semanas habían sido las más arduas y conflictivas de su vida: primero con la muerte del viejo rey y la coronación de Voltrik, después con los preparativos de la invasión y la marcha contra Ruwenda. La victoria en sí misma había resultado paradójicamente sencilla: sólo la extraña herida del rey Voltrik y la huida de las tres princesas habían enturbiado el gran plan del hechicero.

Bien, sus Voces le habían asegurado que Voltrik estaba al fin en vías de recuperación, y, si todo iba bien, los escondites de las muchachas muy pronto dejarían de ser un secreto. Se ocuparía del asunto inmediatamente, posponiendo sus propias necesidades humanas hasta después de haber consultado el espejo de hielo.

Entró en sus habitaciones y dejó su bolsa de provisiones cerca de la chimenea del comedor, aunque se detuvo lo suficiente para encender el fuego ya preparado con su chispa mágica. Después se apresuró hacia su habitación para cambiarse las ropas sucias del viaje por el atavío negro y plata, con sombrero, que usaba para sus hechizos más solemnes.

No quería demorarse en el baño, pero limpió con una esponja la suciedad más evidente y pidió perdón a los Poderes Oscuros. Soltó una risita entre dientes cuando se le ocurrió que tal vez ellos prefirieran que se comunicara completamente sucio. La fina trama metálica de su túnica ceremonial resultaba penosamente fría contra su piel desnuda, y el hechicero esbozó un gesto de disgusto al vestirse,

olvidándose de pronunciar las plegarias apropiadas. Sus guantes de cuero plateados y su dramático tocado en forma de estrella, con media máscara, estaban más cálidos, pero Orogastus desechó sus sandalias rituales y calzó botas forradas de piel antes de entrar al túnel que conducía al interior de la montaña, en cuya profundidad se encontraba la Caverna de Hielo Negro.

Su aliento era visible en el aire húmedo y frío del pasillo rocoso. Caminó con rapidez a través del corredor iluminado, rogando que el espejo de hielo le otorgara su deseo en seguida, sin vacilar. Nunca se sabía con esos aparatos mágicos de los desaparecidos. Aun cuando se observaran los rituales adecuados y se entonaran los poderosos hechizos de rigor, la magia podía ser caprichosa. Pero, por favor, ¡que no ocurriera eso esta noche, cuando él estaba tan fatigado y hambriento, y sentía tanto frío!

Llegó hasta la enorme puerta, cubierta de escarcha incluso en las épocas más cálidas, se preparó y pronunció el primer hechizo. Pidió perdón a los desaparecidos por perturbar su antigua tranquilidad, pero les advirtió severamente en nombre de los Poderes Oscuros que debían servirle. Después abrió la puerta.

La Caverna de Hielo Negro estaba como siempre. Tal como la había encontrado — ¡como cuando había sido convocado!— la primera vez que llegó a Labornok con el príncipe heredero Voltrik. (Sólo más tarde Orogastus había ordenado que se construyera la fortaleza, para proteger la Caverna y proporcionar acceso a las maravillas que encerraba.) Era una gran cámara abovedada excavada rústicamente en el granito veteado de cuarzo del monte Brom, y en cuyos muros se veían resquicios ocasionales de hielo negro. El suelo estaba recubierto de extrañas baldosas negras que parecían centelleante obsidiana, y ese mismo material —que se parecía mucho al hielo— había sido utilizado para construir una miríada de nichos y diminutas habitaciones, todas ellas con puerta. En ellas había encontrado al principio los fantásticos aparatos que lo habían seducido, desviándolo de la magia más abstracta que había aprendido de Bondanus, y que paradójicamente le habían garantizado su influencia sobre el reino de Labornok. Muchos de los compartimientos estaban equipados con misteriosos cerrojos que el hechicero no había conseguido abrir. Otros, incluyendo la habitación del espejo de hielo, habían entregado sus secretos con facilidad.

Levantó sus manos enguantadas de plata y entonó:

— ¡Oh Poderes Oscuros! Una vez más os agradezco estos grandes obsequios. Permitid que los use sin sufrir daño.

Abrió entonces una delgada puerta de obsidiana y entró a la habitación del espejo.

Sólo tenía unos pocos pasos de profundidad. Casi toda la pared del fondo era una masa de gruesa escarcha blanca, que ocultaba con eficiencia los misteriosos mecanismos —fueran cuales fuesen— que flanqueaban al espejo circular. Temblando de frío y de aprensión, pues sabía que si el espejo se negaba a responder, era muy probable que su gran plan de dominar el mundo fracasara, pronunció el hechizo:

— ¡Oh poderoso espejo de hielo! ¡Avezado ojo de los desaparecidos! ¡Despierta y responde a mi súplica!

Esperó.

Al principio, la gris superficie de vidrio sólo reflejó su propia imagen: un hombre alto y robusto ataviado en plata líquida y negro, tocado con una diadema en forma de estrella y con una máscara plateada que ocultaba la mitad superior del rostro. Después hubo un tenue resplandor en las profundidades del espejo y una voz. Sonaba débil, ronca como la de un agonizante, y su acento no era humano.

—Respondiendo. Cuál es la petición.

Orogastus permaneció perfectamente inmóvil. A pesar de que estaba casi helado, la transpiración le perlaba la frente debajo de la máscara plateada y le caía sobre los ojos. Este era el momento más crítico. Si expresaba incorrectamente su ruego, el ofendido espejo se apagaría y permanecería dormido durante dos días como mínimo, mientras se «recuperaba» del insulto. Mentalmente, Orogastus ofreció otra plegaria a los Poderes Oscuros.

—Visualizar tres personas —dijo después con tono inexpresivo—. Localizar posición actual de tres personas en el mapa.

El espejo se hizo más brillante. Un torbellino de sombra azul plata se materializó en el centro del disco.

—Petición válida. Nombres de las tres personas.

—Princesa Anigel de Ruwenda, princesa Kadiya de Ruwenda, princesa Haramis de Ruwenda.

Mientras hablaba, intentó formarse un cuadro mental de cada una de las muchachas...

—Sondeando —respondió el espejo.

Orogastus casi se desmayó de alivio. Funcionaría...

—Sujeto Uno: princesa Anigel de Ruwenda. Localización: Sa catorce dos, Lo setenta y uno diez en Diagrama Orna.

Era el galimatías de siempre, pero fue inmediatamente seguido por un bello mapa diagrama que mostraba una luz parpadeante sobre el río Mutar por debajo de la Ciudadela, a pocas leguas del lago Wum.

Orogastus se contuvo heroicamente. Una palabra o movimiento en falso podía hacer que el espejo se apagara irreversiblemente. El hechicero se concentró en memorizar la localización indicada. Un momento más tarde el mapa desapareció y el espejo mostró en cambio un retrato a todo color de la muchacha, en movimiento como si estuviera viva dentro del hielo gris. Anigel aparecía sentada en la proa de una embarcación, sosteniendo dos cintas que parecían ser riendas. La embarcación se deslizaba a través de las aguas a gran velocidad. Detrás de la princesa se veía una mujer rara, que miró hacia atrás el rojo atardecer y luego dijo con claridad:

—Será mejor que nos detengamos para la noche, cariño. Seguramente hay muchos peces para los rimoriks en aquella laguna.

Entonces la imagen desapareció.

—Sujeto Dos: princesa Kadiya de Ruwenda —continuó suavemente el espejo—. Localización: Mo veintinueve cuatro, Vi noventa y cinco cinco en Diagrama Orna.

La luz parpadeante situó a la fugitiva al oeste de la jungla infestada de skritek, conocida como el Infierno Espinoso.

Orogastus ahogó una exclamación, después siguió observando fascinado mientras el espejo mostraba a la segunda de las trillizas de rodillas en una orilla fangosa, a media luz, tratando de encender un fuego de troncos de enredaderas, y detrás un único raro estaba descargando algo de una embarcación nativa.

Kadiya dijo:

—He soplado hasta perder el aliento, Jagun, pero no consigo que esta maldita leña se encienda. Será mejor que lo intentes tú.

La imagen desapareció.

—Sujeto Tres: princesa Haramis de Ruwenda. Localización: Pa cuarenta y dos tres, No dieciséis ocho en Diagrama Orna.

La luz indicadora parpadeó sobre el mapa en una posición absolutamente extraordinaria: en las alturas del monte Rotólo, el segundo pico más alto de las Ohogan, cerca del nacimiento del río Vispar y a una o dos leguas de la población secreta de los raros vispi.

El hechicero contuvo el aliento cuando la imagen final apareció en el espejo. Era muy oscura, una sombría escena purpúrea que finalmente logró identificar como el interior de una caverna que se abría en la pendiente de un glaciar en penumbras. Una sombra se destacó y se transformó en la silueta de una mujer joven envuelta en un manto blanco, que miraba hacia el exterior.

— ¿Sobreviviré hasta mañana? —dijo Haramis—. Están allí afuera, esperándome, son los Ojos de los Remolinos. Las semillas de trillium que me condujeron hasta este lugar de muerte helada se han agotado, sólo queda una. Es el fin. No tengo más provisiones y la nieve se ha hecho tan profunda que ya no puedo continuar. Si los vispi no tienen compasión de mí y acuden a rescatarme, habré fracasado en mi búsqueda del Círculo Trialado.

La imagen desapareció.

Entonces se alzaron las habituales palabras del aparato mágico:

—Energía de repuesto temporalmente agotada. Intervalo para recargar.

La voz y la luz del espejo de hielo se extinguieron.

—Gracias sean dadas a todos los Poderes Oscuros, Línea Acé, Batería Interna y Repuesto —entonó Orogastus, haciendo una profunda reverencia—, y al Gran Sistema que ellos operan, por siempre jamás, y que así sea.

Se retiró entonces, caminando humildemente hacia atrás, cerró la puerta de obsidiana de la habitación del espejo, y se encaminó con rapidez a sus habitaciones.

Mucho más tarde, después de comer y de bañarse, Orogastus consultó el antiguo *Libro de las Profecías Peninsulares* mientras se encontraba sentado ante un alegre fuego en su estudio, saboreando un brandy

añejo. En el exterior, una tormenta de nieve aullaba contra las almenas de la torre.

El Círculo Trialado...

Sí, aquí aparecía mencionado, junto con otros dos oscuros símbolos: el Ojo Ardiente Trilobulado y el Monstruo de Tres Cabezas. La referencia no era clara, pero parecía que los tres estaban destinados a reunirse, precipitando así un acontecimiento de suma importancia.

«¿Podría ser —caviló el hechicero— que las otras dos princesas también estén buscando sus correspondientes talismanes, tal como Haramis busca el de ella? Y si los encuentran y se reúnen, ¿podría ser que entonces las tres muchachas adquieran la fuerza suficiente para abatir a Labornok?»

Observó las llamas durante largo rato antes de tomar una decisión. La necesidad de deshacerse de Kadiya y Anigel era evidente, pero la princesa heredera Haramis era otra cosa...

Se irguió en su silla, cerró los ojos y posó la punta de sus dedos sobre las sienes.

—¡Voces mías! —entonó—. ¡Escuchadme!

En su mente se perfilaron tres formas, borrones rojo, azul y verde que adoptaron el aspecto de sus tres esbirros encapuchados. No tenían ojos, pero sus expresiones revelaban ansiedad.

— ¡Amo! ¿Has tenido éxito?

—Sí. ¡Estad alertas al envío! He aquí la posición actual de la princesa Anigel... y he aquí la de Kadiya.

—Hemos recibido tu envío, amo todopoderoso. ¿Y la princesa Haramis?

—También a ella la he encontrado, ¡Pero escuchadme! El general Hamil debe partir con la mitad del ejército en persecución de Kadiya, quien se ha internado en una región muy peligrosa. La Voz Roja debe acompañar a Hamil, y consultarme a diario hasta que la joven sea apresada.

—Obedeceré —acató la Voz Roja.

—La búsqueda de la princesa Anigel —continuó Orogastus— será emprendida por el príncipe Antar y sus caballeros. La Voz Azul lo acompañará.

—El príncipe y su grupo regresaron a la Ciudadela desde Trevista hace cuatro días —intervino la Voz Azul—. Debería resultarnos fácil encontrar a Anigel si la joven está tan cerca como dices.

—Nada es fácil si se refiere a la archimaga Binah —lo reprendió Orogastus con dureza—. Ten presente que estas muchachas están protegidas por lo que queda de la magia de Binah. Si alcanzaran el éxito y lograran encontrar ciertos poderosos talismanes llamados el Ojo Ardiente Trilobulado y el Monstruo de Tres Cabezas, sin duda su poder mágico se vería muy reforzado. Es imprescindible que las princesas sean capturadas y se les dé muerte, y que los ralis-manes lleguen a mis manos.

—Comprendemos —dijeron las Voces.

—Hay más instrucciones para la Voz Azul —agregó el hechicero— con respecto al príncipe Antar.

—Creo que ya sé lo que piensas, Amo —dijo la Voz Azul, soltando una risita sin alegría—. Sería triste que el príncipe tuviera la desdicha de desaparecer tras haber cumplido con su deber.

—No debe haber rastros de tu mano en ello —advirtió Orogastus.

Entonces habló la Voz Verde:

— ¿Y yo me uniré a las fuerzas que perseguirán a la princesa Haramis, Amo?

—No. Tú permanecerás junto al rey Voltrik para ocuparte de su plena recuperación e informarle de los progresos que yo te comunique.

—Pero Haramis...

—Pretendo ocuparme personalmente de la princesa Haramis —declaró Orogastus.

Haramis arrojó la última semilla de Trillium Negro en una mañana en la que una niebla perlada envolvía las laderas del monte Rotólo. Cuando se despertó, extrañamente le pareció que subía la temperatura. Las paredes de la diminuta caverna donde había dormido, sorprendentemente con un sueño profundo, relucían con la nieve que se derretía. Su capa forrada de piel, que había colocado sobre su saco de dormir, estaba completamente empapada, lo que la hacía el doble de pesada y completamente inútil, ya que la joven no tenía manera de secarla. Sirviéndose de su pequeño cuchillo, la princesa había cortado entonces su saco de dormir impermeable y había confeccionado con ella una especie de capa rígida pero impermeable. Después de un desayuno de agua fría, había liberado la última semilla y había salido tambaleándose de la cueva para seguirla a través de la nieve húmeda que le llegaba a los tobillos.

La semilla flotó lánguidamente, ajustando su avance a los lentos pasos de la joven, a menos de un brazo de distancia de ella. La joven advirtió que cada vez estaba más mareada por la altura, pero eso no le

pareció importante. Todo parecía lejano y brumoso. Casi no le importaba dónde posaba los pies, mientras tuviera a la vista a la semilla voladora.

Muchas veces tropezó y cayó, y su traje de lana blanco y sus botas y sus guantes se empaparon cada vez más. La humedad invadió también el forro de su improvisada capa, y al cabo de un rato la prenda resultaba insoportablemente pesada. Cuando Haramis cayó de nuevo, dejó atrás la prenda. El aire era ahora tan cálido que ya no la necesitaba.

La semilla. La semilla alada. No veía nada más, era lo único en lo que podía concentrar su mente nublada. Siguió y siguió ascendiendo a mayor altura. A veces la nieve le llegaba a las rodillas y otras veces era menos profunda, pero siempre resultaba pesada y húmeda, y se le pegaba a las botas, de manera que sus piernas le parecían hechas de plomo.

Habrían transcurrido tres o cuatro horas cuando el clima sufrió un cambio poco halagüeño. Haramis estaba demasiado confusa para advertir que la niebla había perdido su tono perlado y se había vuelto de un color gris cada vez más sombrío, tampoco reparó en que el aire se había vuelto cada vez más frío. Ya no tenía sensibilidad en manos ni pies, pero para ella eso tenía tan poca importancia como el dolor sordo de su estómago vacío.

Entonces empezó a nevar.

Se detuvo, incapaz al principio de comprender lo que ocurría. ¿Semillas? ¿El mundo estaba lleno de voladoras y plumosas semillas de trillium? ¿Y cuál de ellas era su guía mágica? ¿Aquélla? No...

La niebla se hacía menos densa a medida que la nieve aumentaba, y Haramis volvió a ver las enormes laderas y grietas de la montaña que estaba escalando. Se levantó viento, que arrojaba los copos contra su rostro. Se dio cuenta de que había perdido el bastón. ¿La semilla guía? Había desaparecido.

Había desaparecido como todas las demás, pero no al final del día, después de haberla conducido a un refugio seguro, sino aquí, cerca de la cumbre de una ladera de rocas afiladas como cuchillos, que el viento había limpiado de nieve. La última semilla de Trillium Negro había volado y así llegaba al final de su viaje.

La nieve le hacía arder el rostro, le llenaba de lágrimas sus ojos nublados, y empezaron a picarle las mejillas y la nariz, que luego se tornaron insensibles. Un letargo mortal la invadió, y le parecía que la cosa más deseable del mundo era dormir. ¿Para qué seguir luchando? Cada respiración era como la herida de una espada. El corazón le latía con tanta fuerza como si fuera a romperle las costillas. Tenía las manos y los pies congelados.

Llegaré hasta la cumbre, se dijo. *Sólo son veinte pasos, Y desde allí observaré mi reino por última vez.*

El viento trató de impedírselo. Como una criatura enorme y resentida, aullaba y la empujaba y casi parecía un muro que contuviera su avance. La joven se puso en cuclillas, alzó un pie y luego el otro, con el cuerpo inclinado hacia delante, luchando contra el viento con la última fuerza que le quedaba.

¡Padre! ¡Madre! Pronto estaré con vosotros, porque habré fracasado. ¡Deseaba tanto que este sueño se hiciera realidad, que esta loca empresa tuviera un mágico final! Deseaba creer que la pobre y vieja archimaga conocía mi destino. Pero al parecer lo ignoraba, después de todo no había ninguna magia. Lo sospechaba.

Viento.

Nieve.

Frío.

Su cuerpo todavía en marcha, casi trascendiendo el dolor. Con los dientes, se quitó uno de sus helados guantes y lo dejó caer; después metió su helada mano desnuda debajo de la túnica cubierta de nieve, para tocar el amuleto de trillium por última vez, rogando un poco de fuerza física.

Permite que llegue hasta la cumbre de la ladera.

Cinco pasos más, los más arduos, la acción más terrible que hubiera realizado nunca.

Dios, ayuda a quien cree en Ti...

Un paso más...

¡Hecho!

En la cima había un parapeto rocoso apenas cubierto de nieve. Cuando la joven se enderezó, el viento pareció disminuir, y la cellisca dejó de azotarla. A sus espaldas, por donde había venido, el aire se agitaba en un gris tempestuoso, pero al frente se abría un cielo azul y un deslumbrante panorama de

picos coronados de nieve que se extendían a lo lejos hacia el oeste. La empinada ladera de la montaña yacía a sus pies en un abismo que parecía perderse en lo infinito antes de que sus profundidades se confundieran en la bruma.

—Aquí estoy —susurró, y el mareo la atacó y se tambaleó hasta casi perder el sentido. Pero su mano que aferraba el amuleto ya no estaba insensible, sino que sentía una creciente y dolorosa calidez, y en vez de sucumbir para recibir a la muerte, se obligó a abrir los ojos por última vez.

Sobre la cumbre, a poca distancia a su derecha, giraba un gran remolino de nieve, centelleando en el sol como polvo de diamante.

Haramis cayó de rodillas y lo miró con fijeza, completamente indefensa. El remolino osciló y giró y creció hasta convertirse en un gigantesco cono blanco y fluido, que rotaba sobre su extremo. Dentro del remolino había Ojos.

Ojos verdes, como de hielo. Veintenas de ellos. La observaban.

—Busco el Círculo Trialado —susurró Haramis.

Somos sus guardianes, hemos venido a recibirte. —Os saludo —dijo la princesa Haramis con dignidad. Luego cayó hacia delante, en una profunda y bienvenida oscuridad.

Siguió un lapso colmado de sueños inquietos, durante el que la joven sufrió mucho dolor y encontró después un alivio profundo y calmante. Los Ojos del Remolino habitaban sus sueños, sólo que a veces eran temibles y a veces amables, y pertenecían a seres altos y graciosos, ataviados con ropas leves de colores pálidos, y adornados con extraordinarias cantidades de gemas; seres que le hablaban en susurros y la atendían y le decían que debía hacer esto o aquello, y ella obedecía como una niñita.

Les preguntó quiénes eran y le respondieron que eran el Primer Pueblo, guardianes del gran Cetro del Poder de los desaparecidos desde épocas inmemoriales.

Les preguntó si ese Cetro era el talismán que ella buscaba, y ellos respondieron:

En cierto modo sí, y en cierto modo no, pues en las oscuras edades del pasado el Triple fue dividido y sus miembros esparcidos para impedir que cayera en manos malignas.

Todavía soñando, la princesa preguntó a los Ojos si eran los verdaderos custodios del Círculo Trialado, su talismán.

Sí, pues guardamos a salvo esa parte del Triple. La Dama Blanca envió muy lejos las otras dos partes, para que otros las custodiaran hasta el momento en que los poderes de la Dama se agotaran y el Cetro fuera necesario para recuperar el gran equilibrio del mundo.

—Mis hermanas buscan los otros dos talismanes —explicó Haramis.

Y lo mismo hace el maligno de esta época, que incluso ahora te vigila, esperando que tu búsqueda tenga éxito...

A Haramis le pareció que un par de Ojos pasaban del verde-hielo al blanco-estrella más centelleante, y distinguió el bello rostro de un hombre que le sonreía.

— ¿Ese es él? —preguntó la joven.

Sí, respondieron ellos.

En el sueño, el hombre le tendía los brazos, y ella le devolvía la sonrisa.

—No soy lo que dicen que soy —declaró el hombre—. No te engañes. Estos pequeños sólo comprenden una parte del gran todo. Reserva tu juicio hasta que puedas conocerme verdaderamente y establecer tu propia opinión.

Haramis despertó en una estrecha cama rodeada de colgaduras de gasa, y se maravilló del calor, hasta que advirtió que éste emanaba del colchón sobre el cual se hallaba tendida.

El hipocausto calienta la base de la cama y el suelo, explicó una voz suave. *Por sus conductos llega el vapor de los manantiales calientes y de esta manera caldeamos nuestros hogares.*

Las colgaduras de la cama se abrieron y Haramis descubrió a una mujer aborigen cuyo rostro no había visto antes. Tenía la cara más alargada que la de los conocidos nyssomu, y su boca y nariz eran más humanas. Sus grandes ojos —verdes en vez de dorados— y las orejas que emergían de una rizada masa de pelo rubio platino indicaban que pertenecía al Pueblo. También tenía manos con tres dedos, pero sólo poseía vestigios de garras, que se parecían más bien a uñas, salvo porque eran más gruesas y tenían una tendencia natural a terminar en punta.

Cuando dedicó una sonrisa a Haramis, ésta advirtió que sus dientes no eran como colmillos, sino pequeños y regulares. La princesa recordó de su sueño el tono melodioso de la mujer vispi; pasaron

algunos minutos antes de que advirtiera que los labios de la mujer no se movían cuando ésta hablaba.

Pero por supuesto que no, admitió la mujer alegremente. *No comprenderías nuestra lengua, de modo que usamos el habla sin palabras. Me llamo Magira y te doy la bienvenida, princesa Haramis del Trillium. Ahora levántate de la cama y permite que te ayude a vestirte, pues ya estás recuperada y nuestra gente quiere reunirse contigo antes de que prosigas tu búsqueda.*

—Pero tú sí puedes comprenderme.

La princesa todavía no había recuperado su lucidez y no estaba segura de distinguir la realidad del sueño. La descorazonaba bastante que Magira hubiera hablado de «proseguir su búsqueda».

Al mismo tiempo que hablas, tu mente repite tus pensamientos, princesa. Nosotros, los vispi, no tenemos problemas para comprenderte... ¿Ese vestido merece tu aprobación? Creo que lo encontrarás muy cómodo, y los ribetes de piel negra hacen juego con tus cabellos.

—Sí, muchas gracias. El vestido es encantador.

Haramis permitió que Magira la ataviara con un vestido holgado de tejido azul pálido, como de terciopelo pero no tan pesado, ribeteado con suave piel negra. En el cuello, en los puños y en el ruedo tenía anchas franjas de plata bordada con zafiros y labradoritas. Calzó botas de cuero plateado y un cinturón de plata que sostenía una bolsa bordada con gemas, y luego dejó que la mujer vispi le peinara el cabello en dos gruesas trenzas, atadas con una cinta azul.

Nuestra sangre vispi es muy cálida, por lo que necesitamos prendas mucho más livianas que las que deben usar los humanos aquí. Toma también esta capa y guantes, y yo te acompañaré hasta el Ayuntamiento de Movis, que no queda lejos de esta casa.

Obedientemente, Haramis se puso los enjoyados guantes, mientras Magira le colocaba sobre los hombros una capa de piel blanca y negra mezcladas; también le bajó la capucha.

La princesa siguió luego a la mujer vispi fuera de la habitación y ambas bajaron un tramo de escaleras de piedra con estrechas ventanas bruñidas, luego atravesaron un vestíbulo y salieron al exterior.

— ¡De modo que esto es Movis!

Haramis se detuvo en el pórtico y observó a su alrededor, abarcando la ciudad que sólo había creído una leyenda. El aire tenía una luminiscencia dorada y al parecer casi atardecía. La princesa vio varios cientos de casas de piedra, finamente construidas, muchas de ellas de impresionante tamaño, y cierto número de edificios, considerablemente mayores, apiñados alrededor de una plaza central.

En todas partes se alzaban columnas de vapor, no sólo en los techos de pizarra de las viviendas, sino también en las rejillas situadas en las calles de piedra y dos pequeñas estructuras semejantes a cajas que se encontraban en cada jardín delantero o trasero. Cada casa estaba rodeada de pequeños árboles y cuidados jardines, pero no se veía gente ni criaturas vivas. La escena estaba extrañamente iluminada, sin sombras, pues al suelo del valle no llegaba la verdadera luz del sol. Una capa de brillantes nubes, como un techo dorado sostenido por cientos de columnas de vapor blanco, coronaba todo el valle de Movis. Las laderas inferiores eran verdes y excavadas en terrazas, las más altas aparecían cubiertas de nieve. Desde un gran glaciar caía una cascada como una larga bufanda blanca.

La gente ha preparado para ti una comida fiesta de esta noche, y espera tu llegada, dijo Magira.

—Eso suena encantador —agradeció Haramis, moviéndose con rapidez para seguir el paso de la mujer vispi, de largas piernas, quien ahora se deslizaba con rapidez por las calles tortuosas, con sus tenues ropas flotando a su alrededor como pálidos estandartes que ondeaban al viento—. Me parece que tengo mucha hambre, tal vez sea el aire de aquí.

Has dormido durante cinco días, princesa.

— ¡Oh! —exclamó Haramis.

Durante ese tiempo nuestras curadoras te atendieron y se ocuparon de tu piel congelada. Sin duda fuiste consciente en sueños de sus atenciones.

—Sí. Y también tuve otro distinto.

Magira se detuvo, posando sus ojos esmeralda sobre la princesa, y el tono de sus pensamientos fue de inquietud.

Sabemos que el maligno te habló. Sólo puede visualizarte mediante su espejo de hielo, y no constantemente, sino con intervalos de dos días o más, ya que estás protegida gracias a tu amuleto de la observación mental natural de los malintencionados...

—Sin embargo, él pudo hablarme en sueños.

Sabiendo que estabas aquí, pudo hacerlo. Por supuesto, si hubieras estado despierta, habrías podido negarte a escucharlo.

Haramis prefirió ni seguir hablando de Orogastus, para no rendirse a la curiosa sensación que el hechicero evocaba en su mente. En cambio, preguntó a Magira:

—Dime, ¿el pueblo que vive en este valle es autosuficiente?

Cultivamos las plantas que pueden prosperar con poca luz, y también criamos animales domésticos, togares y nunchiks en la ciudad, y volumniales y algunos froniales afuera, donde pastorean durante la estación seca. Los resguardamos en cavernas durante la época de lluvias y nevadas. En las cavernas crecen nutritivos líquenes y hongos luminosos, y te resultará extraña la apariencia de nuestro ganado durante la noche, ya que su dieta invernal hace que sus dientes, astas y cascos brillen en la oscuridad.

— ¿Son los animales que obtenéis en intercambio?

Sí, pues en las montañas se reproducen muy lentamente.

Haramis alzó un guante y las gemas cosidas sobre él centellearon.

— ¿Sólo comerciáis gemas y metales preciosos?

Magira se rió.

Con ellos es suficiente, princesa, ya que todas las razas del Pueblo codician estos ornamentos. En otras épocas, nuestra red comercial se extendía desde las Ohogan hasta el bosque Tassaleyo, siempre con los tímidos uisgu actuando como intermediarios entre nosotros y las demás razas del Pueblo. Desde la llegada de los humanos ruwendianos, la estructura comercial se ha alterado, ya que los humanos nos suministran ahora más animales de los que todo el Pueblo podría proporcionarnos. Así los vispi hemos prosperado.

—Pero todavía prohibís a otros la entrada a vuestra tierra.

Magira se encogió delicadamente de hombros.

Los valles con manantiales calientes son escasos y están muy distanciados, y el equilibrio vital es precario. Nosotros, el Primer Pueblo, fuimos creados para este clima cuando cubría la mayor parte del mundo. Con el transcurso del tiempo, este clima se redujo y disminuimos en número, aunque logramos conservar nuestra cultura. En su momento, otras razas del Pueblo diferentes de nosotros se unieron a la abominable Estirpe Fundacional en lo que ahora se llama el Laberinto de Pantanos. Pero las altas montañas son nuestras y las protegemos con temibles ilusiones como los Ojos de los Remolinos. Como somos el Pueblo de Tríllium y obedecemos las órdenes de la Dama Blanca, también custodiamos el Paso de Vispir, entre R\uwenda y Labornok.

Haramis se detuvo y enfrentó a su acompañante, hablándole con tono de reproche:

—Entonces, ¿dónde estabais cuando el ejército del rey Voltrik nos invadió?

Oh, la Dama no nos alertó a tiempo de la proximidad del enemigo, y cuando los guardianes vispi llegaron, sus ilusiones quedaron anuladas por el poder del hechicero. El indicó a los soldados labornokianos que ignoraran los fantasmas y que atacaran a las personas de carne y hueso que los proyectaban. Los invasores asesinaron a todos los guardianes vispi de las poblaciones más cercanas al paso: unas trescientas almas.

—Lo siento —dijo la princesa con sinceridad—. No lo sabía. A la Ciudadela nos llegaron muy pocas noticias de la invasión, pues los enemigos avanzaron con velocidad fatal, arrasando a nuestro pueblo antes de que nos diéramos cuenta de qué estaba ocurriendo. Ni siquiera ahora sé qué sucedió con nuestra gente de Dylex, ni con las poblaciones más lejanas del sur...

Finalmente habían llegado a un gran edificio con ventanas iluminadas y el sonido de la música traspasaba apenas las paredes. Cuando Magira abrió las puertas, la princesa Haramis quedó atónita ante la cantidad de gente reunida allí: había muchos cientos de ellos, algunos sentados en torno a mesas redondas, otros danzando al son de una majestuosa melodía en el espacio abierto central.

En el otro extremo de la sala del Ayuntamiento se veía un amplio estrado donde se sentaban unos vispi de ricos atavíos. Por encima de ellos, de la pared pendía un estandarte que mostraba un gran Trillium Negro orlado del centelleo de los diamantes. Las ciudadanas de Movis llevaban ropas muy semejantes a las de Magira, túnicas flotantes de tonos pasteles, y adornadas con gran profusión de joyas. En general los varones lucían túnicas de profundo azul medianoche con hábitos interiores y altas botas blancas. Sus cinturones, collares y brazaletes con gemas incrustadas resplandecían como un arco iris de fuego bajo la luz de miles de pequeños fanales suspendidos del alto techo.

Cuando Magira escoltó a su invitada hasta el estrado de los dignatarios, se alzó un gran clamor. Haramis sintió que se le nublaba la vista y que su mente vacilaba, y hubiera trastabillado si Magira no la hubiera

sostenido del brazo. ¡Las exclamaciones mentales y vocales! Nunca había pasado por nada semejante. Se sentía invadida, tanto dentro como fuera de su cuerpo, y aunque sabía que sus agresores eran amistosos, aquello excedía su capacidad.

Basta, gritó involuntariamente su mente.

Consternación.

Silencio, evidentemente arrepentido.

—Gracias —dijo la joven, temblando de alivio—. Aprecio vuestra bienvenida, pero me temo que todavía no me he acostumbrado a vuestra manera de expresarla.

Un varón de apariencia muy venerable, cuyos ojos no eran verdes sino de un blanco opaco, se incorporó de su asiento, en la cabecera de la mesa, y se dirigió a Haramis. Ella supo que era ciego, pero también comprendió que podía verla.

¡Querida princesa, perdónanos! No te hemos asustado deliberadamente. Nos hemos dejado llevar por la alegría que nos produjo tu aparición. Te doy la bienvenida en nombre de todos los vispi. Soy Carimpole. Atendedor de Movis. Hace mucho que te esperamos. Sabíamos que las semillas voladoras te conducirían a nuestra ciudad, si eras lo suficientemente fuerte para seguirlas. Te vimos sufrir fatiga, penurias y desánimo. Te vimos entrar en las nevadas tierras altas, donde toda tu inteligencia era inútil y sólo el poder de la voluntad y la resistencia física podrían salvarte.

Entonces pareció que te debilitabas y que fracasarías, como suele ocurrir con aquellos que piensan demasiado, despreciando al cuerpo que parece incapaz de sostener el ardiente espíritu que alberga. Rezamos por ti en tu situación extrema, al igual que la Dama Blanca, y tal vez de nosotros extrajiste nuevas fuerzas y obligaste al cuerpo a servir a la mente, de manera que pudiste realizar tu difícil tarea. Llegaste a nuestra frontera interior y allí se nos permitió albergarte.

Haramis escuchó a su alrededor gran cantidad de murmullos mentales, que la tocaban suavemente, con buenas intenciones. Su voz fue apenas audible cuando dijo:

— ¿Os habían prohibido auxiliarme antes?

Sí. Para ti, el viaje mismo era crucial. Era una parte esencial de tu búsqueda.

— ¿Y ahora? ¿He llegado al final? ¿Tenéis el Círculo Trialado y me lo daréis?

Mañana empezaremos a enseñarte a conducir a los grandes pájaros que vosotros los humanos llamáis quebrantahuesos. Tu talismán está a algunas leguas de aquí, en una caverna de hielo situada en lo alto del monte Gidris. Un quebrantahuesos te llevará hasta ella... En cuanto al final de tu búsqueda, nada puedo decirte. El hecho de tener en tu mano el Círculo Trialado no significa nada. Debe recibir poder. No sabemos cómo se logra eso.

—La archimaga me dijo que regresara a ella con el talismán después de haberme dominado a mí misma. Pero también me advirtió que mi destino está ligado al de mis dos hermanas, y que las tres debemos tener éxito, o ninguna lo conseguirá. ¿Debo entonces ayudar a Kadiya y Anigel?

Haramis del Trillium, nada podemos decirte. Creo que tendrás que decidirlo por. ti misma.

—Soy la hermana mayor y siempre me he sentido responsable de las otras. Entre el pueblo de la ciénaga existe una profecía según la cual una mujer de Ruwenda derrotará al trono de Labornok. Parece que esa mujer seré yo, pues la corona de Ruwenda es mía por derecho, y mía es también la obligación de liberar nuestra tierra conquistada.

El gran pájaro te llevará adonde desees. Pero no podemos darte más consejos. Ahora que te has recobrado de tus heridas, sólo podemos celebrar tu llegada y acelerar tu partida. Pero, por ahora, ¿quieres sentarte a la mesa con nosotros? Durante cinco días sólo has ingerido líquidos, de manera que hoy hemos tratado de preparar platos que complazcan tu paladar humano.

—Te lo agradezco —dijo Haramis—, os acompañaré con placer.

El atendedor dio unas palmadas.

'¡Que traigan las pastas y las carnes y la fruta con miel y el vino caliente! Y que siga la música y la danza y la alegría, pues nuestra princesa se acerca a su meta y el mundo está mucho más próximo a recuperar su perdido equilibrio. ¡Alabada sea la Dama Blanca, y ¡os Señores del Aire y sobre todo el Triúnico!

Los vítores llenaron la sala y unas puertas laterales se abrieron para dar paso a una hilera de cocineros y asistentes que transportaban pesadas fuentes y cuencos humeantes. Los músicos volvieron a tocar, en tanto la gente se apresuraba en dirección a las mesas.

La princesa Haramis se quitó los guantes y se aflojó la capa, sentándose con gratitud en el lugar que le

había indicado el atendedor Carimpole. Magira se sentó a su lado. Haramis volvió a sentirse momentáneamente mareada y cerró los ojos: le pareció que podía ver a través de las paredes del salón. Las nubes habían descendido con la proximidad de la noche, y caía la nieve. Pero los copos se licuaban cuando llegaban al aire cálido que flotaba sobre los techos, y se convertían en lluvia que caía sobre la población de los vispi, primero suavemente, luego con creciente intensidad, golpeando contra los cristales como si pidieran que la dejaran entrar. Mezclada con el ruido de la lluvia, escuchó una lejana voz masculina que pronunciaba su nombre.

Haramis abrió los ojos al brillo y la alegría que la rodeaban. No escuchó nada que no fueran los amables vispi y su música —que sonaba de manera extraña, a medias en sus oídos y a medias dentro de su mente.

Alguien le tendió una copa de cristal colmada de vino reluciente. Bebió con fruición y trató de sonreír.

Rechazado, el hechicero estaba más divertido que furioso.

—Diviértete entonces con tus amigos vispi, Haramis. Pero te llamaré una y otra vez, y llegará el momento en que deberás responderme.

Seguro en su guarida del monte Brom, mientras la temprana tormenta de nieve seguía rugiendo, Orogastus empezó a buscar en su biblioteca, decidido a encontrar más claves de la naturaleza de los tres talismanes misteriosos.

El *Libro de las Profecías Peninsulares* era su fuente principal, como siempre. En una de sus entradas mencionaba los talismanes e incluso daba a entender que se reunirían para precipitar algún acontecimiento sorprendente. En otra profecía, una que él conocía desde mucho tiempo atrás (y que se había asegurado de que también el rey Voltrik conociera), los Tres Pétalos del Trillium Viviente eran audazmente designados como «eliminadores» del trono de Labornok, pero no había en el libro nada que sugiriera una relación entre las princesas y los talismanes. Dejando de lado el antiguo volumen, emprendió una búsqueda en su gran colección de referencias místicas y taumatúrgicas.

No había nada al respecto en los numerosos libros de Labornok, y tampoco tuvo mejor suerte con la menor cantidad de libros procedentes de Var y de Raktum. La fuente más antigua de todas, el incunable de la *Enciclopedia de los Poderes Oscuros*, que el hechicero había traído desde su distante tierra de origen, hacía una mención atormentadoramente breve del tema. Bajo el encabezamiento de «Talismán Triple», Orogastus encontró una única oración: «Objeto de gran potencia, que supuestamente fue confiado a los vispi por los desaparecidos desde tiempos inmemoriales.»

¡Sí! Pero, ¿qué poder tenía?

Continuó la búsqueda, revisando libros no mágicos. Finalmente, en un volumen delgado, comido por los lingit, un tratado de estudios aborígenes procedente de la provincia isleña de Engi (entre todos los lugares posibles), dio con una referencia al «gran Cetro del Poder Triple que la raza vispi, la más antigua de su clase, salvaguardaba hasta que se lo requirieran en la plenitud de los tiempos». La reaparición de este críptico objeto había sido dispuesta por los desaparecidos, afirmaba el libro; ningún humano sabía qué poder tenía ese objeto, pero haría temblar los cimientos mismos del mundo.

—Entonces, tenemos tres talismanes y tres muchachas buscándolos —reflexionó el hechicero, al tiempo que cerraba el último libro y se incorporaba de su silla ante la mesa de la biblioteca.

Con las manos entrelazadas a la espalda, se dirigió a la ventana y observó la tormenta. No era completamente inesperada, ya que los monzones se anunciaban desde hacía diez días, por lo que no se la podía atribuir del todo a la magia; en concreto, no se la podía atribuir a una diablura de los vispi, que eran tan buenos amigos de la archimaga Binah y quienes, según los narradores de leyendas, eran capaces de ejercer cierto control sobre el clima. No obstante, la nevada subrayaba la urgencia de sus investigaciones, la necesidad de vencer a las princesas antes de quedar atrapado en las montañas por las grandes tempestades invernales.

—Tres talismanes, antiguamente reunidos bajo la forma de un Cetro y confiados a los vispi, pero evidentemente separados ahora y dispersos por Ruwenda. Y los llamados Tres Pétalos del Trillium Viviente, las princesas, quienes al reunir los talismanes pueden dar poder a alguna grandiosa Tríada.

Una enloquecedora sensación de duda roía la mente del hechicero. Era evidente que en este caso estaba en juego algo más que la supervivencia de Labornok y de su rey: ¡su propia enorme ambición, sin duda! ¿No sería mejor permitir que las princesas siguieran con vida hasta que terminaran su búsqueda, asegurándose así que los tres talismanes llegaran a sus manos? ¿O su primera intuición habría sido la correcta: que las muchachas no lograran éxito a cualquier precio, ya que sólo ellas podían potenciar a la

mágica Tríada?

¡Más información! Necesitaba más información antes de tomar una decisión definitiva.

Orogastus giró rápidamente sobre sí y se dirigió hacia la chime-

nea, donde las llamas matizaron su cabello blanco con fantásticos reflejos. Se puso rígido, con los brazos muy abiertos, cerró los ojos momentánemante y pronunció el hechizo. Cuando volvió a abrir los ojos, unas estrellas ardientes surgieron desde atrás de las pupilas, haciendo palidecer las llamas.

Orogastus habló entonces con su Voz Verde, que se encontraba en la Ciudadela de Ruwenda, reclamando cualquier noticia que pudiera descubrir con respecto a los talismanes, el Trillium Viviente, o el Triple Cetro de los vispi. La Voz debía utilizar cualquier auxilio que pudieran proporcionarle los invasores labornokianos.

—Pero no confíes en ningún ruwendiano —le advirtió el hechicero—, y haz jurar a tus socios que guardarán el secreto, so pena de sufrir el disgusto real.

—Obedeceré, Amo Todopoderoso.

—Ahora, dime cómo sigue el rey Voltrik.

—Sigue mejorando —respondido la Voz Verde—. Las buenas noticias de que tú habías llegado a tu torre y que habías localizado a las tres princesas gracias a tu espejo de hielo lo alegraron en gran medida. Te envía sus felicitaciones y expresa su real aprobación y sus buenos deseos, esperando que sigas aplicando todo tu empeño en la dirección de la persecución de las fugitivas. El rey Voltrik ordenó que lo leváramos hasta la ventana de su habitación para que pudiera dar su bendición a los grupos de búsqueda, y ese mismo día comió su primera comida completa.

—Muy bien. Ahora infórmame acerca de la ocupación y la pacificación.

—La Ciudadela y sus alrededores están muy tranquilos. La clase media de ruwendianos no combatientes y los propietarios de la Loma de la Ciudadela han jurado fidelidad a Labornok, aunque de mala gana. No hay ninguna resistencia organizada contra nuestro dominio. Casi todos los nobles sobrevivientes del reino del sur han escapado a la ciénaga, pero no representan una amenaza seria. Las aldeas del Dylex que no fueron quemadas están sometidas a las guarniciones establecidas allí, salvo los remotos enclaves de Prek y Gpyk, y se ha reanudado la cosecha y el proceso de sustancias alimenticias. Puede haber cierta escasez local durante la estación de lluvias, pero nuestro ejército de ocupación estará bien alimentado.

—Satisfactorio. ¿Y el comercio de exportación?

—Se ha reabierto el mercado de Trevista. El intercambio de medicinas, esencias, especias y tintes ha llegado a un cuarto del nivel anterior a la guerra. Los maestros mercaderes esperan que todo vuelva a la normalidad en la próxima temporada. El comercio de maderas está definitivamente estancado hasta el final de las lluvias. La ciudad de Tass, dedicada a los productos forestales, no quedó afectada por las luchas, y sus artesanos se entregaron sin derramamiento de sangre, pero ha habido retrasos para conseguir que reanudaran sus ocupaciones. Hay grandes cantidades de madera y troncos en bruto apilados en los depósitos de la ciudad de Tass, en el extremo norte del lago, cerca del Gran Camino. Para reanudar el comercio sólo se precisa que recomience el desplazamiento de caravanas desde Labornok, y eso se hará durante la estación seca de la primavera.

Orogastus suspiró.

—Muy bien. Estoy complacido contigo, mi Voz. Volverás a tener noticias mías dentro de dos días.

—Estoy a tu servicio. Amo Todopoderoso.

La visión de la Voz Verde se esfumó.

Orogastus dejó entonces que su ojo que veía en la distancia se desplazara un poco hacia el oeste, donde espió la gran flotilla del general Hamil, que ascendía la corriente hacia Trevista. El hechicero no se esforzó por hablar con su Voz Roja. Ya habría tiempo para eso cuando la fuerza hubiera llegado al Infierno Espinoso. Para entonces ya habría confirmado la ruta de viaje de la princesa Kadiya gracias al escrutinio que realizaría al cabo de un día en el espejo de hielo, y habría elaborado además la estrategia para apresarla.

La Voz Azul ya le había informado de que en el primer día de búsqueda de la fuerza comandada por el príncipe Antar no se habían hallado rastros de la princesa Anigel. Eso no había significado una sorpresa para Orogastus. Sus libros de referencia le habían revelado la inusual naturaleza del medio de transporte utilizado por la joven, evidentemente una novedad dispuesta por la misma archimaga Binah. Al contar con los poderosos rimoriks para tirar de su embarcación, indudablemente Anigel habría puesto una buena distancia entre sí misma y la concentración enemiga *de* la Loma de la Ciudadela.

Pero ahora que ya habían transcurrido los dos días de descanso del espejo de hielo, el hechicero podría sin duda localizar la nueva posición, y tal vez deducir hacia dónde se dirigía la joven en busca de su talismán.

Tras vestirse y enmascararse, el hechicero se encaminó una vez más hacia la Caverna de Hielo Negro y se dirigió de este modo al aparato maravilloso:

— ¡Oh poderoso instrumento de los desaparecidos, responde a mi petición!

La oscuridad se iluminó lentamente, ¡demasiado lentamente! Como si fuera una vela con mecha demasiado corta. La voz era apenas un ronco murmullo.

—Respondiendo. Cuál es la petición.

¡Maldición! La luz parpadeaba. Tal vez debería haberlo dejado descansar más tiempo después del primer interrogatorio, que había sido bastante extenso. Bien, ahora ya no había remedio. Preguntaría por Anigel y de momento dejaría pasar el asunto de las otras dos princesas. Después de todo, ambas eran inalcanzables por ahora, y en cambio había buenas posibilidades de que Anigel estuviera al alcance del príncipe Antar.

—Visualizar una persona durante tanto tiempo como lo permitan los Poderes Oscuros —entonó Orogastus—. Localizar posición actual de esa persona en el mapa.

—Petición válida. Nombre de la persona.

La extraña voz cobró intensidad y el torbellino del interior del espejo de hielo mostró un aspecto casi normal.

—Princesa Anigel de Ruwenda.

Orogastus visualizó a la muchacha y luego contuvo el aliento.

—Sondeando.

Se formó la imagen del mapa. No era tan claro ni tan brillante como la última vez, pero bastaría. Anigel estaba sobre el lago Wum, cerca del límite occidental de la Ciénaga Verde y a mitad de camino hacia el sur. Seguramente se dirigía hacia la ciudad de Tass, al pie del lago. No podía ir a otro sitio. Pero, ¡qué destino tan singular!

—Princesa Anigel de Ruwenda. Localización: Sa cincuenta y uno dos, La veintidós cuatro en diagrama Orna.

Luego apareció la imagen, de colores opacos pero nítida. La embarcación arrastrada por los rimoriks se desplazaba a velocidad moderada a través de la densa maleza de la Ciénaga Verde en la ribera occidental del lago, donde pequeños chupadores de sangre arbóreos, unos seres planos y resbaladizos del tamaño de monedas, atormentaban a la princesa y a Immu dejándose caer sobre la embarcación desde el follaje.

—Si estos chupadores te parecen molestos —dijo a la disgustada muchacha la imagen de Immu reflejada en el espejo—, ¡espera a que lleguemos al bosque Tassaleyo!

—Aja —exclamó Orogastus triunfante—. ¡Ahora te tengo!

El espejo de hielo le reprobó de inmediato.

—Orden incorrecta. Use limpiador para revisar su programa. Intervalo para recarga.

Cayó en la oscuridad mientras la imagen se extinguía.

Pero eso no consiguió disminuir la alegría del hechicero. Ahora poseía la clave crucial que le permitía planificar la captura de Anigel, y su voz resonó de uno a otro extremos de la helada caverna cuando dio las gracias a los Poderes Oscuros.

La extraña raicilla flotante condujo a Kadiya y Jagun durante un corto trecho por el río Nothar, y luego dobló a la izquierda para ascender por un afluente sin nombre. Se dirigían ahora sin duda hacia territorio prohibido: hacia la traicionera selva llamada el Infierno Espinoso.

Para conservar a la vista su pequeña guía, tenían que permanecer en aguas abiertas. A veces se hacían tan superficiales que ambos debían vadear a pie, arrastrando el bote. Otras veces, se veían obligados a cruzar tramos de aguas abiertas. Jagun utilizaba su experiencia de cazador y apilaba sobre el bote gran cantidad de ramas y cañas, para darle el aspecto de malezas a la deriva, arrastradas por la corriente.

Ese primer día Kadiya tuvo que tenderse boca abajo en dos ocasiones, espiando a través del improvisado techado de la embarcación, con Jagun a su lado, para observar el movimiento de pequeños grupos de skritek. Kadiya se llevó un puño a la boca para sellar sus labios, pues su estómago se rebeló. Le habían dicho muchas cosas de las horribles criaturas que ahora espiaba, pero nada de lo que había podido imaginar era tan espantoso como lo que veía.

El primer grupo parecía estar cazando a pie, y había jóvenes entre ellos. Aquí, en su propio territorio, no siempre recurrían a ahogar a sus víctimas, sino que más bien caminaban abiertamente en busca de su presa. Se habían dividido: una parte se desplazó hacia el frente para apostarse en uno de los montículos de piedra, mientras el resto avanzaba hacia ellos, pisando muy fuerte con sus pies de tres dedos, golpeando la maleza con palos y rústicas lanzas. Las criaturas ocultas se asustaban, saltan o se arrastraban e intentaban volar, y los skritek apostados más adelante se aseguraban las capturas. Los skritek no se llevaban las presas a su campamento, sino que las engullían de inmediato, algunas todavía con vida, mientras disputaban entre sí por cada bocado.

Al observarles, Kadiya se vio obligada a tragar saliva con dificultad, con un sabor amargo en la boca. Pero se forzó a mirar. Porque una cosa había aprendido de Jagun: a conocer bien los hábitos del enemigo, sus idas y venidas, su alimento, su sueño; a aprender y recordar todas sus costumbres.

Mientras se ocultaban de los monstruos del Pantano, su guía flotante —por algún instinto, se diría—, apareció a buscar seguridad cerca de las ramas que cubrían la embarcación.

El segundo grupo de skritek con el que se cruzaron pasó más tarde, cerca del anochecer. Esta vez no hubo gritos roncos, ni golpes contra la vegetación. Caminaban con soltura, como si recorrieran algún sendero que Kadiya no podía ver desde su posición. ¡Y con ellos iba otro! Un ser humano. La muchacha soltó casi una exclamación, y Jagun le respondió con un gesto severo.

Sin duda era un varón humano el que caminaba junto con los skritek, pero no se trataba de un prisionero. Estaba completamente vestido de rojo, pero su ropa aparecía manchada por la ciénaga. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha que se extendía hasta su boca y le cubría la mitad del rostro. Llevaba una espada y una lanza corta.

De pronto habló con sus acompañantes mediante una serie de sonidos tan guturales que Kadiya se preguntó cómo podría reproducirlos; al parecer discutía con uno de los ahogadores, ya que señalaba en una dirección mientras que los skritek querían avanzar en otra. Sin embargo, la voluntad del hombre de rojo prevaleció.

En toda la historia en todas las leyendas reunidas por la sabiduría de los nyssomu y los uisgu, de los marjales y de la Ciudadela, nunca se había registrado una alianza entre los skritek y otra raza. Ahora Jagun demostró estar en lo cierto: de alguna manera Voltrik y Orogastus habían alistado a estos ogros a su servicio. Sin embargo, tenían una notoria reputación de traidores. El que caminaba con ellos era un hombre valiente, aunque sirviera a una causa sangrienta. Su confianza demostraba que estaba protegido por algo más que la fuerza de las armas o de la persuasión.

¡Debe de ser una de las Voces.

Kadiya se estremeció. Su mano aferró el amuleto cobijado contra su pecho.

Ocúltanos, rogó sin palabras. *¡Protégenos.*

En cuanto a qué —o a quién— perseguía el grupo, Kadiya no tuvo la menor duda. No sabía adonde habían ido Haramis ni Anigel, pero ella estaba aquí. Esta banda de skritek dedicada al rastreo, acompañada por uno de los esbirros de Orogastus, iba en pos de ella. Que el acólito del hechicero no hubiera reparado en ella parecía asombroso. Sin duda Orogastus tendría algún otro método de búsqueda que trascendiera a la vista y al oído. La joven no dio crédito a sus ojos cuando las bestias pasaron cerca de ellos sin que nadie diera la alarma. Claro, la magia del Trillium Negro no podía derrotarse fácilmente.

Kadiya se deslizó un poco hacia delante y miró el agua. La raíz-guía estaba allí, tan quieta como si yaciera sobre una mesa. Brillaba con intensidad y la verde luz submarina parecía pulsar al unísono, volviendo a la vida. Aunque originariamente había apuntado hacia la costa por la que transcurría el sendero, ahora cambió de curso hasta quedar paralela a la ribera opuesta. Kadiya vio que Jagun tomaba el remo y advirtió que el esquife respondía al impulso.

Se desplazaron siguiendo la costa, siempre alertas a cualquier movimiento, deteniéndose de vez en cuando para que Jagun utilizara su olfato y su oído a fin de evaluar el entorno. Sólo se oía el habitual sonido de los insectos, el movimiento de los moradores del cieno, los sonidos naturales del día.

Cualquier confianza que pudiera haberles infundido la situación fue prontamente disipada. No sólo llegaron al final del ancho brazo de agua, sino también a una barrera que parecía ser un islote que se alzaba bastante por encima del nivel del agua. La raíz-guía señalaba directamente al interior de una tierra sombría. A pocos pies por encima de ellos se enmarañaban los putrefactos esqueletos de árboles que daban apoyo a una verdadera red de algo que parecían enredaderas. El suelo ofrecía lecho a unas malezas hinchadas con forma de bolas, de color violáceo.

Jagun señaló a la más próxima.

—Son asesinos nutridos por la pestilencia de esta tierra. Huye de ellos como lo harías de un cuchillo emponzoñado, hija del rey.

Reinaba un completo silencio, era una tierra que no podía ni quería albergar ninguna forma de vida que no fuera maligna. No obstante, la raíz que los guiaba no varió la dirección. Debían internarse en ella.

Un olor pútrido produjo náuseas a Kadiya. La joven no necesitó el roce de advertencia de Jagun. Hubo movimiento entre los árboles muertos, un sonido siseante... y un hembra skritek apareció a la vista.

No avanzaba con ningún propósito concreto, sino que más bien se arrastraba, apoyada en un palo, balanceándose de lado a lado. No era delgada ni esbelta. En cambio, su piel verdosa estaba hinchada y el vientre sobresalía tanto que la criatura parecía obesa. En un momento se aferró a la rama torcida de un árbol muerto que se pulverizó y la mujer cayó de rodillas. Por más que se debatió no logró incorporarse, y tuvo que gatear hasta llegar a un árbol más firme cuyo apoyo le permitió levantarse.

Su cuerpo se retorció. Su boca abierta soltó un grito ronco. Desde abajo de su vientre prominente surgió un cuerpo blanco que se retorcía como si tuviera vida propia, hasta que cayó al suelo. Fue seguido de un segundo, un tercero y así sucesivamente hasta que Kadiya pudo contar diez gordos retoños blanquecinos, como gusanos, tal vez del tamaño de la cabeza de un bebé humano.

La madre skritek volvió a desplomarse contra el árbol que la había sostenido y los jóvenes, que evidentemente buscaban algo, giraron casi al unísono para apiñarse sobre la que les había dado la vida. Era evidente que *se* estaban alimentando.

Jagun se acercó con prudencia a la joven.

—Los recién nacidos están hambrientos —explicó en un levísimo susurro—. Y esa desafortunada dama no tenía carne esperando para apaciguar a su cría.

Dos o tres de los aborrecibles retoños ya habían abandonado el esqueleto de la hembra skritek. Dos se adelantaron hacia ellos. Por lo que la joven alcanzó a distinguir, no tenían verdaderas cabezas, aunque llevaban un poco más erguidas las partes frontales de sus cuerpos. Estas protuberancias se agitaron en el aire y luego se concentraron en dirección a la embarcación. Empezaron a gatear hacia el agua.

Jagun actuó con rapidez. Tenía su cerbatana preparada, y el primer dardo se enterró profundamente en el cuerpo de la primera larva. Lo siguió un segundo dardo, que dio cuenta con facilidad de otro. Los retoños cayeron a tierra y permanecieron inmóviles.

Jagun atrajo hacia sí su morral de cazador y extrajo de él una tira muy plegada de un material tan tenue y de tejido tan transparente como un velo de fiesta. La cortó en dos y le dio la mitad a Kadiya, indicándole con un gesto que debía seguir su ejemplo. En-

tonces se envolvió la cabeza con ella para que le cubriera los ojos, la nariz y la boca. Revisó el nudo que la muchacha había hecho para ajustársela antes de seguir adelante.

Otras larvas skritek se dirigían ahora hacia la embarcación, con sus extremos anteriores erguidos como si estuvieran olfateando a sus presas. Esta vez Jagun no les apuntó a ellos, sino a los bulbos azul-rojizos que surgían del terreno que los rodeaba. La primera bola en la que entró un dardo estalló como si su superficie hubiera mantenido aprisionada alguna fuerza. De ella brotó una nube de polvo azul, seguida de varias más, hasta que sobre la costa hubo una corriente de esporas tan densa como una bruma. Jagun volvió a impulsar la embarcación hasta el centro de la corriente, esperando que la nube se abriera y se asentara. En el sitio en el que antes estaban los retoños skritek había ahora unos terrones de gelatina resbaladiza que se hundían lentamente en el suelo.

Kadiya hundió una mano en el agua y atrapó la raíz de trillium. Esta tironeó, señalando directamente hacia delante. Después se soltó de la mano de la joven y voló por el aire como si Kadiya la hubiera lanzado. No había modo de ignorar el hecho de que ahora se encontraba en esa maligna costa donde yacía el cadáver de la madre skritek, y que apuntaba tierra adentro.

La princesa miró a Jagun. Éste se encogió de hombros.

Luego el hombrecito habló, con voz un poco ahogada por la máscara improvisada que todavía llevaba puesta.

—Allí está el Infierno Espinoso, Previsora. Parece que no tenemos alternativa: debemos entrar en él.

Era evidente que no tenían otra opción. Por más que la joven describiera giros y vueltas, no podía desviarse del camino que la magia de la archimaga había dispuesto para ella. Con rigidez, gateó hasta la costa. La raíz de trillium se deslizó con firmeza hacia delante, aunque describió un amplio rodeo para evitar las esferas venenosas.

—¿Qué hay más adelante? —preguntó Kadiya mientras cargaba el segundo morral.

Jagun agitó la cabeza.

—Tierra desconocida, hija del rey. Si la suerte nos favorece, tal vez lleguemos a las poblaciones de los uisgu.

La joven rodeó con cuidado una de las esferas amarillas, esforzándose por no mirar hacia el árbol junto al cual yacían los restos de la mujer skritek.

— ¿La suerte? —La princesa soltó una risita amarga—. Nadie la tiene durante mucho tiempo.

Llegaron a un canal rodeado de malezas, de verdes aguas estancadas. Uno de los árboles muertos había caído sobre el agua y en el lodo había huellas que evidenciaban que servía de puente. Kadi-ya se agachó para recoger la raíz de trillium, temiendo que cayera al agua y se perdiera. Estaba rígida en su mano. De su extremo brotó una emanación como un haz de llama negra, y aunque no había brisa, apuntó hacia donde debían avanzar: hacia una jungla de arracimados helechos espinosos, cuya altura duplicaba la de un hombre.

Avanzaron durante horas.

—Nos detendremos aquí a pasar la noche —dijo Jagun finalmente.

La zona adonde los había conducido la raíz-guía se hallaba un poco por encima del nivel del resto del terreno. No se veían helechos espinosos y tampoco se observaba ninguna esfera venenosa. Unos hierbajos gruesos, de bordes afilados como un espada, les rodearon cuando llegaron a un gran montículo irregular. Aunque habían visto muy pocos rastros de ruinas desde que habían partido de Noth, saltaba a la vista que la inteligencia, y no la naturaleza, había dado forma a esa elevación. Kadiya aferró un pequeño arbusto para ayudarse a subir, y desprendió un terrón de raíces y tierra. Quedó a la vista algo que parecía piedra labrada. No se trataba del granito oscuro que era el material de construcción más usual de las ruinas que ella conocía, sino un mineral mucho más suave, tan pulido que la joven se preguntó cómo habría logrado arraigarse ese arbusto. Y bajo el sol que se ponía, el material ofrecía un brillo peculiar.

— ¿Qué es eso? —preguntó, llamando la atención de Jagun.

Era posible que la raíz-guía los hubiera conducido hasta un artefacto tan enorme como para dejar perpleja a la muchacha, quien ni siquiera podía suponer cuál sería su significado o su utilidad. Cuando excavó un poco más para dejar la superficie al descubierto, se hizo obvio que la ruina no estaba hecha de piedra. La superficie que sus dedos rozaban era muy pálida/

Jagun observó el descubrimiento de la joven y rápidamente desvió la mirada.

—Es de los desaparecidos.

Hizo un pequeño gesto en el aire y miró con fijeza la raíz de trillium que Kadiya sostenía. Su llama negra, que les había indica-

do el camino, permaneció un momento inmóvil, y luego se puso rígida y resplandeció formando un halo verde.

De pronto Kadiya sintió que la dolorosa carga de duda que la había aquejado durante tanto tiempo se había aligerado. Se izó hasta la cima del montículo y descubrió que se balanceaba en el borde de lo que parecía un cuenco gigantesco. Los lados caían en abrupta pendiente hacia el interior y aparentemente los frecuentes aludes causados por las tormentas habían arrastrado la tierra y los detritos en algunas partes, y las que quedaban a la vista no parecían deterioradas.

Kadiya estaba atónita, pero repentinamente se rió.

—Cazador, esta tierra guarda muchas sorpresas. Tal vez la suerte nos sonríe después de todo, porque siento...

Extendió los brazos y respiró profundamente. Los desaparecidos parecían aprobar su presencia allí, incluso darle la bienvenida. La joven se sentía alegre, y el corazón ya no le pesaba. Aquí toda la oscuridad y los terrores que la habían oprimido parecían pequeños y lejanos. Ya no sentía la fatiga del viaje, sino tan sólo un creciente nerviosismo, junto con la convicción de que fuera lo que fuese lo que les aguardaba, sin duda contribuiría al cumplimiento de su objetivo.

El príncipe Antar salió en persecución de la princesa Anigel con una fuerza expedicionaria de veinte caballos y sesenta soldados, junto con la Voz Azul de hechicero, quien mantendría informado al príncipe de la posición de la muchacha gracias a los contactos con su amo. Los hombres de Labornok partieron de la Ciudadela en tres grandes balsas equipadas con botes auxiliares. Los froniales de los caballeros fueron dejados atrás por orden del príncipe, lo que ocasionó grandes protestas por parte de sir Rinutar, sir Karon y sus compañeros, a pesar de que ninguno sabía cómo ni dónde pretendían hacer avanzar sus monturas a través de la jungla sin senderos del Laberinto de Pantanos. Cada balsa disponía

de tres tripulaciones de remeros para avanzar el doble de tiempo en turnos sucesivos, y las grandes embarcaciones casi volaban sobre las tranquilas aguas del Bajo Mutar y del lago Wum.

Tras la segunda triunfal visualización de Orogastus, el grupo aumentó con la incorporación del maestro comerciante Edzar, quien tenía tanta experiencia con los aborígenes de madera, los wyvilo del bosque Tassaleyo, como con los nyssomu de Trevista. Con la intervención de la Voz Azul, Edzar había conferenciado con el hechicero e ideado así un plan que fue considerado factible.

Ahora la *fuerza*, labornokiana se aproximaba rápidamente a Tass, la única población humana importante que existía sobre el lago. El centro del comercio maderero de Ruwenda era una descuidada aglomeración de muelles, depósitos y casuchas situadas sobre una isla, cerrada por todos los lados con diques flotantes que formaban grandes corrales destinados a guardar los troncos. El maestro comerciante Edzar explicó a los caballeros que muchos de ellos serían transportados a depósitos situados en el otro extremo del lago,

donde serían unidos hasta formar balsas que navegarían hacia el norte durante la estación de las lluvias, cuando los vientos fueran favorables. La madera más valiosa y los listones se cargaban en balsas y se transportaban en cualquier época del año a los depósitos del norte, de donde eran enviados a través de la ruta comercial durante las estaciones secas.

En la cubierta delantera de la balsa insignia, protegidos del ardiente sol del lago por un toldo, los hombres del príncipe estaban aburridos de navegar y de la conferencia explicativa que les dispensaba el comerciante, ya que no tenían nada que hacer excepto beber y contemplar el paisaje, y estaban ansiosos por recomenzar la cacería.

La primera parte de la persecución de la princesa Anigel, que se había desarrollado en el Laberinto de Pantanos cerca de la Loma de la Ciudadela y del Gran Camino, había sido un fiasco. Los hombres eran caballeros, no navegantes, y no tenían ni idea de cómo dirigir una búsqueda fluvial. La fuerza de veinte botes auxiliares, cada uno de ellos con un caballero al mando, tres soldados y tres remeros, había vagado erráticamente por el Laberinto bajo las órdenes de los inexpertos capitanes. Se habían producido disputas acerca de quién se ocuparía de las zonas más próximas y quién de las más distantes, quién recorrería los canales más abiertos y quién los más ocupados por la vegetación, que albergaban venenosos gusanos de agua, alimañas con aguijón y voraces peces milingales.

Se desperdiciaron muchas horas recorriendo los mismos territorios de fácil acceso y dejando otros puntos sin examinar, hasta que el piloto de la balsa insignia había sugerido con gran tacto al príncipe Antar que sería mejor que los navegantes, y no los caballeros, dirigieran los movimientos de los botes, sobre todo si se ofrecía una buena recompensa a la tripulación que localizara primero a la princesa. Se emprendió entonces una búsqueda eficaz, que por desgracia no arrojó resultados. Sin embargo, el príncipe Antar no pareció descorazonarse por el fracaso.

Ahora, a medida que la expedición se aproximaba a la escena de una acción más promisoria, Antar se tornó más silencioso y susceptible, hasta el punto de que el descortés sir Rinutar susurró a sus íntimos que el príncipe no parecía muy entregado a la búsqueda. Sus comentarios llegaron a oídos del sincero y fiel sir Penapat, quien se irritó mucho y amenazó con romperle la cabeza a Rinutar.

Una indigna discusión se evitó sólo gracias a la intervención del mismo Antar, quien restauró el orden con la ayuda de su lugarteniente, sir Owanon. Luego el príncipe se retiró a su solitaria posición a proa de la balsa insignia, donde nadie se atrevió a molestarlo y donde permaneció hasta que estuvieron a punto de atracar.

En ese momento, el príncipe pidió al maestro comerciante Edzar que desplegara sus mapas de nuevo y recapitulara el plan a seguir por el grupo, de modo que no se produjeran malentendidos cuando desembarcaran. Edzar todavía llevaba puesta su túnica verde bordada en oro, pero había cambiado su atavío anaranjado por otro de vivido color púrpura, y había sustituido su sombrero por otro de ala aún más ancha, intrincadamente tejido con largas agujas de coníferas y orlado de grandes flores color cereza.

—Como veis, señores —empezó—, hay tres grandes ríos, incluyendo el Bajo Mutar, que desembocan en el lago Wum. Pero uno solo sale del lago, el Gran Mutar, que fluye al interior del bosque Tassaleyo y es el único acceso a esa jungla. Si el poderoso Orogastus ha interpretado correctamente su visión, la princesa Anigel se dirige hacia el bosque y, para llegar a él, no le queda más remedio que pasar por aquí.

Indicó con el dedo la salida sur del lago Wum, designada en el mapa como CATARATAS DE TASS.

En ese momento se insinuó la figura escuálida y saturnina de la Voz Azul. Por lo general, permanecía en la cabina del piloto de la balsa, ya que evitaba la luz del sol como una babosa, pero la proximidad de la ciudad de Tass lo había hecho salir a cubierta.

—Mi muy digno maestro mercader, el espejo de hielo de mi Amo Todopoderoso no sólo ve, sino que también oye. Esta ampliación de los sentidos sólo dura un minuto. No obstante, en su segunda visualización, mi Amo oyó con claridad que la servidora de la princesa Anigel hablaba acerca de su inminente viaje hacia el bosque Tassaleyo.

El príncipe dirigió una ceñuda mirada al mapa.

—Si no la atrapamos en las cataratas, tendremos que seguirla por el Gran Mutar. Faltan menos de quince días para la estación de las lluvias y en nombre de Zoto, ¿qué usaremos allá abajo como botes?

—Podríamos bajar nuestros botes con el montacargas de los troncos —propuso Edzar—. Sin embargo, los wyvilo poseen sus propias embarcaciones, mucho más rápidas, ancladas más allá de las cataratas. Normalmente, los humanos no navegan en ellas. Es decir, los humanos ruwendianos. Pero si es necesario que persigamos a la princesa Anigel por el Gran Mutar, siempre podríamos... convencer a los wyvilo de que nos transportaran.

Sir Rinutar soltó una carcajada entre dientes.

—Bien, ¿cómo podrían negarse a ayudar a un grupo de refinados caballeros como nosotros?

Había estado afilando su espada, que ahora blandió describiendo un gran arco, hasta apoyar su extremo sobre la bulbosa nariz del maestro comerciante. Edzar balbuceó algo y los caballeros soltaron una risotada.

—Tengo el poder de demostrar cierta magia a los raros del bosque, en el caso de que se muestren reticentes a prestarnos ayuda —intervino la Voz Azul—. Entre esa clase de persuasión y la de sir Rinutar, no deberíamos tener grandes dificultades para conseguir algún transporte adicional, si se produjera dicha contingencia. Por supuesto, si el plan del maestro Edzar tiene éxito, atraparemos a la princesa Anigel en las cataratas.

Sir Owanon, que era el amigo más íntimo del príncipe Antar así como su segundo en el mando, era un hombre joven de rostro agradable e inteligente. Ahora alzó un dedo admonitorio.

— ¡Escuchad! ¿Eso que se oye es la cascada?

—En efecto, mi señor —replicó el mercader—. Las Cataratas de Tass son intransitables para los botes. Tienen más de sesenta anas de altura y vierten un gran volumen de agua, incluso durante la estación seca. Debajo, el Gran Mutar fluye ancho y lento hacia el mar. Los leñadores wyvilo no tienen problemas para traer sus troncos comente arriba hasta las cataratas. Constituye todo un espectáculo ver a esos extraños seres inhumanos montados en fila sobre un tronco de heroicas proporciones, remando aguas arriba mientras entonan sus himnos bárbaros.

—Sin duda, mientras tanto urden maneras ingeniosas de cortar en tajadas el hígado del desafortunado humano que encuentren a continuación —se burló sir Karon.

Todos los demás caballeros lanzaron sombrías carcajadas.

—No, no, no, mis señores —protestó Edzar—. A pesar de su horrible apariencia, los wyvilo son civilizados. Estáis pensando más bien en sus primos, los glismak, que viven más hacia el sur. Ellos son los que muestran cierta tendencia hacia el canibalismo.

— ¡Por las piedras de Zoto! —exclamó alguien—. ¿Debemos combatir contra comedores de hombres?

—Puedes sostenernos las capas, Stolafat, si esa perspectiva te hiela las tripas —se burló Rinutar.

— ¡Ya basta! —interrumpió el príncipe Antar—. Maestro Edzar, explícanos otra vez este supuesto plan tan seguro que dices tener. —Y dirigiéndose a sus hombres—: ¡Prestad atención y basta de bromas!

Edzar volvió a desplegar el mapa, indicando al resto que se acercara más.

—Ved aquí. La ciudad de Tass, en su isla, se encuentra cerca de la costa oriental del lago. El canal oriental está completamente bloqueado por los troncos. Hacia el oeste hay menos, pues allí se encuentran las rocas llamadas Colmillos de Munjuno, entre las cuales fluyen rápidas corrientes antes de caer por el borde de las cataratas. En este punto, la costa occidental del lago es roca pura e intransitable, y en la costa este se extiende una densa jungla, sólo penetrada por el camino de transporte que conduce desde el gran montacargas de troncos situado al borde del precipicio hasta la ensenada situada frente a la ciudad de Tass, donde la madera se pone en el agua. Este camino oriental es el lugar donde debemos tender nuestra emboscada. Edzar señaló primero el mapa y luego hacia la costa oriental, que se hallaba frente a la dársena, más allá de un gran laberinto de troncos flotantes. El príncipe y sus hombres distinguieron un gran número de vagonetas aparcadas en el camino, con ruedas más altas que un hombre, pero no parecía haber gente ni animales de tiro desplazándose por el camino, y en general toda la costa parecía desierta.

—La guerra interrumpió todo el comercio de la ciudad de Tass —explicó Edzar—. Los trabajadores ruwendianos, que normalmente se ocupan del aserradero, del gran montacargas y del camino de transporte todavía no han regresado a sus tareas. Lord Zentil, uno de los ayudantes de confianza del general Hamil, ha recibido la orden de establecer una guarnición aquí. Espera tener controlada la situación para cuanto terminen las lluvias. Todos los troncos que ahora veis en el agua se enviarán al extremo norte del lago en esa época. Y cuando llegue la estación seca de la primavera, la producción de madera habrá vuelto a la normalidad.

— ¡Deja ya de aburrirnos con tus trivialidades mercantiles, comerciante! —espetó sir Rinutar, golpeando el mapa con impaciencia—. ¿Nos garantizas que la moza fugitiva no puede llegar al bosque Tassaleyo por otra ruta que no sea ésta, este camino de transporte?

Edzar se irguió con un gesto de dignidad ofendida.

—Lo garantizo. Hay una gran montaña inescalable sobre este borde de la meseta ruwendiana. En tiempos inmemoriales, los raros abrieron a pico un estrecho sendero en el acantilado situado al este de las cataratas. El gran montacargas de troncos y el aserradero de abajo, que recibe energía de la caída de agua, fueron construidos por los primeros humanos que habitaron Ruwenda, utilizando cimientos que, según se dice, dejaron los desaparecidos. No hay forma de cruzar desde el lago Wum al Gran Mutar, salvo por el montacargas y el sendero. Y la princesa debe pasar por el camino de transporte para llegar a cualquiera de los dos.

Las tres balsas de la expedición estaban amarrando ahora en el muelle principal de la ciudad de Tass, que también parecía conspicuamente carente de actividad. Soldados de Labornok, bien armados, montaban guardia a lo largo del muelle, mientras algunos ruwendianos de aspecto malhumorado se ocupaban de atar los cabos y poner las pasarelas en su sitio.

Un noble labornokiano ataviado con una ornamentada y reluciente armadura y asistido por varios oficiales esperaba con impaciencia a que se completaran las maniobras de amarre para poder saludar al príncipe.

Pero Antar estaba inclinado sobre el mapa, dando instrucciones.

—Entonces nos apostaremos de esta manera: dividiremos nuestras fuerzas en tres compañías: Owanon capitaneará la primera; Dodabilik, la segunda, y Rinutar, la tercera. Se apostarán en la plataforma de la ruta de transporte, a mitad de camino, donde cruza el sendero y en lo alto del montacargas de troncos.

— ¿No capitanearás ninguna de las compañías, príncipe? —preguntó sir Rinutar con tono levemente irónico.

—No —replicó Antar con frialdad—. La Voz Azul y yo coordinaremos la operación desde algún punto de observación ventajoso. Él es capaz de ejercer la Vista para distancias cercanas. Penapat también permanecerá con nosotros, ya que su pie aún no se ha curado de la mordedura del gusano de agua, y se ocupará de los señalado-res y mensajeros encargados de transmitir mis órdenes. Debemos asegurarnos por completo —y la mirada del príncipe se cruzó con la de la Voz Azul— de que la princesa Anigel no vuelva a escapársenos de las manos.

Era el mediodía del tercer día que pasaban en el lago Wum, y el sonido de las Cataratas de Tass retumbaba en el aire como un trueno lejano, su contorno borrado por una niebla brillante. Anigel e Immu se habían acercado a la isla de la ciudad de Tass con gran precaución, y su embarcación yacía ahora oculta bajo un árbol llorón que crecía en una grieta del gran precipicio de la costa occidental.

Alrededor de su escondite, grandes rocas se elevaban del agua. Entre las mujeres y la isla, situada a menos de doscientas anas de distancia, los cinco agudos Colmillos de Munjuno señalaban el punto desde donde ya no había retorno de las cataratas. Un bote pequeño podía cortar la corriente al norte de las rocas y llegar a salvo a los diques de troncos y a la costa opuesta, pero pasar al sur de las rocas significaba quedar atrapado en los rápidos y caer por el salto de agua.

—Ahora —dijo Immu, disponiendo un frugal almuerzo a la sombra—, debemos esperar hasta el anochecer, después cruzaremos al norte de los Colmillos. En aquella costa hay un camino de menos de media milla. Lo seguiremos hasta un empinado sendero que conduce al aserradero ruwendiano situado al pie de la cascada y allí robaremos otro bote.

— ¡Pero los rimoriks...!—exclamó Anigel.

— ¡Pero, pero, pero! Dejaremos a esas buenas criaturas en libertad, para que regresen a sus aguas de origen. ¿Acaso creías que podrías conservarlos para siempre como mascotas?

Anigel bajó la cabeza.

—No había pensado nada.

Immu le dio unas palmaditas en el hombro.

—No importa. El Gran Mutar es muy superficial, fuera del canal principal. Podemos hacer una balsa de troncos y remar aguas abajo si es necesario. Así, al menos habrás dejado atrás uno de tus mayores tesoros. Las tropas de Labornok nunca pensarán en buscarnos por el Tassaleyo. Con suerte, los wyvilo respetarán tu amuleto de trillium tal como ocurrió con los uisgu, y te ayudarán en tu búsqueda.

Anigel levantó la vista con expresión insegura, mientras seguía masticando las raíces secas.

— ¿De verdad lo crees? He oído decir que son hostiles con los humanos y también que tienen un aspecto horrible.

—No son la clase de gente que invitarías a un gran baile en la Ciudadela —concedió Immu—. Los nyssomu dicen que mucho tiempo atrás algunos miembros de nuestra raza fueron raptados por skritek y obligados a copular con ellos. Según la leyenda, de esa mezcla nacieron los wyvilo y sus vecinos más primitivos, los glismak.

— ¡UHF! —exclamó la princesa.

—Sea cual fuere su apariencia —continuó Immu con tono reprobatorio—, los wyvilo también son subditos de la Dama Blanca y reverencian el Trillium Negro, de modo que podemos esperar que nos reciban con amabilidad.

—Estos glismak, ¿son hostiles a los humanos?

Immu supiró.

—Al igual que los skritek, esos monstruos del Laberinto de Pantanos, los glismak odian a todos los seres, salvo a sí mismos. Debemos rogar que tu talismán...

— ¡Mira! —la interrumpió Anigel, quien señaló hacia el otro lado del agua—. ¡Oh, mira! Toda una flota de embarcaciones está saliendo desde detrás de la isla. ¡Y la primera lleva el estandarte de Labornok!

Immu hizo pantalla con una mano para protegerse del resplandor y escrutó las aguas centelleantes. No había viento y hacía mucho calor.

— ¿Estás segura?

—Oh, sí, lo estoy. El mitón agudiza todos los sentidos. —La joven retrocedió aterrada, mientras su rostro palidecía—. Es un grupo de búsqueda que han enviado para capturarme, y se dirige hacia la costa oriental.

— ¡Por la Flor! —gruñó Immu—. Nos han cerrado el paso. Ojalá hubiéramos llegado un poco antes.

— ¡No deben atraparme! ¿No hay otro camino para bajar?

Immu frunció el ceño mientras pensaba.

—Bajar, bajar, bajar. Sólo conozco ese camino.

Pero luego la expresión de la mujer rara cambió y con una pequeña mano con garras cogió a la muchacha del hombro, mientras con la otra señalaba hacia los lados de la embarcación.

—Tal vez *ellos* conozcan otro camino —sugirió.

— ¿Los rimoriks? —susurró Anigel.

—Pregúntales —le espetó Immu.

La princesa se agachó sobre la borda. Las cintas del arnés habían sido alargadas para viajar por el lago, y el agua era profunda allí.

Los rimoriks no estaban a la vista, ya que se habían alejado buscando frescor.

Amigos, tengo que preguntaros una cosa de suma importancia.

Primero apareció una forma oscura, luego la otra. Las dos bruñidas cabezas con manchas verdes salieron del agua sin salpicar, y los animales mostraron sus colmillos en un gesto que Anigel había considerado feroz en el pasado, pero que ahora sabía que simbolizaba una especie de sonrisa.

Amiga humana, haznos tu pregunta.

¿Sabéis dónde estamos ahora?

Claro. Al borde de la Gran Caída de Agua Blanca. ¿Quieres hacernos alguna otra pregunta?

¿Hay alguna manera de bajar al río Gran Mutar?

Sí. Hay un camino desde la Ancha Agua Lisa hasta el Agua que Fluye al Mar.

— ¡Immu! —exclamó la princesa—. ¡Dicen que hay un camino!

—Pregúntales si pueden llevarnos —indicó Immu con voz tensa y áspera.

¿Podéis llevarnos hasta allí en el bote?

Si lo deseas.

Hay humanos malvados en botes al otro lado de aquella isla. ¿Podéis llevarnos de modo que no nos atrapen?

Oh, sí. ¿Quieres ir ahora? En ese caso, primero debemos compartir el mitón.

— ¡Dicen que sí! —exclamó Anigel, radiante de alegría—. ¡Desean saber si queremos ir ahora! ¡Oh, es maravilloso! ¿Qué debo decirles, Immu?

Los grandes ojos amarillos de la mujer rara parpadearon lentamente. Su mirada estaba fija en la de la humana a la que amaba, observando la piel antaño delicada, ahora bronceada y con picaduras de insectos; el cabello que solía ser comparado con hebras de oro, ahora convertido en una cortina pajiza; los ojos azules, antes colmados de miedo y ahora brillantes de ansiedad...

—Mi dulce niña, por supuesto que debes decirles que nos lleven.

Tras pronunciar estas palabras, Immu empezó a guardar las provisiones con toda calma y luego ató las dos bolsas a los asientos del bote.

Anigel extrajo la calabaza de mitón de la bolsa que pendía de su cinturón. Primero tomó un sorbo y luego compartió la bebida con los rimoriks.

—Ya estamos listos. Ocupa tu lugar, Immu.

La princesa volvió al banco del conductor, a proa de la embarcación, y tomó las riendas. Se las enrolló alrededor de las manos ya encallecidas, para asegurarse un buen dominio.

Amigos, en marcha\, dijo mentalmente.

Las dos poderosas bestias se sumergieron, se impulsaron hacia delante con sus aletas con garras, y arrastraron el bote hasta sacarlo del escondite, al centro del lago. Describiendo un largo trayecto curvo, nadando con toda su prodigiosa fuerza, tiraron hacia el sur para dirigirse, a través de los Colmillos de Munjuno, directamente hacia el borde de la enorme cascada.

Apoyado en la barandilla de piedra, el príncipe Antar observó a los caballeros y soldados que desembarcaban de los botes y empezaban a apostarse a lo largo del camino de transporte. El, la Voz Azul y el cojo sir Penapat se habían situado en la estructura más alta de la ciudad de Tasss, un faro de alrededor de quince anas de altura, que ocupaba el lado occidental de la pequeña población isleña.

El príncipe y el caballero se quedaron solamente con sus túnicas y polainas debido al calor, y observaron la escena desde el parapeto exterior del faro, mientras que el huesudo Voz Azul no sólo conservaba su capa, sino también la capucha, y permaneció sentado en un banco junto a la gran lámpara apagada, siguiendo con su Vista el despliegue de las fuerzas sobre la costa.

—No me gustaría vivir aquí —comentó Penapat.

—¿Por qué no, Peni?

Antar contemplaba ociosamente los tejados, de donde surgían unos pocos hilos de humo. Lord Zontil le había informado de que la mayor parte de la población, con la excepción de los remeros de las balsas de troncos, abandonaba la ciudad de Tass durante la estación lluviosa. La guerra sólo había adelantado el éxodo.

—Demasiado ruidoso —barbotó el hombrón—. La catarata. Hace que me duelan los dientes.

—Los *dientes...*

— ¿No lo sientes? Un sonido tan profundo apenas puede llamarse sonido. Sube por las rocas, hace temblar el faro y también mi cuerpo, y me reverbera en los dientes.

Antar empezó a reírse y luego se interrumpió bruscamente, ya que había vislumbrado algo sobre el agua.

— ¡Mi Dios! —exclamó—. Peni, ¡mira hacia allá! ¿Ves lo mismo que yo?

—Una pequeña embarcación —afirmó Penapat. La expresión del hombretón era de suave perplejidad—. No debería pasar más allá de esas rocas. El comerciante aseguró que allí hay una fuerte corriente, que lo arrastrará hacia las cataratas.

— ¡Azul! —Rugió el príncipe—. ¡Ven aquí, rápido!

La Voz Azul se incorporó con evidente desgana y Antar lo arrastró sin ninguna ceremonia hasta la

barandilla del faro, mientras señalaba el errático botecillo.

— ¡Aquel bote! ¿Quién va en él? —preguntó Antar. La Voz Azul apretó los labios.

—Me has sacado de mi trance, príncipe. Eso es algo muy peligroso...

La mano de Antar, que era muy fuerte, apretó el delgado brazo vestido de azul.

— ¡El bote, gusano! ¡Rápido!

De repente, las órbitas del clarividente cobraron un aspecto negro y vacío. Sus labios le temblaron.

— ¡Señor! No, no logro saber quién va en él.

— ¡Anigel! —Exclamó el príncipe—. ¡Es la princesa!

El bote, desplazándose a gran velocidad, se hallaba ahora más allá de los Colmillos. En su interior se veían dos pequeñas figuras, una en la proa y muy erguida, la otra acurrucada más atrás. Se había levantado una suave brisa, cuya acción despejó la niebla que velaba el borde de la catarata. Ahora se apreciaba claramente desde el faro, una línea casi recta de color negroazulado, orlada de blanco en el borde fatal. Más allá había un vacío de cielo y unos árboles distantes, velados por la bruma.

Mientras Antar observaba, durante un momento el rápido bote pareció precedido por dos figuras negras que se desplazaban a través de la espuma del bote. Luego la esbelta embarcación quedó suspendida, con la mitad delantera en el aire y la popa todavía sobre el agua, antes de inclinarse y perderse de vista.

El quebrantahuesos voló infatigablemente sobre las cumbres y los campos nevados de las altas Ohogan, tan alto que a Haramis le resultaba difícil respirar ese aire tenue y limpio. Se sintió somnolienta poco después de que el enorme pájaro partiera de Movis, y le resultaba grato acurrucarse dentro de su grueso abrigo de piel, profundamente protegida en la plumosa cavidad entre las alas del quebrantahuesos, y entregarse al sueño.

Como estaba dormida, no advirtió que pasaban sobre el monte Rotólo y que luego se aproximaban lentamente al encumbrado monte Gidris, que estaba envuelto por densas nubes. El quebrantahuesos hizo frente a fuertes vientos durante una hora tras otra, pero al anochecer todavía no había llegado a destino.

Haramis despertó cuando el pájaro empezó a descender a través de una densa nevada. Tal como los vispi le habían enseñado, primero evocó en su mente una clara imagen de la impresionante cabeza crestada, blanca y negra, con los ojos centelleantes como azabache bruñido y su gran pico bordeado de dientes afilados. Después lo llamó mentalmente por su nombre:

¡Hiluro!

Te oigo, Haramis.

La joven captó la respuesta en una zona de su mente que Magira le había enseñado a usar con gran paciencia. Aprender a usar el habla sin palabras le había resultado una experiencia extraña; sus primeros intentos habían terminado en un completo fracaso. Después, casi por casualidad, había logrado comunicarse con Magira. Al cabo de varios éxitos medio accidentales, había logrado comprender lo que estaba haciendo y luego todo el procedimiento le resultó sencillo, casi automático. Simplemente, había que «abrir» esa parte de la *mente* después de invocar *mentalmente* a la persona deseada. Cuando Haramis consiguió gobernar el proceso de manera fiable, Magira le presentó al quebrantahuesos que sería su montura y su compañero durante la siguiente etapa de la búsqueda.

El gran pájaro se había deslizado hacia abajo para aterrizar sobre un techo de pizarra ante la llamada de Magira. La envergadura de sus alas superaba en tamaño a la casa, y sus gigantescas patas con garras podrían haber apresado a un hombre adulto con armadura con la misma facilidad de un gorjeante nocturno al capturar un vart arbóreo. Pero a pesar de su feroz apariencia, el colosal pájaro había recibido a Magira con gran afecto.

Ahora te contaré uno de los grandes secretos del Pueblo de la montaña, había dicho Magira a la princesa mientras acariciaba la cabeza gacha del pájaro. *Sabes que fuimos creados para habitar las tierras colmadas de nieve y hielo, y también para ellas fueron creadas estas grandes criaturas. Cuando los desaparecidos rehicieron la abominable carne del Linaje fundacional para formar el Primer Pueblo, engendraron al mismo tiempo al voor, que vosotros los humanos llamáis quebrantahuesos, de una especie de pájaro más pequeño. Así, las personas y los voor nacieron juntos al mundo, ya que los desaparecidos sabían que nosotros, los vispi, necesitaríamos ayuda para desplazarnos en un mundo rodeado de hielo. Nuestras ciudades son pocas y están mal preparadas, pero con el auxilio de nuestros grandes amigos recorremos extensas distancias con seguridad. Tal como lo harás tú para cumplir tu misión.*

El quebrantahuesos, tocando tierra con confianza a pesar de la nieve que caía, lanzó un picotazo sobre la helada pared del acantilado, el hielo se quebró y reveló una negra abertura.

— ¿Es éste el lugar donde se oculta mi Círculo Trialado? —preguntó Haramis.

No. Esto es un refugio para pasar la noche. Los dos necesitamos alimento y descanso, y aquí estarás a salvo mientras cazo. Regresaré pronto.

Hiluro volvió a elevarse en el cielo.

Haramis extrajo de su vestido el amuleto de Trillium Negro. Brillaba como una lámpara, iluminando delante de ella mientras entraba en la caverna pisando hielo quebrado.

Era un lugar enorme, en general, a pesar de que el viento arrojaba al interior copos de nieve. Varios bloques de piedra oscura con gruesas vetas de cuarzo blanco se mezclaban con otro material Que reflejaba el brillo rojizo del amuleto. Haramis advirtió que era oro.

La princesa dejó su bolsa y vagó un rato a la luz de su amuleto, hallando por todas partes vetas de oro, y a veces grandes terrones del metal que yacían sobre el suelo.

Pero al fondo de la caverna hizo su descubrimiento más interesante.

Dentro de un rústico nicho, la dorada luz del amuleto había brillado sobre algo muy oscuro y pulido, y al aproximarse la joven encontró una pared de hielo negro perfectamente pulido, en donde vio su imagen, sosteniendo el brillante amuleto.

Un espejo de hielo.

¿No se rumoreaba que el hechicero Orogastus utilizaba algo semejante para ver a distancia?

Hizo la pregunta a su propia imagen reflejada en el hielo oscuro, una mujer joven, hermosa y alta, cuyo pálido rostro, enmarcado de cabello negro, estaba rodeado del halo de piel blanca de su capucha. El reluciente amuleto, sobre su garganta, poseía un brillo reflejado que atraía sus ojos siempre que intentaba desviar la mirada.

Miró con fijeza el dorado centelleo del amuleto y le pareció que su visión oscilaba, y que su propia imagen se convertía en otra: la de un hombre, ataviado con extrañas ropas y coronado por un tocado que parecía una gran estrella plateada. El hombre le sonreía y le tendía la mano ofreciéndose a enseñarle sus secretos, a compartir su saber, su magia...

Haramis\

—Orogastus —susurró ella, petrificada al reconocerle.

Él parecía inclinarse hacia ella a través del espejo de hielo negro.

¡Haramís!

La llamada mental era inhumana, familiar, urgente.

¿Hiluro?

Haramis, regresa. ¡Ahora!

La joven volvió a ver su propio rostro reflejado en la lámina de hielo. Helada hasta la médula, se volvió y regresó apresuradamente para tranquilizar a Hiluro, cuya invocación por medio del lenguaje sin palabras aún resonaba dentro de su propia cabeza, alejando cualquier otro pensamiento.

Jagun no hizo ningún intento de encender fuego. En cambio, permaneció con las manos colgando a los costados. Podría haber sido alguien que llega al final de un camino para encontrar allí un muro inescalable. Kadiya lo observó con inquietud. Éste era un aspecto de Jagun que ella nunca había visto.

La princesa estaba a punto de preguntarle qué ocurría cuando el hombrecito giró rápidamente y subió con dificultad hasta ella, a lo alto de la cavidad con forma de cuenco. Lentamente avanzó por el borde, pero sin mirar dónde pisaba. En cambio, llevaba la cabeza erguida, girándola lentamente de un lado a otro, mientras todo su tenso cuerpo expresaba la necesidad de escuchar, de ver, de saber. Cuando completó el círculo, regresó a donde se hallaba la joven.

— ¿Qué pasa, Jagun? —le preguntó ella.

Por un momento creyó que él no respondería. Pero Jagun alzó el rostro para mirarla directamente.

—Previsora, para todos hay cosas ocultas. Esta tierra es tan extraña para mí como para ti. Pero creo que ahora estamos en otra más extraña todavía.

— ¿Hay algo que temer? —preguntó ella.

—No lo sé.

Atrajo su bolsa y escarbó rápidamente en el interior para acabar sacando un poco de comida: unas tortas secas y dos pequeños pescados ahumados tan quebradizos que se deshacían al tocarlos.

Una vez más Kadiya se preguntó por qué no encendería el fuego, pero la prudencia la instó a guardar

silencio. Aunque era probable que la noche fuera húmeda en aquella región rodeada de agua, ahora no sentía frío. Era como si el cuenco todavía retuviera un poco del calor del sol alrededor de ellos.

Todo el peso del día cayó sobre la joven. Aunque la imagen de esas larvas y las esferas venenosas con las que se habían enfrentado le cruzó por la mente, no pudo reunir energía suficiente para sugerir turnos de guardia. La sensación de seguridad que la había envuelto al trepar allí era como un cálido abrigo que prometía un descanso sin perturbaciones.

¿Dormía o estaba en vela? No podría haberlo jurado. A medida que caía la noche y que la niebla empezó a flotar sobre sus cabezas en toda la superficie del cuenco, la joven yació en silencio.

Había plantado la raíz-guía junto a su cabeza, en el suelo húmedo, con el extremo negro hacia arriba. No tenía ninguna llama. Sin embargo, después de todo no estaba completamente oscuro. Primero advirtió un resplandor que sólo podía percibir con el rabillo del ojo. Si giraba rápidamente para verlo, se desvanecía o parecía alejarse tanto que seguía siendo apenas una insinuación.

Así ocurrió durante un rato. Después, esos resplandores descendieron al suelo. Eran al menos tan altos como Jagun, delgadas columnas donde se arremolinaban tenues colores, tan pálidos que resultaba casi imposible distinguir un matiz de otro.

Al principio permanecieron inmóviles, sin formar ningún diseño comprensible; después ondularon y flotaron libremente. La joven no entendía por qué se movían de ese modo, pero estaba segura de que formaban un complicado diseño cuyo centro estaba formado por ella misma y Jagun. Sin embargo, no tuvo miedo.

Finalmente dejó de verlos, salvo como una niebla móvil que giraba lentamente al otro lado del cuenco.

La bruma centelleó, y dentro de ella la joven descubrió una bella ciudad, la misma que había soñado antes de llegar a Noth. También le parecía que alguna vez había conocido ese lugar, hallando en él felicidad y contento, y lo único que deseaba era buscarla.

Desde algún sitio le llegaba una canción, una música diferente de la que cualquier bardo ruwendiano podía extraer de su arpa, una música que suscitaba en Kadiya nuevos anhelos. Luego la visión desapareció.

Kadiya se incorporó, súbitamente helada, mientras sus manos volaban hacia el amuleto. La sensación protegida y consolada había desaparecido. En cambio, la asaltó una súbita y vivida imagen mental de la enferma tierra que habían atravesado para llegar hasta este lugar. Entonces advirtió que ya amanecía.

Había movimiento muy cerca. Jagun estaba listo para reanudar la marcha, instándola con un gesto, con esa sombría expresión que persistía en su rostro. Kadiya se levantó, tomó la raíz, cargó su bolsa y se dispuso a emprender el camino una vez más. Los dos viajeros desviaron la mirada del gran montículo que encerraba el cuenco. Alrededor se arremolinaba la niebla de la ciénaga y no parecía haber indicios del sol que pudiera disiparla. En la mano de Kadiya, la raíz de trillium volvió a la vida, se deslizó con facilidad de sus dedos y empezó a bajar, la pendiente por el lado opuesto al que habían escalado el día anterior.

—Vamos.

La voz de Jagun era tan inexpresiva como su rostro y no comentó nada acerca de la comida, sino que señaló hacia otro grupo de altos helechos espinosos y los horrorosos bulbos que crecían entre ellos. Avanzaron despacio mientras seguían un trayecto en zigzag para evitar las esferas venenosas.

Al cabo de un rato llegaron a un espacio abierto tapizado con una escoria amarilla y peluda. No había árboles, sólo una serie de proyecciones columnarias, casi como torres de arcilla en miniatura, que conducían hacia un terreno limpio y nivelado situado delante de ellos. Pero Jagun advirtió a la joven que eran arenas movedizas. Un solo paso en falso la engullirían para siempre.

Jagun escarbó en su morral y extrajo un paquete. Desprovisto de sus ataduras, resultó consistir en cuatro óvalos como platos. Cuando les quitó el envoltorio, los óvalos se abrieron, se engrosaron al tomar humedad del aire, y se convirtieron en unas hojas con forma de botes cuyos bordes se curvaban hacia arriba. Deslizadores, así los llamaban los cazadores.

Kadiya los había usado antes, siempre con prudencia y únicamente en compañía de Jagun. Se sentó sobre un montículo y se ató con fuerza las correas de los deslizadores alrededor de los tobillos. Pisó bien fuerte para probar la atadura antes de seguir a Jagun, cuidando de apoyar cada pie en el mismo lugar que él. La raíz-guía ya se había deslizado hacia delante sobre el traicionero terreno. A cada paso, Kadiya sentía que el terreno cedía, y ambos avanzaban con rapidez. Seguían flanqueados por esas columnas terrosas, más altas que ella y que Jagun.

La niebla era tan densa ahora que la joven sólo tenía una visión muy borrosa de la costa del Infierno Espinoso de la que habían salido. A veces incluso las altas columnas quedaban veladas. A medida que avanzaban, la muchacha advirtió que el terreno que pisaban se hacía cada vez más sólido. De repente, un gran jirón de niebla se agitó como si hubiera quedado atrapado en algo, luego se liberó y se alejó flotando.

La última columna quedó a la vista. Sin embargo, no era una columna. Se habían desprendido terrones de barro tan duros como si hubieran sido cocidos, y lo que allí se erguía era inconfundiblemente una figura... aunque sin duda en absoluto monstruosa.

No representaba a ningún raro. Las proporciones eran tan humanas como las de Kadiya, aunque la imagen era masculina. Salvo por un elaborado yelmo en forma de corona y tres cinturones o fajas, la estatua no llevaba ropa. Los cinturones pasaban sobre los hombros, se cruzaban sobre el pecho y terminaban en otro más ancho alrededor de la cintura. El cuerpo tenía un matiz marfileño de gran brillo si se pulía. Las fajas y los cinturones estaban cubiertos de copos o escamas de color verde, dorado, azul, desde el matiz más pálido al más intenso.

Pero lo que más les llamó la atención fue lo que la imagen asía entre las manos extendidas.

Kadiya había visto mucho salvajismo últimamente, pero la cabeza cortada que sostenía la figura le produjo un sentimiento tan incongruente con respecto al que le producía el resto de la estatua, que la joven experimentó asco y alarma. Porque no se trataba de la cabeza de un skritek ni de cualquier otro raro. A pesar del hecho de que era completamente calva y de que el cráneo redondeado era demasiado protuberante, sin duda podía tratarse de la cabeza de un humano.

Kadiya se alejó un poco para poder apreciar mejor el rostro de la estatua, esperando de alguna manera encontrar una cara feroz como la de los labornokianos que tantos horrores habían perpetrado durante el asalto a la Ciudadela.

Pero la faz enmarcada por el ornamentado yelmo era tranquila, llena de fuerza y serenidad. Acaso la imagen hubiera sido construida como advertencia o como monumento recordatorio de alguna victoria; pero cuanto más observaba Kadiya aquellos ojos —que miraban hacia la derecha, ya que la cabeza estaba levemente girada—, tanto más se convencía de que la imagen simbolizaba alguna clase de antigua justicia destinada a actuar como advertencia en todas las épocas.

Los ojos no eran vacíos. En las órbitas había dos piedras oscuras engastadas y en cada uno, como en el corazón de la flor del Trillium Negro, se veía un resplandor dorado.

— ¡Los sindona! —Exclamó Jagun, alejándose de un salto de la estatua—. ¡Éste es el Camino Prohibido!

Su expresión era reverente y había en ella más de un matiz de temor.

Kadiya no apartaba la vista de la figura.

— ¿Quiénes?

Jagun no respondió. En cambio, se detuvo a recoger uno de los terrones de barro endurecido que evidentemente se habían desprendido de la figura.

—Esto ha sido hecho hace poco. Pero no fueron los skritek. ¡No se atreverían a poner sus garras sobre la imagen! ¿Quién habrá sido, entonces?

—Por favor, dime: ¿qué representa esta estatua? —preguntó Kadiya, alzando la voz.

Jagun parpadeó.

—Son centinelas de los desaparecidos, los que podían gobernar la tierra y las aguas.

Su voz se interrumpió y el hombrecito tomó del brazo a Kadiya.

— ¡Mira!

La raíz de trillium descansaba sobre un terrón de barro, cerca de ellos. Su pequeña llama ardía, pero no señalaba en la misma dirección en la que habían estado avanzando, sino hacia donde miraba la figura.

Jagun enterró su lanza en la escoria amarilla. Penetró alrededor de un dedo y luego halló resistencia, aunque la superficie no parecía diferente de aquella por la que habían cruzado con tanta precaución.

Kadiya observó mientras el cazador avanzaba, tentando con la lanza antes de pisar. La raíz avanzaba y retrocedía como si quisiera seguir a Jagun pero sin resignarse a dejar atrás a Kadiya.

¡Magia! ¡Todo era magia!

La muchacha se encontró invadida por su vieja impaciencia. Pero hasta el momento su guía no los

había engañado. Aunque interiormente asustada, la princesa siguió al cazador por el nuevo camino. Las hojas deslizaderas se hundieron apenas bajo su peso, y la raíz avanzó a toda velocidad como si fuera un sabueso libre de su traílla.

Después de un rato, la fangosa superficie empezó a revelar fragmentos de lo que alguna vez había sido pavimento. Atravesando el último jirón de niebla, llegaron a un lugar cubierto por la limpia y gruesa turba similar a la que crecía en las sabanas del noroeste. Había algunas zarzas y Kadiya se ganó ardientes arañazos, producto de las espinas, cuando se agachó para recoger la raíz de trillium.

Sentía en la espalda y en las piernas un dolor constante, ya que de forma inconsciente había avanzado por la ciénaga con el cuerpo tenso. Ahora se tambaleó y tropezó dos veces antes de caer de rodillas. Jagun estuvo de inmediato a su lado, con la botella de agua en la mano. Kadiya bebió con gratitud, y luego se tendió a descansar entre las matas de turba. En menos de un minuto estuvo dormida.

La luz que caía sobre sus ojos la despertó y abrió los ojos para contemplar el cielo limpio, perpleja. Había soñado que se hallaba en su propia cámara de la torre de las damas, en la Ciudadela. Pero sobre su cabeza no había ningún techo ornamentado. Se sentó y gimió al sentir la rigidez de su espalda.

Unos árboles rodeaban la zona de turba donde se hallaba. Sus troncos lisos eran de verdoso color bronce, y sus hojas azuladas, de bordes verdes, susurraban al ser mecidas por la brisa. La muchacha estaba sola, aunque se veía cerca el morral de Jagun. Un pájaro bla-bat estaba posado en una rama curva de los arbustos, picoteando una baya de color rojo brillante. No prestó ninguna atención a la joven cuando ésta se levantó y se desperezó. La raíz de trillium estaba plantada hacia arriba en el lugar donde había yacido la cabeza de Kadiya, y ahora temblaba.

—Na… na… na…

La joven reconoció de inmediato el sonido. Los nyssomu nunca eran demasiado expansivos, pero en ocasiones tarareaban una letanía que revelaba contento. Jagun apareció por detrás de un gran arbusto, llevando en una mano una enredadera de la que pendían algunos frutos ovales de color escarlata, tan maduros e hinchados que parecían a punto de estallar.

Kadiya casi engulló entero el primer fruto, y estaba preparada para dar cuenta del segundo cuando pudo formular una pregunta:

— ¿Dónde estamos?

Jagun pelaba con cuidado una larga caña dulce. Se encogió de hombros para indicar que lo ignoraba. La muchacha estaba tan acostumbrada a otorgarle absoluto conocimiento de la ciénaga, que no pudo creer que estuvieran perdidos. Jagun mascó un poco del interior de la caña y luego escupió la sustancia.

—Estamos más allá de todos los senderos que conozco, Previsora. Sólo sé que debajo de esto hay piedra. —Golpeó la turba con un extremo de la caña—. Y eso —añadió señalando a la raíz-guía, es lo que nos ha traído hasta aquí.

—Más ruinas.

Dejando a un lado su caña, Jagun utilizó con cuidado su cuchillo para extraer un terrón del suelo. Debajo había, en efecto, una superficie de piedra oscura.

—Un camino. Ni más ni menos —declaró Jagun, quien señaló hacia delante con un gesto.

— ¿Un camino hecho por los sindona?

Jagun desvió la mirada. Contempló, en cambio, el agujero que había excavado, como si la exposición de la piedra hubiera sido un error.

Habló entonces de manera vacilante, haciendo una pausa entre las palabras, como si cediera su información a disgusto.

—Los desaparecidos, y con ellos sus centinelas, los sindona, reinaron en el pasado sobre las aguas y las islas. Nosotros fuimos su obra, sus mentes y sus manos nos conformaron. Surgieron los Poderes Oscuros y hubo muerte en la tierra. Pero antes de que los antiguos se marcharan, nos llamaron y nos dijeron que éramos libres. Sólo nos exigieron ciertos juramentos.

Jagun bajó la vista hasta el cuchillo que tenía en las manos y lo hizo girar una y otra vez.

—Los sindona permanecen para vigilar lo que dejaron los desaparecidos. Había determinadas cosas y ciertos acontecimientos que no podían llevarse con ellos, pero que tampoco podían destruir. Este camino... —indicó las filas de centinelas cubiertos de barro cocido— conduce a uno de esos sitios custodiados.

Volvió a dejar caer en su lugar el terrón que había extraído antes.

—Hija del rey, tu padre tenía Compañeros Juramentados que lo sirvieron hasta la muerte. Aunque

nosotros, los del Pueblo, hemos jurado otra lealtad, también estos juramentos nos exigen mucho. ¡Pero ahora he roto ese juramento, Previsora! Allí, entre esos árboles, se extiende el Camino Prohibido. Anoche envié la Gran Llamada. No hubo respuesta. No pude comunicarme con ningún explorador del Pueblo. Hemos transpuesto la barrera destinada a mi propia raza. Ella avanza... —observó señalando la raíz con su cuchillo—. y tú debes seguirla. No sé si yo podré acompañarte.

Creí que nos dirigíamos al encuentro de los uisgu, pero en cambio nos encontramos aquí. Alguien desenterró al capitán de los Centinelas: Lamaril el grande, a quien ni siquiera los skritek osan enfrentarse. No, no tuve respuesta a mi llamada. Pero allá —una vez más señaló con el cuchillo, que bajo el débil sol centelleó siniestramente— hubo un fuego a la noche. Sobre esos árboles, a lo largo del Camino Prohibido.

Kadiya se alarmó.

—He dormido...

Por primera vez Jagun pareció menos sombrío.

—Previsora, dormiste parte del día y toda la noche siguiente. Este es el segundo día.

La joven frunció el ceño.

—Deberías haberme despertado.

—No. Lo que nos espera es algo que desconozco, pero sé que posiblemente habrá mayores peligros que los que hemos enfrentado hasta ahora. Cualquier cazador preferiría luchar con los skritek antes de recorrer el Camino Prohibido. Tú debes encararte al futuro con toda la fuerza de que dispongas, en mente y cuerpo, y por eso te dejé dormir.

—Ese fuego que viste...

Jagun volvió a cobrar un aspecto sombrío.

—Los fuegos de nuestra gente son pequeños. El que vi era grande. Alimentarlo debe de haber exigido el esfuerzo de muchas manos.

— ¿Los hombres de Voltrik?

—En ese caso, nos esperan donde eso —volvió a señalar la raíz— nos está llevando.

Los dos siguieron caminando en silencio, pero saltaba a la vista que Jagun estaba cada vez más inquieto.

Kadiya también lo estaba. Le faltaba poco para partir en dos a la pequeña guía. Sólo que no podía destruirla. Estaba atrapada por la magia de la archimaga y por la búsqueda de su talismán, el misterioso Ojo Ardiente Trilobulado, de manera que no podía oponerse a ello.

De pronto Jagun soltó un agudo grito y exploró su morral. De él extrajo un brazalete de oro con piedras rojas engarzadas. Kadiya sólo había visto dos veces ese objeto con anterioridad: primero, cuando el cazador había acudido a la Ciudadela para que su padre, el rey, lo recibiera formalmente; luego, en un canto de su pueblo durante el cual Jagun lo había llevado puesto en el brazo. Seguramente había obtenido ese objeto sagrado en la aldea nyssomu.

Ahora el hombrecito lo hacía girar entre sus manos, gimiendo mientras sus dedos acariciaban la pulida superficie. Luego lo asió con fuerza —los tensos músculos de sus hombros delataban el esfuerzo—, mientras su rostro parecía una máscara de miedo.

El brazalete se quebró. Jagun arrojó los pedazos lejos de él. De sus labios brotó un sonido susurrante. La joven lo había oído también, cada vez que un miembro del clan del cazador moría y la balsa que transportaba el cadáver era impulsada hacia el lugar secreto de sepultura.

— ¿Jagun? —dijo ella tentativamente.

El rostro de él estaba rígido.

Kadiya nunca había visto tanta frialdad en su expresión.

—Jagun está muerto —declaró él inexpresivamente—. Quien te habla ya no tiene nombre. Soy un trasgresor, un descastado de la Raza, alguien que no puede Hablar y a quien nadie volverá a Hablar nunca. Vamos a romper el silencio prohibido. La Dama de Noth tiene derecho a quitarme la vida.

— ¿Mientras seguimos su propia guía? —le preguntó Kadiya con calor.

¿Acaso el cazador creía que ella tenía la culpa, cuando nada de todo aquello era su obra? El amuleto se balanceaba cálido contra su pecho.

— ¡Voy a continuar! —exclamó la joven.

Pero un instante más tarde tropezó y sólo con esfuerzo recuperó el equilibrio. La sensación que la invadió le resultaba tan ajena que intentó gritar, pero descubrió que no podía pronunciar ni un sonido. Por un momento experimentó una sensación de miedo tan sobrecogedora que todo su cuerpo tembló.

¿Miedo de que, se preguntó.

Se aferró a una mata cercana para incorporarse. Como siempre, el miedo la enfureció.

Con la daga desenvainada, se volvió. Cerca de ella, Jagun yacía sobre el césped que cubría el antiguo camino. Sus delgados dedos se cerraban como garras sobre su pecho, y respiraba con breves jadeos.

— ¡Jagun!

Kadiya cayó de rodillas a su lado. La boca del cazador se abrió y por la comisura brotó un hilillo de saliva.

— ¡Atrás! —exclamó con un hilo de voz. Extendió los brazos con gesto frenético y se debatió tratando de incorporarse—. ¡Llévame hacia atrás!

Kadiya envainó la daga y lo cogió por los hombros. Reuniendo toda su fuerza, lo arrastró más de cincuenta anas sobre la hierba para alejarlo del antiguo camino que la raíz-guía los había instado a seguir.

La raíz se había detenido, pero se agitaba como si hiciera señas a la joven, indicándole que debía seguirla. El miedo de Kadiya había desaparecido, como si alguien hubiera cerrado una puerta. Aferró el amuleto. Brillaba, colorido y cálido, pero no como una amenaza. Al contrario, parecía darle ánimo.

Se levantó viento, que llegó a través de los árboles. Jagun tosió y se incorporó hasta quedar sentado.

—Una barrera —explicó el cazador con dificultad—. No puedo ir por ese Camino.

Agachó la cabeza. Su rostro estaba despojado de expresión. Se enfrentaba a algo que trascendía su poder de lucha y ya no le quedaban armas.

—Previsora. —Había dolor en su voz—. Está prohibido, sólo tú puedes ir, sola. Pero juro que si hay alguna manera de que te alcance, la descubriré.

—Yo... —La joven sintió la boca congelada—. Jagun... ten cuidado.

El alzó las manos, en un gesto de estímulo y tranquilidad. Después se volvió y se alejó a gatas; al cabo de un rato se incorporó y la saludó con la mano. La joven supuso que el cazador se esforzaría por descubrir si había alguna manera de que ambos se reunieran.

Hubo un movimiento sobre el césped. La raíz se balanceaba hacia delante y hacia atrás como si manifestara exasperación, instándola a avanzar.

Kadiya cargó el morral de Jagun y a disgusto y con paso cansino siguió a su raíz-guía a través de los árboles.

En el viento, que soplaba hacia ella, flotaba un olor repugnante, un hedor que no era como el de los skritek ni como el de la ciénaga. Dos veces miró hacia atrás, con la esperanza de distinguir a Jagun, pero el hombrecito no aparecía por ninguna parte.

Sin embargo, había algo más adelante, apenas un resplandor opaco al pie de uno de los árboles. Kadiya se detuvo y se agachó para recoger una flecha, bien hecha, con plumas y punta de color de sangre seca. Había visto antes flechas como ésta, sí, y durante el sitio de la Ciudadela había ayudado a reunir todas las que se encontraban en buenas condiciones para aumentar las municiones de los arqueros ruwendianos. ¡Esta flecha no era de la ciénaga, sino de los invasores! ¿Cómo había llegado hasta allí? *¿Y* por qué yacía en el suelo, tan bien acomodada como si fuera una guía, igual que su raíz?

Estuvo a punto de arrojarla, pero luego lo pensó con más tranquilidad. Al cabo de un instante, volvió a dejarla donde la había encontrado, pero señalando en dirección opuesta.

¿Cómo habrían conseguido los labornokianos cruzar la barrera que había derrotado a Jagun? El amuleto seguramente la había protegido a ella, pero los hombres de Hamil, ¿qué llevaban con ellos aparte de las armas que tan suciamente habían ensangrentado? ¿Esto también sería obra de la oscura magia de Orogastus?

A poca distancia se topó con la huella de una bota en el barro. Más allá, Kadiya tuvo que combatir la náusea que le invadió la garganta al ver a un skritek muerto arrojado a un lado, como si lo hubieran pateado para sacarlo del paso. La criatura no tenía ninguna herida visible, ni tampoco se veía ningún charco de sangre.

Con determinación se alejó de allí, contando sus pasos en voz baja, tratando de mantenerse alerta a todo

lo que la rodeaba. Luego un nuevo olor horrible flotó en el aire. Miró hacia la derecha. Un raro, cuya espesa pelambrera lo identificaba como uisgu, estaba atado a un árbol. Esta vez sí había evidencias de cómo le había sobrevenido la muerte, que no había sido sencilla.

No muy lejos de la víctima uisgu se veía más movimiento en el suelo y el olor del fuego era intenso. Había arbustos arrancados, junto con manojos de hierba. Allí la joven encontró otro raro torturado. No logró obligarse a mirar con detenimiento, hasta que oyó un débil grito, y entonces sí se vio forzada a acercarse al uisgu. Una mano retorcida luchó por alzarse, un ojo la miró desde una cara destrozada.

Una vez más Kadiya recurrió a la fuerza de la ira.

— ¿Quién te ha hecho esto?

Vaciló. ¿Cómo podría aliviar heridas tan terribles? No tenía nada...

La mano se movió. Parecía que la boca herida ya no podía articular las palabras. El uisgu hizo un esfuerzo aún mayor: señaló el cuchillo de Kadiya.

Por fin la joven comprendió la naturaleza del ruego. Su corazón empezó a latir a toda velocidad. Siempre la habían fascinado las armas, y en un par de ocasiones había practicado esgrima cuando encontraba de buen humor al maestro de armas. Jagun también le había enseñado algunos trucos con el cuchillo, los trucos de los raros, pero no estaba preparada para *esto*.

Una vez más el débil gemido, el pequeño gesto...

Kadiya apretó los dientes con fuerza y tomó la daga con ambas manos. Algo más se le ocurrió, unas palabras que había oído pronunciar a Jagun cuando habían encontrado a un fronial tan hundido en el lodo que ya no podía ser rescatado.

—Que cruces el umbral con rapidez...

Le clavó el arma y la sintió entrar en la carne viva. Luego tragó saliva con dificultad, varias veces.

Después de levantarse, la muchacha continuó a trompicones, ansiosa de alejarse, de liberarse. Sin embargo, cuando miró hacia abajo vio que la raíz seguía deslizándose hacia delante. Podía adivinar que iba hacia el peligro, y su preparación para afrontarlo era tan penosamente escasa como la que habían tenido los defensores de la Ciudadela cuando los invasores habían caído repentinamente sobre ellos.

Advirtió la niebla que se reunía sobre los árboles, al frente, formando aquí y allá una lengua de bruma. La raíz no dejó de avanzar. La joven se sobresaltó cuando el extremo de la raíz de trillium se elevó, cobró un brillo verde y luego giró hacia la izquierda, señalando ahora el punto medio entre dos de los árboles más grandes que la joven hubiera visto hasta el momento.

Hubo un silbido leve y agudo. Instintivamente, Kadiya se arrojó a un lado mientras algo golpeaba contra el tronco del árbol que se alzaba justo delante de ella. Surgió una espiral de humo denso y grasiento, y la joven se echó de boca al suelo y reptó, a pesar del dolor, hasta que logró refugiarse debajo de un gran arbusto.

Una vez más se oyó el silbido, seguido de lo que podría haber sido una respuesta ahogada. Kadiya estaba inmovilizada boca abajo contra el suelo, atrapada por el morral de Jagun que se había enganchado en una rama. Con frenesí, se debatió para liberarse. El humo le envolvió el rostro y la joven se ahogó y empezó a toser sin descanso. Pero esa tos profunda la salvó. Los arbustos cedieron ante los movimientos de la joven, que cayó en lo que parecía ser un agujero oscuro. Su mano extendida tocó piedra, no corteza ni ramas.

Cuando el grito de caza sonó por tercera vez detrás de ella, Kadiya siguió reptando en la oscuridad, Víctima del pánico, una parte de ella consideró que podría estar metiéndose en una trampa, pero sin embargo siguió avanzando.

Esperaba que en cualquier momento sus perseguidores la alcanzaran, la cogieran por los tobillos y la sacaran del agujero como a un Sucbri extraído de su valva por una mano experta. De alguna manera consiguió continuar hasta que sus manos extendidas encontraron sólo vacío, y empezó a caer y caer...

El agua se cerró alrededor de ella, junto con la luz. Pero no encontró el líquido turbio y estancado de las ciénagas. Era transparente como cristal, excepto alrededor de ella, donde se agitaba todo el polvo y la suciedad que había recogido mientras reptaba. Aunque el morral de Jagun la empujaba hacia abajo, la joven se negó a deshacerse de él. En cambio, pateó y se debatió por emerger a la superficie. Su ojo avistó un destello verde. ¡Entonces no había perdido su guía! La raíz se deslizaba ante ella.

Un muro rodeaba a la piscina y Kadiya se impulsó para izarse. A gatas, recorrió una acera de mosaicos de color azul metálico. Ninguna maleza enturbiaba las límpidas aguas de la piscina. Ante Kadiya había un tramo de escaleras y en ambos flancos se erguían filas de estatuas.

Se puso en pie. El absoluto silencio de aquel nuevo lugar fue lo primero que la sorprendió. Una vez que hubo salido del agua y sus chapoteos cesaron, la tersa superficie de la piscina también recobró la calma.

Kadiya se aventuró a echar un vistazo hacia la escalera. No había a la vista rastro alguno de vegetación, sólo las filas de estatuas que Jagun había llamado sindona. La luz que inundaba el lugar producía un resplandor que atormentaba los ojos al reflejarse en la ornamentación de las figuras inmóviles.

No todos los sindona que parecían observarla con tanta calma eran varones, aunque no se diferenciaban por la vestimenta. Había en ellos tal sensación de vida que la joven no se hubiera sorprendido si alguno de ellos se hubiera movido y hablado... tal vez para negarle la entrada, o acaso para darle la bienvenida.

Se miró el cuerpo herido y magullado, las andrajosas vestimentas nyssomu que no habían salido con bien del combate contra la vegetación. Extrañamente, se sentía renovada, más fuerte. Quería seguir delante para explorar el lugar, del que ninguna leyenda ni viajero hablaba.

En lo alto de la escalera Kadiya se detuvo ante una de las figuras. Era más alta que ella, tal vez del tamaño natural para la raza cuyas manos la habían modelado. Alzó los ojos hasta el rostro oculto a la sombra del yelmo.

— ¿Quién eres?

Sus palabras sonaron bruscas, demasiado orgullosas para aquel sitio de silencio y de belleza. ¿Cómo podía esperar alguna respuesta del silencioso centinela?

Por supuesto, era imposible. No obstante, advirtió un sonido extraño, como si se hubiera corrido un telón. Se oyó un sonido cristalino, como el tañido de campanitas. Los pájaros gorjearon y una brisa trajo un hálito aromático que hizo desaparecer los últimos restos del asfixiante horror que la había obligado antes a buscar refugio.

Miró hacia delante. Había otro tramo de escaleras, aún más ancho pero sin las figuras guardianas, que conducía a un parque que nadie nacido en las ciénagas que rodeaban Ruwenda podría haber imaginado.

Era un lugar de exuberante y paradójica vegetación. Puñados de desconocidos frutos maduros pendían junto a los mismos capullos de los que se habían desarrollado. Arriba centelleaba un cielo azul. El jardín parecía tan encantado, tan lleno de magia, que Kadiya no se atrevió a aventurarse en él. En el último peldaño de la segunda escalera se encontraba la raíz-guía y el halo verde de su extremo brillaba como si fuera una esmeralda.

La joven parpadeó varias veces. Ya no estaba sola.

La persona que se acercaba a través del jardín para recibirla era evidentemente una de las estatuas, a pesar de que el yelmo militar y los cinturones habían sido reemplazados por una túnica vaporosa.

¿Era de verdad una mujer? Kadiya no hubiera podido asegurarlo. Pero sabía que se trataba de alguien a quien incluso la archimaga debería obediencia. La princesa Kadiya se arrodilló.

—Hija del Triple, ¿qué ha hecho tu pueblo para que el gran equilibrio del mundo ya no se mantenga, para que la muerte y el dolor hayan entrado aquí, en la última fortaleza?

Kadiya no creía que la estuvieran acusando: este ser simplemente quería saber la verdad. Muy despacio, la muchacha se puso en pie.

—En primer lugar —respondió, tratando de dar a sus palabras la misma fluidez que tenían las del otro ser—, soy la hija del rey Krain de Ruwenda. Los de Labornok, al mando de Voltrik, utilizando la traición y la fuerza de las armas y, por encima de todo, los talentos de un maligno hechicero, han arrasado mi país. Con la ayuda del cazador nyssomu Jagun escapé de la Ciudadela tras su caída. Luego me entrevisté con la archimaga que gobierna en Noth y ella me dio esto. —Tomó la raíz y la sostuvo en alto—. Me confió una solemne tarea: que fuera en busca de cierto talismán. Estaba escrito que tan sólo por medio de una mujer de nuestra casa se haría justicia en Ruwenda. La archimaga nos designó, a mí y a mis hermanas, como Pétalos del Trillium Viviente. Somos tres, a pesar de que ignoro si las otras están todavía con vida. Esta pequeña raíz de trillium me ha conducido hasta aquí.

—La archimaga de Noth —repitió lentamente el ser de túnica—. Han pasado muchos años desde que envió a alguien a este lugar de Conocimiento por última vez. Pero si lo ha hecho, debemos creer que hay sombras sueltas en la Tierra. Según las antiguas costumbres, la vida aquí debe ser... —El ser extraño elevó una mano horizontal-mente y colocó la otra bajo ella, vertical—. Enfrentar a los Poderes Oscuros perturba el equilibrio. Esto ya ocurrió antes una vez, se desató una gran batalla y la Tierra fue devastada. La tierra seca se convirtió en agua, y el agua en tierra, y el Hielo Conquistador lo cubrió todo como una mortaja.

— ¿Cómo lograron los sanguinarios encontrar el camino hasta este lugar y pasar la barrera que contiene a los nyssomu? —preguntó Kadiya.

—Hija del rey, una vez que se abre en el muro el más pequeño agujero, la brecha puede agrandarse. Este hechicero del que has hablado como tu enemigo llega muy alto y ha aprendido mucho. Ha dado a sus seguidores cierta protección que ha demostrado actuar como una llave que puede abrir nuestras antiguas puertas. Hija del rey… —la mujer señaló la raíz que Kadiya aún sostenía en la mano—, aquí termina tu viaje. Si la archimaga de Noth te ha elegido, sin duda entrarás en batalla. Que lo hagas sola o acompañada, dependerá de tus propias acciones.

— ¿No hay seguridad aquí, en este lugar de Conocimiento?

—Contra lo que ha llegado, no. ¿Acaso no he sido convocada por la amenaza de los Poderes Oscuros? —Irguió la cabeza como si escuchara—. ¡Y bien! No tienen tanto poder como creen. El camino secreto que se abrió ante ti está cerrado y ahora andan de acá para allá a ciegas, con sus skritek. La antigua protección resiste, después de todo.

— ¿Qué andan buscando?

—Algo que consideran un tesoro, hija del rey. Pero aquello que codician los soldados de Labornok y los skritek no es lo que mueve a su amo. Él busca lo que está prohibido, y sus seguidores están muy fatigados. Ellos regresarían a la Ciudadela sin haber encontrado aquello que contentaría al amo.

— ¿Y qué pasa con el talismán que yo persigo? —exclamó Kadiya. Dejó caer la raíz de trillium y ésta no se movió: sus colores habían desaparecido—. ¿Dónde está el Ojo Ardiente Trilobulado que la archimaga me envió a buscar?

—Mira dentro de ti, hija del rey, abre de par en par tus ojos y tu corazón.

Kadiya la miró fijamente.

— ¡No tengo talismán mágico! ¡No tengo ejército! Ni siquiera tengo una espada...

—Todo eso existe, hija del rey. —Fue la helada respuesta—. ¡Mira dentro de ti y verás!

El ser desapareció.

Kadiya cayó de rodillas. Nada de lo que había en ese maravilloso jardín la asombraba ahora. Estaba agotada, perdida. Sólo le quedaba esa desvaída raíz de trillium.

¡Magia! Golpeó el pavimento con ambos puños hasta que el dolor de su carne lastimada se abrió paso a través de la ira que la consumía. ¡Mirar en su interior, mirar en su interior! ¡Lo que había en su interior era furia! Inclinándose hacia delante asió la raíz que se había burlado de ella, al guiarla hasta aquel lugar inútil, y trató de destrozarla entre los dedos, sin embargo la raíz se resistió.

Una de tres.

Del aire llegó esa frase que resonaba dentro de su cabeza.

Con rapidez, Kadiya levantó la vista. ¿Había regresado la mujer centinela? No, ante ella sólo se veía aquel estúpido jardín y la inútil raíz-guía.

Con toda su fuerza, la muchacha arrojó la raíz lejos de sí. Voló por el aire con la precisión de uno de los dardos de Jagun, una sola vez giró en el aire para aterrizar, con el extremo de la raíz hacia abajo, sobre un pedazo de tierra limpia ante ella.

Allí la raíz permaneció quieta, temblando un poco.

Kadiya se levantó, pensando en destruirla de una vez por todas. Pero se contuvo. Ante sus ojos, la raíz se hacía más ancha, más gruesa, más alta.

Con perplejidad, Kadiya se arrodilló ante ella, observándola. Dos tallos más pequeños brotaron cerca del extremo superior y se enderezaron hasta formar ramas. Debajo de ellos, el tallo original se alargó más formando un grueso cilindro oscuro. Por la punta empezó a florecer, o al menos eso le pareció, pues brotaron tres esferas, estrechamente unidas.

Kadiya observó, atónita, sin atreverse a creer lo que estaba viendo. Lo que aparecía eran...

Tres ojos.

Uno de ellos era un ojo del Pueblo, amarillo verdoso. Otro era de un pardo centelleante y Kadiya sólo tenía que mirarse en un espejo para ver dos ojos similares en su propio rostro. El tercero era azul plata, con su pupila enorme, y en las profundidades se apreciaba un resplandor de fuego dorado.

El amuleto ardía sobre su pecho.

Antes de que pudiera posar la mano sobre él, el ámbar con el trillium saltó como si fuera un ser vivo. La

cadena de oro que rodeaba el cuello de la joven se quebró y el amuleto salió volando hacia el Ojo Trilobulado y se engarzó en el lugar donde se reunían las esferas.

Tal como los tres ojos se habían abierto, ahora se cerraron, dejando en cambio tres globos opacos.

La muchacha asió el tallo justo por debajo del punto en que se había hinchado, y por encima de las hojas erguidas. Luego, con la absoluta certeza de que estaba haciendo lo indicado, tiró con fuerza.

¡Lo que extrajo de la tierra no era el extremo de la raíz de la planta, sino una espada reluciente! Una espada cuya empuñadura se adaptaba tan bien a su mano que podría haber sido forjada exclusivamente para ella. Kadiya rozó las tres esferas del pomo.

—El Ojo Ardiente Trilobulado.

La muchacha estaba encantada. Pero entonces advirtió que la reluciente arma estaba desafilada, y que carecía de punta.

—Señores del Aire, ¿qué clase de espada es ésta? ¿De qué me sirve semejante arma para luchar contra mis enemigos?

Una voz suave, apenas un susurro en su oído, dijo:

Aprende.

— ¿Qué estáis haciendo? —Gritó Anigel a los rimoriks que avanzaban a toda velocidad—. ¡No podemos ir por aquí, nos mataremos!

Pero los animales no respondieron y se limitaron a nadar con mayor rapidez, de modo que el bote prácticamente volaba sobre las aguas, y todo lo que la princesa pudo hacer fue sujetarse con firmeza a la proa y aferrar las riendas. Su mente se negaba a aceptar que aquellos animales amistosos, aquellas leales criaturas que la habían llevado tan lejos, estuvieran ahora arrastrando la embarcación, con ella e Immu, directamente hacia el borde de las Cataratas de Tass.

Anigel vio que el salto de agua se acercaba cada vez más. Era incapaz de pronunciar un sonido, incapaz de dar forma a una sola idea coherente que pudiera transmitirse a los rimoriks para disuadirlos de su locura suicida. Hasta el amuleto de trillium estaba fuera de su alcance, ya que las riendas que sostenía en las manos estaban tan tensas que la joven incluso temía que le arrancaran los brazos. No pensó en absoluto en Immu, tan convencida estaba de la proximidad de su propia muerte.

El sonido de la cascada se convirtió en un rugido. Las gotas de agua que se desprendían de la caída de agua le empaparon la ropa y el cabello. Mantenía la vista fija en el borde que se aproximaba, donde el agua pasaba del casi negro del profundo lago a una gloriosa mezcla de azul, agua marina, verde... y finalmente blanco. Cuando la embarcación se acercó por fin al borde, se detuvo de repente. Anigel se desató las riendas de las manos, las arrojó lejos y se asió de la borda. Soltó una exclamación cuando dos grandes cuerpos oscuros saltaron en el aire, arrojando un chorro de agua que brillaba como un diamante, y luego se zambulleron hasta perderse de vista.

La proa de la embarcación, donde estaba sentada, quedó en el aire. Por un instante pudo mirar hacia abajo, más allá de la tumultuosa blancura de la cascada, y divisó un gran estanque azul con diminutos edificios sobre la costa izquierda. Del estanque arrancaba un curso de agua ancho y con multitud de canales, que brillaba como una trenza de plata bajo el sol y serpenteaba a través de la verde extensión del bosque Tassaleyo, hasta perderse en una niebla púrpura.

Vio esta imagen con sus ojos agudos y su mente pareció oír que Immu y los dos rimoriks le decían:

¡Confía!

Entonces, el extremo de la embarcación cayó hacia delante y alrededor de ella sólo hubo agua que volaba y cien arco iris circulares. Empezó a caer a través de un mundo blanco y terrible que retumbaba, que muy pronto se esfumó en el vacío.

En el nuevo sueño, su madre, la reina Kalanthe, caminaba rápidamente por un sendero dentro de un paisaje desconocido que Anigel de alguna manera identificó como un bosque de la tierra seca, ataviada con sus galas de coronación y con la reverenciada corona de estado. Anigel estaba muy atrás y corría para alcanzar a la reina, le gritaba a su madre que la esperara, pero Kalanthe no la oía. Sólo podía correr más rápido, y eso fue lo que hizo Anigel, con el corazón batiéndole en el pecho, los pulmones ardiendo y con tanto dolor en las piernas que hubiera gritado a cada paso si no le hubiera faltado el aliento. Deseaba abandonar, arrojarse al suelo con desesperación y dejar que la reina se alejara, pero en cambio se obligó a continuar.

Entonces se produjo el milagro: la reina se detuvo y esperó sonriendo mientras la muchacha avanzaba a trompicones, con sus últimas fuerzas, y caía en los brazos de su madre, llorando de felicidad.

—Hijita querida —susurró Kalanthe—. ¡Tenía tanto miedo de que tú tampoco vinieras! Tus hermanas han tomado otros caminos, como sabes. Pero todo estará bien ahora, en cuanto te alistemos.

Entonces, de manera sorprendente, la imagen soñada de la reina condujo a Anigel hasta un arroyuelo cercano, abrió un bolso de terciopelo, y de él extrajo jabón, esponja suave y un peine de marfil.

—Debemos lavarte —explicó Kalanthe—, arreglarte el cabello y buscarte ricas vestiduras para que tus subditos puedan reconocerte.

La esponja lavó la suciedad acumulada en el rostro de Anigel. La reina frotó y frotó con mayor fuerza cada vez, hasta que le ardió la piel y la princesa gritó...

Entonces se despertó.

Estaba tendida sobre una superficie blanda y tapizada de musgo, cerca de una ribera. Una diminuta criatura con piel amarilla y rayada, un rostro puntiagudo y grandes ojos negros le lamía la mejilla con su lengua áspera.

Cuando la joven lanzó una exclamación de sorpresa, el animalito chilló alarmado y se perdió entre la densa maleza.

Un desconocido pájaro blanco cantaba en la rama más baja del árbol a cuya sombra se hallaba tendida la muchacha, y su complejo canto se entrelazaba como una nota brillante con el sonido de un trueno distante. A pocas anas de distancia, el río se abría en numerosos canalillos que se unían a cada lado de la corriente principal, ancha y serpenteante, y por todas partes se veían montículos e islotes de barro.

¡Estoy viva!

Lo advirtió lentamente, y movió cada brazo y pierna por turno, luego los dedos, y terminó sentándose. Su túnica de hierbas trenzadas era un andrajo, al igual que la ropa interior de lienzo. Aún iba calzada con las fuertes sandalias de cuero de la discernidora, pero las polainas estaban hechas jirones. Todavía conservaba el cinturón con la bolsa, y el amuleto de trillium pendía de su cuello. Toda su piel estaba cubierta de barro, pero bastante seco, lo que significaba que debía de haber yacido allí durante un rato considerable. No recordaba cómo había llegado hasta allí.

Caminando con cuidado sobre troncos podridos, arrastrados por la corriente, se acercó a la orilla. Desde el borde del agua dispuso de un ventajoso punto de observación para otear aguas arriba. Todo el horizonte norte estaba colmado por una alta escarpadura verde, quebrada en dos por un salto plateado: las cataratas. Se hallaba al menos a una milla de distancia. El gran estanque azul, situado en la base de la cascada, no estaba a la vista, ni tampoco los edificios que había avistado momentáneamente antes de caer. Sólo se veía el río, ancho y sereno, cuya corriente se abría en decenas de canales enlazados, y el denso bosque en ambas orillas, con un vivido follaje azul verdoso cuya textura y matiz era muy diferente del de las selvas del Laberinto de Pantanos. Hasta el olor era distinto: más penetrante y resinoso, con ocasionales ráfagas de fragancias florales desconocidas.

—Estoy viva —se maravilló. Después extendió los brazos desnudos, magullados y llenos de lodo y gritó—: ¡Viva!

En ese mismo instante, la culpa la invadió.

¡Immu! ¿Dónde estaba Immu? ¿Y sus dos leales amigos, los rimoriks? Escudriñó a ambos lados de las orillas, pero sólo descubrió unos pájaros de largas patas, de color bermellón y con picos que parecían lanzas, alimentándose en las zonas superficiales. Por un momento, el pánico amenazó con hacer presa de ella. Estaba viva, sí, pero completamente sola en el bosque Tassaleyo, sin tener la menor idea de lo que haría ahora.

¿Debía gritar? Y sus perseguidores labornokianos, ¿la habían seguido hasta allí y estaban al acecho en alguna parte, escuchando?

No tenía adonde ir, ningún sendero abierto cerca de la orilla, sólo el pequeño claro con sus leños podridos arrastrados por la corriente, rodeado de densos matorrales, y más allá, tierra adentro, los enormes troncos de altísimos árboles.

¿Habrían muerto Immu y los animales?

Se le ocurrió una idea terrible. Recordó la extraña actitud, casi resignada, que había adoptado Immu mientras empaquetaba las cosas allá en el lago. ¡Immu había atado las bolsas a los asientos de la embarcación! Nunca había hecho eso antes. ¿Acaso sabía cuál sería la pavorosa ruta de escape que seguirían los rimoriks?

— ¿Permaneció a mi lado por amor —se preguntó Anigel en un susurro—, esperando que yo sobreviviera a la caída, ya que el mitón me había dado la fuerza de los rimoriks, pero consciente de que ella

moriría sin duda?

Sintió que se le oprimía el corazón. Oh, Immu. Querida y vieja amiga.

¡Pero no debía gimotear en vano! Había llegado la hora de seguir adelante. ¿Por qué no beber un sorbo de la bebida sagrada para reunir fuerzas, y luego intentar comunicarse con los rimoriks?

Encontró una roca cubierta de musgo a la sombra, abrió la bolsa y extrajo la calabaza escarlata cubierta por la red. Quitó el tapón y se la llevó a los labios, recitando mentalmente una plegaria con los ojos cerrados. Después su mente llamó:

¡Amigos!

Hubo un repentino chapuzón.

La joven abrió los ojos y descubrió dos cabezas bruñidas en el canal principal, a tiro de piedra. Incorporándose, esperó que ambos animales se alzaran sobre las olitas, cada vez más embarrados a medida que avanzaban torpemente. Finalmente, el par de rimoriks llegó junto a ella, en la orilla, y la miraron solemnemente con sus enormes ojos negros.

Amiga humana, hemos buscado a tu amiga del Pueblo de la ciénaga.

—Immu... ¿La habéis encontrado?

No. Hemos recorrido mucho trecho, buscándola. Pero el Agua que Fluye hacia el Mar es ancha, y tiene muchos desvíos a los que podría haber sido arrastrado el cuerpo de tu amiga.

A Anigel le ardieron los ojos y se llevó la mano a la boca para ahogar un grito.

— ¡Su cuerpo! ¿Creéis que no habrá sobrevivido a la caída por las cataratas?

Hemos buscado. No la encontramos. Es hora de continuar. Tus enemigos humanos están bajando por la Gran Liana que Sube Troncos hasta el Cielo. Te atraparán si no nos alejamos.

Anigel comprendió de inmediato que los labornokianos estaban descendiendo por el montacargas al valle del Gran Mutar. Por un momento estuvo tentada a ordenar a los rimoriks que continuaran buscando a Immu, pero con la imaginación vio a su buena y vieja niñera rara agitando un dedo con garra ante ella, reprendiéndola. ¿Sería inútil el sacrificio de Immu? No había muerto por capricho, por darle gusto a una muchacha común. Aquel gran gesto estaba destinado a demostrar su amor y su apoyo a la misión de una princesa, que no debía retroceder ante las peores tragedias ni peligros. Immu se había enfrentado valerosamente a su muerte. Ahora Anigel debía seguir adelante, ya que estaba muy cerca de su talismán.

— ¿Habéis encontrado la embarcación? —preguntó a los rimoriks.

Tu bote se hizo pedazos. Encontramos la bolsa de tu amiga, pero no la tuya. Hemos tomado un bote que pertenece al Pueblo del bosque. Está oculto aquí.

Vadearon corriente abajo unas doce anas antes de girar para entrar en las aguas más profundas de un estrecho arroyuelo. A Anigel no le quedó más alternativa que entrar en el agua y seguirlos. El fondo fangoso era tan suave y tenaz como un jarabe, y la joven no Se atrevía a detenerse por temor a hundirse y quedar atrapada. A chapuzones, frenéticamente, alcanzó a los rimoriks cuando éstos empujaban una embarcación bastante grande, de extraña construcción, para sacarla de la boca del arroyo hasta las aguas más superficiales.

Tenía más o menos el doble de longitud que el otro bote de madera, pero era más estrecho de manga. La armazón blanca estaba hecha de hueso o de madera de marfil, sujeta con fibras secas. El casco era translúcido, duro pero flexible, con la apariencia casi de un cristal opaco. Las piezas de este extraño material estaban unidas como retazos minuciosamente cosidos y las junturas se habían revestido con alguna resina brillante e impermeable. La embarcación se sostenía a bastante altura sobre las aguas y debía de pesar muy poco.

Anigel se izó a bordo. La bolsa empapada de Immu se encontraba en el fondo.

—No hay riendas, amigos. Además, veo que habéis perdido el arnés. ¿Cómo voy a conducir?

Ellos le sonrieron.

Este bote no necesita arrastre. Flota con tanta facilidad como una vaina seca. Nadaremos a cada lado, empujando, y tú nos indicarás hacia dónde quieres ir.

La princesa se acomodó y abrió la bolsa que llevaba a la cintura. De ella extrajo la hoja, aún fresca, del Trillium Negro. Por primera vez advirtió que la parte superior de la nervadura dorada, la que representaba la parte de su viaje que ya estaba recorrida, había empezado a pardear. Por debajo de una gran mancha que representaba al lago Wum, la nervadura dorada describía varios giros durante una distancia que medía más o menos lo mismo que el meñique de Anigel antes de entrar en el tallo, muy corto y

agudamente inclinado.

—Todavía debemos recorrer bastante distancia —dijo la joven a los animales—, pero en apariencia sólo por el Gran Mutar. Supongo que simplemente debemos viajar lo más rápido que podamos, manteniéndonos delante de los soldados enemigos, hasta que reciba alguna indicación mágica.

¿Quieres que te llevemos con el Pueblo del Río que vive en el bosque?

—Bueno... —Anigel vaciló—. No se me había ocurrido. Tal vez sería lo mejor. Supongo que serán los wyvilo. ¿Tienen aldeas?

Viven en un solo lugar. Te llevaremos allí.

—Muy bien —asintió la princesa.

Gruñendo y bufando por el esfuerzo de moverse fuera de su elemento, los rimoriks empujaron el bote por encima de un montículo de lodo tras otro, impulsándolo a través de arroyuelos subsidiarios siempre que podían, hasta que por fin llegaron al canal principal. Allí las grandes criaturas retozaron durante varios minutos en el agua oscura y limpia, con evidente alivio, antes de acomodarse a cada lado de la embarcación y comenzar la travesía río abajo. Sin que Anigel los urgiera, impulsaron rápidamente la embarcación.

La joven supuso que sería la última hora de la tarde. Abriendo la empapada bolsa de Immu, la joven extendió la bolsa de dormir y varias prendas a secar. Afortunadamente, Anigel era poco corpulenta, de manera que podría utilizar esas ropas. Había un sombrero de paja suave y anchas alas, una pequeña capa de cuero impermeable y un par adicional de polainas que podría usar bajo las sandalias. Las provisiones de raciones de viaje eran ya muy reducidas, y Anigel puso a secar con cuidado las pocas que quedaban. La fruta seca se había terminado hacía mucho y las dos mujeres habían sobrevivido en general de frutas y nueces silvestres, enriquecidas por el producto de la caza de los rimoriks. Tendría que ser muy prudente antes de probar los frutos que no conociera. Algunos de los más tentadores habían sido calificados de venenosos por Immu. Gracias al equipo de encender fuego de Immu (que estaría en perfectas condiciones cuando la yesca se hubiera secado), podría asar el pescado en vez de comerlo crudo. El resto del tesoro de Anigel estaba formado por su propio cuchillo pequeño y los otros objetos que guardaba en la bolsa: un peine, un pañuelo que lavaba todos los días, una taza pequeña y una pastilla de jabón.

—Mis riquezas, mis atavíos reales y mis suntuosos alimentos —declaró, observando el pobre acopio de objetos que yacían en el fondo del bote—. Y dos fieles servidores que siguen a mi lado. ¿Qué más podría pedir una princesa?

Suspirando, buscó espacio libre en el fondo del bote y se tendió, cubriéndose el rostro con el sombrero.

Amigos, creo que voy a dormir.

Te conviene, respondieron ellos.

Liberada de la tarea de conducir por primera vez desde que partieran de Noth, Anigel cayó en un sopor sin sueños, demasiado cansada incluso para lamentar la desaparición de Immu. Se despertó horas más tarde, cuando los rimoriks vararon la embarcación en una isla pequeña y estrecha donde la hierba crecía sobre una arena suave y limpia, no sobre el lodo. La noche era muy cálida, pero soplaba sobre la isla una brisa fresca que mantenía a raya a los insectos. El lecho del Gran Mutar se había ampliado a medida que viajaban aguas abajo, y ahora era tan ancho que apenas se veía la otra orilla. A ambos lados, el bosque se perdía en la bruma creciente. Desde muy lejos llegó un sonido como de trompeta, el grito de algún animal de gran tamaño. Pero Anigel confiaba en que sus amigos hubieran elegido un lugar seguro para que ella pasara la noche.

En la isla crecía un pequeño arbusto de bruddock. Con voz somnolienta felicitó a los rimoriks por haberlo encontrado. Ellos descubrieron brevemente los colmillos y se alejaron para cazar. La princesa comió algunos de los jugosos frutos, acomodó el saco de dormir bajo el «amigo del viajero» y se acurrucó en él.

Una vez más, durmió sin sueños.

La fuerza del príncipe Antar se pasó todo el día siguiente explorando el gran estanque al pie de las Cataratas de Tass, pero no consiguieron encontrar el cadáver de la princesa Anigel ni el de su compañera.

Los restos de la embarcación de madera aparecieron arrastrados por la corriente cerca del aserradero abandonado, y todos los caballeros opinaban que nadie podría haber sobrevivido a la caída por la cascada. Sin embargo, aquella opinión carecía de importancia. La decisión de acabar con la búsqueda dependía del hechicero Orogastus. La Voz Azul se comunicaría telepáticamente con su amo por la

mañana, cuando recibiría nuevas instrucciones según la revelación que hubiera hecho el omnisciente espejo de hielo.

El grupo de búsqueda acampó sobre la orilla del estanque: los caballeros, los soldados y las tripulaciones de las balsas asignadas a la persecución. Esa noche, sentados alrededor de las hogueras (el siniestro coro nocturno de rugidos y gritos procedente del bosque situado detrás del aserradero aseguraba que ninguno se alejara demasiado), los plebeyos labornokianos estaban bastante alegres. Como era casi seguro que la princesa estaba muerta, todos esperaban regresar a las comodidades civilizadas de la Ciudadela. Prácticamente todos los caballeros se sentían decepcionados, ya que se veían privados de su posibilidad de alcanzar alguna gloria. Parecía poco probable que la fuerza siguiera navegando por el Gran Mutar, en busca del misterioso talismán que anhelaba el hechicero.

Contrariamente a lo esperado, sólo habían encontrado tres botes wyvilo en el muelle inferior, y no había a la vista ningún aborigen que pudiera servir de guía. El maestro comerciante Edzar temía que los raros del bosque se hubieran retirado a su gran aldea, llamada Let, cuando la invasión labornokiana había interrumpido el comercio maderero. Había pocas esperanzas de que volvieran a remontar el río antes de la siguiente estación seca.

El príncipe Antar se aisló en su tienda esa noche, rehusando incluso los ofrecimientos de compañía de sir Owanon y de otros amigos leales. Su dolor ante la evidente muerte de la princesa era un secreto a voces, ya que el simple sir Penapat había contado a todos los que quisieron prestarle atención hasta qué punto se había alterado Antar cuando vio que la embarcación caía por las cataratas.

A la mañana siguiente, la Voz Azul fue alertada mentalmente por Orogastus, por lo que el acólito se retiró a su propia tienda para sostener una prolongada conferencia telepática. Antar, consumido por la impaciencia, aprovechó junto con sir Owanon la oportunidad para estudiar más de cerca el aserradero que funcionaba con energía hidráulica y la gran máquina elevadora que todos ellos habían utilizado para descender.

—Este artefacto es muy ingenioso —comentó el príncipe, estirando el cuello para conseguir una mejor visión de los cables elevadores de acero trenzado—. Sólo hay que cargar un tronco gigantesco, o mucha leña más pequeña, en la plataforma. El enorme contrapeso y el sistema de poleas garantizan que los animales de tiro de allá arriba serán capaces de subir la carga más pesada sin gran desgaste de energía.

—Ingeniosos, estos ruwendianos —admitió Owanon—. No obstante, nosotros tenemos máquinas similares en los astilleros de Derorguila, aunque no tan grandes.

—Por más grande que sea —añadió Antar en voz baja—, el montacargas no podría bajar las grandes balsas que usamos en el lago, suponiendo que pudiéramos acarrear las embarcaciones por el camino de transporte. Podríamos bajar los botes, sin duda. Pero serían inadecuados para transportar toda nuestra fuerza y las provisiones necesarias por el Gran Mutar.

Owanon asintió.

—Efectivamente, nuestra expedición está varada.

—Al menos eso he ordenado que transmita la Voz Azul al hechicero. No tengo ninguna intención de encabezar una expedición de búsqueda a ciegas en el Tassaleyo, en pos de ese talismán mágico que él tanto codicia. Sin embargo, no descarto que nos presione para que emprendamos la búsqueda. Entonces dependeré de tu apoyo y del de Dodabilik, cuando me niegue a continuar con nuestra fuerza expedicionaria.

—Sin ninguna duda, mi príncipe.

El rostro de Antar cobró una expresión grave bajo el abierto visor de su yelmo esmaltado azul.

—Temo que el hechicero utilice el fracaso de esta expedición para disminuirme aún más ante los ojos de mi real padre. El insidioso mago sabía perfectamente bien que no tengo estómago para andar persiguiendo a mujeres indefensas. Además, hay que tener también en cuenta mi reacción de ayer, en el faro...

Con gran tacto, Owanon permaneció en silencio.

El príncipe observó a su amigo con una expresión simultáneamente triste y burlona.

— ¿Todos ellos saben que me he enamorado de ella, Owan?

—Sí, mi príncipe. Pero los mejores hombres no piensan mal de ti por eso. Nadie puede resistirse a las inclinaciones del corazón. Además, tú has obedecido al pie de la letra las órdenes del rey Voltrik. Ningún hombre honesto puede decir que has rehuido tus obligaciones.

—Orogastus puede decirlo —replicó el príncipe con amargura—. Siempre me ha odiado y envidiado, hasta el punto de convencer al rey de que soy demasiado inmaduro para comprender los grandes asuntos

de estado. Esta condenada invasión, la monstruosa crueldad con que hemos tratado a los ruwendianos vencidos... ¡todo eso es obra del hechicero! Ha convertido a mi padre en su títere, juega con sus miedos y estimula sus más bajos instintos.

Una vez más Owanon guardó silencio.

—El rey Voltrik no siempre fue un hombre cruel —prosiguió el príncipe—. Cuando yo era pequeño y aún vivía mi querida madrastra Shonda, él era un noble príncipe heredero, un amante esposo y padre, un hombre de espíritu amable y vivo. Sólo después de la llegada de Orogastus su alma se envenenó. Padre tuvo que esperar demasiado tiempo su trono, la desafortunada Shonda era estéril, y el hechicero estimuló y favoreció cada ambición malvada y extravagante que pasaba por la mente de mi padre. Incluso la de la muerte de Shonda.

—Esas tristes cuestiones son de conocimiento popular, mi príncipe —dijo Owanon con suavidad—. Pero tu padre no hace ninguna crítica a Orogastus, y él es el rey.

—Sí —suspiró Antar—. Algunas veces, cuando recuerdo la pavorosa escena en la que mi padre arrancó la diadema real de la frente del agonizante rey Sporikar, y su terrible satisfacción al prever el derramamiento de sangre que nuestra invasión a Ruwenda provocaría, temo que el hechicero lo haya enloquecido. Pero insinuar algo así sería alta traición, por supuesto.

El rostro de Owanon era sombrío.

—No estarías solo en esa convicción. Hay muchos en nuestro ejército que juzgaron poco prudente nuestra invasión a Ruwenda. Pero me temo que toda la situación debe empeorar antes de que pueda mejorar.

En ese momento advirtió que un hombre se acercaba corriendo hacia ellos y previno al príncipe para que interrumpieran la conversación.

Rinutar se acercaba apresuradamente, con la armadura resonando y el rostro iluminado por una sonrisa maliciosa.

— ¡Príncipe! ¡Hay noticias sorprendentes! Lord Orogastus ha determinado que la princesa Anigel todavía está con vida. Navega aguas abajo por el Gran Mutar. Se te ordena seguirla, pero sólo acompañado por tus caballeros y un sirviente para cada uno. ¡Y he aquí la parte más extraña! El hechicero ya no ordena que se impida la búsqueda de la muchacha, ni que se la mate. Al contrario... ¡debemos dejarle el camino libre! Sólo cuando haya obtenido el talismán mágico debemos capturarla y darle muerte.

Antar miró al caballero, confuso y atónito.

—Ella vive —susurró.

—Eso dice el espejo de hielo —aseguró Rinutar con una mueca insolente—. Me parecía que te complacería tener otra oportunidad de atraparla.

Ésta es la caverna que buscas, dijo el quebrantahuesos a Haramis.

Esa mañana, cuando hubo amainado la tormenta, la ladera sur del monte Gidris, recién blanqueada, tenía un brillo tan deslumbrante que casi cegaba a Haramis. Incluso protegiéndose los ojos con una mano enguantada, le resultó imposible divisar el lugar que le señalaba Hiluro. Pero el gran pájaro empezó a descender describiendo círculos, y lo que había sido un resplandor informe se convirtió en una gran cavidad justo debajo de la cumbre de la montaña, de donde fluía un glaciar colosal.

El rió de hielo se derramaba por un empinado precipicio antes de empezar su descenso más suave hacia la cuenca ruwendiana, fracturándose en una mesa de titánicos bloques de hielo parcialmente sepultados por la nieve reciente. Las grietas y abismos del hielo relucían con cien variados matices de azul, pero en el centro se apreciaba un inesperado centelleo dorado.

Cuando el pájaro se acercó más, Haramis comprobó que se trataba de una erguida aguja de roca, de color lechoso pero veteada de oro. Lo que desde lejos había parecido una frágil aguja pronto se convirtió en una elevación de unas ochenta anas de altura y de unas cinco anas de ancho, al parecer de cuarzo blanco con resplandecientes incrustaciones del metal precioso. El glaciar la había tallado de tal manera durante el transcurso de los años, que parecía una esbelta torre que hiciera un valeroso esfuerzo por permanecer sobre un caótico mar helado. A media altura había un agujero que mostraba justo debajo una estrecha cornisa de roca.

Sólo puedo revolotear mientras desciendes, dijo Hiluro a Haramis. *La cornisa es demasiado reducida para mí.*

El enorme pájaro blanco y negro descendió. La boca de la caverna tenía el doble de la altura de la princesa, pero parecía pequeña debido a los carámbanos que pendían del borde como si fueran colmillos de diamante. Casi toda la superficie de la cornisa estaba resbaladiza por el hielo, en el que se veían pepitas

de oro y rocas blancas.

Haramis rozó su amuleto, ofreció una plegaria silenciosa y se abrazó el plumoso cuello de Hiluro. Apenas logró que sus manos se unieran alrededor de él y entrelazó los dedos con fuerza. Se asió, colgando ciegamente, con su capa de piel ondeando al viento y sus botas dirigidas hacia abajo. No sólo percibió el agudo gemido del aire que corría a través del plumaje de las alas, sino también un sonido atronador, junto con una extraña serie de notas musicales, como si alguien estuviera tañendo un violín gigantesco.

Sus pies se posaron en una superficie firme. La joven se relajó, descendió lentamente, aún asida al cuello del pájaro y luego se soltó. Al abrir los ojos distinguió la gigantesca forma del pájaro elevándose hacia el cielo, mientras ella quedaba precariamente arrodillada a la entrada de su lugar de destino: una caverna de hielo rutilante con la entrada enmarcada en oro.

Al menos eso parecía.

Sobrecogida de respeto, Haramis miró a su alrededor. La aguja de roca en medio del glaciar vibraba como un diapasón ante el constante empuje del flujo de hielo, que colmaba el aire de un inmenso sonido musical. ¿Durante cuántos miles de años habría actuado el hielo sobre aquella dura masa de cuarzo y oro antes de disminuirla a su actual estado de delgadez? Vista de cerca, la torre de roca parecía increíblemente frágil. La boca de la caverna, bordeada por amorfas pepitas de oro, estaba parcialmente obstruida por carámbanos que empezaban a fundirse bajo la brillante luz del sol.

Haramis se levantó deslizándose cuidadosamente a través de los semiderretidos colmillos de hielo, y llegó a la cámara interior, cuyas paredes y techo estaban veteados con hielo negro.

Un pálido destello más allá de la lámina de hielo que se hallaba en el fondo de la cueva captó su atención. Se dirigió hacia allí, advirtiendo que el amuleto de trillium se hacía más cálido sobre su pecho, como si llamara a algo. ¿Ese objeto reluciente sería el talismán que le estaba destinado?

La joven se acercó más a la gran masa de hielo oscuro y hacia lo que fuera que brillaba más allá. Todavía no podía distinguirlo con claridad, pero su amuleto se hacía cada vez más cálido sobre su piel. ¿Podría ser que su talismán estuviera atrapado en el hielo? En ese caso, ¿cómo lograría sacarlo?

Se aproximó más al misterioso destello. Su ámbar trillium estaba ahora tan caliente que casi le quemaba el pecho. Se quitó los guantes, enroscó un dedo alrededor de la cadena del amuleto y lo extrajo del interior de su túnica. La flor centelleaba como si estuviera en llamas, y el amuleto estaba tan caliente que la joven apenas podía tocarlo. Con cuidado, sostuvo la cadena en alto para que el ámbar pendiera ante su rostro. Sin embargo, en vez de colgar inmóvil de la cadena, el amuleto se movió, atraído por el resplandor del muro. La luz deslumbrante del trillium engarzado hizo que todo un sector del muro adquiriera un brillante tono dorado. El resplandor resultaba doloroso y llenaba los ojos de la joven de un gran manchón dorado, circunscrito por una corona de color azul brillante.

El amuleto la arrastró varios pasos en dirección al muro. Ahora irradiaba tanto calor que Haramis tuvo que volver la cara. Por el rabillo del ojo, fuera del área en que la luz la cegaba, logró discernir un delgado hilo de agua que chorreaba sobre el muro. ¡El amuleto estaba derritiendo el hielo!

De pronto hubo un destello de plata entre el oro, mientras algo se liberaba del hielo derretido y caía al suelo. El brillo del amuleto disminuyó y se enfrió rápidamente, para caer una vez más sobre la túnica de la joven. Haramis se agachó rápidamente para recoger lo que había caído, antes de que volviera a congelarse en el charco que se había formado sobre el suelo de la caverna. Antes de poder apreciar de qué se trataba, sintió su peso en la mano.

Con paciencia, esperó que la vista se le aclarara. Le dolían los ojos y tuvo que combatir el impulso de frotárselos. Pero a pesar del dolor, en lo profundo de su corazón floreció un tremendo sentido de justicia. Por un instante, comprendió la estructura del mundo y el lugar que ocupaba en ella. Lo supo todo, tuvo poder sobre todo, lo gobernó todo. Se había convertido en lo que siempre había sabido que sería...

… Pero sólo por un momento. Luego el sentimiento trascendente desapareció.

Seguía en la caverna de hielo, ahora directamente iluminada por la luz del sol, y advirtió que de nuevo podía con ver normalidad. En la mano sostenía una vara hecha de metal plateado, que tenía la mitad de largo de su antebrazo. En un extremo tenía un pequeño anillo por donde pasar la cadena, y en el otro, una especie de aro, mucho mayor, por el que la joven podría haber pasado sus dos puños a la vez. En el extremo de ese círculo había una prominencia, que al principio le pareció una flor hecha del mismo metal blanco, pero cuando lo examinó con mayor detenimiento, descubrió que lo que había confundido con pétalos eran en realidad tres pequeñas alas erguidas.

El Círculo Trialado.

Su talismán. Al fin.

Entonces sabrás que el combate final por Ruwenda y por tu propia alma es inminente...

Las palabras de la archimaga parecieron resonar en la caverna de oro y cristal, y Haramis lanzó un grito, sobresaltada:

— ¿Quién está ahí?

De inmediato supo que todavía estaba sola, y su mente recordó la sensación de increíble poder que la había invadido cuando el talismán había sido liberado de su helada prisión.

El talismán y el amuleto se iluminaron simultáneamente. Con un gesto reflejo, Haramis dejó caer ambos objetos y alzó las manos para protegerse los ojos. Sin embargo, incluso a través de los dedos podía vislumbrar el brillo resplandeciente. Mantuvo las manos ante los ojos hasta que la luz disminuyó, y luego las bajó lentamente. Su visión era un poco borrosa, pero esta vez no estaba completamente deslumbrada. Rápidamente se arrodilló para buscar el amuleto y el talismán, esperando que no hubieran decidido congelarse en el suelo.

¿No *me creerán digna de ellos';'*, se preguntó con ansiedad.

Para su gran alivio, comprobó que ambos yacían sueltos sobre la superficie de hielo. Pero ahora se habían unido, de forma que su amuleto de trillium estaba engarzado entre las alas de la vara.

Era una fuente de poder. De magia...

Sí, *\esto* era magia!

— ¿Cómo aprenderé a usar este poder?

Su mirada permanecía fija sobre las tres alas.

—La Dama Blanca dijo que había otros dos talismanes para mis hermanas, y que si las tres teníamos éxito, se produciría una resolución. Pero eso no me ayuda gran cosa.

Dentro del círculo plateado, debajo de las alas, parecían fluir unos vapores opalescentes. Casi en sueños, Haramis se encontró ordenando al talismán:

— ¡Muéstrame si mis hermanas han tenido éxito!

Entonces vio a Kadiya.

Su hermana se encontraba en medio de una multitud de raros —uisgu, a juzgar por su pequeña estatura—, sosteniendo en una mano una cosa reluciente como la Espada de la Piedad, un arma que carecía de punta, con una empuñadura que parecía tres frutos negros unidos. El Pueblo la aclamaba.

—Sí —murmuró Haramis—. Tú tenías posibilidades de conseguirlo. Pero la pobre pequeña Anigel... ¿dónde estás, mi tímida hermana?

En el Círculo se borró la imagen de Kadiya. En su lugar apareció otra, al principio irreconocible, pero luego Haramis soltó una exclamación.

¡Anigel! Suelto el cabello dorado, un rostro que ya no era de mejillas llenas y dulcemente pálido, sino delgado sonrojado, lleno de energía. Ojos de color zafiro penetrantes, que giraban de un lado a otro con un grado de atención que Haramis jamás hubiera creído posible. Ani, vestida con andrajos llenos de barro, sentada en una exótica embarcación que avanzaba velozmente por un ancho río, dejando una blanca estela detrás. Ani, la tímida pequeña Ani, esbozando una sonrisa sombría mientras unas criaturas acuáticas de aspecto feroz impulsaban la embarcación a una velocidad como para romperse el cuello...

— ¡Imposible! —exclamó Haramis.

De repente la visión desapareció.

Haramis se quedó mirando el vacío Círculo Trialado.

— ¿Estas visiones son verdaderas? ¿Es tan fácil gobernar el talismán?

Hubo una tercera visión:

La archimaga, yaciendo en su lecho, mucho más débil que cuando Haramis la había visto en persona, los ojos cerrados y la piel muy pálida. Aunque los labios secos y pálidos no se movieron, a Haramis le pareció oír unas palabras:

Las tres deberéis cumplir las misiones previstas de antemano para cada una, tendréis que dominar vuestro propio yo ante todo, antes de que Ruwenda pueda desprenderse del yugo de Labornok y el mundo recobre su equilibrio. Y si una fracasa, fracasaréis todas...

— ¡Pero eso no tiene sentido! —Protestó Haramis—. Yo soy reina de Ruwenda, la obligación es mía. Además, la profecía del Pueblo dice que una mujer derrotará al rey Voltrik, ¡no tres mujeres!

La agonizante archimaga abrió los ojos insondables. Sus labios seguían sin moverse.

Pero también te advertí de que Voltrik no era tu mayor enemigo...

La imagen de la archimaga desapareció.

Algo brilló en el espejo helado de la pared donde había estado aprisionado el talismán. Haramis levantó la vista y descubrió el rostro sonriente de un hombre de cabello blanco.

Resultaba imposible aventurar su edad: el transcurso de los años no había dejado huellas en sus agradables facciones. Lucía ropas de color negro y plata, y estaba sentado ante una mesa donde se veían varios aparatos, un gran libro y una losa semicubierta de letras. En una de sus fuertes manos sostenía un punzón y en la otra un rosado fruto de ladu, a medio comer. Fue este último detalle doméstico —inesperado en un demonio con forma humana— el que hizo que Haramis empezara a recuperar su sonrisa.

—Princesa Haramis —dijo con voz tan clara como si estuviera junto a ella—. Bienvenida a nuestra compañía.

— ¿Y qué compañía es ésa? —Replicó ella, apretando los labios—. ¿La de los asesinos labornokianos? A diferencia de ti, Orogastus, soy muy exigente con respecto a quienes me acompañan.

El hechicero rió y dejó a un lado el punzón y la fruta.

—Tienes un raro humor, señora. Debo admitir que el rey Voltrik, y el general Hamil y los de su clase no son los compañeros que hubiera elegido, si no fuera porque no tuve otra alternativa.

— ¿Otra alternativa? —preguntó Haramis con escepticismo.

Orogastus prosiguió con perfecta amabilidad.

—Te di la bienvenida a la compañía de los que se sirven de la magia. Confieso que nuestro número se ha reducido mucho últimamente, ya que sólo somos tú, yo y Binah, a quien tú llamas la archimaga. Sin embargo, me temo que muy pronto sólo quedaremos tú y yo.

— ¿Pretendes matar a la Dama Blanca, ahora que está demasiado débil para defenderse? —preguntó Haramis con frialdad.

—Mi querida niña, ¡por supuesto que no! No soy un asesino despiadado. No, lo que amenaza a Binah es la vejez y la muerte. —Adoptó una expresión triste y pensativa—. Creo que a todos nos llega. Treinta años atrás, sólo había en el mundo dos personas con poder: mi mentor, Bondanus, y Binah. Bondanus me cedió su poder. Binah, contra toda lógica, diluirá el suyo legándolo a vosotras tres.

— ¡Con el propósito de salvar Ruwenda! —gritó Haramis.

—Ruwenda... —El hechicero balanceó la cabeza con gesto burlón—. ¡Tu talismán tiene potencial para hacer mucho más que salvar Ruwenda! La previsión de Binah, al igual que su vida, agoniza. ¡Verdaderamente no sabe cuánto poder puede gobernar el Triple Talismán! Pero tú, Haramis, tienes ante ti centurias para estudiar y utilizarlo.

— ¿Centurias? —preguntó Haramis, parpadeando. Nunca se le había ocurrido.

(El uso de la magia prolonga la vida hasta tal punto)

—Centurias —repitió Orogastus con firmeza—. Siempre suponiendo, por supuesto, que no te mates accidentalmente con él —agregó, indicando con un gesto el talismán que la muchacha sostenía.

¡Idiota!, se dijo Haramis. *Estás aquí con el talismán a la vista. Evidentemente, él lo ha reconocido. Pero, ¿cómo? ¿Cuánto sabe verdaderamente al respecto? La arehimaga parece incapaz de enseñarme y no tengo tiempo de investigar su uso por medio del ensayo y el error si quiero salvar mi reino y a mis hermanas.*

—El Círculo Trialado —dijo Orogastus, sonriendo—. Me alegro de que lo encontraras. Tengo varios libros que hablan de él y siempre he querido verlo.

— ¿Tienes libros que hablan de él? —le preguntó Haramis. *Me gustaría que se marchara y me dejara estudiar su biblioteca—.* ¿Y qué dicen?

—Bastante. Demasiado, me temo, para que pueda explicártelo ahora, te convertirías en un carámbano antes de que hubiera terminado de contarte la sexta parte.

El hechicero hizo un gesto indicando el ambiente que rodeaba a la joven.

—Has estado tan enfrascada en nuestra deliciosa conversación que has ignorado el paso del tiempo.

Con rapidez Haramis miró a su alrededor. Él tenía razón; el sol estaba bajo en el cielo y la caverna se estaba volviendo oscura y fría. Miró de nuevo hacia el espejo. La ropa de Orogastus parecía liviana y había mucha luz en el lugar donde estaba.

Él le dirigió un gesto invitador.

—Ven a mi hogar, Haramis, a mi torre en la montaña. Permíteme que te enseñe a usar el talismán. Sería agradable tener compañía aquí. El monte Brom está bastante apartado y muy pocas veces tengo visitantes.

—Tú no deseas mi compañía —espetó Haramis, mirándolo directamente a los ojos—. Tú sólo quieres el talismán.

Para su gran sorpresa, Orogastus se limitó a reír y pareció hacerlo con ganas.

—Olvidé que todo esto es nuevo para ti. Nadie puede quitarte el talismán. Está ligado a ti, y a quien intente quitártelo sólo le espera la muerte. Sin embargo, no sabes casi nada acerca de su uso. ¡Lo usas para visualizar! —se rió—. El más insignificante conjurador raro puedo hacer lo mismo con una hoja llena de agua. No, Haramis, no lo comprendes. Sin embargo, yo puedo enseñarte. Tengo una gran biblioteca y tantos aparatos mágicos de los desaparecidos que resultan imposibles contarlos. Sólo pido la alegría de compartir mis conocimientos contigo. Tienes reputación de estudiosa... ¿no conoces la dicha que produce la búsqueda del conocimiento? ¿La exquisita satisfacción que se experimenta cuando un concepto oscuro entra de repente dentro de un esquema lógico que tú puedes comprender?

—Sí —asintió Haramis con firmeza—. Sé a qué te refieres.

—Entonces, ven al monte Brom —invitó Orogastus—. Con el talismán puedes llamar a tu quebrantahuesos para que te transporte hasta mi torre y llegarás aquí a tiempo para cenar.

De modo que no sabe que Hiluro está aquí, pensó Haramis. *Al menos no es omnisciente.*

El rostro de Orogastus cobró una expresión grave.

—Juro por los poderes que compartimos que no intentaré arrebatarte al talismán ni ocasionaré ningún daño a tu persona. Que mis poderes me abandonen para siempre si quebranto ni juramento.

Se colocó una mano sobre el corazón.

—Que así sea —murmuró automáticamente Haramis, la fórmula familiar de los que eran testigos de un juramento.

El espejo de hielo se oscureció.

Bien, ¿y ahora qué?, se preguntó. *(Voy con él, voy con la archimaga, me quedo aquí o me marcho sola y averiguo qué puedo hacer por mi cuenta?*

Ninguna de las dos últimas alternativas resultaba atractiva. Además, la archimaga no le había ordenado exactamente que regresara de inmediato. «Cuando consigas tu propósito con el Círculo Trialado, ven a verme», le había dicho Binah. ¿Se había referido simplemente a la posesión física del talismán, o a la capacidad de usarlo?

Como Binah tampoco me ordenó que regresara cuando me habló recientemente, tal vez pretende que domine primero el uso del talismán. Acaso éste sea el momento en que debo enfrentarme con Orogastus...

Aunque sin duda el hechicero era peligroso, al menos en su torre habría calor y comida.

La archimaga me dijo que debía conocer sus puntos débiles, pensó Haramis. *Presumiblemente eso forma parte de mi destino, y desde luego será un cambio agradable que mi destino se cumpla en un ambiente acogedor. Además, si me meto en problemas en el monte Brom, siempre puedo pedirle a Hiluro que me saque de allí.*

De pronto advirtió que la aguja de roca vibraba con mayor intensidad y que se hacían más audibles los sonidos que provenían del exterior de la caverna. Las resonantes notas graves del glaciar que se quebraba se mezclaron con los gritos de clarín que soltaba el quebrantahuesos como advertencia.

¡Haramis! ¡Sal! ¡Sal! ¡Gran peligro!

La joven pasó su cadena por el anillo más pequeño del talismán, se metió toda la vara dentro del escote de su vestido y se dirigió a la entrada de la caverna. Los carámbanos se habían desprendido por la vibración y la cámara del interior de la aguja empezó a mecerse como un bote sobre un río turbulento. Haramis alzó los brazos. Una forma familiar, blanca y negra, bajó rápidamente desde el sol y algo se cerró alrededor de su cuerpo, alzándola de la helada cornisa. Distinguió un breve brillo áureo, un desmoronamiento sonoro de prismas de arco iris, y finalmente un cielo añil que giraba detrás de una gran cabeza crestada.

Luego el quebrantahuesos planeó lentamente, alzó la garra y la sostuvo con cuidado mientras la joven trepaba a la suave cavidad entre sus alas extendidas. Haramis se aventuró a echar un vistazo rápido al lugar donde se había alzado la aguja de cuarzo. Ahora sólo unas rocas ligeramente menos blancas que el hielo interrumpían la superficie del glaciar y unos escasos puntitos de oro centelleaban bajo el sol poniente.

Transcurrió la noche y Kadiya durmió entre los sindona en lo alto de la escalera. Se había alimentado a placer con los frutos del jardín, pero tenía la sensación de que retrasarse más tiempo allí no sería correcto. El centinela viviente no había regresado. Kadiya no esperaba que lo hiciera mientras yacía, asiendo estrechamente su amuleto con una mano. No era verdadero sueño ese sopor en el que cayó, del

que despertó y en el que volvió a flotar.

Ya había hallado pruebas de que los invasores se habían abierto camino de algún modo en aquella zona prohibida. Y Jagun, ¿habría caído cautivo de algún grupo explorador y habría terminado como aquel pobre uisgu que le había suplicado clemencia?

¿Adonde debía encaminarse ahora? ¿Tendría que volver sobre sus pasos, enfrentarse a los que la habían perseguido hasta allí y que tal vez la esperaban todavía? Eso sería una absoluta estupidez. Sin embargo, no tenía ninguna guía, y vagar por aquel extraño jardín no le serviría de nada. A su derecha se erguía una elevada muralla: la seguiría.

El morral de cazador de Jagun, que había recibido malos tratos, había sido vaciado y secado la noche anterior. La joven había tenido que desechar algunos de los paquetes más pequeños, pues cuando había extraído la bolsa del estanque, todo estaba completamente empapado. Kadiya había recogido raíces comestibles del jardín, había tejido una red con hierbas para llevar fruta, y había vuelto a llenar la cantimplora. Ya nada la retenía allí, pero Kadiya se volvió una vez más para observar el jardín. Tal vez fuera prohibido, pero había aquí algo que la llamaba, que había parecido darle la bienvenida a pesar de la helada actitud de los centinelas.

Kadiya suspiró y se cargó el morral al hombro. Había confeccionado para su talismán una vaina provisional y la llevaba cruzada sobre un hombro, de manera que su peso seguía dándole la seguridad de que al menos había cumplido con una parte de su empresa. Una espada, cuando lo que verdaderamente necesitaba era un ejército.

Siguió caminando durante un trecho junto a la alta muralla, que luego terminaba en un enorme portal, y la joven descubrió al otro lado una amplia extensión de parque, y más allá una ciudad reluciente.

Colmada de respetuoso temor, traspuso el portal y se acercó al lugar. La maleza casi cubría las casas silenciosas, y las hierbas y las enredaderas tapizaban las calles. Sin embargo, no había señales de decadencia debajo de la vegetación. Los muros que se distinguían entre el verde encaje no estaban hechos de piedra, la joven estaba segura, sino más bien de ese material tan curioso con que se había construido la cavidad donde ella y Jagun habían pasado una noche.

De repente Kadiya advirtió que estaba contemplando la ciudad de su sueño. Más allá se alzaban otros muros, encerrándola. La joven llegó a una ancha avenida y siguió andando, maravillada. Los edificios que se alzaban a ambos lados eran bien proporcionados", y alrededor de puertas y ventanas se veían indescifrables inscripciones en alto relieve. La avenida la condujo hasta una puerta casi tan alta como un edificio de tres pisos. Estaba entornada, y Kadiya la cruzó para salir a un mundo diferente, dominado una vez más por la ciénaga, aunque recorrido por los restos de un camino. Lo que el tiempo no había tocado dentro de las murallas de la ciudad, aquí había sido conquistado por completo.

Por suerte, el deteriorado camino no estaba totalmente borrado. A ambos lados, la joven descubrió rastros de la siniestra escoria amarilla, pero al pisar el terreno pareció sólido. Se detuvo para cortar una gruesa rama de un arbusto, que utilizaría para probar el terreno antes de apoyarse con todo su peso.

Ya se había internado considerablemente en la ciénaga cuando se volvió para mirar atrás. Entonces agitó la cabeza, incapaz de dar crédito a sus ojos. Detrás de sí sólo se alzaban ruinas. Hasta la muralla estaba desmoronada y cubierta por la copiosa vegetación de la jungla. ¡Ilusión!

Pero, ¿cuál era entonces la ilusión? ¿El misterioso jardín y la ciudad de su sueño, o ésta? ¿Todo lo que le había ocurrido era producto de un hechizo? Sin embargo, sentía sobre el hombro el peso del talismán, y levantó una mano para palpar la empuñadura del Ojo Ardiente Trilobulado.

Siguió caminando durante varias horas, sin encontrar nada inusual y oyendo tan sólo los sonidos normales de la ciénaga. A juzgar por la luz del sol, que siempre parecía estar rodeada de niebla en ese lugar, era mediodía o un poco más tarde. Al frente crecían helechos espinosos y altas zarzas.

Entonces lo oyó: el canto peculiar de un grillo ras, repetido tres veces con un ritmo familiar. ¡Jagun! ¡Tenía que ser Jagun!

Hubo un leve movimiento entre los arbustos y luego vio el querido rostro de su viejo amigo que le sonreía. Un moratón le ensombrecía un ojo. Era evidente que no había pasado un buen momento, pues llevaba una cantidad de hojas aplastadas como vendaje, atadas con fibras al brazo, cerca del hombro, y se movía con torpeza.

El hombrecito tampoco perdió tiempo en saludos.

—Están aquí, los skritek y los soldados.

Ella pensó en aquellas patéticas figuras que había encontrado en el otro camino y también en las hogueras distantes y en la flecha que señalaba una ruta o a alguien.

—He visto indicios de que el enemigo está muy cerca.

El rostro de Jagun era una máscara y su atención no estaba centrada en la joven, sino en sus propios pensamientos.

—Se acerca la Fiesta de las Tres Lunas —susurró—, ¡y la oscuridad aumenta! Pero pronto habrá mucho fuego y sólo será extinguido con sangre.

La Fiesta de las Tres Lunas. Siempre la habían celebrado con banquetes en la Ciudadela, donde los bardos cantaban extrañas canciones antiguas. En aquellas fechas solían soltar una balsa en las aguas del río, cargada de flores e iluminada por velas triples. Era un momento en el que la amenaza del viejo mal era alejada por la voluntad de todos. Cuando los tres satélites brillaban altos en el cielo, unidos en mística conjunción, el pueblo se regocijaba bajo su brillo benevolente, y cantaba. Pero, ¿qué quería decir Jagun? ¿Habría visto que se produciría alguna gran batalla en el momento de la antigua celebración? ¿Una batalla en la que ella blandiría su talismán para liberar a Ruwenda?

Antes de que Kadiya pudiera preguntárselo, Jagun dijo:

—Los skritek, y con ellos la Voz del hechicero y un grupo de soldados humanos, han caído sobre una aldea uisgu. Usaron fuego y magia salida del aire. Los del Pueblo que todavía siguen cautivos serán pronto carne para los skritek.

— ¡Me buscan a mí! —Exclamó Kadiya—. ¡Por eso escarnecen los pobres uisgu!

—Tu captura significaría un gran triunfo, pero los atrae algo más que eso. —Jagun señaló hacia el lugar donde la ciudad del jardín se ocultaba gracias a la ilusión—. Has estado allí. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Sin hablar, Kadiya tomó la espada que llevaba sobre el hombro y la sostuvo en alto para que él la viera.

Aunque conocía a Jagun desde que ella era una criatura que apenas daba los primeros pasos, nunca había visto en el rostro de su amigo una expresión de mayor alegría y exaltación. El hombrecito extendió una mano como si quisiera tocar el arma, pero luego la retiró. Los lóbulos negros de la empuñadura permanecieron opacos y cerrados, pero el filo reflejó la escasa luz del sol.

Kadiya le acercó la espada. Las lágrimas corrían por las mejillas de Jagun, quien cayó de rodillas ante ella.

— ¡El talismán! ¡Oh, Previsora, lo has encontrado!

—Los míos sostienen que una espada con la punta rota simboliza la piedad —dijo la joven lentamente. Meneó la cabeza—. Con algunos no tendré piedad. Pero contigo...

Vaciló y luego la espada tocó suavemente la cabeza de Jagun, y de algún lugar que ella no comprendió le llegaron palabras de absolución:

—Mi querido amigo, tranquiliza tu corazón. ¡Vuelve a tomar tu propio nombre! Vuelve a usar el sagrado brazalete de los nyssomu. No has quebrantado ningún juramento, sólo has seguido el curso de los acontecimientos, tal como debían ser. A partir de ahora que nada pese sobre tu alma.

Entonces Jagun hizo algo que Kadiya nunca había visto antes. Cuando el hombrecillo llegó a la Ciudadela por primera vez para hablar con el padre de la princesa, el rey Krain, había saludado al monarca de la misma manera en que ella lo había visto presentarse ante la Primera de la Casa de la aldea donde habían parado, alzando ambas manos. Pero ahora Jagun inclinó todo el cuerpo hacia delante, hasta que sus brazos y su frente tocaron el suelo.

— ¡A tu servicio, Dueña de la Luz, Portadora de la Esperanza Protectora y Defensora, pariente amada de los desaparecidos!

Confundida, la joven sostuvo el talismán en airo. Era como si las palabras de Jagun despertaran un eco distante. Sin embargo, algo retrocedió en ella, algo que sólo deseaba volver a clavar la espada mágica en el suelo, devolverla a lo que había sido: la raíz del Trillium Negro.

—Jagun, no sé qué quieres decir...

Él se irguió y la miró a los ojos, otra vez convertido en el severo maestro de animales y cazador real de siempre.

—Señora de los Ojos, ya aprenderás. Nadie será llamado si de nada puede servir.

—No sé cómo usar este talismán —protestó ella. Nunca se había sentido tan desconcertada. Ahora ni siquiera sentía la furia que siempre la había espoleado.

—También ese conocimiento llegará. Ahora debes empezar la verdadera tarea que te ha sido asignada.

Ella respiró hondo, y después devolvió el talismán a su vaina improvisada.

—Muy bien. Esos desafortunados uisgu... —preguntó con aspereza—, ¿dónde están?

—Cerca del Alto Mutar. Oí que enviaban la Llamada, pero pasará mucho tiempo antes que otros del Pueblo puedan responder. No es fácil mantener bajo control a los skritek —dijo Jagun, y sus labios se estiraron, mostrando los puntiagudos colmillos, tan diferentes de los dientes de ella—. Deben recibir su recompensa de sangre y carne.

Kadiya tragó saliva con dificultad. Pero preguntó con determinación:

— ¿Podemos ayudar de alguna manera a los uisgu cautivos?

—Previsora, yo diría que eso es imposible. Pero ante ti se ha abierto el Camino Prohibido, y lo que blandes es triple. Ya veremos.

—Entonces, en marcha —decidió ella.

Se apartaron del camino para seguir un tortuoso sendero que atravesaba el escarpado terreno del Infierno Espinoso. Al caer la noche buscaron un lugar para acampar, ya que no podían avanzar de noche. Sin embargo, antes de que pudieran acostarse, la brisa les llevó un hedor conocido. ¡Los skritek estaban cerca!

Jagun aconsejó que ambos se frotaran con unas hojas de olor acre que disfrazaría su propio olor. Después se tendió boca abajo, mientras la muchacha imitaba su ejemplo, y los dos reptaron entre la maleza. Momentos después, ambos estaban agachados, hombro contra hombro, ocultos tras el tallo, gigantesco como un tronco, de un helecho gigante, observando un claro.

Era una especie de campamento. Un puñado de hombres con oxidadas armaduras estaba reunido allí, soldados de Labornok. Entre ellos y el escondrijo de Kadiya y Jagun se habían clavado lanzas en la tierra, atadas con lianas retorcidas para formar un corral. Un corral lleno de cautivos. Ninguno de ellos era varón. Alrededor de una docena de mujeres aborígenes se encontraban sentadas, o tendidas, formando grupitos en el interior de la jaula. Dos de ellas tenían niños en brazos. Todas ellas parecían tan miserables y asustadas que Kadiya sintió que se le encogía el corazón. Su mano buscó el talismán espada y lo extrajo con sigilo.

Se oyó un débil gemido y una de las mujeres colocó una mano sobre la boca del niño. Cuatro skritek montaban guardia en las esquinas del corral. Uno de ellos levantó su cabeza de grandes mandíbulas y aulló; luego apuntó con su lanza a la mujer uisgu que sostenía al niño que lloraba.

Kadiya bajó la espada, aunque mantuvo la mano izquierda sobre la empuñadura mientras su mano derecha se deslizaba hasta la vaina de la daga. Había una manera de arrojar la daga que la joven había aprendido a dominar la última temporada después de observar a un malabarista en una feria y tras muchas horas de práctica. ¡Estaba segura de que podría acertar a la garganta del guardia skritek más próximo! ¡Oh, ojalá hubieran tres o cuatro arqueros detrás de ella!

Pero no los tenía, de forma que se vio obligada a controlarse. Los otros skritek se rieron, e instaron a su compañero a que arrojara la lanza contra la aterrorizada madre y a su niño.

Kadiya cogió a Jagun por el brazo. ¿No podían hacer nada?

Él abrió la mano izquierda por un instante. En la palma descansaba un terrón verde que el hombrecito sostenía con el mayor cuidado. Era un aworik, un hongo poco frecuente, difícil de encontrar, pero un buen aliado de cualquiera que fuera perseguido por alguno de los grandes depredadores de la ciénaga.

Sin embargo, el enemigo se movió primero. Dos soldados humanos emergieron de la mata de helechos espinosos, arrastrando a un varón uisgu. Los skritek que amenazaban a la madre vacilaron, luego bajaron las lanzas.

Mientras la atención de los invasores estaba concentrada en el nuevo prisionero, Jagun extrajo su cerbatana. Apoyado en una rodilla, lanzó el aworik con toda su fuerza, apuntando a un lugar situado entre los soldados humanos y el corral de los prisioneros. El quebradizo hongo se deshizo al tocar el suelo, y de él volaron miles de esporas que giraban, cada una de ellas tan afilada como una navaja. Instantáneamente, todos los uisgu cautivos se lanzaron al suelo, cubriéndose sus grandes ojos. Pero los skritek y los soldados labornokianos fueron cogidos por sorpresa. Los que no resultaron cegados de inmediato, entraron en un frenesí cuando las afiladas hojas de aworik, diminutas, cortaban las partes vulnerables de sus cuerpos antes de asentarse en tierra.

Jagun ya tenía lista su cerbatana y Kadiya oyó el siseo del primer dardo envenenado, aunque no alcanzó a ver su raudo vuelo. Un skritek cayó. Con el talismán en una mano y su daga preparada en la otra, la princesa se levantó de un salto. Los skritek que se hallaban más próximos a ella se tambaleaban, cegados. La muchacha lanzó la daga de la manera que había practicado durante tanto tiempo. Dio en la suave garganta de un monstruo, que se desplomó entre convulsiones agónicas. Otros dardos envenenados de la cerbatana de Jagun dieron cuenta de los otros dos skritek. Un soldado de rostro ensangrentado cayó sobre ellos armado con una espada corta, pero Kadiya estaba lista, con su espada-talismán

alzada, como si fuera un Compañero Juramentado bien entrenado. La descargó y sintió la sacudida en todo el cuerpo cuando el talismán atravesó la garganta del hombre. El soldado se desplomó, ahogándose en su propia sangre. La joven permaneció inmóvil, confusa durante un momento, incapaz de creer que había sido perfectamente capaz de usar su espada mágica.

Hubo un estrépito de gritos y exclamaciones. Los dardos de Jagun estaban dando cuenta de los soldados labornokianos que quedaban en pie. Los skritek agonizantes rugían y agitaban sus grandes miembros, abriendo surcos en la tierra con sus garras. Kadiya alzó la espada por segunda vez e hizo caer su borde sobre la red de cuerdas que sostenía un lado del corral. La enredadera cayó como si hubiera sido fundida y no cortada con una espada.

— ¡Afuera! —gritó la joven a las mujeres cautivas, que en su gran mayoría ya estaban de pie. Kadiya señaló con su espada—. ¡Corred! —urgió—. ¡Hacia los helechos espinosos!

Las mujeres salieron a toda velocidad, con Kadiya pisándoles los talones, preparada para rechazar cualquier otro ataque de los skritek o de los soldados. Jagun venía detrás, tras haber recuperado la daga de la joven, que había quedado enterrada en el monstruo muerto.

Kadiya y los uisgu llegaron a orillas de un gran río, sin duda el Alto Mutar, donde una balsa flotaba junto a una gran lancha como las que utilizaban los comerciantes. Había allí cuatro soldados, un poco perplejos por el clamor que oían a lo lejos, y un único skritek que acababa de salir del agua llevando entre sus mandíbulas un pez que se debatía.

— ¡Jagun! —exclamó Kadiya, que había evaluado en un segundo el peligro de la situación.

Necesitaba al cazador con sus dardos envenenados. Ella no podía enfrentarse a todos. Sin embargo, Jagun se había quedado atrás para asegurarse de que nadie los seguía.

Los soldados labornokianos, con las espadas desenvainadas, se desplazaban para rodearla. Las raras soltaron exclamaciones de terror cuando el enorme skritek se acercó salpicando agua. De repente la joven sintió calor en la mano, tanto que soltó la empuñadura del talismán y lo asió de la punta rota. Alzó la espada ante ella. Los tres ojos de la empuñadura estaban abiertos y miraban al más próximo de los soldados que se acercaban.

El hombre lanzó un ronco grito y se tambaleó hacia atrás, dejando caer el arma y cubriéndose los ojos con las manos. Kadiya no sabía qué había ocurrido, sólo podía suponerlo. Volvió el talismán hacia otro soldado. Este gritó y tropezó contra su compañero ciego, quien a su vez giró y asestó un golpe mortal a un tercer camarada. Kadiya dirigió su espada hacia el último hombre. Sin embargo, éste había observado lo ocurrido a los otros y retrocedió, para arrojarse luego contra la joven con intención de derribarla. Entonces empezó a retorcerse y a aullar. Tenía clavado en la nuca uno de los dardos de Jagun. Un tremendo chapuzón se produjo en el río cuando el skritek recibió otro dardo. Cuando Jagun se acercó corriendo, los dos soldados supervivientes combatían entre sí como enajenados. Jagun gritó que abordaran la balsa. Luego cortó la cuerda de amarre con la daga de Kadiya, que de inmediato arrojó a bordo de la balsa. Dos de las mujeres uisgu habían recogido espadas de los soldados, y las otras tomaron las pértigas de la balsa.

— ¡Rápido! —Indicó Jagun—. ¡Vienen más Skritek! ¡Alejaos!

Kadiya se apresuró a ayudar a las heridas a subir a bordo. Se clavaron las pértigas en el cauce y la balsa respondió. Una de las mujeres empezó a entonar una letanía del Pueblo del Río, y las que empuñaban las pértigas respondieron con un ritmo acelerado. Después, la poderosa corriente las impulsó.

— ¡Jagun! —exclamó la princesa.

Pero el cazador se limitó a menear la cabeza y luego se volvió para enfrentarse a cinco skritek aullantes que emergieron de la maleza. Impotente, la joven vio que alzaba su cerbatana contra los monstruos que cargaban sobre él, y entonces la balsa dobló un recodo del río, de forma que la figura pequeña y valerosa de Jagun desapareció de la vista.

Las únicas armas que tenían eran las dos espadas, la daga de Kadiya y el talismán. Las mujeres uisgu no llevaban demasiada ropa fuera de su pelaje desarreglado. Había once de ellas en total, además de las dos criaturas pequeñas. Cuatro de las aborígenes tenían vendajes de hojas manchados de sangre, en tanto muchas de las otras mostraban heridas producidas por las esporas del aworik o magullones por los malos tratos de sus captores.

— ¿Señora?

Kadiya había estado lamentando la pérdida de Jagun, pero ahora alzó la cabeza. Una de las mujeres uisgu se había sentado junto a ella.

—Soy Nessak de Dezaras, antes Primera de la Casa y Portavoz de la Ley. Estas mujeres —alzó un brazo señalando a las otras— también son de la aldea de Dezaras. La desdicha cayó sobre nosotros mientras

viajábamos. Los soldados humanos entregaron nuestros hombres a los skritek mientras nos obligaban a mirar. Estos invasores buscan secretos, Gran Señora, que nosotros ignoramos. Porque todos hemos hecho el juramento de no ir al lugar prohibido de los desaparecidos, ese lugar que siempre ha estado cerrado. Cuando no pudimos hablar de lo que no conocíamos, el humano que conducía a los demás, uno todo vestido de rojo, ordenó que nos retuvieran hasta que llegaran los otros humanos que marchan con los skritek, tratando de enfrentar la Sombra con la Luz. Ese hombre se marchó río abajo poco antes de que tú vinieras a rescatarnos. Ahora somos tus siervos para siempre, señora, y te agradecemos nuestra liberación. ¿Nos dirás quién eres y de dónde vienes?

—Soy la hija del difunto rey Krain y me llamo Kadiya. Estos servidores del mal han tomado nuestra tierra. Mi padre murió por su crueldad, al igual que los que lo seguían. También murió mi madre a manos de los invasores.

Contuvo un momento la respiración, mirando con ojos inexpresivos su talismán. ¡Si al menos lo hubiera tenido cuando los labornokianos invadieron la Ciudadela! De alguna manera había conseguido derrotar a esos soldados. ¿Qué poder habría tenido contra el mismísimo rey Voltrik?

—Había una profecía —continuó la princesa, acariciando los ojos cerrados de la empuñadura—. Según ella, la derrota de estos malvados vendría a manos de una mujer de mi casa. Mis dos hermanas y yo viajamos, siguiendo las órdenes de la archimaga Binah, a quien vosotros llamáis la Dama Blanca, en busca de aquello que servía para vengar la muerte de los nuestros.

Por primera vez en lo que le parecieron muchos días, pensó en Anigel y en Haramis. ¿Cómo les iría? ¿Habrían muerto ambas, dejándola sola con la tarea de exigir el precio de la muerte por toda su familia?

—Anigel, Haramis —pronunció sus nombres en voz alta, como si las llamara.

Se produjo un movimiento bajo su mano. Apartó la palma de la empuñadura de la espada. ¡Dos de los ojos se estaban abriendo! ¿Ojos? No, ahora parecían otra cosa, vio dos diminutos retratos... ¡visiones! Estaba Haramis, y en su mano un Trillium Negro completamente abierto. Y a su lado Anigel, sosteniendo en la mano una planta similar. Ahora Kadiya ya no dudó de que sus hermanas estaban con vida, y que en alguna parte la esperaban; también las esperaba su mutua hora de prueba. En el momento en que adquirió esta seguridad, los párpados se cerraron y la joven se encontró observando una vez más las vacías esferas de la empuñadura.

Kadiya suspiró.

—Señora —dijo con gravedad la mujer uisgu—, es evidente que eres la Dueña de la Luz, la Portadora de la Esperanza, la Dama de los Ojos, pariente de los desaparecidos.

Kadiya meneó la cabeza con vehemencia.

—No, Portavoz de la Ley, no alego ningún parentesco con los desaparecidos, aunque esto... —tocó el talismán— probablemente pertenezca a aquella remota época. Ignoro cómo puedo dar luz o esperanza. Todo lo que sé es que debo derrotar al rey Voltrik y a su hechicero Orogastus, aunque tenga que hacerlo yo sola.

—Señora —dijo Nessak con suavidad—, no estás sola. Esos malvados que nos apresaron quebrantaron el gran juramento y recibieron su castigo. Tú has estado en el Sitio de Conocimiento y pasaste ante los sindona guardianes sin sufrir daño. Has sido enviada a nosotros. Eres la Dama de los Ojos, la tan esperada. Los uisgu se alzarán para ayudarte, aunque se nos ha prohibido la guerra para siempre. Las sombras caminan por la tierra, el equilibrio ha sido destruido y nadie quedará al margen de la batalla que se avecina. Cuando lleguemos a Dezaras, enviaremos la Llamada, y el pueblo de la raza uisgu marchará a tu lado.

Kadiya contuve el aliento. Lo que ella había sugerido a Jagun, lo que le habían dicho que jamás ocurriría, estaba sucediendo ahora. Si los raros se sublevaban, convertirían el mismo Laberinto de Pantanos en un arma contra los invasores. Su voluntad se endureció. Esto se convertiría en una verdadera guerra, y si lograba dominar el secreto de su talismán, ganarían esa guerra...

Con los puños cerrados, se clavó las uñas en las palmas. Tiempo... No sólo necesitaba tiempo sino también conocimiento. Rogó que sus nuevos aliados pudieran darle este don de alguna manera.

Durante tres días más los rimoriks siguieron nadando por el río, empujando el bote de Anigel. A veces el canal principal se acercaba a la orilla boscosa y la princesa observaba con pavor los extraños árboles. Algunos eran muy altos, con ramas que se curvaban y detallaban como los sinuosos brazos de un bailarín. Algunos tenían troncos extrañamente ondulados, como si se hubieran apilado miles de anillos, y se inclinaban hacia un lado u otro hasta tal punto que parecían desafiar la gravedad. Había árboles enormes, agazapados como tubérculos gargantuesos, anchos junto a la tierra y aguzados en el extremo,

donde brotaba una ridicula corona de ramas diminutas con hojas que temblaban permanentemente. Había bosquecillos de espléndidos árboles gonda, útiles para la construcción, mayores que cualquiera de los que crecían en el Laberinto de Pantanos. Sus enormes troncos como columnas eran más anchos que la puerta principal de la Ciudadela, y formaban umbrías arcadas verdes iluminadas por los sesgados rayos del sol. Había árboles floridos tan cargados de capullos de un vivido escarlata y anaranjado que parecían en llamas. Se alzaban grandes árboles de hojas escasas, con ramas raídas y grandes agujeros en el tronco, que albergaban ruidosas colonias de canteros nocturnos. La variedad de árboles era tal que Anigel acabó por sentirse asfixiada, y se alegraba cuando el canal principal de la corriente se alejaba de las riberas.

Era evidente que durante las lluvias el cauce ancho y casi vacío del Gran Murar se llenaba por completo. Cuanto más se alejaba río arriba, mayor era la cantidad de troncos a la deriva que poblaban el canal, y con frecuencia las ramas secas y marchitas estaban cubiertas por tallos de enredaderas en flor. Grandes bandadas de pájaros habitaban las orillas, alimentándose en los islotes y las aguas superficiales, *y* elevándose en el aire con graznidos y chillidos cuando el bote pasaba cerca de ellos a toda velocidad. De vez en cuando avistaba algunos animales: gordos cuadrúpedos grises con bocas colosales, que se alimentaban de las plantas acuáticas de los estanques, delgados carnívoros comedores de peces, semejantes a pelriks gigantes, a quienes los rimoriks trataban como camaradas; y también gran número de esas inofensivas criaturitas amarillas rayadas como la que había despertado Anigel en el Tassaleyo, que se apiñaban en torno a la vegetación de la costa y que también vivían en los islotes del río.

Pero ni rastro de gente.

Anigel interrogó a sus amigos al respecto. Ellos le dijeron que desde hacía mucho tiempo los wyvilo vivían en una única aldea grande. Se reunían de ese modo en busca de seguridad, al igual que algunos pájaros y peces, ya que eran eternamente hostigados por sus primos glismak que vivían aguas abajo y en las profundidades de los bosques interiores.

Mucho tiempo atrás, explicaron los rimoriks, los wyvilo no tenían morada permanente y vivían en pequeños grupos familiares. Habían evitado con bastante facilidad a sus enemigos más torpes, los glismak, mediante la sencilla estrategia de no dormir nunca dos veces en el mismo sitio. Pero cuando los wyvilo empezaron a comerciar con los humanos, acumularon muchas cosas y ya no pudieron continuar su vagabundeo. Se enriquecieron cada vez más mientras sus vidas se veían progresivamente amenazadas por los envidiosos glismak.

Pero se niegan a retomar sus antiguos hábitos. Para ellos, eso significaría algo peor que la muerte. Nosotros no los comprendemos.

—Pero yo sí —dijo la princesa—. Los humanos han tenido una historia similar. En ciertos pueblos siempre existe eso que los impulsa a mejorar y aprender más, a luchar con más ahínco, a subir más alto. No todos los pueblos son así, pero esa urgencia suele pasar de padres a hijos. Es un gran misterio que la motivación del poder en el mundo impulse a los seres vivos, sobre todo a criaturas racionales, que buscan un grado superior de complejidad, cuando a primera vista parece que lo más fácil es cansarse de seguir adelante y volver a la simplicidad, tal como el fuego vuelve a las cenizas. Entre nosotros, los ancianos se cansan. Pero siempre parece haber jóvenes ansiosos de seguir adelante, de vivir cada vez mejor.

Entonces los humanos y los del Pueblo se parecen.

—Yo... supongo que sí. Pero no lo sé a ciencia cierta. Los aborígenes, los que vosotros llamáis el Pueblo, según dicen nuestros sabios, pertenecen verdaderamente a este mundo. Nosotros, los humanos, no.

Los rimoriks se rieron.

Oh, desde luego que pertenecéis.

Anigel los regañó.

—No soy erudita, pero eso es algo que me han enseñado los mejores maestros. Mi hermana Haramis, que es muy inteligente, me ha asegurado que es cierto. Y no sólo los ruwendianos creemos eso, sino también otras naciones humanas.

Los humanos caminaban por este mundo antes que el Pueblo de la ciénaga, que el Pueblo de la montaña, que el Pueblo del bosque. Sólo los grandes ahogadores caminaron antes por el mundo.

Anigel se mostró escéptica.

— ¿Cómo lo sabéis? ¡Sólo sois animales!

Pero los rimoriks se limitaron a reír de nuevo, y se negaron a seguir hablando del tema. Poco después Anigel avistó por primera vez los alrededores de la aldea wyvilo, y ya no pudo seguir pensando en misterios.

A todas luces, los wyvilo sabían que la joven llegaría hasta ellos.

Una flota de más de treinta canoas esbeltas y traslúcidas se acercó a ellos desde la costa. Cada embarcación llevaba una docena de remeros aborígenes, con un timonel orgullosamente erguido a proa, que hacía gestos para dirigir a la tripulación.

—Creo que será mejor que nos detengamos —sugirió Anigel a los rimoriks con cierta inquietud—. ¡Por la Flor, son muchísimos! ¿No sacaréis... no sacaréis la cabeza del agua para mostraros protectores?

Le respondieron dos chapuzones, y los grandes animales le sonrieron; luego volvieron los ojos hacia la flota que se aproximaba.

La aldea wyvilo se extendía en una gran zona despejada de vegetación que más tarde la princesa reconoció como una isla rodeada por canales profundizados artificialmente. La costa estaba colmada de pequeños muelles, donde estaba amarrada gran cantidad de embarcaciones livianas y brillantes. (Los rimoriks le habían dicho que el material de construcción de aquellas canoas procedía de la vejiga natatoria de un gigantesco pez del río.)

Las casas, construidas sobre columnas, eran bellas edificaciones de troncos sin la corteza, con techos, postigos y toda clase de balcones y galerías de listones, estas últimas colmadas de espectadores. Casi todas las viviendas estaban conectadas por medio de veredas aéreas de aspecto bastante ruinoso.

Saltaba a la vista que una parte de la aldea, que se extendía sobre la costa aguas abajo, había sufrido un incendio hacía poco. Estaban demoliendo unas estructuras ennegrecidas, y de las ruinas surgían nuevos armazones de edificios.

Por extraño que pareciera, los wyvilo no tenían ningún árbol en su aldea, pero había matas de arbustos y jardines, y muchos de los musgosos techos de tablones servían de asiento a las flores.

Cuando la primera embarcación wyvilo se hallaba a unas diez anas de distancia del inmóvil bote de Anigel, se detuvo. Las otras frenaron a su lado para formar una sólida línea de botes atestados de raros asombrados, cuya apariencia física era muy distinta de cualquiera que la princesa hubiera visto con anterioridad.

Eran más altos que los nyssomu y los uisgu pobladores de la ciénaga, y tenían más o menos el tamaño de un humano adulto bajo. Tenían la cabeza alargada, no redonda, y sus narices parecían hocicos pequeños. Los ojos de los wyvilo eran más típicamente aborígenes, ya que se abrían grandes y amarillos, pero tenían pupilas verticales, como le habían dicho a Anigel también de los skritek. Las bocas abiertas por el asombro revelaban dientes formidables. Tenían la piel en parte cubierta de pelo y en parte de placas dérmicas que parecían relucientes escamas pardas. El Pueblo del bosque usaba taparrabos gloriosamente pintados, y todos llevaban gran profusión de collares, brazaletes, pectorales, ajorcas y otras joyas, algunas de ellas de oro o de platino con brillantes piedras preciosas engarzadas. Las cuentas azules enhebradas, del tipo más barato, parecían ser tan apreciadas como los metales más caros, y Anigel descubrió a un aborigen que vestía la ornamentada coraza de acero de un caballero ruwendiano, y a otro que lucía sobre los hombros el chal con flecos de una dama de las marismas.

La joven se había peinado con toda calma mientras se aproximaba la flota, y se había puesto la capa de cuero de Immu para ocultar sus ropas andrajosas. Ahora se incorporó con todo cuidado en el bote, flanqueada por los rimoriks, y alzó ambas manos. La capa cayó hacia atrás, revelando el amuleto de trillium que centelleaba sobre su pecho.

La turba de wyvilo embarcados lanzó una sorda exclamación. Señalaron con las garras, y los que se hallaban a popa de los botes se apiñaron y se pusieron de puntillas para ver mejor, mascullando exclamaciones en su lenguaje gutural.

—Vengo como amiga —declaró Anigel—. Busco un talismán mágico llamado el Monstruo de Tres Cabezas.

De pronto el Pueblo del bosque quedó en silencio. Una vez más abrieron las bocas y sus enormes ojos.

Anigel esperó, y finalmente preguntó.

— ¿Hay entre vosotros alguien que pueda hablar conmigo?

Uno de los timoneles más acicalados hizo un gesto brusco. Su bote salió de la fila y se aproximó al de la princesa.

—Este es quien habla —declaró en la lengua de la Península.

La voz era pastosa y casi ininteligible, y su frente cubierta de pelaje pardo se frunció en un gesto feroz. Llevaba puesto un collar de oro con piedras multicolores, un hermoso sombrero ruwendiano de brocado color arena con un broche de brillantes y altivas plumas rojas, y un taparrabos de brocado haciendo juego.

—Este que habla es Sasstu Cha, Portavoz de Let —graznó—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué buscas el favor de los wyvilo?

—Soy la princesa Anigel de Ruwenda. Tal vez sepas que mi país ha sido invadido por enemigos humanos del norte. —Alzó el amuleto de trillium mientras continuaba hablando—. La guardiana de nuestra tierra, la Dama Blanca, me envió a buscar talismán, que liberará a mi pueblo del yugo conquistador. ¿Has oído hablar del Monstruo de Tres Cabezas?

El Portavoz vaciló.

—Conocemos algo así. Pero no es ningún talismán. Se encuentra a medio día de marcha por el río, y luego a varias horas más de camino subiendo junto al arroyo Kovuko, en país glismak.

La princesa contuvo la respiración bruscamente, lo que provocó una sonrisa en el rostro del wyvilo.

— ¿Puedes proporcionarme un guía que me conduzca hasta allí?

—No.

Anigel blandió su amuleto.

— ¡Te lo exijo! ¡Por la Flor!

La multitud de wyvilo soltó una gran exclamación y un suspiro.

Desesperadamente, la joven extrajo su hoja de Trillium Negro de la bolsa y la exhibió. Los wyvilo gritaron con mayor intensidad v esta vez la exclamación fue claramente de temor.

— ¡Pero debo llegar allí! Ayúdame —rogó Anigel.

—Si subes por el Kovuko, sin duda perecerás —le respondió Sasstu-Cha—. Los árboles de ese lugar son tan voraces como los mismos glismak. Ninguno de nosotros se atreve a llevarte hasta allí. Aunque no fuera un lugar prohibido por el Dios del Cielo, no podríamos ir. Hace cuatro soles, los glismak atacaron Let y quemaron muchas de nuestras casas. Siempre lo hacen al final de la estación seca, sabedores de que nos hemos enriquecido gracias a nuestro comercio con los humanos. Pronto regresarán y volverán a atacarnos. Todos los wyvilo deben quedarse aquí para defender nuestro hogar. Ni siquiera el sagrado Trillium Negro puede alejarnos de esa obligación.

Anigel se irguió y respiró hondo.

—Muy bien. Entonces yo y mis amigos rimoriks iremos solos. ¿Podrás darme al menos indicaciones concretas para que pueda encontrar ese arroyo Kovuko?

—Sí, con mucho placer. También te daré alimentos y nuevas ropas humanas, si quieres.

—Te lo agradecería mucho. También debo pedirte otra cosa. Me persiguen otros humanos, enemigos. Te ruego que no les digas por dónde he ido.

—No se lo diremos —prometió Sasstu-Cha. Hizo un gesto con un brazo a sus remeros—. Ahora quien te habla te ruega que nos sigas, princesa Anigel de Ruwenda. Acepta por esta noche la humilde hospitalidad de Let, y luego sigue tu camino. Si encuentras tu mágico talismán liberador, no pienses sólo en tu hogar amenazado; acuérdate también un poco del nuestro.

Los uisgu eran muy sensibles al ambiente de la ciénaga, lo cual les hacía conscientes del menor cambio en la vida que les rodeaba. Anochecía cuando las que empuñaban las pértigas (habían cambiado muchas veces mientras navegaban corriente abajo) se detuvieron de repente. Kadiya vio que se apiñaban, susurrando en su propio dialecto.

Nessak, que hablaba la lengua comercial, se acercó a Kadiya.

—Señora, hay más enemigos delante de nosotras. La mayoría ha acampado en el recodo del río. De alguna manera debemos encontrar el modo de rodearlos para que no vuelvan a apresarnos para sus malignos planes.

Kadiya asintió. Tendría que depender ahora de sus propias habilidades, en agua y en tierra, como antes había dependido de las de Jagun.

Jagun... el recuerdo le seguía causando dolor. A pesar de todas sus esperanzas, el hombrecito no había reaparecido a lo largo del Mutar, ni las mujeres uisgu habían captado ninguna llamada procedente de él. Sin embargo, la princesa seguía rechazando la idea *de* que hubiera muerto.

— ¿Hay alguna manera de rodear a nuestros enemigos? —preguntó Kadiya.

La niebla volvía a alzarse y flotaba para cubrir una y otra partes del río y de las orillas. Desde la huida, no habían hallado más rastros de ruinas.

Nessak meneó lentamente la cabeza.

—Señora, los malvados humanos tienen skritek con ellos, pero también es cierto que están muy cansados y

que en esta zona hay muchos peligros. Estamos en territorio de caza de los looru. Así —hizo un gesto con la mano—, cuando caiga la noche deberemos ocultarnos de algo más que de hombres y ahogadores.

¡Looru! Kadiya había oído hablar de esos salvajes alados nocturnos desde su más tierna infancia. Eran el truco que utilizaban las niñeras para asustar a cualquier niño que permaneciera fuera de casa después del ocaso. Pero desde esa época, los looru se habían mudado a este territorio, aunque Jagun no les había mencionado. Kadiya había visto los cueros bien curtidos de sus alas en Trevista, tiempo atrás, pero sólo había ocurrido una vez, y como curiosidad. Ahora observó el cielo que se oscurecía progresivamente. Los looru eran chupadores de sangre que podían dejar seco a un hombre o un animal, y poseían garras lo bastante grandes como para atrapar a cualquier presa que se hallara a mano.

— ¡Señora! —llamó con suavidad una de las uisgu que se hallaba en la parte delantera de la balsa—. ¡Mira allá!

Desde que habían escapado, el río había descrito más de una curva, dividiéndose incluso en varios canales. Ahora parecía fluir en línea recta y en la orilla izquierda se veía un resplandor, que sin duda no provenía de ninguna planta sino de una hoguera u otra luz fija. Al mismo tiempo oyeron las notas de una corneta de combate que llamaba a reunión, y luego los gritos de los hombres y un zumbido.

Las mujeres uisgu impulsaron la balsa hacia la costa opuesta con apresurados golpes de pértiga.

— ¡Están atacando a los enemigos! —La voz de Nessak abandonó el tono bajo y cauteloso—. Tal vez sean los looru, señora.

—Si son tan tontos como para indicarles el camino a seguir con toda esa luz —comentó Kadiya—, entonces sin duda son como niños en este lugar. Los skritek deberían haberles advertido.

Nessak soltó una exclamación que parecía una carcajada de amargura.

—Señora, estos hombres no escucharían la cháchara de los ahogadores. Pensarían que no hay que tomar en serio una advertencia de un morador de la ciénaga. No hay sensatez en ellos, sólo sienten la necesidad de derramar sangre para complacer a sus amos.

—Si los looru los atacan ahora —apuntó Kadiya, pensando furiosamente—, ¿no podremos pasar inadvertidas?

Nessak reflexionó.

—Tal vez tengamos una oportunidad, señora. Podríamos intentarlo...

Tocaron la costa de la orilla izquierda. Kadiya y otras cortaron rápidamente las cañas que allí crecían y se las arrojaron a las demás, que se ocupaban de disfrazar la balsa para darle el aspecto de una de esas masas de vegetación flotantes que con frecuencia se veían a la deriva río abajo. El único obstáculo del plan era el tamaño de la embarcación que intentaban disfrazar. Esas isletas flotantes por lo general sólo tenían una cuarta parte del tamaño de la balsa donde se habían refugiado.

Tras haber completado los preparativos, dos de las remeras las trasladaron de nuevo hasta la comente, que en ese punto era más tranquila, y que las arrastraba con una lentitud exasperante. El fuego del campamento enemigo era cada vez más brillante.

Sobre la balsa, las uisgu se habían tendido boca abajo, cubiertas por las cañas, pero vigilaban la otra costa con mirada ansiosa.

Parecía que los invasores habían aprendido algo de sus batallas anteriores contra los looru, pues un número de hombres blandía antorchas, y cada uno de ellos estaba flanqueado por un compañero con la lanza o la espada preparada. Varias bestias se debatían en el suelo. Un skritek golpeó la cabeza de uno de los animales, y un hombre que tenía un vendaje enrojecido en una pierna alzó una espada liviana, semejante a un cuchillo de caza, para clavar en tierra un ala que se agitaba con violencia.

En la apariencia de los soldados labornokianos no había nada altivo ni confiado. Tenían la armadura oxidada, las plumas del yelmo caídas y la ropa sucia. Un buen número llevaba vendajes, y sus rostros y la piel que aparecía a la vista estaban enrojecidos y llenos de picaduras de insectos. Bajo un árbol que cobijaba una rústica tienda, había al menos cuatro hembras que yacían inmóviles.

Era evidente que el campamento, a pesar de ser grande —ya que ésta no se trataba de una partida de exploradores— estaba sufriendo un ataque generalizado.

Kadiya tomó una pértiga y se impulsó apoyándola en la ribera izquierda, sirviéndose de toda su fuerza para tratar de que la balsa acelerara. Algunas mujeres uisgu la imitaron. Pero la balsa siguió avanzando con mucha lentitud.

Parecía que los looru encontraban el combate más peligroso de lo que habían supuesto. Toda la bandada se alejó rápidamente cuando uno de ellos se incendió por obra de una antorcha bien apuntada.

El animal en llamas chilló y después se dejó caer sobre sus atacantes, enfurecido y dispuesto a tomar venganza. Las garras de un ala se engancharon en la mandíbula de un hombre y le arrancaron el yelmo. El hombre lanzó una exclamación de terror cuando el looru cayó, sepultando a su presa humana debajo de su propio cuerpo ardiente.

A Kadiya le pareció que ahora tenían más de una oportunidad de pasar inadvertidas. Ninguno de los combatientes se encontraba cerca del río y, a pesar de que la hoguera y las antorchas iluminaban la superficie de las oscuras aguas, ni los labornokianos ni los skritek parecían mirar en dirección a la balsa. A pesar de ello, sus esperanzas resultaron un poco apresuradas. De repente, la balsa se estremeció y fue arrastrada hacia la orilla derecha. Kadiya se esforzó por resistir con su pértiga lo que al principio creyó que era un capricho de la corriente. Después, a menos de un brazo de distancia, se alzó el camuflaje que cubría los troncos. La joven oyó gritar a una uisgu cuando un gran brazo cubierto de escamas se alzó del agua para asir las cañas apiladas.

Al mismo tiempo, le arrebataron la pértiga de las manos y la joven la soltó en el momento justo para impedir que la arrastraran bajo el agua. La balsa se desplazaba ahora directamente hacia la escena de la batalla.

— ¡Ahogadores! —Exclamó Nessak—. Debajo del agua. ¡Nos arrastran!

No había manera de urdir una defensa contra criaturas tan acostumbradas al agua que podían acechar bajo la superficie durante largo tiempo sin ser vistas. Tampoco se atrevían a arrojarse al agua y huir a nado, ya que sus enemigos las ahogarían con toda rapidez.

Kadiya comprendió lo que había ocurrido. Casi todos los arteros demonios de la ciénaga se habían arrojado al agua al producirse el ataque de los looru para dejar la batalla en manos de los hombres. Ahora debía de haber gran número de ellos en el río, a juzgar por la velocidad con que la balsa se dirigía hacia la costa.

El caos en el campamento disminuía. Había más looru derribados, y en ese momento la banda de malignos veladores se había replegado para emprender un nuevo ataque.

Entonces, mientras Kadiya observaba, apareció a plena luz de la hoguera una figura vestida de rojo, el rostro cubierto por una capucha. Sólo podía ser la Voz de Orogastus, que la había perseguido durante tanto tiempo. En una mano llevaba una vara, que alzó verticalmente para clavar el extremo inferior en tierra. Un soldado se acercó corriendo para ayudarle a sostener firme la vara. En el extremo superior, muy por encima de la hoguera, había un disco circular. La Voz retrocedió y de su mano surgió un haz de luz que dio en el disco. Se produjo una pequeña explosión. Unas llamas de color amarillo anaranjado brotaron del borde del disco, que empezó a girar produciendo un sonido torturantemente agudo. La bandada de looru soltó chillidos de miedo. Todos juntos se elevaron en el cielo nocturno y un instante después habían desaparecido. El aparato giratorio siguió ardiendo y aullando durante algunos minutos más, luego se atenuó hasta lanzar una nube de chispas, para extinguirse finalmente.

El hombre de rojo se acercó a la orilla para observar la balsa que se acercaba. Kadiya no oyó que impartiera ninguna orden, pero al instante se reunieron con él varios hombres con las ropas andrajosas y deterioradas insignias de oficiales.

Se gritaron órdenes y los soldados se acercaron corriendo de la escena de la batalla reciente. Kadiya distinguió un andrajoso grupo de arqueros con las armas listas. Pero un oficial ataviado con una ornamentada armadura de color rojo sangre alzó un brazo y los arqueros no dispararon sus proyectiles. Ninguna de las mujeres uisgu había salido de su escondite, pero Kadiya estaba segura de que los que se encontraban en la costa sabían que estaban allí.

Emergiendo del río sin dejar de sujetar la balsa, los skritek esbozaron muecas de triunfo, mientras sus grandes ojos reflejaban el rojo resplandor de la hoguera y las antorchas.

El oficial, a quien Kadiya reconoció ahora como el general Ha-mil, se volvió hacia la Voz Roja y le habló.

De inmediato, el acólito de Orogastus gritó en la lengua comercial.

— ¡A la orilla, basura de la ciénaga! *¿O* deberemos permitir que nuestros aliados hagan lo que desean hacer con vosotros?

Hizo un pequeño gesto señalando a los skritek que esperaban.

Las cañas se deslizaron cuando las mujeres uisgu emergieron de su escondite. Pero Kadiya no las siguió de inmediato. Asió su talismán. Sin duda tendría al menos una oportunidad. Los skritek atraparon a las uisgu y las arrastraron a la costa. Sin embargo, la Voz no prestaba atención a sus cautivas. Miraba con fijeza el lugar donde Kadiya estaba escondida, con el ceño fruncido. El talismán parecía ocultarla de alguna manera.

La Voz dijo algo al general Hamil, y el oficial se volvió. Una de las mujeres uisgu que llevaba un niño había tropezado y caído a sus pies cuando el skritek la arrojó sobre la costa. Hamil se agachó y levantó a la criatura que chillaba, cogiéndolo del brazo para arrebatárselo a la madre, y se lo lanzó a uno de los skritek. El monstruo rugió de placer y lo cazó al vuelo.

Kadiya abandonó su escondite, con el talismán en la mano.

— ¡No! —gritó.

—¡Aprésenla! —aulló Hamil.

Antes de que la joven pudiera moverse, las garras de un skritek que salió del río se cerraron sobre ella, retorciéndole dolorosamente los brazos a la espalda, para luego arrastrarla hasta la costa.

El talismán cayó en el barro, pero cuando otro skritek se agachó para recogerlo, lanzó un grito y retrocedió, mientras alrededor de la empuñadura, ahora centelleante, se alzaban nubecitas de humo.

Llevada ante el general y la Voz, Kadiya permaneció erguida, tensa de furia e impotencia. Hamil llevaba el yelmo levantado, y se parecía muy poco al hombre espléndido que la joven había visto en la Ciudadela. Sus mejillas barbadas estaban cubiertas de picaduras, algunas de ellas muy hinchadas. Una que tenía sobre el ojo izquierdo le había hinchado tanto el párpado que apenas si podía abrirlo. Sin embargo sonreía, y ahora soltó una carcajada.

—Bien, Voz —dijo a su compañero—. He aquí un premio que compensa tanto andar en el barro. ¡La princesa Kadiya! ¡Sin duda hemos tenido suerte esta noche!

Extendió una mano y las uñas se clavaron cruelmente en las mejillas de la joven cuando Hamil le levantó la cara.

—Vart de la ciénaga —espetó con verdadero placer—. Estás muy lejos de tus sedas y tus mimos ahora, ¿verdad? No ha hecho falta mucho tiempo para reducirte a un animal del barro, ¡blanda como todos los tuyos!

La soltó para abofetearla, un golpe tan fuerte que a la muchacha se le saltaran las lágrimas involuntariamente.

—Puedes llorar hasta que se te caigan los ojos, muchacha —se burló Hamil—. No hay piedad para nadie de tu casta. —Miró a la Voz Roja y añadió despectivamente—: ¿Así es cómo las mujeres de la sangre de Krain destruirán a Labornok? —Su pesada mano volvió a caer, esta vez sobre el hombro de la joven, obligándola a girar para que contemplara el esbirro de Orogastus—. Esto... ¿esto es lo que tu gran amo ve como la muerte para nosotros? ¡Qué burla!

La Voz no miraba a Kadiya sino al talismán, caído a poca distancia. Se agachó para recogerlo pero luego retrocedió, frunciendo el ceño.

— ¿Qué te asusta, Voz? —preguntó Hamil con tono alegre—. ¡Es el talismán! Ese aparato mágico que tu amo tanto codicia. Cógelo, hombre. ¿Qué estás esperando?

La Voz Roja se puso rígida. Pareció volverse más alto, más robusto. De los agujeros para los ojos de su máscara surgieron dos cegadores rayos blancos, y hasta el general Hamil se unió a las exclamaciones temerosas de sus hombres.

— ¡Hamil!

Como surgida de la noche llegó una nueva voz que Kadiya había oído antes. Era el acólito quien hablaba pero la voz era la de Orogastus.

—Has actuado bien, mejor de lo que imaginas. Pero debes tener mucho cuidado. Lo que yace ante ti está ligado a tu prisionera. Ni tú ni ningún otro que carezca del antiguo saber pueden tomarlo, sólo ella. ¡Mi Voz Roja, obedece! Haz que la princesa Kadiya lleve el talismán de regreso a la Ciudadela, pero asegúrate de que no pueda utilizarlo.

La Voz Roja recobró su aspecto. Sus ojos eran otra vez oscuros.

—Sí, Amo —susurró.

Hamil escupió ruidosamente, y su saliva cayó en el barro, junto a la empuñadura.

—De modo que ella y esta vara están mágicamente ligadas. Bien, Voz, ¿cómo resuelves este problema? Evidentemente se trata de algo que entra en el dominio de tu amo.

El acólito del hechicero extrajo una cuerda, no de fibras tejidas sino de un color extrañamente moteado, como si fuera la piel de algún gusano de la ciénaga. Mientras Kadiya lo observaba, la Voz hizo un pequeño lazo en un extremo, que procedió a enrollar entre el pulgar y el índice, mascullando para sí.

Luego, con la cautela de un pescador al acecho de algún morador del estanque, bajó el lazo y, con gran paciencia, consiguió rodear con él la empuñadura del talismán, propinándole un suave tirón cuando estuvo en su lugar. Tras asegurarse de que el lazo estaba ajustado, alzó la cuerda para levantar la espada roma de la tierra. Cuando el talismán pendía ante la Voz, el general Hamil extendió descuidadamente la mano para tocarlo, pero el otro lo apartó.

—General, esto está verdaderamente ligado a ella. Si lo tocas, estarás perdido.

El general soltó una exclamación burlona.

—Ya has oído las órdenes de mi Amo —prosiguió la Voz—. Este objeto posee un gran poder, y él desea conseguirlo, y como está ligado a la princesa Kadiya, también la quiere a ella.

Hamil observó pensativamente a la joven.

—Pero, ¿qué ocurrirá si ella se las arregla de algún modo para usar esa condenada cosa?

A través de los orificios de su máscara, la Voz observaba detenidamente a Kadiya.

—General, no sabemos qué puede hacer esta muchacha. Pero mi Amo me ha dado un objeto para someterla.

En el extremo de la cuerda moteada que la sostenía, la espada se balanceaba hipnóticamente de lado a lado. La Voz Roja tanteó en el interior de su túnica con la otra mano, extrajo un pequeño objeto blanco y tocó con él la frente de Kadiya.

La joven soltó una exclamación y luego su voz se extinguió. Era como si el mordiente frío del hielo la hubiera invadido, .congelándola hasta la médula. El frío se extendió por su cuerpo, de la cabeza a los pies. Trató de moverse, pero el cuerpo no le respondió.

La Voz asintió.

—Muy bien. Así. Por un tiempo, general, no podrá hacer ningún daño, aunque el efecto es pasajero. El aparato funciona una sola vez y sólo disponía de uno de ellos. Tendremos que someterla en otro aspecto. Lo que está ligado puede liberarse, voluntariamente. Pero el dominio de la voluntad de otro lleva tiempo. Debemos asegurarnos de que el talismán esté con la princesa hasta que ella misma nos lo dé voluntariamente.

— ¿Voluntariamente? —Exclamó Hamil con mirada penetrante, soltando luego la carcajada—. ¡Oh, sí, eso puede arreglarse, claro que sí!

Hubo gran cantidad de órdenes. Kadiya fue atada como un paquete inerte, con el talismán a su espalda. Después pasaron unas pértigas a través de las cuerdas, y dos soldados la cargaron como si fuera el trofeo de alguna cacería.

Las uisgu de la balsa habían sido reunidas una vez más, y estaban atadas en fila. Sin embargo, parecía que sus captores no tenían intenciones de ir más allá esa noche. Tal vez les parecía una tontería apartarse del fuego después de haber resistido un ataque de los looru. Entre los helechos crecía un par de árboles de grandes raíces, donde ataron la cuerda que unía a todas las prisioneras. Los skritek estaban acuclillados muy cerca gruñendo para sí, y lanzando miradas codiciosas a las cautivas.

Kadiya pensaba con lentitud. Tenía una extraña imagen mental, la de una persona que avanza paso a paso por un enorme banco de nieve. Pensó en el general Hamil. Era un instrumento apto y adecuado para el rey Voltrik. De él emanaba una sensación maligna, no la oscuridad sobrenatural que irradiaban la Voz y su amo, sino más bien una brutalidad que resultaba peor en cierto sentido porque era completamente humana. No obstante, le parecía más probable llegar a ejercer influencia sobre *él* que sobre el títere del hechicero.

Trató de utilizar su ira, como solía hacerlo, para emerger de aquel frío mortal. Pero estaba atrapada. Por otra parte, tampoco el talismán que le habían atado tan cuidadosamente le proporcionaba ningún calor. Cerró los ojos, esforzándose por pensar con claridad, pero sus nervios congelados sólo parecían instarla a la rendición.

Entonces percibió un crujido cercano y se dio cuenta de que hacía rato que no escuchaba los gruñidos de los skritek. Abrió los ojos cuando un aliento cargado del olor del licor le golpeó la mejilla. Luego una mano, desagradable y dura, se aplastó sobre su boca, y unos dedos fuertes se enredaron en su pelo.

— ¡Princesa! —Era un susurro pastoso—. ¿Qué ocurrió con el tesoro que viste en las ruinas de la ciénaga? ¿Dónde está esa anciana dama de las antiguas leyendas, que juega con la magia y de quien se dice que ha reunido los instrumentos más poderosos de los desaparecidos? Orogastus quiere que todo eso caiga en sus manos. ¡Ah, lo sé muy bien! Lo sé más que Voltrik, que podría estar muerta ahora, junto con ese muchacho estúpido, su hijo. Pero el hechicero está muy lejos, en su torre, y la Voz es sólo un débil y un estúpido cuando no está poseído por el espíritu de su amo. ¡Revélame los secretos que has conocido!

Cómprate una muerte limpia, hija del rey. Si la deseas, sólo podrás conseguirla de mí y de nadie más.

¡Hamil! Este hombre estaba desarrollando un juego propio...

La mano le destapó la boca, pero los dedos siguieron retorciéndole dolorosamente el cabello. Ocurría algo extraño, las brutales amenazas del general parecían haber atravesado la helada hechicería que la mantenía impotente.

De modo que los enemigos ya no tenían un propósito común. ¿Cómo podría usar esto a su favor? Le resultaba difícil pensar con claridad.

— ¿Prefieres enfrentarte a los skritek, entonces, gusano de la ciénaga? Bien, podemos prepararte un hermoso espectáculo mañana. Un espectáculo digno de ti.

De repente la soltó, y la joven se quedó sola.

Pese a ser un hombre tan grande, Hamil podía moverse de manera bastante silenciosa, aunque de todos modos la joven estaba tendida no muy lejos de la tienda del general.

Entonces Kadiya descubrió que se desplazaba otra sombra, una sombra que no se aproximó demasiado. Pero escuchó un susurro sibilante:

— ¡De modo que Hamil cree ser contrincante para el Amo! Como si necesitáramos de él, o del rey Voltrik, o del príncipe Antar una vez que esta tierra fue conquistada. ¡Lo que tú llevas, muchacha, eso es lo que importa! Orogastus estaría dispuesto a permitir que te vengaras del rey de Labornok si accedieras a ser sincera con él.

La Voz Roja se arrastró más cerca. Luego pasó una mano sobre el hombro de la joven, muy próxima a la empuñadura del talismán.

—Mira, jugaré limpio. Puedo liberarte del hechizo que te tiene congelada. Podemos estar muy lejos de aquí para esa mañana de la que Hamil te habló, sólo tienes que ligar el talismán a mi persona.

—No soy ninguna tonta, fiel servidor de un amo asqueroso —logró jadear Kadiya, haciendo uso de toda su fuerza.

— ¿Asqueroso? Ah, no, princesa. Descubrirás que Orogastus es un amigo muy agradable. Tu querida hermana Haramis ya se ha convertido en su invitada y aprende de él destrezas maravillosas cuya existencia tu archimaga ni siquiera ha soñado. Ella, la princesa Haramis, se siente inclinada por esas cosas, y ya ve la situación a través de los ojos del Amo. Puedes unirte a ella. Mi Amo no se opondrá si destruyes a Voltrik y a Hamil. Han comenzado a cansarlo. Puedes ser una reina, si lo deseas, una gobernante de ambas tierras, y tu hermana tendrá un trono taumatúrgico que le permitirá llegar hasta las estrellas.

Las promesas de la Voz tenían una lógica venenosa. Que Orogastus pudiera estar cansado de sus aliados labornokianos era comprensible. Que creyera que podía usarla a ella, una princesa real, para gobernar Ruwenda y Labornok... sí, también eso era plausible. Por supuesto, podía estar mintiendo con respecto a que Haramis se hubiera sometido a Orogastus. No obstante, le convenía fingir que lo creía.

—Yo... no puedo dar nada con estas ligaduras —señaló Kadiya.

El sonido procedente de la Voz fue de hecho un aullido de burla.

—Princesa, incluso maniatada puedes dominar tu talismán. Libera de palabra y mentalmente lo que llevas y yo con gran rapidez te liberaré a ti.

Por supuesto que Kadiya no le creyó. Pero tenía tan poco tiempo para pensar y sus ideas parecían tan opacas y lentas...

Entonces recordó una espada que había crecido de una raíz. Era cierto que llevaba una espada mágica, pero estaba arraigada en algo más, y eso no lo sabía el acólito de Orogastus.

—Te concedo autorización para blandiría. —Descubrió que salían de su boca palabras que no había tenido en mente un momento antes—. Clava el extremo romo de la hoja en el suelo.

La joven oyó la acelerada respiración de la Voz. Que el acólito confiara en ella era un milagro, pero ahora no tenía tiempo de pensar en eso. Sintió que el talismán se deslizaba de su espalda.

Ahora no tenía ningún brillo sino que parecía opaco.

La Voz Roja se había puesto en pie. Ella observó que clavaba la hoja en el suelo hasta que quedó recta, tal como le había indicado.

Después hubo un fulgor. La hoja se adelgazó y adquirió la esbeltez de un tallo, pero los tres lóbulos permanecieron inalterados. Oyó su propia voz que susurraba ferozmente:

— ¡Sé ahora, oh talismán viviente, oh raíz del Trillium Negro, el emblema y la fuerza de nuestra casa, como siempre lo has sido!

Ante su orden se abrieron las esferas. Los tres ojos cobraron vida. Se volvieron hacia la Voz, que se había puesto rígido. Por un instante, los ojos del esbirro adquirieron brillo de estrellas cuando el distante hechicero intentó poseerlo. Pero Orogastus no fue lo bastante rápido. Un ojo del talismán lanzó luz blanca, a la que se unió un haz verde procedente del ojo raro, y un haz de oro que brotó del ojo humano.

Entonces la Voz ardió.

Se retorció cuando la mágica brillantez lo envolvió. Una columna de llamas tricolores se enroscó en su cuerpo hasta encerrarlo. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Luego el fuego desapareció tan súbitamente como se había producido y en el suelo había unas cenizas apiladas, de las que manaban unos hilillos' de humo.

En el sitio del Ojo Ardiente Trilobulado estaba el talismán, opaco y sin vida.

El príncipe Antar nunca había vivido días y noches tan desdichados como los que pasó en el Gran Mutar. El sol implacable lo achicharraban, a él y a sus compañeros que vestían armadura, como si fueran togares en un día de fiesta. Sólo habían llevado siete de sus embarcaciones grandes de madera (ya que consideraron que las de los wyvilo eran demasiado frágiles y podían naufragar fácilmente), que estaban atestadas cuando las cargaron con la fuerza reducida de cuarenta y tres hombres y las provisiones necesarias.

En su inexperiencia, los labornokianos solían elegir como campamento las orillas principales del río, que eran demasiado calurosas y fangosas, y estaban infestadas de resbaladizos chupadores de sangre, insectos que picaban y pequeños gusanos rayados de color amarillo que perforaban los sacos de provisiones. Las comidas preparadas por cocineros aficionados, soldados en realidad, siempre estaban quemadas o crudas. Dos de los hombres ya habían sufrido la diarrea hemorrágica producida por ingestión de frutos venenosos. Despojados de sus. Cómodos pabellones y catres plegables, demasiado grandes para ser transportados en las embarcaciones, los caballeros tenían que dormir en el suelo al igual que los soldados rasos, con sus capas como única ropa de cama.

Y finalmente, cuando la descuidada fuerza llegó a la atractiva aldea wyvilo de Let, que les resultaba tan invitadora como el palacio de Derorguila, los condenados raros les negaron permiso para circular por sus tierras.

Al reunirse con los labornokianos en medio de la corriente del río, los wyvilo no se mostraron en absoluto impresionados por la oferta del príncipe, quien les prometió que los recompensaría generosamente por los problemas que pudiera ocasionar. El Portavoz declaró que la aldea no tenía tiempo de atender huéspedes. Se esperaba un ataque glismak en cualquier momento. Los humanos debían seguir adelante. No disponíamos de guías ni de provisiones.

Sir Rinutar en persona se ocupó de responder a la flotilla de embarcaciones del Pueblo del bosque y a su Portavoz, sin ahorrar nada. Los amenazó con la furia taumatúrgica del poderoso Orogastus, que sería liberada por medio de la Voz Azul si los wyvilo no accedían de inmediato a las peticiones de Labornok.

El amigo de Rinutar, sir Karon, que no deseaba quedarse atrás en el desafío hacia aquellos primitivos insolentes, se puso en pie en su embarcación, desenvainó la espada y desafío a duelo al Portavoz Sasstu-Cha. En este punto, los aborígenes en apariencia desarmados pusieron en acción unas pequeñas catapultas y bombardearon los siete botes labornokianos con una miríada de piedras muy certeras.

El príncipe y todos los caballeros que llevaban armaduras no resultaron heridos (aunque el desafortunado sir Penapat evitó por un pelo que le dieran en un ojo), pero los veintiún soldados, obligados, a actuar como remeros, que se habían quitado sus armaduras debido al calor y las imposiciones del ejercicio, resultaron bastante magullados y heridos.

Sir Karon perdió el equilibrio al principio del ataque, y debido a su agitación, la embarcación volcó con un tremendo chapuzón. Blandiendo todavía su espada, el caballero revestido de acero desapareció en las profundidades del Gran Mutar, sin que nadie volviera a verlo, al igual que el caballero que lo acompañaba en el bote, sir Bidrik.

La Voz Azul, que era otro de los pasajeros de la embarcación accidentada, ascendió a la superficie con una energía notable en alguien tan delgado, y se dirigió hacia el bote del príncipe, donde lo izó sir Owanon.

Los tres soldados remeros que quedaban en el agua se debatían patéticamente pidiendo auxilio, ya que no sabían nadar y su embarcación había derivado por la corriente, de forma que se había alejado hasta

quedar fuera del alcance de los demás. Por fin, sus compañeros lograron izarlos a bordo de otras embarcaciones.

Los wyvilo habían observado el espectáculo flemáticamente, con las hondas listas.

—Alejaos —ordenó una vez más el Portavoz Sasstu-Cha—. No os haremos más daño si os vais de inmediato.

El príncipe Antar habló en un susurro con la mojada Voz Azul.

— ¿Puedes usar magia contra esos raros e imponerles así nuestra voluntad?

—No, Gran Señor —respondió la Voz Azul mientras con toda tranquilidad se estrujaba la ropa mojada sobre la barba—. Los instrumentos de magia que podría haber utilizado descansan, al igual que los difuntos sir Karon y sir Bidrik, en el fondo del Gran Mutar.

—Muy bien —suspiró el príncipe. Luego se dirigió a los remeros—: ¡Adelante!

Así, ignominiosamente, el grupo continuó río abajo, hasta que casi oscureció y el príncipe consideró que ya se habían alejado bastante de Let. Atracaron en una invitante isleta muy arenosa, cerca del canal principal, y allí acamparon junto al fuego.

Había siete soldados tan magullados que les resultaba imposible combatir o remar. Se los excusó de cualquier servicio.

—Mañana —dijo el príncipe Antar—, vosotros y otros dos heridos leves tomaréis una de las embarcaciones y regresaréis a la ciudad de Tass. Diréis a los pilotos de las embarcaciones y al maestro mercader que deben esperar nuestro regreso bajo pena de muerte, aunque no hayamos regresado para el principio de la estación lluviosa.

Ante esto, se alzó gran cantidad de murmuraciones entre los caballeros y los demás hombres, pero el príncipe no les prestó atención. Luego llamó a la Voz Azul.

—Comunícate con tu sombrío amo y pídele que visualice a la princesa Anigel para que sepamos hacia dónde debemos dirigirnos mañana. Dile también a Orogastus que informe a mi padre, el rey Voltrik, que estoy siguiendo fielmente sus órdenes y las de su gran ministro de Estado.

Tras estas palabras, el príncipe se dirigió solo a pasear por la costa iluminada por la luna. Los otros hombres se ocuparon de sus cosas sumidos en la melancolía, salvo la Voz Azul, que se retiró hacia un bosquecillo de llorones árboles wydel situado a un costado, se arrodilló y entró en trance.

— ¡Amo Todopoderoso, escúchame!

—Yo, Orogastus, te escucho, mi Voz.

—Oh, señor, nuestra expedición ha sufrido un grave contratiempo en la aldea wyvilo de Let. Los raros nos cogieron desprevenidos con una lluvia de proyectiles y volcaron el bote donde yo viajaba. Se ha perdido todo el equipo mágico, y los caballeros Karen y Bidrik murieron ahogados al hundirse por el peso de sus armaduras. Además, siete soldados resultaron tan malheridos que deberán retirarse a la ciudad de Tass al cuidado de otros dos cuyas heridas son más leves, y sir Penapat tiene un ojo amoratado del tamaño de un fruto de ladu a causa de una piedra que le rozó.

Orogastus digirió las noticias.

— ¿El príncipe y los otros diecisiete caballeros están indemnes?

—Sí, gran señor. Y doce soldados, aunque casi todos están magullados y doloridos.

—He visualizado a la princesa Anigel. Ha acampado en la boca de un arroyo, río abajo, e intenta seguir ese curso de agua mañana, viajando a pie cuando ya no pueda servirse de su embarcación. A vosotros os llevará alrededor de cinco horas llegar al arroyo, si tanto los soldados como los caballeros reman doble turno. Ordenarás al príncipe Antar partir al alba y perseguir a Anigel a buen paso, pero ocúpate de que la joven no sufra daño mientras no obtenga su talismán, que debe hallarse ya muy cerca.

—Trasmitiré tus órdenes al príncipe, Amo.

—También informa al príncipe de que su padre el rey ya está prácticamente recuperado. Lo que es más, el general Hamil tiene en custodia a la princesa Kadiya y en breve se hará cargo de su talismán, el Ojo Ardiente Trilobulado.

—Amo... —La Voz vaciló—. Esta noche, cuando amarramos, sentí una súbita agitación mental. Me pareció que mi Hermano Rojo, que acompaña al general Hamil, se había topado con la desgracia.

—Mi Voz Azul, debes ser valiente. Tu hermano ha perecido a mi servicio.

— ¡Oh, dolor!

—Los poderes oscuros recibirán sus energías vitales, glorificándolas. Y vosotros, las dos Voces restantes,

compartiréis una recompensa terrenal aún mayor cuando se cumpla mi gran ambición. Pero recuerda ahora el otro asunto, acerca del príncipe Antar, que deberás llevar a cabo.

—Sólo espero el momento apropiado, Amo Todopoderoso. El valeroso sir Rinutar, un hombre digno de tu corazón, recibirá nuestra confianza cuando el hecho se produzca. Sin duda, él conducirá nuestra expedición de regreso una vez que hayamos conseguido el talismán.

El discurso mental del hechicero perdió ahora todo matiz de comprensión para adquirir una pavorosa firmeza.

—Es de grandísima importancia, mi Voz, que el talismán de Anigel no se pierda.

—Gran señor, lo comprendo.

—El talismán de Kadiya está prácticamente en nuestras manos. El de la princesa Haramis pronto será mío, tal vez antes de que transcurra esta misma noche. Pero esos dos sólo se activarán completamente con el tercero, el que tú debes traerme.

—Por mi vida —juró la Voz Azul— que lo pondré a tus pies. Y si todo sale bien, el príncipe Antar no verá la próxima puesta del sol.

—Estoy complacido. Adiós, mi Voz Azul.

El esbirro del hechicero regresó al campamento, donde un cocinero improvisado estaba preparando un estofado de carne salada y verduras condimentadas con grasa, mientras otro intentaba hornear unas hogazas en un horno de hollín. Los aromas que flotaban no resultaban demasiado prometedores.

La Voz Azul se acercó al príncipe con audacia. La preocupación de Antar se desvaneció y le dirigió una mirada de ansiedad.

— ¿Tienes noticias?

—Sí, gran señor. La princesa fugitiva se halla tan sólo a unas ocho horas de distancia de nosotros. Se acerca a su meta, y tal vez mañana o pasado mañana la atraparemos.

La Voz prosiguió relatando la recuperación del rey y cómo el hechicero prácticamente se había apoderado de los otros dos talismanes. No mencionó la muerte de su compañero. El príncipe lo escuchó a medias y luego se alejó sin una palabra para compartir la comida con sus hombres.

Esa noche una gran tormenta azotó el bosque Tassaleyo, la primera precursora verdadera de la estación lluviosa que comenzaría oficialmente seis días después, tras la Fiesta de las Tres Lunas. Los hombres de Labornok se despertaron con los truenos y se apresuraron a volver sus botes boca abajo para refugiarse. Pero una vez más su falta de experiencia los traicionó. El islote arenoso que había parecido tan acogedor antes se inundó en cuanto el Gran Mutar sufrió una crecida súbita. Maldiciendo y gruñendo, el grupo se vio obligado a girar de nuevo las embarcaciones y subir a bordo, remando hasta un bosquecillo cercano, también inundado ya, y amarrar allí para pasar la noche. Dormitaron a ratos bajo sus capas empapadas, achicando el agua de las embarcaciones a medida que se acumulaba allí a causa de la lluvia.

El príncipe Antar estaba tan empapado y se sentía tan desdichado como el último soldado. Sin embargo, no se preocupaba por su propia incomodidad, sino que permanecía insomne, pensando en cómo le iría a la princesa Anigel durante esa noche interminable y accidentada.

Amiga, la llamaron. *Amiga, despierta. Nos pediste que te llamáramos. ¡Despierta!*

En el interior del árbol hueco, Anigel se desperezó y bostezó. Yacía sobre aserrín limpio y seco, producto de los gusanos carpinteros que todavía trabajaban industriosamente alrededor y encima de ella para convertir al gigante muerto del bosque en un montículo de humus.

El aserrín le empolvaba el pelo, el saco de dormir y las elegantes ropas nuevas que le habían dado los wyvilo, pero era un precio pequeño por disponer de un cómodo refugio durante la tormenta.

Había soñado otra vez, pero el recuerdo se esfumó con la llamada de los rimoriks. Había pedido a los animales que la despertaran temprano, consciente de que se aproximaba a la meta de su búsqueda. Durante la noche, cuando unos truenos muy fuertes la despertaron momentáneamente, había visto que su amuleto de trillium centelleaba como fuego y el pequeño capullo del interior se encontraba casi abierto.

Se pasó el peine para liberarse de lo grueso del polvillo de serrín, y extrajo de su bolsa la calabaza de mitón. La hoja de Trillium Negro allí envuelta ya no parecía verde ni fresca la parte superior, donde la nervadura se había tornado parda, se estaba marchitando, y sólo la base permanecía húmeda y viva. La nervadura dorada que la había guiado desde Noth ahora sólo se extendía por el tallo corto y doblado.

Tenemos un pez para ti, amiga. Ven a verlo.

Reuniendo sus cosas, la joven emergió del árbol seco. Los dos rimoriks se encontraban junto a la embarcación, parcialmente varada en la costa del arroyo. Un gordo pez winju yacía sobre el musgo. Unos jirones de niebla salían y entraban entre los árboles de la zona y los grandes helechos y las malezas goteaban a pesar de que había dejado de llover.

El cielo parecía claro y los pájaros blancos cantaban dando la bienvenida al amanecer.

La joven advirtió que el arroyo era ahora mucho más caudaloso que cuando habían entrado en él el día anterior. Era un hecho fortuito y significaba que ahora podría navegar más trecho en el bote.

—Gracias, amigos —dijo Anigel—, pero creo que sólo comeré esta galleta wyvilo y algunas bayas para desayunar. Me resultaría difícil encender fuego con esta humedad y me gustaría ponerme en marcha enseguida.

Eso sería buena cosa, observó uno de los rimoriks.

Sabemos que tus enemigos se acercan rápidamente por el Agua que Fluye Hacia el Mar, añadió el segundo. Nuestros camaradas nos han dicho que los humanos están mojados y furiosos, y más ansiosos que nunca de atraparte.

Anigel exhaló un suspiro.

—Por alguna extraña razón, me resulta difícil preocuparme de eso ahora. ¡Ni siquiera tengo miedo ya del Monstruo de Tres Cabezas! Pero no creo que eso tenga nada que ver con la valentía. Simplemente estoy harta de esta búsqueda y ansiosa por terminar con ella. Cuando tenga el talismán, bien, tal vez entonces me preocuparé por cómo evitar a mis enemigos y regresar con mis hermanas.

Las criaturas asieron la proa del barco entre sus fuertes mandíbulas y la introdujeron en el agua.

Comparte el mitón con nosotros y nos pondremos en marcha.

Ella llevó a cabo el ritual, después subió a bordo. Empezaron a ascender por el arroyo que los wyvilo llamaban Kovuko, el sol fue subiendo progresivamente y el denso follaje del bosque Tassaleyo empezó a desprender vapor. Se puso tan caluroso que Anigel se quitó casi toda la ropa, salvo la nueva camisa que llevaba debajo de la túnica de cazador y el sombrero de ala ancha de Immu.

Le había sorprendido que los hogares del Pueblo del bosque estuvieran tan colmados de comodidades humanas. Los modestos nyssomu de Trevista tenían en general artilugios domésticos y ropas de manufactura propia, pero los hogares que había visitado brevemente en Let estaban atestados de todo tipo de objetos ruwendianos y de Labornok: cacerolas de hierro y cucharas de plata, ornamentadas lámparas de aceite y candelabros plateados, costosos muebles de cuero, tostadores y cascanueces, cuadros y tapices, animales de juguete, alfombras, arpas y mandolinas y gaitas, cojines de satén, vajilla de porcelana, naipes, juegos de tablero y toda clase de artículos decorativos y divertidos inventados por los artesanos de Dylex. El Portavoz Sasstu-Cha y su esposa poseían incluso una bañera de cobre, de la que se enorgullecían en extremo. Anigel se había sumergido en ella para lavarse con jabón perfumado. Las ropas limpias que llevaba eran de los hijos adolescentes del Portavoz, a quienes les gustaba en gran medida toda clase de atavíos humanos.

Una vez que la joven se habituó a sus rostros extraños y a sus modales bastante secos, los wyvilo le cayeron bien. Era un pueblo directo que trabajaba muy duro durante la estación seca y combatía interminablemente con sus primos más pobres, los glismak, durante las lluvias. El Portavoz le confió con tristeza que los comerciantes humanos habían impuesto un embargo a una sola clase de productos: jamás se intercambiarían armas por los productos forestales de los wyvilo.

—Tanto los ruwendianos como los de Labornok respetan firmemente esta política por su propio interés —le había confiado Sasstu-Cha—. Si nosotros tuviéramos armas modernas, espadas y lanzas de hierro y arcos poderosos, podríamos defendernos definitivamente de los glismak y extender nuestro dominio sobre todo el Gran Mutar hasta la tierra de Var, para vender allí nuestra madera, con mayor provecho y facilidad, a los agentes del rey Fiodelon.

Anigel no había sabido qué decir.

—No parece justo negarle a tu pueblo los medios de defenderse. Por otra parte, mi pequeño país alega tener derechos sobre el norte del Tassaleyo, y depende de sus exportaciones de madera para sostener su economía. Sin duda debe haber algún medio de conciliar ambas cosas, para que tanto los wyvilo como los ruwendianos podamos vivir con seguridad y prósperamente.

—Si lo hay, sólo vosotros los ruwendianos podéis encontrarlo.

—Pero nosotros ya no gobernamos. ¡Sabes que los labornokianos nos han aplastado!

— ¿Estás tan segura? ¿*Y* qué pasa con este talismán que estás buscando? ¿Acaso no servirá para proporcionaros la salvación?

— ¿El Monstruo de Tres Cabezas? —Anigel soltó una risita triste—. ¿De verdad piensas que puedo domesticar esa cosa y lanzarla contra nuestro enemigo?

—No —le había respondido el Portavoz—. No si tu búsqueda termina en el Monstruo de Tres Cabezas que nosotros conocemos.

Se negó de plano a describirle el objeto con mayor detalle. Pero antes de que Anigel partiera de Let, le dijo:

—Pronto se celebrará la Fiesta de las Tres Lunas. Verás, cuando se eleven en el cielo de la noche y sus órbitas se acerquen cada vez más entre sí, en la clase de conjunción que sólo ocurre una vez en un millar de vidas. Si este año ocurre que las lunas entran en conjunción, sin duda se producirá una gran maravilla. Y podría estar relacionado contigo, oh Pétalo del Trillium Viviente...

El bote de Anigel ascendió por el arroyo Kovuko, y el bosque a ambos lados cambió de aspecto, haciéndose más seco y menos poblado de maleza.

Crecían muchos árboles grandes como columnas, pero también había otros de aspecto muy extraño. Alcanzaban el triple de la altura de un ser humano y eran más bien herbáceos. Tenían en la base una roseta de grueso follaje, algunos de ellos con hojas de un púrpura verdoso, otros con hojas llenas de dibujos de variados matices de oro y verde. Del centro de la roseta, brotaba un macizo tronco carnoso repleto de ramas cortas, cada una de las cuales poseía hojas más pequeñas y brillantes flores de vivido color rosado o magenta, y pendientes racimos de un fruto de riquísimo aroma. En la parte superior del tronco había otro apiñamiento de hojas mayores que se curvaban hacia arriba, formando una especie de cáliz. El aspecto de estos árboles era exótico pero muy atractivo. Casi parecían copas gigantescas con un pie elaboradamente tallado y enjoyado.

Encantada, Anigel propuso que se detuvieran para recoger algunos de los frutos de aquellos extraños árboles.

No, amiga. Sería tu última comida.

— ¡Oh! ¿Son frutos venenosos?

Son deliciosos. Pero el árbol los usa de señuelo para atrapar a su presa.

Con un escalofrío de temor, Anigel recordó unas palabras del Portavoz Sasstu-Cha: «Los árboles de ese lugar son tan voraces como los mismos glismak.»

— ¿Ellos... ellos me comerían?

O *a nosotros, amiga. O a cualquier criatura suficientemente tonta como para tocar los tentadores frutos que penden de sus grandes ramas.*

Siguieron avanzando por el arroyo, que ahora se volvía más estrecho y rocoso. Se veían cada vez menos árboles columnarios y más de los otros, junto con muchas otras especies de apariencia siniestra. El terreno se elevaba a cada lado del arroyo, y entraron en un ancho *v* húmedo cañón.

Extrañamente, ningún pájaro cantaba, y Anigel no vio ningún animal.

El bosque estaba muy silencioso salvo por los rápidos del arroyo y por algún grito distante que la joven escuchó y que luego se interrumpió bruscamente.

Cuando el sol estuvo casi por encima de su cabeza, los dos rimoriks condujeron la embarcación hasta un terreno de aguas blancas, llenas de guijarros. Durante más de una hora los animales habían arrastrado lentamente el bote, empujándolo desde atrás con dificultad a través de aguas que ya no eran lo bastante profundas para nadar, mientras las orillas se hacían más empinadas y el terreno cada vez más rocoso.

Ahora las dos criaturas moteadas fijaron sus grandes ojos oscuros en la princesa y le hablaron mentalmente, diciéndole esas palabras que la joven había previsto con temor:

Amiga, no podemos llevarte más allá.

—Sí, ya veo. El agua de los rápidos es demasiado superficial.

Lentamente, volvió a ponerse sus ropas de caza. Los amistosos jóvenes wyvilo le habían dado unas botas azules, una túnica hasta las rodillas de cuero azul y un ornamentado cinturón al que había atado su bolsa. El reborde de encaje de su camisa aparecía bajo los puños y el escote de la túnica de una manera que un verdadero cazador jamás habría tolerado, pero a ella ni le importaba, había anhelado mucho sentir sobre la piel algún material suave y limpio.

Al controlar su equipo, decidió dejar atrás la capa impermeable de Immu.

Su atavío ya sería lo bastante impermeable en caso de que se desatara otra tormenta, y ya no le importaba gran cosa mojarse las manos o la cara.

Cargó su bolsa al hombro, se puso el sombrero de Immu y, después de pensarlo mejor, se acomodó la pequeña daga en un lugar de donde pudiera desenvainarla con facilidad. Después dijo a los rimoriks:

—Mis queridos amigos, ¿qué haréis ahora? Vuestro hogar está muy lejos y no se me ocurre cómo podríais volver. Me siento responsable. ¿Podéis vivir en el bosque?

No hay aquí ninguno de los nuestros. Sólo parientes lejanos. Te esperaremos aquí, hasta que hayas cumplido tu misión. Luego todos regresaremos a nuestra tierra.

Las lágrimas nublaron los ojos de la joven. Tambaleándose un poco, se metió en el arroyo para besar la parte superior de ambas cabezas mojadas y pulidas.

Luego los tres compartieron el mitón.

Una vez más sonó a lo lejos un grito agónico, que reverberó contra las paredes del cañón. Anigel fingió no oírlo mientras se acomodaba la bolsa. Una borrada senda empezaba por encima de los rápidos, siguiendo un trayecto paralelo a lo largo de una de las orillas. Con un último gesto de despedida a sus amigos, se internó sola en el bosque.

Era el dolor de *cabeza* más espantoso que Haramis había padecido en toda su vida, y gimió al sentarse en el enorme lecho, tocándose el cráneo palpitante con ambas manos. Se maldijo por estúpida, tratando de recordar exactamente qué había ocurrido la noche anterior. Pero el dolor y la náusea la derrotaron.

¿Acaso él la habría sometido a algún hechizo que había debilitado su voluntad, engañándola y atrapándola?

—Entré en su trampa como un ala transparente en la tela de un lingit. ¡Fui tan imprudente como podría serlo Kadiya, y más tonta aún que Anigel! Oh, me duele la cabeza.

Con dificultad, estudió su prisión.

Una de las paredes de la habitación era de piedra, cubierta de tapices, y había en ella dos pequeñas ventanas a través de las cuales la joven distinguió la grisácea luz del día y los grandes copos de nieve que caían.

Unas velas nuevas, alejadas en candelabros dorados, iluminaban las otras paredes, revestidas de rica madera y con cuadros de extraños paisajes. Ardía un fuego crepitante en una chimenea con marco de mosaicos coloreados y que tenía morillos curiosamente tallados. Le sorprendió advertir que también salía aire caliente de una pequeña rejilla que se hallaba en la pared más próxima a la cama.

Vio la puerta. Era de pesada madera de gonda, tallada con un diseño de estrellas, con bandas y bisagras de hierro y una enorme cerradura.

Encerrada. Atrapada.

¿Cómo?

La cama con dosel, el colchón de plumas, sábanas suaves y colgaduras de brocado...

Recordó que Orogastus la había conducido hasta allí cuando sus sentidos empezaron a fallarle, después de que ambos permanecieran mucho tiempo sentados junto al fuego, conversando y bebiendo una copa tras otra de brandy tibio. Después él se había reído al cerrar la puerta, y tras el chasquido de la cerradura, la joven estalló en sollozos. Después el mareo la había invadido al sentarse en la cama, y con sus últimas fuerzas se había desnudado para caer acto seguido en la oscuridad.

Veneno. El habría intentado envenenarla, para robarle...

Alzó una mano temblorosa. Pero el talismán estaba a salvo entre sus pechos, pendiendo de la cadena de oro. La vara. El Círculo Trialado.

—Gracias a los Señores del Aire...

Llamaron a la puerta.

—Vete —gimió la joven—. ¿Ni siquiera puedes dejarme morir en paz?

—Haramis, no te estás muriendo —dijo Orogastus con calma—. Abre la puerta.

— ¡Tú mismo me has encerrado, villano!

—Mira sobre la mesa que está frente al fuego, Haramis.

Lentamente, para evitar que su maltrecha cabeza se le hiciera pedazos, la joven se incorporó y emergió de las mantas. En la alfombra, junto a la cama, había un par de zapatillas de piel negra, y una bata de pesado terciopelo negro yacía en un banco próximo. Tras haberse puesto ambas prendas, Haramis se

tambaleó hacia el fuego.

Ante la chimenea había una graciosa mesita y una silla tapizada en cuero rojo. Sobre la mesa reposaba un canasto de panes frescos y una bandeja de plata con frascos de cristal que contenían mermelada. Había también una alta jarra de plata, que humeaba. Y sobre una servilleta doblada de fino lino se veía una enorme llave de bronce.

—Por favor, déjame entrar —insistió el hechicero—. Me apena tu sufrimiento. Juro que no quiero hacerte ningún daño.

¿Estaba mintiendo? ¿Acaso a ella le importaba? Le hiciera lo que le hiciera, Haramis no podía sentirse mucho peor que ahora.

Tomó la llave, se tambaleó hasta la puerta y después de algunos torpes intentos logró hacerla girar en la cerradura.

El manipuló el picaporte y entró, alto y completamente vestido de blanco.

Haramis sintió que un fuerte brazo la sostenía y la conducía hasta la silla situada ante el fuego. Se desplomó en ella.

—Podrías haber abierto la puerta por ti mismo —masculló la joven con tono acusador—. ¡No lo niegues! Ni siquiera tendrías que haberla hecho estallar con tu rayo. ¿Qué cerradura puede vedar el paso a un hechicero? ¡Tú o alguno de los demonios que te atienden habréis estado antes en el cuarto, pues el fuego está encendido y la mesa lista!

Él servía un poco del líquido caliente en la taza. Era de té de darci, y el olor le levantó un poco el espíritu a la joven.

—No tengo criados en este lugar. Pero tampoco he estado en esta habitación, aunque sí hice que se encendiera el fuego y que apareciera la comida. Eso es lo que yo llamaría una magia necesaria. —Su voz grave tenía un tono alegre—. Admito que podría haber forzado la cerradura, pero no es la manera de tratar a un huésped. Ahora bébete el té y toma el desayuno. Te aseguro que después te sentirás mejor. Entonces, si te parece que puedes perdonarme, vuelve a mi biblioteca de la torre principal y reanudaremos la conversación que quedó interrumpida anoche.

Ella lo observó con profunda inquietud.

— ¿Y si no quiero aceptar tu hospitalidad por más tiempo?

Él agachó la *cabeza* para ocultar el rostro.

—Tu quebrantahuesos duerme en lo alto de esta tórrela. Vendría si lo llamaras. En la cámara que se encuentra al otro lado del pasillo hay un balcón cubierto de nieve y hielo, pero con espacio suficiente para que montes y vueles adonde se te antoje, si eso es lo que deseas.

Se dirigió hacia la puerta abierta y se marchó, cerrándola tras de sí.

Haramis se puso en pie y se dirigió hacia una de las ventanas. A pesar de la nieve que caía, distinguió el oscuro abismo que partía la ladera del monte Brom, aislando la torre de Orogastus de la región transitable que se extendía al otro lado. ¿Cómo había conseguido él llegar hasta allí desde la Ciudadela? ¡Sin duda no volando! ¿Y de qué habían hablado la noche anterior?

Haramis recordaba con claridad que había llegado a la torre el día anterior, al anochecer, y que Orogastus la esperaba en el portal abierto, su perfil silueteado por la luz, para darle la bienvenida como si ella fuera un huésped largamente esperado. Se había mostrado cortés pero no presuntuoso, y no parecía en absoluto un hechicero sino tan sólo el señor bien educado de una casa solariega más bien poco convencional.

El cabello del hombre tenía el brillante color blanco de las nubes estivales, y lo llevaba largo, enmarcando un rostro maduro pero sin arrugas. Los ojos, que habían fulgurado como estrellas ardientes en los sueños y fantasías de Haramis, parecían ahora del color de las aguas profundas. Vestía una túnica suelta con cinturón, pantalones estrechos y zapatos suaves, todo ello de un blanco inmaculado. De su cuello pendía una cadena de platino y en el extremo un gran medallón con el emblema de una estrella con muchos rayos.

Había actuado como un anfitrión amable, conduciéndola por algunas partes de la torre, como el solarium, la sala de música (que la había sorprendido), la gran biblioteca y por fin su estudio privado. Allí, un fuego crepitando hacía desaparecer cualquier recuerdo de la tormenta que aullaba en el exterior. El suelo estaba tapizado de alfombras de piel y había una mesa puesta para dos, iluminada con velas.

Orogastus había preparado con sus propias manos una cena simple. Después, ambos se habían sentado

sobre la alfombra ante el fuego, bebiendo brandy...

— ¿Qué le dije? —se preguntó la joven.

Pero no podía recordarlo.

Comió lentamente una hogaza de pan y terminó el té.

Una pequeña puerta, que la joven no había advertido con anterioridad, conducía a un cuarto de baño adyacente, bien equipado y suntuosamente diseñado. Unas luces sin llamas dentro de tulipas de cristal se encendieron cuando la joven entró. Tanto las paredes como el suelo estaban revestidos de mosaicos de color verde pálido cálidos al tacto —calentados por un hipocausto control, supuso ella—. Había un alto espejo con marcos dorados y un tocador con peines y cepillos a juego, un enorme conjunto de exquisitos artículos de baño y pequeños frascos de cosméticos, botellas de esencias fragantes para perfumar el agua, y talco para el cuerpo con un suave plumón para aplicarlo. Había agua fría y caliente que manaba por su cuenta de unos grifos dorados al interior de una bañera de piedra verde, de tamaño suficiente para nadar. El agua cesó de manar por sí misma cuando la bañera se llenó. Había pilas de toallas suaves. En vez de una letrina había un inodoro, un lujo exótico del que la muchacha había oído hablar, pero que no había visto nunca.

Haramis se hundió felizmente en el agua cálida. Pero incluso allí conservó el talismán con ella, pendiente de la cadena que rodeaba su cuello.

Más tarde se reunió con Orogastus, ataviada con las ropas que le habían dado los vispi y con el cabello peinado en una sola trenza que caía sobre la espalda. Lo encontró en la biblioteca, inclinado sobre un gran libro y tomando notas con un punzón en una tableta centelleante.

Cuando la joven se acercó, Orogastus colocó un señalador de cuero para marcar la página y cerró el volumen. Con un dedo, rozó un ángulo de la tableta, que se oscureció mientras la escritura desaparecía de su superficie.

—No quisiera interrumpirte —se disculpó ella con cortesía—. Si quieres continuar leyendo, me encantará examinar más detenidamente alguno de tus libros.

—Tus inclinaciones eruditas son famosas en toda la península, señora. Fue una de las razones por las que mi real señor, el rey Voltrik, te propuso matrimonio.

La joven soltó una risita.

— ¡Una de las razones, sin duda! —Se burló la joven, mientras se inclinaba como por casualidad para examinar la tableta—. ¿Qué es esto? Vi que escribías palabras sobre ella, y sin embargo ahora está vacía.

Orogastus asumió una expresión neutra.

—Es un aparato de los desaparecidos, y todos tienen esa magia.

—No estoy tan segura —replicó la joven con lentitud.

No *siento que sea mágica,* pensó.

Orogastus la miraba con suspicacia, de modo que Haramis se apresuró a cambiar de tema.

—Me dijiste que tenías muchas cosas de ellos.

—Sí.

La joven tomó la tableta con ademán casual.

— ¿Cómo funciona ésta?

—En otra ocasión —respondió él amablemente e intentó quitársela. Haramis la sostenía con firmeza para retenerla, pero se le resbaló de las manos y golpeó apenas contra el talismán que pendía sobre su pecho. Una chispa voló de la vara a la tableta, y el brillo de la tableta desapareció repentinamente.

Haramis la dejó enseguida.

Oh, no, pensó con inquietud. No *quería romperla, pero, ¿lo creerá él, o le importará?*

Orogastus parecía conservar el control con gran dificultad. Con nerviosismo, Haramis retrocedió para alejarse de él, mientras se guardaba el Círculo Trialado dentro del escote.

El hombre tomó la tableta y la oprimió con un dedo en diversos lugares, pero el brillo no retornó a ella.

—Está muerta —masculló, con los dientes apretados, alzando los ojos para lanzar a la joven una mirada furiosa.

Haramis, que había estado pensando en ofrecer una disculpa por el daño que había causado sin querer, perdió completamente los estribos.

Le centellearon los ojos y su voz se tornó áspera.

— ¿Muerta? —le espetó—. ¡Ese aparato nunca tuvo vida! ¡Mis padres están muertos, y por instigación

tuya!

Él guardó silencio.

La joven se volvió para alejarse de él, dirigiéndose a la gran ventana de la biblioteca. La loca danza de la nieve impulsada por el viento reflejaba el torbellino que se había desatado súbitamente en la cabeza de la joven. Desde la caída de la Ciudadela no había tenido demasiado tiempo para recordar los acontecimientos de aquel día, y sin duda todo eso era algo acerca de lo que prefería no pensar. Pero ahora, de pronto, todos los recuerdos llegaron en tropel: el relato que había hecho el escudero del asesinato de su padre, la visión de su madre, desangrándose hasta la muerte. Las lágrimas inundaron las mejillas de Haramis.

—Haramis...

Ella le interrumpió.

— ¡Qué idiota he sido! Me atrajiste aquí con tus negras artes, y como soy joven y estúpida pudiste acallar mis temores y hacerme olvidar quién eres en realidad. ¡Y quién soy yo!

Él la había seguido y ahora le posó una mano sobre el hombro y la obligó a volverse. Le habló con suavidad, casi con tristeza, y en lo profundo de sus ojos bailaban diminutos reflejos plateados de la tormenta.

— ¿No recuerdas también que te besé la palma de la mano, y que te confesé cómo te había amado desde que el desdichado Voltrik me mostró tu retrato? ¿Y no recuerdas que te dije cómo te reconocí como la predestinada a compartir el poder conmigo?

—Eres el enemigo de la archimaga, que ha protegido durante mucho tiempo nuestro reino contra sus enemigos. ¡Atrévete a negarlo! ¡Eres el único responsable de la destrucción del gran equilibrio del mundo, el que adora a los Poderes Oscuros! Querrías robar mi talismán, y los de mis hermanas.

El la besó.

Por un momento, la joven permaneció rígida en sus brazos. Pero los labios del hechicero eran dulces y el calor que emanaba de ellos fluyó por todo su cuerpo. Se sintió mareada, como si todo girara locamente a su alrededor y él fuera la única cosa sólida en la habitación.

Sus brazos lo rodearon y se estrechó contra él.

El talismán, sobre su pecho, se hizo más cálido ante las energías desconocidas que pasaban primero de él y ella, y luego iban y volvían con creciente intensidad, hasta que los labios y el cuerpo de la joven parecieron estallar en llamas.

En su mente, la joven oyó a Orogastus:

Ambos somos portadores de magia, Haramis, hemos nacido para dominar las estrellas. Los que te dijeran que soy maligno te han mentido. No lo soy. Persigo la sabiduría, la verdad y el poder y la dicha que las acompañan. ¡Escúchame! Déjame explicarte por qué murieron tus padres, por qué he soportado que el rey Voltrik llevara a cabo sus conquistas, por qué tú y tus hermanas habéis sido perseguidas. ¡Déjame mostrarte la verdadera importancia de los tres talismanes y del Triple Cetro de Poder! Después podrás tomar tu propia decisión, pero recuerda que tu decisión está muy próxima a mí. Te he llamado a través de las leguas y te he atraído hasta mí. ¡Viniste libremente! ¡Sabes que lo hiciste! Sabes que te amo. ¡Atrévete ahora a amarme también! Ahora, Haramis. Ahora...

Haramis reaccionó.

Alzó la cabeza y se desembarazó suavemente del abrazo. Sentía el cuerpo extraño, la mente confusa.

— ¿Qué me has hecho?

—Haramis, me amas. Tu cuerpo me lo dice aunque tu corazón trata de negarlo...

— ¡No! No...

Pero de nuevo se abrazaba a él.

—Tengo frío. Mucho frío...

La nieve que volaba azotaba la ventana, tratando de penetrar el cristal, de alcanzarla, de cubrirla con su prístina blancura y saciar las últimas ascuas que quedaban del fuego que la había despertado y ardido en su interior. Vio a la Dama Blanca, agonizando en solitario dolor. Se vio a sí misma reflejada en un espejo de hielo negro.

Lo vio a él.

—Vayamos a tu estudio —susurró la joven al fin—. Se está más caliente allí. Escucharé lo que tienes que decirme.

Pero esa noche, sola en su habitación, recordó a sus padres y lloró hasta quedarse dormida.

Anigel caminó lentamente pero a ritmo constante, descendiendo la pendiente junto a la disminuida corriente del arroyo. Al cabo de un rato advirtió que se estaba desplazando por la misma clase de terreno boscoso con el que había soñado después de pasar las Cataratas de Tass. Y... ¡sí! Había tenido el mismo sueño la noche anterior, sólo que lo había olvidado: el bosque donde su madre, la reina, ataviada con la corona de estado y todos los atuendos reales, caminaba delante mientras ella, Anigel, corría detrás, procurando alcanzarla con toda su energía.

Ahora, en la vida real, no había ninguna reina. Su pobre madre estaba muerta. Además, la corona la tenía Haramis, la heredera del trono, si es que aún vivía.

El corazón de Anigel latía con violencia debido al esfuerzo, a medida que su ascenso se hacía más empinado. ¡Gracias a Dios que los terribles árboles cálices ya no abundaban tanto! Pero ahora una nueva variedad se había hecho común, una especie de apariencia horripilante, y la joven se cuidó muy bien de tocarlos o incluso de acercarse a ellos.

Estos árboles eran altos y robustos, coronados por una pesada copa de follaje verde parecida a alambres. A lo largo del tronco se veían agujeros ovoides de casi un ana de altura, como bocas verticales. En los bordes estos orificios presentaban bruñidas púas verdes, como dientes, y se abrían y cerraban constantemente como si el árbol respirara. El movimiento estaba acompañado de un sonido suave como el murmullo de una brisa o una música discordante y chillona.

La joven supo de inmediato que estos árboles eran carnívoros, incluso peores que los que recordaban una copa. Sus oscuras bocas bostezantes codiciaban una presa, sólo se abrían y cerraban y cantaban cuando ella pasaba. Los árboles la percibían. La codiciaban.

— ¡Señores del Aire, qué cosas tan espantosas!

Anigel asió su amuleto al sentir que el miedo volvía a invadirle. Entonces advirtió algo nuevo y terrible, empezó a temblar y sintió que se le ponía la piel de gallina.

¿Dónde estaba el sendero?

Había desaparecido.

Bajo sus pies sólo había una vegetación prístina. ¿Durante cuánto tiempo había estado caminando fuera del sendero? No tenía ni idea. Sólo había pensado en avanzar siguiendo el arroyo. Permaneció paralizada de terror, rodeada por los árboles monstruosos, sin saber hacia dónde ir.

— ¡Dama Blanca! —exclamó impulsivamente—. ¡Ayúdame!

El amuleto que aferraba en el puño se tornó muy cálido. Cuando Anigel finalmente lo soltó, el ámbar de color miel refulgía con mayor brillo aún bajo la luz del día. Los terribles árboles con dientes zumbaban y gemían a su alrededor, casi ahogando el canto del arroyuelo.

La hoja. Lanza la hoja.

— ¿Qué? ¿Qué has dicho?

La joven giró sobre sí, buscando a la persona que había hablado. Pero no había nadie.

—Dama Blanca, ¿eres tú?

La hoja del Trillium Negro. Arrójala. Deja que te guíe.

Las manos de Anigel temblaban tanto que apenas consiguió abrir la bolsa. Unas nubes habían ocultado el sol, produciendo una sombría penumbra sobre el cañón. La princesa sintió como si se congelara. La hoja...

Crujió cuando la extrajo. Ahora estaba marchita casi por completo, de color pardo y no verde. Sólo la punta del tallo mostraba una diminuta veta dorada que centelleaba en las sombras crecientes.

Arrójala...

De puntillas la arrojó al aire. No había viento y sin embargo la hoja se elevó lentamente para flotar a lo largo de la orilla de la corriente. Como sonámbula, Anigel la siguió. La hoja empezó a desplazarse con mayor rapidez. Pendiente arriba. La joven empezó a correr. La maleza se hacía más densa, más oscura. Sólo existía ese dorado reflejo que danzaba, adelantándose, guiándola...

Llegó a un claro. Era el extremo del cañón, rodeado de rocas llenas de musgo. El arroyo nacía de un susurrante hilito de agua que caía desde una tremenda altura, velando el claro con una tenue niebla.

Junto a la cascada crecía un árbol.

Era la cosa viva de mayor tamaño que Anigel hubiera visto nunca. A su lado, los otros gigantes del bosque parecían insignificantes, meras briznas. Treinta hombres uno junto al otro podrían haber rodeado este árbol sin llegar a abarcar todo el tronco. Era de la misma especie de los otros carnívoros

con dientes que había visto junto al sendero, pero su poderoso tronco sólo tenía un único orificio entre los pilares de dos raíces, y ese orificio tenía el mismo tamaño que los de sus parientes más pequeños.

La princesa Anigel permaneció ante él absolutamente atónita, olvidando su miedo. Alzó la vista y vio que la altura del árbol excedía la del acantilado de cuya cima caía el agua.

En vez de una única copa, tenía tres.

Se acercó a él sin perder la vista la boca dentada que se abría y cerraba sin cesar cada vez más rápido. Su respiración era un suave rugido tan grave que hubiera podido pasar inadvertido para un oído menos fino que el de la joven. En el interior de la boca no había oscuridad, como en las aberturas de los árboles más pequeños, sino un notable brillo dorado que emulaba el color de su propio amuleto.

El Monstruo de Tres Cabezas contenía su talismán, y su respiración se aceleraba porque tenía miedo.

—De mí —exclamó la princesa Anigel—. ¡Tiene miedo de mí!

Formaba parte del milagro que ella supiera lo que debía hacer. Al pie de la cascadita había pilas de madera seca, los restos de árboles barridos por la corriente durante la época de las lluvias. La joven recogió una rama sólida, más o menos de la longitud de su propio brazo pero más grueso, y se dirigió directamente hacia la boca que se abría entre las raíces.

El fulgor que emanaba de la cavidad se acentuó, al igual que el brillo de su propio amuleto. Con calma, la joven sostuvo el tronco horizontalmente ante ella con ambas manos. Estudió por un momento el ritmo con que la boca se abría y se cerraba, y luego, con un rápido movimiento, introdujo los brazos entre las dentadas mandíbulas.

La boca se cerró para engullir el tronco, pero no pudo. La rama trababa los costados de la cavidad para mantenerla abierta.

El árbol rugió.

A pesar de ello, Anigel supo que no estaba expresando furia, sino miedo.

La joven había soltado el leño y ahora el árbol ponía en juego toda su fuerza para destrozar aquel cuerpo extraño. La rama se arqueó y empezó a quebrarse, pero durante un instante la boca quedó abierta. Tiempo suficiente para que Anigel pudiera agacharse entre esos dientes, arrebatar lo que la cavidad guardaba y retroceder de un salto, poniéndose fuera del alcance del árbol antes-de que el tronco se quebrara con un gran crujido y la boca se cerrara por completo para permanecer así, con los bordes unidos en un nudo que apenas superaba en tamaño a los puños de la joven.

Anigel sostenía una corona pequeña, una tiara abierta con forma de C de brillante metal plateado, que tenía seis cúspides pequeñas y tres más grandes. Estaba bellamente labrada con escrituras, valvas y flores, y en el interior de cada cúspide se veía un rostro grotesco y estilizado. Una de las caras monstruosas tenía debajo un orificio, y Anigel supo qué encajaba perfectamente allí.

Retirándose a la orilla del arroyo, se sentó sobre una roca, se quitó el sombrero, desató la cadena de su amuleto de trillium y extrajo el ámbar. Encajaba a la perfección en el orificio de la parte frontal de la tiara, y una vez que estuvo colocado le resultó imposible sacarlo de allí. La flor fosilizada del interior del amuleto estaba ahora completamente abierta, salvo por los bordes de los pétalos, todavía un poco plegados.

Anigel se colocó la tiara y regresó ante el árbol.

Éste estaba silencioso y la boca permanecía cerrada.

—Ahora el talismán es mío —declaró Anigel—. Guardaste bien el tesoro, pero yo soy aquella a quien estaba destinado. No debes temer. Te dejaré aquí en paz.

Giró para marcharse. Extrañamente, se le habían llenado los ojos de lágrimas. Sentía un peso en la boca del estómago y tenía la sensación de que otra cosa —algo terrible— se avecinaba de forma inminente. Pensó: *Tengo mi talismán, pero es tan sólo uno de tres, ¿Qué habrá ocurrido con mis hermanas?*

Instantáneamente, el árbol y el claro y la cascada desaparecieron.

En una imagen fugaz vio otro lugar, una escena situada en las profundidades de la ciénaga, donde había enormes helechos espinosos. ¡Kadiya!

Su hermana estaba acurrucada, lacrimosa y en actitud desafiante, en medio de una multitud de hombres armados, caballeros de Labornok. No llevaba su amuleto de trillium, pero cerca de su corazón sostenía algo parecido a una espada, con una empuñadura que fulguraba con una pulsátil luz ámbar. Detrás de ella se veía un ser alto y horrible con centelleantes ojos anaranjados y dientes manchados de sangre.

Antes de que Anigel pudiera gritar ante la pavorosa visión, la escena desapareció. Vio en cambio el cálido cuarto de una torre de alguna fortaleza, con ricos tapices, alfombras de piel y una mesa colmada de libros

antiguos. Un hombre apuesto, de cabello blanco como la nieve, que llevaba puesta una túnica de color negro y plata, estaba sentado sobre cojines ante el fuego, con una adorable joven de pelo oscuro a su lado.

Él la besó la palma de la mano izquierda. En la otra mano la joven sostenía una vara de metal brillante, rematada por un plateado círculo abierto y coronado con tres alas plegadas. La mujer era Haramis.

¡No! ¡No!

Anigel se arrancó la tiara de la frente y la arrojó sobre el herboso suelo del bosque.

No, las visiones mentían. ¿La valiente Kadiya en manos de los labornokianos, amenazada por los skritek? ¿La sabia Haramis pareja del repugnante hechicero Orogastus? ¡Nunca! ¡Nunca!

Si ellas dos estaban perdidas, ¿quién era entonces la mujer que según la profecía derrotaría a Labornok y recuperaría Ruwenda? ¿Ella misma? ¡Qué ridículo! ¡Qué burla! Qué burla cruel, cruel...

Se arrojó al suelo y lloró como si fuese a rompérsele el corazón, alejándose de la tierra como si fuera tan aborrecible como su propio nombre. ¡Así que éste era su talismán! ¡El final de su larga búsqueda, el cumplimiento de la solemne orden de la Dama Blanca! El talismán era un mentiroso, un tejedor de pesadillas peores que cualquiera de las que podía producir su propia mente. Sólo era un monstruo.

Pero en su sueño, la reina Kalanthe le había advertido que sus hermanas habían emprendido otros caminos. Era ella, Anigel, quien era lavada y engalanada... ¿para qué?

Lentamente su llanto se calmó, su respiración se hizo más lenta y más regular y la joven cayó en un profundo sueño.

Despertó de repente una hora más tarde. ¿Se había producido algún ruido? ¿Tal vez uno de esos gritos misteriosos? No estaba segura. De cualquier manera, se encontraba mucho mejor. Se lavó la cara en el arroyo, también las manos, y comió un poco. Después recogió la tiara y la estudió durante largo rato. Los tres rostros grotescos parecían sonreír burlonamente.

Es un signo, decidió, *y un instrumento. Sé que pude hacer una cosa, conjurar visiones. Sin embargo, ignoro si esas visiones son verdaderas o si encarnan mis propios miedos. Aunque voy a averiguarlo.*

Con firmeza, se puso la tiara en la cabeza y encima el sombrero de Immu, luego emprendió el regreso por el mismo camino por el que había llegado.

—Príncipe, las embarcaciones no pueden avanzar más.

El sargento que había estado impulsando con la pértiga el primero de los botes en el arroyo Kovuko le transmitió la mala noticia, ante la cual toda la hilera de embarcaciones sobrecargadas se reunió en un estanque rocoso situado en un tramo del arroyo donde las aguas sólo llegaban a la altura de la rodilla.

Antar, sus caballeros y la Voz Azul se reunieron para conferenciar, mientras los exhaustos soldados remeros descansaban en un claro junto al arroyo y comían parte de sus magras raciones a la sombra de los peculiares árboles cálices. Ninguno de los labornokianos conocía la verdadera naturaleza de aquellos árboles, pero ya habían aprendido la lección de que debían evitar las plantas desconocidas, de modo que no intentaron recoger los atractivos frutos de esos árboles.

—A partir de aquí debemos continuar a pie —indicó Antar—. Como el calor es oprimente, sugiero que nos quitemos las armaduras, con la excepción de los yelmos, los pectorales y las espalderas...

— ¡Mi príncipe! —Gritó el sargento desde la orilla opuesta del arroyo—. ¡Creo que he hallado rastros de la fugitiva!

Todos corrieron chapoteando en el agua, y allí, debajo de la fronda de un bosquecillo de helechos, encontraron uno de esos botes de extraña construcción de los wyvilo. En el fondo, cuidadosamente doblada, había una pequeña capa de cuero impermeable, como las que confeccionaban los nyssomu.

—Esta capa es como las que usan en Trevista —observó el sargento—. Recuerdo muy bien el estampado de la capucha. Las vendían en el mercado de la plaza Lusagira. Tal vez pertenece a la princesa.

La Voz Azul se abrió paso entre los caballeros.

—Dámela. La someteré a una prueba. —Asiendo la prenda con sus manos huesudas, echó hacia atrás su cabeza afeitada y cerró los ojos—. ¡Poderes Oscuros, escuchadme! Revelad a vuestro suplicante quién ha usado esta capa. —Se llevó la prenda a la nariz y la olió, luego entonó, con voz diferente—: Ha sido usada por Immu, sierva de la real familia de Ruwenda, y por Anigel, princesa de Ruwenda.

— ¡Por las Tripas de Zoto! —exclamó el fascinado sir Rinutar—. ¡Por fin un verdadero rastro de la moza! Había empezado a creer que perseguíamos un fantasma.

La Voz Azul abrió sus ojos, volvió a ponerse la capucha y arrojó de nuevo la capa a la canoa traslúcida.

—La princesa tenía esta prenda con ella hace apenas dos horas. Estamos casi sobre ella. Debemos continuar

y no desperdiciar más tiempo.

—Muy bien —asintió el príncipe—. Sargento, reúne a tus hombres. Y vosotros, compañeros, preparaos para...

Un grito llegó desde el bosquecillo de árboles cálices, desde la otra orilla del arroyo. Profiriendo una maldición, el príncipe giró sobre sí. Vio a un solo soldado que llegaba corriendo por la orilla, gritando y maldiciendo. El sargento se apresuró a ir a ver qué ocurría, seguido por el grupo de nobles.

— ¡Se ha comido al pobre Gomi! —declaró el hombre, desorbitado—. ¡Se lo ha tragado entero como si fuera dulce de bayas de la niebla!

Todos empezaron a gritar a la vez, pero el sargento ordenó que dos de sus soldados se armaran, y luego se dirigió al príncipe.

—Te pido autorización para ir a investigar.

Volvió al cabo de un rato, inexpresivo e informó:

—Ha sido uno de esos extraños árboles con forma de cáliz, mi príncipe. El soldado Gomladik se aventuró a aliviarse contra su tronco, y, según los testigos, cuatro brazos delgados como grandes gusanos surgieron de la corona abierta del árbol, lo apresaron y lo alzaron.

El príncipe y los caballeros acompañaron al sargento hasta el interior del bosquecillo, donde los árboles cálices se erguían tan inocuos como la mesa de exhibición de un joyero. Pero uno de los árboles estaba ahora custodiado por dos soldados, y sus hojas superiores se habían cerrado, dándole la apariencia de una gran bola. De los intersticios de esta esfera manaba sangre roja y fluidos corporales, que goteaban sobre el tronco y formaban charcos en el lugar donde las otras hojas crecían casi sobre el suelo.

Todos observaron el espectáculo con horror y asco, pero antes de que nadie pudiera decir una palabra, otro grito se alzó entre los hombres que habían quedado a orillas del arroyo.

— ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Se acercan nativos hostiles!

El devorado Gomladik fue olvidado. Antar, sir Owanon y el sargento ordenaron a gritos que todos corrieran hacia el agua. En pocos momentos, los soldados empujaban las embarcaciones de madera para sacarlas de la corriente y las apilaban a fin de construir una barricada improvisada.

Los caballeros se bajaron los yelmos y desenvainaron las espadas, mientras los soldados se protegían como podían y preparaban sus arcos. La ribera estaba sembrada de sacos de provisiones, ropas descartadas y otros enseres del equipo, algunos de los cuales flotaban a la deriva en la corriente del arroyo.

De repente todo quedó en silencio.

—Voz Azul —susurró el príncipe desde debajo de su bote invertido—. ¿Has visto al enemigo?

—Un momento, un momento.

El esbirro del hechicero estaba en el extremo de la barricada, prensado entre sir Rinutar y un soldado, en una actitud poco afín a un estado de trance. Se recobró, sus órbitas parecieron vaciarse, y se congeló.

— ¡Sí, los veo! Al otro lado del arroyo, al acecho entre los árboles asesinos. Hay veinte, cuarenta... ¡Por los Poderes Oscuros, son tantos que no los puedo contar! Y no son wyvilo, mi príncipe. Estos nativos son más grandes y de aspecto mucho más feroz. Sin duda se trata de los caníbales glismak!

—Suficiente —dijo Antar. Luego se dirigió a los otros—: Hombres míos, sed valientes. Son salvajes raros, a pesar de su aspecto pavoroso, e inferiores a nosotros. Todavía podemos salir victoriosos.

—Mirad —indicó Owanon suavemente—. Allí vienen los primeros.

Seis seres se deslizaron entre las malezas de los helechos y permanecieron acechantes del otro lado del arroyo, a menos de diez anas de distancia. Eran menos humanoides que los wyvilo y más altos que los hombres; llevaban largas lanzas puntiagudas, de pedernal. Iban desnudos, aunque algunos usaban enjoyados adornos, y todos llevaban cinturones de los que pendían mazas de piedra y otros artículos de guerra. Tenían cabezas con hocico y dientes, sobre todo los dos colmillos frontales, muy grandes y aguzados. Unos ojos profundos, de color rojo vivo, se acercaban en las órbitas por medio de bruñidas escamas dérmicas. Esas protecciones les cubrían también la cabeza y se extendían sobre los hombres, la espalda y los brazos, formando parte natural de sus cuerpos. Las manos y pies de tres dedos tenían membranas y garras formidables. Tan sólo unas pocas escamas dispersas les protegían el vientre, y tanto esa zona como la mayor parte de los miembros estaban cubiertas de un denso rojo óxido. Un poco de pelo crecía también en los bordes de las escamas, que formaban en cada individuo un dibujo y un color levemente diferentes. En realidad, los glismak mostraban una belleza salvaje, y parecían gozar también de gran confianza en sí mismos.

Uno de los seis se adelantó y comenzó una arenga, croando y blandiendo su lanza. Cuando terminó, arrojó el arma con toda su fuerza y la punta de piedra se clavó profundamente en el bote que protegía al príncipe. Los otros cinco glismak prepararon las armas.

—Arqueros —dijo Antar—, disparad las flechas.

Una multitud de proyectiles de acero voló por encima del arroyo. Cinco de los glismak cayeron, gritando horriblemente. El sexto soltó un aullido, intenso como un trompetazo, que fue contestado por cien más. Luego atacó corriendo sobre el agua. Sus compañeros brotaron del bosquecillo de atrás, chillando y saltando, arrojando sus lanzas y blandiendo las otras armas.

En pocos segundos, la fuerza labornokiana fue reducida por la horda. Los arcos se tornaron inútiles en el combate cuerpo a cuerpo y los soldados se dedicaron a luchar con espadas cortas o dagas, mientras los caballeros empuñaban sus enormes espadas que manejaban con ambas manos, propinando mandobles y mutilando hasta que la masa de los cuerpos de los glismak los superó.

El sargento logró destripar a dos de los monstruos antes de que un tercero le cayera sobre la espalda y lo aniquilara de un fatal mordisco en el cuello.

Los pocos soldados que no fueron eliminados en los primeros minutos corrieron para salvar sus vidas, sólo para ser perseguidos por los brutos de largas piernas, quienes los atacaban con los dientes.

Los caídos fueron descuartizados de inmediato y en medio de la batalla comenzó un diabólico festín. Los pavorosos aullidos de los glismak ahogaron los gritos de *agonía,* de los soldados.

Para entonces, el príncipe Antar y todos sus caballeros estaban derrotados. Pero, extrañamente, las bestias no los devoraron ni les quitaron las armaduras, sino que los despojaron de sus espadas y los ataron de pies y manos con cuerdas de cuero y, alzándolos como muñecos, los arrojaron entre maldiciones en una gran pila sanguinolenta.

Una cantidad de glismak empezó entonces a danzar y cantar alrededor de la pila de indefensos humanos, quienes, cayendo en la desesperanza, empezaron a pronunciar sus últimas oraciones.

Otros caníbales se dedicaron a juntar leños secos arrastrados por la corriente, los apilaron junto con las embarcaciones de los labornokianos y se dispusieron a encender una hoguera. Era evidente que el siguiente plato del banquete de los glismak sería asado.

—Que Dios tenga piedad de todos nosotros —gimió el príncipe Antar, quien yacía en la cima de la pila de prisioneros—. Que maldiga al hechicero Orogastus, quien nos envió a esta muerte innoble, y que lo recluya en la más profunda de las diez fosas del infierno.

De repente, los cantos y los aullidos de los glismak cesaron.

La danza se interrumpió. Los que aún terminaban sus bocados de carne cruda abandonaron el macabro manjar para quedarse inmóviles y atónitos. Todos los salvajes, sin excepción, permanecían quietos ahora, boquiabiertos, mirando fijamente algo que parecía aproximarse por el arroyo.

Antar se debatió, maniatado, hasta que consiguió ganar una posición que le permitía apreciar por sí mismo quién se aproximaba.

Una mujer.

Estaba en el pequeño sendero junto al arroyo, a una docena de anas de la pila de caballeros y al alcance del glismak más próximo. Tenía puesta una vestimenta de caza de cuero azul cielo y llevaba una bolsa a la espalda, y al mismo tiempo tenía un sombrero de ala ancha en una mano y en la otra una rama que hacía las veces de bastón de marcha. El cabello dorado le caía sobre los hombros formando ondas. Sobre la cabeza llevaba una extraña tiara de reluciente metal blanco, con un ámbar de trillium engarzado al frente. Su rostro era una máscara de horror e indignación, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

El príncipe Antar sintió que el corazón se *le* encogía en el pecho. El conocía aquel rostro: el más bello que hubiera visto jamás, el único que había amado. Era la mismísima princesa Anigel, que por un infortunio había llegado a la escena de la matanza. Sin duda las bestias caerían ahora sobre ella...

Pero no lo hicieron. Retrocedieron a medida que la joven avanzaba entre los nativos ensangrentados, y algunos soltaron gruñidos e incluso gemidos.

La joven miró los huesos humanos, y los desgarrados jirones de ropa y la pila de caballeros con armadura, maniatados, que ahora estaban helados al contemplar su audacia y el peligro que corría.

— ¿Qué habéis hecho? —increpó la joven a los glismak.

Las lágrimas aún centelleaban sobre sus mejillas, pero su voz se alzó firme.

Hubo gruñidos aislados y un siseo de inquietud.

Un individuo se adelantó, saliendo de entre los que habían danzado. Era más alto que el resto, tenía

incrustaciones doradas en el cinturón y una vaina dorada guardaba su daga de pedernal. Las escamas de su cuerpo estaban ricamente adornadas con dibujos de color verde, amarillo y escarlata.

El jefe glismak señaló la tiara de Anigel con una garra ensangrentada y rugió una frase desafiante en su propia lengua.

—Tengo derecho a llevarla —manifestó la princesa sin doblegarse. Dejó caer el sombrero y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Os digo que habéis hecho algo perverso. Estos hombres eran mis enemigos, no los vuestros. No os habían hecho daño, y sin embargo los habéis masacrado y habéis engullido su carne como bestias. Pero no sois bestias, sois personas destinadas a servir al Dios Triúnico y a ayudaros mutuamente. Lo que habéis hecho es maligno.

El jefe glismak soltó un sonido terrible, que sólo podía ser una carcajada. Después alzó sus manos con garras, abrió la boca de tal modo que sus dientes afilados como un cuchillo brillaron en la última luz de la tarde y avanzó sobre la muchacha indefensa.

Anigel apuntó contra él su bastón y dijo con calma:

—Señores del Aire, defendedme.

Del cielo encapotado y amenazador llegó un rayo azul. Cegó a los caballeros cautivos y su trueno retumbó tanto en sus oídos que casi perdieron el sentido. Cuando se recobraron, vieron a la princesa, de pie y asombrada, y al jefe glismak, que se había convertido en un montículo de brasas humeantes.

Toda la horda de raros caníbales cayó de rodillas, escondiendo el rostro en el polvo de temor y reverencia.

— ¡Marchaos! —ordenó Anigel, con voz aguda y clara—. Marchaos y no regreséis.

Una o dos cabezas feroces se alzaron del suelo. Los glismak vacilaron, pero luego se incorporaron y salieron corriendo, todos ellos, aullando a pleno pulmón, unos pocos gruñendo todavía en expresión de desafío. Cuando hubieron cruzado el arroyo y se pendieron en el bosque, la princesa bajó la vista hasta el humeante esqueleto que quedaba a sus pies, mirándolo con asombro y terror.

— ¡Princesa Anigel! Nosotros todavía estamos con vida. ¿Nos liberarás? —exclamó entonces Antar.

La muchacha salió de su ensueño, se acercó corriendo y con su pequeña daga cortó las ligaduras. Los caballeros se incorporaron y los que no estaban heridos ayudaron a los otros a quitarse la armadura y llegar hasta el agua. El príncipe Antar, cuando acabó de hacer todo lo que podía, se acercó a Anigel y cayó de rodillas ante ella.

—Princesa, no tengo espada para entregarte en señal de rendición. De modo que yo, Antar, príncipe heredero de Labornok, te entrego mi cuerpo y mi alma. No puedo ser tu enemigo. Eres noble y buena, y los que me ordenaron perseguirte y darte muerte son malvados. Si me convirtieras en cenizas como a ese bruto desdichado, sólo sería un merecido castigo. Pero si no lo haces, te serviré fielmente como esclavo durante el resto de mi vida.

—Y yo —dijo sir Owanon, quien se acercó y cayó de rodillas.

—Y yo —gruñó sir Penapat, a quien le lavaban las heridas.

Todos los caballeros se hicieron eco de los dos últimos, y los que estaban en condiciones se acercaron a arrodillarse, hasta que sólo sir Rinutar y dos de sus compañeros, Onbogar y Turar, quedaron sin hacerlo.

De repente la masa de helechos que había ocultado el bote de Anigel se separó, y allí, sentado en el bote, apareció la Voz Azul, quien desembarcó, vadeó el arroyo y se acercó a la princesa con una sonrisa de falsa simpatía.

—Grande y poderosa señora —dijo, haciendo una profunda reverencia—. Soy esclavo de otro amo a quien me he ligado por toda la eternidad. Pero en su honor juro servirte y seguirte tan bien como pueda, y pongo mis poderes a tus órdenes si condesciendes a aceptarme.

Mientras la Voz Azul hablaba, se volvió hacia Rinutar y sus ojos se cruzaron por un instante.

—Y tal vez estos tres valientes caballeros, que se niegan a rescindir sus juramentos de fidelidad a Labornok, se unan a mí mientras juro mantener una tregua contigo. Todos somos humanos perdidos en una tierra extraña, y no deberíamos estar distanciados cuando un enemigo tan horrible nos amenaza a todos.

—Sí —accedió Rinutar—. Prometo una tregua, y también lo harán mis hombres.

Por un momento, Anigel observó en silencio a la Voz Azul, estudiando también a los otros tres.

—Muy bien —decidió después—. Levántate, príncipe, y que lo hagan también tus hombres que ahora me consideran su señora. Dentro de poco caerá la noche. Ya no tenemos nada que temer de los glismak, pero no obstante no podemos acampar en este lugar de desgracia. Conferenciaré con el príncipe y

decidiré qué haremos. Mientras tanto, debéis reunir las armas y provisiones que podáis, y quitar las embarcaciones de la pira. Pero no os llevéis los troncos. Más bien, poned sobre la madera los tristes restos de vuestros camaradas, y antes de marcharnos de este sitio encenderemos la pira en honor a ellos.

Sus palabras fueron seguidas de murmullos de aprobación. La joven dirigió un gesto al príncipe Antar para indicarle que la siguiera, y ambos caminaron un poco junto al arroyo. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de los demás, Anigel dijo:

—El hombre alto vestido de azul no es de fiar.

—Lo sé. Es una Voz del abominable hechicero Orogastus. Tendremos que vigilarlo muy de cerca durante el regreso, porque intentas regresar a Ruwenda, ¿no es verdad, señora?

—En su momento —dijo ella. En la oscuridad, sus ojos azules eran solemnes, con grandes pupilas—. Pero primero tengo que hacer otra cosa. La horda glismak sin duda se dirigirá ahora a la aldea wyvilo de Let, para atacarla. Te encontraron cuando estaban en camino hacia allí. Debemos apresurarnos tanto como sea posible para advertir al Pueblo del bosque, y debemos hacer todo lo que podamos por ayudarlos.

— ¡Sí! —acató el príncipe, admirado—. ¡Nosotros los caballeros te protegeremos con nuestras espadas mientras tú invocas los rayos que destruirán a los diabólicos glismak!

Anigel se apartó de él profiriendo una exclamación de horror.

— ¡No!

—Entonces, ¿cómo lograremos salvar a los wyvilo, señora? Somos dieciséis hombres, veinte si contamos a los tres que no han jurado y al lacayo del hechicero. Además, algunos están heridos. ¿Crees que podemos enfrentarnos a semejante ejército de salvajes sin la ayuda de tu magia?

—No sabía que el talismán lo mataría —susurró ella. Y había terror en sus ojos—. No lo sabía…

Antar le cogió la mano. La joven había empezado a llorar otra vez. Antar se llevó los dedos pequeños, callosos y endurecidos a los labios.

—No te preocupes. Tal vez puedas estudiar los poderes del talismán mientras viajamos, y quizás encuentres medios de defensa más suaves.

Ella se alejó con impaciencia, absorta de nuevo en la tarea que la esperaba.

—Esta noche descansaremos y mañana marcharemos sin pausa hasta la noche, para llegar a Let antes que los glismak,

— ¿Avanzar de noche? —Antar estaba sorprendido—. Señora, nosotros los navegantes aficionados no podemos viajar por el Gran Mutar a la luz de las Tres Lunas. Además, es posible que vuelva a haber tormenta.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Anigel.

—Dispondremos de los servicios de excelentes guías.

Se dirigió hacia las orillas del arroyo, todavía sonriente.

¡Amigos!, llamó.

Hamil se acercó a grandes pasos a Kadiya, con dos de sus soldados flanqueándolo con antorchas. Una vez más la cogió del pelo, obligándola a arrodillarse.

Se rió y la joven oyó otras voces que se le unían.

—Ahora sí estás demostrando poseer un espíritu adecuado, hija de Krain, humilde y de rodillas. ¿Qué ha estado sucediendo aquí?

Sus ojos abarcaron rápidamente la escena, pasando de la espada al odioso montoncillo renegrido. Una mano esquelética y chamuscada parecía señalar al objeto de poder que su dueño había codiciado.

Se produjo un largo momento de silencio y luego Hamil volvió a reírse, pero con menor seguridad. Para entonces, se habían reunido varias decenas de hombres armados, pero todos evitaron cuidadosamente el cadáver que yacía en el suelo.

—Bien, parece que la Voz decía la verdad, aunque ni él mismo la creyera. ¿Así ocurrió, mocosa? —El general sacudió a Kadiya del cuello, atormentándola—. Quiso apoderarse del talismán, pero éste estaba ligado a ti, y entonces le mató.

El hombre la soltó e hizo correr un dedo sobre su propio labio inferior. Kadiya había escuchado lo suficiente sobre el general para saber que, por bruto que aparentaba ser, era en realidad astuto y más inteligente de lo que parecía.

Algunos de los hombres se desplazaron del círculo que los rodeaba, para ceder el sitio a otro oficial, un

hombre enorme. Su harapienta capa había sido alguna vez tan ornamentada como la de Hamil, pero no llevaba yelmo y tenía un vendaje sucio rodeándole la cabeza, además de una crecida barba gris en las mejillas y en el mentón.

— ¿Y ahora qué, mi general? —preguntó con un tono áspero que revelaba que ambos hombres podían ser compañeros de combate, pero no hermanos.

Hamil no tuvo oportunidad de responder, pues una voz se alzó entre las filas de hombres.

—Atemos la bruja a la espada y arrojémosla a la ciénaga.

Hubo un zumbido de asentimiento como respuesta. Luego otro soldado brindó un consejo diferente.

— ¡Entreguémosla a los skritek!

Hubo un asentimiento aún mayor.

Los hombres se habían alejado más de Kadiya y los bordes de la multitud se perdían en las sombras donde no llega la luz de las antorchas ni de la hoguera. Parecía que la importancia de ese cadáver fulminado aumentaba paulatinamente y que era percibida cada vez más.

Hamil paseó la mirada sobre la reunión, una mirada que evidentemente sus hombres conocían demasiado bien, pues los murmullos cesaron como si una puerta que había estado abierta se hubiera cerrado de golpe. Después el general se dirigió al corpulento oficial.

— ¿Y ahora qué, Osorkon? Bien, obedecemos órdenes. ¡Siempre obedecemos órdenes! Encontramos esto. —Una vez más volvió a coger del pelo a Kadiya, sacudiéndola de un lado a otro—. Bien, la encontramos. Y también encontramos otra cosa... —agregó, señalando el talismán—. Si el rey Voltrik recompensa bien a los que le llevan a una de estas mozas reales, ¿qué obsequio dará a los que le traen un tesoro que nuestro gran ministro de Estado desea tanto?

—Un *tesoro* —repitió Osorkon, acentuando adrede la palabra—, que ya ha dado cuenta de uno que conocía sus peligros mucho más que nosotros.

—Sí —respondió Hamil, pasándose la lengua sobre sus labios carnosos. De un tirón hizo poner de pie a Kadiya, para no tener que agacharse para mirarla directamente a los ojos—. Creo que ahora serás más sincera con nosotros. Conocemos muchas maneras de manejar a los que son toda valentía y entereza, de modo que al final se alegran de acatar nuestra voluntad, aunque para ello sea necesario asesinar a alguien a quien quieren mucho.

Chasqueó los dedos y una vez más la multitud de hombres se abrió para dar paso a uno de los skritek, que se adelantó en respuesta a la llamada.

— ¡Pellan —gritó Hamil, convirtiendo el nombre en una orden.

De las últimas filas de soldados se adelantó tambaleándose una figura esquelética. Kadiya, que había visto al guía mercader en la época en que éste llevaba una existencia honrosa entre sus congéneres, bien alimentado, no logró reconocerlo al principio. Era una ruina humana, que cayó de rodillas en vez de hacer la reverencia formal, y miró al general con un rostro que pertenecía más a los muertos que a los vivos.

Hamil se agachó un poco para examinar detenidamente el talismán. Asintió como si le hubieran dado exactamente la respuesta que ansiaba escuchar.

—Todavía está allí...

A pesar de la transformación que había sufrido la espada, todavía conservaba el lazo de cuero de serpiente que le había puesto la Voz para poder manejarlo.

—Pellan, dile a este estúpido bruto que desentierre la espada, y vuelva a ponerla sobre la espalda de la muchacha, usando tan sólo la cuerda.

El hombre tragó saliva penosamente, como si tuviera dificultad para hablar. Después enunció una serie de sonidos guturales. El skritek lo miró, observó la espada y luego se volvió hacia Hamil. Las dentadas mandíbulas se abrieron y la criatura dio una respuesta en su propia lengua, como si fueran gruñidos.

Debajo de la suciedad acumulada durante su viaje por la ciénaga, Pellan tenía el rostro pálido. Kadiya vio que las manos le temblaban, y el hombre las unió apresuradamente, apretándolas con fuerza.

— ¿Y bien? —preguntó Hamil tras un largo momento de silencio.

—General, él no tocará eso —respondió el guía, señalando la espada—. Dice que era de los desaparecidos y que conserva la fuerza de ellos.

— ¿Entonces? —La expresión de Hamil no cambió.

Tomó la cuerda de cuero de serpiente, tiró y desenterró la espada. Después se volvió lentamente, como para

asegurarse de que todos los hombres reunidos veían perfectamente lo que estaba haciendo.

—Los desaparecidos —comentó—. Hemos escuchado demasiado sobre estos desaparecidos desde que nos metimos en estas ciénagas. ¡Mirad, todos vosotros! ¿Es necesario que alguien que luce el emblema del gran Labornok tenga miedo de unas leyendas?

Osorkon tosió.

— ¿Y qué pasa con él? —dijo, señalando los restos calcinados de la Voz—. Se diría que las advertencias de las leyendas son bastante legítimas.

Hamil ni siquiera parpadeó, pero en ese momento Kadiya estuvo segura de que el general no sentía el menor aprecio por su subordinado inmediato. Aunque veía la actitud desconfiada de los soldados, la joven advirtió también que el gesto del general había hecho desaparecer en parte el temeroso respeto de los hombres.

—Ese —espetó Hamil indicando los restos calcinados— se dedicaba a jugar con estos objetos mágicos. Tal vez los de su amo sean seguros, pero esta cosa que está aquí es diferente. Un hombre que maneja ciertas armas sin prudencia se vuelve descuidado. Yo creo que esta Voz se atribuyó demasiado poder.

El general estaba otra vez junto a Kadiya. Su pesada zarpa la tomó del hombro y la hizo girar con tanta brusquedad que podría haberla arrojado al suelo, pero la joven logró mantener el equilibrio mientras sentía que la espada volvía a deslizarse entre las ligaduras que la sujetaban.

Hamil ya se había alejado. Llamó a un soldado que se encontraba junto al que sostenía una de las antorchas. Con un gesto de la mano, señaló al skritek que no había obedecido su orden.

—Ya no necesitamos a ése —comentó.

El skritek rugió y se agazapó. Un hacha de doble filo, de aspecto maligno, apareció en su puño escamoso. No parecía que fuera la primera vez que los labornokianos debían enfrentarse con sus desagradables aliados.

Cuando el hacha salió disparada de las garras del skritek, se desplazó con tanta fuerza y velocidad que fue sólo un manchón en la débil luz. Pero el soldado ya se había lanzado hacia delante, no al encuentro del arma sino en posición de lucha. Al mismo tiempo centelleó su espada y saltó un chorro de sangre oscura. El skritek echó la cabeza hacia atrás, soltando un atronador bramido, con la pierna izquierda casi cercenada, y mostrando las garras, con los brazos extendidos. Una garra, tal vez más por casualidad que intencionalmente, quedó atrapada en la cota de malla del soldado y lo arrastró al suelo. No hizo falta que el humano gritara aterrado para que sus camaradas desenvainaran, y los skritek restantes tampoco vacilaron en unirse a la pelea.

Los soldados de Labornok y los skritek combatieron y murieron a medida que la lucha se desarrollaba alrededor de la hoguera. Uno de los hombres que sostenían antorchas hizo retroceder a un monstruo cuyas zarpas amenazaban al mismo Hamil, introduciendo el extremo encendido de su tea entre las mandíbulas semiabiertas de la bestia. El combate se desarrolló con fiereza, pero fue breve, ya que la turba de skritek desapareció en la noche de la ciénaga, dejando a tres de los suyos muertos y a dos que todavía vivían. Cuatro soldados yacían inmóviles y algunos otros presentaban sangrientas heridas.

Osorkon, al principio de la lucha, había llevado a Kadiya a la tienda de Hamil, que prácticamente se desmoronó cuando una de las cuerdas de sostén se cortó. El oficial no hizo ningún intento de unirse a la lucha, sino que permaneció observando. Cuando el combate terminó, Osorkon dirigió a Hamil una mirada fulminante. Sin embargo, esperó para hablar a que el general, que limpiaba la hoja de su espada con su puñado de hojas, se acercara a él lo suficiente como para que solamente Kadiya pudiera oírlos.

—Nuestros aliados sin duda no tienen una opinión muy clara acerca de lo que significa el servicio —le observó Osorkon con sequedad—. Tuviste a ese vart de carga, con dos lenguas —agregó indicando con un gesto a Pellan— haciendo de guía hasta el último lugar del río que conocía, hace tres o cuatro días. Desde entonces, nos guiaron los monstruos.

Se interrumpió para señalar el lugar donde yacían las mujeres uisgu, maniatadas.

—A nuestro alrededor la ciénaga hierve —prosiguió—, y tampoco hemos tenido ninguna noticia de nuestra avanzada de exploradores desde hace dos días. Propongo que regresemos ahora que hemos conseguido nuestro propósito y que ya tienes a la muchacha y también lo que ella lleva.

Hamil frunció el ceño.

—Tal vez haya más tesoros que descubrir.

— ¿Y qué pasa si los raros se sublevan? Hemos tomado prisioneros uisgu, y el trato que les hemos dispensado ha sido suficiente para que todos ellos se opongan a nosotros. Ahora nos hemos enemistado

con los skritek. Si dependemos de la guía de los que tienen buenas razones para odiarnos, somos unos tontos.

— ¡Los raros! ¡Demonios resbaladizos! ¡Acaso alguno de ellos se ha mostrado dispuesto a tomar las armas! ¡No! Son pequeños cobardes, tan carentes de espíritu como los togares del corral. ¿Sublevarse los uisgu? ¡Imposible! No pueden luchar, y no lo harán. ¿No es así, gusano? —Hamil empujó a Pellan con su bota—. ¿No nos dijiste desde el principio que estas basuras de la ciénaga son timoratas?

Pellan alzó la cabeza y también sus delgados brazos, como si quisiera detener un golpe.

—Siempre ha sido así, general. Combatirían contra los skritek, pero sólo si esos monstruos del Laberinto de Pantanos los atacaran. Entre ellos no hay disputa, ni jamás han alzado un arma contra los humanos que penetrábamos en las ciénagas. He oído decir que hicieron un antiguo juramento que les prohíbe guerrear, y lo respetan.

Hamil soltó una carcajada burlona.

—Esta muchacha ha conseguido encontrar su camino en el Infierno Espinoso, y los uisgu la han ayudado, pues de lo contrario no hubiera sido capaz de llegar hasta aquí. Al tenerla a ella y a aquéllas —señaló a las otras prisioneras— en nuestro poder, los uisgu no nos molestarán.

A la mañana siguiente levantaron el campamento y marcharon río arriba, siguiendo una senda borrada. El general Hamil no volvió a dirigirle la palabra a Kadiya, aunque permaneció cerca de ella mientras escuchaba los informes que traían los exploradores. Así se enteró la joven de que los labornokianos no viajaban solos. Algo —o alguien— se deslizaba sigilosamente con ellos, aunque los hombres nunca lograban verlo. ¿Acaso eran seguidos por los moradores de la ciénaga, que finalmente se habían alzado para vengar el asesinato de su pueblo? ¿Podía atreverse a pensar eso?

Kadiya salió de su helado letargo para escuchar que un soldado, muy picado por los insectos y cubierto de lodo, exclamaba:

—Es Gam. ¡Lo juro por el Escudo de Zoto! Sólo vi su cabeza mostrando los dientes desde una pértiga plantada junto a una mata de helechos. Ni rastro de los monstruos. Tan sólo unas pequeñas huellas borrosas en el lodo y esto.

Extendió algo que Kadiya reconoció como un dardo, más largo que cualquiera de los que hubiera visto utilizar a los nyssomu. Sin embargo, tenía dos bandas diminutas, una azul y la otra amarilla, y ella sí había visto antes dardos como ése. ¡Jagun! O al menos, su signo de caza.

—Gam —repitió Hamil. Sus uñas sucias de barro rascaron la barba crecida sobre su mentón—. Lo vi dar cuenta de los piratas de Westlinger y derribar dos de un solo mandoble. Bien, estoy seguro de que vendió cara su vida. *¿Lo* mataron los skritek?

—Ese dardo no es skritek —apuntó Osorkon, que había tomado el proyectil de manos del explorador—. Ellos no hacen trabajos tan refinados como éste.

— ¿Qué tiene que decir nuestra señora princesa? —inquirió Hamil mirando a Kadiya, a quien sus porteadores habían dejado en el suelo, maniatada—. ¿Algún amigo te espera para entrometerse en nuestros asuntos?

Alzó la mano para abofetearla.

Ella logró responderlo con parte de la verdad.

—Yo... nunca había visto nada igual.

Osorkon no le dio al general el tiempo necesario para extraerle otra respuesta a la joven.

—Ella puede servir de señuelo, si es que tienen otras armas para utilizar contra nosotros. No perdamos tiempo maltratándola aquí. Será mejor que alcancemos un terreno más sólido si tenemos que combatir. No podemos hacer ninguna demostración de fuerza sepultados en este condenado lodo del demonio.

De repente, desde delante llegó un resonante rugido. Hamil desenvainó la espada de inmediato y los soldados se apiñaron detrás de su comandante.

— ¡Skritek! —Aulló el explorador—. ¡Y a juzgar por lo que se oye, han dado con algún pobre desdichado en el camino!

— ¡Adelante! —ordenó Hamil—. ¡Cerrad filas! Al frente hay terreno más firme y necesitamos tierra bajo nuestros pies.

Una vez más resonó el grito de los skritek.

A Kadiya le zumbaban los oídos y estaba casi inconsciente debido a las sacudidas que le propinaban sus porteadores mientras corrían.

Sus brazos ya no sentían las ligaduras. Aunque estuviera libre y blandiera su talismán, no estaba segura

de poder utilizarlo. Sin embargo, más allá del dolor, de la impotencia... y sí, del miedo, todavía se aferraba sombríamente a su viejo núcleo de furia. ¡Debía haber alguna manera de devolver el golpe! Si al menos se disipara la parálisis mágica...

Corrían hacia delante, dependiendo de los exploradores destacados a los flancos para advertirlos.

El terreno se hizo ahora más abierto y seco, con alguna vegetación baja, pero al mismo tiempo tenía la misma horrible apariencia que la zona que Kadiya había atravesado antes en compañía de Jagun. Aquí y allá crecían redes de gordas rastreras grisáceas, con hojas con aspecto de capullos marchitos rodeados por nubes de insectos. Si se las aplastaba al caminar, las rastreras emanaban un pútrido hedor.

Llegaron a un edificio.

No era de piedra, sino del mismo material pulido que había formado el cuenco donde Kadiya había acampado con Jagun y del lugar donde ella había hallado su talismán. Un muro estaba perforado con una puerta, y a ambos lados, retiradas, se alzaban altas estatuas de esos mismos centinelas que custodiaban el Camino Prohibido. Cada sindona sostenía una espada.

Kadiya parpadeó, incrédula. Las espadas eran romas como la que ella llevaba a la espalda. Las armas aparecían entrecruzadas para prohibir la entrada.

Hamil se detuvo para observar lo que se erguía ante él. En su voz hubo una nota ansiosa.

— ¡Por Zoto, lo que esperaba encontrar! ¡Una fortaleza de los desaparecidos, y probablemente colmada de tesoros! Capitán, Loskar, ve a ocuparte de ésos —agregó, señalando a las estatuas—. ¡El resto, tened los arcos listos!

La rapidez con que fue obedecido, a pesar de los desastres recientes, demostró el poder que Hamil detentaba sobre sus soldados. Un joven oficial alzó su espada para tocar el punto donde se entrecruzaban las dos espadas romas de los centinelas. El metal rebotó con un fuerte sonido metálico. El arma de Loskar voló de su mano y el hombre soltó un aullido de dolor mientras se cogía el brazo de la espada y caía de rodillas.

— ¡Flechas al interior! —ordenó Hamil.

El silbido de los proyectiles de Labornok, destinados tanto a asustar como a matar, fue intenso. Las flechas volaron a través de la abertura situada entre ambos centinelas. Allí dentro estaba oscuro, no se veía nada de lo que se extendía más allá.

No hubo ninguna respuesta al ataque ordenado por Hamil, El general gritó a los dos hombres que transportaban a Kadiya:

— ¡Wunit! ¡Vor! ¡Empujadla por debajo de las espadas de las estatuas!

Los soldados la lanzaron, con pértigas y todo, a través de la puerta. Al ver que los centinelas permanecían inmóviles, Wunit y una docena de hombres se agacharon para seguir a la joven.

— ¡Es seguro, mi general! —Gritó Wunit—. ¡Necesitamos antorchas!

Rápidamente se encendieron unas teas que se pasaron a través de la puerta. El interior del edificio no tenía ningún detalle, salvo una única puerta interna al final de un estrecho pasillo. Sobre ella había un gran trillium tallado.

—Esperad, yo mismo entraré —indicó Hamil.

Después de coger una antorcha, se agachó y entró.

Al instante se apagaron todas las antorchas de los labornokianos. Hubo gritos masculinos, ruidos de cuerpos que se debatían y luego un silencio absoluto.

Kadiya yacía boca abajo, incapaz de moverse. La luz del día no penetraba en aquel lugar. La oscuridad de la puerta exterior, abierta, bien podría haber sido producida por una cortina, aunque ella no había notado nada semejante al cruzarla. Respiró hondo. Era extraño, pero la parálisis que la había invadido con tanta intensidad parecía estar disminuyendo ahora.

Se retorció como un pez sobre la playa, tratando de incorporarse. La negrura que le rodeaba era absoluta y espesa, pero la joven advirtió que disminuía en ella el temor que había experimentado desde el momento en que la habían hecho prisionera.

Se debatió con gran violencia. De repente, sus brazos quedaron libres y advirtió que el talismán estaba suelto debajo de su cuerpo. Rompió las cuerdas que le quedaban, las que le ataban las piernas. La superficie que estaba debajo de ella parecía libre de polvo o de cualquier cosa procedente del mundo exterior. En cambio, era resbaladiza y se inclinaba hacia abajo en una pendiente cada vez más acentuada. Kadiya empezó a deslizarse cuando alzó los brazos en un intento de incorporarse. Cayó cada vez más rápido, y luego se estrelló contra una barrera invisible solamente para continuar deslizándose en otra dirección y estrellarse otra vez. Casi inconsciente, se aferró a su espada mágica, que golpeó contra

una última barrera, voló por el aire y aterrizó inconsciente sobre una superficie nivelada.

La punta de una bota le golpeó en el costado, despertándola.

—Es dura, general.

Tres hombres formaban un triángulo alrededor de ella. Uno era Hamil, los otros dos, Wunit y Vor. Los otros soldados estaban apiñados detrás de ellos, ceñudos. Kadiya vio que los labornokianos estaban magullados y trataban de no evidenciar el miedo que sentían.

Alzó la cabeza. Aunque sus brazos habían recuperado la Fuerza, su mano no logró alcanzar la empuñadura del talismán, que yacía parcialmente sepultado por su propio cuerpo.

— ¿Crees que ella conoce la manera de salir de aquí, señor? —preguntó Vor.

—Es muy posible —respondió Hamil—. En cualquier caso, podemos usarla para probar si hay otras condenadas trampas mientras inspeccionamos el lugar. Levantadla.

Nadie la tocó.

Kadiya aferró el talismán y se puso lentamente en pie, con la cabeza dolorida por los golpes que había sufrido. Atontada, se preguntó por qué no habían intentado arrebatarle la espada, y después recordó que tenían buenas razones para abstenerse de tocar aquella extraña arma.

Una luz grisácea flotaba sobre una especie de patio interior. Ante ellos había una fuente donde fluía el agua. Al otro lado de la fuente se veía una escalera que ascendía. La joven se acercó a ella, pero arriba se cernía la oscuridad y no consiguió distinguir adonde conducían esos peldaños.

En cada uno de ellos se veía, en rojo, la huella de un pie reluciente.

Hamil no demostró ninguna vacilación.

— ¡Adelante! —ordenó.

Puso un pie sobre la primera huella, y luego empezó a temblar violentamente como si se viera aquejado por la fiebre de los pantanos. Con el rostro blanco, retrocedió tambaleándose, desenvainó la espada y amenazó con ella a Kadiya.

— ¡Magia! —graznó—. ¡Que ella abra la marcha!

Empujó a Kadiya hacia delante, de modo que la joven apoyara el pie sobre la huella del peldaño siguiente.

¡Por el Trillium que sintió deseos de gritar!

La recorrió una sensación como una súbita llamarada. Después el talismán que sostenía repitió la sensación de ardiente calor, pero ella no podía desprenderse de la espada. Oyó que Hamil lanzaba un grito de asombro.

Kadiya había llegado al quinto escalón, y estaba ya fuera del alcance del hombre, cuando la reluciente huella que la esperaba desapareció repentinamente. Apoyó el pie sobre un círculo de plata en cuyo centro había un Trillium Negro.

Hamil no esperaba lo que ocurrió a continuación.

Kadiya estaba libre, completamente recobrada de sus heridas y del hechizo, y cada uno de los peldaños que tenía delante estaba marcado con el mismo símbolo estimulante. A medida que su pie se posaba en cada uno de ellos, una nueva fuerza se acumulaba en su interior.

La furia le invadió. ¡Si se daba vuelta podría matarlos a todos! No, ésa sería una respuesta estúpida. Hombres armados la vigilaban, algunos con arcos y flechas. Ella sólo tenía un talismán, del que todavía no estaba segura.

Un momento más tarde llegó a una amplia estancia que se hallaba en lo alto de la escalera. Las paredes aparecían cruzadas repetidamente por una red de luz roja. La cámara tenía en el centro un único bloque del extraño material de construcción, y sólo se veía allí otro color. Elevándose como de un lecho de tierra bien cultivada, se erguía una imagen tallada de una planta alta, hecha de un metal plateado. Una planta de trillium. El tallo terminaba en un único capullo, apretadamente cerrado.

Hamil la había seguido con cautela, y sus hombres detrás de él. Ahora se adelantó ruidosamente para observar la planta, con una mano sobre la empuñadura de la espada. Podía encontrarse en el corazón del territorio enemigo, con su ejército desbaratado, pero sin embargo nada en su postura insinuaba que el hombre no confiara ciegamente en sí mismo y en su propio poder. Fulminó con la mirada a Kadiya, quien le observaba decididamente con el talismán en una mano.

—No iremos más allá —manifestó la joven con calma.

El general echó un vistazo hacia atrás, por encima del hombro. No habló, pero Wunit y Vor se desplazaron rápidamente a ambos lados de su general, con las espadas desenvainadas.

—He oído decir —declaró en voz baja y cargada de odio—, que la sangre es poder. Éste es sin duda un lugar de poder. —Dio una orden—: ¡Conducidla hasta aquel altar!

Los hombres la acosaron con sus espadas para obligarle a retroceder hasta la piedra de la que brotaba la flor.

—Yo —dijo Hamil, con voz resonante— soy un hombre de sangre. He aprendido a pagar con sangre lo que deseo. Cuando tú mueras, princesa, ya no estarás unida a ese talismán mágico. Orogastus ya no tiene poder aquí. ¡Yo lo tengo! Pretendo mutilar esa mano tuya que sostiene el talismán, y cuando te desangres hasta la muerte, me apropiaré de él.

Alzó la espada. Sobre él se cernía la gigantesca Flor. A Kadiya le pareció que temblaba y que el capullo se desplegaba. ¿Era una flor o alguna otra cosa, como los centinelas? No podía estar segura, pues todo el capullo irradiaba un deslumbrante resplandor verde.

También la espada roma de su talismán centelleaba con un vivido color verde, rivalizando en potencia a la Flor.

Supo que algún cambio se había producido en el altar, entre el pulsar de la luz que se erguía por encima de su cabeza, pues Wunit y Vor y los soldados salieron huyendo hacia la escalera, con una expresión fantasmal y contorsionada por el miedo.

Hamil estaba negro de furia. Cargó contra ella.

Haciendo uso de algo que nunca había aprendido, su talismán respondió, bloqueando el ataque del general. A Kadiya le pareció que el tiempo transcurría de manera extraña, primero tan rápido como remolino de viento, y después como si unas pesas de plomo retardaran los movimientos de ambos. Cada vez que él la atacaba, ella bloqueaba el golpe. Él la triplicaba en tamaño, pero no podía vencerla ni traspasar la defensa invencible del talismán.-—

Hamil aulló, echando la cabeza hacia atrás y gruñendo como un animal. Después, ante el asombro de Kadiya, el hombre giró y bajó corriendo las escaleras.

Kadiya se apoyó en el altar para recobrarse. Por encima de ella, un enorme Trillium Negro se había abierto sobre el tallo plateado. La joven no se atrevía ahora a alzar la vista. Levantó el talismán y los tres ojos de la empuñadura se abrieron, enfrentándose a los tres más grandes que se encontraban en el centro de la flor del altar.

Entonces fue como si una ventana de la extraña habitación se hubiera abierto para dejar entrar el sol del mediodía. Los ojos brillaron. Parecieron llegar hasta lo más profundo de su alma.

Ella misma carecía ya de toda importancia. Ya no existía Kadiya, ya no existía Ruwenda, sólo la Dama de los Ojos.

Luego toda la gloria se desvaneció. Lo que había sido una columna de luz sobre el altar relampagueó y desapareció. No había Trillium Negro. La habitación estaba vacía, salvo por la presencia de la joven y de su talismán, ahora opaco.

Kadiya se volvió para dirigirse hacia la escalera. Los colores de las paredes se desteñían, todo se tornaba de un polvoriento color gris.

La joven descendió los peldaños y encontró una puerta abierta, luego oyó gritos de hombres y de otros seres, y el ruido de las armas en el exterior. Como alguien totalmente renovado, en cuerpo y espíritu, saltó fuera, al centro del combate.

Los labornokianos caían debido a los dardos envenenados que se clavaban en cualquiera de las partes expuestas de sus cuerpos. De la maleza brotaron cientos de uisgu que esquivaban ágilmente las flechas con curiosos pasos que parecían a medias saltos y a medias una danza. También habían skritek que luchaban contra los raros.

Hamil, con su capa del uniforme desgarrada desde los hombros, estaba combatiendo con tres diminutos uisgu que blandían sus lanzas. El general lanzó un terrible ataque destinado a mutilar a los tres, pero Kadiya saltó hacia delante, esquivando apenas otro cuerpo, para enfrentarse con él.

Más tarde siempre juraría que algún espíritu la había poseído. Casi se le cayó el talismán, pero aferró con ambas manos la hoja roma y rota y la levantó de la empuñadura justo en el momento en que Hamil iba a dar cuenta de ella.

— ¡Vuelve a aquello en lo que te convertiste —alcanzó a gritar la joven—, tú, hombre de sangre!

Hamil se retorció. Dejó caer su espada y se llevó ambas manos a la garganta. Sus ojos brillaban, las llamas brotaban entre sus labios y le recorrían el cuerpo. Lanzó un grito de tormento tan terrible que

produjo escalofríos a Kadiya. El Ojo Ardiente Trilobulado lo miraba con todo su poder, y el hombre cayó pesadamente al suelo. Al igual que la Voz antes que él, de Hamil sólo quedaron cenizas.

De la empuñadura del talismán brotó entonces otra gran lengua de fuego, que se dividió en muchas y amenazó a los skritek. Los monstruos huyeron siguiendo a los soldados de Labornok, también en fuga. La llama desapareció.

—Dama de los Ojos...

Kadiya observó la masa de jubilosos guerreros raros.

— ¡Jagun! —El nombre parecía venir de algún recuerdo muy lejano, parecía formar parte de otra época—. ¡Estás a salvo! —se regocijó la joven.

Pero otra voz habló entonces, una voz que silenció incluso los gemidos de los heridos.

¡Hija!

Kadiya se volvió hacia los sindona que guardaban la puerta. Por encima de sus nobles cabezas aparecía un círculo de plata, y dentro de él un rostro familiar que sonreía.

— ¡Dama Blanca! ¿He hecho lo que debía?

—Todavía no.

Kadiya exhaló un suspiro que fue casi un sollozo.

— ¿Qué debo hacer, entonces? ¿Debo llevar este talismán hasta el final?

—Así es —respondió la voz serena.

—Soy aquello para lo que fui creada.

En parte era una súplica.

—También es así.

¡Todavía tenía tanto que aprender!

— ¿Qué me espera ahora?

No hubo ninguna respuesta. La visión desapareció y Kadiya permaneció de pie mientras las lágrimas le corrían por el rostro magullado y herido. Se le había concedido una fugaz imagen de algo que estaba más allá de su comprensión, algo que ahora debería desear apasionadamente, pero sólo podía continuar adelante.

Se volvió para contemplar el campo de batalla. Los uisgu estaban allí, con Jagun, sonriendo entre ellos. Todos alzaron sus pequeñas manos en un saludo. Habían traicionado sus antiguas costumbres, habían reunido sus clanes y tribus con un único propósito. Debía ser su causa y su voluntad lo que los uniera.

Después de ser presentado a los rimoriks y de familiarizarse con sus habilidades, el príncipe Antar decidió que viajarían más rápido si llevaban solamente dos embarcaciones de madera, la translúcida canoa wyvilo de Anigel y un mínimo de previsiones. Antes de permitir a los hombres que se fueran a dormir, se les ordenó que confeccionaran arneses y riendas con las capas militares de cuero y que perforaran las embarcaciones para unirlas entre sí. Después de cinco horas de sueño, el grupo emprendió la marcha.

Como los rimoriks sabían adonde iban, no había necesidad de riendas. Los animales tiraron de los tres botes unidos cuando todavía se encontraban en aguas del arroyo, y llegaron al Gran Mutar en tan sólo tres horas. Una vez en el gran río, las criaturas pudieron tirar con mayor fuerza, mientras los caballeros remaban.

La liviana canoa de la princesa Anigel arrastraba las embarcaciones de madera, donde los hombres remaban, y con ella navegaban el príncipe Antar, el malherido sir Penapat y la Voz Azul, que había demostrado su incompetencia como remero, tal vez a propósito. El hecho de tener al acólito del hechicero en su propio bote, al menos daba a Anigel y Antar la oportunidad de vigilarlo. El esbirro se comportaba de manera ejemplar, refrescando la frente febril de sir Penapat en la proa, mientras el príncipe y la princesa conversaban hora tras hora en la proa, en voz baja.

Los rimoriks arrastraban tan rápidamente a los humanos que se encontraron en las cercanías de la aldea de Let al anochecer del mismo día, adelantándose apenas a una segunda gran tormenta.

Sin embargo, no lograron llegar antes que los glismak.

— ¡Señores del Aire... no! —gritó Anigel en cuanto avistó altas columnas de humo que se elevaban contra el cielo sombrío del anochecer.

Los botes todavía se desplazaban a tanta velocidad que la joven no se atrevió a ponerse en pie,

— ¡Usa tu Vista para estudiar la escena, Voz! —Le ordenó el príncipe—. Dinos qué ha pasado.

Anigel se había puesto muy pálida, y cuando habló lo hizo casi en un susurro.

—Espera, déjame intentarlo a mí.

La Voz Azul la observó atónito mientras la joven cerraba los ojos y se quedaba inmóvil como una piedra. Pero su adorable rostro no adquirió el aspecto repelente, con los ojos vacíos, típico en el esbirro de Orogastus. Al cabo de unos minutos, Anigel dijo.

—Los glismak atacaron la aldea desde tierra hace alrededor de una hora. No sé decir sí es la misma horda que atacó a tus hombres. Parece haber casi el triple de raros que vimos en el Kovuko. Han incendiado muchas casas. Veo al Portavoz Sasstu-Cha, intentaré hablarle.

El príncipe y la Voz Azul esperaron.

— ¡Si hay que luchar, puedes contar con que yo haré mi parte! —Dijo ansiosamente sir Penapat—. ¡Aun con un ojo, una pierna y un brazo podría superar a cualquiera de los hombres! Tú me conoces, príncipe.

—Claro que sí, Peni —respondió el príncipe con expresión apenada—. Pero me temo que no podremos hacer gran cosa si esos salvajes ya han arrasado Let.

La princesa Anigel abrió los ojos.

—El portavoz nos agradece nuestras amables intenciones —dijo opacamente—, pero el combate es ahora cuerpo a cuerpo, y la tercera parte de las viviendas están en llamas. Va a capitular, como es su costumbre cuando está derrotado, y pagar una gran indemnización en productos a los invasores, quienes entonces se retirarán durante varias semanas.

—Pero, princesa —protestó la Voz Azul, con un agudo tono de reproche—, tú puedes salvarlos. Basta con que lo desees.

— ¡Silencio, tú, canalla malparido! —Siseó el príncipe—. ¿Cómo te atreves a dirigirte a la señora con ese tono presuntuoso?

Anigel miró con fijeza a la Voz Azul, con los ojos muy abiertos y mordiéndose los labios con sus dientes blancos y pequeños, observándolo como si fuera un gusano venenoso de la ciénaga que acabara de colarse en la embarcación. Pero un instante más tarde, la joven dijo:

—Tiene razón. Yo podría salvar a los pobres wyvilo, si tuviera el valor de invocar una fuerza asesina por medio de mi talismán. Tendría que conjurar fríamente el mismo odio, el mismo asco y el mismo deseo de muerte que concentré inadvertidamente sobre el jefe glismak en la escena de la otra masacre.

—Entonces hazlo —la instó la Voz Azul—. ¡Salva a tus amigos!

—Yo... no me atrevo —respondió Anigel, y empezó a sollozar.

La Voz Azul se encogió de hombros y sonrió.

—Son sólo raros.

— ¡Son criaturas racionales que no conocen otro estilo de vida!—exclamó la joven—. Los glismak son niñitos malvados que deben ser castigados para que aprendan a hacer otras cosas... pero, ¿cómo pueden aprender su lección los muertos?

—Mientras tú cavilas y derramas lágrimas necias, tus amigos mueren.

— ¡No puedo evitarlo! —Oh, sí que puedes. Ella gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡No puedo! No sé cómo y me duele el corazón, pero estoy tan horriblemente asustada que no puedo...

Interrumpió sus palabras como si hubiera pronunciado la peor blasfemia, y cobró un aspecto tan temeroso y desesperado que Antar estuvo a punto de descargar toda la fuerza de sus puños sobre la instigadora Voz Azul. Pero antes de que él pudiera actuar, el rostro de la princesa volvió a cambiar, como si se diera vuelta la página de un libro de retratos. La joven se tranquilizó.

—Príncipe Antar, si yo voy, ¿me acompañarás?

— ¿A Let? ¿Ahora?

Al ver que ella estaba completamente seria, el joven se recobró y respondió:

—Dulce señora, te acompañaré hasta las puertas del infierno si me lo pides.

Anigel asintió.

—Amigos míos, deteneos —indicó con voz extraña, suave.

La hilera de tres embarcaciones disminuyó la velocidad hasta detenerse, y los botes empezaron a mecerse sobre las aguas agitadas, pues soplaba un fuerte viento y el cielo detrás de ellos estaba colmado de

nubarrones de tormenta, oscuros y purpúreos.

Ya se oían truenos distantes. A media legua hacia delante y a la derecha, se veían las columnas de humo gris que se dispersaban al alcanzar cierta altura, formando un oscuro techo sobre la aldea de Let.

— ¡Sir Owanon! —llamó Anigel al segundo de Antar, quien viajaba en el primer bote—. Corta las riendas que unen tu bote a los rimoriks.

Mientras él se apresuraba a obedecerle, la joven cortó las cuerdas que unían su canoa al otro bote.

Amigos, nadad hasta mi bote para que pueda volver a engancharos.

Allí vamos.

El príncipe Antar y los otros todavía no alcanzaban a comprender lo que la joven pretendía hacer, pero cuando siguió dando órdenes, su intención se hizo más clara.

—hombres! ¡Vosotros! ¡Remad hasta aquí para embarcar a la Voz Azul y a sir Penapat con vosotros. Tú, el que estás a popa del bote de sir Owanon, corta la cuerda que lo une al otro bote. Traed-me las cuerdas.

Todos saltaron para cumplir las órdenes, mientras la joven tomaba las cuerdas cortadas de la boca de sus rimoriks y con su pequeño cuchillo abría unos agujeros en la parte superior del casco para pasar por ellos las cuerdas y anudarlas acto seguido. Las otras dos las utilizó para improvisar riendas que ató a ambos animales.

Compartamos el mitón, y estaremos dispuestos, dijeron los rimoriks.

De la bolsa que pendía de su cinturón, la joven extrajo la calabaza escarlata y tomó un sorbo. Los animales le lamieron los dedos mientras el príncipe observaba atónito la escena.

Sir Penapat había sido trasladado al otro bote, pero la Voz Azul permanecía en la proa de la canoa wyvilo de Anigel. Ahora empujó a las otras dos embarcaciones de madera tripuladas por los caballeros, de modo que éstas se separaron rápidamente, llevadas a la deriva por el viento.

—¡Yo también me quedaré contigo, princesa! —gritó la Voz—.¡Puedo servir de ayuda!

—¡Sal de este bote, patán de mal agüero! —gritó el príncipe Antar.

El joven se volvió y empezó a avanzar hacia el acólito con tanta violencia que la liviana embarcación se sacudió terriblemente.

Pero ya era demasiado tarde. La princesa Anigel impartió una orden a los rimoriks y los animales partieron a toda velocidad.

—¡Vosotros ganad la costa opuesta! —gritó Anigel a sir Owanon—. No debéis estar en el río cuando se desate la tormenta. Si mañana no hemos regresado, salvaos como podáis, ¡Adiós!

La pálida canoa salió disparada, con Anigel conduciéndola, y los dos botes pronto se perdieron de vista.

Antar había caído al fondo de la embarcación por la súbita partida. Durante un rato se limitó a aferrarse a uno de los banquillos, temiendo que pudieran volcar en cualquier momento, en cuyo caso él, con su armadura, se hundiría como una piedra. Pero sólo se deslizaron rápidamente, salpicando, por encima de las aguas agitadas, como si fueran una flecha lanzada a poca altura, avanzando con mayor rapidez de la que él hubiera podido imaginar.

La Voz Azul permanecía con ellos, acurrucado en el mínimo espacio posible, y con la capucha cubriéndole el rostro. Antar no podía arrojarlo por encima de la borda. Mascullando para sí, el príncipe se acomodó mejor, pero estaba de mal talante. La princesa no prestó ninguna atención a ambos hombres.

Lo que ocurría era que Antar estaba apenado por la manera en que la adorable Anigel le había dado órdenes, a él y a todos los demás, no porque su devoción por la princesa hubiera vacilado ni un instante: estaba tan decidido como antes a morir en su nombre. Pero ella, que le había parecido tan patética en la mazmorra de la Ciudadela, tan bella y condenada cuando cayó por la catarata, tan semejante a una diosa cuando redujo a los glismak, tan joven y vulnerable cuando combatía sus demonios interiores unos minutos antes, era ahora la viva imagen de una reina guerrera y vengadora mientras azuzaba a sus rimoriks. Algo muy profundo dentro de Antar veía con poca simpatía este cambio, e incluso lo temía.

La joven mantenía los ojos cerrados y el príncipe no dudaba de que estaba estudiando las visiones de la matanza que se llevaba a cabo en Let, mientras avisaba a los wyvilo de que estaba en camino.

¡Sin embargo, qué adorable era! Qué graciosa, incluso con su atuendo masculino, con el cabello al viento y la tiara mágica firmemente situada sobre su frente. Se erguía contra el cielo del anochecer, donde los

fuegos que ardían en la aldea pintaban las nubes panzonas con reflejos de color carmesí. La sangre de Antar corrió con mayor rapidez en su interior y el joven no deseó en ese momento más que morir por amor a ella.

¿Qué ocurriría con la princesa Anigel y con él? El príncipe se había rebelado contra su padre, había traicionado a Labornok, poniendo su destino al servicio de su amada, que había jurado liberar su país. ¿Pero sería posible, aun con la ayuda del talismán mágico? Orogastus también podía dominar el rayo y la Voz Azul había asegurado al príncipe que el hechicero ya estaba en posesión del talismán de una de las hermanas reales, y que pronto se apoderaría del otro.

Anigel querría regresar a la Ciudadela. Sin embargo, seguramente su intento sería fútil. Más de la mitad de la fuerza invasora de Labornok, de diez mil hombres, seguía acuartelada allí, y el resto del ejército, que había acompañado al general Hamil en la persecución de la princesa Kadiya, regresaría pronto de la ciénaga. ¿Qué oportunidad tenía Anigel, incluso con sus nuevos poderes, para enfrentar a todo el poder de Labornok y a los Poderes Oscuros de Orogastus?

El rey Voltrik ya estaba recobrado y más decidido que nunca a dar muerte a las princesas. Sin duda no daría gran importancia a la deserción del hijo al que despreciaba. ¡Desde luego, el condenado hechicero estaría encantado! Orogastus incluso podía lograr que el perturbado rey lo nombrara su heredero. ¡Tal vez ése hubiera sido siempre su plan!

Si el hechicero Orogastus se apropiaba del poder y Labornok emprendía la conquista de todo el resto de la Península, ¿acaso Anigel y él estarían a salvo en alguna parte? ¿O tal vez ellos dos y un puñado de fíeles compañeros se verían obligados a huir a alguna tierra distante donde...?

Un movimiento.

Antar emergió de su sombrías cavilaciones y se volvió, sólo para ver que la Voz Azul había abandonado su sitio y reptaba en dirección a él.

— ¿Qué quieres? —preguntó el príncipe con aspereza.

El fuerte viento se llevó sus palabras.

—Sólo deseo hablarte un momento, príncipe. Acabo de conferenciar telepáticamente con mi Amo Todopoderoso, y él me ha pedido que te transmita un mensaje de la mayor urgencia.

—Las últimas falsedades de tu sucio hechicero no me interesan lo más mínimo. ¡Vuelve al sitio donde estabas! ¡Vuelve, te digo!

Pero la Voz Azul siguió avanzando firmemente, su rostro esquelético abierto en una sonrisa tan falsa que el príncipe se enfureció primero y se alarmó después. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar y desenvainar la espada, el esbirro había caído sobre él,

saltando como un lothek sobre su presa, despreciando olímpicamente la armadura azul que protegía al príncipe.

En una mano blandía un puñal largo y delgado, que clavó hacia arriba en la gorguera de placas móviles que protegía el cuello de Antar. El afilado acero se deslizó al interior, y si el príncipe no se hubiera inclinado hacia un costado, le hubiera cortado el cuello. Pero la suerte y la misericordia quisieron que sólo lo hiriera la piel del costado de la garganta antes de que el guantelete metálico de Antar aferrara la mano del atacante, para retirar el arma. Los dos hombres empezaron a luchar salvajemente en el fondo de la embarcación.

La princesa Anigel detuvo de inmediato a los rimoriks. Vio a Antar luchando con la Voz Azul, y se asió de la borda de la embarcación sin poder moverse por temor a naufragar. Tampoco podía fulminar con un rayo a la Voz sin hacer que todos se hundieran. Estaba confundida y sólo se le ocurrió invocar a la Dama Blanca. Pero no le llegó ninguna ayuda.

La Voz Azul era increíblemente fuerte, ya que compartía de algún modo los Oscuros Poderes demoníacos de su amo. Había logrado subirse encima del hombre con armadura, ahora caído, poniendo una rodilla a cada lado del cuerpo de Antar. Aferraba la enorme daga con ambas manos, acercando cada vez más la punta al rostro del príncipe, que tenía levantado el yelmo. Antar aferró las muñecas del acólito del hechicero, pero ni siquiera su gran fuerza fue suficiente para detener el continuo descenso del puñal sobre sus ojos.

Anigel se arrancó la tiara de la cabeza y gritó:

—¡No! ¡No lo mates! ¡Te daré el talismán!

La Voz Azul levantó su cabeza afeitada. Una larga magulladura se extendió desde una oreja hasta la mitad de la frente, y la sangre convertía su rostro demacrado en una máscara pavorosa. Sus ojos ardientes se

cruzaron con los de la princesa mientras hablaba apretando los dientes, con la daga a menos de un dedo del ojo derecho de Antar.

— ¡Coloca la tiara sobre mi cabeza! —exigió, hablando con la voz del hechicero Orogastus.

— ¡No! —Le gritó el príncipe Antar—. ¡Después nos matará a los dos!

Pero Anigel ya se inclinaba hacia delante, con la tiara en las manos, y el bote se mecía de un lado a otro, mientras las primeras gotas de lluvia, duras como guijarros, caían sobre los tres y alisaban momentáneamente la agitada superficie de las aguas.

A cada lado del bote emergió un rimorik.

Sus cuerpos bruñidos ascendieron casi lentamente, y sus grandes mandíbulas estaban muy abiertas, tan enormes que podían engullir la cabeza de un hombre. Sus largas y ásperas lenguas se desplazaron como látigos. Con la misma delicadeza con la que habían lamido el mitón de los dedos de la princesa, esas lenguas se enroscaron ahora alrededor de los antebrazos de la Voz Azul.

El hombre chilló. Lo retenían con fuerza. Anigel cayó hacia atrás, todavía sosteniendo la tiara. Antar soltó las muñecas de la Voz al mismo tiempo que los animales empezaban a nadar hacia la popa, con sus grandes cuerpos todavía medio sumergidos.

El acólito del hechicero, que seguía chillando a pleno pulmón, fue arrastrado por encima del príncipe, y luego elevado en el aire hasta donde terminaba la embarcación. Desapareció en las negras aguas por la popa con un gran chapuzón, y los rimoriks lo siguieron. La lluvia cesó momentáneamente.

Momentos más tarde, las dos grandes cabezas sonrientes emergieron a proa, cerca de la princesa Anigel. Un pequeño retazo de tela azul pendía de los dientes de uno de los animales.

OH, amigos

Toma las riendas. Una gran tormenta está casi encima de nosotros. Hundirá el bote si no nos damos prisa en desembarcar.

— ¿Estás herido? —le preguntó la princesa a Antar con gran ansiedad—. Veo sangre sobre tu pechera.

—Es sólo un rasguño. Una vez más me has salvado la vida, mi querida señora, y…

— ¡A Let, entonces! —gritó Anigel, sacudiendo las riendas.

Partieron entre una nube de espuma, mientras el pesaroso príncipe volvía a sujetarse par salvar su vida.

Cuando la Voz Azul pereció, Orogastus lanzó un poderoso gruñido; emergió de su trance bañado en sudor y se reclinó en la gran silla de su estudio, desde donde había sido testigo del fracaso de su táctica.

— ¡Ha sido culpa mía! ¡Soy el único culpable! Y ahora hay dos talismanes fuera de mi alcance.

Si sus investigaciones no se equivocaban con respecto a la Fiesta de las Tres Lunas, sólo le quedaban tres días y cuatro noches para alcanzar su gran designio.

Como había sido convocado por su Voz Azul, Orogastus pudo presenciar con su ojo mental la lucha entre la Voz y el príncipe Antar. Sin embargo, el bote parecía conducido por una persona invisible, ya que la princesa todavía estaba protegida de la sobrenatural vista del hechicero gracias al amuleto, ahora colocado dentro de la tiara de su talismán.

La Voz Azul había querido postergar el ataque al príncipe Antar hasta que hubieran llegado a tierra firme, pero al hechicero le pareció que había más posibilidades de éxito si se amenazaba a Antar en las aguas turbulentas, y sin wyvilo amistosos ni leales caballeros que pudieran advertir a la princesa o brindar ayuda al joven. Orogastus no dijo a su asistente que si ocurría lo peor y la canoa volcaba en medio del río Antar hubiera perecido junto con la Voz Azul, ya que su armadura lo condenaba a hundirse. Mientras tanto, los rimoriks seguramente hubieran rescatado a Anigel y su talismán.

Pero ahora el agente de Orogastus estaba muerto y el príncipe Antar seguía con vida, comprometido con la princesa y en condiciones de atraer a su nueva causa a un incierto número de labornokianos. Vivo, seguía constituyendo un obstáculo nada desdeñable para las ambiciones del hechicero.

Pensando furiosamente, Orogastus se incorporó de su silla y caminó nervioso por su estudio. La nieve había cesado de caer y las condenadas Lunas Triples convertían las laderas más altas del monte Brom en una escena de plateada belleza que dejaba sin aliento.

La princesa Haramis se había retirado. La conversación que ambos habían mantenido ese día había sido muy satisfactoria. Ella parecía aceptar ahora la versión que el hechicero le había dado acerca de la invasión labornokiana, que arrojaba la responsabilidad de las atrocidades sobre las espaldas del rey Voltrik y del general Hamil, convirtiendo a Orogastus en un cómplice reticente. Se las había arreglado para explicar o justificar casi todo. Afortunadamente, a Haramis no se le había ocurrido visualizar a la princesa Kadiya durante su confrontación con el difunto general Hamil. Orogastus consideraba que cualquier

visualización que Haramis pudiera hacer ahora de sus dos hermanas no perjudicaría en nada su propia causa.

Porque, lo admitiera o no, la princesa Haramis estaba enamorada de él.

El hechicero no estaba dispuesto en lo más mínimo a analizar esa emoción. Por supuesto, era imposible que él se hubiera enamorado de la joven. Y sin embargo, un pequeño demonio que reptaba en el interior de su alma le advertía que debía permanecer en guardia. No le había mentido a Haramis cuando le dijo que había sido célibe. Tendría que andar con mucho cuidado. Su mente era invulnerable a ella, pero su cuerpo era una cosa completamente distinta: cuando ambos se habían excitado mutuamente, ese breve goce había superado cualquier otro que experimentara antes.

Y lo había asustado hasta la médula.

El amor sexual estaba tradicionalmente prohibido a los que se dedicaban a la magia, por buenas razones. Distraía de las grandes metas, cegaba la objetividad y drenaba las energías que debían ahorrarse y concentrarse si alguien quería llegar a ser verdaderamente poderoso.

¡Sin embargo, la necesitaba! No sólo por el talismán que ella poseía: era la colaboradora que había buscado durante tantos años, infinitamente superior a las reptantes Voces. Ella tenía la llave para el Cetro de Poder que hasta los desaparecidos habían temido.

Así, usaría a Haramis, compartiría cosas con ella, incluso experimentaría placer con ella. Pero debía estar seguro de no enamorarse.

Al día siguiente deslumbraría a la princesa con otros aparatos antiguos, luego despertaría su compasión contándole más detalles de la historia de su propia vida. Si con todo ello no sucumbía a él, como era posible en el caso de una joven tan obstinada, entonces aflojaría delicadamente la trampa, que podría cerrarse otra vez y para siempre cuando llegara el momento culminante.

Orogastus dejó de pasear de un lado a otro y su rostro se distendió en una sonrisa. Volvió de nuevo a su silla y, después de sentarse, entró en trance, mientras sus ojos se convertían en estrellas para hablar con el único acólito que le quedaba, en la Ciudadela de Ruwenda.

— ¡Mi Voz Verde!

—Te oigo, Amo Todopoderoso.

— ¿Has encontrado algo nuevo entre los libros de la biblioteca de la Ciudadela?

—Un número de referencias que pueden ser de importancia, Amo. Una antigua historia de Ruwenda cuenta que los primeros pobladores humanos creían que vivían en la «Edad del Trillium». El final de esta primera edad y el comienzo de un nuevo mundo se advertiría por un notable desastre, y los acontecimientos culminarían en una Fiesta de las Tres Lunas, momento en que el Trillium del Cielo se manifestaría. En apariencia se está describiendo alguna clase de inusual acontecimiento astronómico.

—Sin duda. Eso es muy interesante y confirma una de mis propias teorías. Continúa.

—En un libro dedicado a describir las prácticas mágicas de los uisgu, había un intento de traducción de cierto cántico. Lo citaré:

Uno, dos, tres, tres en uno. Uno la Corona de los Bastardos, don de sabiduría, magnificadora de pensamientos.

Dos la Espada de los Ojos, portadora de justicia y de piedad. Tres la Vara de las Alas, llave y unificadora... Tres, dos, uno: uno en tres. Trillium, ven. Todopoderoso, ven.

—Por lo visto, los uisgu entonan este cántico en su propia Fiesta de la Triple Luna, aunque no conocen bien su significación.

—Yo puedo aventurar una suposición —dijo Orogastus ásperamente—. Una vez más has encontrado material que me ayuda a confirmar mis propias investigaciones. ¡Bien hecho! ¿Hay algo más?

—Amo, un último descubrimiento. De un portento poco auspicioso.

—Habla.

—Se refiere al llamado Triple Cetro de Poder que, según hemos convenido, sería la combinación de los talismanes. En un cajón mohoso encontramos hace algunos días un rollo que era casi ilegible. Sólo hoy logré abrirlo con el mayor cuidado. De inmediato advertí que el documento estaba escrito en tuzameni, la lengua de tu propia tierra.

—Eso es muy poco frecuente. Ningún pueblo de la Península se ha enterado prácticamente de la existencia de mi país. Continúa.

—Casi todo el pergamino es indescifrable, excepto una parte que habla de un llamado «Gran Cetro». Ese fragmento dice: «El Gran Cetro que fue roto y escondido por los que se marcharon reaparecerá y hará temblar las raíces del mundo, al convertir lo viejo en nuevo y ocasionar la caída de una gran estrella.»

—Ya veo.

Orogastus permaneció unos momentos en silencio. Después dijo, casi con ligereza:

—Hay millones de estrellas en el cielo, mi Voz.

—Sí, Amo Todopoderoso.

— ¿Cómo ha reaccionado el rey Voltrik ante las noticias de la perfidia del príncipe Antar?

—Tuvo un ataque de ira cuando se enteró de que su hijo había puesto su espada y su corazón al servicio de la princesa Anigel. Pero a pesar de tus deseos, no accedió a desheredar inmediatamente al príncipe. Antar es popular entre los soldados debido a su buen carácter y a sus capacidades físicas, y cuenta con muchos partidarios nobles entre los parientes de su difunta madre. Su Majestad desea postergar el castigo y la caída del príncipe hasta que regrese a la Ciudadela la fuerza comandada por el general Hamil, con lo cual se incrementará el número de hombres leales al trono.

—Nuestro rey actúa sabiamente.

Y Orogastus añadió para sí:

Más sabiamente que yo y así me evita cometer otro gran error. Poderes Oscuros, ¿qué me ocurre que calculo todo tan mal?

Pero los Poderes se negaron a responder.

—Me temo que ahora deberás darle al rey otras malas noticias. Hamil está muerto —dijo el hechicero a su Voz—. Su ejército, sin embargo, está virtualmente intacto, bajo el mando de lord Osorkon. No es necesario que des detalles a Voltrik, dile que la situación todavía no está clara, pero desafortunadamente la misión de capturar a la princesa Kadiya y su talismán ha fracasado, al igual que la emprendida contra la princesa Anigel.

—¡Amo...!

—Y tanto mi Voz Roja como mi Voz Azul han muerto.

—¿Puedo preguntar cómo perecieron mis hermanos y el general?

—Puedes decirle al rey Voltrik que tanto la Voz Roja como el general Hamil perecieron durante un intento frustrado de obligar a Kadiya a rendirse y entregar su talismán. Esa cosa estaba mágicamente ligada a ella y los mató a ambos cuando intentaron apoderarse de él. Debes decir al rey que la princesa Kadiya escapó, pero asegúrale que huyó a las profundidades de la ciénaga y ya no será una amenaza para Labornok.

—¿También debo contarle a Su Majestad la suerte que corrió la Voz Azul?

—No le digas nada. Para tu propia información, la Voz Azul intentó atacar al príncipe Antar cuando ambos se hallaban a bordo de una embarcación. La Voz cayó al agua y se ahogó.

—¡Dolor! Azul era el más valiente, y Roja, el manipulador más astuto.

—Pero tú eres el más inteligente, mi Voz Verde, y a ti te corresponde la tarea más delicada: evita que el rey Voltrik cometa cualquier estupidez irreparable hasta que yo pueda regresar a la Ciudadela. Lord Osorkon está llevando a su ejército de regreso a marchas forzadas. Como el río fluye más rápido debido a las tormentas que ya han azotado las montañas, sus embarcaciones deberían llegar dentro de tres días. Puedes decirle eso al rey.

—Los monzones ya han traído las primeras lluvias también a la Ciudadela, Amo. Muy pronto todos los senderos, por tierra y por agua, estarán absolutamente intransitables. A causa de cierta inquietud reinante entre los ruwendianos de las regiones circundantes, el rey Voltrik ha decidido que todo su ejército permanezca aquí durante la época de lluvias. Él y su plana mayor han acordado acuartelar la mitad del ejército en diversas casas solariegas y aldeas, y la otra mitad en el Alto de la Ciudadela.

—Sabia medida. —*¡Otra contingencia que debía haber previsto para aconsejar al rey!*—. Además deseo, mi Voz, que lamentes ante el rey la traición del príncipe Antar en cada oportunidad que se te presente. Insta a Su Majestad a desheredar al príncipe en cuanto lleguen los oficiales leales. No es necesario que diga que si algo le ocurriera a Voltrik, mis propios planes correrían un gran peligro.

—Comprendo eso, Amo. Haré todo lo que pueda para aconsejar al rey. Pero se inquieta cada vez más a medida que se aproxima la Fiesta de las Tres Lunas. Ciertos siervos ruwendianos de la Ciudadela ya han

hecho conocer al rey, arteramente, las sombrías profecías relacionadas con ese acontecimiento. El preferiría regresar a Labornok...

— ¡No debe abandonar la Ciudadela! ¡Las lluvias lo atraparían en la Pauta Comercial!

—Amo, se lo he advertido. Pero aun así, él piensa que esta Ciudadela es un lugar del mal agüero, por ser tan antigua y estar tan colmada de magia ruwendiana.

— ¡Tonterías! Tranquilízale. El conoce mis Poderes Oscuros, los que lo llevaron a la victoria ¡Sabe que son superiores! Yo mismo estaré con él antes de que las Tres Lunas entren en conjunción.

— ¡Amo! ¿Pero cómo? Entre tu torre y la Ciudadela hay ocho días de viaje, incluso con buen tiempo.

—No te preocupes por cómo lo haré. Simplemente espérame antes de esta Fiesta de las Lunas y dile al rey Voltrik que estoy en camino, y que todo saldrá bien.

—Amo Todopoderoso, lo tranquilizaré y esclareceré todos los acontecimientos penosos; él te recibirá bien y estará ansioso de escuchar tus consejos.

—Excelente. Adiós, mi Voz Verde.

Cuando la visión de su acólito se desvaneció, el hechicero permaneció sentado durante un rato, con la cabeza apoyada es las manos. Después se recobró, mientras una expresión sombría endurecía sus facciones.

—Todo saldrá bien. Primero consultaré al espejo de hielo para visualizar a la princesa Kadiya y luego me aseguraré de Haramis.

A la noche siguiente, Tras regresar a su habitación después de haber cenado con Orogastus, Haramis encontró un regalo que la esperaba: un gran paquete envuelto en tela negra y atado con una cuerda plateada, junto con una nota de él.

Cariño mío:

Mañana te mostraré mi posesión más preciosa, el espejo de hielo con el que puedo escrutar los más lejanos rincones del mundo. No se lo he mostrado a ser humano alguno. Para no ofender a los Poderes Oscuros que hacen funcionar al espejo, te pido que me acompañes ataviada con las ropas que contiene este paquete, que yo mismo he confeccionado especialmente para ti, con la osada esperanza de que has venido a compartir mi deleite por estos misterios ocultos y que sentirías alguna consideración por aquel que ofrece ponerlos a tus pies, junto con su propio corazón.

Si son sólo presunciones mías, queridísima princesa, y prefieres marcharte de aquí mañana temprano, por favor, te pido que perdones la audacia de esta nota y excuses al estúpido que ha estado solo durante tanto tiempo, esperándote, y que hasta ahora nunca había conocido el amor.

Para siempre tuyo, con profundo respeto,

OROGASTUS

Haramis se inquietó ante el tono excesivamente íntimo de la misiva.

¿Creerá que me tiene embrujada, que estoy lista para entregarle mi corazón en bandeja? ¿Soy acaso una muchacha campesina, dispuesta a convertirme en esclava del primer hombre que me toca? ¿ O creerá que estoy deslumbrada por todos los antiguos aparatos que ha reunido?

Haramis reflexionó acerca de las cosas que hasta el momento le había mostrado Orogastus.

¿Quién sabe de qué podrían ser capaces esas máquinas? No me parecen en absoluto juguetes, y esa que le agrada particularmente, la que parece una ballesta, tenía un aura claramente siniestra.

Por otra parte, quizá no sea el villano que yo supongo. Pobre hombre, qué infancia tan horrible.

Por supuesto, es imperdonable que haya respaldado la invasión del rey Voltrik. Pero supongo que no podría haberse opuesto directamente al monarca sin que lo expulsaran de Labornok. Por otra parte, él sabía que su destino no estaba en su distante tierra natal sino aquí, en estas mismas montañas, donde la Caverna de Hielo Negro lo esperaba para entregarle sus tesoros.

Si yo hubiera estado en su lugar, se preguntó la joven, *¿qué habría hecho? ¿Acaso hubiera sido capaz de comportarme de manera más inteligente o ética? ¿Hubiera rechazado la posibilidad de convertirme en hechicera de la corte de un gobernante corrupto, si eso significaba ignorar la llamada de mi destino más grandioso?*

Abrió el paquete y se dedicó a examinar las vestimentas que, supuestamente, la harían aceptable para los Poderes Oscuros. Cuando las hubo visto, no pudo resistirse a probárselas, sólo para ver cómo le quedaban.

Había una túnica interior hecha de algún material forrado en piel negra y botas a juego. Sobre ella iba otra túnica de material plateado, con partes de color negro centelleante, muy fría al tacto. También había una capa negra, forrada en plata, con un broche labrado y un dibujo de una estrella en la espalda. Finalmente extrajo del paquete un tocado pavoroso, que la hizo vacilar varios minutos antes de que atinara a probárselo. Era una máscara plateada que se ajustaba mucho a su frente y barbilla, y que dejaba al descubierto la parte inferior de su rostro. En todo el perímetro, comenzando justo por encima de sus hombros, había rayos puntiagudos, muy altos en la coronilla, que la circundaban la cabeza con una gran estrella reluciente y que le dejaba el cabello libre por detrás. La máscara no era de metal, sino de algún material más blando que parecía cuero plateado. También había unos guantes, con puños largos, a juego con el resto.

Finalmente ataviada con estas prendas, Haramis sintió un urgente deseo de arrancárselas, salir huyendo de la habitación y llamar a su quebrantahuesos para que se la llevara lejos. El talismán, que pendía como siempre de su cuello, se había tornado frío como el hielo, y el ámbar había perdido brillo.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó. *Estas ropas me resultan extrañas. Los aparatos que él me mostró no son mágicos, estoy segura de eso, pero hay algo en estas ropas... ¿Existirán verdaderamente esos Poderes Oscuros de los que habla? Sin duda, él cree en ellos y, en cualquier caso, algo les da capacidades que trascienden las de los hombres comunes. Es posible que en su momento Qrogastus sea perfectamente capaz de dominar el mundo, tal como ambiciona.*

¿Por eso me siento tan extrañamente atraída hacia él? Qrogastus posee poder, del origen que sea, pero ¿qué clase de poder? ¿Se trata de algo que puedo aprender y utilizar?

La estremeció un espasmo de temor. Alzó el Círculo Trialado, fijó la mirada en la zona interior del círculo, y dijo:

—¡Dama Blanca! ¡Respóndeme!

Durante largo rato no ocurrió nada. Entonces se le ocurrió quitarse los guantes plateados, ante lo cual la vara se hizo más cálida entre sus manos desnudas y el ámbar de trillium empezó a latir, brillando apenas, mientras la joven hacía sus invocaciones. Lentamente, una bruma perlada apareció dentro del círculo, y en él se dibujó el rostro demacrado de la archimaga, que descansaba sobre una almohada. La anciana alzó la vista, obviamente dolorida. Sus ojos, dos rendijas negras de las que manaban lágrimas, observaron a Haramis ataviada con las ropas que Orogastus le había dado.

—¿Tan pronto?

Su voz fue tan débil como un céfiro que agitara un campo de flores.

—¿*Te* ha ganado con tanta facilidad...? Pero no. Te juzgo injustamente, querida niña. Veo que todavía no has elegido su bando.

—¡Por supuesto que no!

La ansiedad que Haramis sentía por el estado de la Dama Blanca se convirtió en irritación. El tono de la anciana había sido el de un adulto que regaña a una criatura que se ha portado mal. Haramis no había invocado a la archimaga por un sentimiento de culpa. ¡Ella no había hecho nada malo, ni tampoco estaba avergonzada!

—Vine aquí porque fui invitada —dijo la princesa con fría cortesía—, y porque me preguntaba si habría alguien que en verdad supiera la verdad acerca de Orogastus. Vine a ver por mí misma qué era y a investigar sus debilidades, tal como tú misma me ordenaste que hiciera.

—Es verdad que tal conocimiento puede ser útil —admitió amablemente la archimaga—, pero, ¿es prudente permanecer bajo su mismo techo?

—No corro ningún peligro aquí —la interrumpió Haramis sin prestarle demasiada atención—. Mi quebrantahuesos es capaz de sacarme de este lugar en cualquier momento. Orogastus no puede robarme el talismán. Me trata con amabilidad...

—Más que amabilidad.

Bajo la máscara plateada, Haramis se ruborizó.

—Sí —reconoció.

—Veo que estás intrigada, Haramis, tan fascinada por el hombre como por su poder. Crees que conoces un gran secreto acerca de los aparatos de los desaparecidos, y supones que Orogastus ni siquiera lo sospecha, un secreto que lo hará vulnerable.

—Sí —dijo Haramis—. Después de todo, para eso vine aquí, para procurarme conocimientos. Hay mucho que aprender aquí. Y cuanto más aprendo, más preguntas se me plantean acerca de Ruwenda y de su

magia. Pero estoy progresando y todo saldrá bien. Estoy segura de eso.

—Sí, todo saldrá bien. Pero debes venir pronto a mí y escuchar mi punto de vista. Difiere en gran medida del de Orogastus, y a algunas personas les parecería menos glorioso. Pero debes decidir por ti misma. Entre mi camino y el de Orogastus y su poder se abre un gran abismo. Debes conocer ambos caminos antes de hacer tu propia elección.

—Sí —convino Haramis—. Pronto acudiré a ti.

—No tardes demasiado.

El rostro de la anciana desapareció. El círculo estaba vació.

Haramis soltó el talismán, que quedó pendiente de su cadena. Después se dirigió al alto espejo del cuarto de baño y contempló la figura poco familiar que se reflejaba allí. Negro y plata. Los ojos eran impenetrables; la figura, alta e imponente. Y... sí, también atemorizadora.

Se alejó del espejo y espejo y empezó a quitarse las ropas. Pero sabía que al día siguiente volvería a ponérselas, y que acompañaría al hechicero a la Caverna de Hielo Negro.

Tras haber sido advertido por medio del lenguaje sin palabras de la inminente llegada del bote, el Portavoz Sasstu-Cha y una delegación de ancianos de la aldea recibieron a la princesa Anigel y al príncipe Antar en el muelle, no demasiado lejos de la escena del combate. Los wyvilo condujeron a los humanos al refugio que ofrecía un depósito cercano, ya que llovía a cántaros.

—Apagará los incendios —comentó el Portavoz de Let—, pero no conseguirá ahuyentar a los guerreros glismak. Ya hemos recibido a una delegación que ha exigido el botín. Hemos accedido a pagar. Me temo, princesa Anigel, que has llegado demasiado tarde.

La joven no habló, sino que limitó a permanecer sentada sobre unos sacos, todavía con el sombrero de Immu y la capa que se había puesto al desembarcar.

Como parecía indecisa, el príncipe Antar se adelantó.

—Tal vez me recuerdes. Soy Antar, príncipe heredero de Labornok, a quien expulsaste de tu ciudad hace unos días. Ahora sirvo a esta gran señora, que me ha salvado la vida en dos ocasiones. Mis hombres sobrevivientes también le rinden pleitesía. Hemos llegado aquí con gran riesgo de nuestras vidas para ayudarte. Antes de rendirte a tus enemigos, podrías permitir que te expliquemos qué clase de ayuda estamos dispuestos a ofrecerte.

—Habla —accedió Sasstu-Cha con voz grave, inhumana—. Pero debes saber que el número de los glismak invasores supera al millar, y que más o menos un tercio de nuestros hombres han sido tomados prisioneros, y que algunos ya han sido devorados, y que esta noche no podemos seguir luchando. —Eso no sería necesario —dijo el príncipe.

Tomó de la mano a Anigel y con suavidad la instó a incorporarse. Después le desató la capa de lluvia y se la quitó, y también la despojó del sombrero.

Al ver el talismán, los wyvilo quedaron atónitos, y un anciano impresionado estalló en lágrimas.

—¡El Monstruo de Tres Cabezas! —exclamó, hablando en lenguaje humano—. ¡Alabada sea la Flor, ella ha conseguido sacárselo al árbol!

—Y con él —agregó el príncipe—, mató al jefe de la gran horda glismak y puso en fuga a los guerreros, invocando los rayos del cielo.

—¿Es cierto? —preguntó Sasstu-Cha a Anigel.

—Lo es —admitió ella.

Una nueva luz brillaba en sus ojos y una fuerza inaudita recorría su cuerpo fatigado. El ámbar de Trillium relució en el metal blanco de la tiara y la negra flor abierta en el interior resultaba perfectamente visible.

—¿Fulminarás a los monstruos caníbales hasta convertirlos en cenizas? —preguntó con ansiedad el anciano bañado en lágrimas.

—Llevadme con los glismak —pidió Anigel—, y ya veréis lo que haré.

En otro muelle, en el otro extremo de la aldea, donde un estrecho canal separaba la ciudad Let de la tierra firme, una enorme flota de canoas glismak burdamente construidas se había apiñado para recibir el botín. Para cuando llegó Anigel, había pilas de bolsas de alimentos y de otras riquezas reunidas allí por los moradores de la aldea, y estaban siendo inspeccionadas por el jefe glismak, Hak-Sa-Omu, y sus ayudantes.

Había alrededor de cien glismak reunidos en el muelle, bien armados y mostrando sus colmillos ensangrentados, ajenos a la lluvia. Algunos vencedores aún recorrían las calles todavía humeantes, en busca

de los cadáveres quemados que reclamaban como su justo botín de guerra. Otros se encontraban en las canoas, mientras la enorme mayoría del ejército glismak se había agrupado en tierra firme, esperando la división del botín.

El Portavoz Sasstu-Cha se dirigió al jefe glismak en dialecto aborigen. Hubo un breve intercambio, y luego Anigel fue conducida hacia delante.

La joven se quitó el sombrero. El ámbar de su tiara resplandeció en el muelle azotado por la lluvia como la luz de un faro, y al ver el talismán, todos los glismak prorrumpieron en una exclamación desafiante y ensordecedora.

— ¡Silencio! —ordenó Anigel.

Los feroces seres enmudecieron.

Después, la joven empezó a hablarles en su propia lengua, pero Antar no dudó de que sus palabras eran inteligibles para todos los que estaban allí reunidos.

—Sabéis quién soy —dijo—. Vuestros hermanos del valle Ko-vuko os han hablado a través de las leguas y os han contado lo que he hecho. El Talismán es mío, y como todos vosotros pertenecéis al pueblo de la Flor, sabéis que yo soy uno de los tres Pétalos del Trillium Viviente. Sin duda lo soy y pretendo establecer la paz en esta tierra.

Un gran coro de rugidos y siseos ahogó sus palabras, pero Anigel levantó un brazo, y un poderoso relámpago surcó el cielo, de forma que el simultáneo rugido del trueno impuso silencio a los glismak.

—Vosotros, los glismak, sois pobres. Vuestros primos wyvilo son ricos. Vosotros les robáis y los matáis, porque así lo habéis hecho desde tiempos inmemoriales, y os coméis su carne porque ésta es la costumbre que os legaron vuestros crueles antepasados. ¡Pero yo os digo que no lo haréis más! Ha llegado una nueva época. Las viejas costumbres se han acabado y no se volverán a repetir.

Observándola y escuchándola, Antar experimentó un súbito escalofrío de terror. Ante sus ojos, la esbelta y adorable joven estaba cambiando. Se hacía cada vez más alta. Sus ropas se esfumaron y apareció ataviada con una túnica de brillantes relámpagos, roja, azul y de un blanco deslumbrante. Su estatura superaba la de los depósitos vecinos; se erguía contra el cielo tormentoso, con los brazos extendidos, el cabello en llamas, el ámbar que tenía en la frente, tan incandescente como un pequeño sol; su voz, como el sonido de miles de trompetas.

—¡Exijo paz entre los glismak y los wyvilo! ¡Paz entre vuestra raza y la raza humana! Se compartirán cosas buenas. Los niños de los glismak no harán de la guerra su profesión como lo hicieron sus padres, sino que aprenderán a trabajar. ¡Ninguna persona matará a otra, bajo pena de desatar mi ira! ¡No comeréis la carne de vuestros hermanos!

A medida que la aparición aumentaba de tamaño, los gritos de los glismak crecían, y acabaron por estar aterrados hasta lo más profundo de sus almas salvajes. Los que se encontraban en los botes se taparon los ojos, y los que se hallaban en el muelle se echaron de bruces para ocultar el rostro. Sólo el jefe, Hak-Sa-~Omu, permanecía erguido, con los ojos centelleantes desorbitados y la gran boca abierta.

—¡Nadie se llevará los productos que están sobre este muelle! —declaró Anigel—. Los glismak se retirarán con las manos vacías y permanecerán en sus hogares hasta la estación seca, reflexionando sobre lo que he dicho. Si cualquier fuerza glismak *se* atreviera a salir y presentar combate, desataremos sobre ella nuestra ira. —Tres grandes truenos hendieron el aire en rápida sucesión—. Los guerreros desobedientes no vivirán para disfrutar de las buenas cosas que recibirán los glismak que obedezcan mis órdenes.

La figura gigantesca tenía ahora tres cabezas, y cada una de ellas estaba coronada por el trillium.

—¡Le hablamos ahora a Hak-Sa-Omu, jefe de los glismak! ¿Escuchas, desdichado?

El jefe pronunció una breve frase lacrimosa. El príncipe vio que el otro temblaba desde la cabeza escamada hasta las garras de los pies.

—¿Te llevarás a tu gente de aquí y me obedecerás?

La débil respuesta sólo podía ser afirmativa.

—¿Esperarás en paz hasta que yo regrese?

Otra afirmación.

—¡Vete, entonces!

Hubo una detonación final que cegó y ensordeció a todos los espectadores, y la figura desapareció, al igual que Anigel.

Hak-Sa-Omu pronunció rápidamente una palabra, y él mismo y cada uno de los glismak que quedaban en Let abordaron apresuradamente sus canoas, que se dirigieron con frenética urgencia hacia la costa. Cuando llegaron, los glismak abandonaron sus embarcaciones y se oscurecieron en la noche.

La pequeña princesa Anigel salió de detrás de una pila de bellos muebles, otra vez con su traje de cazador, y con el cabello húmedo cayéndole en desorden sobre las mejillas. Sonrió a los ancianos wyvilo y al príncipe, quienes la vitorearon.

—Poderosa señora —exclamó el Portavoz, haciendo una profunda reverencia—, ¡sin duda nos has salvado, tal como dijiste! Perdona a este inferior que ha dudado de ti.

— ¡Lo has conseguido! —exclamó Antar—. ¡Y sin matar a ninguno de ellos!

—Fui una tonta al no pensar en ello antes —dijo ella con calma—. Los glismak son como niños. Y con los niños no se discute ni se hacen valer dulces razones, sobre todo cuando son caprichosos y de temperamento cruel. Por desgracia, en estas circunstancias no tuve más remedio que asustarlos para que aprendan a comportarse. Más tarde podremos razonar con ellos y educarlos.

—Así es —convino Sasstu-Cha, asintiendo—. Cualquier padre lo sabe.

—No hubiera podido matarlos —admitió Anigel en voz mucho más baja, para que sólo Antar y el Portavoz la oyeran—. Pero no era necesario. Por lo visto, a través del talismán se pueden manifestar toda clase de pensamientos. Entonces, cuando los glismak huyeron, les aseguré que serían mi pueblo y que yo los amaría.

—También nosotros seremos tuyos para siempre —dijo el Portavoz—. Y quien habla, declara ante ti, princesa conquistadora, que somos ahora tus deudores, y nuestro honor exige que te demos algún pago a cambio del hecho sin precedentes que has realizado aquí esta noche.

Todos los demás wyvilo que se hallaban en las cercanías unieron sus voces con la del Portavoz, incluso aquellos que no conocían la lengua de la princesa, pero que de alguna manera habían logrado comprender lo que se había dicho.

Anigel bajó la mirada durante un momento. La lluvia seguía cayendo, pero no con tanta fuerza, y hacia el sudoeste se empezaban a divisar estrellas en el cielo. Todavía habría algunos días claros antes de la Fiesta de las Tres Lunas.

—Queridos amigos —dijo la princesa—, vuestros enemigos glismak eran niños grandes. Pero ahora debo enfrentarme con enemigos completamente maduros, no sólo en técnicas de guerra sino también en su capacidad de producir malignos hechizos. Ellos no retrocederán ante mi infantil espectáculo de horror, ni tampoco se conmoverán con una declaración de amor. Esta misión me fue encomendada por la Dama Blanca, a quien todos veneramos. Hace mucho tiempo, en el momento de mi nacimiento y del nacimiento de mis hermanas, ella dijo que nosotras, los tres Pétalos del Trillium Viviente, deberíamos enfrentamos a un destino terrible. Pero también aseguró que todo saldría bien. Durante casi toda mi misión no podía creer que esto último fuera posible, pero ahora estoy dispuesta a confiar.

Tomó una de las manos de Antar y lo acercó a ella.

—Aquí está el próximo rey de Labornok por derecho propio. Es un buen hombre. En la Ciudadela de Ruwenda está su perverso padre, Voltrik. Mañana, al alba, partiré hacia la Ciudadela, y allí desposeeré al rey Voltrik del trono de Ruwenda, del que se apoderó. Sasstu-Cha, si tú y tu gente queréis pagarme verdaderamente lo que he hecho, entonces acompañadme y defendedme mientras recupero mi reino.

—Nos quedan unos quinientos guerreros con vida, princesa, y ellos irán donde les ordenes. Nuestro jefe guerrero, Lummomu-ku, sufrió una herida leve y descansa en el hospital, pero estará ansioso por unirse a ti mañana. Tendrás todo lo que desees de nosotros.

—El príncipe Antar estará al mando de los que me sigan —dijo Anigel—. Os agradezco de todo corazón, a ti y a tu pueblo, por apoyar mi causa. Pero debo advertirte que mis enemigos son poderosos.

—También lo es el talismán que llevas —observó Sasstu-Cha.

La princesa suspiró. Se quitó la tiara de la cabeza, se abrió la parte delantera de la túnica y deslizó el talismán allí dentro.

—Por el resto de esta noche, lo dejaré descansar. Y también yo descansaré, porque estoy increíblemente cansada.

—Tú y el príncipe debéis aceptar mi hospitalidad —dijo de inmediato el Portavoz.

Los otros ancianos wyvilo sonrieron e hicieron una reverencia, y con grandes gestos y muchas palabras instaron a Anigel y Antar a que los siguieran. Así pues, recorrieron una calle flanqueada de ruinas

humeantes y renegridas hasta la parte indemne de la aldea, y al cabo de un rato las nubes se disiparon y las Tres Lunas brillaron, reflejándose en el calmo río.

Mientras se desnudaba y se disponía a acostarse en el cuarto del hijo mayor del Portavoz, quien había cedido con sumo placer su cama a la salvadora de Let, Anigel no pudo evitar sentir que alguien la vigilaba. Se levantó, se dirigió hacia las ventanas, miró dentro del armario e incluso bajo la cama, pero no había nadie allí.

De repente descubrió que la luz del talismán pulsaba debajo de las ropas que ella había apilado sobre él.

Con reticencia, cogió la tiara. No quería ponérsela. ¿Acaso no había hecho ya bastante en un día? ¿Y si aparecía alguna otra visión horrorosa y la privaba el sueño que tanto necesitaba?

— ¡Oh, oh, *excremento de lothok!* —exclamó la princesa con petulancia.

Sentándose en el borde de la bella cama de estilo ruwendiano, se puso la tiara en la cabeza.

— ¡Kadi! —exclamó.

Y casi se desmayó de felicidad, pues allí en la visión estaba su hermana, y sus ojos le guiñaban sonrientes en su rostro sucio.

Se encontraba junto a una hoguera, con una gran cantidad de sonrientes uisgu alrededor, y en su regazo había una cosa reluciente que parecía una espada roma, con su empuñadura donde se unían tres esferas oscuras, y que tenían en el centro el centelleante ámbar del amuleto de trillium.

— ¡Bien, ya era hora de que me respondieras! —Dijo Kadiya, un poco irritada—. Has estado tan concentrada en ti misma que no prestabas ninguna atención a mis llamadas. Nunca pensé oír semejantes palabras de tu boca, por cierto.

— ¡Kadi, Kadi! —Exclamó Anigel, riendo y llorando al mismo tiempo—. ¡Estás sana y salva!

Su hermana hizo un florero con aquel objeto reluciente.

—Gracias al Ojo Ardiente Trilobulado, mi talismán.

—Te vi… —Anigel vaciló—. Mi propio talismán me transmitió una visión de ti prisionera del general Hamil.

El rostro de Kadiya se hizo más grave.

—Me apresó un grupo de exploradores de Hamil, poco después de que consiguiera el talismán. Todavía ignoraba lo que esto... —levantó la espada— era capaz de hacer. La Voz Roja de Orogastus fue el primero en enterarse, y lo pagó con su vida. Después de eso, nadie se atrevió a quitármelo, pero Hamil tenía la esperanza de lograr que se lo entregara. Tenía en su poder a unas mujeres uisgu a las que pensaba usar para coaccionarme.

— ¡Oh, Kadi, qué monstruoso! Kadiya frunció el ceño.

—No hay nada piadoso en la guerra que ahora combatimos, hermana mía. ¿Todavía no lo has aprendido por ti misma? Esto tiene poder —dijo mirando la espada roma que sostenía en su mano—. Pero el poder es una carga... hay que usarlo con precaución, Anigel, y sólo con la mente limpia. Hasta la furia puede ser útil, pero debe ser controlada: eso es parte de la sabiduría que he adquirido.

—Entonces, tu talismán... —susurró Anigel—, te ha cambiado, tal como el mío me transformó, yo era una mocosa gemebunda...

—Mi talismán me dio un poder que debo aprender a atemperar con justicia. Hamil y aquellos de los skritek que eligieron actuar como sus monstruosas armas... fueron juzgados y no volverán a recorrer estos senderos. Pues incluso una espada de piedad, como la que tengo, puede dar muerte.

—Yo... yo también usé mi talismán para matar —dijo Anigel con vacilación—. Pero sólo una vez, y por accidente. No podría volver a hacerlo.

—Yo sí podría —dijo Kadiya muy suavemente—, si volviera a ser necesario. Y tal vez lo sea. Todavía queda una parte del ejército de Hamil que está en camino de regreso a la Ciudadela. Pero mientras tanto, se reúnen los uisgu y los nyssomu. Hay aquí un pequeño ejército que crece a cada hora. Me han elegido como líder. Que el talismán permita que los sirva tan bien como ellos a nosotros.

— ¿Nos ayudarán a recuperar nuestro reino?

—Dicen que sí. Los uisgu parecen tan tímidos y frágiles cuando se les ve en la Feria de Trevista... pero en realidad son pequeños valientes, y más fuertes de lo que parecen. Pueden viajar muy rápido en botes tirados por una especie de pelriks gigantes.

Anigel rió.

—Lo sé. Me he convertido en hermana de sangre de esas criaturas y he conducido sus botes.

Kadiya sonrió.

—Eso vi. Mañana partirás con tu propio ejército hacia la Ciudadela. ¡Y tu novio el príncipe será tu nuevo general!

Anigel se sonrojó y dijo irritada:

— ¡No es mi novio! Pero es un hombre noble y leal, y ha jurado ser mi esclavo para siempre.

Ante estas palabras, Kadiya guardó silencio, pero sonrió.

Anigel había pensado ahora en un asunto de mayor importancia.

—Kadi, además de la visión que tuve de ti prisionera, me llegó otra imagen horrible. Mi talismán me mostró a Haramis con Orogastus. ¡Y ella parecía embrujada por él!

Kadiya cobró una expresión mortalmente seria.

—Hay algo más que un embrujo entre esos dos, Ani; yo misma visualicé a Haramis, y mucho me temo que nuestra hermana se ha enamorado del sucio hechicero. O acaso se ha enamorado del poder que él ha ofrecido compartir con ella.

— ¡No es posible!

—Sí, lo es —declaró Kadiya, con expresión sombría—. He hablado con la Dama Blanca esta noche, por medio de mi talismán. La archimaga está muy cerca de la muerte y desea que Haramis acuda a ella, pero Haramis está resuelta a permanecer con el hechicero. Traté de hablar con Hará, pero no me respondió. Puedes intentar establecer contacto con ella, pero que no te sorprenda si tampoco habla contigo. Las personas profundamente enamoradas sólo tienen lugar en sus mentes para una única persona.

—Esto es espantoso. ¡La pobre Dama Blanca! Y nuestra hermana. Si Orogastus la ha seducido, tal vez el hechicero controle el talismán. ¿Qué podemos hacer?

—Nada en absoluto. La archimaga ha cumplido la tarea que se había propuesto. Las tres tenemos nuestros talismanes. Sin embargo, somos espíritus libres, tú y yo y Haramis, y debemos hacer nuestras propias elecciones.

—Tú sabes que los tres talismanes deben reunirse para que su magia funcione de manera adecuada —dijo Anigel, temblando de ansiedad—. Hay en ellos un potencial que tanto puede usarse para el bien como para el mal.

—Sí, me lo reveló una persona que encontré en el camino, una sierva de los desaparecidos, me parece.

— ¿De los desaparecidos? ¿Pero cómo...?

—Es una larga historia, que tendrá que esperar. Descansa ahora, mi valiente hermanita, y lo mismo haré yo. Pronto nos encontraremos en la Ciudadela.

Cuando la imagen de Kadiya desapareció, Anigel trató de hablar con Haramis. Tuvo una visión de su hermana dormida, pero tal como Kadiya había predicho, Haramis no oyó la llamada mental, ya que estaba totalmente ocupada soñando con Orogastus.

Anigel se quitó la tiara. Su luz se había atenuado.

—Jamás conseguiré dormirme —se dijo.

Pero entonces se le ocurrió tocar la tiara plateada para pedirle que le concediera descanso, y un momento más tarde se quedó suavemente dormida.

Por la mañana, ella, Antar y una gran flota de guerreros wyvilo fueron a buscar al grupo de caballeros acampados al otro lado del rió. Desde allí viajaron a toda velocidad por el Gran Mutar hasta las Cataratas de Tass, donde descubrieron que el resto de la fuerza labornokiana había abandonado su campamento, ignorando de ese modo las órdenes del príncipe.

Se avecinaba una tercera gran tormenta cuando Anigel, Amar y su gente se detuvieron al pie de las cataratas para decidir qué debían hacer.

La princesa usó el talismán para invocar una visión de la ciudad de Tass y vieron que el lugar estaba prácticamente abandonado. Todas las balsas labornokianas de la expedición del príncipe, así como las de la guarnición, habían partido hacia la Ciudadela, anticipándose a los monzones inminentes. No había enemigos esperándoles en lo alto de las cataratas, pero tampoco dispondrían de ningún vehículo acuático capaz de transportar el ejército wyvilo de Anigel hasta la Ciudadela.

—Subiremos en el elevador de troncos —decidió el príncipe Antar—. Cargará con facilidad las canoas

wyvilo si hacemos varios viajes. Arriba tendremos que esperar que cese la tempestad y luego remar a través del lago Wum hasta la desembocadura del Bajo Mutar...

—No, príncipe —intervino el jefe guerrero wyvilo llamado Lummomu-Ko, dando un paso al frente—. Hay una manera mucho mejor de cruzar el lago. Y no tendremos que esperar a que pase la tormenta.

Luego le contó a Antar lo que se proponía.

A pesar de ser un hombre de valiente, el príncipe palideció.

— ¿*Es* posible algo así? —preguntó la princesa Anigel, asustada.

—Hasta los humanos lo han hecho —replicó orgullosamente Lommomu-ko—. Existe cierto peligro, por supuesto. Pero si lo logramos, podemos llegar a la Ciudadela de Ruwenda en unas pocas horas.

—Entonces lo haremos —resolvió la princesa.

Las primeras gotas empezaron a caer sobre el pequeño ejército. Los wyvilo no les prestaron gran atención. Estaban igualmente cómodos bajo el sol o bajo la lluvia.

La princesa se dirigió a los caballeros:

—Amigos humanos, guardad vuestras armaduras por ahora, ya que no las necesitaréis durante algún tiempo, y luego partiremos. Nos dirigiremos a las proximidades de la Ciudadela y nos ocultaremos en la ciénaga vecina. Desde allí convocaremos a toda la nobleza fugitiva y a los plebeyos de Ruwenda que huyeron a la ciénaga, y les pediremos que se unan a nosotros en la recuperación de nuestro país. Mi hermana, la princesa Kadiya, también se dirige rápidamente hacia la Ciudadela a la cabeza de un gran ejército de guerreros uisgu. Si Dios quiere, estaremos en condiciones de atacar a nuestros enemigos para la Fiesta de las Tres Lunas.

Anigel se puso el sombrero de alas anchas de Immu para protegerse de la lluvia creciente y fue la primera en subir al montacargas.

Más tarde, ese mismo día, una criatura patética y famélica llegó a la aldea de Let, sitiada por la tormenta, remando en una ruinosa balsa de juncos. Apenas arribó, se desmayó. La gente de la aldea la reconoció como miembro del Pueblo, y por lo tanto pariente, por lo que convino en prestarle ayuda. Cuando al día siguiente la mujer volvió en sí y preguntó por la princesa Anigel, los wyvilo se quedaron atónitos.

—La gran señora se dirige rápidamente hacia su Ciudadela —le informó el Pueblo del bosque—, con su talismán mágico sobre la frente y al mando de un ejército de nuestro pueblo. Nuestros guerreros nos han informado que cruzan el lago en alas de la tempestad, en grandes balsas de troncos con velas desplegadas que les permiten correr con el viento. ¿Qué tendría que ver con ella una pordiosera como tú?

— ¡Pordiosera, pordiosera! —Protestó Immu—. ¡Porque ella me necesita, por eso pregunto!

Produjo tal revuelo que finalmente accedieron a darle una canoa cuando la tormenta cesó, con tres jóvenes wyvilo como remeros. De esta forma fue como Immu salió en pos de su princesa.

Orogastus y Haramis se encaminaran juntos a hacia la Caverna de Hielo Negro. Ella estaba ansiosa por averiguar si el famoso espejo de hielo era verdaderamente mágico o si se trataba tan sólo de otro aparato antiguo, tal como sospechaba.

Cuando se hallaron ante la puerta cubierta de escarcha, antes de que Orogastus pronunciara su encantamiento para los Poderes Oscuros, la miró y vio que los brillantes ojos azules de la joven fulguraban de ansiedad a través de la máscara plateada, y que sus suaves labios se separaban en una sonrisa de anticipación.

Orogastus pensó que Haramis nunca había estado tan hermosa y deseable como ahora, coronada por la estrella y vestida de negro y plata, los colores que simbolizaban el compromiso del hombre con los Poderes Oscuros.

El hechicero no pudo contenerse y tomó el rostro de la joven en sus manos enguantadas, para besarla en la boca.

Al cabo de un rato, Haramis apartó los labios de mala gana. El hechicero suspiró.

—Espero que los Poderes no se enojen. Pero el verte así, tan bella y misteriosa, y tan cerca de mí... ¡Oh, Haramis, quédate conmigo! —le rogó, mientras la abrazaba—. Sé que la Dama Blanca te ha llamado. Pero ella te alejaría de mí, te diría las mismas medias verdades y las mismas mentiras de siempre, intentaría amoldar tu voluntad a la suya...

—De no haber sido por su ayuda, yo ni siquiera habría nacido —le recordó ella—. Debo escuchar sus últimas palabras. Ella me dio el Trillium Negro, me envió a cumplir mi misión. Estoy segura de que la Dama Blanca me guió y me protegió cuando estuve a punto de morir en las altas montañas. No

puedo ignorar su ruego. Si tú has dicho la verdad, no tienes nada que temer de mi partida.

— ¡Ella guarda la corona de Ruwenda!

—No. La guarda *para* mí. Y con la corona o sin ella, yo soy reina de Ruwenda, independientemente de los soldados que ocupen la Ciudadela.

Lo miró a los ojos con expresión desafiante.

Orogastus exhaló un suspiro.

— ¿Por qué nos quedamos aquí fuera, en el frío? El espejo de hielo nos espera.

Empezó a hacer su solemne invocación de los Poderes Oscuros, rogando a deidades que Haramis sospechaba inexistentes que los consideraran a ambos con amabilidad. ¡Pobre hombre equivocado! Pero la joven ni siquiera sonrió. En realidad no le importaba que él los considerara mágicos, mientras ella se dedicaba a evaluar la sinceridad del hechicero.

Haramis estaba cada vez más convencida de que muchos de los extraordinarios poderes de Orogastus nada tenían que ver con la magia. Sin embargo, el hombre utilizaba esos poderes.

¿Pueden ser superados por mi propia magia!, se preguntó la joven, recordando la tableta «mágica» del hechicero. *Posiblemente sí, pero será mejor que no experimente con su precioso espejo de hielo,.. sin duda me mataría de inmediato si lo dañara. No, observaré y aprenderé,*

Haramis no tuvo que fingir reverencia cuando él la condujo al interior de la cámara del gran espejo de hielo e invocó al demonio residente. Orogastus había propuesto que utilizaran el espejo para visualizar a las dos hermanas de la joven, y ella había accedido de inmediato, sintiéndose culpable por haber descuidado la tarea de hacerlo por sí misma, a través de su talismán. Pero tras haberlo hecho el primer día después de comprobar que estaban a salvo, Haramis se había olvidado de Anigel y de Kadiya, inmersa en sus propias preocupaciones, que parecían tanto más absorbentes.

Ahora, tras haber sido advertida de que debía guardar silencio, esperó a que Orogastus entonara su ruego, y el espejo (que, según podía ver claramente, era algún tipo de máquina, y ni siquiera funcionaba muy bien) respondió con un galimatías, produciendo primero un mapa y luego una sorprendente imagen coloreada de Kadiya, seguida de una manifestación similar de Anigel. Ambas hermanas viajaban por agua, bajo una intensa lluvia, y ninguna de ellas hablaba, aunque el espejo reproducía los sonidos naturales que acompañaban cada visión.

Kadiya viajaba con un verdadero ejército de raros uisgu, en una embarcación nativa ingeniosamente construida con cañas. El mapa del espejo mostraba que la flotilla uisgu se encontraba en el Alto Mutar, justo por encima de Trevista.

El gran río fluía turbulento y estaba colmado de árboles arrancados y otros desperdicios arrastrados por la corriente, pero ni eso ni la lluvia constante parecían un inconveniente para Kadiya o para sus compañeros. Algunos uisgu llevaban armaduras de escamas doradas, al igual que la princesa, y todos los raros portaban armas primitivas.

Pero Kadiya ya no llevaba su pequeña daga, sino tan sólo su talismán, ese extraño objeto que parecía una Espada de la Piedad sin punta.

La imagen de Anigel resultaba más alarmante.

El espejo mostraba una gran balsa construida con troncos atados con fuertes cuerdas. Estaba equipada con un grueso mástil y una gran vela cuadrada, que atrapaba el viento o impulsaba violentamente a la embarcación a través de olas como montañas. Había una diminuta cabina, poco mayor que una caja abierta, donde Anigel permanecía acurrucada y tranquila, completamente empapada, con la tiara de su talismán en la cabeza. En el perímetro de la embarcación se habían fijado unos rústicos rieles, y muchas sogas anudadas a ellos y al mástil daban asidero a los numeroso pasajeros. Algunos de ellos eran humanos desaliñados, y otros eran raros de aspecto peculiar y formidable, de gran estatura, quienes en realidad parecían estar disfrutando de la salvaje travesía.

Haramis se cuidó de no pronunciar palabra hasta que el espejo se oscureció, aunque en su mente hervían las preguntas. No cabía duda, al ver el mapa, que sus dos hermanas se dirigían hacia la Ciudadela, que ambas habían hallado sus talismanes y los estaban usando. ¿La Dama Blanca les habría impartido instrucciones concretas, o estarían actuando por cuenta propia? ¿Sería posible que intentaran atacar a los soldados bien armados del rey Voltrik con su turba de aborígenes? ¿Sus talismanes les sugerían que una acción tan descabellada podía tener éxito?

De pronto, pareció que Orogastus le había leído el pensamiento.

—Tus dos hermanas han usado sus talismanes para matar —comentó él, cuando el espejo se hubo apagado.

Confundida por la sorpresa, Haramis sólo pudo mirarlo fijamente.

Orogastus la condujo fuera de la cámara del espejo, a través de la caverna y al túnel que llevaba otra vez a su torre.

—Erróneamente, Kadiya y Anigel creen que podrán liberar Ruwenda utilizando sus talismanes como armas mágicas, con ayuda de sus amigos raros y del príncipe Antar, que ha traicionado a su padre y se ha unido a la causa de la princesa Anigel. Ella le salvó la vida en el bosque Tassaleyo y ahora el príncipe está perdidamente enamorado. Por supuesto, ninguna de tus hermanas tiene la menor posibilidad de éxito contra Voltrik. Todavía no comprenden plenamente el funcionamiento de sus talismanes, ni tampoco sus limitaciones. Sin duda creen que sólo deben blandir los talismanes ante la Ciudadela para que todos sus enemigos caigan muertos. Sin embargo esto no ocurrirá. Voltrik está protegido por mi propia magia, que es muy fuerte, bajo el dominio de mi Voz Verde.

— ¡Oh, esas estúpidas! —gimió Haramis—. No puedo creer que la archimaga les haya ordenado que ataquen la Ciudadela. ¡Están haciendo esto por su cuenta!

—Los talismanes que poseen Kadiya y Anigel no fueron hechos para actuar solos. Mis investigaciones me lo han revelado claramente. Los desaparecidos los utilizaban como partes de un solo instrumento, en un gran Cetro de Poder, para establecer un misterioso gran equilibrio del mundo. Tu tarea, Haramis, es volver a reunir al Tripartito. Si lo haces, sólo tú podrás gobernar un mundo renacido a la paz y la prosperidad.

— ¿Yo? ¿Gobernar el mundo?

La joven rió. Su mente se había helado ante las palabras del hechicero, rechazándolas en cuanto las hubo pronunciado. Se preguntó cuál sería el gran designio que la archimaga no había declarado y que ahora estaba dispuesta a revelar.

Acudiré a la archimaga en cuanto pueda, decidió la princesa.

Mientras caminaban, Haramis miró de soslayo a Orogastus a través de los agujeros de su máscara plateada, y descubrió que el hombre mantenía la boca apretada. No había hablado frívolamente. Creía en lo que le había dicho, y sería mejor que ella lo tomara en serio.

Tendría que ver de inmediato a la archimaga para pedirle una explicación acerca de este Cetro de Poder. Pero, ¿y sus hermanas? Si Voltrik no lo sabía ya, muy pronto se enteraría, por medio del hechicero, de que ambas avanzaban sobre la Ciudadela. El rey mandaría a su ejército —sin duda acompañado por la Voz Verde— para derrotarlas.

—Orogastus —preguntó—, ¿podrías impedir que Voltrik envíe a sus soldados contra mis pobres hermanas? ¡Deja que yo las convenza de que desistan!

—Si se retiran de inmediato a las profundidades de la ciénaga, no correrán peligro. Los soldados de Voltrik tendrían serios problemas para combatir en una guerra ofensiva o para organizar un efectivo operativo de persecución durante la estación lluviosa. Pero, ¿crees que tus hermanas te prestarán atención?

—Siempre lo han hecho. Pero ahora que tienen sus talismanes...

La voz de Haramis se perdió en un silencio colmado de ansiedad.

—Puedo ordenar a mi Voz Verde que no descargue mis rayos sobre tus hermanas, y que no utilice ninguna otra arma oculta. Pero no tengo manera de impedir que el rey Voltrik haga lo que decida con ellas y con su turba de raros. Sus talismanes no las protegerán. Si yo estuviera en la Ciudadela, tal vez podría convencer a Voltrik. Desde aquí, actuando solamente a través de mi Voz, no puedo hacerlo.

Llegaron al final del túnel y entraron a la torre, donde un grato calor les dio la bienvenida. Haramis se detuvo en el pequeño vestíbulo y tomó las manos de Orogastus.

—Todavía hay tiempo. Para nosotros dos, y para mis hermanas. No sé qué planes tienes ahora. No *quiero* saberlo mientras no haya tomado una decisión definitiva acerca de nosotros dos. Pero... si vuelo de inmediato a ver a la archimaga y luego lo decido, ¿te encontrarás conmigo en la Ciudadela para que te dé una respuesta? Y, mientras me esperas, ¿impedirás que Voltrik envíe a su ejército contra Anigel y Kadiya? ¡Yo puedo disuadirlas! ¡Sé que puedo hacerlo! Pero primero debo conocer las intenciones de la archimaga...

— ¡Deja que *yo* te guíe! Tengo un plan...

— ¡No!

Haramis se quitó la máscara estrellada, y permaneció allí, pálida y temblorosa. Y esta vez, cuando él la abrazó y la besó, la joven no cedió.

—Querida, debes hacer tu voluntad —dijo él—. Pero tu estrategia *tiene* un defecto grave. No tengo manera de llegar rápida-

mente a la Ciudadela. A diferencia de ti, yo no gobierno a los quebrantahuesos.

—Diré, a Hiluro que llame a uno de los suyos para que te transporte hasta allí.

Las manos de Orogastus la estrecharon con fuerza.

— ¿Harías eso? ¡Confiarías en mí hasta ese punto?

Ella alzó hacia él un rostro bañado en lágrimas.

—Eres un hombre que ha conservado su corazón en secreto durante mucho tiempo. Tal vez lo has rodeado de tantas defensas que ya no sabes lo que hay en su interior... Creo que no estás seguro del camino que tomarás. Al igual que yo, también tú deberás hacer una elección.

—Sí —admitió él.

Sus brazos cayeron, y no la miró a los ojos.

—El quebrantahuesos vendrá a buscarte —dijo Haramis—. Nos encontraremos en la Ciudadela, justo antes de la Fiesta de las Tres Lunas. Espérame.

Y se marchó, dejándolo solo, mientras la máscara plateada con forma de estrella permanecía en el suelo mirándole con ojos vacíos.

Cuando la salvaje travesía de las balsas de troncos por el lago Wum terminó al anochecer del mismo día en que había empezado, los wyvilo dirigieron la flota de desmañadas barcazas hacia las boscosas islas de la Ciénaga Verde del delta del Bajo Mutar, todavía cubiertos por la tormenta.

Allí los recibieron los nyssomu con unos cien botes y saludaron a la princesa Anigel con gran deferencia. El pequeño pueblo de la ciénaga transportó a la princesa, a los caballeros y a los guerreros wyvilo a través de canales secretos hasta un gran islote desconocido para los humanos.

Ese lugar, que se convertiría en base del ejército de Anigel, estaba situado a pocas leguas de una propiedad solariega sobre el río Skrokar que había pertenecido al difunto lord Manoparo de los Compañeros Juramentados. El castillo había sido tomado y ocupado por soldados de Labornok, pero los edificios exteriores y la casa de los mayordomos todavía albergaban a la gran familia de lord Manoparo y a la mayoría de los criados y encargados domésticos.

Los nyssomu habían avisado a lady Ellinis, el ama de la propiedad, de la llegada de la princesa Anigel. La dama fue conducida hasta la isla después del anochecer, donde saludó a Anigel con lágrimas y gran entusiasmo.

Lady Ellinis era una dama de cabello gris cuyo hermoso rostro estaba ahora profundamente surcado por las arrugas de aflicción. Además del esposo, había perdido dos hijos durante la fútil defensa de la Ciudadela. Se sentó con Anigel al reparo de un refugio que los wyvilo habían alzado en un empapado bosquecillo de gondas, y las dos mujeres discutieron el plan que tenía Anigel de sitiar la Ciudadela junto con su hermana Kadiya y su ejército de uisgu.

—Me asombra que te atrevas a hacer algo así tan pronto después de la conquista —dijo Ellinis—. Tal vez sea cierto que las tropas de Voltrik todavía no están bien instaladas y que su ejército está dividido, y que se encuentran en terreno desconocido y en la época lluviosa. ¡Pero, aun así...! ¡Sois dos muchachas muy jóvenes y sin la menor experiencia en cuestiones bélicas! Aunque los nobles que quedan y los propietarios se unan a ti tal como esperas, tu ejército está compuesto principalmente por raros. Mi querida princesa Anigel, lo que más deseo en el mundo es que tengas éxito. Pero los labornokianos son guerreros duros y experimentados, y en realidad tienes pocas posibilidades.

Anigel se limitó a rozar su tiara y el ámbar de trillium centelleó.

—No sé por qué estoy convencida de que triunfaremos, pero lo estoy. Tal vez este talismán me da la confianza necesaria para intentar una empresa tan audaz. Todo lo que puedo decirte, mi querida Ellinis, es que me sentí impulsada a venir aquí ahora, con las Tres Lunas en conjunción, y enfrentarme a los labornokianos que se han apoderado de la Ciudadela. Mi hermana Kadiya es de la misma opinión.

Lady Ellinis se arropó en su gruesa capa. Un pequeño brasero ardía en el refugio, y en él Anigel preparaba té de darci, para combatir la penetrante humedad. Ellinis dijo:

—Me quedé atónita cuando un nyssomu vino a mí en secreto para avisarme que navegabas a través del lago Wum. Por supuesto, los raros pueden comunicarse sin palabras, y supongo que ahora las noticias ya habrán circulado por todo el Laberinto de Pantanos...

—Entre todo el Pueblo, sí —convino Anigel solemnemente—. Hasta ahora, mis aliados wyvilo nunca han tenido demasiado trato con sus primos nyssomu o uisgu. Pero la conquista de nuestro país por los labornokianos fue un desastre, no sólo para los humanos ruwendianos, sino también para los aborígenes que viven entre nosotros. Y, además, los wyvilo han dejado de lado sus antiguas costumbres, y hasta los pacíficos nyssomu están dispuestos a unirse a nosotros y hacer todo lo que puedan.

Afuera, donde la lluvia había cesado y donde ahora se agolpaba la bruma nocturna, los wyvilo estaban atareados construyendo más refugios de bambú y hojas para ellos mismos y para los otros que llegarían más tarde. Como todos los del Pueblo, podían ver en la oscuridad, y cumplían su tarea con tanta eficiencia como si estuvieran bajo la luz del sol.

Al ver a un alto guerrero wyvilo, lady Ellinis se estremeció.

—Nunca había visto a los raros del bosque Tassaleyo, y confieso que tienen una apariencia aterradora. No son pavorosos como los skritek, por supuesto, y parecen bastante civilizados. No obstante, me pregunto cómo eres capaz de confiar en ellos.

Anigel sonrió.

—Sus rostros son aterradores, pero son nobles de corazón, y veneran al Trillium Negro al igual que sus parientes más pequeños. Gracias a los wyvilo pudimos enviar noticias por medio de los nyssomu a todas las bandas dispersas de ruwendianos libres, quienes se aproximan desde todas partes para unirse a mi ejército.

—Toda mi gente y mis tres hijos supervivientes están a tus órdenes —dijo Ellinis—, y puedes utilizar todos los depósitos de alimentos que logramos esconder del enemigo. Pero ya hay aquí alrededor de quinientos raros, y dices que esperas que el triple o el cuádruple de humanos y nyssomu se reúnan aquí durante los próximos dos días. Me temo que no dispondré de alimentos suficientes para alimentar a esa multitud durante más de unos días.

—No estaremos mucho aquí. Si no triunfamos durante la Fiesta de las Tres Lunas, tendremos que retirarnos —confesó Anigel—. Pero *triunfaremos.* ¡Lo sé!

La princesa se había puesto de pie, con expresión decidida y vestida todavía con el equipaje de cazador azul que le habían dado los wyvilo.

Lady Ellinis se maravilló por el enorme cambio; ya no era la muchachita tímida y sonriente que había visto en un baile real cinco semanas antes, cuando aún no se había producido la invasión. Esa Anigel había sido una muchacha decorativa y modosa, que no pensaba en otra cosa que no fueran los chismes de la corte o la última moda. Esta nueva joven parecía poseer una determinación aterradora, y Ellinis no sabía qué pensar de ella. Pero la princesa sirvió té a su invitada sin ningún rastro de su anterior timidez, con tanta gracia y confianza como si el cacharro lleno de hollín fuera una tetera de plata, y el húmedo y frío refugio fuera la sala de la reina en la Ciudadela.

Poco a poco Ellinis perdió sus reparos y empezó a creer que la imposible empresa tal vez no fuera absolutamente desesperanzada.

—Y el príncipe Antar —dijo la mujer bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Cuando nos presentaste me resultó evidente que ese joven está profundamente enamorado de ti. No obs-

rante, creo que debo advertirte que seas prudente y no deposites demasiada confianza en él.

Anigel asintió y volvió a sentarse, con rostro inexpresivo.

—Me ha jurado lealtad, al igual que la mayoría de sus hombres. Pero tres de sus caballeros no hicieron el juramento y los otros los vigilan cuidadosamente, y también los excluimos de nuestros consejos de guerra.

— ¡Pero después de todo, Antar y sus caballeros son labornokianos!

—Querida Ellinis, ya no soy tan simple y timorata como antes, y es verdad que el príncipe Antar todavía debe demostrarme su lealtad. Sólo siento por él un afectuoso respecto y también cierta cautela.

— ¡Bien! —dijo Ellinis con firmeza.

—Pero debo confiar en Antar con respecto a determinadas cuestiones, ya que no sé nada de guerras. Si logramos triunfar, sólo será bajo sus órdenes. No sé qué hay en lo profundo de su corazón, pero estoy convencida de que es un buen hombre, y que deplora la crueldad de su padre, el rey Voltrik. Me dijo que entre su pueblo hay muchos otros que piensan lo mismo, y es posible que, gracias a él, consigamos dividir las fuerzas enemigas.

—Ojalá estés en lo cierto.

Hablaron un rato más y luego Ellinis tuvo que marcharse. La dama besó a Anigel, algo que la joven esperaba, pero cuando Ellinis le hizo una profunda reverencia antes de marcharse con su criada y el guía nyssomu, Anigel quedó muy sorprendida.

—Ella nunca me había demostrado tanta deferencia —dijo la joven a Antar, quien había entrado cuando Ellinis se despedía—. En realidad, al ser una mujer bastante seria, nunca me prestó demasiada

atención...

—Peor para ella —comentó el príncipe, sonriendo—. He venido a decirte que nuestro campamento crece con rapidez, y que ahora ya hay refugios adecuados por si vuelve a llover. —Cobró una expresión grave—. El jefe guerrero Lummonu-Ko cree que los nyssomu, a pesar de su voluntad, serán guerreros poco útiles. Son demasiado pequeños y la única arma que pueden usar con eficiencia es la cerbatana. En un ataque frontal, serían de poca ayuda. Sólo podemos utilizarlos en escaramuzas y en acciones irregulares.

—Entonces, disponlo así —resolvió Anigel con serenidad—. ¿Tienes algún cálculo del número de humanos que se unirán a nosotros?

—Con suerte, setecientos u ochocientos ruwendianos libres pueden unirse a nosotros o llegar por el río hasta la Ciudadela para la Fiesta de las Tres Lunas. Serán en su mayoría caballeros y soldados que escaparon al Pantano cuando cayó la Ciudadela, junto con algunos señores y soldados de las propiedades rurales situadas al sur, con quienes nunca nos enfrentamos... quiero decir, con quienes tus enemigos nunca se enfrentaron durante la invasión.

—Muy bien. Ahora, si al menos el conde de Goyk y los otros señores de Dylex llegaran a tiempo...

La joven se interrumpió y se volvió súbitamente con el rostro ensombrecido de pesar.

Antar, que nunca había oído hablar del conde de Goyk y nada sabía del lugar que Anigel le había asignado en sus planes, advirtió en ese momento que la joven todavía no confiaba por completo en él. Lentamente, el joven se dejó caer de rodillas.

—Señora, si me lo ordenas, no diré nada de este conde a mis compañeros leales. Te ruego que confíes en nosotros, pero si te resulta imposible, tal vez sería mejor que me arrestaras, a mí y a mis caballeros. Tal vez así te librarías de cualquier ansiedad que ocasione nuestra presencia.

—Confío en *ti* —dijo Anigel con tristeza—, y también en la mayoría de tus caballeros. Pero intuyo que sir Rinutar y sus camaradas Turat y Onbegar pueden traicionarnos. Sé que han jurado una tregua, pero me temo que ha sido un grave error traerlos a nuestro campamento secreto. Tendríamos que haberlos dejado en la costa del lago, como sugirió Lummomu-Ko.

El príncipe bajó la cabeza.

—Tal vez —admitió—. Pero varados en mitad de la tormenta, en una ciénaga repleta de peligros desconocidos... sin duda hubieran perecido antes de encontrar su camino hacia el cuartel labornokiano, tal como tú misma dijiste.

— ¡No podía dejarlos morir! Pero tampoco puedo permitir que nos delaten al rey Voltrik.

Todavía de rodillas, Antar le cogió una mano, que estaba helada.

—No te preocupes. Los tres estarían perdidos en cuestión de minutos si intentaran abandonar esta isla o internarse en la ciénaga, y aquí no hay nadie que quiera ayudarles a escapar. Mis quince compañeros leales y yo los vigilaremos. No temas.

Ella suspiró y lo miró.

—Supongo que tienes razón. Estoy tan tensa como un arco, ansiosa por lo que nos ocurrirá durante los próximos tres días. El conde de Goyk, de quien te he hablado sin querer, posee el feudo más remoto de Ruwenda, hacia el noreste de Dylex, en las estribaciones de las Ohogan. Ni él ni el conde de Prok ni los otros señores del este fueron sometidos nunca por los labornokianos.

—Lo sé. Era nuestro primer objetivo para cuando cesaran las lluvias invernales: pacificar esa zona y también la del sur.

—Cuando los wyvilo aceptaron ayudarme, les pedí que usaran el lenguaje sin palabras para descubrir qué humanos no habían sido conquistados. Por medio de los nyssomu establecí contacto con los que habían huido de la Ciudadela, y también con algunos nobles de castillos ocupados, tal como el de lady Ellinis y unos pocos castillos libres del sur. Éste ya lo sabías. Pero mis amigos wyvilo también se comunicaron con los vispi, los aborígenes de las altas montañas. De esta forma los vispi nos contaron que los condados de Goyk y Prok todavía estaban libres.

Él asintió.

—Ya veo. Y luego, por supuesto, esos raros de la montaña pidieron a esos nobles que acudieran en tu auxilio.

—El conde de Goyk es muy obstinado, y es también mi tío abuelo Palundo. Al principio no podía creer lo que el Pueblo inhumano le decía: que mi hermana Kadiya y yo nos disponíamos a atacar la Ciudadela. Pero yo misma establecí contacto con los vispi, y les comuniqué ciertos secretos domésticos que sólo los miembros de la familia real pueden conocer, y finalmente el tío Palundo quedó convencido. Cuando salimos de la aldea de Let con los wyvilo, dos mil caballeros y soldados armados de Goyk y Prok partieron

de sus remotos enclaves en embarcaciones rápidas. Tienen que recorrer una gran distancia, pero los canales ya están crecidos y ayer pasaron por el castillo de Bonor, a unas sesenta leguas al oeste de aquí. Si todo sale bien, llegarán a tiempo para ayudarme.

Los ojos de Antar resplandecían.

— ¡Mejor que mejor! ¡Oh, señora, no puedo decirte hasta qué punto me has levantado el ánimo! Nuestras posibilidades ya no parecen tan sombrías. Todavía nos superan en número, pero al menos tendremos de nuestro lado un mayor número de guerreros experimentados.

En un arrebato de alegría, le besó la mano.

Anigel se puso rígida. Después, viendo el pesar del joven, le dedicó una sonrisa.

— ¿Tan repulsivo te resulta mi contacto? —le preguntó él, entristecido.

—No. En absoluto. Sólo estaba sorprendida. Tengo tantas cosas en la cabeza, como ya supondrás...

Parecía tan pequeña y pensativa aquella joven coronada con magia, incómodamente sentada en una roca enmohecida, con el rostro iluminado tan sólo por el resplandor del brasero, que el corazón del príncipe ardió de lástima y de amor mientras se levantaba y se marchaba para que Anigel no viera que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Sí, señora. Tienes muchas cosas en qué pensar. Demasiadas para una persona de tan escasos años y de gran sensibilidad...

—Me las arreglaré —replicó Anigel con aspereza.

El se volvió hacia la princesa.

—Ahora te he ofendido. Te ofrezco mis más humildes disculpas.

—Y yo las acepto.

Por un instante, sus ojos se encontraron. Después ella desvió la mirada y pareció abstraerse una vez más, y el contacto que había parecido existir durante un momento murió al nacer.

¿Verdaderamente había visto eso Antar? ¿O sólo había sido una expresión de su propio deseo? Hubiera deseado gritarle todo en ese momento, confesarle su adoración, pero ella había fijado su ciega mirada en un lado del refugio y parecía perdida en un ensueño, con un dedo apoyado en su tiara plateada.

—Te deseo buenas noches, entonces —se despidió él.

Pero Anigel no respondió. Estaba concentrada en una visión de su hermana Kadiya, que acababa de aparecer en su mente.

— ¿Qué fue lo que dijo Haramis?

—Ani, me dijo que regresáramos. ¡No, lo ordenó! ¡Como si yo fuera todavía una niña díscola que no quiere volver a casa para quedarse jugando en los establos!

— ¿Te dio alguna razón?

—Teme que Voltrik llegue a saber que estamos en camino, y supone que mandará tropas contra nosotros. ¡Pero eso es ridículo! Los nyssomu sabrían de inmediato si un grupo numeroso de labornokianos saliera de la Ciudadela. Nos avisarían y podríamos ocultarnos en los canales más alejados y desconocidos del Pantano, don-

de nadie de la llanura tendría la menor posibilidad de atraparnos. Por supuesto, le dije todo esto. Pero tuvo un berrinche y empezó a jurarme por su talismán que me dirigía hacia mi propia perdición y que sin duda arruinaría un gran designio. Cuando le pregunté si ese designio era de ella o de Orogastus, se enfureció aún más.

— ¿Es posible que Hará haya caído bajo un embrujo sombrío de ese hombre, Kadi?

—Quién sabe. ¿Se ha puesto en contacto contigo para pedirte lo mismo?

—No. Pero he estado tan ocupada y abstraída todo el día que apenas si he tenido tiempo de respirar.

—Si trata de comunicarse contigo, ¡no respondas!

— ¡Kadi!

—Lo digo en serio. Y no le reveles a Hará nada más de nuestros planes. Finalmente ha ido a ver a la archimaga, supuestamente para escuchar la versión que la Dama Blanca puede darle de nuestro destino y del propósito de nuestros talismanes. Tal vez nuestra hermana enferma de amor recupere su inteligencia en Noth. Sin embargo, yo no contaría con ello. No vuelvas a comunicarte con ella. No debe saber nada de nuestros planes hasta que las tres nos reunamos y resolvamos este asunto.

—Bien, supongo que eso es lo más sensato.

—También me dijo que el hechicero llegará mañana a la Ciudadela.

—¿Qué...? ¿Pero no estaba en la montaña con Haramis?

—Ella le ha prestado uno de sus pájaros mágicos como corcel. Cuando se lo reproché —en realidad, le dije que tenía la cabeza llena de aserrín—, insistió en que estaba actuando de la manera más favorable para nosotras.

— ¡Y ahora tendremos que enfrentarnos con sus embrujos, además de combatir contra el ejército de Labornok! Oh, Kadi...

—No te descorazones ahora. Por lo visto, Hará cree que Orogastus tiene en realidad muy poca magia. Según ella, su taumaturgia sólo se basa en las fabulosas máquinas de los desaparecidos. Los reyes, las llamas y las cápsulas de hierro que destruyeron las fortalezas de las montañas, el horror ruidoso que afectó a las ciudades de Dylex, e incluso el pánico que invadió a los froniales de guerra de nuestros caballeros... dice que todo eso está producido por alguna clase de truco mecánico, no por magia verdadera. Si es que Hará dice la verdad...

—Kadi, no comprendo todo esto. ¡Tiene que haber magia! Nuestros Triliiuns Negros, nuestros talismanes, ¡la archimaga misma! ¡La magia invade el mundo entero!

—No tiene importancia, Ani. Lo único que debes recordar es que no debemos permitir que nuestra hermana nos detenga. De modo que no prestes atención a sus admoniciones lunáticas. Todavía le llevo bastante ventaja a Osorkon y su ejército, me siguen más de tres mil uisgu, y he elaborado un plan para penetrar en la Ciudadela y evitar una batalla fuera de la Loma, donde sin duda la caballería de Voltrik nos derrotaría.

—¡Oh, cuéntamelo!

—¿Para que se lo digas a ese tonto de Antar? Te enterarás cuando nuestros ejércitos se reúnan en la Víspera de las Tres Lunas.

—Me juzgas mal, y también a Antar...

—Eso espero. También espero juzgar mal a nuestra hermana. Mientras tanto, sé muy prudente y reúnete conmigo en el lugar que te mostré. Cuando conferenciemos, arreglaremos las cosas para que el rey Voltrik y Orogastus se nos unan en una celebración muy especial de la Fiesta de las Lunas.

El día alboreaba rápidamente cuando Hiluro empezó su descenso hacia Noth. Haramis había llorado hasta quedarse dormida y luego había soñado una conversación con una escandalizada Kadi-ya, quien expresaba desaprobación con respecto al trato de Haramis con Orogastus. Sin duda Kadiya hubiera intentado apuñalarlo y como resultado hubiera caído fulminada... ¡Cómo se atrevía a decir que la conducta de Haramis era temeraria e imprudente!

A medida que aumentaba la luz, a Haramis le empezaron a arder los ojos. Tenía todos los músculos rígidos, pero su posición, sobre el lomo del pájaro, no inducía al movimiento, de modo que esperaba con ansiedad llegar a tierra.

Cuando el pájaro empezó a describir círculos sobre la pequeña torre de piedra donde vivía la archimaga, Haramis miró hacia abajo, perpleja. La última vez que había visto el lugar, éste estaba cubierto de plantas y rodeado de un prado colmado de flores silvestres. Ahora tan sólo unas pocas ramas desnudas colgaban sobre la torre, y lo que quedaba del prado aparecía parduzco y sembrado de malezas espinosas. El estanque estaba casi seco y la escasa agua que quedaba estaba cubierta de un moho maloliente.

— ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Haramis en voz alta.

Hiluro se agitó, y por un momento Haramis creyó que iba a responderle, pero el pájaro permaneció en silencio.

(Habrán llegado hasta aquí los soldados del rey Voltrik? No, la destrucción sería diferente. Ellos hubieran quemado y arrasado, y aquí todo parece simplemente muerto. ¡Pero no existen razones naturales para que todo se marchite, al menos no en esta época del año!

Pensó en el gran número de jardineros que solían trabajar en la Ciudadela. Tal vez ahora que la archimaga agonizaba, sus escasos sirvientes —y Haramis sólo la había escuchado referirse a uno, su mayordomo— no habían tenido tiempo de ocuparse de las plantas.

¡Pero incluso así, nada debería tener este aspecto!

El quebrantahuesos aterrizó en un extremo del puente levadizo y Haramis descendió de su lomo, especulando todavía acerca de lo que encontraría en el interior. ¿Ya habría muerto la archimaga?

Anoche todavía tuvo fuerzas suficientes para hablarme, pensó la joven.

La invadió un sentimiento de urgencia y se apresuró a cruzar el puente levadizo. Atravesó una vereda de

mosaicos cubiertos de musgo seco, siguió más allá de la fuente, ahora seca, y del jardín, seco y con flores marchitas cuyas raíces se aferraban aún a la tierra que ya no las alimentaba. Cuando llegó ante la negra puerta de madera de la habitación de la archimaga, no le sorprendió encontrarla entornada.

En el cuarto reinaba un calor asfixiante, y un raro —un nyssomu que Haramis nunca había visto— se arrodillaba junto al fuego para agregar más leña.

El nyssomu la miró cuando la sombra de la muchacha, que tenía el sol de atrás, cayó sobre él.

—Lady Haramis —saludó—. Bienvenida a Noth. Ya había asegurado ella que llegarías a tiempo —agregó, indicando el lecho con un gesto.

—Te saludo... Tú debes de ser Damatole —dijo Haramis.

La archimaga sólo había mencionado su nombre una vez durante su último encuentro, pero a Haramis le habían enseñado desde pequeña a recordar el nombre, el rostro y las características principales de todos los conocidos. A sus padres les había parecido un punto importante de la educación real.

—Sí, señora —confirmó el mayordomo, haciéndole una reverencia—. Tengo el honor de servir a lady Binah y a ti. Ella duerme ahora, pero se despertará pronto. ¿Te gustaría tomar un poco de té?

—Sí —aceptó Haramis con agradecimiento—, me sentaría muy bien. Gracias, Damatole.

El raro salió apresuradamente de la habitación; Haramis alzó un banquito acojinado y silenciosamente lo llevó junto a la cama de la archimaga. Después de acomodarse allí, estudió a la mujer dormida.

Binah tenía peor aspecto que en la visualización. Estaba muy demacrada y la piel se le pegaba a los huesos del rostro. Se despertó justo cuando Damatole entró trayendo el té.

—Haramis —dijo lentamente—. Has venido.

—Por supuesto que he venido —respondió la joven—. Tú me llamaste. Además, necesito más información acerca de cómo usar el talismán. Por desgracia, el hecho de encontrar mi Círculo Trialado no me enseñó automáticamente a usarlo. En la biblioteca de Orogastus había alguna información al respecto, incluyendo un libro donde se afirmaba que los tres talismanes debían unirse para formar un cetro...

—Todavía no —la interrumpió la archimaga—. No estás preparada para controlar ese poder. Eso requiere mayor sabiduría de la que tienes, mucha más.

— *¿Y* cuándo se supone que voy a adquirir esa gran sabiduría? —Le espetó Haramis con impaciencia—. ¿Dando vueltas por la ciénaga mientras el ejército de Voltrik arrasa mi reino? *¿O* acaso voy a encontrarla en mis hermanas, que usan sus talismanes para matar?

La archimaga pareció apenarse.

—Ellas tampoco poseen esa sabiduría aún —suspiró, y su voz se extinguió.

Pasaron unos minutos antes de que la anciana volviera a hablar.

— ¿Por qué te quedaste tanto tiempo con Orogastus?

Haramis frunció el ceño, tratando de encontrar las palabras correctas para explicarse.

—Estaba tratando de averiguar cómo era. Tú misma me indicaste que encontrara sus debilidades. Es extraño; parece pensar que las máquinas de los desaparecidos son mágicas. ¡En realidad, está convencido! Se alteró mucho cuando rompí una de ellas, dijo que estaba muerta. Pero las máquinas nunca tienen vida, ¿no es cierto?

—En efecto —respondió la Dama—. ¿Y tú crees que esas máquinas son mágicas?

—No —dijo Haramis—. No puedo explicarlo con exactitud, pero no las *siento* mágicas. Sin embargo, sean magia o máquinas, le proporcionan poder, y ese poder, en cualquier caso, puede utilizarse con gran daño. ¡Y mientras ese poder exista, yo quiero saber cómo funciona!

— ¿Y entonces acudiste a Orogastus para aprender a usar el poder? ¿Fue prudente eso?

— ¿Qué es prudente? —replicó Haramis con amargura—. Tú yaces aquí en tu cama mientras mi hogar es invadido y mis padres son horriblemente asesinados y cientos de vispi mueren porque los advertiste demasiado tarde de un enemigo que no podían contener. ¿Es eso prudencia? *¿Es* eso sabiduría? En ese caso, ¿de qué sirve?

—Sé que estás confundida y dolorida, Haramis —dijo la Dama con suavidad-—, pero debes aprender a ver más allá del momento y descubrir el esquema mayor.

—Eso es *exactamente* lo que dijo Orogastus —replicó Haramis—. Como si mis padres no significaran nada y sus muertes carecieran de importancia...

Descubrió que otra vez estaba llorando, herida, furiosa y abandonada.

Y tú también morirás, pensó con desesperación, *y yo me quedaré sola con mi reino invadido por*

soldados enemigos, mis hermanas, quién sabe dónde, y el rey Voltrik tratando de matarme y de matarlas. No sé qué hacer, y tampoco hay nadie que parezca saberlo.

—He protegido Ruwenda durante mucho tiempo —señaló Binah suavemente—, mucho más del que te imaginas. He amado esta tierra y a su pueblo, y los he protegido y los he ayudado a crecer cómo debían. Es una gran tarea, y hay gran gozo en ella. Pero ahora mi tiempo se termina y empieza el tuyo. —La archimaga volvió la cabeza para mirar a Haramis a los ojos—. Dices que Orogastus te invitó. Dime, Haramis, ¿por qué te invitó a ti y no a tus hermanas?

Haramis le devolvió la mirada, sobresaltada.

—No lo sé, no se me ocurrió preguntárselo.

—Y ahora que conoces la pregunta, ¿cuál es la respuesta?

Haramis frunció el ceño, tratando de recordar exactamente cómo había expresado Orogastus su invitación, así como las preguntas que le había formulado mientras estuvo con él.

—Creo que se siente solo —respondió con lentitud—. Habló de mi reputación de estudiosa y de su deseo de compartir sus conocimientos conmigo. Creo que está buscando a alguien como él, alguien que pueda usar la magia y pensar como él lo hace, alguien que pueda comprender de qué habla.

— ¿Y tú eres como él? —preguntó con suavidad la archimaga.

—En algunos aspectos, lo soy —admitió Haramis—. Yo no quiero fulminar a nadie con un rayo, ni invadir la tierra de los demás, ni matar gente, pero alcanzo a comprender el deseo de conocimiento, la voluntad de encontrarle sentido al mundo...

— ¿… de ver a tu alrededor el esquema de la vida?

—Sí —concluyó Haramis—, exactamente.

—Y cuando tengas este conocimiento, ¿qué harás con él?

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Haramis.

— ¿Usarías tus conocimientos para herir y destruir, para manipular y forzar la voluntad de los demás?

— ¡Por supuesto que no! —replicó Haramis indignada—. Eso sería un crimen. Se supone que la gente es libre de hacer sus propias elecciones, y que no debe ser utilizada como títeres para diversión de los que son más fuertes o más inteligentes que ella. Pero, ¿por qué tendría que *hacer* algo con el conocimiento? ¿Por qué no puedo simplemente estudiar y aprender y gozar del conocimiento y la visión que logre? ¿Por qué tendría que usarlo?

—Porque eres lo que eres, y se nota. Yo lo veo, Orogastus lo ve, y cualquier otro que sepa algo de magia puede verlo.

La voz de la archimaga se hizo cada vez más intensa.

—Haramis, tú comprendes las palabras. La mayoría de las personas nunca llega a darse cuenta de que las palabras son importantes, que tienen peso, que decir algo es darle al menos una sombra de existencia y nombrarlo es darle vida. Tú escuchas, oyes y recuerdas, y eso es una rara cualidad. Sin ella, nunca entenderías la magia, o casi toda te resultaría inconcebible. Kadiya posee gran ardor y determinación, y Anigel tiene compasión y un corazón amable, pero esos dones, aunque son grandes por derecho propio, no son los necesarios para el pleno uso de la magia. Tu pasión es el conocimiento, Haramis, y eso combinado con la sangre real de Ruwenda te convertirá en una maga. Si pretendes no usar tus capacidades, tú y ellas, os convertiréis en instrumentos de personas como Orogastus.

— ¿Por eso me siento como una pieza en una partida que tú y Orogastus estáis jugando? —preguntó Haramis.

Los ojos de la archimaga centellearon, como si toda la vida que le quedaba estuviera contenida en ellos.

—Te sientes como una pieza porque hasta ahora sólo has sido eso, Haramis. Pero estás llegando a la última casilla, donde podrás elegir en qué te convertirás.

—En una reina, por supuesto —respondió Haramis con sorpresa—. ¿No fue ésa la elección que se hizo hace mucho tiempo?

—No —la contradijo suavemente la archimaga, casi en un susurro—. Esa elección no puede hacerla nadie por ti. Lo importante es que el mundo recupere su equilibrio, y eso sólo se logrará si tú y tus hermanas podéis encontrar vuestro propio equilibrio. La corona tal vez no sea tu destino.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Haramis, horrorizada—. ¿Perderemos el reino a manos de Voltrik? ¿Me

matarán? ¿O le ha ocurrido algo a la corona? Te la dejé para que la guardaras, ¿actué mal el obrar así?

—De ninguna manera. —La voz de la archimaga era débil, pero todavía audible—. La corona está aquí, a buen recaudo. —Volvió la cabeza hacia el fuego—. Damatole.

Haramis no hubiera creído que el raro pudiera oír el susurro, pero se apresuró a acudir junto a Binah.

—Ha llegado el momento —susurró la anciana.

Él asintió, se acercó a uno de los armarios de la pared más lejana, extrajo un bulto blanco y se lo alcanzó a la archimaga.

La anciana extendió una mano con lentitud, asió un pliegue de la tela y le tendió el bulto a Haramis. Cuando éste empezó a deslizarse de la cama, Haramis lo cogió. Cayó abierto en sus brazos y la joven descubrió con sorpresa que se trataba de la capa de la archimaga.

—Póntela, Haramis —le ordenó Binah en un susurro—. Es tuya ahora.

— ¿Quieres decir que *yo* seré archimaga? —preguntó Haramis, atónita.

No *quiero esa tarea,* pensó con pesar. *Ya es bastante difícil ser reina, y al menos me educaron para eso. Pero ser la nueva archimaga, ¡Ella no puede pedirme eso!*

—Tienes la capacidad —susurró Binah—, pero debes elegirlo tú. Te doy mi bendición y mi amor, y una advertencia final. Recuerda que la frontera entre la autoconfianza y el exceso de confianza es muy tenue y que puedes cruzarla con facilidad. Protégete siempre. Elige con sabiduría.

La anciana respiró estertoreamente y se quedó inmóvil.

Haramis, consternada, observó su cuerpo con fijeza.

Esto no puede estar ocurriendo, pensó. *Estoy soñando. Estoy en mi cama en la torre de Orogastus y tengo una pesadilla, he estado leyendo demasiados libros de magia, he...*

Haramis advirtió que Damatole le estaba hablando.

— ¿Dama Blanca?

Ella se volvió lentamente para mirarlo.

— ¿Qué ocurre, Damatole?

— ¿Cuáles son tus órdenes, señora?

¿Órdenes? Cree que soy la nueva archimaga. Oh, por qué, por qué se me habrá ocurrido levantarme de la cama esta mañana... ayer por la mañana... ¿cuándo fue?

Tenía que responder algo; después de todo, él sólo intentaba cumplir con su deber. Por desgracia, no se le ocurría nada.

—Permite que te traiga el desayuno y un poco de agua para lavarte —sugirió el raro—. Debes de estar hambrienta.

Hombre. Sí, ahora que lo mencionaba, tenía hambre.

—Gracias, Damatole —dijo Haramis inexpresivamente—, eso me parece bien.

Damatole le sirvió una comida sencilla, después la condujo a una pequeña habitación donde había un jergón. Haramis se acostó y se durmió; cuando despertó era por la tarde y había una comida dispuesta en una mesita junto al jergón. Haramis comió hasta el último bocado, y luego fue en busca de Damatole.

Lo encontró en el cuarto de la archimaga, pero le sorprendió encontrar la cama vacía.

— ¿Ya has enterrado su cadáver, Damatole? —preguntó—. Yo te hubiera ayudado.

—No hay cadáver —le respondió él—. ¿No recuerdas? No, veo que no, La carne que encerraba el espíritu de Binah se ha convertido en polvo, como ocurrirá con este lugar cuando tú te marches.

Haramis observó la cama con mayor detenimiento. Sí, había polvo en la almohada donde Binah había apoyado su cabeza.

— ¿Dónde está la corona de Ruwenda?

Damatole abrió otra vez el armario y extrajo un bulto envuelto en tela blanca, que entregó a Haramis. Cuando la joven lo desenvolvió, comprobó con alivio que la corona estaba entera y que no había sufrido ningún daño.

¿Se hubiera convertido en polvo si la hubiera dejado aquí al marcharme!, se preguntó.

—Te conseguiré una bolsa para que la lleves —ofreció Damatole, quien salió apresuradamente de la habitación sin esperar respuesta.

Haramis trató de pensar qué haría a continuación, pero cuando Damatole regresó con una bolsa de cuero, la joven todavía no lo había decidido.

Sin embargo, como era evidente que el raro esperaba que se marchara, Haramis llamó al quebrantahuesos. Entonces se le ocurrió que no era ella la única sin hogar.

—Damatole, ¿tienes adonde ir?

Él asintió.

—Mi gente vendrá a buscarme. Ya está arreglado. Hay una última cosa —agregó.

Recogió luego la capa de la archimaga, que todavía yacía sobre el banco donde Haramis la había dejado, y la guardó en la bolsa junto con la corona.

— ¿Por qué me das eso? —preguntó Haramis mientras ambos salían del edificio, temiendo conocer la respuesta.

—Porque es tuya, Dama Blanca —respondió él—. Y ahora me despido de ti.

Un fuerte viento le arremolinó el cabello. Ella miró las nubes cada vez más densas y se preguntó si llovería al día siguiente, en la Víspera de las Tres Lunas.

Hiluro se descolgó de las nubes y aterrizó junto a ella.

(Dónde quieres ir, Dama Blanca)

—No me llames así —dijo Haramis en voz baja—. Todavía no.

Montó el quebrantahuesos, asiendo con fuerza la bolsa que contenía la corona y la capa, e Hiluro se elevó hacia el cielo amenazador.

El rey Voltrik y la Voz Verde esperaban en el parapeto de la Gran Torre de la Ciudadela, y las oscuras nubes parecían agitarse a unas pocas anas por encima de sus cabezas, ocultando la bandera de Labornok que ondeaba en su mástil. Más abajo, la extensa fortaleza, los edificios exteriores y los patios permanecían extrañamente silenciosos, a pesar de que era media tarde, un momento en el que por lo general los servidores y libertos ruwendianos andaban atareados. Sin embargo, en este día solamente el constante martillar de un herrero quebraba el silencio, repicando como una discordante campana de mal agüero.

El rey Voltrik se estremeció.

— ¿Es la desdichada fiesta de mañana —le preguntó a la Voz Verde— lo que ha hecho que los conquistados se retiren de sus trabajos? Más de la mitad del personal de la Ciudadela ha alegado estar afectada por una crisis de paludismo, por lo que no podían levantarse. Los que están trabajando vagan por ahí y apenas si parecen sostenerse en pie.

—Hay algo en el aire —admitió la Voz—. Sin duda pronto estallará otra gran tormenta.

—No es eso lo que quise decir —ladró Voltrik—. ¡Hay algo malo en ciernes; creo que tú sabes qué es y tienes miedo de decírmelo!

La Voz Verde bajó la cabeza encapuchada en un gesto de sumisión.

—Mi Amo Todopoderoso llegará pronto, gran rey, y él dará reposo a tu mente y responderá a todas tus preguntas.

El rey lanzó una carcajada carente de alegría y bruscamente se apartó del acólito para observar la extensión de tierra que había hacía el norte. La luz peculiar hacía que el verde vivo de la jungla pareciera especialmente intenso, y también los olores de la ciénaga resultaban más penetrantes que de costumbre.

—Si quiere aliviar mi inquietud —gruñó Voltrik—, entonces ¿por qué el hechicero te ordenó que todos los soldados, salvo unos pocos, regresaran a la Ciudadela y estuvieran preparados para el combate.

—Una mera precaución...

—¡Mentirosos! ¡Ambos! ¡Traidores y cómplices!

El monarca dio media vuelta y aferró el hombro de la Voz Verde. Aun manco, era capaz de sacudir al asistente de Orogastus hasta hacerle castañetear los dientes.

— ¡Vienen a buscarme! ¡Son las tres Princesas-Brujas! Es así, ¿verdad? Yo podría haber estado a salvo muy lejos de aquí, de regreso en Derorguila, pero tú y Orogastus me asegurasteis que todo saldría bien, que habíais capturado a las brujas y os habíais apoderado de sus talismanes. ¡Todo mentiras! ¡Y ahora vienen a buscarme, tal como rezaba la profecía!

—No, gran rey...

—¡Estoy atrapado aquí! —aulló Voltrik—. ¡Qué Zoto tenga piedad de mí! El ejército me odia porque los soldados tendrán que permanecer en este agujero del infierno durante las lluvias; los

caballeros están muertos de aburrimiento debido a la inacción, andan bebiendo y persiguiendo a las mujeres del día a la noche. ¡No queda nadie para servirme salvo cobardes, estúpidos y traidores que urden planes para apoderarse de mi reino cuando esas demoníacas brujas ruwendianas hayan dado cuenta de mí!

La Voz Verde cayó de rodillas y unió las manos en un gesto de súplica.

—¡No es así, no es así! Mi Amo te lo explicará todo cuando llegue.

—¡Si es que llega! —bramó Voltrik. Desenvainó su espada corta y la usó de canto para aplastar la nariz de la Voz—. ¡Y si no llega, entonces tu cabeza orejuda y afeitada deberá despedirse de su cuerpo, y yo me marcharé de este pozo de iniquidad mañana al alba! Es mejor arriesgarse a los peligros de las lluvias que permanecer aquí como un estúpido nunchik en el matadero.

Un gran puntapié del rey hizo que el esbirro arrodillado cayera de bruces al suelo.

Entonces sonó un grito agudo como un trompetazo.

Alarmado, Voltrik dirigió la mirada en todas direcciones salvo en la correcta, de modo que pegó un respingo cuando un gigantesco pájaro blanco y negro emergió de las nubes, lanzó otro grito, y planeó para aterrizar sobre el parapeto.

Desde la unión de las alas todavía extendidas, Orogastus contempló al atónito rey y le dirigió una leve inclinación de cabeza.

—Te saludo, mi señor —dijo con calma—. Aquí estoy como prometí, y dispuesto a entregarte a tus enemigos, como también te prometí.

— ¡Por los dientes de Zoto! ¡Ésa es una de esas cosas que sirven a la archimaga! ¿Y ahora te sirve *a* #'…?

Orogastus se deslizó del lomo del quebrantahuesos. Le dio las gracias brevemente, ante lo cual el pájaro simplemente movió sus ojos para ascender luego a las nubes oscuras con un único golpe de alas.

—La archimaga —dijo el hechicero con evidente satisfacción—, está muerta. Y su sucesora es nada menos que la princesa Haramis, quien una vez rechazó tu propuesta de matrimonio, y que ahora está en mi poder… aunque aún no se ha dado cuenta.

— ¡Por los Diez Infiernos! —Voltrik envainó su espada haciendo una mueca de alivio—. ¿Y las otras dos mocosas reales?

Orogastus caminó hasta el parapeto norte de la torre y se sentó en la piedra con la cabeza gacha y el rostro oculto tras la capucha de su capa negra. Rápidamente, utilizando el lenguaje sin palabras, dio órdenes a su acólito. La Voz Verde se puso de pie de un salto y desapareció por la escalera de la puerta trampa.

Entonces el hechicero se quitó la capucha y sonrió a Voltrik con todo el antiguo encanto y el irresistible dominio que había embrujado a un inexperto príncipe dieciocho años antes.

—Las otras princesas están por cierto en camino —dijo Orogastus—. Kadiya lidera una indisciplinada turba de enanos de la ciénaga armados con cerbatanas y lanzas de pedernal. La terrible horda de Anigel está formada por unos pocos cientos de raros del bosque de feo rostro, algunos débiles nyssomu, un grupo de desarrapados partidarios de Ruwenda... y por tu hijo, el traidor, con un grupo de desertores picados por los mosquitos.

— ¡Pero las princesas tienen sus talismanes!

Orogastus asintió.

—Sin embargo, no saben usarlos correctamente. Sin duda piensan que lo único que deben hacer es ordenar que nos destruyan.

Pero te juro por mi alma inmortal que los instrumentos mágicos no funcionan así. Son armas delicadas, y las princesas, esas muchachas inmaduras con más ímpetu que sabiduría, no entienden de esas cosas.

Voltrik se sentó junto al hechicero, con el ceño fruncido y mascándose los bigotes. Indicó el Pantano con un gesto.

—No podemos salir allí a buscarlos. Las lluvias comenzarán en cualquier momento. Jamás los atraparíamos en la ciénaga, ni siquiera con la ayuda de esos abominables ahogadores.

—No —admitió Orogastus—. ¡Por esa misma razón las he instado a venir aquí a la Ciudadela, donde nuestras fuerzas superiores y mis poderosos hechizos acabarán con ellas de una vez por todas!

Voltrik se animó.

— ¿Las fulminarás con tus rayos? ¿Las destruirás con la misma brujería que utilizaste en la conquista?

—Pondré a tus pies las cabezas de la princesa Kadiya y Anigel. Haramis, que es mi criatura, te servirá

en cuerpo y alma.

Voltrik lanzó una risita nerviosa.

—Eso no me desagradaría, es decir, si tu magia la somete. Siempre me han gustado las mujeres altas, y de alguna manera debo tener más hijos...

—Habrá una batalla, señor. —Orogastus habló casi con indiferencia—. Se llevará a cabo dentro de dos días, indudablemente durante la Fiesta de las Tres Lunas.

Voltrik volvió a levantarse, con ojos brillantes, y hablando en voz muy alta.

— ¡Bien! ¡Maldición, eso es lo que necesitamos para que la sangre vuelva a fluir por nuestras venas! ¡Estar aquí quieto durante un mes, la mitad del tiempo al borde de la muerte, ha hecho que mi corazón se estanque como esta condenada ciénaga! ¿Ya has pensado la estrategia del combate?

—Por supuesto, mi señor. —Orogastus también se puso en pie ahora—. Y esta vez no hay ninguna duda de que venceremos. Mis grandes poderes están a punto, y yo sigo ansioso por defenderte. El ejército acuartelado aquí en la Ciudadela está preparado, y lord Osorkon llegará muy pronto con otros cinco mil hombres... Y si te preocupas por el supuesto poder de las princesas y de sus talismanes, también disponemos de *esto*.

El hechicero extrajo una bolsa *de* su capa, y de ella una caja de madera que tenía tallados cráneos y otros símbolos de muerte.

Abrió la caja para revelar una opaca esfera verde del tamaño de un fruto de ladu pequeño, acomodada en un nido de acolchado terciopelo negro.

—Esta arma es más letal que todas las otras juntas. Fue el segundo regalo de despedida que me hizo mi maestro Bondanus...

— ¿El que te dio las pastillas doradas?

—Sí. Ese fue un regalo de vida, en cambio éste sólo produce la muerte más dolorosa. Sólo debe utilizarse como último recurso, pues su efecto castigará a todos los que se hallen a nivel del suelo dentro de un radio de mil anas, amigos o enemigos. Si fuera necesario usarla, si no hubiera otra manera de acabar con las princesas, yo mismo me ocuparía de hacerlo.

El rey Voltrik había palidecido y no podía desviar la vista de la esfera.

— ¿Cómo se llama y cómo funciona?

—Se lo conoce como el efluvio de la condenación y es un arma más antigua que los desaparecidos. Fue utilizada contra ellos por los antecesores de mi maestro, durante el gran combate por el dominio del mundo. La esfera es de cristal. Al arrojarla contra las piedras, libera vapores mortales que producen la muerte con una sola vez que se respiren. Estoy dispuesto a utilizarla para asegurar nuestra victoria, aunque matará a muchos de los nuestros junto a nuestros enemigos. No debes temer por tu propia vida, señor, mientras permanezcas en los niveles superiores de la fortaleza. Sus vapores, que son pesados, no pueden elevarse por encima de la estatura de un hombre.

Orogastus cerró la caja y la guardó.

—Sin duda, no será necesario. Te la presento solamente para demostrarte que las princesas no pueden salir triunfantes de ninguna manera. Somos invencibles.

Los ojos que el hechicero clavó ahora en el rostro gris del monarca parecieron hacerse tan brillantes como estrellas, y su voz suave instaba a confiar y a rechazar todo temor.

—Me crees, ¿no es verdad, mi rey?

—Sí —respondió Voltrik con un trémulo susurro—. Sí.

Sabiendo que ahora sus fuerzas tendrían que viajar desde su campamento secreto del río Skrokar hasta el escondite de Kadiya, a unas quince leguas de distancia al norte de la Ciudadela, en el pantano intransitable, la princesa Anigel había pedido a su talismán que los ocultara de la vista mágica del enemigo. ¡Y, maravilla! La niebla diurna se había espesado hasta convertirse en un opaco velo que cegaba a los humanos pero que no molestaba en absoluto a los raros.

La princesa había supuesto que ésa era la respuesta a su ruego, y su ejército se puso en marcha. La flota de embarcaciones nyssomu transportó a todos más allá del castillo Manoparo, hasta la confluencia del Skrokar y el Mutar. Desde allí siguieron por el gran río, permaneciendo en los canales apartados junto a la costa norte hasta que viraron a la derecha por un canal tortuoso y retorcido. Este canal condujo a Anigel a la zona que su hermana había elegido como base, donde llegaron al anochecer.

Se trataba de otra isla grande, sólo iluminada por espectrales faroles que encerraban gusanos de la ciénaga

de brillo verde. Un jefe uisgu, con grandes círculos de pintura roja alrededor de los ojos y un traje de cota de malla dorado de escamas de pescado, recibió el bote de Anigel en la costa, y dijo que conduciría a la princesa, al príncipe Amar y a los otros caballeros labornokianos al lugar donde Kadiya los esperaba.

Desembarcaron a la luz de los faroles, y siguieron un sendero hasta una simple tienda de cuero donde Kadiya y sus jefes uisgu se inclinaban sobre un dibujo de la fortaleza de la Ciudadela desplegado sobre una rústica mesa.

Había mujeres también, pues el liderazgo era igualitario. Pero no había a la vista ninguna falda larga cargada de finos bordados. Todas ellas usaban pantalones de fibras trenzadas y túnicas cargadas de rústicas escamas que las cubrían desde los hombros hasta los muslos, como si fuera una cota de malla. También llevaban yelmos, hechos con los metales encontrados en las ruinas. Kadiya tenía el pelo trenzado y recogido bajo su yelmo. Sólo su estatura la distinguía del resto.

Cuando la rubia Anigel vio a su hermana, olvidó todo, estalló en lágrimas de alegría y corrió hacia la otra con los brazos extendidos. Pero Kadiya le devolvió el abrazo de manera algo vacilante, mientras sus ojos oscuros no se desviaban del rostro de Antar, quien había permanecido a la entrada del refugio junto con sus hombres.

El príncipe paseaba su mirada de Anigel a su hermana y había empezado a fruncir el ceño.

— ¿Qué pasa? —exclamó Anigel, preocupada—. ¡De nuevo estamos juntas, sanas y salvas!

—Sí, estamos bien —replicó Kadiya estólidamente—. Pero, ¿quiénes son estos que te acompaña, hermana? ¿Qué pacto has hecho con ellos? La confianza no puede basarse en el derramamiento de la sangre de los parientes. —Observó con fijeza al príncipe—. ¿Con tanta facilidad has olvidado cuál fue el acero que destruyó nuestro mundo?

Anigel soltó un grito tan apesadumbrado como si Kadiya la hubiera amenazado con un arma.

— ¡No es necesario temer o desconfiar de Antar, lo juro por mi vida! ¡Por mi talismán!

Levantó de su cabeza la tiara plateada, cuyo ámbar de trillium había empezado a pulsar mientras la joven se aproximaba a su hermana, sosteniendo la tiara en alto.

—Su Alteza —dijo el príncipe mirando directamente a Kadiya—. ¿Qué juramento debemos hacer para que aceptes la verdad?

Lentamente, Kadiya desenvainó su propio talismán. Lo invirtió, sosteniéndolo con la empuñadura hacia arriba de modo que quedara frente a Anigel y a Antar. Los tres ojos se abrieron y los hombres presentes masculllaron consternados.

—Hermana, vuélvete —ordenó Kadiya—, y deja que nuestros dos talismanes juzguen.

Con expresión consternada, Anigel hizo lo que se le pedía.

—Oh, Señores del Aire, grandes siervos de Dios —entonó Kadiya—, reveladnos cuál de estos caballeros nos prestará fiel servicio, y cuál nos causará daño, y hacedles a estos últimos lo mismo que ellos nos harían a nosotras.

Hubo un rayo de silenciosa luz blancoazulada. El príncipe Antar y sus quince leales compañeros se estremecieron dentro de sus armaduras, con las bocas abiertas por la sorpresa, pero en la tierra húmeda yacían otros dos caballeros, inmóviles.

Al cabo de unos momentos, sir Owanon se agachó para examinarlos.

—Onbogar y Turat. Los dos muertos —dijo, meneando la cabeza.

Anigel soltó una exclamación de horror.

—¿Dónde está Rinutar? —preguntó el príncipe Antar.

No se encontraba entre ellos, ni tampoco lo había visto nadie después de desembarcar del bote en el que habían llegado al campamento de Kadiya. Antar quiso enviar a sus hombres a buscarlo, pero la princesa Anigel les ordenó que no lo hicieran.

—Yo lo buscaré —apuntó la joven con suavidad.

Volvió a ponerse el talismán en la cabeza y sus ojos parecieron mirar a través de todos, en dirección a la Ciudadela.

—Está en medio del río. En una embarcación robada.

— ¡Hay que matarlo! —gritó sir Penapat—. ¡Dará la alarma!

—No hay necesidad de hacerlo —intervino una nueva voz.

Esta vez fueron Kadiya y Anigel quienes quedaron inmóviles y boquiabiertas por la sorpresa, pues la princesa Haramis se había abierto paso entre los hombres con armadura para enfrentarse a sus hermanas.

Tenía puesta la capa blanca de la archimaga, y en un brazo llevaba la corona de Estado, desenvuelta.

— ¡Haramis! —exclamaron sus hermanas al unísono.

— ¡Kadiya! ¡Anigel! —Haramis abrazó a sus hermanas y luego dijo—: Sí, soy yo. Podéis dejar huir a Rinutar. El rey Voltrik y Orogastus ya saben que estáis aquí, y que vais a atacar mañana antes de que salgan las lunas, al comienzo de la fiesta.

Todos ellos, uisgu y labornokianos, Kadiya y Anigel, e incluso el pequeño y fuerte Jagun, empezaron a hablar al unísono.

Haramis alzó su talismán. El ámbar de Trillium engarzado en la vara latió con luz dorada, al igual que cada uno de los que había en los otros talismanes. Se hizo el silencio.

—Hermanas, sé qué número de seguidores tenéis en este campamento —dijo Haramis. Trató de que el escepticismo no se manifestara en su voz; merecían su cortesía—. He visto muchos más botes cargados de uisgu aproximándose, y también una gran flota de ruwendianos armados que vienen del noreste libre. Pero si atacáis la Ciudadela, todos estos leales amigos morirán, pues esta empresa está condenada de antemano.

— ¿Quien te lo ha dicho? —preguntó acaloradamente Kadiya—. ¿Tú amado hechicero?

Haramis se ruborizó. No merecía esa acusación, aunque tal vez Kadiya no tuviera la culpa de pensar eso. La miró directamente a los ojos.

—A pesar de lo que creas que ha ocurrido entre Orogastus y yo, no soy yo quien ha traído al enemigo a esta reunión.

Miró entonces a Anigel, que se hallaba muy cerca del príncipe Amar. Anigel se sonrojó pero guardó silencio.

—En cuanto a la condena —prosiguió Haramis—, no soy ciega, lo veo por mí misma. Tus aborígenes están escasamente armados. La fuerza del conde Palundo probablemente no llegará a tiempo,

pero aunque lo haga, será rechazada por los cinco mil hombres que Osorkon trae por el río. La otra mitad del ejército de Voltrik ya está sobre alerta, preparada para rechazar cualquier ataque. Las grandes puertas de la Ciudadela han sido reparadas.

—Tal vez tengamos con qué abrirlas —dijo Kadiya con una mueca semejante a una sonrisa—. ¡Y también con qué derrotar a tu hechicero!

—Estás arriesgando demasiadas vidas basándote en una suposición —señaló Haramis—. Tal vez ignores que ya no puedes contar con la ayuda de la archimaga.

—¿Por qué no? —preguntó Kadiya—. Siempre nos ha ayudado. ¿Intentas decirnos que en este combate ayudará a Orogastus?

—No —respondió Haramis con fatiga—. Estoy tratando de decirte que la archimaga ha muerto.

Anigel soltó una exclamación de pesar.

— ¿Cómo lo sabes? —espetó Kadiya, furiosa.

—Lo sé porque yo estaba allí —replicó Haramis y el dolor volvió a invadirla.

Hasta entonces no había derramado lágrimas por la archimaga, pero tampoco se atrevió a hacerlo en ese momento. Se esforzó en lograr que su voz permaneciera firme.

—Te lo advierto, Orogastus te espera con todas las armas antiguas de las que dispone y ha pedido a los skritek de la Ciénaga Verde que se pongan en marcha. Se acercan a la Loma de la Ciudadela. ¡Y matarán y devorarán a todos los tuyos que puedan apresar! ¿De verdad crees que podrás enfrentarte con todo eso y con las armas de Orogastus?

Hubo un momento de silencio, que a Haramis le pareció muy largo.

—Todos seréis masacrados —agregó con suavidad—. Retírate, te lo ruego. No podrán seguiros por las ciénagas en esta época del año.

— ¡No! —Kadiya golpeó la mesa con un puño—. ¡Orogastus te ha embrujado! Eso es evidente, pues has usurpado la capa de la archimaga.

— ¿De verdad crees que deseaba ocupar su lugar? —preguntó Haramis.

Toda su fatiga, todo su dolor por la archimaga amenazaban con invadirla de nuevo.

—Sí, lo creo —declaró Kadiya con calor—. Siempre has codiciado el poder, Haramis. No soportas pensar que Ani o yo podamos tener un plan mejor que el tuyo.

La injusticia de estas palabras azotó a Haramis como si fuera un golpe. Sintió que iba a derrumbarse,

Kadiya la miraba furiosa, pero Anigel descubrió el dolor de su expresión.

—Creo que estás siendo injusta, Kadi —intercedió Anigel—. Oigamos al menos el plan de Haramis.

Kadiya las miró a ambas con ira.

— *¿Y* qué pasa con la corona, Haramis? ¿Orogastus y tú compartiréis los tronos de Ruwenda y de Labornok, cuando Voltrik desaparezca según tus grandes planes?

— ¡Por supuesto que no! Kadiya, tú no lo comprendes.

Haramis desesperaba. ¿Cómo podría lograr que sus hermanas comprendieran?

—Que los talismanes demuestren si miente o dice la verdad, tal como lo hicieron con el príncipe Antar y sus hombres —dijo Jagun inesperadamente.

Haramis se irguió en toda su estatura.

—Como queráis. Pero si vuestros talismanes se parecen al mío, hermanas, será mejor que seáis muy prudentes cuando penséis la prueba. No dudo que mi talismán, como los vuestros, es capaz de matar.

—Que así sea —asintió Kadiya, mientras Anigel miraba a sus dos hermanas con evidente tristeza.

Hasta los caballeros labornokianos y los uisgu percibían lo que las tres hermanas pensaban.

—Mi queridísima Haramis —dijo Anigel con gravedad—, deseamos muchísimo creerte, pero te hemos *visto* en compañía de Orogastus. —Había lágrimas en los ojos de Anigel, pero su voz fue firme—. No tenemos más remedio que pedirte que nos permitas probarte.

Haramis miró a su hermana con una expresión confundida. Todos los que se hallaban en la tienda contuvieron el aliento, y en el silencio se percibió el golpeteo de las primeras gotas de la nueva tormenta y el suave murmullo de muchas voces en el exterior. Había llegado otro grupo de reclutas.

Haramis replicó con suavidad:

—Yo no pedí que te probáramos a ti, aunque trajiste aquí a tu príncipe. —Anigel se sonrojó y Haramis siguió hablando—. Que sea como queréis. —Tomó su talismán y lo sostuvo en alto frente a su rostro—. Probadme, entonces.

En ese punto todos los caballeros de Antar y los uisgu abandonaron la tienda precipitadamente. Sólo permanecieron el príncipe y Jagun, y el pequeño cazador nyssomu hizo el signo del Trillium Negro delante de cada hermana. Haramis le entregó la corona a Jagun; éste la recibió con reverencia y se arrodilló en un rincón con la cabeza gacha.

Kadiya y Anigel seguían lado a lado con los talismanes alzados, pero esta vez fue la princesa más joven quien habló.

—Queridos Señores del Aire, tened piedad de las tres, pero también mostradnos con claridad cualquier peligro que podríamos plantear para el gran equilibrio del mundo.

Los tres talismanes brillaron con un profundo color carmesí, colmando la tienda de resplandeciente luz. Las tres princesas parecían estatuas con los ojos muy abiertos y las bocas apenas entreabiertas.

Entonces la tiara, la vara y la espada sin punta cobraron un aspecto espectral, se alejaron volando de sus dueñas hasta un punto a mitad de camino por encima de ellas, y allí los talismanes se fundieron. El cuerpo de la vara se deslizó dentro de la empuñadura trilobulada, y la tiara, con sus rostros monstruosos en las cúspides, envolvió el círculo y se cerró, con lo cual las tres alas con el ámbar al centro se encontraron de repente suspendidas dentro de anillos concéntricos. Una voz misteriosa habló:

En este Cetro de Poder está el potencial de un equilibrio permanente, así como de la ruina de este mundo. Reflexiona juiciosamente antes de dar una orden al Cetro, y recuerda que sus artífices sentían al final miedo de usarlo...

La luz de un color rojo sangriento desapareció. Cada princesa sostenía de nuevo su talismán.

Al cabo de varios minutos de silencio, el príncipe Antar habló.

— ¿Han respondido los talismanes?

Haramis lo miró fijamente, incrédula, pero fue Anigel quien preguntó, con la voz de alguien que acaba de despertar de un sueño:

— ¿No has visto ni oído nada?

—Nada, graciosa señora, salvo tu propia invocación.

Las tres hermanas intercambiaron miradas. Sin pensarlo, las tres se unieron en un triple abrazo.

—Parece que estoy exculpada —susurró Haramis—. ¿O no es así?

—Por supuesto que lo estás —dijo Kadiya con aspereza—, pero igualmente atacaremos la Ciudadela.

Haramis frunció el ceño.

— ¿Las dos estáis decididas a hacerlo?

—Sí —respondió Anigel—. Si no te unes a nosotras, hermana, al menos no nos obstaculices ni brindes ayuda a nuestros enemigos.

—No lo haré —prometió Haramis—. Sin embargo, debo dejaros. Debo ir a la Loma de la Ciudadela, y allí... no sé qué haré. Pero sé que debo acudir allí.

El pequeño Jagun abandonó su sitio en el rincón, todavía sosteniendo la corona de estado.

—Si lo deseas, princesa Haramis, te llevaré en un bote.

—Te lo agradezco, pero antes de irme —dijo dirigiéndose a sus hermanas—, dejadme que os revele una cosa que averigüé durante el tiempo que pasé con Orogastus. Gran parte de su supuesta «magia» procede de las máquinas de los desaparecidos, y es posible que podáis utilizar vuestros talismanes para destruirlas. Cuando mi talismán rozó una de ellas, la máquina dejó de funcionar. Es posible que vuestros talismanes también lo logren.

Abrazó a sus hermanas.

—Kadiya, Anigel, sed cuidadosas... ¡Y que los Señores del Aire os protejan!

Tomó la corona de manos de Jagun. Luego, con su capa blanca, Haramis se marchó con el cazador nyssomu, y sólo Antar quedó con las otras dos princesas. Resonó el rugido de un trueno y la lluvia se intensificó.

Kadiya miró al alto joven de armadura azul, frunciendo el ceño.

— ¿De verdad no has visto nada? ¿Ni la luz roja ni que los talismanes se fundían? ¿No oíste una voz extraña?

—De verdad que no, princesa —respondió Antar.

—La visión era para nosotras, Kadi —observó Anigel—. Me parece que especialmente para la pobre Haramis.

— ¿Pobre? —Ironizó Kadiya—. Bien, aquí estamos nosotras, unas proscritas preparándose para la guerra, mientras ella, con la corona y la capa, elige mirar desde la barrera.

—Si logramos triunfar sin el Cetro, sin duda ella será la más afortunada. Pero si lo necesitamos...

Kadiya se irguió y aferró con firmeza la empuñadura de su talismán.

—Eso no ocurrirá.

Después, con voz áspera, indicó al príncipe Antar que volviera a llamar a los caballeros leales y a los líderes del pueblo para explicarles a todos el plan de combate.

Esa noche Haramis durmió segura y seca debajo de un árbol en la playa de la Loma, en un pequeño parque situado junto al muelle de la Ciudadela. Pidió a su talismán que la protegiera y una niebla la ocultó efectivamente de los pocos guardias que se hallaban vigilando los muelles.

Por la mañana la tormenta ya había amainado, pero la bruma era más espesa y envolvía a la joven dentro de una protección gris y suave donde los únicos sonidos eran los gorjeos y los chillidos de pájaros e insectos y el lento goteo del agua que caía del árbol. Descubrió que los centinelas de los muelles se habían retirado a la Ciudadela. El camino unía el puerto directamente a la puerta principal de la fortaleza que se erguía a menos de una legua de distancia, y la joven supo que una parte del obstinado plan de su hermana implicaba un ataque que seguiría este trayecto demasiado evidente.

Se sentó a meditar en silencio, suplicando alguna guía. Resultaba difícil, las otras preocupaciones se entremetían: el temor por sus hermanas, el dolor por la pérdida de sus padres y de la Dama Blanca, la ira ante la acusación de Kadiya de que había usurpado el manto de la archimaga...

¡Como si yo lo hubiera querido! pero, ¿qué otra persona hay? ¿Acaso Kadiya cree que ella podría ser archimaga?

Como si la idea la hubiera invocado, Haramis vio la imagen esbelta de Binah que apareció ante ella, ataviada con su reluciente manto blanco, cuya capucha le ocultaba el rostro. Sin embargo, las manos que se alzaron lentamente para retirar la capucha eran jóvenes y tersas, y Haramis experimentó un súbito escalofrío de temor. ¿Qué rostro vería? ¿Sería el de Kadiya, o el de algún horrible demonio?

Ninguno de los dos, era el rostro de Binah, pero transformando: radiante, ya no el de una anciana. Era como si todo lo mortal en ella hubiera desaparecido y sólo quedara su espíritu en forma pura.

Señora.

Haramis hizo una inclinación de cabeza.

Una mano pareció acariciarle el cabello y una clara voz musical que de alguna manera era la de Binah dijo:

¿Qué ocurre, hija mía?

Mis hermanas, replicó Haramis con tono desdichado. *Creen que estoy enamorada de Orogastus, en realidad temen que me haya embrujado. ¡Kadiya llegó a acusarme de haber usurpado tu capa!*

Pero tú sabes que no es cierto, respondió la voz amable. *A su debido tiempo ellas, también lo sabrán.*

Kadiya dijo que yo codiciaba el poder.

Y cree que por eso llevas el manto. No era una pregunta. *Yo te lo di, Haramis, pero no puedo obligarte a usarlo. Es una carga, y los demás, incluso los que te aman, nunca entenderán por qué cumples este trabajo. Debe hacerse por sí mismo, no porque otra persona desee que lo hagas, ni porque te elogien por desempeñarlo.*

»Es un trabajo que vale la pena hacer, continuó Binah. *Siempre está allí esperando que llegue la persona indicada. Alguien debe ocuparse de Ruwenda, asegurarse de que crece adecuadamente, o al menos de que sobreviva hasta que alguien más fuerte lleve la carga. Hay grandes alegrías en este esfuerzo: la de apreciar la belleza del esquema y de saber que tus esfuerzos ayudan a conservarlo, la de escuchar la voz de la tierra y de su pueblo, la de sentir el ciclo de las estaciones y el ciclo mayor de las edades...*

La voz de Binah se esfumó, pero en el silencio Haramis creyó escuchar y sentir a Ruwenda de una manera que nunca antes había sentido. Parecía que la tierra tenía un pulso, un latido, y Haramis sintió que su propio corazón se acoplaba al ritmo que percibía. Le parecía que en ese latido había un canto, un canto que casi podía oír y comprender... ¡Si al menos pudiera percibirlo verdaderamente...!

Permaneció allí sentada durante largo tiempo, en trance, sólo a medias consciente de la partida de Binah.

Luego apareció ante ella una bandeja de metal y unas manos invisibles la depositaron sobre su regazo. Sobre ella había cuatro corazones, evidentemente humanos, y una jarra llena de agua de mar.

Lávalos, indicó una voz. En el estado de ensueño en el que la joven se encontraba, la orden le pareció razonable. Levantó el primer corazón. Se acomodó perfectamente en su mano y latió con suavidad, lleno de vida y de calor. Derramó agua salada sobre él y la mano invisible lo recibió cuando acabó el lavado. Repitió el procedimiento con el segundo y el tercero, que parecían idénticos al primero. Pero cuando levantó el cuarto corazón lo percibió diferente, extraño. Algo le lastimaba la palma, y lo giró. Asombrada, descubrió que era una especie de máquina, no un corazón humano, sino simplemente algo que lo parecía. Quiso buscar el agua, pero la mano invisible asió la suya. *No,* dijo la voz con tristeza, *ése no puede ser lavado. Ha entregado su humanidad.* Le quitaron el corazón mecánico de la mano.

No comprendo, pensó Haramis.

Debes ser capaz de soportar la verdad, dijo la voz.

Haramis tampoco comprendió eso.

Después, durante un rato, dejó que su mente descansara en un sueño vacío.

Cuando despertó, casi anochecía. Por medio del Círculo Trialado observó los preparativos que se realizaban dentro de la Ciudadela, los soldados que ocupaban sus posiciones para defender a la fortaleza de un ataque, y las idas y venidas de oficiales y caballeros que mantenían informado al rey. Vio a Orogastus y a la Voz Verde, que preparaban las máquinas bélicas de los desaparecidos: dos artefactos que invocaban rayos; uno que rechinaba con un sonido tan sobrecogedor que quienes no tuvieran protegidos los oídos caerían, ensordecidos y sangrantes; dos que lanzaban una lluvia de cápsulas mortales; uno que arrojaba grandes lenguas de fuego; otro que disparaba agujas envenenadas. Pero mientras Haramis observaba, una voz parecía susurrarle que las máquinas de muerte eran más adecuadas para el ataque que para la defensa y que podían llegar a volverse en contra de los que intentaran utilizarlas dentro de la fortaleza.

Se preguntó qué pretendían hacer Kadiya y Anigel. Las defensas y las murallas de la Ciudadela, recién reparadas, parecían inexpugnables: eran muy empinadas y estaban dominadas por aberturas a través de las cuales los ballesteros o los encargados de activar las armas del hechicero podían disparar. Aunque los talismanes de sus hermanas fueran capaces de proteger a sus seguidores de la Vista sobrenatural del hechicero, Haramis estaba convencida de que los invasores serían visibles para los ojos normales de los defensores labornokianos. Las nuevas puertas eran demasiado resistentes para derribarlas con un ariete. ¿Pretendían sus hermanas utilizar los talismanes para entrar? Apretando la vara contra su corazón, Haramis

preguntó:

¿Es posible esto?

Una respuesta tomó forma en su mente.

Se le oprimió el corazón.

Les proporcionaré toda la ayuda que pueda, pero no intervendré, se dijo a sí misma. *Tampoco ofreceré consejos no pedidos. Ellas están siguiendo su destino, y yo he elegido el mío.*

La invadió una gran serenidad. Allí sentada bajo el árbol en la niebla del anochecer, tenía la sensación una vez más de haber echado raíces en el centro mismo del mundo, de conocer el lugar que ocupaba en el esquema mayor.

Me he convertido en la que siempre supe que podía ser. Pero, ¿deberé pagarlo con la muerte de mis dos hermanas?

Sostuvo el círculo en alto y pidió verlas. Cuando las visiones aparecieron, las observó durante horas, maravillada.

Casi todo el ejército, liderado por los ruwendianos humanos y los caballeros leales de Antar, ocupó una posición en la ciénaga, al otro lado del río frente al muelle de la Ciudadela, que se hallaba a una legua por debajo de la fortaleza. Como éste los colocaba casi directamente frente a ella, Haramis escuchó cuidadosamente y escudriñó hacia el otro lado del río para ver si le bastaba con los sentidos humanos normales para percibirlos. Tras haber comprobado que no, volvió a mirar, el Círculo.

Separados del grupo principal de atacantes, unos pocos cientos de uisgu y de wyvilo, conducidos por Kadiya y Anigel y el príncipe Antar, habían remado por el Mutar hasta llegar al lugar donde se abría la antigua tubería y el túnel del agua. Ocultos a la vista del enemigo gracias a los talismanes, todos ellos habían desaparecido en el conducto de la cisterna.

— ¡Por la Flor! —susurró Haramis, admirada—. ¡Si Kadiya y Anigel consiguen abrir las puertas en la Ciudadela a su ejército, tal vez *tengan* una posibilidad de triunfar!

Más tarde, cuando la Triple Luna se alzó invisible en la bruma y la fiesta tuvo su inicio oficial, Haramis celebró su propia ceremonia y comió un poco de la bolsa de provisiones que le había dejado Jagun. Luego preguntó a su talismán dónde podían estar los refuerzos del ejército labornokiano. El Círculo le mostró una flota de más de cien balsas que se deslizaban por el río con toda la velocidad que los remeros podían imprimirles. Aunque sus hermanas lograran penetrar en la fortaleza y abrir las puertas, serían vencidas en cuanto llegara este segundo grupo de guerreros labornokianos bien armados.

Cuando la visión del Círculo desapareció, la joven se enjugó las lágrimas. Que así fuera. El destino de sus hermanas estaba escrito y ella debía seguir adelante con sus propios asuntos.

Invocó una visión de Orogastus.

—He hecho mi elección —le anunció.

El hechicero la miró inexpresivamente.

— ¿Me harás el honor de decirme tu decisión cara a cara? Lamento no poder acudir a ti, el quebrantahuesos al que ordenaste que me trajera hasta aquí cumplió su servicio y luego desapareció.

—Muy bien. Yo iré hasta la Gran Torre de la fortaleza.

—¿Puedo encontrarte en el solarium dentro de una hora, a medianoche? —preguntó Orogastus—. Sabes, por supuesto, que ninguno de los que estamos aquí puede dañarte, ahora que tu talismán está activado.

—Lo sé —respondió simplemente—. Iré.

—Adiós —se despidió Orogastus, y su rostro apuesto se suavizó con una sonrisa—. Hasta la vista, Haramis, amada mía.

Su imagen desapareció del Círculo.

Haramis empezó a reunir sus cosas a la débil luz del ámbar de trillium engarzado en su talismán. La bruma empezaba a disiparse y una ráfaga de aire helado agitó las largas hojas de los árboles wydel del parque.

Entre las cañas de la playa, a poca distancia, alguna criatura salpicaba y chapuceaba en la oscuridad. A Haramis no le pareció extraño y estaba a punto de llamar a su quebrantahuesos, cuando los arbustos se separaron y dos centelleantes ojos dorados la miraron.

—Princesa —siseó una voz.

— ¡Por la Flor! ¡Immu!

Haramis dejó caer la bolsa donde había guardado la corona y el manto, y corrió a abrazar a la anciana niñera nyssomu.

—Immu, ¿qué estás haciendo aquí?

El pequeño ser frunció el ceño y mostró sus diminutos colmillos.

— ¡Hacer, hacer, hacer! Es una historia demasiado larga para contarla ahora. ¡Me arde la cabeza, porque he venido muy rápido para buscar a mi querida princesa Anigel, y desde el mediodía que mi Vista se ha negado a mostrármela!

Haramis asintió.

—Es por la magia que engendra su talismán. Esto la oculta de la vista de sus enemigos, y según parece, también de la vista de sus amigos.

— ¡Vine a la Loma y te espié aquí sentada en el parque! ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¿Sabes dónde está mi princesa? ¡Ella me necesita!

—Sí, sé dónde está. Pero dudo que necesite de tus buenos oficios, Immu, pues ella y Kadiya están conduciendo en este momento su ejército a la Ciudadela para desafiar al rey Voltrik.

— ¡Señores del Aire! —gimió Immu, y sus ojos se desorbitaron de manera ostensible—. ¡En semejante aventura me necesitará más que nunca! ¡Dime cómo puedo llegar a su lado!

Haramis vaciló.

— ¿Tienes un bote?

—Sí, uno pequeño, con remos.

Haramis recogió sus cosas.

—Tendré que guiarte.

Se embarcaron, e Immu remó en silencio por los canales menos frecuentados del Mutar, siguiendo las indicaciones de Haramis. Al cabo de una hora, llegaron a un estrecho montículo cuya vegetación había sido sumergida por la crecida. Más hacia el interior se extendía una ladera con una alta orilla, y la base de la pendiente estaba colmada de helechos espinosos.

— ¿Aquí? —Se extrañó Immu—. ¿Han desembarcado *aquí!* Pero desde este lugar hay casi dos leguas hasta la Ciudadela, cuesta arriba y en campo abierto. Y no veo señales de ellos...

—Immu, han entrado por el viejo conducto de la cisterna. Mis hermanas confiaban en que podrían ocultar su ejército a la vista de Orogastus, al menos hasta que hubieran llegado a los niveles inferiores de la fortaleza. Desde allí intentarán abrir la puerta principal y la puerta de los vitualleros.

Immu se recogía la falda con expresión sombría.

— ¿Cómo han subido por el pozo de la cisterna?

—Lanzaron hacia arriba una cuerda con una grapa de hierro. Trepó un uisgu, quien luego arrojó muchas escalas de soga para los demás. Esas escalas todavía están allí.

— ¡Visualízalos por mí! ¡Dime si la princesa Anigel está a salvo!

—No. Sólo rogaré a los Señores del Aire para que combatan de su lado.

—Muy bien, entonces —exclamó la pequeña y vieja niñera—. Tú te quedarás rezando, pero yo me marcharé.

Acto seguido saltó del bote, salpicó mientras cruzaba el lodo chapoteando y pronto se perdió de vista entre los altos helechos.

Haramis suspiró y se adelantó para coger los remos. En torno a la Loma había ocasionales patrullas labornokianas; tarde o temprano descubrirían aquel lugar de entrada y darían la alarma.

Podría desmoronar la ribera, pensó Haramis, y *ocultar así la boca del túnel.*

Alzó el talismán. Las tres alas plegadas se abrieron dentro del Círculo, y el ámbar de trillium centelleó en el centro, donde se unieron.

—Que la tierra se licue y que el lodo fluya hasta cubrir este sitio, para ocultarlo a los ojos hostiles.

Se produjo un sordo rugido. La ribera alta pareció ondular en medio de la niebla, luego se derrumbó y cubrió la entrada del túnel. Donde había estado la empinada orilla cubierta de helechos, había ahora una fangosa pendiente llena de guijarros pequeños.

El bote se mecía suavemente en el río. Unos jirones de vapor se deslizaban sobre la superficie del agua como serpientes espectrales. A lo lejos, la joven oyó el ruido de los cascos de los froniales. La caballería

labornokiana patrullaba el camino del Mercado de Ruwenda. Una trompeta de plata sonó en la distancia; otra, más próxima, le respondió.

En la mente de Haramis, una voz parecía decir:

El poder está dentro de ti. Ese es el mayor peligro.

La joven remó por los canales apartados hasta distanciarse del desmoronamiento y luego se dirigió otra vez a la costa. Atando la bolsa al cinturón, llamó:

\Hiluro

El gigantesco pájaro no apareció de inmediato, pero Haramis no se preocupó. Se sentó sobre una roca a observar la lejana Ciudadela, que finalmente había emergido de la niebla que se disipaba lentamente. Debía de haber hogueras encendidas en los patios interiores, pues la enorme fortaleza y las alas contiguas aparecían brillantemente iluminadas. En el mástil de la Gran Torre ondeaba el enorme estandarte de Labornok, de color rojo sangre y con tres espadas de oro cruzadas. Era casi como si el mismo Voltrik dijera: *¡Aquí estoy! ¡Recuperad vuestro castillo si os atrevéis!*

— ¡Ojalá mis hermanas triunfen! —rogó Haramis, aferrando su talismán—. Por favor, haz que ganen.

Haramis.

Oyó la voz familiar de su quebrantahuesos.

He visto una cosa horrible.

Hiluro aterrizó con tanta suavidad como una oscura nube, y ella corrió hacia él.

—¿De qué se trata?

Trepa a mi lomo y te lo mostraré.

La joven obedeció y la criatura se elevó; se movió por encima de la Loma hasta el lugar donde la espesa Ciénaga Verde confluía con el río Mutar, más allá del Mercado de Ruwenda. Era una región solitaria, despojada de casas, pues gran parte del terreno era de roca desnuda con magra vegetación.

El cielo se aclaraba rápidamente ahora, y la niebla casi se había desvanecido. Las Tres Lunas estaban todavía veladas, pero difundían luz suficiente para que Haramis viera debajo miles de sombras oscuras que emergían del pantano en varias columnas, y que luego convergían en una sola línea que se desplazaba en dirección a la Ciudadela, a unas tres leguas de distancia.

—Pero, ¿quiénes serán? Sin duda la segunda fuerza del ejército labornokiano no puede haber llegado todavía...

Son skritek, convocados por el hechicero, explicó el quebrantahuesos.

— ¡Oh, Dios Triúnico! ¡Por supuesto!

Hiluro descendió, planeando a pocas anas sobre la tierra, y Haramis vio a los monstruos del Laberinto de Pantanos que siseaban y atacaban en vano al gran pájaro que pasaba por encima de ellos.

No puedo permitir que devoren a los camaradas de mis hermanas, pensó Haramis con dolor. *¿Qué debo hacer?*

Una voz respondió suavemente en el interior de su cabeza:

Tú eres señora de todos los del Pueblo.

¿Y eso qué significa?

Los skritek pertenecen al Pueblo.

La joven comprendió entonces y supo qué debía hacer.

—Hiluro, aterriza frente a ellos —ordenó.

El pájaro describió una cerrada curva y regresó. Depositó a Haramis sobre una roca enmohecida a unos cien años por delante de los monstruos que avanzaban, y tomó posición detrás de ella, con las alas extendidas. Haramis se puso la capa de la archimaga y esperó. Los ojos nocturnos de los skritek la distinguieron rápidamente y se acercaron corriendo, aullando y siseando, avanzando a tal velocidad que Haramis creyó que la atropellarían.

Sin embargo, se detuvieron y permanecieron en silencio, a poca distancia. Ella alzó el talismán y les habló sin palabras.

¿Quién es el jefe?

Nueve o diez de los brutos escamados se adelantaron. Sus mandíbulas chorrearon una saliva maloliente mientras cerraban y abrían sus garras, y la joven percibió que sus pequeños cerebros estaban confusos.

¿Sabéis quién soy?, preguntó ella.

¡Estabas muerta! El lo dijo. ¡Nosotros lo supimos!

Siempre estoy viva aquí en mi tierra. Todos los del Pueblo son mis hijos, y todos me obedecen. Pero vosotros no me habéis obedecido. Habéis seguido al hechicero para ir a la guerra, y eso está prohibido.

¡Tú no nos hablaste! ¡Tú perdiste tu poder! ¡El lo demostró cuando te llamó y tú no prohibiste nuestra partida!

Hablo ahora. ¿Me escucháis?

Lo hacemos, Dama Blanca.

Cada uno de los skritek cayó de rodillas ante ella, como penitentes.

Antes se os permitió que ayudarais a los invasores humanos. Pero ahora, eso ya no está permitido. ¿Comprendéis?, dijo Haramis a los monstruos.

Sí, Dama Blanca.

La respuesta incluyó muchos gruñidos de disgusto, pero fue a pesar de todo sincera.

Antes de regresar al pantano, haréis algo por mí.

Estamos a tus órdenes, Dama Blanca.

Ella les explicó cuidadosamente lo que debían hacer, asegurándose de que entendieran que no debían cometer crueldades innecesarias. Aunque esto fue una gran decepción para los monstruos, al menos se alegraron ante la posibilidad de tener una pequeña diversión, y accedieron a hacer exactamente lo que la joven les había pedido.

Tras escuchar esta última promesa, Haramis les dio la bendición, montó a Hiluro y se alejó volando para encontrarse con Orogastus en la Ciudadela.

El rey Voltrik no era tonto y hacía bastante tiempo que había advertido la brecha en sus defensas que representaba el túnel de la vieja cisterna. Pero los ingenieros labornokianos temían meterse con el túnel o con la cisterna misma, porque estaban conectadas a las cañerías principales de la Ciudadela. De modo que Voltrik no pudo cerrar el túnel. A pesar de ello hacía más de dos semanas que el rey había hecho apostar centinelas en la boca de la antigua cisterna, y había colocado toda una hilera de hombres a lo largo de las escaleras que conducían hasta ella, a fin de que informaran instantáneamente si algún invasor ruwendiano intentaba entrar por vía subterránea.

La cámara de la cisterna era ruidosa y sombría, no sólo infestada de los moradores del lodo, sino también de esos alados animales nocturnos cuyos chillidos agudos eran tan persistentes que podían llegar a enloquecer a los hombres. A medida que transcurrían los días y no se registraron intrusos humanos (aunque muchos espectros parecían merodear en la maloliente oscuridad que rodeaba a la decrépita maquinaria de bombeo), los escuadrones de soldados labornokianos asignados a la custodia de la cisterna se retiraron a la vieja mazmorra, situada un nivel más arriba.

Allí utilizaron sus antorchas para quemar todas las alimañas que reptaban e incinerar los mohosos esqueletos; con el beneplácito de sus sargentos llevaron bancos, convirtieron en mesa un lecho de tortura y mejoraron sus sombrías vigilias jugando a los naipes y bebiendo cerveza de contrabando.

La suerte quiso que, cuando la grapa de hierro del primer uisgu invasor resonó al clavar su garfio en la boca del pozo de la cisterna, un guerrero labornokiano llamado Krugdal hubiera sido pillado haciendo trampas en el juego, y sus indignados camaradas lo apresaron para darle un escarmiento. La disputa de los soldados ahogó los ruidos que hicieron los uisgu al asegurar las escalas de soga. Cuando el desafortunado Krugdal hubo recibido su merecido castigo, en opinión de sus compañeros, ya había más de cuarenta raros, comandados por el príncipe Antar, en la cámara de la cisterna, y también algunos subiendo por la escalera.

El príncipe mismo, ataviado con todas sus armas de caballero, entró en la mazmorra y empezó a reprender a los asombrados jugadores por haber descuidado sus deberes. Los hombres quedaron atónitos al ver aparecer al hijo del rey como si saliera del aire, y al no saber nada acerca de su supuesta traición, aceptaron dócilmente la reprimenda. Cuando los feroces guerreros wyvilo y los uisgu entraron tumultuosamente en la mazmorra, los soldados estaban demasiado estupefactos para resistirse o gritar, por lo que fueron fácilmente maniatados y arrojados en las viejas celdas.

Entonces las dos princesas y los jefes uisgu y wyvilo sostuvieron un breve consejo de guerra.

Llevaría tiempo que los trescientos invasores treparan por la estrecha escalera hasta llegar al nivel de la tierra de la fortaleza, donde podrían abrirse paso luchando hasta las puertas. Por el sargento capturado se enteraron de que había algunos labornokianos en la escalera, y que debían cambiar la guardia en

menos de una hora.

—Debemos subir antes —afirmó la princesa Kadiya—. Tendremos que someter a toda la fila de enemigos de uno en uno, con el mayor cuidado para impedir que den la alarma. Un solo grito y estaremos perdidos.

—Me llevaré a dos de los míos —dijo el jefe uisgu Prebb—. Iremos con tanta suavidad como la niebla de la ciénaga y utilizaremos nuestras cerbatanas para someter a los enemigos.

—Pero si uno solo de ellos os ve... —dudó el príncipe Antar—. Sabes que hasta ahora la magia de las princesas nos ha ocultado del ojo del hechicero. Pero los mortales podrán vernos fácilmente.

—*Yo* llevaré los dardos y daré cuenta de los guardias —intervino Anigel—. El talismán sin duda me hará invisible, como lo ha hecho siempre que he estado en peligro de muerte, de modo que ningún enemigo podrá dar la alarma.

Antar estaba atónito y trató de impedírselo, al igual que los otros jefes. Pero la joven estaba decidida y segura de su capacidad para desempeñar tan peligrosa tarea.

Kadiya, vestida de la cabeza a los pies con una dorada cota de malla de escamas cuyo brillo estaba apenas maculado por las salpicaduras de barro, se adelantó y tomó la mano de su hermana.

—Tienes razón, Ani. Eres adecuada para esta misión y nadie negará que tienes el valor necesario para ella. Que tengas buena suerte, hermana mía, y que el mal no te toque.

Prebb tomo una bolsa llena de dardos y la cargó sobre el hombro de Anigel.

—Si clavas el dardo y lo dejas allí, el hombre muere —le explicó—. Si clavas el dardo y lo sacas, el hombre duerme durante largo tiempo, pero vive. ¡Ten cuidado! No te hieras con ellos.

—Comprendo —asintió Anigel, con el rostro tranquilo debajo de su tiara centelleante.

—A medida que despaches a cada centinela, comunícamelo —pidió Kadiya—. Te seguiremos todos juntos, manteniéndonos detrás de ti para que ningún ruido delate nuestros movimientos.

— ¡Princesa mía! —exclamó Antar, consternado—. Te ruego...

—No.

La joven se acercó a él y lo besó suavemente en los labios, una caricia tan fugaz que apenas si lo rozó. Pero hizo que el corazón del príncipe ardiera como si alguien hubiera atizado su fuego, y el joven quedó paralizado, por lo que le llevó unos minutos dar expresión a su alegría. Para entonces Anigel ya se había marchado y los guerreros raros sonreían al príncipe; Kadiya sugirió, con bastante aspereza, que sería conveniente ir a ver cómo andaban las cosas en la cámara de la cisterna.

La única orden y el único ruego de Anigel fue un susurro:

—Señores del Aire, defendedme.

Luego comenzó el largo ascenso.

Llegó al primer centinela, apostado unos cien peldaños más arriba, quien tenía un fanal a sus pies y una ballesta en la mano. Era un joven alto y corpulento, vestido, como casi todos los soldados labornokianos, con una coraza de hierro y un casco redondo, armado con una espada corta, una maza y con una bolsa de proyectiles para su ballesta. Silbaba suavemente para entretenerse y hacía apuestas sobre cuál de los lingits que trepaban por la pared llegaría primero al techo.

Anigel se le acercó en silencio y alzó un dardo envenenado con dedos temblorosos. ¿Dónde debía clavarlo? El hombre llevaba una gruesa camisa de cuero debajo de la cota de malla, y tenía el cuello protegido por placas móviles que le pendían del casco.

Caerá,.. ¡y se derrumbará sobre mí o sobre el dardo, no podré quitárselo y morirá!, pensó la joven. *Oh, no podría soportar que muriera, pues parece valiente, apuesto y sin duda tiene una madre...*

Y es tu enemigo mortal, pareció susurrar en su interior una vocecita. *Te violaría y te mataría sin pensarlo dos veces, si llegara a verte. Aunque no es malo en sí mismo, obedecería sin vacilar las órdenes que le han impartido hombres malignos. Los que eligen el papel del guerrero deben estar preparados a soportar el destino del soldado.*

Anigel se sorprendió de miedo y por primera vez advirtió que también ella había elegido el camino del guerrero, por más que hubiera intentado convencerse de que se enfrentaría a sus enemigos sin derramar sangre.

Si tuviera que matarlo a sangre fría... ¿sería capaz de hacerlo?

Respiró profundamente y clavó un dardo en el dorso de la mano del hombre. Lo extrajo al instante,

dejó caer al soldado y se alejó un poco.

El hombre soltó un murmullo, como de sorpresa, giró los ojos y se le doblaron las rodillas con lentitud. La ballesta cayó y resonó contra los peldaños resbaladizos, y su casco también hizo ruido cuando el hombre se derrumbó de bruces sobre las piedras.

Sin embargo, respiraba. Anigel se aseguró de ello antes de comunicarse con Kadiya. Luego subió apresuradamente en busca del centinela siguiente, mientras el corazón le latía con violencia y su cuerpo se llenaba de un vigor que casi la avergonzó.

Su fatiga y su temor cayeron como una prenda descartada. Olvidó el pavoroso paso por el fangoso túnel y el vertiginoso ascenso por la escala de cuerda. Otra vez estaba en la Ciudadela, en su hogar, combatiendo a los invasores.

En total, se deshizo de dieciocho hombres. Por fin llegó a la puerta de la cervecería (sin pensar en ver más allá por medio de su Vista) y, al no oír nada, se deslizó al interior.

Allí se encontró cara a cara con la Voz Verde.

Naturalmente, él no la descubrió, aunque vio que la puerta se abría y percibió la maloliente ráfaga procedente del sótano. Soltó una colorida maldición y luego lanzó una risita.

—¡Sí, adelante, basura de la ciénaga, venid a buscar lo que os espera! Tal vez no podamos visualizaros, pero gracias a mi Amo Todopoderoso, podemos oíros perfectamente. Cuando vuestra vanguardia llegue a lo alto de la escalera, ¡os toparéis con la recepción que vuestro atrevimiento se merece!

La Voz Verde no tenía puesta la capucha y dos objetos, de los que sobresalían unas puntas, le tapaban las orejas, y esos objetos estaban unidos mediante una banda que le cubría el cráneo.

Sin embargo Anigel no prestó atención al aparato mágico, sino que se fijó en una máquina que dos robustos soldados estaban colocando en posición, Era una pesada caja gris de ángulos redondeados y con complicados ornamentos en la tapa y atrás; del frontal sobresalía un largo y delgado cilindro de vidrio con muchos anillos metálicos y varas alrededor, que tenía en un extremo una cosa peculiar, hecha de oro. Una gruesa cuerda, de brillante material negro, unía esta caja a otra mucho mayor, colocada sobre una carretilla detrás de una gran pila de sacos llenos de grano, a seis o siete anas de distancia.

— ¡Con cuidado, estúpido! —exclamó la Voz a uno de los soldados, que se había tambaleado bajo el peso del objeto y que casi se había caído—. Sólo tenemos dos generadores de rayos que todavía funcionen, y si lo rompes, mi Amo Todopoderoso desollará tu cuerpo indigno y te freirá en aceite hirviendo.

Anigel ahogó una exclamación de horror. ¿Los rayos de Orogastus eran producidos por máquinas? Ahora la Voz Verde se preparaba para apuntar ésta a la escalera que Kadiya y los suyos estaban ascendiendo.

Y el príncipe Amar.

Moviéndose con la agilidad de un fedok, Anigel pinchó por turno a los soldados. Cuando cayeron, golpeando el arma suavemente contra las piedras, y los dardos usados tintinearon bajo ellos, la Voz Verde se alarmó. Familiarizado con la magia, debía de haber sentido una presencia invisible. Se arremangó la túnica y corrió con tanta rapidez como pudo hacia la gran caja que se encontraba en la carretilla.

Anigel corrió tras él y se arrojó sobre su espalda. Mientras el hombre intentaba manipular un botón de la caja, la princesa tomó otro dardo y lo clavó con todas sus fuerzas en la nuca del hombre.

Él cayó sobre el aparato mágico, inerte como una de las bolsas de grano de la barricada improvisada. Su extraño tocado se le cayó de la cabeza afeitada. Lentamente, Anigel se apartó de él. No podía dejar de mirar el dardo, y al principio extendió una mano hacia él, pero luego la retiró. Le pareció oír unas palabras pronunciadas mucho tiempo atrás... ¿o sólo habían transcurrido cuatro semanas?, cuando ella, Kadiya, Immu y Jagun habían espiado la sala del trono, salpicada de sangre, y ella había pedido, inocentemente, una explicación del mal:

La gente buena no puede responderles con bondad, pues los malvados no saben qué es el amor y lo confunden con debilidad. Por esta razón tú, que eres una princesa buena y amable, debes hallar una manera más severa de tratar a los malvados...

—Y tú eres la Voz de Orogastus —susurró la joven.

Permaneció allí, entristecida, hasta que Kadiya y los demás entraron como un torbellino en la cervecería; para entonces la Voz Verde estaba muerta.

Anigel indicó al jefe wyvilo Lummomu-Ko que destruyera la máquina de producir rayos con su hacha gigantesca. Hecho esto, el pequeño ejército empezó a subir al nivel del suelo de la Ciudadela y allí comenzó la verdadera batalla.

En épocas de paz, la gigantescas balsas que utilizaban los mercaderes eran tripuladas por remeros,

ruwendianos libres que se enorgullecían de su fuerza y su destreza, y que ganaban buenos salarios por llevar sus torpes embarcaciones río arriba y río abajo. Pero con la conquista, casi todos los navegantes experimentados habían huido al Laberinto de Pantanos y los labornokianos, enfrentados con la inminente pérdida de un medio de transporte crucial, habían convertido rápidamente en esclavos a los que se habían quedado, obligando a otros ruwendianos inexpertos a cubrir los puestos vacantes. Los encadenaron a los remos, alimentándolos escasamente y azotándolos cuando parecían resistirse. Pero incluso en los mejores momentos, estas tripulaciones eran inferiores a las de hombres libres, tal como lo habían descubierto el general Hamil y lord Osorkon durante su desdichada expedición por el Mutar.

Ahora, cuando Osorkon deseó regresar rápidamente a la Ciudadela (enterado, por sus conversaciones con la difunta Voz Roja, de que se preparaba algo grave para la Fiesta de las Tres Lunas), advirtió que su gran flotilla de embarcaciones se desplazaba apenas a mayor velocidad que la corriente.

Un número escandaloso de remeros había muerto bajo el látigo desde que habían partido del gran campamento del Infierno Espinoso, y el resto estaba tan mortalmente exhausto que ni siquiera con azotes se lograba acelerar su ritmo.

Osorkon pidió que el piloto de la balsa insignia se reuniera con él a proa y le solicitó que de alguna forma solucionara el problema, pero Pellan simplemente dijo, asustado:

—Mi general, los remeros están agotados y al borde del colapso, y nada logrará hacernos avanzar más rápido, a menos que aceptes lo que ya te sugerí y reemplaces a los remeros por soldados.

— ¡Maldita sea tu alma, Pellan, perderemos más tiempo aún si nos detenemos para desencadenar a los remeros para que mis hombres ocupen sus puestos! Y aunque lo hiciéramos, mis hombres no saben remar.

— ¿Qué puedo decir? —El demacrado hombre del río ni siquiera alzó la vista—. La corriente nos arrastra a buen paso. Sólo podemos seguir adelante.

Osorkon apretó los dientes pero se mantuvo en silencio. Era un hombre menos impulsivo que el difunto Hamil, cuyo cargo había asumido, y sabía que Pellan le decía la verdad. La flotilla acabaría por llegar a la Ciudadela aunque dejaran de remar.

Miró hacia el cielo, hacia el velado brillo que indicaba la posición de las Tres Lunas, ocultas por las nubes. Era cerca de medianoche y la fiesta había comenzado a la puesta del sol. ¿Quién podía saber a qué magia negra se estaría dedicando la princesa bruja Kadiya y su horda de uisgu?

Volviendo la espalda a Pellan, el oficial se dirigió a la borda de proa y permaneció allí con las manos anudadas a la espalda. Estaba vestido con ropa gruesa y con su capa para protegerse del frío y la humedad, pero no se había puesto la armadura.

— ¿Qué es ese resplandor rojizo allá en el cielo, guía? ¿Será que finalmente nos acercamos a la Loma?

—Sí, mi general. Los muelles del Mercado de Ruwenda están a una legua de aquí. Pero tú ordenaste que siguiéramos hasta el Puerto de la Ciudadela, y eso queda tres leguas más allá por el río...

—Sí, sí, lo sé. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

—Menos de una hora.

Pellan había cogido un catalejo de bronce y ahora escrutaba con él el río.

—Es extraño, la superficie está agitada aquí. Se diría que los gigantescos peces milingales están desovando, pero no es la época adecuada.

Osorkon se alertó de inmediato.

— ¿Será una brujería del enemigo?

—No, nada de eso. Las Lunas proyectaban suficiente luz como para saberlo. Y ahora la misma fermentación parece afectar las aguas aquí... ¡Por la santa Flor! ¡Atrás!

Una serie de tremendos chapuzones mezclados con espantosos rugidos turbaron el silencio de la noche. Osorkon vio que una enorme cabeza se elevaba por encima de la borda, con brillantes ojos anaranjados y una boca abierta que parecía tener una ana de ancho, repleta de dientes que parecían cuchillos blancos. Un hedor espantoso le azotó como si le hubieran propinado un golpe.

— ¡Skritek! —aulló Pellan con todas sus fuerzas.

Pero fue la última palabra que pronunció. El monstruo trepó ágilmente sobre la borda, aferró al hombre entre sus garras y le devoró la cabeza de un solo bocado.

Osorkon estaba fuera de sí de miedo y de ira al ver lo que su supuesto aliado acababa de hacer. Lo que era peor aún, todas las balsas de la flotilla eran abordadas por hordas de bestias, y los gritos de sus soldados aterrados se mezclaban con los rugidos y los aullidos inhumanos.

— ¡Basta! —Gritó Osorkon—. ¡Basta, hijos de puta malnacidos! ¡Somos labornokianos! ¡Aliados!

¡Amigos!

El skritek que había decapitado a Pellan pareció momentáneamente confuso, como si acabara de recordar algo importante que antes hubiera olvidado. Aulló una frase en su propia lengua, a la que sus compatriotas respondieron con gruñidos y abucheos de desilusión. Entonces el skritek dejó caer el cuerpo ensangrentado de Pellan, cogió a Osorkon con particular cuidado, y lo arrojó por la borda.

El oficial emergió pronto, tosiendo y escupiendo, sólo para ser casi decapitado por un remo que flotaba. Se aferró a él para salvar su vida y contempló atontado cómo los monstruos arrojaban al agua a todos los labornokianos, que se hundieron en la fangosa corriente. Dejaron en paz a los remeros ruwendianos encadenados. Algunos pocos skritek se atrevieron a morder a sus víctimas, pero sus compañeros les rugieron y gruñeron para lograr que desistieran.

Cuando acabaron de arrojar al agua a los cinco mil soldados, un skritek muy alto, que lucía un collar y un cinturón con oro y gemas engarzadas, arrancó del mástil el estandarte de Labornok y le rompió, después de ensuciarlo. Todos los otros monstruos aullaron de risa y luego saltaron alegremente a las aguas para nadar en dirección a la Ciénaga Verde.

— ¡Eh! ¿Queda aún con vida algún soldado o caballero del gran Labornok? —gritó Osorkon, cuando los skritek estuvieron lejos.

Unas cuantas veces respondieron... algunas temerosas, otras obscenas.

—¡Volved a las balsas, muchachos! —gritó Osorkon.

Pero mientras hablaba, los remeros ruwendianos empezaron a gritar, adviniendo finalmente lo que había ocurrido. Los grandes remos se hundieron en las aguas con determinación, y las balsas se alejaron de los labornokianos que flotaban.

Maldiciendo y escupiendo, Osorkon se aferró al remo como un vart acuático, tirando de él hasta conseguir que al cabo de un momento se soltara de la balsa. Por fin logró llegar hasta la embarcación y trepar a bordo, junto con una docena de hombres. Armándose, recuperaron el control.

Recuperaron otros tres botes de los ciento veinte que habían partido del cuartel de Trevista, mientras el resto desaparecía en la noche.

Esas cuatro embarcaciones, que habían rescatado a los soldados que se encontraban aún con vida, entraron en el muelle principal del Mercado de Ruwenda, donde fueron recibidos por el encargado labornokiano y por el capitán de la guardia.

— ¡Froniales! —rugió lord Osorkon—. ¡Froniales para trasladarnos a la Ciudadela, o sois hombres muertos!

Se consiguieron cabalgaduras apresuradamente y Osorkon condujo a sus hombres a todo galope por el Camino del Mercado en dirección a la Ciudadela. De los cinco mil hombres de su ejército, le quedaban setenta y dos.

Hiluro voló hasta la Gran Torre de la Ciudadela y aterrizó allí. Después de desmontar, Haramis abrazó la gran cabeza del pájaro y le dijo:

—No sé si volveremos a vernos, pero llevas contigo mi bendición. Has sido un auténtico y entrañable amigo.

El pájaro inclinó el pico casi hasta las piedras.

Estoy para siempre a tu servicio, Dama Blanca.

Después se elevó en el cielo, por el que ahora corrían las nubes y donde se cernía una vez más una tormenta alta que volvía a cubrir la Triple Luna.

Haramis alzó la trampilla, advirtiendo que había sido reparada desde su partida, y bajó la escalera.

Sólo había unos pocos centinelas en los niveles de la torre donde se guardaban los tesoros, pero no parecieron advertir su presencia. Más soldados patrullaban los pasillos que conducían a los niveles intermedios de la fortaleza, y la joven también se topó con un grupo de cinco caballeros labornokianos, que miraban malhumoradamente por una ventana que daba al río, pero ninguno de todos ellos dio señales de haberla visto.

Es como si fuera un fantasma que merodeara por mi antiguo hogar, pensó para sí. *¿Les habrá ordenado Orogastus que me ignoren, o es mi talismán que me oculta a sus ojos?*

¿Debo ser tan sólo una espectadora de este conflicto, observando de lejos como parecía hacerlo siempre la Dama Blanca? ¿Qué parte me toca en el cumplimiento de la profecía?

Por fin llegó a la sala. La habitación había sido preparada para ella. Ardía un fuego, los candelabros

tenían velas encendidas, y había una jarra de vino y copas de cristal sobre una mesita situada junto a las vidrieras del balcón.

Salió a mirar y se le oprimió el corazón ante la escena que contemplaron sus ojos. Alineados en el gran patio interior había miles de guerreros, soldados que esperaban en filas ordenadas, caballeros que caminaban arriba y abajo inspeccionando las armas, o simplemente de pie ante las grandes hogueras. Cerca de la puerta principal se habían construido fuertes barricadas, y sobre una de ellas se asentaba una extraña máquina atendida por lacayos vestidos de negro, que servían al hechicero. En unas plataformas altas y enormes, que flanqueaban la entrada de la fortaleza misma, se alzaban otras cuatro máquinas con sus operadores. A lo largo de las murallas interiores y exteriores y de las troneras había filas de ballesteros, y los servidores de las catapultas tenían los proyectiles y las máquinas preparadas en el bastión. La puerta de la Ciudadela estaba abierta, y el camino exterior se veía bloqueado por una gran pila de desechos que llegaba hasta las vigas del túnel de entrada.

—Imposible —susurró Haramis—. Imposible.

Se giró justo en el momento en que Orogastus entraba a la habitación.

Iba ataviado con sus ropas negras y plateadas, y con un tocado plateado en forma de estrella; pero esta máscara era diferente de la que había usado para convocar a los Poderes Oscuros, ya que le envolvían toda la cabeza y le ocultaba por completo el rostro. Hasta los orificios de los ojos estaban cubiertos con cristal negro, y tenía un aspecto tan amenazador que la joven soltó una exclamación.

Los dos permanecieron inmóviles, mirándose. De alguna parte en lo profundo de la fortaleza surgió un sonido que Haramis no pudo identificar.

Orogastus se desató la máscara y se la quitó, para dejarla, junto con sus guantes plateados, sobre uno de los bancos próximos a la chimenea.

—Has hecho tu elección —observó lentamente—, y no me has elegido a mí.

—No.

—Elegí mi camino hace mucho tiempo atrás —declaró él—. Ahora no puedo volverme atrás.

—Lo sé.

De un bolsillo de su túnica, Orogastus extrajo una pequeña caja de madera con sombrías tallas y la abrió, revelando una esfera verde.

Haramis la miró fijamente, sin comprender. Apenas era consciente de que los ruidos que se habían empezado a oír antes aumentaban ahora. Eran los gritos y el tumulto de un combate que se libraba en los niveles inferiores de la Ciudadela.

—Esto se llama el efluvio de la condenación —explicó Orogastus mientras apartaba la caja, con expresión seria e implacable—. Si lo arrojo desde lo alto, todos los que se hallen en el patio interior o en el exterior, e incluso más allá, morirán entre indecibles tormentos. Diles a Kadiya y Anigel que se rindan y te entreguen sus talismanes. ¡Que nos los entreguen!

La abrazó y la besó con una fuerza próxima a la ferocidad. Después cogió de un manotazo sus guantes y su máscara y se marchó cerrando de un portazo.

—No —susurró Haramis—. ¡No!

No perdió más tiempo y extrajo su talismán para ver a Kadiya, Anigel y a su ejército. Esta vez el Círculo no se puso brumoso, sino que brilló y pareció agrandarse hasta engullirla...

Le pareció que volaba por encima de la cocina de la fortaleza, donde una turba de altos y feos wyvilo, conducidos por el príncipe Antar, presionaban a una vacilante fuerza de guerreros y soldados labornokianos. Repartiendo mandobles con sus hachas de mango largo e infligiendo pavorosos daños, el Pueblo del bosque desmoralizaba a sus oponentes hasta destruirlos. Cuando los enemigos caían o se retiraban y los wyvilo seguían adelante, los diminutos uisgu con centelleantes ojos rodeados de pintura roja se derramaban por los corredores interiores como una marea de oro fundido, chillando y arrojando sus lanzas en cuanto tenían lugar suficiente para moverse.

Los invasores pasaron rápidamente de la cocina al horno y al lavadero, y desde allí salieron para apiñarse en la zona del patio interior, donde los esperaba el grueso de defensores, gritando y blandiendo las armas.

Al principio, Haramis no logró ubicar a sus hermanas. Pero finalmente distinguió a Kadiya, una figura con armadura dorada ligeramente más alta que los uisgu, que alentaba a los pequeños guerreros mientras sostenía en alto su talismán.

Después localizó a Anigel, vestida de cuero azul, que parecía centellear bajo la incierta luz, siempre cerca de la armadura azul del príncipe Antar. Cada vez que un enemigo atacaba a Antar por la espalda, Anigel arremetía contra el hombre con un arma pequeña, ante lo cual el desafortunado

labornokiano solía caer de manera instantánea.

¡Oh, Anigel es invisible! advirtió Haramis. *Por eso puede atacar impunemente a esos brutos. También Kadiya debe de estar protegida por su talismán. ¡En realidad parecen estar ganando]*

Era cierto, pero una vez que los invasores salieron de la cocina al patio, la ventaja cambió de manos. La pequeña fuerza de las princesas fue superada por más de quince a uno, y en ese momento los lacayos del hechicero luchaban con sus máquinas infernales, tratando de hacerlas girar para apuntarlas hacia la zona de la puerta del lavadero.

Haramis emergió bruscamente de su trance y corrió hacia el balcón, desde donde podía observar el conflicto con sus propios ojos. A través de su talismán, se comunicó rápidamente con sus hermanas.

¡Kadiya! ¡La máquina que lanza rayos está en la barricada junto a la puerta principal! ¡Destruyela! O mejor aún, úsala para destruir las puertas y el montículo de basura que los labornokianos han utilizado para bloquear la entrada exterior de la Ciudadela.

Kadiya no respondió, pero Haramis divisó una figura vestida de oro que salía corriendo entre los uisgu y que se deslizaba a través de la masa de caballeros aullantes, mientras las llamas de las hogueras centelleaban sobre su armadura de escamas de pescado.

¡Anigel! Cerca de la puerta principal de la fortaleza hay unas plataformas de madera...

Pero antes de que pudiera terminar, los lacayos del hechicero empezaron a utilizar sus máquinas mortíferas. Unas esferas de fuego blancas y doradas cayeron sobre los invasores, y donde caían, se pegaban a la piel o a la armadura, de forma que les infligían horribles quemaduras. Desde las otras dos máquinas, que producían un ruido infernal, cayó una lluvia de cápsulas metálicas que producían rojas chispas. Éstas penetraban en la piel y en los huesos con tanta facilidad como un cuchillo al cortar una seta, y los heridos por esos objetos terribles caían agonizantes, si es que no habían muerto en el acto.

¡Ya veo las armas, Haramis! ¡Voy hacia allí!

I Anigel! Haramis se mordió un labio con nerviosismo. *¡Ten cuidado! Aunque no puedan verte…*

Pero en ese momento Haramis se tambaleó y quedó casi cegada cuando el lanzarrayos disparó una tremenda explosión; el trueno hizo temblar a la fortaleza hasta el punto que la jarra de vino y las copas de cristal que estaban sobre la mesa cayeron al suelo y se hicieron trizas.

Cuando se aclaró su visión, la joven alzó el talismán para ver a través de la oscuridad y de la nube de humo y polvo. Quedó atónita al advertir que todo el túnel de entrada estaba hecho pedazos. Y más aún, el camino de la destrucción se había prolongando en línea recta, demoliendo la puerta de la guardia exterior *y* la de las troneras. El montículo de escombros que se alzaba a la entrada de la Ciudadela era mayor que antes, pero las enormes vigas que habían sostenido la puerta y un sector de cuatro anas de la pared a ambos lados se desmoronó mientras la joven miraba.

Y Kadiya...

— ¡Que Dios tenga piedad! —exclamó Haramis.

En la cima de la barricada, la máquina lanza rayos era una ruina renegrida y retorcida. Junto a ella yacían tres cadáveres humeantes de los que habían sido lacayos del hechicero y una pequeña figura ataviada en oro, que yacía inmóvil entre ellos, mientras su mano aferraba aún una espada sin punta.

Kadiya debe de haber destruido la máquina con su talismán, pensó Haramis, *pero no me di cuenta de que podía herirse al hacerlo. Debo advertir a Anigel...*

¡La muy tonta!

El lenguaje sin palabras que resonaba en su cabeza, advirtió Haramis, sólo podía venir de Orogastus.

¡Ha usado toda la potencia en un solo golpe! Las defensas han caído y el enemigo está acercándose por el río.

Haramis lo vio debajo de ella. Orogastus estaba en el pequeño parapeto justo encima de la entrada de la fortaleza, y la estrella plateada de su tocado brilló cuando el humo se aclaró y la docena de pequeños incendios producidos por el rayo se avivaron al empezar a soplar viento. Su voz, magnificada por la magia, sonó como un trompetazo para los confundidos guerreros labornokianos, que no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo.

— ¡Adelante! ¡Hombres de Labornok, adelante!

Detrás del hechicero apareció ahora el rey Voltrik, ataviado con su gloriosa armadura dorada y su pavoroso yelmo con colmillos y sosteniendo en alto su espada. Al verlo, los soldados estallaron en vítores y

recomenzó el combate entre ellos y los wyvilo y los uisgu, combate que se había interrumpido con la gran explosión.

De repente el príncipe Antar gritó con potencia suficiente para producir ecos en el patio:

— ¡Hombres de Labornok, no escuchéis a ese demonio! Soy Antar, vuestro príncipe. ¡Os digo que Orogastus ha embrujado a mi padre para convertirlo en un títere sin cerebro!

Un gruñido surgió de mil gargantas.

— ¡Cállate, traidor! —rugió Orogastus.

Pero otras voces gritaban:

— ¡Tiene razón! ¡El príncipe tiene razón! ¡Mirad al rey, allí inmóvil!

— ¿Por qué no está aquí el rey conduciéndonos? —espetó otro.

— ¡Sal, Voltrik! ¡Háblanos! —profirió un tercero.

Hubo cada vez más gritos, hasta que Orogastus alzó las manos y sus ojos centellearon como estrellas gemelas.

Reinó el silencio.

El rey Voltrik sabía que debía hablar. Pero, ¿qué podría decir? Su coraje estaba destruido, sus grandes ambiciones se habían desvanecido como sueños tontos. La realidad era el ejército ruwendiano que había irrumpido en la Ciudadela a pesar de toda la magia de Orogastus. La realidad eran las voces de sus hombres, cuya fidelidad vacilaba. La realidad era su despreciado hijo Antar, que lo desafiaba abiertamente. La realidad, sobre todo, era que Orogastus no había logrado destruir a las tres princesas brujas, una de las cuales estaba destinada a destruirlo a él.

— ¡Soldados de Labornok, seguid luchando! ¡Luchad, os digo! —Sin embargo la voz del rey era más un graznido que una orden—. Es mi desdichado hijo quien ha sido embrujado. ¡Matad al traidor!

Este discurso, lejos de alentar a los caballeros y a los soldados, los hizo gritar con mayor intensidad.

— ¡A mí, hijos de Labornok! ¡Abajo el hechicero! ¡A mí, os digo! —aulló entonces el príncipe Antar.

El combate recomenzó en serio, y a pesar de las atronadoras admoniciones de Orogastus, una gran cantidad de labornokianos se quitaron las túnicas escarlatas y se pasaron al bando del príncipe y de su diezmado ejército. En la confusión, casi nadie —y desde luego tampoco el furioso Orogastus— advirtió que los operadores de las terribles máquinas que lanzaban llamas y cápsulas mortales habían caído desmayados sobre sus altas plataformas. Sólo Haramis, boquiabierta ante la temeridad de su hermana pequeña, vio que Anigel arrojaba su último dardo, empujaba las pesadas máquinas hasta el borde de la plataforma y las arrojaba desde allí al suelo de piedras cinco anas más abajo, donde se hicieron pedazos.

Cuando Orogastus advirtió lo que estaba ocurriendo, rugió a los soldados que subieran rápidamente a la segunda plataforma y que defendieran las máquinas con sus propias vidas. Pero los hombres vieron que los servidores del hechicero habían caído sobre la plataforma por obra de alguna magia, y que esa misma magia todavía seguía funcionando, ya que seres invisibles les arrojaban objetos desde allí arriba. Así pues, ninguno quiso moverse y Anigel pasó de la primera plataforma a la segunda y acabó de destruir las armas que el hechicero había usurpado a los desaparecidos.

¡Bien hecho!, felicitó Haramis a su hermana. *Pero ahora debemos ayudar a Kadiya.*

Anigel estaba radiante.

¿No era maravilloso cómo había disparado el rayo? Mi talismán me muestra ahora una imagen de nuestro ejército que desembarca en el Puerto de la Ciudadela, ¡Podrán entrar fácilmente por el agujero del muro!

Anigel, Kadi está herida. Ve a verla. Yo ya bajo para ayudarte.

Haramis cogió la corona de Ruwenda y la capa de la archimaga y bajó corriendo a ayudar a sus hermanas.

— ¡Allí! Allí, mi señor. ¿No la veis?

Orogastus señaló la barricada ante las ruinas del túnel. El rey Voltrik forzó la vista.

—Sí. Lleva puesta una especie de armadura dorada, ¿verdad?

— ¡Exactamente! Y está desmayada por el disparo de mi lanza-rayos, así que no puede gobernar su talismán. ¡La princesa Kadiya ya no es invisible, ha perdido su protección! ¡Está en tu poder! Sólo tienes que correr hacia allí y matarla antes de que se recobre o de que los suyos la rescaten.

— ¿Yo? —el rey vaciló—. ¿Bajar allí?

— ¿Tienes miedo de una muchacha inconsciente? —La voz del hechicero se hizo suave y persuasiva—. No hay enemigos cerca de ella, mi rey, sólo tus propios soldados, que tienen miedo de tocarla. ¡Pero tú puedes acabar con ella! ¡Tu mayor enemiga! Kadiya es la princesa marcial, la mujer de la profecía. Ella mató al general Hamil, exterminó a la mitad de nuestro ejército e instigó esta batalla. ¡Pero no ha triunfado! Todavía nos quedan casi cinco mil soldados para oponernos a la horda que se acerca. ¡Y la mujer que los dirige yace allí, esperando tu espada!

—Es verdad —se convenció Voltrik. Se irguió—. ¡De poco le servirá su magia ahora!

—Ve, mi señor. Mátala, después ordena a tus hombres que avancen sobre las troneras. Que eliminen a los invasores cuando intenten trepar sobre las ruinas.

— ¡La bruja morirá! —Bramó Voltrik—. ¡Mientras yo sostenga en alto su cabeza cortada, tú anunciarás lo que he hecho con tu voz de trueno!

Orogastus se asomó por el parapeto y gritó:

— ¡Hombres de Labornok! ¡Vuestro rey baja ahora para conduciros a la victoria! ¡Apostaos en las troneras! ¡Preparaos para el combate final!

Hubo algunos vítores aislados.

— ¿Sabes? Es verdad, parece que hemos ganado allá abajo —observó el rey, sonriendo al hechicero—. Casi todos esos canallas que entraron por las mazmorras parecen haber caído.

—El traidor de tu hijo Antar reúne a sus partidarios mientras tú permaneces aquí, mi rey. ¡Baja! Primero mata a Kadiya, luego congrega a tus hombres.

— ¡A la victoria! —rugió Voltrik.

Cerró de un golpe el visor dentado de su terrible yelmo dorado.

—Ve —le instó Orogastus con fatiga—. Ve.

Cuando el monarca bajó por fin la escalera, el hechicero exhaló un profundo suspiro. Quitándose un guante, introdujo la mano en un bolsillo interior de la túnica y tocó la caja de madera que contenía la mortífera esfera, pronunciando al mismo tiempo una inaudible plegaria a los Poderes Oscuros.

¿Podría Voltrik matar a Kadiya? ¿O el talismán de la joven daría cuenta del rey tal como lo había hecho con Hamil y con la Voz Roja? Valía la pena correr el riesgo. Si Voltrik tenía éxito, tal vez no fuera necesario destruirlo todo.

Orogastus observó el ejército enemigo que avanzaba, que acababa de ser aumentado por las brigadas ruwendianas fuertemente armadas del conde Palundo. Después exploró la oscuridad del patio interior de la Ciudadela, buscando rastros de la presencia de las otras dos princesas.

No descubrió a Anigel ni a Haramis, sino tan sólo a una pequeña y vieja mujer rara, que se abría paso entre el tumulto y la carnicería como si buscara a alguien.

Immu se tambaleó por la escena de la batalla, tosiendo por el humo, tropezándose con los cadáveres de amigos y enemigos, esquivando los enfrentamientos cuerpo a cuerpo que convertían el patio interior en un infierno de sangre y acero.

— ¡Anigel! —gritó—. Princesa, ¿dónde estás?

Pero cuando interrogó a los wyvilo y los uisgu heridos acerca del paradero de su ama, ninguno de los que tenían fuerzas para responderle pudo informarle, pues ignoraban que la princesa luchaba entre ellos, invisible.

Immu vio al rey Voltrik que emergía de la fortaleza y que convocaba a su lado a un grupo de caballeros, tras lo cual se encaminó directamente hacia ella.

El combate pareció convertirse de repente en una simple disputa. Cumpliendo las órdenes de Orogastus y de sus comandantes, casi todos los labornokianos se dirigían ahora hacia las troneras en ruinas y hacia la puerta de la Ciudadela, reagrupándose para rechazar el avance del ejército invasor que se acercaba desde el río.

Pero por lo visto el rey tenía otro objetivo en mente.

— ¡La bruja! —Gritaba Voltrik—. ¡Conmigo, hombres! ¡Debo matar a la bruja!

Tenía a su lado a lord Osorkon, que había llegado justo a tiempo para la batalla, y a sir Rinutar, quien había arribado a la Ciudadela la noche anterior con noticias de los invasores, y a otros dos caballeros llamados Lotharon y Simbalik.

El rey y los otros cuatro se abrieron paso entre la multitud de defensores en movimiento y se levantaron los

visores para ver mejor a través del caos humeante. Luego empezaron a trepar con torpeza por la barricada sobre la cual la princesa Kadiya todavía yacía inconsciente.

Immu también la vio. Con toda la agilidad que le permitieron sus viejos huesos, trepó penosamente por el otro extremo y corrió jadeante hasta el lugar donde yacía la muchacha con armadura dorada.

Unas manos invisibles quitaban la capucha de la cabeza de Kadiya. Immu oyó claramente una voz trémula que llamaba:

— ¡Kadi! ¡Por favor, despierta, Kadi!

— ¡Anigel! ¿Estás aquí, mi querida? —exclamó la mujer nyssomu.

La rubia princesa apareció bruscamente al quitarse la tiara.

—¡Immu! ¡Ven rápido! Kadi respira, pero me remo que esté herida.

—¡Hay dos! —exclamó una voz áspera—. ¡Gran Zoto, las dos brujas están aquí!

El rey Voltrik y sus cuatro caballeros llegaron a la cima de la barricada en ese momento. Después de dejar a Immu inconsciente de un golpe, el monarca atrapó a Anigel aferrándola por el cabello y la separó de su hermana, luego alzó su espada hasta la garganta de la joven. La tiara del talismán cayó de sus manos y aterrizó sobre los hierros humeantes con un sordo ruido. Inmediatamente desapareció el brillo del ámbar *del* trillium.

Simbalik y Lotharon pusieron de pie a Kadiya. El objeto semejante a una espada cayó de la mano inerte y también su ámbar perdió brillo. Pero la joven abrió lentamente los ojos y miró a su hermana.

— ¡Hombres de Labornok! —gritó Voltrik, en un rapto de exaltación—. ¡Mirad! ¡Dos de las brujas que amenazaban el trono de nuestro gran país han caído en mis manos!

Un gran rugido se alzó de la turba de soldados, y desde el parapeto de la entrada de la fortaleza resonó la voz de Orogastus:

— ¡Te saludo, Voltrik! ¡Salud, rey conquistador! ¡Muéstranos el castigo que reciben los que se oponen a tu dominio!

Durante esta conmoción, Immu, recuperada, había reptado hasta la tiara de Anigel. Ahora se echó sobre ella como un lothok, para lanzarla hacia la mano de Anigel un momento antes de que la descubrieran. Dos hombres apresaron a la vieja niñera y se dispusieron a arrojarla de cabeza desde la alta barricada.

Anigel, todavía amenazada por la espada de Voltrik, gritó:

—Tocadla y sois hombres muertos.

El ámbar de la tiara brillaba furiosamente y los hombres que retenían a Immu se inmovilizaron.

— ¡El otro talismán mágico! —exclamó el rey Voltrik frenéticamente—. ¡Esa Oscura Espada que está allí! ¡Tomadla!

— ¡Esperad! —chilló Osorkon, pues había reconocido el objeto y sabía el peligro que entrañaba.

Pero Rinutar ya había soltado a Immu y se agachaba para recoger el talismán de Kadiya. Cuando lo hizo, Kadiya extendió una mano y tocó la empuñadura un instante antes de que lo hiciera el caballero. El Ojo Ardiente Trilobulado se abrió y sus rayos brillaron de pleno sobre el rostro de Rinutar.

Su armadura se tornó incandescente. No tuvo tiempo de gritar ni de incorporarse antes de que se le quemara la piel del cráneo, que brilló como el acero en la forja. Mientras Voltrik y sus hombres lanzaban exclamaciones de horror, el caballero en llamas cayó rodando de la barricada hasta aterrizar sobre las piedras del patio como un meteoro humano.

Se alzó un pandemonio entre los testigos. Pero Voltrik, hay que decirlo para hacerle justicia, no había apartado la espada ni un milímetro de la garganta, de Anigel, a pesar de que un sudor frío le nublaba los ojos y el corazón le latía con tanta fuerza como si le fuera a estallar dentro del pecho.

Anigel volvió la cabeza para mirarlo.

—Libéranos. Estás derrotado. Ríndete y entrégate a nuestra misericordia.

Voltrik lanzó una carcajada histérica.

— ¡No, bruja! ¡Primero morirá tu hermana y luego te tocará el turno a ti!

— ¡Mi rey! —intervino Osorkon, señalando hacia abajo, con el rostro distorsionado por el terror—. La Espada Oscura... ¡se mueve!

Jadeante de asombro, Voltrik y sus compañeros vieron que el Ojo Ardiente Trilobulado se elevaba lentamente de la mano de Kadiya, flotando a la altura de la cintura. La princesa Anigel no pareció perturbada por la visión. Abrió su propia mano y la tiara flotó hasta fundirse con la punta roma del otro talismán.

— ¡No!

El atronador grito de desesperación procedía de Orogastus, todavía asomado al parapeto. Pero era demasiado tarde.

La princesa Haramis se hizo visible, de pie entre sus dos hermanas prisioneras, la corona de Ruwenda que llevaba en la cabeza centelleaba a la luz de las hogueras y el manto de la archimaga ondeaba a su alrededor. Alzando su propio talismán, deslizó la vara por la hendidura de la espada, de modo que el Círculo Trialado formara un meridiano y un ecuador con el Monstruo de Tres Cabezas. En el interior de este espacio, las alas se desplegaron, y un enorme Trillium Negro incrustado en ámbar quedó en el centro.

Orogastus levantó algo que tenía un brillo verde. Después lo arrojó con toda su fuerza sobre las piedras del patio.

Haramis apuntó el Cetro de Poder y la esfera voladora del Efluvio de la Condenación ardió y desapareció en una bocanada de humo blanco.

Ahora se volvió hacia los dos caballeros que retenían a Kadiya. Los ojos oscuros de la muchacha estaban alertas, sus músculos se habían tensado para la lucha.

— ¡Soltadla! —ordenó Haramis.

Pero los hombres vacilaron.

— ¡Soltadla, estúpidos! —gritó Osorkon.

— ¡No! —aulló Voltrik—. ¡Lo prohíbo!

Al ver que ambos caballeros se ponían rígidos. Haramis se movió deliberadamente, apuntando primero a Lotharon y luego a Simbalik con su Cetro.

Esta vez las armaduras no se incendiaron. Sin embargo, dentro de cada visor apareció durante un segundo un resplandor de un blanco azulado, y cuando se extinguió, cada yelmo estaba vacío, al igual que el resto de la armadura. Los dos trajes metálicos cayeron al suelo, repicando.

El rey Voltrik soltó un chillido desgarrador y liberó a Anigel, arrojando al mismo tiempo su espada. Cayó de rodillas.

— ¡Piedad! ¡Señora, ten piedad!

Con calma, Haramis le apuntó con el Cetro.

—Recibe tanta piedad como tú mismo tuviste, y que se cumpla la profecía.

Con los ojos vidriosos, el rey se quitó su monstruoso yelmo. Mientras la multitud lo observaba con pavor, la propia espada de Voltrik se elevó y la punta se clavó profundamente en la base de su cráneo. Cayó, y el arma que le atravesaba se clavó en la madera.

En toda la Ciudadela se alzó un murmullo, como de árboles agitados por la tormenta. Sobre la barricada, lord Osorkon depositó la espada a los pies de Haramis y cayó de rodillas con la cabeza descubierta. Después hubo muchos sonidos metálicos, como si en todo el gran patio los caballeros y soldados de Labornok hubieran arrojado al unísono las armas, tras lo cual permanecieron inmóviles, esperando ver qué ocurría a continuación.

Haramis miró a Orogastus a través del patio. Él se había quitado la máscara estrellada y su cabello blanco se agitaba al viento. El polvo y el humo se disiparon y las hogueras que todavía ardían se avivaron por la brisa. Por encima, el cielo estaba libre de nubes, y la Triple Luna se hallaba en conjunción a mitad de camino entre el cenit y el horizonte occidental; parecía formar un solo astro ahora que sus tres lóbulos se tocaban.

Haramis alzó el Cetro y apuntó a Orogastus.

—Que ahora se juzguen nuestras vidas y nuestros servicios —manifestó ella—. ¿Hemos cumplido lo que se nos pidió? ¿Hemos actuado correctamente para recuperar el equilibrio? Júzganos, y júzgalo también a él.

Orogastus se aferró al parapeto con ambas manos y apretó los dientes mientras las estrellas se encendían en sus ojos con el brillo terrible de la magia. Los espectadores soltaron exclamaciones de temor.

El príncipe Antar, apareciendo repentinamente, tomó en sus brazos a la princesa Anigel. La pequeña Immu permaneció junto a Kadiya, lado a lado.

— ¡Haramis! —gritó Orogastus, con su voz todavía amplificada por el aparato que utilizaba—. ¡Todavía puedo destruirte! ¡Puedo invocar a los Poderes Oscuros y conmover la Tierra!

Haramis cerró los ojos, aferrando con fuerza el Cetro, pero en su mente todavía veía el rostro de él.

Esto no está funcionando, advirtió. *El Cetro nos necesita a las tres.*

— ¡Kadiya, Anigel! —llamó con urgencia—, ¡Ayudadme! ¡Aferrad el Cetro y concentraos!

Sintió que sus hermanas se acercaban a ella y sus manos se reunieron sobre el Cetro.

El poder cobró vida de pronto. Los unía a todos: Haramis, Kadiya y Anigel en un extremo, y Orogastus, en el otro. Relucía con tal brillo que cegaba los ojos físicos, aun con los párpados cerrados, pero Haramis advirtió que, de alguna manera, todavía podía ver. Kadiya y Anigel estaban junto a su hermana, tan cerca que parecían formar parte de ella, y Orogastus se enfrentaba a las tres al otro lado del Cetro. En el brillante poder que los sostenía a todos, toda ilusión desapareció, y se vieron a sí mismos y a los demás tal como eran en realidad.

Era aterrador. Haramis fue consciente de todas las veces que había herido a las personas, aun sin advertirlo, las veces que había despreciado a sus hermanas por ser criaturas inferiores, sobre todo en contraste con la belleza y la fuerza que veía ahora en ellas. Percibió en Anigel y Kadiya las mismas emociones: arrepentimiento por los fracasos y los errores del pasado, y respeto por lo que veían en las otras. Pero alrededor y a través de los recuerdos fluía el amor que unía a las tres hermanas. Haramis comprendía ahora, y sabía que sus hermanas también comprendían; en cierto modo las tres constituían una única entidad, y sus fuerzas y sus debilidades se complementaban y se compensaban. A pesar de sus diferencias individuales, o tal vez gracias a ellas, eran una sola entidad: ellas eran Ruwenda.

Esto es lo que Binah quería decir cuando hablaba de equilibrio.

Haramis también percibía a Orogastus, pero el sentimiento que le producía era completamente diferente. La proximidad que había sentido antes, cuando la había abrazado, había desaparecido por completo; ahora sólo sentía su aislamiento total y aterrador. Él no estaba relacionado con Ruwenda ni con ninguna otra tierra, ni con nadie del Pueblo, y a pesar de lo que había ocurrido entre ambos, tampoco estaba atado a Haramis.

Parecía encerrado en sí mismo, experimentando horrores que las princesas apenas alcanzaban a percibir. Haramis sintió dolor por él, incluso ahora, y percibió que la compasión de Anigel también lo abarcaba, pero Orogastus no era consciente de nada fuera de sí mismo. Su personalidad parecía ser insoportable.

Haramis le apuntó con el Cetro.

—Júzganos —susurró—. Júzgalo.

Una vez más, el Cetro se iluminó.

Todos quedaron cegados momentáneamente, y tantas personas gritaron de temor que pasaron muchos minutos antes de que se dieran cuenta de que el hechicero había desaparecido.

Todo lo que quedaba de él era una gran mancha oscura, como de hollín, contra el muro donde había estado, y, en lo alto del parapeto, la silueta blanca de un hombre alto.

Por primera vez, ese año la Fiesta de las Tres Lunas se celebró con tres días de retraso para que los heridos pudieran recobrarse y los muertos recibieran sus ritos de honor.

Pero la tercera noche después de la gran batalla, cuando las Tres Lunas en plena conjunción se elevaron sobre el Laberinto de pantanos, todos los del Pueblo acamparon alrededor de la Loma, y todos los humanos, ruwendianos y labornokianos por igual, se reunieron de nuevo en el gran patio interior de la antigua Ciudadela.

Los uisgu marcharon en primer lugar, conducidos por la princesa Kadiya, portando antorchas triples y entonando su antigua canción festiva; los seguían los suaves nyssomu, encabezados por Jagun e Immu. Y luego venían dos wyvilo sobrevivientes, que marchaban detrás de Lummomu-Ko. Después venían los labornokianos con su nuevo rey, Antar, que desfilaba sin armadura y llevando solamente flores en las manos; y al final venía el ejército de ruwendianos libres, conducido por el conde Palundo, a quien acompañaban todos los caballeros y los nobles que habían podido convocar los del Pueblo, al transmitir sus noticias a través del Pantano mediante el lenguaje sin palabras.

Haramis, con su corona, su manto y esgrimiendo el gran Cetro, les dio la bienvenida. Antar se adelantó y cayó de rodillas a sus pies, ofreciéndole así la rendición formal de su país.

—Levántate, rey Antar. No puedo aceptar tu capitulación —dijo Haramis.

Se quitó de la cabeza la gran corona de estado y la sostuvo en alto.

—Yo, que era la heredera del trono de Ruwenda, renuncio ahora a esta corona. Se la confío a mi hermana Kadiya, la que me sigue, y le ruego que la acepte pues yo he sido llamada para una tarea diferente, la de archimaga.

Kadiya se hallaba en el centro de una multitud de aborígenes, con el emblema del trillium brillante

sobre el pecho de la cota de malla, y su cabello rojizo cayéndole libremente sobre los hombros.

—También yo renuncio a la corona —dijo—, pues mi destino no es gobernar a los humanos, sino el de ser guía y amiga del Pueblo, que me ha pedido que le sirva. Pido a la princesa Anigel, mi hermana menor, que acepte la corona que tanto merece.

Anigel cerró los ojos un momento y volvió a ver la extraña visión de su sueño: ella misma corriendo a través de un bosque detrás de su madre. En esta ocasión, tras haber alcanzado a la reina Kalanthe, ya no sintió aprensión cuando su madre la lavó, la vistió y la preparó. Lo que la esperaba había sido verdaderamente suyo desde el principio.

También sabía que, de las tres, ella era la mejor preparada para llevar la corona. Abrió los ojos, se acercó a Haramis y se arrodilló manteniendo muy alta la cabeza.

Cuando la gran corona, colmada de esmeraldas y rubíes y de enormes piedras de ámbar con trilliums engastados descansó sobre su cabeza, se incorporó, dio media vuelta e hizo en el aire el signo de los tres lóbulos ante los que la observaban.

Antar seguía de pie allí y ahora se arrodilló ante ella.

— ¿Aceptarás mi rendición, gran reina?

—Pero si ya es mía —respondió ella, sonriendo—, junto con tu corazón, espero. Y como soy una reina que no pueda gobernar sin un rey, te propongo que rijamos juntos nuestros reinos como esposo y esposa, en perpetua paz.

Tomándolo de las manos, le instó a que se incorporara y permaneciera a su lado.

—Pueblo de Ruwenda —llamó—, es presento a vuestro rey.

—Pueblo de Labornok, os presento a vuestra reina —dijo él.

Entonces estalló un gran tumulto de vítores y de lágrimas, y el Pueblo volvió a entonar sus himnos, y trajeron grandes cantidades de comida y de bebida, y entonces comenzó la verdadera celebración.

Muy próximas, las hermanas se abrazaron. Luego Haramis tomó el Cetro del Poder y lo separó con gran solemnidad. La espada sin punta, con sus Ojos cerrados por el sueño, fue entregada a Kadiya, quien la colocó en su vaina y la sujetó con un cordel. La tiara plateada con los tres rostros grotescos quedó montada en el interior de la corona de Ruwenda que llevaba Anigel, quien volvió a colocársela entonces sobre su cabello rubio. La vara, con las alas plegadas y el ámbar de trillium apenas brillante quedó de nuevo colgada de la cadena que rodeaba el cuello de Haramis.

—Fuimos una —manifestó Haramis—, y ahora volvemos a ser tres. Gracias a Dios que el mundo ha recuperado su equilibrio y ojalá el Cetro de Poder no vuelva a ser necesario nunca más.

— ¡Por la Flor! —gruñó Kadiya—. ¡Espero que no! ¡Lo que necesitamos es paz! ¡Pensad tan sólo en todo lo que debemos aprender aún! Ani, las tediosas técnicas de gobierno; Hará, la magia, y yo pretendo regresar al Lugar de Conocimiento y plantear algunas preguntas importantes a un ser que reside allí. Hay muchos problemas que resolver en las futuras relaciones entre el pueblo y los humanos, y sospecho que llevará tiempo encontrar las respuestas.

— ¿Llamarás al quebrantahuesos, hermana, después de la Fiesta, y te alejarás volando para vivir en Noth tal como lo hacía la anciana Dama Blanca? —preguntó Anigel a Haramis.

La joven maga desvió la mirada, y por un momento observó el parapeto de la fortaleza.

—No. Ese lugar se destruyó cuando Binah murió. Iré a otro sitio que conozco, en lo alto de las montañas.

Antar se acercó entonces a ellas, sonriendo como disculpa mientras le decía a Anigel que sus subditos deseaban que los monarcas iniciaran la danza.

— ¡Los terribles deberes de la monarquía! —se rió Kadiya—. Ve, reina Anigel. La archimaga y yo continuaremos nuestra sesuda discusión mientras comemos y bebemos, y cuando Su Majestad se haya agujereado los zapatos de tanto bailar, puedes volver a reunir-te con nosotros.

Cogidos de la mano, Anigel y Antar se alejaron, y comenzó la música.

Apresurándose a través del prado de la Loma, iluminado por las Lunas, el viejo músico Uzun escuchó sonidos de fiesta y apretó e) paso. No podía dar crédito a sus oídos. ¡Ésos eran los cantos de 1^ Triple Luna! Pero, ¿acaso, la fiesta no se había celebrado días atrás mientras él y los otros de su embarcación estaban todavía en el río reparando el casco roto? Se había perdido la gran batalla, se había perdido la victoria, se había perdido ver a la querida princesa Haramis destruyendo al villano Orogastus... se lo había perdido todo.

¿O no? ¡Oh, si al menos no fuera tan incompetente para el lenguaje sin palabras!

Ésos eran sin duda los himnos del festival flotando en la brisa nocturna y ahogando casi los gritos de las criaturas de la ciénaga ¡Qué milagro!

Después de todo, llegaría a tiempo.

Algo, en la tierra ahora iluminada por las lunas, le llamó L atención.

Se detuvo y se inclinó para ver mejor. El suelo estaba todavía muy húmedo por las primeras lluvias, y parecían haber brotad, plantas de todas clases, prácticamente de la noche a la mañana Pero esto era algo diferente. Algo que apenas podía creer. Algo mágico...

Miríadas de plantitas crecían en aquel lugar, donde antes sólo brotaban malezas.

Plantas que tenían pequeñas flores triples. Uzun el músico cortó un Trillium Negro y lo alzó para que recibiera la luz de las lunas. ¡Sí! ¡No había duda! El lugar estaba colmado de Trilliums Negros. Crecían por todas partes.

Riéndose locamente, juntó tantas flores como pudo y corrió a dar la buena nueva a la gente de la Ciudadela. Quedaban miles de trilliums más, abriendo sus pétalos bajo la luz de la Triple Luna.

Marión Zimmer *Bradley, escritora norteamericana nacida en 1930, publicó su primer relato corto en 1954 en* Fantasy and Science Fiction *y sus primeras novelas aparecieron en la década de los sesenta tras* SEVEN FROM THE STARS *(1957).*

A partir de los setenta se hizo mundialmente famosa por el gran éxito de la serie DARKOVER, *formada hoy por más de una veintena de novelas y media docena de antologías de relatos. Títulos como* LA HERENCIA DE LOS HASTUR *(1975),* LA CADENA ROTA *(1976) o* LA ESPADA ENCANTADA *(1976) ilustran la gran riqueza y variedad de esta obra. Iniciada en los años sesenta con una temática de* space opera, *la serie del planeta Darkover se ha convertido en los años setenta y ochenta en el paradigma de la fantasía nacida al amparo de la ciencia ficción, e ilustra el paulatino decantamiento de este género hacia temáticas más propias de la fantasía. En los últimos años, Bradley sigue incorporando nuevas novelas y narraciones a esta famosa serie, una de las más características e imprescindibles en la moderna fantasía.*

Otra de sus novelas de gran éxito es la recreación de las leyendas del ciclo del rey Arturo, narradas desde la óptica de Morgana. Se trata de LAS NIEBLAS DE AVALÓN *(1982), un voluminoso libro de casi novecientas páginas en el original inglés, que se ha publicado en España en cuatro volúmenes.*

Julián *May, escritora norteamericana nacida en 1931, se hizo muy famosa en la ciencia ficción y la fantasía mundiales con la serie de la* Saga del exilio en el Plioceno, *que narra las aventuras de los inadaptados y marginados del siglo XXII. Éstos utilizan una flexión temporal de un solo sentido para viajar seis millones de anos al pasado y exiliarse en el Plioceno. La obra, formada por* LA TIERRA MULTICOLOR *(1981),* EL TORQUE DE ORO *(1982),* EL REY NONATO *(1983) y* EL ADVERSARIO *(1984), es un claro ejemplo de la llamada* Science/Fantasy *o ciencia ficción fantástica. En este caso, May narra aventuras con un trasfondo temático de raíces mitológicas y psicológicas, sin olvidar la importancia de las implicaciones religiosas de la ciencia moderna.*

Previamente, May había publicado algunos relatos cortos de ciencia ficción para especializarse después en libros educativos, en su mayoría dedicados al público infantil y adolescente.

En la actualidad, además de colaboraciones como EL TRILLIUM NEGRO, *May está escribiendo la futura* TRILOGÍA DEL MEDIO GALÁCTICO, *que enlaza con su saga del Plioceno a través de la novela* LA INTERVENCIÓN *(1987), publicada en España en tres volúmenes.*

Andre Norton fue el seudónimo con que se dio a conocer como escritora Alice Mary Norton, nacida en 1912 en Cleveland (Ohio, EE.UU.). Norton fue bibliotecaria de la sección infantil de la Cleveland Public Library hasta que, en 1958, se dedicó exclusivamente a su trabajo de escritora. Especialista de la ficción escrita para niños y adolescentes, Norton ha obtenido gran éxito con temáticas que siempre bordean

tanto la ciencia ficción como la fantasía.

Su obra todavía se conoce poco en España, donde sólo se tradujeron dos o tres novelas en los años sesenta. Cabe destacar el gran éxito mundial de la serie del MUNDO DE BRUJAS, *que ha alcanzado ya casi la docena de títulos y transcurre en un mundo de fantasía en el que la magia se explica por .habilidades y poderes psi. Publicada en 1963 con la novela del Tipismo título, la serie se ha convertido en un clásico, habiendo sido una de las primeras y más famosas apariciones de la temática fantástica en la ciencia ficción clásica.*

En 1983 la sociedad norteamericana de escritores de ciencia ficción (SFWA) concedió a Andre Norton el titulo de «Gran Maestro Nébula». Por ello, Norton es la primera y por ahora única mujer en el reducido y selecto grupo de escritores a los que se ha concedido tal honor por toda una vida dedicada con gran éxito a la ciencia ficción y la fantasía. No en vano la prestigiosa revista Life *la ha denominado* «La gran dama de la ciencia ficción».

En la actualidad, pese a su avanzada edad, Norton colabora activamente en nuevas novelas de fantasía, como Imperial Lady *(1989, escrita con Susan Schwartz),* The Elvenbane *(1991, con Mercedes Lackey) y otras colaboraciones como* El TRILLIUM NEGRO. *También ha publicado muy recientemente la interesante antología* Moon Mirror *(1989).*